







COMPENDIO

DE LA

Historia **U**niversal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros días.*

Obra escrita en francés por MR. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y traduci-
da por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda **E**dicion,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte.*

TOMO NOVENO.

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1830.



DONATIVO

DE



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

CONTINÚA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ARAGON.

Aragon, situado en la falda de los Pirineos, recogió en sus montañas á los cristianos que los moros arrojaban de las provincias que iban sucesivamente conquistando. Allí se hicieron fuertes y se defendieron contra los esfuerzos de los sarracenos bajo el gobierno de los gefes que con el dictado de condes ó príncipes elegian ellos mismos. A principios del siglo XI se hizo dueño de una parte de Aragon don Sancho el *Mayor*, rey de Navarra; y dando estos estados á su hijo don Ramiro, los decoró con el título de reino.

Quizá no ha habido parte en España que haya sostenido guerras mas frecuentes y obstinadas.

La lucha era perpetua entre los sarracenos, que aspiraban á estender sus límites, y los aragoneses que les oponian las invencibles barreras de sus rocas y de su valor. Don Ramiro, despues de acrecentar su nuevo reino con algunas conquistas en la demarcacion de Zaragoza, quiso apoderarse de **1063.** Graus en el año de 1063; pero tuvo la desgracia de morir en la demanda en 8 de Mayo de aquel año, quedando su egército deshecho. Sucedióle su hijo don Sancho Ramirez, quien desde luego empezó con nuevas fuerzas á dilatar los confines de su reino, apoderándose de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon y otras plazas y fortalezas hasta la comarca de Zaragoza, con incalculable destrozo de los sarracenos, si bien algunas de ellas volvieron á ser reconquistadas; y por último determinó el asedio de la fortísima ciudad de Huesca. Despues de haberla reducido al mayor apuro, salió un dia con algunos soldados á reconocer los muros de la plaza, buscando la parte que pudiese resistir menos al impulso de las máquinas; y al tiempo de levantar el brazo para indicar donde le parecia, una flecha disparada de las murallas se le introdujo por debajo del brazo y le dejó mortal. No permitió sin embargo que se la estrajesen hasta haber recibido de sus hijos, grandes y prelados que le acompañaban, el juramento de no abandonar el sitio hasta rendir la ciudad, y murió en 4 de Junio **1094.** de 1094.

Su hijo primogénito y sucesor don Pedro I, cumpliendo con el juramento, continuó el bloqueo con el mayor ardor, redobló sus esfuerzos, se apercebíó de nuevas tropas, y ya se disponia al asalto, cuando supo que en defensa de la plaza se acerca-



Sitio de Huesca.

Sitiaba á Huesca el Rey de Aragon D. Sancho Ramirez; y al alzar el brazo para señalar cierto punto de los muros de la plaza, una flecha disparada desde ella le hirió mortalmente debaxo del mismo brazo; pero no permitió que se la extragesen sin que sus hijos, los Grandes y Prelados jurasen antes no levantar el sitio hasta rendir la plaza. Asegurar el logro de las empresas vale mas que la vida para los héroes.



ba un formidable ejército, conducido por algunos régulos ó gobernadores dependientes de Abderramen, rey de Huesca. Lejos de desanimarse, determinó salirles al encuentro; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, les presentó la batalla, los desbarató, y dejó tendidos en el campo cuarenta mil hombres. La rendicion de la plaza completó la victoria; pues amedrentados sus defensores, Abderramen sin arbitrios para sostener el sitio, y sin esperanza de nuevo socorro, tuvo inmediatamente que rendirse. Poco gozó don Pedro de la corona y de sus triunfos; pues en 28 de Setiembre de 1104 falleció con sentimiento general de sus pueblos; y no habiendo dejado hijo alguno, le sucedió su hermano don Alonso, llamado el *Batallador*.

1104.

Las primeras expediciones del nuevo rey fueron dirigidas contra Castilla, cuya corona suponía haber sido adjudicada á doña Urraca en perjuicio de sus derechos. Ya vimos en la historia de Castilla el éxito de sus pretensiones. Dió la ley en los principios; adquirió una esposa que no le amaba; se empeñó en dominar á unos vasallos que le aborrecían; y de aquí se siguieron disturbios que le empeñaron en una guerra demasiado sangrienta. Los castellanos consiguieron abatir su orgullo, y tuvo que abandonar la esposa, el reino y los pretendidos derechos.

Entonces convirtió sus armas contra los mahometanos, que hacian continuas irrupciones por las fronteras de su reino; y para quitarles de una vez la proporcion de repetir las, determinó atacar á Zaragoza, corte de su soberano, y donde se hallaban reunidas las principales fuerzas sarracenas. La em-

presa por lo mismo era muy aventurada; pero Alfonso, acostumbrado á superar mayores dificultades, se presentó resuelto delante de la ciudad. Las primeras tentativas fueron sin embargo infructuosas, porque los sitiados supieron oponer una vigorosa resistencia al empeño de los sitiadores; bien que persuadidos de la constancia de Alonso, se creyeron precisados á implorar el auxilio de los régulos comarcanos. Como la suerte de estos pendia de la de Zaragoza, despacharon inmediatamente en su socorro un crecido número de tropas aguerridas; pero no pudieron llegar á su destino, porque don Alonso las salió al encuentro, y las desbarató completamente. La noticia de esta derrota consternó en tales términos á los moros zaragozanos, que rindieron al momento la ciudad.

1116.

Dueño el rey de Aragon, no solo de Zaragoza, sino de una multitud de plazas importantes, le fue ya bien fácil arrojar enteramente de toda la comarca á los sarracenos, haciendolos retirar hasta los confines de Valencia, y dejar desembarazado casi todo el reino de Aragon. Apenas lo hubo conseguido, se dedicó á ensanchar sus límites con el mayor esfuerzo. Se apoderó de Mequinenza; y hubiera tomado á Fraga, á no haber sido acometido por un formidable ejército, que condujeron en su socorro los régulos de Lérida, Valencia y Murcia. La fortuna le abandonó en esta batalla; los aragoneses fueron hechos pedazos después de hacer prodigios de valor; y el rey se salvó huyendo con la poca gente que pudo recoger; pero atacado nuevamente en el camino, fue deshecho y muerto en la refriega. Vivió sesenta años; reinó treinta; y de veinte y nueve batallas campales que tuvo con los

moros, solo perdió la última; de lo cual le proven-
dria sin duda el renombre de *Batallador*. Falleció
en 7 de Setiembre de 1134; y no habiendo de-
jado hijos, hay quien dice que tuvo la estravagan-
cia de nombrar á los caballeros Templarios por he-
rederos de su reino.

1134

A pesar de esto los aragoneses colocaron en el
trono á su hermano don Ramiro II, llamado el
Monge por haber sido abad de Sahagun, y obispo
de Burgos y de Pamplona. Mediante una dispensa-
cion que obtuvo del papa Inocencio II, casó con doña
Ines de Potiers, hermana de don Guillen, conde
de Aquitania, y tuvo una hija que fue llamada
doña Petronila. Su genio, naturalmente pacifico,
le hizo disgustarse muy en breve de la efervescen-
cia de la corte y de las inquietudes que le ofrecia
la corona; y anhelando por la tranquilidad de una
vida privada, concertó el casamiento de su hija,
que aun no pasaba de dos años, con don Ramon,
conde de Barcelona; los declaró sus herederos; nom-
bró administrador del reino al conde hasta que se
casase con doña Petronila; y se retiró á Hues-
ca, sin reservarse mas que el título de rey y
el uso de su autoridad durante la menor edad de
su hija.

Las memorias que nos han dejado los historia-
dores acerca de don Ramiro, son, ademas de escasas,
poco gratas; pues ponderan su rudeza en el mane-
jo de las armas, y su poco talento para el gobier-
no politico; pero lo primero es muy dificil de con-
ciliar con las costumbres de aquellos tiempos, en
que los obispos eran los principales caudillos en los
egércitos, y lo segundo carece de prueba. Cedió su
corona en el año de 1137, tercero de su reinado,

1137.

y cincuenta y tres de su edad; pero aun vivió en
1147. su retiro hasta el de 1147.

Desde el reinado de don Sancho Ramirez se hallaba incorporada á la corona de Aragon una gran parte de la Navarra; pero ocurrido el fallecimiento de don Alonso, se erigió en independiente, nombrando por rey propio á don García Ramirez, nieto del conde don García de Nájera. Don Ramiro, que no se preciaba de guerrero ni de conquistador, miró con indiferencia esta desmembracion; pero su yerno el conde, apenas se vió condecorado con el título de rey, se coligó con don Alonso VII de Castilla para despojar al navarro, y repartir entre ambos la conquista. Don García salió inmediatamente á la defensa de su pequeño reino, buscó al aragones antes que se reuniese con su aliado; y poniendole en fuga, le hizo abandonar su proyecto. No depuso, á pesar de esto, don Ramon sus pretensiones, y las renovó á poco tiempo; pero escarmentado por el desgraciado éxito de la anterior jornada, y no creyendose bastante poderoso para medir sus fuerzas con su vencedor, imploró el auxilio de su sobrino don Sancho III, entonces rey de Castilla, aunque fuese bajo la condicion de reconocerse feudatario suyo. Ofrecióle el castellano su asistencia con la generosidad de dejar libres sus tierras; contentandose con el feudo de que el príncipe heredero de Aragon asistiese á la coronacion de los reyes de Castilla, teniendo en mano el estoque desnudo. Enrobustecido el rey de Aragon con esta alianza, rompió á sangre y fuego por las fronteras de Navarra; se apoderó de varias fortalezas, y obligó á don García á tratar de una composicion amigable. Murió en 6 de Agos-

to de 1162, dejando tres hijos varones y una hembra, entre quienes su viuda, la reina propietaria, repartió sus estados, reservando al primogénito, llamado don Alonso, la corona de Aragon y el condado de Barcelona.

El nuevo rey don Alonso II, dedicó los primeros años de su reinado á ensanchar los confines de su reino por la parte de Valencia. Se apoderó de Teruel y de muchos pueblos y plazas ventajosas, situadas á las márgenes del Guadalaviar: Valencia misma hubiera caido en su poder á no haberla redimido su gobernador obligandose á pagar tributos dobles; y aun la inespugnable Játiva le hubiera rendido vasallage si el rey de Navarra, quebrantando las treguas concertadas entre ambas coronas, no se hubiese introducido por las fronteras de Aragon. Ya entonces le fue preciso suspender sus gloriosas espediciones y marchar contra su infiel enemigo; pero el navarro supo escusar la batalla y, repartiendo su gente por la frontera, mantenerse sobre la defensiva. Don Alonso rompió el cordon; penetró en Navarra, llevando á todas partes el estrago; y uniendose al año siguiente con el rey de Castilla, se adelantaron ambos hasta Pamplona; desbarataron al navarro, y recobraron muchas plazas. Las adquisiciones ó ventajas de los dos aliados no constan sin embargo con bastante claridad. Sabemos solo que urgiendo la necesidad de reprimir las hostilidades de los moros fronterizos, transigieron sus diferencias comprometiendose en la decision del rey de Inglaterra; y que aun quando las condiciones del compromiso no les parecieron justas por entonces, se convinieron ellos mismos mas adelante por el bien de la paz,

1196. cuando estaban á punto de hacerlo á lanzadas. Mu-
rió Alfonso en 5 de Abril de 1196, dejando la co-
rona á su hijo primogénito don Pedro, y por tu-
tora á su muger la reina doña Sancha, hija de
don Alonso VII de Castilla.

Los príncipes de aquellos tiempos se preciaban
de una especie de piedad, que actualmente no ob-
tendria quizá los sufragios de todos. Don Pedro II,
siguiendo el espíritu que dominaba entonces, y
creyendo adquirir mayor autoridad y respeto si re-
cibia la corona del mismo vicario de Cristo, pasó
á Roma á coronarse por mano del papa Inocen-
cio III; y tanto agradeció este distinguido honor,
que deponiendo sobre el altar el cetro y la diade-
ma, hizo su reino feudatario de la Santa Sede.
Esta sumision le grangeó el renombre de *Católico*,
que ha transmitido á sus sucesores; pero los ara-
goneses protestaron sin embargo los perjuicios que
se les podian seguir, y sobre ello hubo no pocas
inquietudes, hasta que por último tuvo el rey que
declarar que así el feudo como el censo á que anual-
mente se habia obligado, no se estendia á sus su-
cesores, sino que espiraba con su vida.

1213. En su tiempo se encendió en Francia la guer-
ra contra los albigenses; y el católico don Pedro se
vió en la precision de tomar parte en ella á favor
de su pariente el conde de Tolosa, uno de los
principales corifeos de aquella secta, concurriendo
no solo con sus caudales, sino con su persona; pe-
ro tuvo la desgracia de morir en 13 de Setiembre
de 1213, en una batalla que ganó el ejército cru-
zado á las orillas del Garona. Algunos dias antes
habia solicitado separarse jurídicamente de su mu-
ger doña Maria de Mompeller, á pretesto de estar

casada anteriormente con el conde de Cominges, que vivia en la actualidad, y de mediar alguna afinidad entre ambos. Doña María tuvo que pasar á Roma para defender personalmente su causa y probar que su matrimonio con el de Cominges habia sido nulo en su origen, por estar casado entonces el conde con otras dos mugeres, la primera de las cuales habia de ser legítima puesto que no claudicaba el consorcio por ninguna parte: de suerte que la sentencia del papa y de su consistorio no pudo menos de serle favorable á la reina; pero habiendo muerto el rey antes que ella se restituyese á España, solo sirvió para declarar legítimo al príncipe heredero don Jayme.

Este no pasaba de cinco años cuando sucedió á su padre; y esta edad sola indica que no faltarian disensiones sobre la regencia y el gobierno. Con efecto, su tio don Fernando, monge profeso y abad de Montaragon, intentó volver al siglo y apoderarse del reino. Lo mismo solicitaba el anciano don Sancho, conde del Rosellon, tio del rey difunto; y ambos fundaban sus pretensiones en la supuesta ilegitimidad de don Jayme, como procedido de un matrimonio, cuya nulidad sostenian con empeño por la misma causa. La reina no volvia de Roma con la declaracion pontificia; y entre tanto permanecia el rey su hijo en poder de Simon de Monfort, gefe de la cruzada contra los albigenses, en quien le habia depositado el papa luego que empezaron las desavenencias de sus padres. Sin embargo, la mayor y mas sana parte del reino se declaró por el príncipe, y suplicó al papa dispusiese su entrega para colocarle en el trono y precaver la guerra civil que amenazaba á sus

estados; y aunque Simon lo repugnó bastante, por sus miras particulares, no pudo resistir al decreto de un concilio provincial celebrado en Mompeller, á las conminaciones del papa y á las censuras eclesiásticas. El jóven príncipe fue pues restituido á sus aragoneses, y conducido á la fortaleza de Monzon, donde, mientras sus tios se disputaban la autoridad, fue preciso confiarle á la custodia y enseñanza de don Guillen de Monredó, maestro del Temple, á quien debió una escelente educacion.

El conde del Rosellon llegó por fin á alzarse con el gobierno del reino durante la menor edad de don Jayme; pero descontentos los pueblos de su administracion, resolvieron ponerla en manos de su jóven monarca, aunque á la sazón no pasaba de diez años, y pasarle á Zaragoza para reconocerle públicamente por su soberano. El proyecto estuvo á pique de malograrse, porque apenas lo supo el conde salió con un grueso destacamento de tropas contra los que conducian al rey; los sorprendió en el camino, y seguramente hubiera podido desbaratarlos y apoderarse de don Jayme; pero temió sin duda, y hubo de contemporizar.

Las parcialidades continuaron sin embargo, aunque mas encubiertas; y para proporcionar al jóven rey un apoyo contra sus rivales, se creyó preciso casarle con la infanta de Castilla doña Leonor, hija de don Alonso VIII. Muy poco ó nada fue lo que se adelantó. Don Guillen de Moncada y don Pedro Añones, caballeros principales de Aragon, de concierto con el infante monge don Fernando y con don Nuño, hijo del conde del Rosellon, hallaron medio para apoderarse de don Jay-

me ; y detenerle en su palacio mismo como prisionero. Este se cansó bien pronto del encierro ; y con el favor y consejo de Mouredó , se refugió en el castillo de Horta que era de los Templarios. Aho-nes murió poco despues á manos de un caballero leal ; y sin embargo de su rebeldía sintió el reino tanto su muerte , que como si el rey hubiese sido la causa , se pasaron todos los pueblos al partido de su tio , excepto Calatayud. Tuvo el rey entonces que valerse de toda su prudencia para apaciguar la sedicion , y logró mas con su agrado é indulgencia que hubiera conseguido por la fuerza. Las casas y familias mas principales y mas enemigas suyas se declararon luego en su favor , y su tio mismo don Fernando abandonó sus pretensiones , é imploró su perdon. A todos los recibió en su gracia ; y apenas hubo conseguido restablecer la quietud en su reino quiso ensayar su espíritu guerrero.

Empezó sus expediciones por la conquista de Mallorca. Esta isla habia caido en manos de los sarracenos cuando estos se apoderaron de España ; floreció bajo su dominacion igualmente que las otras Baleares , y en 1229 podia sin dificultad poner sobre las armas mayor número de combatientes que quizá tiene de habitantes en el dia. El príncipe que reinaba entonces se concilió la enemistad de don Jayme por una fanfarronada imprudente ; pues habiendole este enviado á pedir la restitucion de dos barcos catalanes , apresados en alta mar por los mallorquines , el monarca insular , afectando una ignorancia insultante , preguntó desdeñosamente al enviado : “¿Y quién decis que es vuestro dueño ?” “Mi dueño , respondió , es el poderoso don Jayme rey de Aragon , que sabrá acabar con todos

vuestros moros." La narración que á su regreso hizo el embajador , indignó de tal manera á don Jayme, que inmediatamente se dispuso para atacar á Mallorca , y juró sobre el altar *no abandonar la empresa hasta que consiguiese asir al moro por las barbas*. Desembarcó efectivamente en su isla; quedó prisionero el monarca moro, y cuando se le presentaron cumplió su juramento , asiéndole por las barbas ; pero no le hizo otro daño , á no considerarse tal contentarse con despojarle de su reino, proporcionándole su subsistencia en otra parte.

Tres años despues se apoderó don Jayme de las demas Baleares , quedando así los moros sin este abrigo para sus piraterías , y los africanos sin esta escalá para pasar á Murcia y á Valencia.

La poblacion y riquezas de este último reino hacia ya mucho tiempo llamaban su atencion ; pero nunca se habia presentado tan fácil su conquista como ahora que ya era dueño de las Baleares. La empresa no dejaba sin embargo de ser superior á solas sus fuerzas; y por eso fue necesario que formase una especie de cruzada, convidando á todos los guerreros, amantes de la gloria , así de España como de Francia , Italia , Inglaterra y de otras regiones , á que concurriesen por su parte á esta jornada honrosa; y cuando con las tropas que por este medio se le reunieron se creyó bastante fuerte , entró á cubrirse de laureles en el territorio valentino. Dueño de las principales fortalezas del reino, como Burriana , Peñíscola , Puig de Enesa y de otras infinitas menos importantes , sentó sus reales delante de Valencia ; la combatió con el mayor denuedo ; y á pesar de la vigorosa y casi desesperada resistencia que le opusieron los sitia-

dos por espacio de seis meses , logró rendirla en 1238. La prosperidad de que iban siempre acompañadas sus armas consternó á los sarracenos en tales términos , que las ciudades, las villas y las aldeas se le entregaban á porfía ; de suerte que tuvo la satisfacción de ver engrandecida su corona con los reinos de Valencia y Murcia. 1238.

Don Sancho el *Fuerte*, rey de Navarra, descontento en su ancianidad con su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, resolvió adoptar por heredero á don Jayme de Aragon. Este por su parte no quiso mostrarse menos generoso que don Sancho, y tambien le adoptó, á pesar de lo extraordinario y ridículo de ser el adoptante un jóven de veinte y tres años, y el adoptado un anciano de setenta y ocho; pero murió don Sancho; y sus vasallos colocaron en el trono á Teobaldo. Hay quien dice que suplicaron á don Jayme renunciase el derecho que le conferia su adopcion, y que fue bastante desinteresado para complacerlos; pero esto carece de prueba, si bien por otra parte es cierto que los permitió vivir en paz.

De su matrimonio con la princesa de Castilla tenia un hijo llamado don Alonso; pero habiéndose disgustado de ella fue bien fácil hallar un parentesco en tercer grado, y por consiguiente se anuló el matrimonio, aunque don Alonso quedó reconocido por legítimo. Estos grados prohibidos eran en aquellos tiempos un gran recurso para los esposos fastidiados; pues los que deseaban permanecer unidos sabian muy bien solicitar dispensas, y la corte de Roma concederlas sin mucha dificultad. Don Jayme casó despues con doña Violante, princesa de Hungría, de la cual tuvo á po-

co tiempo un hijo llamado don Pedro, á quien instituyó heredero con don Alonso, hijo de la castellana. La reparticion que entre ambos hizo de su reino, desagradó infinito; porque asignaba á don Pedro el condado de Barcelona, con cierta alteracion de límites que no acomodaba á los catalanes ni á los aragoneses. El mas perjudicado sin embargo era el príncipe don Alonso, el cual, como mayor, creyó debia oponerse á una desmembracion que debilitaba al reino. La mayor parte de los caballeros aragoneses, y los mas distinguidos, se declararon en su favor; de suerte que se consideró inevitable un rompimiento entre padre é hijo; y efectivamente el príncipe no solo se separó del rey; sino que hizo alianza con Castilla, que se hallaba muy quejosa de Aragon. Sin embargo, á pesar de que don Jayme permaneció firme en su resolucion, no llegó el caso de sacar la espada: subsistió sí entre ambos la desavenencia y el descontento de la principal nobleza hasta que la muerte de don Alfonso terminó la diferencia; pero don Jayme, que debia tener prurito de hacer particiones, distribuyó de nuevo sus estados entre los tres hijos que tenia ya de Violante, asignando al mayor don Pedro el Aragon, Cataluña y Valencia; las islas Baleares á don Jayme, que era el segundo; y á don Fernando, que era el tercero, la Provenza y los demas estados que poseia en Francia.

El anciano monarca, que no era muy arreglado en sus costumbres, dió á estos tres príncipes otra porcion nada pequeña de hermanos y de hermanas fuera de matrimonio. Murió doña Violante, y casó de secreto con una viuda, llamada doña Teresa Gil de Vidaure; pero durante este casa-

miento parece que mantuvo un trato tan íntimo con cierta dama, que acrecentó con un nuevo hijo la descendencia real. Para legitimar sus amores quiso disolver su matrimonio con doña Teresa, y aun empezó á practicar diligencias bien activas; pero reinaba entre su corte y la de Roma cierta desavenencia, por haber mandado don Jayme cortar la lengua á un obispo que habia sido su confesor, y el papa, á instancias de doña Teresa, le amenazó con la excomunion si no abandonaba sus proyectos de divorcio. Los abandonó con efecto; pero sin duda no se halló despues doña Teresa muy satisfecha de la conducta de su marido, respecto de que se retiró á un monasterio del Cistér.

Cuando tocaba don Jayme en el último período de su vida, y cubierto de gloria, y oprimido con el peso de los años, hubiera podido gustar el fruto de sus fatigas y trabajos, se vió en la necesidad de acudir nuevamente á las armas para asegurar sus conquistas. En aquellos tiempos, así como en el dia, los habitantes de un pueblo subyugado tenian la libertad de permanecer en él reconociendo á su nuevo dueño, ó de retirarse con todas sus propiedades mobiliarias adonde mejor les pareciese. Despues de la conquista de Valencia se espatriaron infinitos moros; pero quedaron sin embargo los bastantes para creer temibles las consecuencias de sus frecuentes conspiraciones. Don Jayme decretó su espulsion, y salieron con efecto mas de cien mil personas; pero hubieron de quedar algunos para el cultivo de los campos hasta que el pais se repoblase; y estos, aprovechándose de la ancianidad del rey, y confiados en el auxilio de los granadinos y berberiscos, desplegaron el estandarte

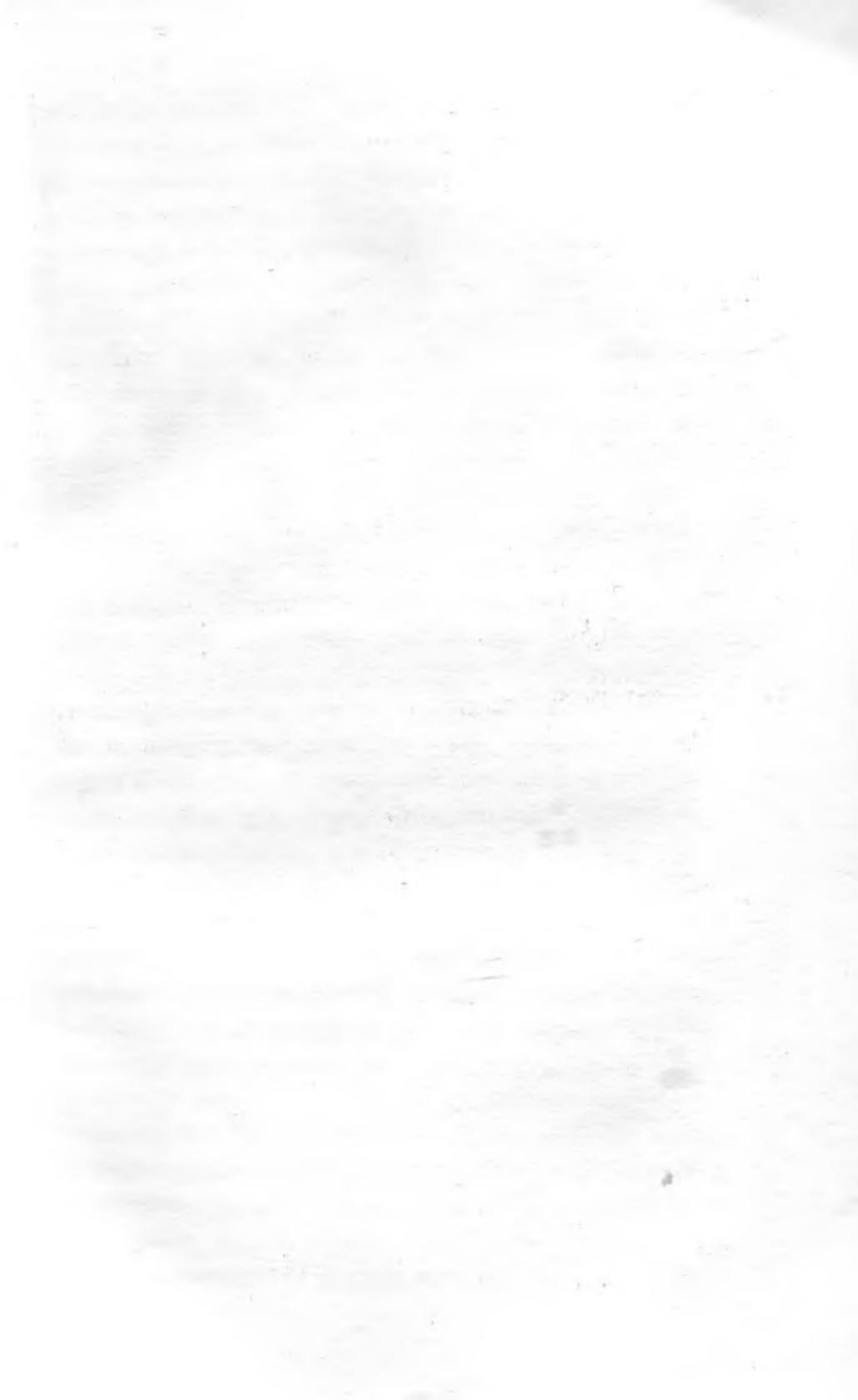
de la rebelion resueltos á sacudir el yugo. La insurreccion cundia por los pueblos valentinos con la rapidez del fuego: el caso se hizo muy serio, porque los sublevados formaron un respetable ejército y procuraban apoderarse de fortalezas y plazas; y don Jayme hubo de marchar á sujetarlos á la frente de guerreros que ya sabian vencerlos. En Alcira se sintió acometido de una grave enfermedad; y comprendiendo que estaba muy próxima su muerte, resignó la corona en su hijo don Pedro; pidió públicamente perdon de los malos ejemplos que habia dado, y se vistió el hábito del Cister, resuelto á acabar sus dias en el monasterio de Poblet en caso de que no muriese entonces. Se esforzó para pasar á Valencia, donde se le agravó la enfermedad, y falleció en 27 de Julio de 1276. Así acabó el famoso don Jayme, cuyas gloriosas empresas le grangearon el renombre de *Conquistador*.

Su hijo don Pedro III quiso mostrarse digno de la corona marchando personalmente á sujetar los rebeldes moros valentinos, y los dejó tan escarmentados, que la mayor parte abandonaron sus hogares y se refugiaron en Granada. Estuvo sin embargo muy á riesgo de perderla por defender los derechos de su muger Constanza al trono de Nápoles y de las dos Sicilias. Constanza era hija de Manfredo, bastardo del emperador Federico II, y conde de Tarento, quien habiendo quedado por tutor de Conradino, hijo de su hermano Conrado, á quien envenenó, tuvo bastante destreza para hacer creer la muerte de su pupilo y sobrino, y apropiarse los estados que le pertenecian en Italia. Estos eran Nápoles y Sicilia; estados que la Cor-

te de Roma consideraba como feudo de la Iglesia desde la donacion de Pipino rey de Francia, y que procuraba con el mayor esfuerzo arrancar de la familia de aquel Federico, que tanto la habia hecho sufrir. A este efecto convidó repetidas veces con su investidura á los reyes de Inglaterra; pero no hallándose estos con fuerzas suficientes para despojar á sus actuales poseedores, hubieron de ceder el empeño á otro mas bravo. Las ruidosas hazañas de don Jayme de Aragon habian hecho tan célebre su nombre en toda Europa, que Manfredo temió no pudiese el papa en él los ojos; y siendo su poder tan grande, su triunfo era casi indubitable. Por lo mismo creyó importantísimo prevenirse con tiempo ganando su amistad; le ofreció en matrimonio su hija Constanza para su primogénito don Pedro; y á pesar de la intriga con que la Corte romana procuró impedir este enlace y desconcertar esta alianza, no pudo conseguirlo. Dirigióse entonces el papa Clemente IV, á la sazón reinante, al santo Luis rey de Francia, haciéndole las mismas ofertas que á los ingleses, con tal que arrojase de Sicilia al tirano Manfredo; pero embebido todo en sus expediciones á la Tierra Santa, no quiso mezclarse en el asunto. Finalmente su hermano Carlos de Anjou se encargó de la empresa; recibió la investidura por mano de un legado pontificio; y coronado en Roma por el mismo Clemente, marchó al punto contra Manfredo. Vinieron á las manos cerca de Benevento; perdió Manfredo la batalla y la vida, y Cárlos quedó dueño de sus estados. No era posible que don Jayme se mostrase indiferente á unos sucesos que privaban á su nuera Constanza de la corona que por herencia

la correspondia y que por consiguiente habia de radicarse en su descendencia ; pero se mantuvo pasivo hasta su muerte, sin que podamos adivinar la causa de su inaccion , y quizá no se hubiera movido tampoco su hijo don Pedro , siendo aun mas interesado , á no haber sido por las vivísimas y repetidas instancias de los sicilianos. La tiranía de Carlos y el desenfreno de los suyos, habian hecho tan odioso en toda la isla el nombre frances , que sus oprimidos habitantes solo esperaban hallarse sostenidos para tomar las armas y apellidar libertad. Clamaban á don Pedro porque les ayudase á sacudir el yugo, tomando posesion de un reino propio de su muger doña Constanza , y que debia recaer en sus hijos como descendientes de la casa de Normandía , que lo habia redimido del poder de los bárbaros: le ofrecian armas, dinero y cuanto necesitase ; y efectivamente , con su auxilio se halló el aragones muy en breve en disposicion de fletar una numerosa escuadra , que salió de Tortosa, sin que pudiese nadie trascender su destino.

Seguros ya los sicilianos de tener un vengador, egecutaron aquella horrible carnicería conocida en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Conjurados con el mayor secreto los habitantes , degollaron en un mismo dia y á la misma hora á cuantos franceses habia en la isla , sin exceptuar de su enconada rabia sino á Guillermo de Porcelet, que siendo antes gobernador se habia conducido con mucha probidad y justicia : aclamaron por su rey á don Pedro , y se dispusieron á hacer frente á Carlos , en caso de que intentase castigar su atrevimiento. No fueron con efecto vanos sus rezelos , porque Carlos se presentó en la





El duelo frustrado.

Convenidos D. Pedro III de Aragon y Carlos de Anjou en combatir cuerpo á cuerpo; y á pesar de no estar asegurado el campo, D. Pedro el dia del plazo se presentó incógnito en el sitio señalado, donde todo el dia esperó en vano á Carlos; y tomando testimonio se retiró dexando al Senescal de Inglaterra las armas del duelo. Carlos creyó burlarse así de D. Pedro; pero solo se burló de su propia reputacion.

isla con un poderoso ejército, que supo proporcionarle el papa Martino VII, y hubiera satisfecho su venganza á no haber aportado felizmente la escuadra aragonesa. Fue tal el espanto de Carlos, que se retiró á Calabria poco menos que huyendo; y finalmente, despues de muchas acciones indecisas, convinieron los dos reyes en terminar cuerpo á cuerpo sus desavenencias, ó en un combate de ciento contra ciento en la ciudad de Burdeos. Hallándose tan inmediatos, parece que hubieran podido señalar al momento su campo de batalla; pero Carlos quiso valerse de este ardid para sacar de la isla á don Pedro, y arrojarse luego sobre ella con su gente. Sin embargo, don Pedro no fue tan imprudente que la dejase sin la correspondiente defensa espuesta á una invasion: partió, y en el mismo dia del plazo se presentó incógnito en la vega de Burdeos, acompañado de tres caballeros solamente. El rey de Inglaterra, cuya era la ciudad, habia de asegurar el campo por medio de su senescal; pero el papa lo habia prohibido por evitar el duelo; y don Pedro, cansado de esperar todo el dia á su competidor, y conociendo el peligro en que se hallaba su persona donde no se aseguraba el campo, se retiró satisfecho con un testimonio que exigió de su puntualidad, y dejando en poder del senescal las armas de que se habia de haber servido en el combate.

Entre tanto no se descuidaba el papa en hacerle por su parte cuanta guerra podia. A sus instancias penetró en Aragon el rey de Francia; taló, quemó, destruyó una porcion de pueblos, y se retiró despues de haber logrado la mezquina satisfaccion de hacer estos perjuicios á un enemigo inde-

fenso. Aprovechándose el papa del terror que infundian las censuras eclesiásticas, le privó de las alianzas que podian serle ventajosas; fulminó contra él sentencia de privacion de sus reinos y señoríos, concediendolos al príncipe cristiano que los conquistase; y no contento con esto, dió la investidura de ellos á Carlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, con cierta sujecion y dependencia de la Silla romana. Apeló don Pedro de aquella sentencia, como dada por una de las partes, sin audiencia de la contraria; protestó la injusticia con que se pretendia despojarle de sus estados, sin mas delito que reclamar sus derechos; se allanó á producir sus escepciones y defensas contra los procesos, escomuniones y sentencias pronunciadas en perjuicio de su persona y reinos, siempre que se le concediese un lugar á propósito en que pudiese hacerlo libremente y con toda seguridad; pero últimamente, por si eran infructuosas todas estas gestiones, sobre lo cual parece que no debian quedarle muchas dudas, aprestó mayores fuerzas, y se dispuso á una vigorosa defensa de sus estados.

No tardó mucho tiempo en llegar á conocer la oportunidad de estos preparativos. El rey de Francia invadió el Rosellon con un ejército de cien mil hombres; y no hallando la menor oposicion en don Jayme rey de Mallorca, que mantenía por suyas las principales plazas, se apoderó sin dificultad de todo aquel condado. Pasó los Pirineos, y dueño del Ampurdan, se puso sobre Gerona, cuya guarnicion, despues de una esforzada resistencia, tuvo que capitular. Durante el sitio una escuadra catalana, que salió de Barcelona á observar la po-

sición y movimientos de la francesa apostada desde Coliubre hasta Guijols, se encontró con veinte y cuatro galeras enemigas en la embocadura del Ter; y después de un combate muy sangriento, las abordó, apresó quince, y puso en fuga las restantes. A esta victoria se siguió otra no menos señalada en el cabo de san Feliu, con pérdida de cuatro mil franceses, de trece galeras, de otros barcos menores, y de la caja militar; cuyos reveses, unidos al voracísimo contagio que empezó á padecerse en el ejército de tierra, obligaron al rey de Francia á levantar apresuradamente el campo, y restituirse á su casa. Siguió al alcance el de Aragon; ocupó las eminencias por donde tenia que repasar los Pirineos; y acometiendo á aquel ejército enfermo y casi fugitivo, le acabó de deshacer completamente.

Muy poco sobrevivió don Pedro á esta célebre campaña; le sorprendió la muerte en Villafranca, haciendo preparativos para vengar con la conquista de las Baleares la mala correspondencia de su hermano don Jayme, y falleció en 8 de Noviembre de 1285, recomendando muy particularmente esta expedición á su primogénito don Alonso, que la concluyó inmediatamente con toda felicidad. Terminó sus dias con el consuelo de ver asegurada la corona de Sicilia en la cabeza de su hijo segundo don Jayme, muerto su competidor, habiendo hecho prisionero á su hijo Carlos de Salerno, y renunciando este á su favor cuantos derechos podian corresponderle.

Don Alonso III tuvo bastante energía para protestar al tiempo de coronarse que no recibia la diadema por autoridad de la Iglesia, ni en su

contra, y que aun cuando aquella ceremonia se hacia en lugar sagrado, podia haberla hecho y podrian hacerla en cualquiera otro los reyes sucesores. Esta protesta, en unos tiempos en que nadie osaba disputar á la Santa Sede la facultad de disponer á su arbitrio de los cetros, avivó en tales términos el resentimiento del papa, que no fue posible conviniera en la paz que le propuso don Alonso. El rey de Inglaterra se constituyó finalmente mediador; se avistó con el aragones en Oloron, y creyendo que la libertad de Cárlos de Salerno contribuiria infinito á disponer el ánimo del papa á una reconciliacion, procuró persuadir á don Alonso á que se la concediese. Este condescendió sin repugnancia; pero bajo la condición de que su prisionero habia de conseguir de Roma, Francia y Cárlos de Valois tres años de tregua con Aragon y Sicilia; y cuando esto no fuese asequible, volveria á presentarse preso donde se le mandase, dejando antes para seguridad sus tres hijos en rehenes, una gran suma de dinero, y el condado de Provenza.

El resultado sin embargo burló sus esperanzas. Verdad es que el rey de Francia procuró persuadir á su hermano á que abandonase sus pretensiones á los estados de Aragon; pero este no solo se negó abiertamente á ello, sino que contra todo derecho de gentes hizo prender en Narbona á unos embajadores que enviaba el aragones al papa. Este por su parte, no contento con hacer tomar el título de rey de Sicilia á Cárlos de Salerno, le coronó solemnemente en Rieti, sin atender á las condiciones con que se le habia puesto en libertad; asegurándole que no estaba obligado al cumplimiento de sus

promesas, y absolviendole de todo en caso necesario, A vista de un empeño semejante, nadie podrá estrañar que se cumpliese el plazo, y nada se hubiese adelantado hácia la paz. El rey de Inglaterra creyó haber desempeñado su encargo con alegar varias excusas y estrechar á Cárlos de Salerno para que compareciese ante el aragones y diese cuenta de su persona; y este, convencido de la indispensable necesidad de remitir la decision á las armas, se dispuso á la guerra con el mayor ardor. Por fin se allanó el papa á comprometer las pretensiones y derechos de cada una de las potencias beligerantes, en la sentencia de dos cardenales legados á Francia con plenos poderes para proporcionar la concordia; y á presencia y con acuerdo de ciertos embajadores aragoneses y franceses, se concluyó en Tarascon un tratado de paz, cuyos principales capítulos eran dirigidos á asegurar al papa la posesion de la Sicilia, despojando á los descendientes de Manfredo. Nunca podrá disculparse á don Alonso de haber ratificado esta concordia, abandonando en situacion tan crítica los intereses de su madre y hermano; pues aunque sus enemigos eran muy poderosos, no estaba tan abatido que no hubiera podido obtener, á favor de su familia, capitulaciones mas ventajosas. Murió en 18 de Junio de 1291, llevando al sepulcro el renombre de *Liberal*. 1291.

Le sucedió su hermano don Jayme II, á la sazón rey de Sicilia, cuya vacilante corona abandonó á su hermano Federico, siendo lo mas particular que despues de haber sostenido con la corte de Roma una obstinada lucha por conservarla sobre su cabeza, apenas se vió asegurado en el trono

de Aragon, se declaró protector de las pretensiones del papa, y uniéndose con Cárlos de Salerno, se presentó en Sicilia con una poderosa armada; pero el valor de Federico le obligó á renunciar para siempre una empresa, que le hacia tan poco honor, y á contentarse con la Córcega y la Cerdeña, que el papa le habia concedido para cuando las conquistase. No tardó mucho tiempo en asegurarse el fruto de esta concesion; y despues de ensanchar con esta conquista sus dominios, dejó las armas, dedicándose á hacer floreciente el comercio marítimo de sus vasallos. Su hijo mayor don Jayme tomó la asombrosa resolucion de no querer reinar jamas. En vano le persuadió su padre; en vano le instó para que mudase de parecer; pues á presencia de los estados del reino renunció para siempre el trono; tomó el habito de san Juan de Jerusalem, y en adelante hizo una vida de aventurero, sin ambicion ni pesar.

El menor, llamado Alonso IV de este nombre, fue pues el elegido para suceder á don Jayme, que murió en 2 de Noviembre de 1327. Don Alonso acababa de perder á su primera muger doña Teresa de Entenza; y sin embargo de tener asegurada la sucesion del reino en un hijo, que se llamó don Pedro, pasó á segundas nupcias con doña Leonor de Castilla; y el espíritu de discordia, que en semejantes casos suele perturbar las familias de los particulares, se insinuó tambien en la suya, escitando el descontento nacional. Antes de su matrimonio habia hecho un estatuto, por el que se obligó con juramento á no enagenar cosa alguna del patrimonio real por espacio de diez años; pero infiel á su promesa, así que se verificó su enlace,

quiso dar á su nueva esposa una muestra de su cariño, donándola la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos. Los estados del reino reclamaron inmediatamente la donacion; pero el rey procuró deslumbrarlos declarando que no habia sido su ánimo comprender en el estatuto á su muger ni á sus hijos; y creyendo que semejante efugio habia dejado á todos satisfechos, apenas dió á luz la reina, señaló al recién nacido un pingüe patrimonio en la ciudad de Tortosa, y villas de Alicante, Orihuela, Guardamar y otras, que cedió á su favor. La reina, á quien no se ocultaba la poca seguridad de tan exorbitantes donaciones mientras no quedasen sancionadas con el voto de la nacion, supo determinar al rey á que obligase á todos los ricos-hombres y caballeros á prestar pleito homenaje de ayudar y defender al infante, manteniéndole en posesion de ellas; pero no faltó un don Ot de Moncada, que despreciando ruegos y amenazas, se negase abiertamente á un juramento tan perjudicial á los intereses del príncipe heredero. Su resistencia se graduó de temeraria, y fue ademas bien infructuosa; pues el rey, como si se hubiera propuesto únicamente enriquecer á un solo hijo á espensas del otro, continuó sus liberalidades en términos que el reino ya no pudo disimular. Contradijeron los tres estados tan escandalosa prodigalidad. Valencia se puso en arma para defender la integridad del patrimonio real, y todos se hallaban arrestados á resistir con vigor á los oficiales reales que presumesen valerse de la fuerza, y aun á allanar el palacio en caso necesario, degollando á cuantos se les opusiesen. Creyendo el rey que su presencia pondria freno á los descontentos, y que nadie osa-

ria contradecirle, se presentó en el concejo de Valencia, reconvino, instó y aun amenazó; pero Guillen de Vinatea, uno de los primeros magistrados, tuvo bastante entereza para manifestarle que ni debia haber hecho, ni permitido, unas donaciones tan diametralmente opuestas á los estatutos del reino, como perjudiciales á la corona. "Los del gobierno de esta ciudad, añadió, preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exorbitantes enagenaciones contra los derechos del príncipe. ¿Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se quebrantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que nos aguarda fuera." La firmeza con que profirió estas palabras hizo conocer al rey la disposicion en que se hallaban todos sus compañeros; y fuese prudencia ó temor, hubo de tomar el partido de revocar las donaciones. Vivamente resentida la reina contra los que tanto se interesaban por el príncipe é integridad de la corona, juró tomar una egemplar venganza; y teniendo sobre su marido todo el dominio que ya deja conocerse, no la fue muy difícil conseguir que unos fuesen desterrados de la corte, procesados otros como reos de lesa magestad, citados personalmente algunos ante el rey para satisfacer á sus cargos, y muerto ignominiosamente el que tuvo la imprudencia de comparecer.

Esta persecucion la concilió el odio general, y particularmente el del príncipe don Pedro, que por estatuto de la nacion era gobernador del reino como príncipe heredero; si bien por entonces limitó su resentimiento á negarse con la mayor entereza á

confirmar las donaciones hechas á su hermano.

Murió su padre en 24 de Enero de 1336 ; y 1336.
la reina , que no se consideraba segura en medio de un pueblo que la aborrecia , determinó salvarse en Castilla con todas las riquezas que debia á la prodigalidad de su difunto esposo. Allí imploró la proteccion de su hermano el rey don Alonso XI , como único recurso que la quedaba para mantener sus derechos y los de sus hijos en Aragon. El rey practicó en su favor algunos oficios ; pero el aragones supo evadirse con una respuesta especiosa , y procedió á secuestrar las inmensas rentas que percibia su madrastra en Aragon , Valencia y Cataluña. Picado de este desaire el castellano , entró á sangre y fuego por el reino de Valencia : don Pedro se preparó á la defensa ; y á no haber mediado la autoridad del papa , el asunto se hubiera hecho muy serio. Conviniéronse por fin en comprometer sus intereses respectivos al parecer de árbitros ; y las resultas de este compromiso fueron permitir á la reina viuda doña Leonor el disfrute vitalicio de los pueblos que la habia dejado su marido , quedando reservada á la corona la jurisdiccion.

Sosegadas estas diferencias concibió don Pedro el ambicioso proyecto de usurpar á su cuñado don Jayme II la corona de Mallorca ; y para conseguirlo con alguna apariencia de justicia , no se detuvo en recurrir á los medios mas viles é indecorosos. Era el reino de Mallorca una especie de feudo de Aragon , y estaban por lo mismo sus soberanos sujetos á cierta dependencia , que no podian sacudir sin hacerse reos de un delito enorme. Quizá no habia don Jayme dado el menor motivo para que se dudase de su fidelidad ; pero don Pe-

dro, sobre datos tan inverosímiles como inciertos, forjó una atroz calumnia, y con cierto aparato de juicio, le sentenció á perder la corona. Apeló el mallorquin á las armas, y tenia bastante valor para no dejarse atropellar impunemente; pero cobardemente abandonado de los suyos, tuvo que ceder á su ambicioso cuñado, el cual le despojó de todos sus estados con la mayor inhumanidad.

Don Pedro hubiera podido reinar tranquilamente en medio de sus vasallos, si su carácter arrebatado y caprichoso no le hubiera hecho cometer una imprudencia, que pudo serle muy funesta. Las leyes de Aragon excluian á las hembras de la sucesion en el reino; pero don Pedro, privado de descendencia masculina, y sin esperanza de tenerla en adelante, quiso hacer una escepcion á favor de su hija primogénita doña Constanza; y como la transgresion de las leyes fundamentales de un estado ha ido acompañada siempre de violentas conmociones, los aragoneses, fuertemente apegados á sus fueros y privilegios, formaron una liga, que llamaron la *Union*, y tomando las armas, se opusieron con firmeza á la novedad. En vano hizo don Pedro los mayores esfuerzos para sujetar á los descontentos; porque despues de derramar infinita sangre, prevalecia la *Union* á la manera de una hidra cuyas cabezas se reproducian amenazándole con nuevas desventuras. A la sombra de estas inquietudes quiso tentar fortuna el destronado rey de Mallorca don Jayme; aprestó la gente que le fue posible; se confederó secretamente con los de la *Union*, y desembarcó en Mallorca, resuelto á sostenerse con denuedo; pero escesivamente confiado en el número de sus tropas, tuvo el arrojado de aven-

turar una batalla decisiva; la perdió, y fue muerto en ella. Don Pedro, sin embargo, al cabo de dos años de agitacion, carnicería y horrores, tuvo que declarar inmediatamente sucesor de la corona á su medio hermano don Fernando, el hijo de su madrastra doña Leonor, para en el caso de que falleciese sin hijos varones legítimos.

Otra imprudencia no menos peligrosa y vituperable fue la de obstinarse en proteger á un almirante suyo, que tuvo la temeridad de violar la neutralidad de un puerto castellano, apresando unos barcos placentinos; pues por ella se vió empeñado en una sangrienta guerra con don Pedro de Castilla, que se continuó por diez años con el mayor teson. Una vez comprometido en ella, era natural que se valiese de todos los arbitrios imaginables para triunfar de su enemigo; y aprovechándose de la mala inteligencia que reinaba entre este y sus hermanos don Enrique, don Fadrique y don Tello, hizo con ellos una liga muy peligrosa para el castellano. Hemos visto en su lugar los progresos y vicisitudes de esta confederacion; hemos visto el éxito de esta guerra tan favorable á don Enrique; y puede decirse que si no debió esclusivamente la corona de Castilla á don Pedro de Aragon, sus ausilios le allanaron infinitamente el camino del trono.

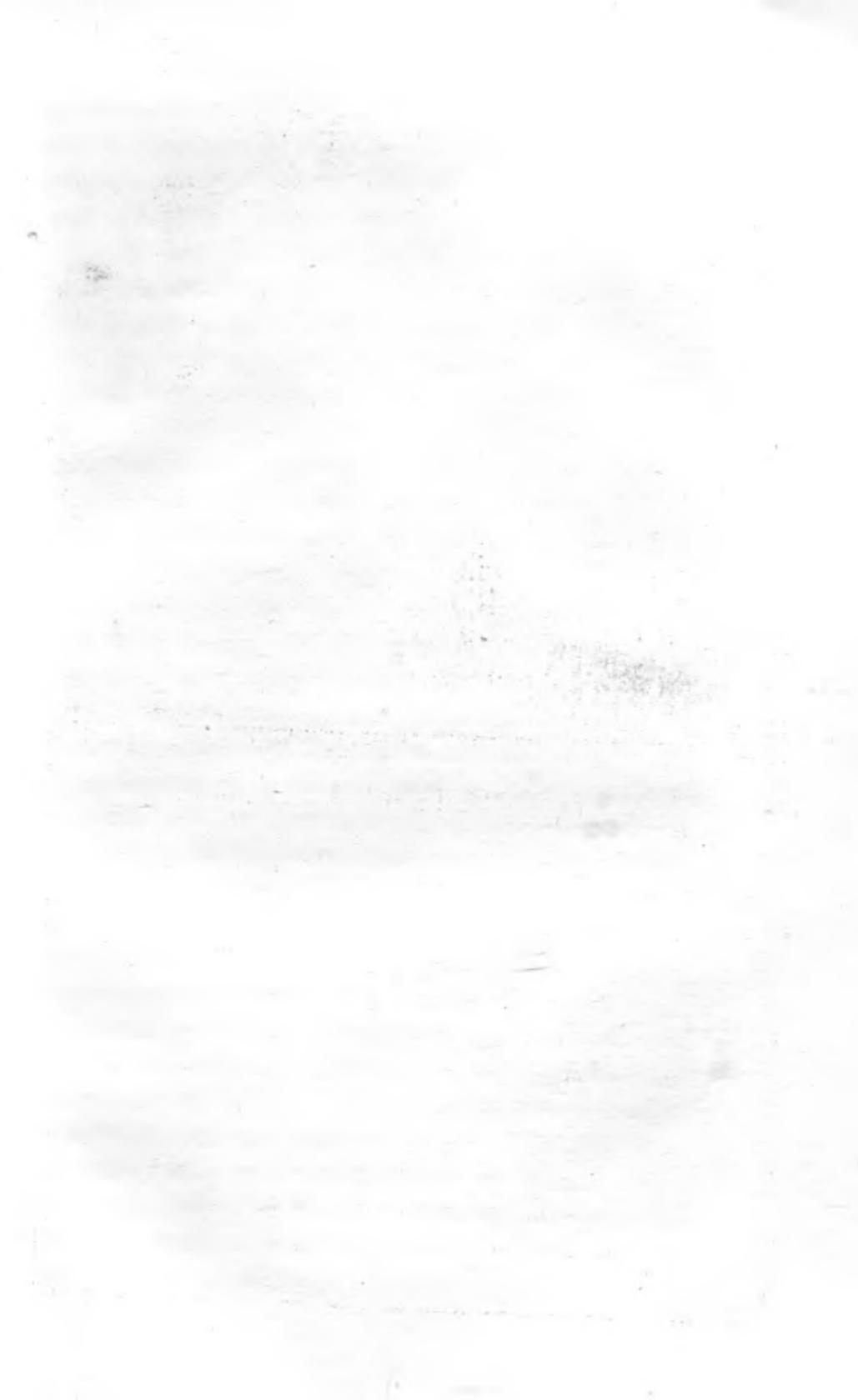
Finalmente, entre las acciones que obscurecen la conducta de don Pedro IV, puede contarse la vileza con que sacrificó al odio público á don Bernardo de Cabrera. Este caballero habia sido su general, su ministro y su favorito desde el principio de su reinado. En medio de las facciones que habian abrasado el reino, se habia mostrado siempre

fiel á su rey , quien le pagaba con una confianza absoluta ; pero gozaba de grande autoridad , y esto bastó para que se le atribuyesen los desaciertos del monarca , y fuese el blanco de la envidia de sus émulos. Sea que el rey creyese justificarse á los ojos de sus vasallos inmolándole ; sea que se hubiese hecho sospechoso con fundamento , don Pedro le hizo prender ; y suponiéndole reo de toda clase de delitos, sin prueba ni defensa fue condenado á muerte por un tribunal presidido por el duque de Gerona , hijo del rey , que parece debia su educacion á don Bernardo. Otros dicen que el rey mismo fue quien pronunció la sentencia , y que el de Gerona se encargó de la egecucion ; pero esto en suma no sería otra cosa que una atrocidad mas. Los historiadores convienen en que el gran crimen de Cabrera consistió en haber sido demasiado fiel criado de un amo poco agradecido.

1387.

Murió don Pedro en 5 de Enero de 1387, dejando dos hijos varones habidos en su tercera muger doña Leonor de Sicilia , llamados don Juan y don Martin ; y se le conoce con el renombre del *Ceremonioso*, por la aficion que se dice tuvo á las grandes asambleas.

Don Juan , que era el primogénito , fue por consiguiente su sucesor y el primero de este nombre. La reina su madrastra , que debia temer su resentimiento por el mal trato que le habia hecho sufrir en vida de su marido , huyó de Barcelona antes que este acabase de fallecer ; pero alcanzada y presa en el camino , sufrió la cuestion rigurosa del tormento , porque confesase los crímenes que se la imputaban de haber hechizado al nuevo rey con una bebida que le habia alterado la salud , y de





Muerte de D. Juan I de Aragon.

Cazando el Rey D. Juan I de Aragon se alejó de los suyos por el empeño de perseguir á una loba; pero ya fuese que tropezó su caballo, ó ya que cayó de él, quando le alcanzaron sus gentes le hallaron muerto ó exhalando el último aliento. Los que por afición ó lisonja honran la caza comparándola á la guerra, pudieran conocer que la muerte en la caza es la de hombres comunes, y en la guerra es la de los héroes.

haber estraido del palacio real quanto habia podido llevarse. Igual suerte sufrieron los caballeros que la acompañaban, de los cuales dos fueron degollados, otros castigados con prision perpetua, y la reina libertó su vida por la mediacion del célebre cardenal don Pedro de Luna.

El reinado de don Juan I fue sumamente corto, y su fin muy trágico. En 19 de Mayo de 1395, habiéndose alejado de los suyos persiguiendo á una loba en una cacería, ya sea que tropezase su caballo, ya que cayese de él, como pudo suceder, quando llegaron los monteros habia espirado, ó le faltaba poco. Quizá no tenia este monarca todos los dotes de un buen príncipe; pero no se le pueden negar algunas virtudes. Era de genio amable y complaciente; escuchaba con bondad las reconvenções que le hacian, y lo que es aun mas raro, se anticipaba á ellas. De sus dos mugeres dejó únicamente dos hijas; pero como estaban las hembras escluidas de la corona, hubo de pasar esta á su hermano don Martin, que á la sazón se hallaba rey de Sicilia. No faltó sin embargo quien se la disputase á pretesto de mejor derecho. El conde de Fox, casado con doña Juana, primogénita del difunto rey, empezó á apellidarse rey de Aragon; y entrando por Cataluña, se hizo dueño de muchos pueblos y castillos. Don Martin se hallaba todavia ausente; pero la actividad y providencias de su muger doña María de Luna, y el valor de los aragoneses, consiguieron escarmentar al invasor, y obligarle á retirarse á Francia con pocos ánimos de volver á la empresa.

Al partir de Sicilia dejó don Martin aquella corona á su único hijo del mismo nombre; pero

1410. murió este príncipe en la flor de su edad, y su padre le siguió á poco tiempo. Su muerte, acaecida en 31 de Mayo de 1410, puso en movimiento no solo el reino de Aragon sino los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia; pues en todos ellos habia quien aspiraba al trono y creia pertenecerle esclusivamente. Seis eran los pretendientes: el infante de Castilla don Fernando, nieto de don Pedro IV de Aragon; el conde de Urgel don Jayme, biznieto por agnacion del rey don Alonso IV; don Alonso de Aragon, duque de Gandía, en calidad de hijo del infante don Pedro, hijo cuarto del rey don Jayme II; Luis de Anjou, nieto por su madre de don Juan I; don Fadrique de Sicilia, hijo natural de don Martin el *Jóven*, aunque legitimado por su padre; y el conde de Fox como marido de doña Juana de Aragon, hija del rey don Juan I. Sin embargo de que entre todos el infante don Fernando era el mas inmediato al último reinante, y á quien este se habia inclinado mas poco antes de su muerte, ninguno de los otros creia menos robustos sus títulos; y el que tenia bastante moderacion, y no acudia á las armas para sostenerlos, no dejaba por eso de buscar en su apoyo el dictamen de los mas famosos letrados de aquel tiempo. El conde de Urgel, en el concepto de inmediato sucesor, se habia alzado con el gobierno del reino en vida y aun con repugnancia del rey difunto, y se prevalia de esta cualidad para oprimir á los que no eran de su partido; y aunque Aragon se resistia á reconocerle, ardia en facciones dividido entre las poderosas familias de los Heredias, Lunas y Urreas. Iguales inquietudes tenian conmovida á Valencia. Las casas de los Centelles y los Villa-

ragut pusieron el reino en combustion; y Cataluña no se hubiera preservado de esta calamidad á no haber confiado muy desde los principios la regencia á un consejo ó parlamento compuesto de ministros de conocida probidad y prudencia.

No sin muchos trabajos, fatigas y desvelos consiguieron las principales personas de aquella corona, que los tres reinos se conviniesen en nombrar nueve sugetos, tres por parte de cada uno, para que examinando á la manera de jueces el derecho de los competidores, y oyendo los fundamentos de su pretension, adjudicasen la corona con su acreditada ciencia; juicio é imparcialidad, á quien en justicia le correspondiese. Los pretendientes se allanaron á este medio; y quizá fue esta la vez primera que se vió comprometida en un tribunal de letrados la disputa sobre la pertenencia de un reino.

Se reunieron con efecto los compromisarios en el castillo de Caspe; convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores acudiesen á deducir su derecho; y despues de tres meses de sesiones, se declararon por el infante don Fernando. Esta sentencia fue un bálsamo saludable, que cicatrizando las heridas abiertas por la discordia restableció en el reino la serenidad. Los mismos aspirantes á la corona se sometieron gustosamente á ella, prestando la obediencia al nuevo rey; y solo el conde de Urgel quiso llevar adelante su temeridad, manteniendose armado contra don Fernando: pero este, que no se creyó en disposicion de sufrir semejante osadía, marchó contra él, le sitió en la fortaleza de Balaguer y le obligó á entregarse á discrecion. El vencedor le perdonó la vida con su acostumbrada generosidad; pero no pudo li-

bertarle de la prision perpetua á que despues de un formal juicio le condenaron los estados del reino. Don Fernando era de un temperamento débil, y no reinó mas que cuatro años, falleciendo en Iguala en 2 de Abril de 1416.

Su hijo Alonso V fue uno de los mejores hombres de su siglo. Sumamente aficionado á las letras, gustaba de la compañía de los sabios, y desplegaba con ellos su liberalidad. Tenia por emblema un libro abierto, y solia decir que *un príncipe ignorante no es mas que un asno coronado*. Las facciones que agitaban en su tiempo el reino de Nápoles, obligaron á su reina Juana á llamarle en su socorro contra el duque de Anjou, que sostenido por los principales napolitanos, la amenazaba con la pérdida de la corona. Para empeñarle mas en su defensa, le lisongeoó con la promesa de adoptarle por hijo é inmediato sucesor; y don Alonso, sin embargo de conocer que iba á empeñarse en una guerra larga, dispendiosa y escusada, cuando nada podia prometerse del carácter voluble de la reina, prestó inmediatamente sus armas para libertarla de sus enemigos. No tuvo mucha dificultad en ahuyentarlos, y la reina verificó su promesa solemnizando la adopcion de don Alonso; pero apenas se vió libre de los de Anjou, pensó, por un efecto de su natural inconstancia, en arrojar de Nápoles á sus libertadores. Desconfiando de sus propias fuerzas para conseguirlo, se confederó secretamente con el papa; procuró deshacerse pérfidamente de don Alonso, y ya que se malogró el golpe, revocó su adopcion, adoptando en su lugar al duque de Anjou, estrechamente unido con el papa. Por mediar don Alonso en las desavenencias que conmo-

vian á Castilla con motivo de las parcialidades de su hermano el maestre don Enrique , suspendió algun tiempo su venganza ; pero habiendo vuelto despues con una gruesa armada , encontró tan mudadas las cosas , que la reina , sumamente disgustada del de Anjou , le convidó con la corona de Nápoles , ofreciéndose á revocar la adopcion del de Anjou y revalidando la suya , como lo egecutó con el mayor secreto. Faltaba sin embargo sancionar esta resolucion con la aprobacion é investidura del papa ; y este , que se daba por ofendido del de Anjou , se vendia por afecto á don Alonso , y le tenia prometidas una y otra , tan lejos estuvo de cumplir su palabra , que se confederó aun mas estrechamente con aquel. No sabemos el objeto ni el motivo de esta mudanza ; pues en cambio de la investidura se habia ofrecido don Alonso á procurar de todos modos que el emperador de Alemania desistiese de la proteccion que dispensaba á los padres congregados en el concilio de Basilea y que trataban de deponerle , nombrando en su lugar otro papa. Como quiera , el resultado fue que el rey se puso de parte de los de Basilea , hiriendo al papa por los mismos filos ; pues no le quedaba duda en que una vez depuesto , fácilmente obtendria del concilio la investidura si no podia conseguir que la tiara recayese en uno de los suyos.

La muerte de la reina de Nápoles , y las circunstancias que la acompañaron , le obligaron despues á tomar otras medidas mas efectivas y vigorosas. Aquella soberana inconsecuente , que solo se habia propuesto sacar el partido posible de la honradez y buena fe de don Alonso , acabó de dar en su fallecimiento una prueba de que todos sus tra-

tados y adopciones habian sido otras tantas supercherías ; y ya que no pudo dejar la corona al duque de Anjou , que habia ya muerto , nombró universal heredero de sus reinos á Renato , hermano del difunto. La ciudad de Nápoles alzó inmediatamente sus pendones por el papa y por Renato , aclamándole rey ; y cuantos actos se habian hecho á favor de don Alonso quedaron anulados. Entonces ya se hizo preciso recurrir á las armas. Don Alonso contaba con los muchos amigos que tenia en aquel reino ; pero no se le ocultaba que confederados el papa y Renato con los venecianos , genoveses , florentines y el duque de Milan , y empeñados en arrojarle de Italia , harian los mayores esfuerzos ; y así aprestando una poderosa escuadra , se presentó delante de Gaeta. La plaza estaba por los genoveses y el duque de Milan , y se defendió con valor ; pero á pocos dias se hallaron los sitiados tan faltos de víveres , que tuvieron que arrojar fuera , como bocas inútiles , á todas las mugeres y niños. Los caudillos aragoneses querian obligar á estos infelices á volver á la ciudad : pero el generoso Alonso mandó que se les franquease el paso , sin hacerles la menor estorsion , “ pues mas quiero , añadió , dejar de tomar la plaza , que dejar de cumplir con lo que debo á la humanidad afligida. ”

El sitio sin embargo se terminó de un modo bien funesto para las armas aragonesas. Acudió al socorro de la plaza una flota genovesa despachada por el duque de Milan ; batió é incendió á la aragonesa ; desembarcó sus tropas , y arrolló al ejército de tierra. Quedaron prisioneros el rey don Alonso , sus hermanos el rey de Navarra y el infante don Enrique , el príncipe de Tarento , un gran

número de caballeros aragoneses y napolitanos, en una palabra, todos los principales caudillos de la expedición. El general vencedor tuvo la gloria de conducir en triunfo estos ilustres prisioneros; y el duque de Milan la gloria, aun mayor todavía, de restituirles la libertad haciéndolos sus amigos.

Este contratiempo, que al parecer debia haber arrojado para siempre de la Italia á don Alonso, le hizo mas poderoso que antes; pues confederado con el duque, que llegó á desconfiar de los proyectos de Renato, y volviendo con nuevas fuerzas á la empresa, consiguió apoderarse de Nápoles, obligó al papa á que le concediese la investidura; y con consentimiento de los naturales fue coronado rey y reconocido su hijo natural Fernando por legítimo sucesor en el trono.

Murió en 27 de Junio de 1458, llevando al sepulcro el concepto de uno de los mayores príncipes que ciñeron la corona de Aragon. Aunque político, fino y astuto, nadie le creyó artificioso, y efectivamente era este uno de los defectos que miraba con mas horror. Toda su vida fue guerrero, nunca cruel, como lo acredita lo ocurrido en el bloqueo de Gaeta; pero con un gran número de virtudes, no dejó de tener bastantes vicios, si bien estos influyeron mas en su vida privada, que en su conducta política.

1458.

No habiendo dejado don Alonso ningun hijo legítimo, hubo de sucederle en la corona su hermano don Juan II rey de Navarra. Los zelos que este habia concebido contra su hijo don Carlos, príncipe de Viana, alimentados por los siniestros informes de la reina, madrastra del príncipe, y por los temores que logró inspirar á su marido,

anciano, y desconfiado por naturaleza, le redujeron á un extremo de tiranía, de que habrá muy pocos egemplares en la historia. Nada hizo el desgraciado príncipe para merecer el odio de su padre sino reclamar con la mayor moderacion la corona de Navarra, que por su madre le correspondia de derecho y le tenia aquel usurpada; pero esto solo bastó para sufrir la mas cruel persecucion. De su orden fue preso con la mayor perfidia; la Cataluña tomó las armas en su defensa; el reino todo empezó á declararse por la inocencia oprimida, y el rey se vió obligado á ponerle en libertad; pero don Carlos, sensible y pacífico, no pudo acostumbrarse á la desconfianza que le manifestaba su padre, y murió de pesadumbre con sentimiento general. Su hermana doña Blanca, perseguida igualmente por la madrastra de ambos, murió emponzoñada; y no puede desconocerse la autora de estos crímenes, sabiendo el empeño de la reina por colocar sobre el trono de Aragón á su hijo don Fernando, con perjuicio de don Carlos, habido en primeras nupcias, y en proporcionar á aquel hijo querido los derechos que correspondian á don Carlos y á doña Blanca sobre la Navarra.

Con esto las inquietudes de Cataluña tomaron considerable aumento. La reina y su hijo fueron sitiados en Gerona por una multitud de gente sublevada apellidando libertad. Asesinaron á diferentes personajes que les afeaban su rebeldía; comenzaron á batir la plaza con todo el rigor de la guerra; y á pesar de la vigorosa defensa de su guarnición, lograron apoderarse de ella á viva fuerza. Vióse la reina precisada á retirarse con su hijo á una fortaleza antigua llamada la *Gironella*; pero

aun allí se hallaron en sumo peligro, pues los sitiadores abrieron una mina, y por ella hubieran entrado igualmente á la fortaleza, si la reina no hubiese animado, con espíritu varonil, á los caballeros que la acompañaban á rechazarlos con pérdida de mucha gente, y á no haber acudido prontamente el rey en su socorro. Los insurgentes levantaron el sitio; pero se armó en masa toda la Cataluña, y despues de declararse con toda formalidad independiente, aventuró una accion que fue bastante sangrienta y en la que reportaron las armas del rey una completa victoria. Aun mas exasperados los ánimos con esta pérdida, convidaron los tres estamentos del principado con el señorío al rey de Castilla, quien admitió inmediatamente y rompió por Aragon con un poderoso ejército; pero habiéndose convenido á poco tiempo con el aragones, se vieron nuevamente los catalanes en la necesidad de elegir señor, y se reunieron los votos en favor del condestable de Portugal don Pedro. La suerte de los insurgentes no mejoró por esta eleccion: el ejército realista fue progresivamente apoderándose de las principales plazas y fortalezas bien defendidas, pero mal socorridas por don Pedro, hasta que por último avistó al de los rebeldes junto á un lugar llamado *los Prados del Rey*, donde le atacó y le hizo pedazos; y el condestable, abandonando las insignias reales, hubo de salvar su vida con la fuga, y murió á poco tiempo consumido de pesar.

Aun con todos estos reveses no desmayó la Cataluña. Los representantes de los tres estados pusieron los ojos en Renato de Anjou; y ciertamente que en aquellas circunstancias no podian haber hecho eleccion mas atinada. Era Renato el mas

formidable enemigo de la nueva casa real de Aragón: estaba sostenido por su sobrino el rey de Francia, y se creía injustamente despojado del reino de Nápoles por un hermano de don Juan. Su hijo el duque de Lorena se presentó inmediatamente en las fronteras con numeroso ejército, se apoderó de Rosas y de otras varias plazas, pasó á Barcelona, y en calidad de lugarteniente de su padre tomó posesion de aquel condado y señorío. El espíritu ardiente y belicoso de don Juan II sufría con impaciencia los progresos de sus enemigos; pero septuagenario y ciego por unas cataratas que le habian sobrevenido en ambos ojos, no pudo por su parte hacer otra cosa que confederarse con los enemigos de la casa de Anjou, abandonando á la bizarría de la reina el cuidado de volver por la gloria de sus armas. La reina con efecto, al frente de sus tropas, y acompañada de su hijo Fernando, sitió á Rosas; la ganó por asalto; obligó al duque de Lorena á levantar el sitio de Gerona, y desalojó á los franceses de todo el Ampurdan. Murió la reina; pero el rey tuvo la fortuna de recobrar la vista, de que igualmente falleciese el duque, y de que la Francia no insistiese en proteger las pretensiones de Renato; y aumentadas sus fuerzas al paso que los rebeldes quedaban sin apoyo, pudo fácilmente hacerse dueño de toda la Cataluña, á escepcion de Barcelona que se defendió obstinadamente por bastante tiempo.

Apaciguadas por este medio las domésticas inquietudes, se empeñó don Juan en una nueva guerra por recobrar los condados del Rosellon y Cerdania, que al principio de las revoluciones de Cataluña habia cedido al rey de Francia en segu-

ridad del pago de doscientos mil escudos anuales que se obligó á satisfacerle por el socorro de setecientas lanzas. En el discurso de estas revoluciones mudaron, como ya hemos visto, de semblante las cosas; y el rey de Francia, apenas eligieron los catalanes á Renato, no solo abandonó á su aliado, sino que se declaró su enemigo. Quiso pues don Juan tomar una satisfaccion de esta falta de legalidad; dió parte á los pueblos de aquellos condados de la resolucion en que se hallaba de rescatarlos del dominio frances, que al parecer los tenia muy oprimidos; y tomando estos las armas por el rey de Aragon, se apoderaron de varias fortalezas, y hubieran pasado á cuchillo la guarnicion de Perpiñan á no haberse hecho fuerte en el castillo de la ciudad. Acudió inmediatamente el aragones á la defensa de los sublevados; encerróse en la plaza, y sostuvo con tal denuedo los esfuerzos de cuarenta mil franceses que le tenian bloqueado, que les obligó á levantar el sitio bien escarmentados y á ajustar un armisticio. Por haberse negado á ratificarle el rey de Francia, fue forzoso continuar la campaña; se presentó nuevo ejército delante de Perpiñan; tuvo la desgracia de sufrir igual suerte que el anterior; y hubieron de contentarse por entonces los franceses con talar los campos y saquear las aldeas indefensas; bien que aun en estas expediciones no dejaron de padecer crecidos descalabros. Volvieron mas adelante con mayores fuerzas; y á pesar de hallarse la plaza desprovista de gentes, víveres y municiones, no lograron rendirla hasta que sus habitantes se vieron en la alternativa de capitular, ó devorarse unos á otros, como ya habian empezado. Por último, despues de repetidas accio-

nes y sangrientas derrotas, tuvo el rey de Francia que avenirse á la paz, con el desconsuelo de haber perdido lo mejor de sus tropas y espendido infructuosamente caudales bien crecidos.

Estas fueron las últimas hazañas de don Juan II. Al año siguiente de 1479 enfermó de ancianidad y fatigas; y en 19 de Enero del mismo descansó en paz cubierto de la gloria de sus triunfos, á los ochenta y dos años de edad, dejando por heredero á su hijo don Fernando, á cuyos esfuerzos habia debido una gran parte de sus victorias. Es sensible no poder señalar en este monarca otras prendas que las mas funestas al género humano; ¡pero ojalá que tampoco pudieran señalarse sus vicios! No faltan sin embargo historiadores que le colman de alabanzas; ¡pero cómo se le borrarán las manchas indelebles de haber sido verdugo de don Carlos y de doña Blanca?

Por el fallecimiento de don Juan II recayó la corona de Aragon en su hijo don Fernando, marido de la reina propietaria de Castilla doña Isabel; y reunidas por este medio las dos coronas, como ya se dijo, en tan hábiles monarcas, se vieron muy en breve en la situacion mas floreciente. La perfecta armonía, que con el mayor cuidado procuraron guardar constantemente ambos esposos entre sí, produjo aquella íntima é indisoluble union, que subsistió mientras vivieron, y contribuyó notablemente á uniformar el sistema de administracion. Todo era comun á entrambos, excepto los derechos respectivos á los estados que cada uno poseia en propiedad. Estos los separaron con mucho acuerdo para apartar de sus vasallos toda sospecha, rezelo ó mala inteligencia que podia ocasionar el miedo

de que se perdiese su monarquía confundiéndose una con otra. Cada uno gobernaba sus pueblos como mejor le parecia, circunscribiéndose el otro á ayudarle con los consejos ó con los socorros; supuesta esta separacion, aunque las órdenes, así para los proyectos como para la egecucion, se espedian siempre á nombre de ambos, todo se dirigia con el mayor concierto y felicidad.

Una vez restablecida la tranquilidad interior, y consolidada con ventajosos tratados la amistad de las potencias estrangeras, concibieron el proyecto de arrojar enteramente de España á los sarracenos, que atrincherados en el reino de Granada, defendidos por una multitud de plazas que poseian en el mejor terreno de la península, y sostenidos con los poderosos auxilios que les proporcionaba la intermediacion al Africa, habian frustrado siempre los esfuerzos de los príncipes españoles. Lo mas que habian podido adelantar estos hasta entonces, fue hacerlos feudatarios; pero aun este feudo no le tributaban los reyes de Granada cuando se consideraban con fuerzas suficientes para resistirle como acababa de suceder.

Cuando fluctuaba el reino en medio de las agitaciones intestinas que le habian combatido anteriormente, requirieron los monarcas castellanos al rey moro de Granada con la satisfaccion de este tributo; y conociendo el sarraceno que en aquella ocasion podia negarle impunemente, respondió con orgullo: "Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solian pagarlas, y así que en adelante se pagarian á lanzadas." Quedó por entonces sin castigo tan osada

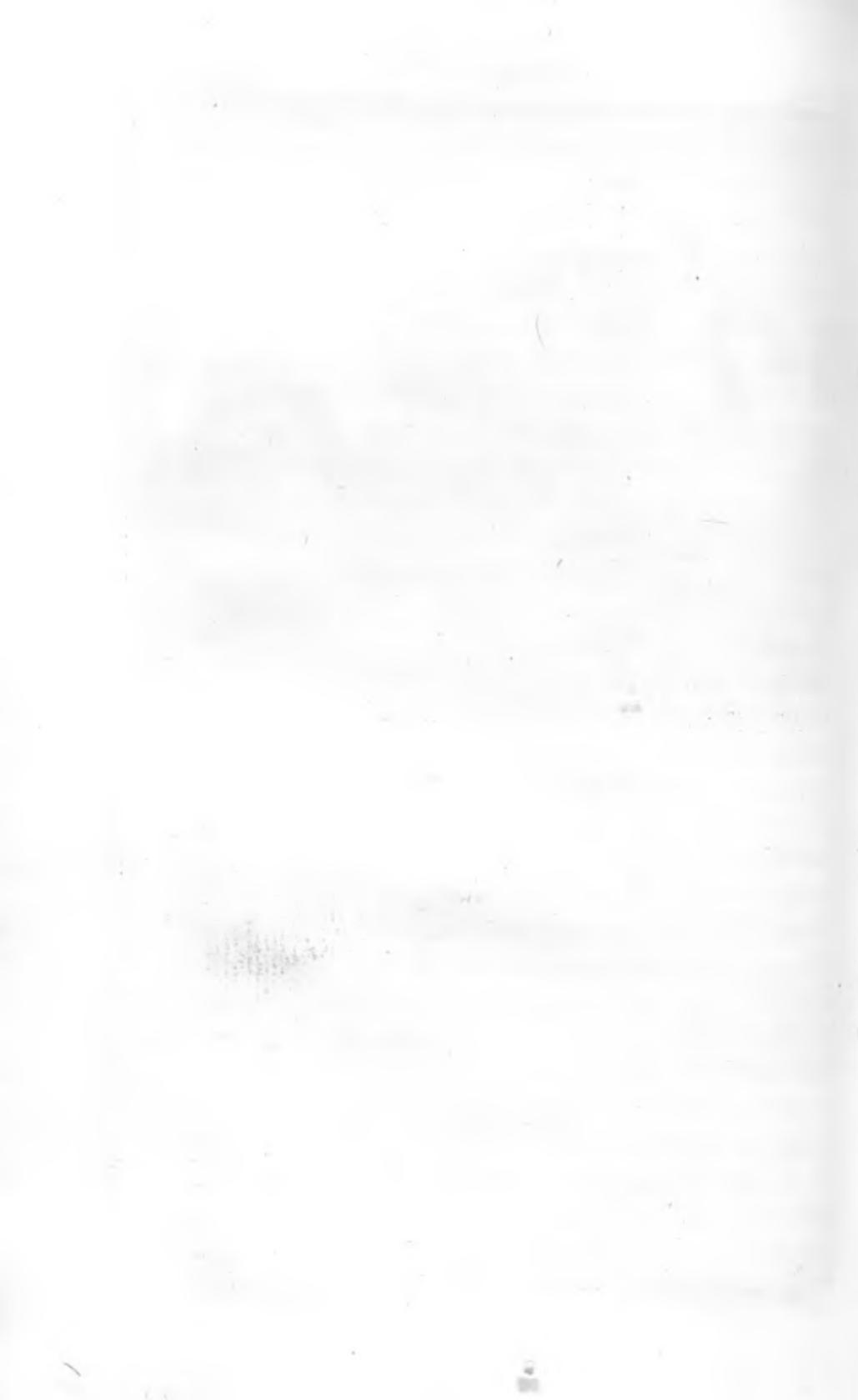
respuesta, y aun se otorgó una tregua de tres años, porque así lo exigian las circunstancias; pero pasó ya el tiempo del disimulo, y era preciso hacer al moro que se arrepintiese de su impertinente altanería. He aquí como lo proporcionó una casualidad.

Las treguas que de tantos años á aquella parte concertaban los reyes de Granada y Castilla eran de tal condicion, que podian unos y otros introducirse en las tierras enemigas, hacer alguna correría, y acometer qualquiera fortaleza, con tal que en tres dias la combatesen y ocupasen sin acampar, sonar trompeta, ni llevar ningun apresto de guerra formal, sino solamente por sorpresa. Esto no quebrantaba la tregua, y se permitia para que los fronterizos viviesen siempre alerta, y nunca se descuidasen. Así habian recobrado los moros en el año anterior de 1481 la villa de Zaharà; y queriendo usar de represalias el marques de Cádiz y Diego de Merlo, asistente de Sevilla, proyectaron con el mayor secreto la conquista de Alhama, plaza fuerte mal defendida á la sazón, aunque solo distaba ocho leguas de la capital. Con cuatro mil infantes y tres mil caballos sorprendieron una noche á la descuidada guarnición, siendo el primero que subió por las escalas aplicadas al muro, un soldado, que hasta entonces no se habia dado á conocer, y que despues cobró gran nombre, llamado Juan de Ortega. El solo, con otros doce compañeros que le siguieron, mató á los centinelas y al alcaide; se apoderó de la fortaleza; y abriendo luego las puertas, franqueó la entrada á un grueso de infantería que conducian el marques y el asistente. Inmediatamente se puso en arma toda la ciudad; y deses-



Conquista de Alhama.

Resuelta por el Marques de Cadiz y Diego de Merlo la conquista de Alhama, Juan de Ortega, uno de los soldados que llevaron, seguido de otros doce asaltó el muro, mató las centinelas, tomó la fortaleza; y abriendo sus puertas dió entrada á lo restante del ejército, que peleando obstinadamente se apoderó de la plaza en el mismo dia. Soldados tan valientes son triunfo anticipado en qualquier ejército.



perados los habitantes opusieron tal resistencia, é hicieron tal destrozo en las calles y plazas, que sus invasores se vieron precisados á romper el muro para que entrase el resto de la tropa. El combate duró sin embargo todo el dia con la mayor obstinacion; y últimamente solo se rindió la ciudad cuando apenas la quedaban defensores. La pérdida de Alhama fue en tanto grado sensible á los mahometanos, que para lamentarla compusieron unas endechas tan lúgubres que el rey de Granada se vió obligado á prohibirlas por evitar el desaliento de sus vasallos.

Animados los reyes de Castilla con tan feliz suceso; trataron de aprovechar el fruto de esta primera tentativa. Inmediatamente se publicó una expedicion contra Granada; la reina tomó á su cargo todas las prevenciones, y la de tener siempre el egército bien abastecido; Fernando se puso al frente de sus tropas; y la nobleza y clero, haciéndose un honor de tener parte en la gloria de esta empresa, enrobustecieron el egército real con el crecido número de guerreros que pusieron en campaña á sus espensas. Esta reunion de fuerzas anunciaba á los moros la destruccion de su imperio, que Fernando é Isabel prepararon con el mayor acierto y realizaron con igual felicidad.

En el año de 1482 se dió principio á la guerra con algunas hostilidades. En el siguiente perdió el rey de Granada una famosa batalla, cerca de Loja, quedando prisionero; y aunque rescató poco despues su libertad, se halló imposibilitado de mantener la campaña. Una tras de otra fueron sitiadas todas sus ciudades, mandando los sitios por lo regular ambos esposos con tal intrepidez que

llenaban á sus tropas de entusiasmo. Nueve años emplearon sin embargo, y otras tantas campañas fueron necesarias para estrechar á los moros dentro de su misma capital, ocupando las plazas que les servian de barrera; pero últimamente, dueños de Loja, Almería, Málaga, Velez, Guadix, Baza, Zahara, Cartama y de otras muchas ciudades, villas, pueblos y fortalezas al parecer inexpugnables, consiguieron cortar enteramente la comunicacion con el Africa, privando por consiguiente á los sarracenos de los medios de reforzarse y reparar sus pérdidas. Los moros, que sin embargo de defenderse con el mayor denuedo, veian su pérdida inmediata, solian pedir capitulaciones que Fernando concedia muy favorables. Muchos, aterrados por los presentimientos de la ruina que amenazaba á su patria, pedian permiso para retirarse al Africa; y los reyes les proporcionaron buques en que pudiesen transportar consigo sus efectos. Otros preferian quedarse en los estados de sus invasores; y á estos se les suministraron casas, tierras y rentas para subsistir. En una palabra, estas conquistas iban acompañadas de la humanidad, de la clemencia y de la persuasion; medios mas eficaces siempre que la fuerza, y que hacen mas honor á los conquistadores.

Ya no quedaba á los moros mas que la capital; pero estaba bien fortificada y defendida. La benignidad de su clima, la fecundidad de su suelo, y la cultura de sus habitantes, habian atraído una multitud de africanos, que aumentaron su poder al paso que su poblacion. A la primera señal podia poner sobre las armas mas de cien mil guerreros todos valientes, todos arrestados, espe-

cialmente cuando se trataba de su esterminio; y á haber sabido sofocar la division que reinaba entre sus hijos en el momento mismo en que debian estar mas unidos para la defensa comun, Granada sola quizá hubiera triunfado de todo el poder castellano. Pero los granadinos, confiados quizá en sus propias fuerzas, y no bien persuadidos sin duda del inminente peligro de su patria, se abandonaban imprudentemente á sus particulares resentimientos, y ayudaban á sus mismos enemigos á completar la ruina de un imperio consolidado con la respetable antigüedad de cerca de ocho siglos.

Albohacen, rey de Granada, despues de irritar á los Abencerrages con el pérfido asesinato de algunos sugetos principales de esta valerosa tribu, se habia hecho generalmente odioso á todos sus vasallos por el repudio de Aija, y por la inhumanidad con que hizo perecer á los hijos de esta por facilitar el trono á los que tenia de Zorayda, cristiana renegada, á quien amaba con pasion. Uno solo, Boabdil, el primogénito de Aija, se libró de su crueldad; y poniendose al frente de los Abencerrages, marchó contra su padre, le arrojó de Granada, y se ciñó la corona. El destronado Albohacen pudo juntar en Baza algunos parciales; se introdujo en Granada á viva fuerza; se apoderó del Alhambra, é hizo una sangrienta carnicería; pero al fin prevaleció el partido de Boabdil, y tuvo que retirarse con Zorayda y sus hijos á una fortaleza inmediata. Boabdil cayó despues, como hemos dicho, en poder de los cristianos, y Albohacen volvió á ocupar el solio granadino. Recobró aquel su libertad; y la guerra civil, fomentada en secreto por los castellanos, prosiguió con igual encarnizamiento.

to. En medio de estas agitaciones falleció Albohacen; y Abohardil su hermano tuvo destreza para formarse un partido, é intentó usurpar el trono á su sobrino. Algunas pequeñas victorias que logró sobre los castellanos, afianzaron su crédito y aumentaron por consiguiente sus fuerzas; pero vencido y desbaratado en varios encuentros por Boabdil, cometió la vileza de reunirse á los enemigos de su patria y de marchar en su auxilio contra la capital, solo con la esperanza de abatir por este medio á su competidor que la defendia en persona.

Boabdil, ó no habia previsto este caso abasteciéndola como debiera de todo lo necesario, ó la multitud de moros que abandonando los pueblos conquistados se habian guarecido en ella, aceleró el consumo de las vituallas; y Granada se vió á poco tiempo en el mayor apuro, sufriendo todos los horrores del hambre, y sin esperanza de socorro. Sería preciso carecer absolutamente de sentimientos de humanidad para no compadecer la suerte de los infelices restos de un pueblo que con tanto esplendor habia brillado en otros tiempos.

Cuando encerrados, ó por mejor decir acinados, en Granada, viéron que no les quedaba ningun recurso, se apoderó de ellos una especie de frenesí; y tan pronto hacian salidas con una furia que les ocultaba el peligro; tan pronto como fieras cogidas en el lazo, caian en una estupidez muy parecida al desaliento; y cuando volvían eu sí, se abandonaban á los mas vivos transportes del dolor y de la desesperación. De sus ojos fluían copiosas lágrimas; les sofocaban los sollozos; éstendian sus trémulas manos hácia el palacio de su príncipe, como si pudiera defenderles; y le llenaban de in-



Granada rendida.

A los ocho meses de sitio, en principio de Enero de 1492, se rindió Granada, con lo qual no quedó ya en dominio de los Moros un palmo de terreno en España; y en 4 del mismo hicieron su entrada pública en la plaza los Reyes católicos, acreditando su religiosidad en medio de la misma pompa de un acto tan solemne y brillante. De Dios fué el triunfo, lo reconocian; pero quisieron que todo su reyno lo reconociese.

jurias, como si hubiese sido la causa de su infortunio. Entraban en sus mezquitas, despedían gemidos lamentables; corrían á los sepulcros de sus mayores, y los abrazaban; salían precipitadamente de sus casas deshechos en lágrimas, y volvían á entrar en ellas por tener á lo menos el consuelo de tocar lo que no podían llevar consigo, y de ver otra vez aquellos amados lugares, testigos de su antigua felicidad.

A los ocho meses de sitio faltaron enteramente los víveres en la plaza, y tuvo que capitular. Duró algun tiempo la disputa sobre los pactos; pero al fin se concluyeron y firmaron á principios de Enero de 1492, y el dia 4 hicieron los reyes su entrada pública en la ciudad con pompa tan magnífica como religiosa. Individualizar las hazañas de los gefes, y aun de los simples soldados del ejército castellano, exigiria un tratado particular. En los escritores que los refieren con toda la estension debida á tantos y tan extraordinarios esfuerzos de valor, encontrará el curioso tales héroes, que su admiracion propia justificará la que la posteridad les tributa.

Los habitantes que quisieron permanecer en la ciudad fueron tratados muy benignamente; y Boabdil, que si no pudo defender á sus vasallos les procuró á lo menos, por medio de la capitulacion, la suerte mas favorable que le fue posible, tuvo permiso para retirarse con los que quisieron seguirle á las Alpujarras, montañas inmediatas que nó carecen de terrenos fértiles y parages amenos; pero no pudiendo ver con tranquilidad su reino en poder ageno, pasó al Africa, donde murió desgraciadamente privado de la vista.

Para quitar á los infieles toda esperanza de volver á España , pusieron los reyes buenas guarniciones en todas las plazas fuertes , é incorporaron á la corona el marquesado de Cádiz , que poseia don Rodrigo Ponce de Leon , á quien indemnizaron con el condado de Casares y el título de duque de Arcos. Permitieron por algunos años á los mahometanos de Granada el consuelo de practicar su religion; pero con motivo de ciertas inquietudes, les sujetaron á la alternativa de hacerse cristianos ó abandonar la ciudad retirandose al Africa , y la mayor parte se sometió al bautismo. Igual suerte sufrieron los de las Alpujarras, que confiados en la aspereza del terreno, tomaron las armas, y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada. Se bautizaron muchos; pero á los que prefirieron espatriarse , se les exigieron diez doblas por familia , y la suma parece que ascendió á ciento sesenta mil.

En esta parte mejor libraron los judíos : Fernando é Isabel los arrojaron igualmente de sus estados; pero lejos de exigirles cosa alguna, les permitieron llevar consigo sus inmensas riquezas. Ocho-cientas mil personas de todas edades y sexos parece que salieron de España con este motivo; pero aun el sacrificio de tantos vasallos y tesoros no les pareció á los reyes muy costoso , á trueque de conservar en sus reinos la pureza de la fe y la tranquilidad.

Sin embargo , para no perder el fruto , confiaron al vigilante tribunal de la Inquisicion, que habian ya establecido , el cuidado de mantener en toda su pureza la religion de sus mayores. A este fervoroso zelo debieron el glorioso renombre de

Católicos, con que los distinguió la Silla apostólica en el año de 1496, estendiendo la gracia á sus sucesores, que han sabido corresponder á tan apreciable distincion con tal zelo, que parece haber querido cada uno merecerle por sí particularmente.

Habiendo fallecido el rey de Nápoles don Fernando II, los nobles del reino, que estaban resentidos de su crueldad é inclemencia, y al parecer tenían motivos para temer la dureza que habia empezado á manifestar su hijo y sucesor don Alonso, convidaron con aquella corona, unos al rey Católico, y otros al de Francia Carlos VIII. El pretesto era que no habiendo podido don Fernando como bastardo obtener aquel reino con justicia, debia quedar escluida su descendencia y ceder al derecho de que estaban revestidos los príncipes en quienes ponian la mira. El del frances, sin embargo, no era otro que el de la adopcion que hizo la reina Juana II de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. El del rey Católico era algo mas robusto; pues sobre la adopcion que de su tio don Alonso habia hecho tambien la misma reina, como ya dijimos, tenia á su favor el de la conquista que este príncipe hizo de aquellos estados con su propia espada; pero don Fernando no solo despreció la oferta, sino que se propuso sostener en aquel solio á su sobrino. El frances al contrario se presentó inmediatamente en Italia con un poderoso ejército; se apoderó de una gran parte, y principalmente de Nápoles, sin haber plantado una tienda, ni haber roto una lanza. Los príncipes italianos llegaron á temer su preponderancia y miras ambiciosas; y uniéndose para la defensa de

sus estados, formaron la liga conocida con el sobrenombre de *Santisima*, que le hizo salir de Italia apresuradamente. Llegó á este tiempo á Medina el valeroso Gonzalo de Córdoba, llamado el *Gran Capitan*, conduciendo los tercios españoles, y acabó de arrojar á los franceses; pero la muerte del rey de Nápoles don Alonso II, la de su hijo don Fernando, y mas que todo la desunion, que se empezó á advertir entre los coligados, favorecieron al rey de Francia para volver á Italia con mayores fuerzas.

Luis XII, sucesor de Carlos VIII, rompió por el Piamonte y Monferrato con feliz suceso; se apoderó en breve tiempo de toda la Lombardia y el Genovesado; é hizo temer al rey Católico no aspirase tambien á la Calabria, la Sicilia y la Cerdeña. Para prevenir don Fernando este acaso, hizo liga con el emperador Maximiliano I, sirviendo de nudo á esta liga el matrimonio de doña Juana, princesa de Castilla, que despues sucedió en el trono de España, con el archiduque don Felipe; pero Luis propuso la paz, repartiendo el reino de Nápoles con don Fernando, y renunciando á su favor cualquier derecho que pudiera tener á los condados del Rosellon y Cerdania, objeto de continuas discordias entre las dos potencias.

Mientras dilataban los reyes de Castilla sus estados por la parte de afuera, no se descuidaban en afianzarlos tambien interiormente, reduciendo á la nobleza á un estado en que ya no pudiese alterar la tranquilidad pública. La inmensidad de sus riquezas, el gran número de sus vasallos, y su ambicion inmoderada, la habian hecho tan formida-

ble al trono, que no pocas veces le hemos visto titubear entre la agitacion de las guerras civiles. Fernando é Isabel fueron retirando poco á poco de sus manos las tierras y las concesiones, que el miedo mas que la voluntad la habia facilitado; pusieron en práctica lo que ya estaba decretado por ley del reino sobre la apelacion de los jueces de los lugares de señorío á los tribunales del rey; y por estos medios, que tanto lisonjaban á los pueblos, llegaron á impedir aquella especie de pillage, que por tanto tiempo habian tenido que sufrir varios reyes de España, bajo la tutela de algunos grandes ambiciosos.

Los que entre estos se hacian aun mas temibles eran los tres grandes maestros de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. La independencía con que gobernaban la multitud de villas, castillos y fortalezas que estaban á su órden; el número y la riqueza de las encomiendas de que disponian; los muchos caballeros que dependian de ellos, unos por la profesion, y otros por las esperanzas; y en fin el crecido número de tropas que militaba á su sueldo, les hacian representar en el reino el papel de pequeños soberanos. En las inquietudes intestinas daban ordinariamente el tono, y pocas veces á favor de la autoridad real. Esperaron los reyes la favorable coyuntura de la espulsion de los moros para pedir á la corte de Roma la administracion de los tres maestrazgos, y Roma lo consintió en el año de 1493. Con el tiempo adelantó la pretension Carlos I, y obtuvo de la Silla apostólica que estos maestrazgos quedasen perpetuamente incorporados á la corona de Castilla; lo cual ha sido uno de los medios mas

eficaces para conservar á la nobleza en la debida sujecion.

Dueños ya don Fernando y doña Isabel de casi toda España; dueños de las coronas de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, y de la costa de Berbería, hasta donde llevaron igualmente sus armas victoriosas; mas poderosos dentro y fuera de España que cuantos reyes les habian precedido desde la fundacion de la monarquia goda; y quando parecia que habian arribado á la cumbre del poder, les descubrió la Providencia otro nuevo mundo, cuyo imperio destinaba para ellos y para sus augustos sucesores.

Cristóbal Colon, genoves, casado en Portugal, gran piloto y mayor matemático, se presentó en la corte de España con la primera noticia de la existencia de unos paises que, segun sus cálculos y conjeturas, debian precisamente existir al Occidente, y que él mismo se ofrecia á descubrir. La misma proposicion habia ya hecho anteriormente á las cortes de Inglaterra y Portugal; pero en ambas fue oido con universal desprecio, y tenido por fatuo ó mentecato. En Castilla se le trató con alguna mas consideracion, y se creyó que acaso podria no equivocarse; pero los reyes, empeñados entonces en la guerra de Granada, no se hallaban en estado de favorecer su solicitud; y Colon, luchando entre tanto con una tropa numerosa de émulos é ignorantes, esperó con constancia la reduccion de aquella ciudad para redoblar sus instancias, y supo manejar tan diestramente sus pretensiones, que al fin se le concedieron tres buques.

En 3 de Agosto de 1492 se hizo á la vela del puerto de Palos de Moguer; ancló en las islas

Canarias, que ya conocia; y desde allí atravesó los mares de Occidente en medio de las quejas, de las murmuraciones, y aun de las perpetuas sediciones de los marineros, que le tenian por cien veces mas loco que lo habia parecido á los ingleses y á los portugueses, y mas de una vez atentaron contra su vida. Tuvo la fortuna de verificar su pronóstico, descubriendo por el mes de Octubre las Lucayas; y despues de asegurarse en ellas de la existencia de su Nuevo Mundo, cargó su flotilla de oro, plata y géneros preciosos, y dió la vuelta á España con la mayor felicidad. Cuando habia salido de este reino era problemático entre los españoles si Colon habia perdido el juicio; pero cuando volvió fue recibido como el primer hombre del mundo, el mayor genio de la tierra, y no se encontraban elogios para encarecerle: tan cierto es que los hombres solo aciertan á calificar por los sucesos. Premiaronle los reyes con el almirantazgo del Nuevo Mundo, le distinguieron con los mayores honores; y animados con el éxito de esta primera tentativa, dispusieron una segunda expedicion, mas numerosa y mejor equipada.

En este viage descubrió Colon la isla de Cuba, la Española, la de Puerto Rico, y las costas de Tierra Firme, que corren de Norte á Sur: trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, y se restituyó á España cargado de inmensas riquezas. Tan prósperos sucesos despertaron la envidia de Portugal; y con el pesar de que otro lograrse las ventajas que habia estado en su arbitrio disfrutar primero, quiso prohibir á Castilla la continuacion de ulteriores descubrimientos, á pretesto de pertenecerle por bulas pontificias,

De aquí se originaron varias contestaciones entre ambas cortes, las cuales terminaron en un compromiso á la decision del papa; y este, tirando sobre el globo una línea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, contentó al portugueses con el hemisferio oriental, que ya surcaban sus flotas, asignando á Castilla el de Occidente en plena propiedad.

Aprovecháronse ventajosamente los reyes Católicos del descubrimiento de estas llamadas *Indias*, aplicando las grandes cantidades de oro y plata que sacaban de ellas al desempeño de los crecidos empréstitos á que les habian precisado tantas y tan gloriosas conquistas. Ambos soberanos se esforzaban á competencia en manifestar al Ser supremo su reconocimiento por los señalados beneficios con que les habia favorecido siempre, ya erigiendo templos, ya estableciendo monasterios religiosos, ya finalmente dotando los establecidos. No contentos con reformar el estado y las iglesias de su real patrimonio, solicitaron igualmente la reforma de algunas órdenes religiosas. Las familias mas santas estan sujetas á la decadencia como los mayores imperios: el tiempo, que todo lo consume, y á todo se atreve, no perdona al primitivo fervor que los santos fundadores inspiraron á sus primeros discipulos; y si se atendiese solo á la flaqueza humana, pasmaria que la austeridad de tan recomendables institutos no hubiera padecido mayor relajacion.

Tanta felicidad no era posible que subsistiese sin mezcla de algunos sinsabores. Perdieron los reyes á su hijo único don Juan, príncipe de grandes esperanzas, heredero de todas sus coronas, y generalmente amado por las raras prendas de su en-

tendimiento y corazon. Perdieron igualmente á su hija primogénita doña Isabel, casada con el rey de Portugal; y la archiduquesa de Austria doña Juana contrajo de resultas de un parto una especie de locura, que la precipitaba en mil estravagancias. El principal objeto de su demencia era su marido, á quien amaba con pasion, y de quien parece que no era muy bien correspondida; pues con la mayor frecuencia, y bajo los mas frívolos pretextos, solia ausentarse de ella, poniendo los mares por medio. La reina doña Isabel fue testigo del estravío del juicio de su hija; y este lamentable espectáculo, acrecentando el pesar que la causó la prematura muerte de su hijo, la sumergió en una languidez, que con el tiempo la condujo al sepulcro en 26 de Noviembre de 1504. Instituyó por heredera universal de sus reinos á su hija doña Juana; y atendiendo á su incapacidad para el gobierno, y previendo el caso de su ausencia, de la del archiduque, y la repugnancia que este habia manifestado á permanecer en España, encargó la regencia del reino á su marido don Fernando, hasta que su nieto don Cárlos, á quien substituyó á la princesa, llegase á la edad de veinte años. Revocó en su testamento todas las gracias que habia hecho á su ingreso á la corona, como se hallasen contrarias al bien de la monarquía, añadiendo que la necesidad y no la inclinacion se las habia arrancado. Confirmó al rey don Fernando la administracion vitalicia de los tres grandes maestrazgos; le consignó veinte y cinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de los mismos, y la mitad de las rentas de lo descubierto en el Nuevo Mundo. Su constante piedad, su prudencia, su aplicacion infatiga-

1504.

ble, y su destreza en el manejo de los negocios, la constituyen superior á las mas sobresalientes reinas de Castilla que la precedieron, y digna de ser colocada en lugar muy distinguido entre los mayores monarcas.

Apenas falleció la reina Católica, los cortesanos ambiciosos, mal hallados siempre con la tranquilidad y el órden, y esperanzados de sacar partido de las inquietudes, pusieron en egercicio todos los resortes de su intriga y sagacidad para sembrar la discordia entre el rey don Fernando y su yerno el archiduque, ausente á la sazón con su muger en Flandes. Los unos lisonjeaban al rey Católico, proponiéndole continuase en el trono de Castilla, que supuesta la incapacidad de su hija y el genio distraído de su yerno, decian corresponderle por derecho de la sangre; ó que si esto no le pareciese justo, se reservase el gobierno del reino, que segun el testamento de su muger le pertenecia, no solo en ausencia de sus hijos, sino aun en su presencia, hasta que su nieto don Cárlos cumplierse veinte años, en caso de que doña Juana no pudiese ó no quisiese gobernar. Otros persuadian á don Felipe que se encargase del gobierno del reino juntamente con su muger, haciendo lo que ella no pudiese, sin permitir que don Fernando conservase la mas pequeña autoridad, pues le era indecoroso llamarse rey, tener capacidad para regir sus pueblos con acierto, y someterse vergonzosamente á la direccion de otro, como pudiera someterse un niño. Ambos príncipes empezaron desde luego á mirarse con recíproca desconfianza; y don Fernando, con la noticia de que el archiduque preparaba en Flandes una armada para presentarse en Cas-

tilla al frente de un poderoso ejército , y conquistar el reino en caso de resistencia , aunque le era muy repugnante haber de llegar á las manos con el marido de su hija , creyó que no debía esponerse á un vergonzoso desaire , y puso sus fronteras en estado de defensa. De aquí tomaron ocasion los parciales de don Felipe para confirmarle en sus zelos , suponiendo al rey Católico resuelto á disputarle el reino á viva fuerza ; y como en este caso ninguna alianza podia serle mas ventajosa que la del rey de Francia , se hallaban ya en el punto de concluirla , cuando don Fernando , mas político y sagaz que todos ellos , desconcertó los convenios con admirable destreza. Conociendo que el frances seria del que le ofreciese mejor partido , le pidió la mano de su sobrina Germana de Fox ; y como por este medio quedaban no solo transigidas las diferencias que habian mediado entre ambos sobre la corona de Nápoles , sino que se proporcionaba á una de las ramas de su familia la entrada en el floreciente reino de Aragon , condescendió gustosísimo , transfiriendo en su sobrina , en calidad de dote , el derecho á la parte del reino de Nápoles , que se le habia adjudicado en la division hecha en los años anteriores , y renunciando en la misma y sus descendientes , en contemplacion de este matrimonio , el título de rey de Jerusalem y cualquier otro derecho que le compitiese.

Se verificó este enlace , que fue un golpe muy sensible para el archiduque ; pues ademas de perder un aliado que podia serle muy útil , no pasando don Fernando de cincuenta y tres años , podía naturalmente prometerse sucesion ; y si esta fuese varonil , quedaban malogradas las esperanzas de

don Felipe á los reinos de Aragon y de Nápoles, debiendo esperar que aun el de Granada le seria disputado en todo ó en parte. Confiado sin embargo en los muchos amigos que tenia en Castilla, creyó que no debia diferir un momento su venida; pero su padre, más cauto ó mas tímido, desaprobando una resolucion tan peligrosa, que antes de convenirse con el suegro no podia producir sino infinitos males, se ofreció á mediar en el asunto. Don Felipe condescendió, aunque aparentemente, en solicitar una composicion amigable, dirigió sus instrucciones á los embajadores que tenia en Castilla; y como don Fernando la deseaba porque no pareciese que resistia la entrada á su hija, que era la reina propietaria, y al nieto don Carlos, mirado ya como próximo sucesor en lo corona, despues de varios debates quedó repartida la administracion del reino entre doña Juana como propietaria, don Felipe como su legítimo marido, y don Fernando como gobernador perpetuo; siendo reconocido el príncipe don Carlos sucesor inmediato y heredero despues de los dias de su madre, y distribuyéndose las rentas de Castilla y del Nuevo Mundo por mitad entre el rey Católico y sus hijos.

Esta concordia se concluyó en Salamanca con alegría general del reino: pero en Flandes don Felipe y aquellos sus amigos, que repugnaban el restablecimiento de la armonía, tuvieron la concordia por muy desigual y poco ventajosa. Creyeron sin embargo que una vez puesto el pie en España, les seria fácil obligar á don Fernando á que la rectificase, ó arrojarle de Castilla; y así reservando oculto su designio, hicieron en público algunas

demostraciones de paz, y apresuraron su partida. Apenas desembarcó el archiduque en la Coruña, acudieron á ofrecérsele un gran número de señores principales que no podian disimular á don Fernando la sujecion en que los habia tenido su reinado; y hallándoles aquel príncipe mas en su favor de lo que habia creído, con la esperanza de que se le reuniria inmediatamente toda ó la mayor parte de la grandeza castellana, empezó á quitarse la máscara, declarando públicamente que no pasaria por la concordia. Procuró don Fernando atajar los progresos de la discordia, ya ganando con promesas á los parciales de su yerno, ya persuadiendo á este á que se prestase á una conferencia en que entre ambos acordasen el medio de poner fin á sus desavenencias; pero el archiduque se evadia mañosamente de este compromiso, aprestaba tropas con secreto, y procuraba aumentar el número de sus parciales, ya distribuyendo mercedes á los que podian hacerse mas visibles en su corte, ya poniendo en su consejo personas afectas á los caballeros enemigos del rey Católico, y que deseaban mudanzas en el gobierno; de suerte, que en breve mudaron de partido los pocos que seguian al suegro, y aun los prelados que le acompañaban se pasaron al yerno. Don Fernando por el pronto, viendo que el archiduque caminaba al frente de un numeroso ejército de flamencos, alemanes y españoles, con artillería de campaña y demas pertrechos de guerra, resolvió ponerse en defensa, reforzando su gente so color de querer restituir la libertad á la reina su hija, presa, oprimida, ó encerrada violentamente por el archiduque y sus privados; pero últimamente, considerando la liviandad de los



dad de las rentas de América, y veinte y cinco mil ducados sobre las alcabalas de los maestrazgos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion de proveer las encomiendas en naturales de Castilla.

A nuevo gobierno nuevo sistema. Las máximas del suegro eran muy contrarias á las de su yerno, y el genio de los dos era todavía menos parecido que sus máximas. Felipe era festivo, alegre, franco y abierto; Fernando serio, melancólico, artificioso, reservado y político; describiendo siempre un círculo para llegar al centro. Felipe, en la flor de su edad, amaba los placeres, las diversiones y los ejercicios del cuerpo, sin cuidarse de aprender el arte de reinar, abandonando en las avidas manos de sus favoritos el gobierno de los pueblos y los tesoros de la corona: Fernando por el contrario, en edad madura, meditaba mucho y hablaba poco; se ocupaba en los negocios de Europa; y solo se divertía en cumplir con sus obligaciones. Tal era el ansia del archiduque por quedar solo en el mando, que aun su muger le incomodaba, á pesar de que jamas queria mezclarse en los negocios; y para desembarazarse de ella, su primera diligencia fue convocar Córtes en Valladolid, con el pretexto de que en ellas se reconociese á los nuevos soberanos; pero en realidad, con el objeto de influir para que la reina fuese declarada falta de juicio, é incapaz de gobernar sus reinos. No pudo conseguirlo sin embargo, porque se le opusieron vigorosamente los procuradores de las ciudades; y así hubo de contentarse por entonces con recluirla donde menos le incomodase. Por fortuna su reclusion no pudo ser muy larga; pues antes de

1506.

cumplir veintè y nueve años don Felipe el *Hermoso*, y á los nueve meses de su entrada en España, se marchitó aquella flor por una aguda calentura en el corto espacio de seis dias. Esta pérdida acabó de obscurecer el uso de la razon á doña Juana; y solamente la quedaron ciertos lucidos intervalos, demasiado raros para poder encargarse del gobierno. Por otra parte, toda entregada á la memoria de su marido, no era posible separarla de su cadáver, que á todas partes llevaba consigo; y por no distraerse de sus melancólicas ideas, aborrecia cuanto sonaba á reinar.

En tan críticas circunstancias era preciso y demasiado urgente buscar un medio para poner en órden el gobierno de la monarquía hasta que el príncipe don Carlos cumpliese los veinte años. Así lo pensaron tambien algunos grandes; pero discordaban los pareceres en razon de sus deseos y temores. Los amantes de la paz proponian que se llamase al rey Católico, no dudando que sabria depouer su resentimiento por no abandonar á los vasallos de su hija en situacion tan lastimosa; pero, los autores de la discordia entre suegro y yerno, sin embargo de conocer que este era el mejor camino de conservar la tranquilidad pública, se oponian con todo esfuerzo á la venida de don Fernando, temiendo se vengase de los desaires y groserías que le habian hecho sufrir. Acordes en esto, solo se hallaban asombrosamente divididos sobre lo mas interesante. Quienes decian debia llamarse al príncipe don Carlos para que con su autoridad se gobernase el reino por medio de los gobernadores que eligiesen las Cortes; quienes se decidian por el emperador de Alemania; quienes por

el rey de Portugal; quienes por los reyes de Navarra; y quienes finalmente, descontentos de tal diversidad de opiniones, se proponian casar á la reina con don Alonso de Aragon, hijo del infante *Fortuna*, con don Fernando de Nápoles, con Gaston de Fox, hermano de la reina Germana, ó con Enrique VIII rey de Inglaterra. Todo sueños y delirios de calenturientos ó locos, sin mas apoyo ni fundamento que la demencia de sus autores, y que descubriendo desde luego la causa que los producía, hicieron poca fortuna, y enrobustecieron por lo mismo cada vez mas el partido del rey. En medio de esta fermentacion no faltaron algunos que intentasen aprovecharse de la imbecilidad de la reina para apoderarse del mando; pero ninguno con mas cautela y disimulo que el arzobispo de Toledo don fray Francisco Jimenez de Cisneros. La reina, sin embargo, en medio de su demencia, desconcertó sus designios á pretexto de la venida de su padre, que creia inmediata; y el arzobispo, como político y astuto, varió inmediatamente el plan, mostrandose abiertamente y sin rebozo parcial de don Fernando, é instándole con eficacia para que viniese á precaver la anarquía que amenazaba á Castilla. Descubrió y estorbó la audaz resolucion que habian tomado los enemigos del rey de casar al príncipe don Carlos con la hija del rey de Inglaterra, para que este viniese á gobernar á Castilla en nombre de su hija y yerno. Se apoderó en nombre de la reina, y á espensas propias, de las principales fortalezas y plazas del reino; pues todo era de temer de unos fanáticos, furiosos al ver malogradas sus esperanzas, é irritados contra la reina por el terrible golpe que acababa de dar á sus rentas,

revocando todas las mercedes que capciosamente habian arrancado á su marido.

El rey don Fernando, finalmente, se rindió á los esfuerzos de la mas sana parte de la nobleza castellana, y con su venida mudaron de semblante todas las cosas. En breve consiguió sosegar los ánimos inquietos, restablecer la tranquilidad, el órden y el vigor de las leyes; y su gobierno, aunque absoluto, fue pacífico, fecundo en proyectos, en tratados y en guerras esteriore. Durante él se hicieron grandes conquistas en el Africa, á solicitud, á espensas, y aun bajo la direccion del gran cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros. Entró en la famosa liga de Cambray con el papa, el emperador y la Francia, contra los venecianos, que orgullosos con el gran poder á que habian sabido elevarse, se habian dejado caer sobre la Italia, despojando á aquellos monarcas de lo mejor que poseian en ella. Temió despues la prepotencia de la Francia, y se unió con el papa y con los venecianos, formandose por este medio una confederacion que llamaron la *Liga Santa*, y á cuyo favor volvieron á recobrar los venecianos casi todas las plazas que les habian tomado los franceses; pero el ejército español fue derrotado en Ravena por el de Luis XII, rey de Francia, y esta derrota hubiera producido fatales consecuencias para los coligados á no haber acudido por una parte el papa con veinte y cuatro mil hombres en socorro de la liga, y á no haber amenazado por otra los ingleses con un desembarco en Normandía. La corte de Francia retiró sus tropas de Italia; y los españoles arrojaron de las plazas las guarniciones francesas, lo que dió lugar á una tregua entre Fernando y Luis XII.

Durante el curso de esta guerra se apoderó de la Navarra don Fernando el *Católico*: hecho que acriminan mucho algunos escritores, aunque no es muy difícil justificarle; pero como quiera que sea, habiendo quedado desde entonces incorporada esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, quizá no será fuera de propósito suspender por un momento el curso de la historia de estas tres monarquías unidas, para dar una idea, aunque pequeña, del origen de la Navarra y de su engrandecimiento, suministrando de paso algunas luces sobre los derechos y motivos que obligaron á don Fernando á despojar de la corona á sus propios sobrinos.

NAVARRA.

Los navarros, situados en un buen clima, gozan de aire sano, y se hallan surtidos del trigo que necesitan, de frutos suculentos y de excelentes vinos. Son altos, bien formados, robustos, vivos y valientes. El reino de Navarra es de poca estension, pero cria suficiente número de ganados: sus aguas son claras: sus rios poco caudalosos, pero en gran número, suministran excelente pesca; y sus montañas están cubiertas de buenas maderas. La Navarra contiene en su recinto los Pirineos, cuyas cimas, que nunca han debido mancharse sino con la sangre de la caza de que abundan, y con la de las fieras, osos y lobos que se abrigan en su espesura, se han visto por desgracia empapadas muchas veces de la de sus habitantes, ya en sus guerras domésticas, ya en las que han sostenido contra sus vecinos, y principalmente contra los moros. Acerca del origen de esta monarquía se hallan

tan discordes los historiadores, que no es muy fácil determinarte sin rezelo de incurrir en alguna equivocacion. Unos, gobernandose por las cartas y privilegios de los monasterios fundados en este pais, hablan de cierta asamblea de señores navarros, y de una multitud de pueblo, reunidos por los años de 758, con ocasion de las exequias de cierto ermitaño llamado Juan. En ella, dicen, que despues de haber cumplido con los deberes de la piedad, trataron de elegir un gefe que los defendiese contra las frecuentes irrupciones de los sarracenos; que recayó la eleccion en don García Jimenez, caballero español, el cual les gobernó por algun tiempo con el título de *Conde*, y bajo la dependencia de los reyes de Asturias; pero que últimamente se hizo independiente y tomó el título de *Rey*, que transmitió á su hijo mayor don Fortun García; que este reinó con gloria muchos años, y concluyó sus dias en un monasterio que habia construido á sus espensas. Hablan de cierto don Sancho, que en 921 abandonó el de Leire, adonde se habia retirado, por favorecer á su hijo y sucesor contra Abderramen, rey de Córdoba; y finalmente, hacen mencion de una victoria que García el *Trémulo* reportó de Almanzor en 994, prolongando asombrosamente su reinado.

Otros, animados de cierta parcialidad nacional, fijan la época de la fundacion de la monarquía de Navarra en el siglo IX, resistiendose á reconocer rey ninguno antes de Iñigo Arista, conde de Bigorra, á quien quieren hacer de origen frances, por atribuir á esta nacion la gloria de haber dado reyes á Navarra, y apoyar los derechos que han pretendido tener á esta corona los reyes de Francia. Nos-

otros prescindiremos de la animosidad de estos últimos; miraremos con el desprecio que se merecen los apócrifos documentos en que se apoyan los primeros; y para determinar, si no con certidumbre, con probabilidad al menos, el origen de la monarquía de Navarra y la serie cronológica de sus reyes hasta el siglo XII, que es hasta donde llega la obscuridad, seguiremos á uno de los escritores que modernamente han desenvuelto esta materia con mas juicio, con mas crítica y mas imparcialidad.

Los navarros sin duda permanecieron sujetos á los reyes de Asturias hasta el reinado de don Alonso II, llamado el *Casto*. En esta época, instigados por la Francia, que debia tener sus proyectos acerca de esta provincia, dos veces aspiraron á la independencia, manteniendose rebeldes con la mayor obstinacion, hasta que por necesidad hubieron de ceder una y otra vez al conocido valor de su soberano y de sus fuertes guerreros. Alonso no logró sin embargo extinguir del todo el espíritu de insubordinacion. La insurreccion estallaba ya en uno, ya en otro punto, fomentada en secreto por Sancho Iñigo, conde de Bigorra, apellidado el *Arista*, que es como decir el *Roble* ó el *Fuerte*, caballero frances, pero descendiente de sangre castellana; el cual, pasando los Pirineos, y adelantandose hasta las llanuras de Pamplona, solia tambien tomar partido en las desavenencias de los navarros, como si fuera uno de ellos. Viendo por una parte don Alonso la aficion que profesaban estos españoles al guerrero frances, y considerando por otra que sostenidos por un hombre de tanto valimiento, á quien guardaba las espaldas el mismo rey de

Francia su pariente, le tendrian siempre ocupado en guerras intestinas, y distraido de las de los moros, que eran mucho mas importantes á la religion y al estado; resolvió conciliar los intereses de todos, entregando la provincia al conde de Bigorra en calidad de feudo, segun acostumbraba la corte de Francia con sus condes; pero con la condicion de que le habia de dar en matrimonio una señora francesa, llamada Sumeña ó Jimena, parienta del mismo conde, á quien por este medio pensó tener mas samiso y afecto.

La época de este tratado, segun lo mas probable, fue el año de 873, y el conde de Bigorra gobernó en Pamplona hasta el de 885, en que su hijo García Sanchez Iñiguez fue aclamado por los navarros, no ya conde como antes, sino rey; sin que pudiese impedirlo el de Asturias por el poder que él mismo les habia dado, desmembrandolos de la corona, y entregándolos á señor estrangero, que naturalmente habia de sacudir el yugo en el momento en que se hallase con fuerzas para egerutarlo. Don García tuvo la desgracia de morir juntamente con su muger en 891 á manos de los moros, que le sorprendieron en un pueblo del valle de Ayvar, que llamaban *Larumbe*; y así no pudo ocupar el trono sino seis años.

Su hijo Sancho Garcés, nacido despues de la muerte de su madre, ó poco antes, tardó por su tierna edad en subir al trono, hasta que cumplió los catorce años, subsistiendo entre tanto depositado el mando en algunos caballeros principales, que sirvieron de regentes y de ayos del monarca. Se ciñó la corona en el año de 905, y dió bien pronto pruebas de que la merecia segun el carácter de

aquellos tiempos. Estendió con mucha gloria sus dominios por toda la Navarra baja, y aun fuera de ella por tierras de Castilla y Aragon. Monjardin, Nájera, Vecaria, Calahorra, Tudela y Jaca fueron sus principales conquistas, y la de Vecaria en particular debió ser muy gloriosa, pues quiso hacerla memorable con la fundacion del célebre monasterio de Albelda en el último año de su vida. Aspiró á dominar aun en la Gascuña ó Navarra francesa, aunque no sabemos si llegó á conseguirlo; pero lo cierto es que estando á la otra parte de los Pirineos, supo que los mahometanos se acercaban á Pamplona; y mandando luego á sus soldados que calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con mas facilidad por entre la nieve y los despeñaderos, se arrojó improvisamente sobre los sitiadores de la ciudad, é hizo en ellos tal matanza, que muy pocos pudieron llevar al rey de Córdoba la noticia de su propia desgracia. De esta accion le provino el renombre de *Abarca*, que tomaron despues los demas reyes por timbre y apellido glorioso. Reinó despues de la regencia veinte años no cumplidos, hasta los últimos meses del de 924 en que falleció.

Le sucedió su hijo García Sanchez, apellidado el *Trémulo* ó *Temblador*, quien solo reinó hasta el año de 970. Le dieron aquel renombre, ó porque antes de entrar en una batalla le sobrecogió, segun dicen, un temblor que le hubiera calificado de cobarde si despues de haber pagado esta especie de tributo á la naturaleza, no hubiera desmentido aquel concepto haciendose terrible en el combate; ó porque, y esto es lo mas creible, habria padecido alguna enfermedad, de cuyas resultas le

924

970

quedase cierta convulsion en los nervios.

Por muerte de García el *Trémulo* ocupó el trono su hijo Sancho II, el cual reunió la Castilla á la Navarra por medio de su matrimonio con doña Mayor ó Elvira, hija del conde don Sancho de Castilla; y en el largo reinado de sesenta y cuatro años dilató sus estados con el valor de su brazo por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon; de suerte que por la grandeza de sus hazañas y estension de sus dominios, mereció el renombre de *Mayor*, y aun segun algunos el de *Emperador*, que á ningun rey se habia dado hasta entonces; pero despues de haber engrandecido por este medio su reino, le redujo á su primitiva medianía repartiendole entre sus hijos, García, Fernando y Ramiro; lo cual fue, aunque contra su intencion, hacerles un presente de la discordia y de la guerra.

Dejó al primero la Navarra; Castilla á don Fernando; y á Ramiro, que era el mayor, aunque ilegítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon; pero este, apenas falleció su padre en Febrero de 1035, aprovechandose de la ausencia de su hermano García, que habia ido á visitar los santuarios de Roma, tomó contra él las armas á pretesto de recobrar el reino paterno, de que en su concepto habia sido injustamente despojado. Se confederó con los reyes árabes de Zaragoza, Huesca y Tudela; se introdujo en Navarra con un buen ejército de cristianos y moros, y acampó junto á Tafalla, esperando que su hermano volviese de su piadosa romería. Volvió con efecto inmediatamente; y juntando á toda priesa las fuerzas que pudo, le atacó con tanto brio y fortuna, que murieron en la accion la mayor parte de sus soldados; huyeron



Muerte de D. García.

Injustamente empeñado el Rey de Navarra D. García en despojar de la corona de Castilla á su hermano D. Fernando, resolvió hacerle guerra; y habiéndose encontrado en Atapuerca los dos exércitos, en lo mas encendido de la batalla, y quando ya D. García se lisonjeaba de la victoria, cayó mortalmente herido por una lanza enemiga. ¡Quantas veces corriendo el ambicioso hácia el ageno trono cae en su sepulcro!

los demas á rienda suelta , dejando armas y equipages ; y el mismo rey de Aragon hubo de huir con tanta priesa , que montó descalzo y mal arropado en un caballo desenjaezado. Si es cierto , como asegura algun escritor , que el vencedor le persiguiese aun fuera de Navarra , y le ocupase sus estados de Aragon , sin duda harian luego las paces , y don Ramiro recobraría su reino ; pues es constante que despues le poseyó pacíficamente.

Concluida esta guerra , emprendió don García otra bien injusta y desgraciada contra su hermano don Fernando , á quien miraba con envidia colocado en el trono de Castilla. En la historia de este don Fernando indicamos las causas , y vimos sus consecuencias. En el valle de Atapuerca , á 1.º de Setiembre de 1054 , se encontraron ambos hermanos ; y en aquella batalla pagó don García con la vida la perfidia con que habia intentado despojar de la corona á don Fernando y la injusticia con que habia pretendido sostener el atentado.

Le sucedió su hijo don Sancho III , el cual hizo guerra al régulo de Zaragoza Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader ; pero no sabemos de ella otra particularidad , que la de haberse convenido despues , mediante una concordia , por la que el moro se obligó á pagar anualmente cierto tributo , y el rey don Sancho á interceder con su autoridad para que don Sancho Ramirez , rey de Aragon , retirase de Huesca sus tropas ; y á proteger y ayudar á Almoctader en caso que don Sancho Ramirez no condescendiese y fuese necesario recurrir á la fuerza. Despues de estas paces vivió don Sancho III otros tres años hasta Junio de 1076 , en que sus hermanos Raymundo y Ermesinda , le sorprendie-

1054

1076

ron descuidado en una cacería, y le precipitaron desde la cumbre de un monte en Peñalen. Dejó, segun dicen, tres hijos; pero no pasó el reino á ninguno de ellos; pues se le repartieron entre sí el rey de Aragon don Sancho Ramirez, apoderandose de la mayor parte de sus estados, y don Alonso VI de Castilla, que á título de proteger á los hijos y sobrinos del difunto contra el fratricida, ocupó la Rioja y la Vizcaya.

Subsistió la Navarra incorporada á la corona de Aragon hasta el reinado de don Ramiro II, llamado el *Monge*, en que los navarros se hicieron independientes, eligiendo por rey á don García Ramirez. El sucesor de Ramiro don Ramon, conde de Barcelona, trató de vindicar sus derechos; y de aquí se originó una guerra entre el navarro, el aragones y el castellano, como aliado de este último, en la que don García sostuvo con intrepidez su independencia. Murió en una montería de una caída de caballo en el año de 1150.

1150. Su sucesor don Sancho V, contra quien pérfidamente se conjuraron el castellano y el aragones, rompió á sangre y fuego por Aragon y Castilla, y á ambos reyes les puso en gran consternacion; pero reunieron sus fuerzas; dieron sobre el invasor, le derrotaron, y despues de haberse apoderado de varias plazas suyas, le concedieron la paz, que ya solicitaba con empeño. Reinó hasta el año de 1194; en que por su muerte le sucedió don Sancho VI, por sobrenombre el *Sabio*, el cual debió vivir poco y en paz, y fue reemplaçado por su hijo don Sancho el *Fuerte*, el *Animoso*, ó el *Retraido*: nombre que se le dió, porque al fin de sus dias, agoviado de achaques, y consumido por un cáncer, se encer-

ró en el castillo de Tudela sin dejarse ver de nadie. Este príncipe pasó al Africa con el objeto, segun dicen, de contraer matrimonio con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef, rey de Marruecos; fue detenido contra la buena fe; y cuando logró huirse y volver á su reino, le encontró invadido y desmembrado. En efecto, los reyes de Aragon y de Castilla se habian aprovechado de esta ausencia para ocuparle algunas plazas sin efusion de sangre. Alava, Vizcaya y Guipúzcoa cayeron en poder del castellano; Ayvar, y todo el valle de Roncal quedaron sujetos al aragones; pero, segun parece, lo recobró don Sancho todo; y lo que no tiene duda es que despues reinó en paz, hasta que falleció en el año de 1234. Este don Sancho es el que, como ya dijimos, adoptó á don Jayme el *Conquistador*, por no dejar la corona á su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, en quien habia de recaer precisamente por no dejar sucesion don Sancho; pero los navarros se burlaron de esta adopcion, y pusieron en el trono á Teobaldo, sin que don Jayme se opusiese, ó á lo menos no consta con seguridad. Como quiera que sea, habiendose otorgado una solemne escritura, firmando, confirmando, y dando por buena la adopcion por la nobleza de Aragon y de Navarra, no puede quedar duda de que los reyes de Aragon adquirieron en virtud de este contrato un derecho incontestable á esta corona.

1234.

Teobaldo se cruzó para la guerra de la Tierra Santa, y dejando sus estados bajo la proteccion del papa, marchó contra Jerusalem con la gente que pudo reclutar. La espedicion fue muy desgraciada, y no tuvo otra ventaja que la de haber adquirido Teobaldo mas esperiencia en el gobierno, y esce-

lentes frutos que naturalizó en Navarra. Hizo conocer á sus vasallos el cultivo de las viñas que se practicaba en Champaña ; y así es que á su zelo deben los navarros sus esquisitos vinos , que suelen rivalizar con los mejores de cualquiera parte. Se dice que Teobaldo era excelente músico y poeta, segun el gusto de su tiempo ; que amaba las ciencias, y favorecia á los hombres instruidos, y que
 1253. murió en 8 de Julio de 1253 , dejando el cetro á su hijo Teobaldo II , que á la sazón se hallaba en la menor edad.

Este príncipe quiso tomar parte en la cruzada que tenia dispuesta contra Tunez san Luis rey de Francia , su suegro. Los estraordinarios calores de aquel clima abrasador encendieron entre los europeos , acostumbrados á un temperamento mas benigno , una peste asoladora , de que murieron infinitos , y el mismo san Luis y su hijo ; y últimamente , hubiera perecido infructuosamente toda la cruzada bajo los muros de Tunez , á no haber acudido á la necesidad el rey de Nápoles y Sicilia Carlos de Anjou , ajustando paces con los tunecinos, mediante una fuerte contribucion anual que les impuso. La escuadra tomó entonces el rumbo de
 1270. Palestina ; pero en Trapana , á 5 de Diciembre de 1270 , falleció el rey de Navarra ; y las tropas hubieron de regresar sin caudillo á sus hogares, abandonando una expedicion desgraciada desde los principios.

No habiendo dejado hijos Teobaldo , su hermano Enrique , que por su ausencia habia quedado encargado del gobierno , heredó la corona de Navarra. La disfrutó poco tiempo , y por su muerte , acaecida en el año de 1274 , recayó en su hi-
 1274.

ja doña Juana , que tenia dos años á la sazón.

Puso la reina viuda doña Blanca el gobierno en manos de un caballero llamado don Pedro de Monteagudo ; y esto despertó tal envidia en cierto don García de Almoravid , que formando un gran partido , conmovió toda la Navarra. Doña Blanca, que se hallaba en Francia á concertar sin duda el matrimonio de su hija con Felipe el *Hermoso* , creyó atajar el fuego de la sedicion , nombrando un tercero en discordia, y encargó del gobierno á un caballero frances llamado Eustaquio de Bellemarque; pero esto solo sirvió para aumentar la inquietud. Los navarros se resistieron á obedecer á un extranjero: Monteagudo , aunque sentia bastante haber de sujetarse al frances, sentia principalmente la pérdida de su influjo, y ver casi desconcertado su proyecto de casar á doña Juana con príncipe de Aragon. Don García Almoravid , que era todo de Castilla, deseaba que el enlace de la princesa heredera hubiese de ser precisamente con alguno de los infantes castellanos; y otros finalmente , aficionados á Francia , se declararon por el gobernador. La Navarra , dividida en estas tres parcialidades , se vió hecha un sangriento teatro de venganzas , de asesinatos y de depredacion. Monteagudo murió á manos de los de don García ; pero el partido de este , cada vez mas orgulloso , hacia cada dia mas urgente un remedio extraordinario con que ponerle freno. El rey de Francia despachó con buenas tropas al conde de Arras ; y este en breve tiempo despojó la Navarra de toda la gente sediciosa , obligándola á dispersarse por reinos extranjeros , y restableciendo la tranquilidad.

La reina doña Juana I falleció en 6 de Abril

1305. de 1305, dejando la corona á su hijo Luis Hutin, que despues se ciñó tambien la de Francia; pero
1316. murió en 5 de Junio de 1316, dejando una hija llamada Juana; y Felipe el *Largo*, hermano de Hutin, tomó el título de rey de Navarra con perjuicio de su sobrina. Felipe de Valois, en quien recayó despues la corona de Francia, renunció la de Navarra, y se la restituyó á doña Juana, que fue segunda de este nombre, y habia casado con Felipe, conde de Evreux. Estos esposos dejaron una posteridad numerosa, y un reino floreciente; y habiendo fallecido doña Juana en 6 de Octubre de 1349, Cárlos II y Cárlos III, su hijo y su nieto, reinaron despues con bien diversos renombres. El primero es conocido por *Cárlos el Malo*; el segundo por *Cárlos el Noble*, *el Generoso*; y ambos hicieron gran papel en los acontecimientos de su tiempo.

1349. *Cárlos el Malo* subió al trono por muerte de su madre en 1349, á los diez y ocho años de su edad, y desde luego dió á conocer su genio emprendedor, osado y turbulento. Juan, rey de Francia, le habia dado su hija en matrimonio con un dote considerable; pero exigió un suplemento, y el suegro hubo de concedérsele, temiendo que la jóven esposa espermentase algun desaire. Cárlos fue digno amigo de don Pedro el *Cruel*; pero amigo poco leal sin duda; pues mientras firmaba la alianza con el castellano, trataba en secreto con sus enemigos. Se le imputan asesinatos premeditados; se le acusa de haberse complacido en escitar turbulencias por donde quiera que dirigia sus pasos: en una palabra, su presencia era tan temible como la de las señales precursoras de siniestros sucesos. Juan

su suegro, y Cárlos V su cuñado, experimentaron los efectos de su refinada malicia; pues se dice que intentó emponzoñar á Juan, y que lo consiguió con Cárlos; y como quiera que sea, es cierto que se defendió mal de estas imputaciones. Aseguran que murió abrasado, de resultas de haberse prendido fuego á una sábana empapada de aguardiente, en que se habia envuelto para aliviarse del reumatismo que padecia. El hecho no es cierto sin embargo; pero cualquiera que fuese su enfermedad, es constante que en 1.º de Enero de 1388 murió entre dolores 1388. acerbos, que se consideraron como justo castigo de sus crímenes.

Su hijo, Cárlos el *Noble*, que á la edad de veinte y cinco años, y por su muerte, se ciñó la corona, era igual en talento á su padre; pero con la diferencia de ser bien inclinado. No tenia su vivacidad y su elocuencia seductora; pero le aventajaba en dulzura, gracia y afabilidad. Vivió en paz con sus vecinos; y las cortes de Castilla y de Francia solian recurrir á sus luces para conciliar sus desavenencias. Falleció en 7 de Setiembre de 1425, 1425. dejando solamente una hija llamada doña Blanca, casada ya con don Juan, entonces infante, y luego rey de Aragon, y que era madre del desgraciado don Cárlos, príncipe de Viana.

El aragones despreciaba la Navarra como pais agreste en comparacion de Aragon y Castilla, y por esta razon era muy corta su permanencia en ella; pero sabia muy bien estenuarla con crecidos impuestos para sostener las disensiones que solia escitar su genio turbulento. Tomó parte en las inquietudes que en Castilla suscitaron sus hermanos los infantes de Aragon contra el condestable don

Alvaro de Luna; y por proteger sus miras ambiciosas, se empeñó en una guerra, que fue bastante ruinoso á Navarra. Dió su hija doña Blanca en matrimonio al príncipe de Castilla, despues rey don Enrique IV, y luego sublevó al yerno contra su propio padre. Su hijo don Cárlos, príncipe de Viana, y heredero de la corona, que era de un carácter distinto, ó porque rehusase en algunas circunstancias prestarse á sus irregulares manejos, ó porque reclamase la corona de Navarra, que desde 1.^o de Abril de 1441 habia recaído en él por muerte de su madre doña Blanca, y su padre retenia injustamente, ó porque este diese oídos á las sugerencias de su nueva esposa doña Juana Henriquez, que naturalmente procuraria elevar la fortuna de sus hijos sobre la ruina de la de sus hijastros, ó por todas estas causas juntas, incurrió en la indignacion de su padre, y tuvo que acudir á las armas para defenderse del furor con que se declaró contra él. Las dos poderosas familias de Beaumont y Agramont, que desde muy antiguo se profesaban un odio encarnizado, aparecieron entonces mas enconadas que nunca, y bastó que los Beaumonteses se propusiesen sostener al príncipe en el empeño de tomar el gobierno y título de rey de Navarra que le pertenecia, para que los Agramonteses, sin embargo de conocer que esto era justo, se decidiesen por lo contrario, y procurasen favorecer á don Juan. Con este motivo se puso en arma toda la Navarra dividida en estas dos parcialidades, y se encendió una guerra civil de las mas obstinadas y sangrientas. Don Cárlos se unió con el rey y príncipe de Castilla, que tenian motivos para estar resentidos con su padre, y con su au-

xilio aventuró una batalla que perdió desgraciadamente, quedando prisionero con los principales caudillos de su facción; pero este acontecimiento solo sirvió para enfurecer mas á los navarros, que amaban á su príncipe, é indisponer los ánimos para tarde ó nunca reconciliarse; y á no ser por los auxilios de Aragon y de Cataluña, que gobernaba su padre en ausencia de su hermano don Alonso V, don Juan hubiera sido arrojado del trono de Navarra. Sin embargo, las Córtes de Aragon, que miraban al príncipe don Carlos como su rey futuro, respecto de carecer don Alonso de sucesion legítima, y ser don Juan su próximo heredero, hicieron todo lo posible por atraer á padre é hijo á una composicion, que conciliando sus respectivos intereses, restableciese la paz y la tranquilidad. Con mucho trabajo consiguieron que se comprometiesen en ciertos diputados de Aragon y de Navarra; y estos se convinieron en que primero se repusiesen las cosas al ser y estado que tenian antes de empezarse la guerra, restituyendo el príncipe á su padre la ciudad de Pamplona y demas plazas de que se había apoderado, desembargando el rey los bienes que habia confiscado á los caballeros que habian seguido el partido del príncipe, y entregando á este el principado de Viana y otras villas; y en que se cometiese al rey de Aragon la transaccion de sus diferencias, quedando entre tanto el príncipe sujeto á la voluntad de su padre.

Este último artículo fue poco menos que dictado por el capcioso don Juan; pero el príncipe, que se hallaba preso en el castillo de Monroy, firmó sin reparar la concordia, sabiendo que solo á este precio conseguiria la libertad, y con ánimo sin

duda de quebrantarla luego que se hallase en proporcion. Diéronse rehenes por una y otra parte; el príncipe quedó libre, y pareció á primera vista que iban á calmar las turbulencias; pero algunas villas de Navarra, que conocian la violencia del concierto, y sabian por otra parte que el rey y príncipe de Castilla estaban empeñados en auxiliar al príncipe de Viana hasta colocarle en el trono, rompieron por las fronteras de Aragon causando infinitos daños.

Con efecto, don Juan II de Castilla, y su hijo el príncipe don Enrique, habian entrado á sangre y fuego por distintos puntos en Navarra y Aragon, esparciendo por todas partes el asombro y el temor. El príncipe de Viana así que se vió libre se puso de acuerdo con ellos, y dió nuevo calor á la animosidad con que se destruian las propiedades del partido contrario sin utilidad de ninguno. Las Córtes de Aragon, que presentian la inminente ruina de todo el reino, sino se acudia con un remedio urgente, solicitaron con ansia una tregua de cuatro meses, con la esperanza sin duda de poder entre tanto conciliar los ánimos; pero don Juan II de Navarra se opuso con teson, y solo condescendió cuando llegó á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos contra enemigos tan poderosos. Entonces hizo que pasase á Castilla la reina de Aragon, para que entre ella y su hermano el rey don Juan II acordasen los medios de poner fin á la discordia; pero murió este á poco tiempo, y su hijo don Enrique IV dió á conocer bien pronto lo poco que debia esperarse de su natural inconstancia. Desconfiado el príncipe de adelantar cosa alguna, determinó pasar á Nápoles á implor-

rar la mediacion de su tío don Alonso V; pero tuvo la desgracia de perderle también, pendiente la negociacion; y las revoluciones que conmovieron aquel reino despues de su muerte, le obligaron á volverse con precipitacion. Procuró entonces con esfuerzo acelerar la conclusion de la concordia; y alucinado por su padre con falsas esperanzas y mentidas señales de bondad, cayó incautamente en el lazo que le habian armado con destreza, siendo traidoramente preso cuando mas confiado estaba de ver el fin de tantos disturbios. Semejante rasgo de crueldad y de injusticia escitó la indignacion de todo el reino, y por mas que hizo el padre por justificarse, acusando al hijo de traicion contra su rey y su patria, como carecia la acusacion de fundamento razonable, nadie se dejó alucinar; y Navarra, Aragon y Cataluña tomaron inmediatamente las armas en defensa de su desgraciado príncipe. El desnaturalizado padre se vió en la precision de poner en libertad á su inocente prisionero; pero este, oprimido de trabajos, pesares y aflicciones, ó envenenado quizá como creen algunos, contrajo una dolencia que le condujo al sepulcro en 23 de Setiembre de 1461.

1461.

No habiendo dejado hijos legítimos, declaró en su testamento por heredera de la corona de Navarra á su hermana mayor la infanta doña Blanca, con arreglo á lo dispuesto por el testamento de su madre, por el del rey su abuelo, y por las leyes fundamentales de aquel reino que no excluyendo á las hembras, las llamaban al trono despues de los varones por el mismo orden de preferencia con que estos eran llamados á la sucesion. Pero el rey don Juan, sin otra razon que la de su

obstinacion y su venganza, irritado con doña Blanca por la buena correspondencia que siempre habia mantenido con su hermano don Carlos en medio de sus desgracias, tenia muy de antemano tomadas sus medidas para quitar á la infanta la corona que legítimamente la pertenecia, de la misma manera que se la habia usurpado al príncipe de Viana.

Habia casado don Juan á su hija menor y de su segundo matrimonio doña Leonor de Navarra, con Gaston conde de Fox, con el objeto de valerse de las fuerzas de este para sujetar á los aragoneses y navarros, y llevar adelante sus vengativos desig-nios. En una de aquellas ocasiones en que, durante la guerra entre padre é hijo, aparecia don Juan mas propenso á una reconciliacion, se descubrió un tratado secreto entre él y el conde de Fox, por el cual el yerno se obligaba á auxiliar al suegro contra don Carlos sin dejar las armas hasta sujetar á toda la Navarra, rendir al príncipe, y hacerle padecer la pena correspondiente á su supuesta desobediencia. En premio de ello ofrecia el rey, que despues de su muerte pasarian la corona de Navarra y el ducado de Nemours al conde de Fox y á su muger doña Leonor para que sucediesen en ellos sus hijos y descendientes, fuesen varones ó hembras; y para asegurar esta inicua exheredacion del príncipe y de doña Blanca, se obligaba el tirano padre á no perdonar jamas á estos dos hijos la que trataba de desobediencia, aun cuando se le sometiesen, y le diesen las mayores satisfacciones. Conociendo sin embargo que para disfrazar una accion tan manifiestamente injusta podria ser conveniente y aun necesaria alguna apa-

riencia de juicio, se estipuló tambien que se nombrarian jueces que hiciesen causa al príncipe y á la infanta, y procediendo hasta la definitiva, los declarasen decaidos de todos sus derechos, acciones y pretensiones, inhábiles é incapaces ellos y todos sus descendientes de suceder en la corona de Navarra, ducado de Nemours, ni en otra alguna de las herencias paterna y materna. Y finalmente, para que esta notable sentencia, pronunciada por el rey antes de elegir los jueces, tuviese fuerza de ley, se pactó que treinta dias despues que el conde de Fox entrase en Navarra, juntaria el mismo rey las Córtes del reino, y haria que la ratificasen, jurando en consecuencia de esta ratificacion al conde y á la condesa de Fox por legítimos herederos de la corona.

Estas eran las medidas que el rey don Juan habia tomado con tanta anticipacion para exheredar á su hija doña Blanca; y en virtud de ellas, luego que murió el príncipe de Viana solo pensó en deshacerse de la persona de la infanta, no restándole ya otro medio para facilitar la sucesion en la corona á su querida hija doña Leonor, despues que el descubrimiento de aquel tan inicuo tratado hizo ilusoria su proyectada egecucion. Con esta idea, valiéndose primero del artificio y despues de la violencia, sacó de Navarra á la infeliz infanta, y la hizo conducir á Bearne, entregándola en poder del conde y de la condesa de Fox. Conociendo entonces doña Blanca que sin remedio iba á ser sacrificada, halló modo de eludir la vigilancia de sus guardias, y dejó en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se la inferia para obligarla, segun sospechaba, á renunciar la co-

rona de Navarra en favor de su hermana la infanta doña Leonor, declarando nulos, de ningun valor ni efecto, cualesquiera instrumentos que pudiesen aparecer en adelante en su nombre y bajo su firma, y particularmente cualquiera renuncia á favor de su hermana, de sus hijos, del infante don Fernando de Aragon, ó de otra cualquiera persona á escepcion *del rey de Castilla don Enrique IV* (su marido en otro tiempo) *ó del conde de Armañac.*

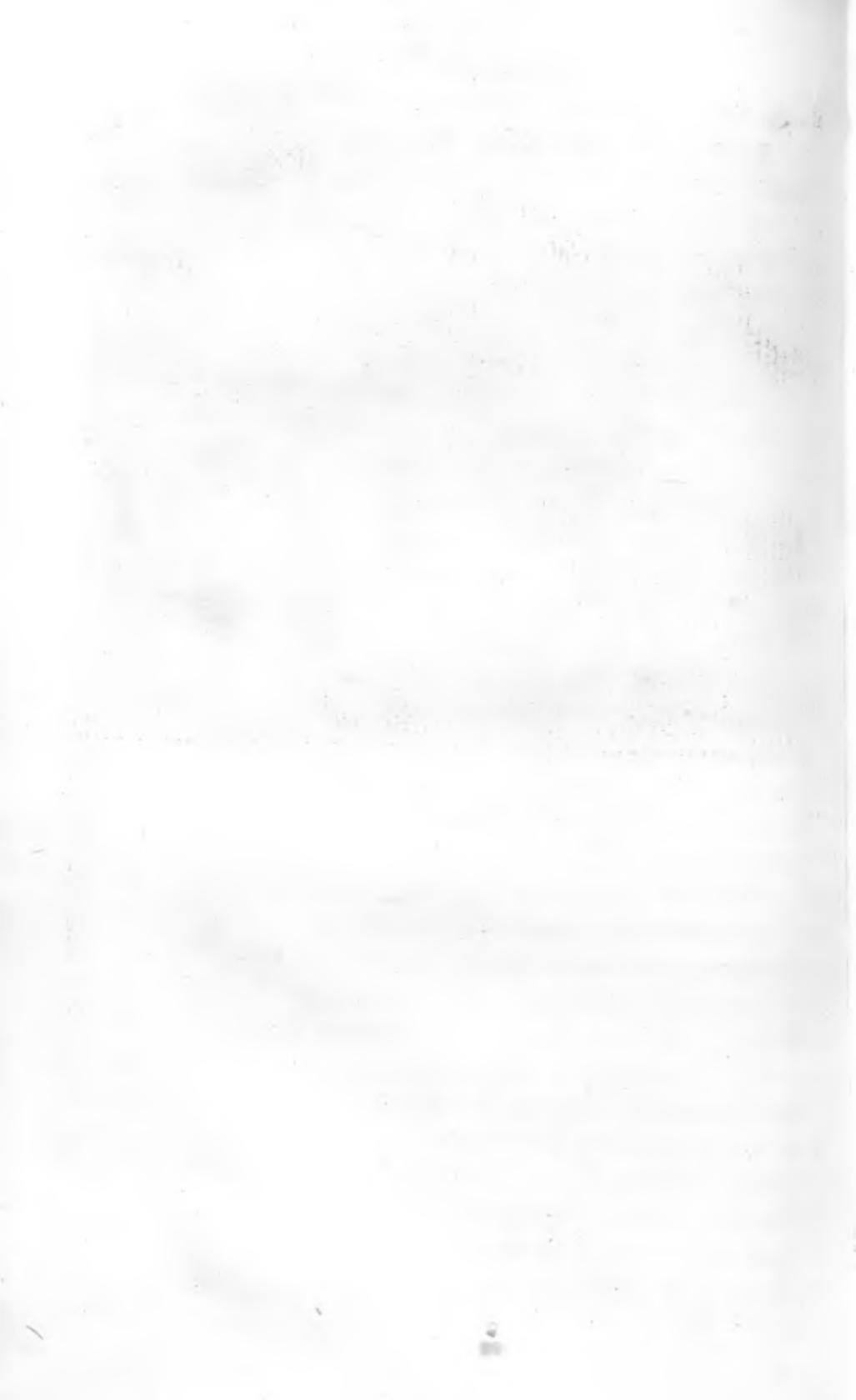
Tres dias despues, sabiendo ya con toda claridad que iba á ser entregada al conde, y no dudando de que se la haria morir en breve tiempo, sin esperar á que las pesadumbres ó alguna enfermedad natural acabasen con su vida, hizo en san **1461.** Juan de Pie de Puerto, á 3o de Abril de 1461, una donacion *inter vivos* del reino de Navarra, y de todos los estados que la pertenecian, á favor de su *amado primo* el rey de Castilla, para que la libertase de la tiranía que la tenia oprimida, ó vengase su muerte. Con efecto, la infeliz infanta fue rechazada en la fortaleza de Ortés, donde al cabo de dos años, como quieren los mas, ó dentro de muy pocos dias, como sienten algunos, fue emponzoñada por su ambiciosa hermana la condesa de Fox.

Sin embargo, don Juan no pudo gozar en paz del fruto de su crimen. Se sublevó la Cataluña con el mayor furor; se erigió en principado independiente; convidó sucesivamente con el señorío al rey de Castilla, al condestable de Portugal y á Renato de Anjou; y don Juan tuvo que valerse de todas sus fuerzas y pericia militar para sujetar á los rebeldes. Los condes de Fox por



D^a Blanca de Navarra.

Ne contento el Rey de Aragen D. Juan II con tener usurpado á su hija D^a Blanca el reyno de Navarra; por el injuste empeño de que recayese en su segunda hija D. Leonor puso en poder de esta y de su marido Gaston de Fox á la desgraciada primogénita; y ellos á pocos dias, para reynar en su lugar, la emperzonaren. Hiere ciegamente á su esensor la cólera; pero la ambición sacrifica con tranquilidad á la inocencia.



otra parte, impacientes por ocupar un solio que habian comprado á costa de un delito execrable, se echaron sobre la Navarra, y con el auxilio de los Beaumonteses, obligaron á don Juan á que les nombrase gobernadores del reino. No satisfecha con esto su ambicion desmesurada, intentaron repetidas veces ceñirse la corona; y el suegro, que jamas quiso desprenderse de ella, tuvo que apelar á las armas para conservarla sobre su cabeza. Murió por fin en 1480; y doña Leonor, que tanto habia anhelado verse reina de Navarra, le siguió al sepulcro á pocos dias de su coronacion.

1480.

Con este motivo recayó el reino en su nieto Francisco Febo, hijo de su primogénito Gaston de Fox, muerto siete años antes, y de Magdalena de Francia. Este príncipe, llamado así por su extraordinaria hermosura, y que prometia grandes esperanzas, falleció tambien muy jóven, y no reinó sino dos años escasos. Hay vehementes sospechas de que fue envenenado, aunque se ignora el autor y el motivo de este crimen; pero hallándose el reino tan conmovido por las dos facciones de Agramonteses y Beaumonteses no será estraño que si Febo se inclinó mas á una que á otra, la desairada ó menos favorecida procurase deshacerse de él.

Le sucedió su hermana doña Catalina, la cual casó con Juan de Labrit, conde de Perigord, contra todas las esperanzas del rey de Castilla don Fernando el *Católico*, que habia solicitado este enlace para su hijo primogénito, no tanto por agregar á sus vastos dominios esta rica porcion de la península, como sienten algunos escritores estrangeros, quanto por asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, que entonces le disputaba sus

1495.

derechos al reino de Nápoles. La esperiencia acreditó despues que no eran infundados sus rezelos; y habiendo advertido en su sobrina bastante deferencia hácia su enemigo, la estrechó en 1495 á que firmase un tratado de alianza por el cual los reyes de Navarra quedaron obligados á impedir con todo su poder que por su reino entrasen tropas francesas contra Aragon ó Castilla; á avisar á don Fernando ó á sus capitanes fronterizos, en caso de que sus fuerzas no bastasen para conseguirlo; y á reunirse inmediatamente con las tropas de Castilla para arrojar á los franceses de Navarra. Pero tres años despues la reina doña Catalina, pospuestas estas obligaciones, no solamente dió paso á un número bastante crecido de tropas francesas que llegaron hasta Pamplona, sino que para amedrentar á los reyes Católicos, hizo correr la voz de haberse convenido con Cárlos VIII en permutar el reino de Navarra por el ducado de Normandía. Don Fernando practicó aquellos oficios de paz y de amistad, que lo crítico de las circunstancias hacia preferibles á un rompimiento, y aun exigió seguridades nuevas; pero aunque se le otorgaron, no le quedó duda de la mala fe de sus sobrinos, ya por la ciega aficion que continuaron manifestando á los franceses, ya por haber renovado ciertas pretensiones tan infundadas como intempestivas. Quizá en esta conducta influiria bastante el temor de que Luis XII, sucesor de Cárlos, pusiese en egecucion el proyecto con que les intimidaba de resucitar el derecho de Juan de Fox señor de Narbona, hijo segundo de doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, despojando de la corona de Navarra á Juan de Labrit y su muger; pero aun en este caso era bastante inpolíti-

co ofender á un vecino tan poderoso como don Fernando, que hubiera podido sostenerles sobre el trono, y mala correspondencia á la generosidad con que el mismo rey Católico se habia negado á auxiliar á Luis en esta empresa.

Las usurpaciones de los venecianos en Italia obligaron á los príncipes del país á tomar las armas en defensa de sus estados; y Fernando, por auxiliar al papa, entró, como ya dijimos, en la liga de Cambray; pero las vicisitudes de esta guerra, y la prepotencia que adquirieron los franceses, obligaron al papa y á don Fernando á declararse contra ellos, uniéndose con los venecianos y con los ingleses por medio de la *Liga Santa*. Para distraerles y ponerles en la precision de dividir sus fuerzas, pensaron los confederados en invadir la Guiena; y siendo los ingleses particularmente interesados en su conquista, por haberles pertenecido esta provincia en otro tiempo, tomaron á su cargo la empresa de hacer en ella un desembarco en la ocasion misma en que el rey Católico debería acometerla por tierra. Para esto era inevitable tener seguro y franco el paso por Navarra: le solicitó don Fernando; pero se le negaron obstinadamente Juan y Catalina. El papa les exhortó repetidas veces á que defendiesen y no persiguiesen á la Iglesia, dando favor á sus enemigos, y principalmente al rey de Francia, que era su corifeo; pero solo pudo obtener respuestas vagas é ilusorias, de suerte que creyó necesario seguir el ejemplo de muchos de sus predecesores, escomulgando á Juan y á Catalina, privándoles de la dignidad real, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad y concediendo sus tierras y se-

ñorios al primero que los conquistase, como ocupados en buena guerra.

Sin embargo de que en virtud de esta bula hubiera podido el rey Católico anticiparse desde luego á cualquiera otro, y apoderarse de Navarra con la autoridad pontificia, entonces inconcusa é indisputable en estas cosas, quiso todavía dar mas pruebas de su moderacion y sufrimiento, suspendiendo por tres meses la publicacion del Breve, y repitiendo con sus sobrinos los oficios de amistad para que le dejasen el paso franco á la Guiena, ó le asegurasen por lo menos de que no socorrerian al rey de Francia; pues en todo evento él mismo queria obligarse á sostenerles en el trono de Navarra contra cualquiera que los inquietase ú ofendiese. Pero tan inútiles fueron estas gestiones como las anteriores. Los reyes de Navarra, desentendiéndose de la generosidad de don Fernando, de los beneficios que le habian debido, de los peligros que les amenazaban, y por último de las censuras pontificias fulminadas contra ellos, no solamente se escusaron con frívolos pretextos, sino que se unieron mas estrechamente con su aliado.

A vista de semejantes procederes ya no pudo el rey Católico diferir mas el rompimiento. Al punto hizo publicar la Bula y sentencia del papa contra Juan y Catalina, y en su virtud se previno para la conquista de aquel reino. Dia 21 de Julio de 1512 puso el pie en Navarra el ejército castellano á las órdenes del duque de Alba don Fadrique de Toledo; y desde luego se dirigió á Pamploña donde se hallaba el rey don Juan con ánimo de defenderla. Algunos destacamentos que este despachó al encuentro en un paso estrecho y escabro-

so, donde bastaban pocos para impedir la entrada á muchos, huyeron inmediatamente que divisaron á las tropas castellanas; y el mismo rey, no teniendo resolución para esperarlas, se retiró á Lumbieres, y despues á Bearn. Día 23 sentó el duque su campo á dos leguas de Pamplona, se apoderó del castillo de Garayon, y envió á la ciudad una proclama asegurando á los habitantes de que se les guardarían sus fueros, privilegios y exenciones, y serian respetadas sus personas y propiedades si desde luego deponian las armas; pero intimándoles que serian tratados con todo el rigor de la guerra, si oponian la mas pequeña resistencia. El 25 se rindió la ciudad é inmediatamente se fueron entregando las demas ciudades y pueblos; de suerte, que en cinco dias se halló dueño el rey Católico de toda la Navarra; y aunque el despojado Juan, auxiliado por la Francia, concibió esperanzas de recobrar su reino, y aun intentó el ataque de Pamplona, la vigorosa resistencia de la guarnicion castellana, y sobre todo la inaccion é indiferencia de sus antiguos vasallos, le obligaron á repasar los Pirineos con pérdida bien considerable.

Esta derrota y alguna otra que sufrió despues le obligaron á renunciar para siempre á la conquista de su perdida corona, contentándose con la Navarra baja, que le dejó Fernando al otro lado de los Pirineos. Refiérese que con este motivo oyó de su muger esta picante reconvencion: "A haber sido yo Juan, y vos Catalina, ambos hubieramos permanecido reyes de Navarra."

Su hijo Enrique, en quien se pretende continuar los derechos á esta corona, hubiera sido capaz de reconquistarla, á no haberse hallado en unas

circunstancias en que la Francia, demasiado ocupada en otros objetos, no podia proporcionarle sino débiles socorros. Fue hecho prisionero con Francisco I en la batalla de Pavía; y á no haber hallado medio de ponerse en salvo, no se hubiera desprendido ciertamente Cárlos V de tan importante prisionero. Enrique, fortificando y enriqueciendo su pequeño estado, dió á conocer lo que hubiera podido hacer en uno mayor. Casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y fue abuelo de Enrique IV de Francia, quien elevado á aquel trono en 1589, reunió á esta corona aquel resto del reino de Navarra.

1589.

Los estrechos límites de un compendio no nos permiten entrar en una larga discusion para desagrar á don Fernando de la injusticia con que algunos escritores estrangeros han tenido la malignidad de desacreditarle por esta ocupacion; pero la sencilla esposicion de estos hechos basta para que pueda comprender cualquiera, que aun cuando se prescinda de las razones políticas que pudieron mover al rey Católico á ocupar el reino de Navarra, su conquista, lejos de merecer el nombre de *usurpacion*, como se pretende, debe reconocerse únicamente recuperacion de unos derechos injustamente usurpados. Ello es indubitable que el rey don Juan II de Aragon, muerta su muger doña Blanca, no tenia la mas leve sombra de derecho, no solo á la propiedad, pero ni aun al usufructo ni al gobierno del reino de Navarra, cuando existia un legítimo heredero, capaz por su talento y por su edad de gobernarle con acierto, y una hermana de este heredero en quien por su muerte sin sucesion legítima habian de transferirse todos sus

derechos. No siendo suyo el reino, nunca pudo don Juan tener acción para privar de él á estos dos hijos, aun cuando quiera suponerse que ellos hubiesen cometido los mayores delitos contra el padre; y mucho menos cuando todos los crímenes de estos desgraciados se redujeron á defender sus justificados derechos contra las violencias y tiranías de un padre inflexible y de una madrastra ambiciosa. Resulta por consiguiente, que el tratado con el conde de Fox para desheredar al príncipe don Carlos y á la infanta doña Blanca, fue injusto, tiránico é inicuo; y que aun cuando le hubiesen aprobado las Córtes de Navarra, no por eso dejaría de ser igualmente injusta, tiránica é inicua esta aprobacion.

Finalmente, aun cuando quisiera considerarse á la condesa de Fox doña Leonor, hermana menor de doña Blanca, como su legítima heredera y sucesora en la corona, caso de que esta hubiese fallecido de muerte natural, y sin sucesion de matrimonio legítimo; habiendo acabado sus dias con muerte violenta, intentada y egecutada por la misma doña Leonor; esta, sus hijos, herederos y sucesores perdieron por el mismo hecho de haber perpetrado tan atroz delito, el derecho que pudieran tener á la corona, y á la herencia de la infanta doña Blanca, quedando incapaces de sucederla. En estos términos debe considerarse á la infanta como destituida de herederos forzosos, y consiguientemente árbitra para disponer de su corona y estados en favor de quien mejor le pareciese, fuese instituyendo heredero universal, fuese por via de renuncia, cesion ó donacion *inter vivos*, que fue el medio que eligió. Para hacerlo así la autoriza-

ban las leyes de Navarra, sin ponerla otra limitacion que la de que el sugeto escogido fuese persona que por su sangre, su autoridad, su poder y su respeto no desmereciese el cetro de aquel noble reino; y usando de su derecho la renunció, cedió y donó al rey de Castilla don Enrique IV, que habia sido su marido, y en quien ciertamente concurrían las circunstancias indispensables para ceñir la corona de Navarra. El infante don Fernando de Aragon fue despues, por su matrimonio con la infanta doña Isabel, legítimo sucesor y heredero de don Enrique en la corona de Castilla y derechos que le pertenecian; y no pudiendose negar que la renuncia y cesion del reino de Navarra hecha por doña Blanca en favor de su primo el rey de Castilla, le dió por lo menos á este un gran derecho á aquel reino, es igualmente innegable que el mismo tuvo el rey Católico, puesto que su muger doña Isabel sucedió á don Enrique en todos sus estados y derechos.

Es verdad que doña Blanca en la protesta que dejó hecha en Roncesvalles espresamente escluía al infante de Aragon; pero esta esclusiva fue personal y sin ofrecersela por entonces que el infante podia casar con la sucesora del rey de Castilla, en quien tres dias despues renunció y cedió todos sus estados; y así aun cuando quiera concederse que en virtud de ta esclusiva de la infanta quedó incapaz don Fernando para sucederla en la corona de Navarra, *como infante ó como rey de Aragon*, no quedó incapaz de suceder como marido de la infanta doña Isabel, *legítima sucesora del rey de Castilla*, á quien la misma infanta declaró sucesor suyo. Quizá en atencion á este reparo, cuando el

rey Católico hizo despues la conquista de Navarra no la agregó, como fácilmente pudo, á sus estados de Aragon, sino á la corona de Castilla, reconociendo que el derecho que á ella tenia se fundaba precisamente en el que le daba su matrimonio.

Resulta por consiguiente que el rey Católico, conquistando la Navarra, no fue un usurpador, que despojó á sus mismos sobrinos de los estados que les correspondian, sino que la ocupó legítimamente. Y esto, á pesar de que no se haga mérito del derecho de conquista, ni de la bula del papa Julio II, que concedió aquel reino al primer príncipe católico que le ocupase; pues aun cuando desde luego convenimos en que las facultades de la Silla romana no pueden estenderse á tanto, ello no tiene duda que en aquellos tiempos se la consideraba revestida del poder necesario para privar de la corona á los enemigos de la Iglesia; y no tendría nada de repugnante que don Fernando se hubiese creído bastante autorizado en virtud de ella para hacer la conquista de Navarra. Pero volvamos á la historia de este príncipe.

La Italia era siempre aquel grande objeto que nunca perdian de vista el rey de Aragon ni el de Francia. Los italianos por su parte, igualmente enemigos de uno y otro, no perdian ocasion de contrabalancear al dominante, temiendo que les avasallase. Eran dueños de Italia los españoles cuando Francisco I subió al trono de los franceses; y lleno de corage el nuevo jóven monarca, resolvió hacer valer sus derechos al Milanesado, ocupado á la sazón por el duque Francisco Esforcia, á quien la *Liga Santa* habia puesto en posesion de aquel ducado para que hiciese oposicion á las pretensiones

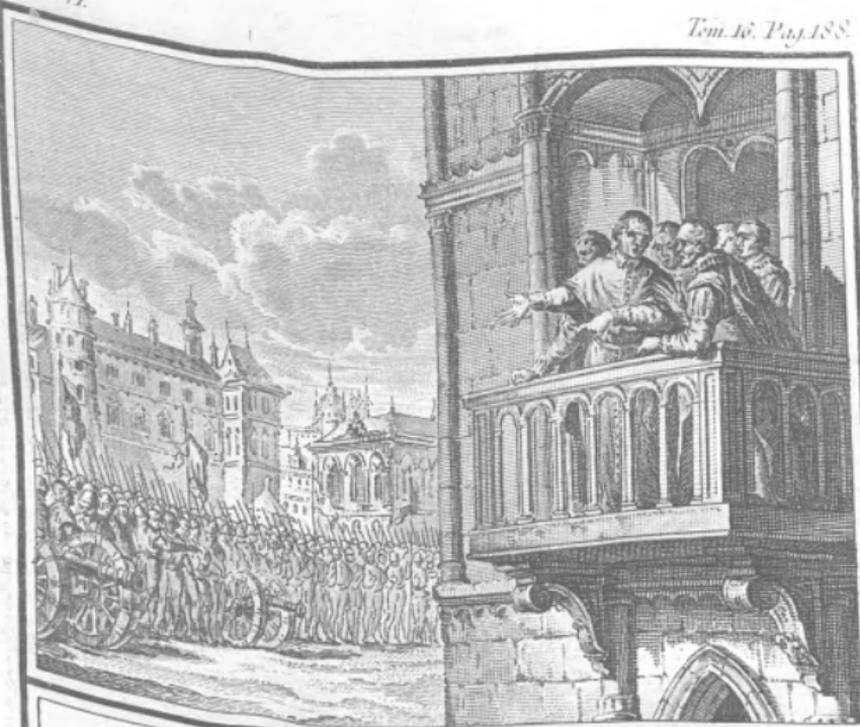
de la Francia. Pasó á Italia Francisco I á la frente de un florido y numeroso ejército, y no atreviéndose á esperarle don Ramon de Cardona, virey de Nápoles, y general de las tropas españolas, se retiró debajo del cañon de Plasencia, contando poco con sus auxiliares para atreverse á arriesgar una batalla; pero despues supo batir al rey de Francia, recobró todo el Milanésado, y se retiró al reino de Nápoles.

1516. 23 de Enero de 1516. Atendiendo á la incapacidad de doña Juana, nombró en su testamento por gobernador del reino á su nieto don Cárlos de Austria; pero encargó el gobierno, hasta que cumpliese los veinte años que prescribió su abuela, al cardenal de España el célebre Cisneros, y entre sus testamentarios dió el primer lugar á su muger doña Germana, de quien habia tenido un hijo, que murió á pocas horas de nacer. El nombre de Fernando es célebre con razon entre los de los grandes reyes de la tierra; y nadie, sin hacerle injusticia, podrá negarle los gloriosos títulos de *Liberador* del reino de Granada, de *Restaurador* del buen orden y de la tranquilidad pública, de *Conquistador*, de *Grande.....* pero al paso que es preciso confesar las eminentes prendas de que para el gobierno le dotó el cielo, no pueden disimularsele tampoco todos los defectos con que las obscureció en algun modo. La nimia suspicacia de que adolecia; la suma desconfianza con que trataba aun á los que le servian con mayor fidelidad; el mal ejemplo que dejó á sus sucesores de la ninguna seguridad en la fe de los tratados; la indecente va-

nidad que hacia de burlarse de sus amigos ó de sus confederados ; la pretension que tuvo, segun dicen algunos , de casarse con la desgraciada Beltraneja, sacandola del convento donde estaba retirada despues de tantos años, sin otra idea que la de hacer revivir sus derechos á la corona de Castilla, únicamente por vengarse de su yerno, olvidado enteramente de lo que debia á su difunta muger, cuya reputacion iba á dejar manchada para siempre con las injustas pretensiones de tan extravagante casamiento ; el que efectuó despues con doña Germana de Fox por el deseo de tener un hijo en quien recayese la corona de Aragon para que no la heredase el archiduque don Felipe: todos estos son defectos que han contribuido no poco á hacer, cuando menos problemático, el concepto que debe tributarle la posteridad.

Apenas se habia sabido en Flandes la dolencia del rey Católico , los miembros del consejo del príncipe enviaron á España á su preceptor Adriano, natural de Utrech y dean de Lovayna, con instrucciones secretas para impedir cualquiera intriga que pudiese perjudicar á los derechos de don Carlos; y luego que falleció don Fernando, hizo empeño Adriano de apoderarse del gobierno de la monarquía, en nombre de su alumno, hasta que este pudiese venir en persona á encargarse de él. Como don Carlos no tenia aun la edad que prescribia su abuela en su testamento; y por otra parte el abuelo en el suyo dejaba el gobierno al cardenal de España hasta que cumpliese los veinte años; este se opuso con teson, y no pudieron evitarse algunas disensiones; pero luego se convinieron en gobernar de acuerdo, aunque sus genios

absolutamente contrarios no eran los mas á propósito para el caso. No faltaron sin embargo algunos descontentos, particularmente entre la principal nobleza, que quisieron oponerse á la regencia del cardenal, y exigieron les manifestase los poderes con que gobernaba la monarquía. Cisneros procuró satisfacerles con la disposición testamentaria del rey Católico; pero no dándose por satisfechos, á pretexto de que siendo don Fernando un mero gobernador, no podia delegar sus facultades, les hizo asomarse á la ventana de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de tropas veteranas, formados en batalla con mechas encendidas y sostenidos por una numerosa artillería: "He aquí, pues, les dijo, los poderes con que gobernaré la España hasta que venga el príncipe don Carlos." Es preciso confesar que hizo buen uso de ellos. Su gobierno firme, pero ilustrado y juicioso, lleno de atenciones para con los grandes, de oficiosos cuidados para con los pequeños, y de pruebas de aprecio hácia el mérito, es un modelo digno de proponerse á todos los ministros; pero no por eso pudo libertarse de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Poco sensible no obstante á los libelos y demas viles recursos de sus émulos, respondió en cierta ocasion á uno de sus compañeros que se quejaba de esto mismo: "Pues nos dejan hacer, dejemos á los demas la libertad de hablar. Si es falso lo que dicen, merece risa; y si es cierto, debemos corregirnos." Murió en Roa cuando pasaba á recibir á don Carlos, que llegaba de los Países-Bajos; y dicen fue envenenado, temiendo no suministrase al príncipe algunos avisos saludables, aunque per-



El Ministro firme.

Descontentos algunos nobles con que solo en virtud del testamento del Rey Católico gobernase à España el Cardenal Ximenez, le estrecharon à manifestar otros poderes; pero él, haciendo que desde su ventana viesen un buen cuerpo de tropas con mucha artilleria, les dixo: Con estos poderes gobernaré hasta la llegada del Principe. Lo último es que haya casos en que deba sustituirse à la razon la fuerza.



judiciales á cierta clase de personas. Los elogios que á este grande hombre grangearon sus altos merecimientos, esceden los estrechos límites de un compendio. Ascendió por sus méritos á la Silla metropolitana de Toledo; procuró economizar todo lo posible el dispendio de las rentas de esta pingüe dignidad, á fin de poderlas invertir en algun objeto ventajoso al estado; y con este ahorro puso en campaña un egército florido, que él mismo en persona condujo contra Oran. Tomó la plaza, y de este modo logró establecer una especie de barrera contra las irrupciones que hubieran podido intentar los moros en España.

Nadie mas modesto que Cisneros en su vida privada: cuando se hallaba en su mayor elevacion fue á visitar á sus parientes, que eran pobres, aunque honrados; les colmó de beneficios, pero no quiso sacarles de la condicion humilde en que habian nacido. Habiendo llegado á la puerta de una labradora, parienta suya muy inmediata, la sorprendió ocupada en amasar el pan para su familia, y queriendo ella ir á mudarse un vestido mas decente para recibirle: "Este vestido, la dijo, y esa ocupacion os sientan muy bien. No os inquieteis sino por vuestro pan, y cuidad de que no se os eche á perder." Los que no desdeñen la sencillez de la vida rústica, se representarán con placer al gran Cisneros bajo el pajizo techo de una choza humilde conversando con aquellos inocentes labradores.

Jimenez de Cisneros fundó y dotó espléndidamente la universidad de Alcalá de Henares; y para que no llegase á perderse enteramente el rito muzárabé, fundó en la catedral de Toledo un cabildo

de capellanes, con la obligacion de officiar segun este rito. La Biblia complutense, la primera poliglota que se conoció, es una de las obras que harán inmortal su nombre, por las sumas inmensas que le costó la adquisicion de tantos preciosos manuscritos, y de los sabios que habian de trabajar en ella. La España le debe finalmente multitud de establecimientos de una magnificencia real, siendo lo mas particular de todo que estos gastos se hacian con la mitad de sus rentas, quedando la otra mitad destinada únicamente al socorro de los miserables bajo su inspeccion.

Los principales sucesos que hicieron célebre el reinado de Cárlos I fueron las comunidades de Castilla, las competencias con Francisco I y su prision, la aparicion de la secta luterana, y el retiro de aquel príncipe al monasterio de Yuste. Don Cárlos, vivamente estrechado por los regentes y el consejo de Castilla para que viniese á España á tomar posesion de unos estados que habian de pertenecerle muy en breve, hubo de abandonar los Países-Bajos, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de Setiembre del año de 1517; pero apenas fue reconocido y jurado por las Córtes del reino, la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano, le llamó al trono imperial y á la rica sucesion de los estados que poseia su casa en Alemania. Electo emperador por la mayor parte de los vocales que componian el cuerpo germánico, y precisado á partir de nuevo para coronarse en Aquisgran, determinó convocar las Córtes del reino para dar á conocer por gobernador en su ausencia á su preceptor Adriano, entonces ya cardenal, y exigir algunas sumas para los gastos del viage, de su co-

ronacion y algunas otras necesidades que padecia el imperio; pero los castellanos que, contra lo dispuesto por un capítulo de las Cortes de Burgos del año de 1511, veian ocupados por estrangeros los principales puestos y dignidades; que por otra parte tenian quizá bastantes motivos para resentirse de la avaricia y rapacidad flamenca; y sobre todo, que no podian sufrir la idea de que se estrajese del reino cantidad alguna de numerario, empezaron á dar muestras del descontento que de algun tiempo encerraban en sus corazones. Ya se habian dejado percibir algunas centellas con motivo de haberse conferido á Guillelmo Croy, señor de Gevres, la dignidad primada arzobispal de Toledo; y aun se habia puesto sobre las armas con pretesto de prevenirse contra los moriscos que mantenian correspondencia oculta con los africanos; pero estos movimientos no se creyeron por entonces dignos de atencion, ni pasaron tampoco adelante, hasta que don Cárlos convocó las Cortes en Santiago de Galicia.

Esta resolucion desagradó notablemente, no solo por el objeto, sino tambien por la novedad de celebrar en Galicia las Cortes de Castilla y Leon, cosa nunca vista hasta entonces. Los procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades, quisieron manifestar previamente á don Cárlos cuanto, segun las circunstancias, les parecia conducente al bien del estado y á la quietud de los pueblos; y le salieron al encuentro en Valladolid, donde se hallaba de paso para Santiago; pero informado privadamente de que querian se señalase otra ciudad para la celebracion de las Cortes; que no se pidiese en ellas servicio alguno; que

se prohibiese conferir á estrangeros los empleos públicos; estraer moneda del reino; y en una palabra, que se removiesen las causas del descontento general; se escusó de oirlos hasta Tordesillas, adonde pasaba para despedirse de su madre. Con este motivo se esparció la voz de que intentaba llevársela consigo á Alemania, y al punto se alborotó Valladolid. Mas de seis mil hombres armados se reunieron inmediatamente en la plaza á son de campana, gritando: *Viva el rey y mueran sus malos consejeros*; y efectivamente, á no haberse puesto en salvo el señor de Gevres y los demas flamencos que le acompañaban, hubieran desahogado en ellos su ojeriza de un modo bien atroz. Algunos ligeros castigos intimidaron á los amotinados, y toda su furia se calmó inmediatamente; de suerte que don Carlos pudo continuar su viage á Santiago sin la menor molestia ni inquietud.

1520. Las Córtes se abrieron con efecto á principios de Abril de 1520; pero despues de repetidas sesiones nada pudo concluirse en ellas, porque los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio, que era el objeto principal de esta asamblea. Vivamente irritado don Carlos, trasladó las Córtes á la Coruña, y á permitírselo las circunstancias hubiera explicado su resentimiento con un castigo egemplar de los procuradores; pero se contentó por entonces con desterrar al de Toledo, que fue el mas obstinado. Esto bastó para que Toledo se sublevase repentinamente, acaudillado por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla, y por su muger doña María Pacheco; y las órdenes que es-

pidió don Carlos para prender á los principales cabezas del tumulto solo sirvieron para exasperar mas á los amotinados. El populacho irritado, no solo impidió la prision, sino que hubiera asesinado al corregidor, alcaide y alguacil mayor, á no haberse ellos puesto en fuga con anticipacion. Los *Comuneros* (nombre que tomaron los insurgentes) en número de veinte mil hombres, se apoderaron del alcázar y de las puertas de la ciudad; arrojaron de ella á los ministros y oficiales reales, y pusieron otros de su faccion; pero mediaron algunos eclesiásticos, y con sus persuasiones consiguieron aplacar algun tanto los ánimos; de suerte que habiendo podido hallar los amotinados al corregidor, cuando este infeliz esperaba la muerte, se contentaron con quitarle la vara, y volvérsela luego en nombre de la comunidad y del rey.

Las Córtes de la Coruña se concluyeron á principios de Mayo; y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades, pudo conseguir don Carlos un servicio de doscientos millones de maravedís en tres años; pero no dejaron de insistir los procuradores en sus pretensiones de que *á nadie se le permitiese, pena de la vida, extraer del reino numerario alguno; que los empleos y dignidades se confriesen únicamente á nacionales, despojando á los extranjeros de las que, decian, haber usurpado injustamente; y añadieron, que pues la escuadra estaba pronta para hacerse á la vela, procurase S. M. volver pronto de su viage, aunque sin traer á su regreso gentes extranjeras; que pusiese su casa en el pie de economía en que la habian tenido sus predecesores, cercenando gastos inútiles y de mero lujo; y por último, que fuesen españoles los sug-*

tos á quienes en su ausencia confiase el gobierno de la corona.

Las cosas sin embargo quedaron en el mismo estado; y don Cárlos á su partida, despues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reino, declaró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á don Diego de Mendoza; justicia mayor de Aragon á don Juan de Lanuza; y capitan general de sus armas á don Antonio Fonseca. Representaron contra el nombramiento de gobernador; pero don Cárlos no dió oidos, y se hizo á la vela en 20 del mismo mes.

A vista del poco fruto que habian producido las reclamaciones de los procuradores y de la agitación en que se hallaba el reino, nadie podia prometerse favorables consecuencias; y efectivamente, el furor de los comuneros creció hasta un extremo inaudito. Bajo la voz y divisa del bien de la patria contra los estrangeros que venian á desangrarla, ahorcó el populacho de Segovia á varios alguaciles reales, al procurador de Córtes Rodrigo de Tordesillas, y á otras personas. Zamora, acaudillada por su obispo don Antonio de Acuña, cometió aun mayores atentados. Valladolid quiso ahorcar á sus procuradores por haber consentido el donativo de los doscientos millones. Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno; le encomendaron á personas de su partido; y entregando el alcázar al licenciado Castillo, le nombraron alcalde mayor de la villa. En una palabra, la insurreccion fue comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se vieron sublevadas las ciu-

dades de Avila, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon, y otras innumerables. La gente que armaron, y los auxilios que enviaban los comuneros á cuantos los necesitaban contra los realistas, pusieron al cardenal y demas gobernadores en la mayor consternacion y apuro, sin saber qué partido tomar. De esta inaccion se aprovecharon Padilla y otros comuneros poderosos para apoderarse de la reina madre doña Juana, á pretesto de acaudillar la gente que Toledo, Segovia y Madrid enviaban para servirla en medio de aquellas turbulencias, y tomando el nombre de la reina, decretaron la prision del presidente y oidores de la chancillería de Valladolid; pero estos ministros tuvieron la fortuna de recibir aviso, y pudieron salvarse bajo diferentes disfraces. El cardenal mismo llegó á temer algun desacato hácia su persona y se refugió disfrazado tambien á Rioseco, desde donde dió parte al príncipe don Carlos del riesgo en que se hallaba la España y de cuan urgente era su venida. Tambien le escribieron por su parte los comuneros, dando á las cosas el aspecto que les era mas favorable; pero el príncipe, que se hallaba informado por los flamencos que se habian refugiado en su patria huyendo del peligro, contestó con suavidad y blandura, prometiendo regresar en breve, y otorgar cuanto le suplicaban. Sin embargo, al mismo tiempo encargó separadamente á la nobleza que auxiliase á las justicias, y asoció al cardenal para el gobierno al almirante de Castilla don Fadrique Henriquez y al condestable don Iñigo de Velasco.

Estas cartas produjeron el deseado efecto, y algunas ciudades imitaron á Burgos, que fue la pri-

mera en deponer las armas. Por otra parte los nobles de Castilla y Leon se pusieron al frente de sus tropas, y con el refuerzo de los demas realistas pudieron juntar un ejército de diez mil y quinientos hombres que se acuarteló en Rioseco. El de los comuneros constaba ya de diez mil infantes, cuatrocientos hombres de armas, y novecientos caballos, cuando se les reunió el obispo de Zamora á la frente de novecientos hombres, clérigos la mayor parte, armados y furibundos, y se hizo fuerte en Tordesillas. Mediaron entre ambos ejércitos algunas proposiciones de convenio; pero los comuneros, lejos de avenirse á cosa alguna, se pusieron con todas sus fuerzas sobre Rioseco y presentaron la batalla á los realistas. Estos la rehusaron; pero supieron aprovecharse de su imprudencia para sorprenderlos y apoderarse de Tordesillas. En desquite Juan de Padilla, á quien eligieron por su jefe los comuneros, ocupó á Torre-Lobaton, villa propia del almirante; pero con noticia de que los realistas, á las órdenes de los condes de Haro y Oñate, pensaban atacarle en ella, trató de refugiarse á Toro, donde le era mas fácil oponer una defensa vigorosa. Tuvo la desgracia de ser alcanzado en el camino junto á Villalar, y acometido por el frente y flancos; y habiendo sobrevenido en medio de la refriega un recio temporal de viento y lluvia, que daba en los ojos á los comuneros, quedaron dueños del campo los realistas, haciendo prisioneros á los principales caudillos de los insurgentes. El valiente Padilla, herido en una pierna, cayó igualmente en poder de los vencedores, y al dia siguiente, 24 de Abril de 1521, sufrió con todos sus compañeros la pena capital.

Sobrecogida Valladolid con la noticia de este suceso, trató de reducirse implorando el perdón. Obtuvo con efecto un indulto general, y solo fueron castigadas diez y ocho personas de las mas inquietas; pero con tal disgusto del pueblo, que cuando entró despues en la ciudad el egército real, permanecieron encerrados en sus casas todos los vecinos, y nadie, ni aun por curiosidad, quiso abrir una ventana. A Valladolid siguieron Segovia, Salamanca, Medina del Campo, Zamora y demas pueblos sublevados, á escepcion de Toledo, que lejos de intimidarse con la muerte de Padilla, se encendió en mayor furor. Los realistas que habia en ella intentaron refrenar la demencia de los comuneros, abriendo las puertas al marques de Villena; pero la valerosa doña María Pacheco suplió de tal modo las veces de su difunto marido, que apoderándose del alcázar, no solo tuvo á raya á sus enemigos, sino que obligó al marques á retirarse. Bloqueada la ciudad despues por un destacamento de tropas realistas, los comuneros, animados por el espíritu varonil de aquella valiente amazona, digna de mejor causa, se defendieron con la mayor obstinacion. Faltos de víveres, de municiones y recursos, se precipitaban en el campo de los sitiadores con todo aquel furor que infunde la desesperacion; vencedores en algunos pequeños encuentros, repetian con doble esfuerzo estas sangrientas escenas; pero últimamente, habiendo perdido en una de ellas mas de mil y seiscientos hombres, se vieron precisados á capitular. La mediacion del clero les alcanzó el perdón, y todos depusieron las armas, á escepcion de doña María, que, temiendo no conseguirle, é implacable por la muerte de su ma-

1522. rido, se hizo fuerte en el alcázar, y jamas quiso rendirse. Los realistas la tuvieron mas de tres meses bloqueada, asaltaron la fortaleza repetidas veces, la entraron igualmente; pero doña María les disputó á palmos el terreno, y solo cuando ya se halló sin esperanzas de vencer, se puso en fuga con un hijo suyo, y disfrazados de aldeanos se refugiaron en Portugal. Toledo quedó por este medio sosegada, y la venida del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino. Merece referirse la respuesta que dió en esta ocasion á uno de sus cortesanos, que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la faccion de los comuneros: "Mejor hubiérais hecho, dijo el indulgente monarca al delator, en haber avisado á ese caballero que yo estaba aquí, que en avisarme á mí de donde está él."

Durante estas inquietudes domésticas, Henrique de Labrit, que no perdía un momento de vista la recuperacion del reino de sus padres, patrocinado por Francisco I, quiso aprovecharse de las circunstancias, y envió contra Navarra un poderoso ejército frances, que penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona, defendido valientemente por el bizarro don Ignacio de Loyola. Luego que una bala de cañon puso á este marcial jóven en estado de no poder pelear, abrió el castillo las puertas, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en el año de 1521; pero el ejército frances, en vez de fortificarse en Navarra, como debiera, se introdujo en Castilla con objeto de dar calor á los malcontentos, y llegó hasta poner sitio á Logroño; pero encontró con lo que no esperaba. Mientras esta ciudad se defendía bizarramente, le atacó con

sus valerosas tropas la nobleza castellana ; le derrotó en las Navas de Esquiros, dejando mas de seis mil hombres tendidos en el campo , haciendo prisionero á su general , apoderandose de toda su artillería y bagages ; y por último , despues de seguirle el alcance hasta Pamplona , le obligó á volver á pasar los Pirineos.

Habiendo vacado por este tiempo la Silla de san Pedro por muerte de Leon X , el emperador don Cárlos, que deseaba dar una prueba á su preceptor Adriano de cuán satisfecho se hallaba de sus servicios , empleó todo su influjo para que recayese en él la eleccion del consistorio. Era sin duda el cardenal muy digno de esta elevacion ; pero no bastaba merecerla para conseguirla , y desde la cátedra de teología en la universidad de Lovayna hasta la cátedra de Roma , no dejaba de haber una distancia inmensa. Sin embargo, el camino no fue largo, y fue bien brillante para Adriano. En el año de 1523 se ciñó la tiara ; y don Cárlos , que todo lo esperaba de un pontífice que se lo debia todo, pidió y obtuvo el derecho de presentar todos los obispados de España , y la perpetua administracion de las Ordenes Militares ; pero quiso la desgracia que su pontificado fuese de duracion muy corta y que Adriano muriese á poco mas de un año de su eleccion.

1523.

Desembarazado don Cárlos de las turbulencias interiores, y libre ya de la guerra de Navarra , se vió empeñado en otra nueva , suscitada tambien por el rey de Francia. El poder de Cárlos V escitaba la envidia , y aun el temor de toda Europa ; pero quien mas abiertamente se declaró desde luego su competidor , y el émulo de sus glorias , fue Fran-

cisco I, el cual no contento con haberle hecho oposicion, aspirando igualmente al cetro imperial, y con favorecer los proyectos de Enrique de Labrit contra Navarra, hizo revivir sus pretensiones al duque de Milan, y despojó violentamente al duque Francisco de Esforcia. Cárlos, para espeler de Italia á los franceses, se unió con el pontífice, que á la sazón era Clemente VII, sucesor de Adriano, si bien ayudó muy poco el papa en las campañas que se siguieron. Las armas imperiales experimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el emperador con una célebre batalla, dada en 1525, entre el egército español y el frances, junto á los muros de Pavia, plaza que tenia sitiada Francisco, y defendia el animoso capitán Antonio de Leyva. A pesar del superior número de los franceses, animados con la presencia de su mismo soberano, á quien no pueden negarse las prendas de esforzado y diestro guerrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia, bajo la direccion y mando del marques de Pescara, que se distinguia entre los principales gefes por su espíritu y pericia militar. Quedó prisionero de guerra el rey Francisco con una porcion de señalados caudillos, entre ellos Enrique de Labrit; perdió mas de diez mil hombres, y las reliquias de su destrozado egército huyeron de Italia apresuradamente.

1525.
24 de
Febrero.

Estremecióse la Italia toda al ver esta conquista; pues poseyendo Cárlos á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado, podia considerarse dueño de la mayor y mejor parte de la Europa; y teniendo en su poder al rey de Francia, ya no quedaba



Batalla de Pavía.

Émulo implacable de las glorias del Emperador Carlos V el orgulloso Rey de Francia Francisco I, tenía sitiada á Pavía; pero junto á sus muros no solo derrotaron los Españoles el ejército francés, mandado personalmente por su diestro y valeroso Monarca, sino que este mismo fué hecho prisionero de guerra por un simple soldado. La humillacion es la pena mas frecuente, justa y sensible para el orgulloso.



quien le contrarestase, y podria sin dificultad apoderarse de ella apenas lo intentase. Por lo mismo, las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco, aun por los medios viles de la traicion y de la fuga; pero la fidelidad de don Pedro de Alárcon, que le tenia bajo su custodia, hizo ilusorias todas sus tentativas. Entonces se creyó necesario transportar á España al ilustre prisionero; y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fue conducido á Madrid con la consideracion debida á su persona. Aquí le visitó el emperador con el mayor afecto; procuró consolarle en su desgracia; y por último le concedió la libertad bajo muchas condiciones, siendo la principal que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Países-Bajos y Borgoña. Fueron aceptadas todas ellas por el rey prisionero en una solemne concordia, firmada en Madrid, con la cláusula de que si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas, se restituiria voluntariamente á la prision aquel soberano, para lo que empeñó su fe y palabra real. A pesar de tan formales promesas no se verificó la observancia de aquellos pactos; antes bien, negandose á ella el rey de Francia, envió á Cárlos V embajadores haciendole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido.

Durante las negociaciones para el rescate de Francisco, las potencias de Italia, que no pudiendo desechar el temor que les infundia el asombroso poder de Cárlos V, no habian podido conseguir tampoco la evasion de su ilustre competidor, tuvieron la poca delicadeza de recurrir segunda vez á medios igualmente viles para suscitarle enemigos.

El marques de Pescara , comandante de las armas imperiales , se hallaba algo descontento de Cárlos por ciertas etiquetas ; y creyendo que no las sería difícil conseguir que abandonase los intereses del rey su amo , le hicieron indignas proposiciones para que convirtiese contra él sus armas , y aun llegaron hasta ofrecerle la corona de Nápoles ; pero aquel leal y honrado vasallo , no solo se negó á partido tan indecoroso , sino que dió parte á su soberano del inicuo designio ; y los tentadores de la fidelidad de Pescara , viendose descubiertos , hubieron de recurrir á otros arbitrios mas decentes y menos infructuosos.

Concertaron pues una liga , que llamaron *de la libertad de Italia* , y por otro nombre *Clementina* , por ser Clemente VII su principal corifeo , en la cual , ademas del pontífice , la república de Venecia y el mismo duque de Milan , á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados , entraron los franceses , los ingleses , los florentinos y casi todos los príncipes italianos. El emperador hizo todo lo posible por separar á Clemente de la liga. Le envió embajadores que le hiciesen conocer cuan imprudente y ageno de la cabeza de la Iglesia era fomentar una nueva guerra entre príncipes cristianos , al mismo tiempo que el turco , insolente con las recientes conquistas de Egipto y Rodas , amenazaba á toda la cristiandad ; pero últimamente , viendo que eran infructuosos estos prudentes oficios , encargó el mando de sus valerosos tercios al duque de Borbon , condestable de Francia , que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador , y dado pruebas de esforzado guerrero en la batalla de Pa-

vía y en otras empresas. Este animoso caudillo marchó derecho á Roma resuelto á tomarla por asalto; hizo aplicar las escalas; subió al muro de los primeros, y murió en la accion. Sucedióle en el mando el príncipe de Orange; entraron en la ciudad sus tropas; la saquearon y destruyeron con indecible furia por espacio de siete dias; y despues de hacer una matanza horrible en los coligados, obligaron á Clemente á refugiarse en el castillo de Sant-Angelo, con algunos cardenales y otros parciales suyos. Allí le cercaron, le estrecharon por espacio de un mes, y por último, el papa, falto de víveres, de municiones y dinero, no tuvo mas recurso que rendir el castillo en Junio de 1527 con obligacion de satisfacer cuatrocientos mil ducados; de entregar á Civitavechia, Parma, Placencia, Módena y Tiferia; de no embarazar al emperador en los asuntos de Milan y de Nápoles; y finalmente, de quedar preso por espacio de seis meses, dentro de los cuales habian de quedar cumplidas estas condiciones. Sin embargo, solo estuvo detenido en el castillo algunos dias, y luego se le permitió volver al Vaticano; pero en una de las noches inmediatas al dia en que iba á cumplirse el plazo, se huyó disfrazado á Orbieto, ciudad fuerte, guarnecida por tropas de la liga.

Aunque tenia sobrada justicia Cárlos V para dejar castigada la mala correspondencia de Clemente á los particulares beneficios que le debia, lejos de aprobar los excesos y violencias que con tal desenfreno cometieron sus tropas en la capital del orbe cristiano, le fueron tan sensibles, que quando recibió la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el naci-

miento de su primogénito don Felipe, que acababa de dar á luz la emperatriz doña Isabel, hermana del rey de Portugal don Juan III. Entre tanto, con pretesto de poner en libertad al pontífice, envió Francisco I á Italia nuevo ejército; el cual logró al principio no pocas ventajas, apoderándose con rapidez de Génova y Pavía, entrándose por el reino de Nápoles, y poniendo sitio á la misma capital. Sus defensores eran muy pocos; pero estaban acudillados por los mejores capitanes de aquel tiempo, don Hugo de Moncada, don Pedro de Alarcon, el príncipe de Orange, el marqués del Vasto y otros varios. Sin embargo, la escuadra francesa, que al mando de Filipin Doria tenia bloqueado el puerto, deshizo casi enteramente la española. Moncada murió en la refriega; murieron tambien otros caudillos; otros fueron hechos prisioneros; y la guarnicion, sensiblemente disminuida, esperaba el asalto de un momento á otro, cuando repentinamente se mudó la escena. Andrés Doria, célebre capitán de mar, que se hallaba al servicio de Francia con un gran número de galeras propias, resentido por cierto desaire que recibió del general frances, y ademas lisongeadado con mas ventajoso partido por el príncipe de Orange, se pasó al servicio del emperador, y mandó á Filipin su sobrino que separase sus galeras de las de su antiguo aliado, é introdujese en Nápoles un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones. Este imprevisto acontecimiento, el prodigioso valor de los imperiales, y principalmente la pestilencial enfermedad que empezó á propagarse por las tropas francesas, las obligaron á levantar el campo, á retirarse con precipitacion, y á perder todo lo conquistado. En tales circunstan-

cias, el papa, que veia con dolor su corte dominada por estrangeros, y su partido ya muy débil; y el rey de Francia, que ya empezaba á cansarse de lidiar desventajosamente con un competidor tan poderoso y tan afortunado, trataron de restituir á la Italia la quietud de que por tanto tiempo habia carecido, y pidieron la paz. El emperador prestó generosamente oidos á sus súplicas; y despues de haberse reconciliado con Clemente bajo condiciones decorosas, se convino tambien con Francisco I en Cambray, año de 1529, bajo los mismos artículos, si bien algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudós de oro, las personas del delfin y de su hermano mayor, que habian sido entregadas en rehenes para la seguridad de aquel concierto. En esta paz fueron igualmente comprendidos el rey de Inglaterra, y todos los príncipes y repúblicas de Italia, menos Florencia, que al principio se negó obstinadamente á todo partido; pero que por último tuvo que ponerse en manos del vencedor. Cárlos pasó luego á Bolonia, y allí recibió de mano del pontifice la corona imperial con la mayor solemnidad y pompa: tuvo bastante generosidad para olvidar la ingratitud de Francisco Esforcia y concederle nuevamente la investidura del ducado de Milan; y por último, dió á los florentines por señor, con título de duque, á un sobrino del papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien casó con Margarita de Austria, su hija natural. De Italia pasó el emperador á Alemania, en donde hizo coronar rey de Romanos á su hermano el infante don Fernando, que ademas de poseer los estados hereditarios de la ca-

1529.

1530.

sa de Austria, reunia ya en su cabeza las coronas de Hungría y de Bohemia.

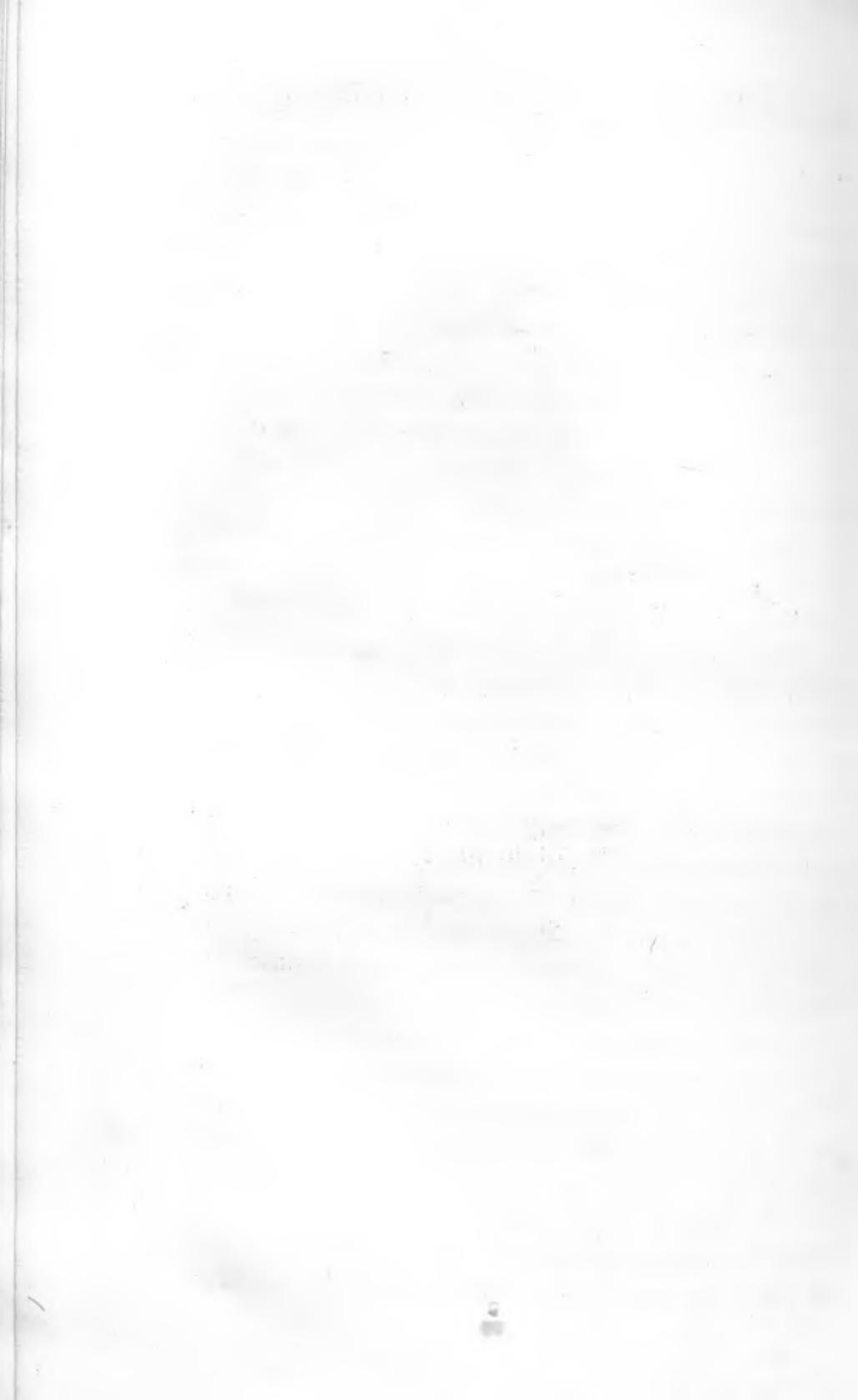
El emperador turco, Soliman, invadió por entonces estos dos reinos con un formidable ejército; pero Carlos V, á la frente de sus tropas, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire: hazaña que no fue sin duda la menor de las suyas, tanto por las fuerzas que conducia el orgulloso enemigo, como por la gravedad de una empresa en que se trataba de la libertad ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el emperador á España pasando por Italia; y entre tanto Haradin Barbaroja, atrevido pirata, que desde largo tiempo tenia infestadas las costas del Mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Muley-Hacem, feudatario de los reyes de Castilla. Imploró este el socorro de Carlos, quien recibéndole bajo su proteccion, se presentó delante de la goleta con una armada de cuatrocientas velas. Tuvo que apoderarse á viva fuerza de esta fortaleza casi inexpugnable, que defiende la entrada del puerto de Tunez, y se hallaba bien pertrechada por Barbaroja; puso en fuga á la guarnicion; y resuelto á castigar al pirata, marchó derecho á la plaza, sin arredrarle el asombroso número de sus defensores que llegaba, segun dicen, á ciento y cincuenta mil. Barbaroja le salió al encuentro en medio de aquellos ardientes arenales con noventa mil hombres, en la confianza de que el ardor del clima, la sed y la fatiga dejarian su cimitarra ociosa; pero los españoles por lo mismo le acometieron con mayor denuedo, y haciendo pedazos aquella muchedumbre, obligaron á su gefe á refugiarse dentro de los muros de Tunez. Corrido el africano al verse tan



Toma de la Goleta.

Despojado del reyno de Túnez Muley-Hacem, feudatario de los Reyes de Castilla, imploró el socorro de Carlos V contra el usurpador Haradin-Barbarroxa; y presentándose el generoso Carlos con 400 velas delante de la Goleta, la tomó a viva fuerza, facilitando así la reconquista de Túnez para su protegido. Proteger sin interés al desgraciado dexa á este todo el fruto; pero toda la gloria á su protector.



completamente deshecho por un puñado de gente, quiso tomar la infame venganza de mandar volar las mazmorras en que tenia encerrados mas de veinte mil cristianos; pero estos infelices por un efecto de desesperacion rompieron sus prisiones, y apoderándose de la fortaleza, abrieron las puertas al ejército imperial, que, despues de una matanza horrible, entró vencedor en Tunez, año de 1535. 1535- Barbaroja tuvo la fortuna de salvarse en Argel; pero Carlos, restituyendo generosamente á Muley-Hacem la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á egecutar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbaroja, auxiliado del turco, no dejó de molestar despues tambien á los cristianos.

El carácter de Carlos, ardiente, activo y belicoso, era sin duda el mas á propósito para las circunstancias en que se vió constituido. Casi todo su reinado fue una continuada serie de campañas; y aun quando hubiese querido evitar algunas guerras, no le hubiera sido muy fácil, envidiándole su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. Murió el duque de Milan Francisco Esforcia, dejando en su testamento sus estados al emperador; y este fue un nuevo motivo para que su enconado rival, el rey de Francia, resucitase sus pretensiones al Milanésado y volviese á inquietarle. Renovóse la guerra, y al principio no dejó de lograr Francisco I algunas ventajas en el Piamonte, que habia invadido con numeroso ejército; pero el emperador por su parte, no solo reprimió el impetu de los franceses, sino que recobró las plazas ocupadas; se introdujo en la Provenza; conquistó algunos pueblos, y puso cerco á Marsella. En una

palabra, la Francia parecia amenazada de un terrible golpe; pero el éxito desmintió las conjeturas. Marsella se defendió muy bien, y la epidemia que sobrecogió al ejército imperial le redujo bien pronto á menos de lá mitad y obligó á Cárlos á levantar el sitio y replegarse á Niza. En el asalto de una torre inmediata á esta plaza murió el célebre Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas, seguia la carrera de las armas acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento; é indignado Cárlos por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Finalmente, por mediacion del papa Paulo III, sucesor de Clemente, concertó Cárlos V en Niza una tregua de diez años con el rey de Francia; y se restituyó á España, quedando reconciliados á lo menos por el pronto ambos soberanos.

Una lucha tan obstinada y continua no podia sostenerse sin crecidos dispendios; y agotado el erario fue preciso recurrir á nuevas imposiciones. Resintiéronse algunos pueblos; pero Gante principalmente se negó con descaro á acudir á las públicas urgencias, y tomó las armas para sostener el atentado. Amenazaba una sublevacion general en los Paises-Bajos, que clamaban por la presencia del emperador; y como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Cárlos, escesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia, que le fue concedido sin ningun reparo. Francisco le recibió en París con las mayores muestras de afecto y cordialidad; le hospedó en su

palacio mismo, y le trató con generosa magnificencia. Como la política del mundo se gobierna por cánones muy distintos que la que se funda en la honradez, fue problema entre los políticos de aquel tiempo: ¿cuál de los dos príncipes se mostró mas necio en esta ocasion, si Cárlos que fue á ponerse en manos de su enemigo capital, ó Francisco que no se apoderó de Cárlos hasta el efectivo recobro de la Navarra y el Milanesado? Como quiera que sea, Cárlos salió libremente de Francia con mayor dicha que prudencia, y para colmo de su felicidad su presencia sola calmó las inquietudes de los Países-Bajos.

À vista de tan generosa conducta hubiera creído cualquiera que la reconciliacion de Francisco con Cárlos era de las mas sinceras y cordiales; pero como sus renunciaciones del derecho que juzgaba tener al ducado de Milan, solo habian sido aparentes, y jamas habia perdido ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año con el especioso pretesto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que caminando á Constantinopla habian sido asesinados en Italia, imputando este atentado á secreta disposicion del gobierno español. Cárlos V acababa de padecer entonces una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, perdiendo la mejor parte de sus buques á la violencia de una furiosa tempestad; y pareciéndole á Francisco oportuna ocasion de acometer á su enemigo, empezó las hostilidades por varios puntos á un mismo tiempo. El Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo y el Rosellon se vieron en un momento invadidos por otros tantos ejércitos aguerridos.

dos y numerosos. El delfin sitió á Perpiñan con cuarenta y cuatro mil hombres; pero halló tal resistencia en esta plaza, que levantó el cerco. El duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, lograron algunas ventajas, aunque los imperiales consiguieron al cabo resarcir muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla; pero el emperador, aliado con el rey de Inglaterra Enrique VIII, penetró en Francia por la parte de Lorena, rindiendo cuanto se oponia á sus armas. No se llegó sin embargo á combate decisivo, porque Francisco, temiendo la superioridad de las fuerzas de Cárlos, que se acercaba á París precedido del espanto y la victoria, pidió la paz en 1544, ratificando la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros paises; y sin duda debió quedar escarmentado ó bien persuadido de la constante fortuna de su competidor, pues desde entonces no volvió á molestarle.

No estaba el imperio menos necesitado de la paz que lo estaba la Francia, porque la heregia del pertinaz Lutero, que en 1517 apareció en Sajonia por primera vez, favorecida de varios príncipes alemanes, y particularmente del duque, elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, habia llegado con el tiempo á hacer los mas rápidos progresos, sembrando por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion. Desde que Cárlos ocupó el trono imperial habia trabajado inútilmente en apagar este incendio, valiéndose de todos los medios suaves que le parecieron propios para solicitar la paz y la concordia; pero últimamente,

rezelando el duque de Sajonia, el landgrave y demas príncipes luteranos que echase mano de las armas para reducirlos, se confederaron contra él. Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, tomó el emperador sus medidas para disipar esta liga; pero los *Protestantes*, nombre que tomaron los luteranos por haber protestado contra el concilio de Trento, que se celebró por entonces, se previnieron igualmente por su parte; y resueltos á hacerle frente, llegaron á poner sobre las armas un egército de ciento y veinte mil hombres. Carlos, sin embargo, no se detuvo en atacarlos, y les ganó una importante victoria, en que hizo prisioneros al de Sajonia y al de Hesse, despues de una empeñada guerra en que no solo manifestó su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, dando tiempo á que se fuese debilitando el poder de sus enemigos. En efecto, siendo la liga de los protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su egército sino de las contribuciones de varias ciudades, habia de llegar el caso de que estas se cansasen de tan insoportable gravamen. Apaciguaronse por entonces las revoluciones que la heregia causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente zelo de Cárlos V, si Enrique II, sucesor de Francisco I en la corona de Francia y en la rivalidad, no le hubiese distraido con una nueva guerra uniéndose á sus enemigos.

Cuando mas ocupado se hallaba Cárlos en sacar de su victoria sobre los hereges todas las ventajas que podia prometerse, y en hacer frente al turco, que habia invadido la Alemania, el nuevo rey

de Francia se apoderó repentinamente de la ciudad de Metz en Lorena, que pertenecía al imperio, y además introdujo la guerra en el Milanesado y en los Países-Bajos. Vióse precisado el emperador á contemporizar con los protestantes, y aun puso en libertad á sus principales corifeos, para separarlos de la alianza con la Francia; y juntando un ejército respetable, emprendió la reconquista de Metz con el mayor empeño. La vigorosa defensa del duque de Guisa, que se encerró dentro de la plaza; el rigor de la estacion; y mas que todo las enfermedades epidémicas que se declararon en el campo, arruinaron el ejército imperial y pusieron al emperador en precision de levantar el sitio. Esta desgracia le fue todavía mas sensible que la que padeció delante de Marsella; y comenzó desde aquel tiempo á mirar con tedio ó con disgusto el ejercicio de la guerra. Dos años despues padeció su ejército otra derrota por las armas francesas junto á Renti en el pais de Artois, cuya noticia recibió como hombre desengañado del mundo y de sus glorias, diciendo: "¡Cómo se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos y se cansa de los viejos!" Fatigado al fin de las armas y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular testimonio de su desengaño, renunciando la corona de España en su hijo el príncipe don Felipe, y la del imperio en su hermano Fernando, ya rey de Romanos. Retiróse á vivir privada y pacíficamente en el monasterio de Yuste, orden de san Gerónimo, á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja, donde permaneció desde el año de 1556, en que hizo la renuncia, hasta 21 de Setiembre

de 1558 en que falleció, empleado únicamente en 1558. ejercicios piadosos, y tan desentendido de los negocios públicos, como si le hubiesen sido siempre absolutamente desconocidos. En 11 de Abril de 1555 habia fallecido tambien su madre la reina doña Juana, que retirada y oculta en el palacio de Tordesillas, subsistió hasta la muerte sin alivio en la dolencia que habia trastornado su razon.

Algunos escritores prodigan los elogios en favor de Carlos V, y otros deprimen hasta el extremo su mérito; pero lo mas prudente es creer que ni para lo uno ni para lo otro hay bastante razon. Le acusan de haber espendido sumas inmensas en guerras inútiles, y quizás algunas lo serian efectivamente; ¿pero por qué no se ha de confesar tambien que la rivalidad de sus enemigos le suscitó la mayor parte? Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viages á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos al Africa, absorviendo en ellos, segun dicen sus émulos, las riquezas de todos sus estados: ¿pero por qué no hemos de creer que su presencia era necesaria en aquellos puntos, aun quando no fuese mas que para infundir en sus soldados aquella confianza precursora de la victoria? Desaprúebese enhorabuena el empeño con que aspiraba sin rebozo á la monarquía universal: desaprúebese el error político con que se desprendió de la isla de Malta á favor de la religion de san Juan, siendo este un punto tan importante para proteger la navegacion del Mediterráneo: desaprúebese últimamente algunos otros defectos que se le notaron; pero guárdese la imparcialidad propia de un historiador, y hon-

rese en lo demas la memoria de este héroe, que arrebató la admiracion de Europa.

En tiempo de Carlos V se empezó á dar á los reyes de España el título de *Magestad* en lugar del de *Alteza* que habian usado hasta entonces, y se estableció formalmente la dignidad de *Grande de España* en los que antes se llamaban *Ricos-hombres*. Dió nueva planta al consejo de Estado, é instituyó el de Indias, en cuyos negocios entendian desde el tiempo de los reyes Católicos algunos ministros escogidos de otros tribunales. Y finalmente en su reinado se hicieron las memorables conquistas de Méjico y del Perú.

Desde las atrevidas empresas de Cristóbal Colon no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo muchos insignes pilotos y caudillos españoles, entre los cuales se escuchan con admiracion los nombres de Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Vasco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solís, Rodrigo de Bastida, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no ménos dignos de memoria.

1518. En 1518 el portugues Fernando de Magallanes, descontento de su soberano, que no remuneraba sus servicios, vino á ofrecerlos á la corte de España. Partió de Sevilla con cinco navíos, y en
1519. 1519 descubrió, con nueva y peligrosa navegacion, el estrecho que desde entonces tomó su mismo nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, hombre de notable esfuerzo, penetracion y zelo patriótico, acabó en el año de 1521
1521. de descubrir y conquistar felizmente el imperio de Méjico ó Nueva-España; bastando para muestra de su heroica intrepidez la resolucíon que tomó de

barrenar y echar á pique los bajeles que le habian conducido á aquellas desconocidas regiones, para quitar á sus soldados las esperanzas de retroceder, y empeñarlos mas en vencer ó morir. A esta admirable conquista se siguió pocos años despues la del imperio del Perú, que Francisco Pizarro, otro animoso extremeño, venciendo increíbles obstáculos, sujetó á la dominacion española.

Es tan fecundo en grandes sucesos el reinado de Felipe II, que con dificultad podrá averiguarse cuáles sean los mas dignos de atencion. La monarquía española, con tantas y tan ricas conquistas, habia llegado á la cumbre de su engrandecimiento; si bien no puede negarse que las continuas guerras que habia tenido que sostener Carlos V, la dejaron escasa de caudales. Su poblacion se habia disminuido tambien considerablemente ya por esta causa, ya por las frecuentes emigraciones de muchos españoles que pasaban á la América, codiciosos de la fortuna que les presentaban tan fácil los nuevos descubrimientos. No hay duda que en lugar de aspirar á la adquisicion de nuevos dominios, hubiera sido mas prudente atender á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados; pero Felipe II quiso imitar á su padre en lo guerrero, y siendo menos afortunado, esperiméntó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia que, segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe III, creció en el de su nieto Felipe IV, y llegó al extremo en el de su biznieto Carlos II, último de la dinastía austriaca.

Felipe II habia gobernado, á España con igual acierto que prudencia todo el tiempo que duró la

ausencia de su padre para sosegar las inquietudes de Alemania; y hallandose ya heredero de sus estados, heredó tambien la guerra contra la Francia, si bien con la fortuna de hallarse al mismo tiempo con las mejores tropas de Europa y con los mas grandes capitanes para mantenerla con reputacion. Los ánimos de españoles y franceses habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas; y las tomaron con efecto, empezando los franceses por dar socorro á su amigo el papa Paulo IV que confederado con ellos intentó despojar á don Felipe de los estados que poseia en Italia. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que este pasó con el sumo pontífice para que desistiese de tentativas tan escandalosas y que podian serle tan fuestas como á su antecesor Clemente VII; y habiendo preso Paulo contra el derecho de gentes á unos embajadores de Felipe, ya no pudo este diferir mas tiempo el tomar unas medidas vigorosas, y envió contra el estado romano un ejército de trece mil hombres, acaudillado por el duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles á la sazón. Las armas españolas, despues de ganar el puerto de Ostia, se apoderaron muy en breve de cuantas plazas y pueblos hallaron al paso hasta dar vista á Roma, que hubiera sufrido la misma suerte que en tiempo de Carlos V, si intimidado el papa no hubiera aceptado la paz, con que á pesar de tan prósperos sucesos le estaba convidando España generosamente.

Entre tanto se habian ya visto los franceses precisados á acudir á la defensa de la provincia de Picardía, que habia invadido don Felipe, si:



Monasterio del Escorial.

Obtenida por Felipe II en 10 de Agosto de 1557 la memorable victoria de San Quintin, hizo edificar en el Escorial los mas suntuosos monasterio y templo; y dedicándoles al glorioso mártir español S. Lorenzo, eternizó la memoria de su piedad con el mas admirable monumento de las nobles artes. Feliz fué en la batalla; pero mas en haber acertado á dar tan señalado testimonio de gratitud al cielo.

tiando por último á San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Manuel Filiberto, duque de Saboya, que mandaba los tercios españoles, saliendo al encuentro al ejército frances, que escoltaba un socorro destinado á la plaza, le atacó con el mayor denuedo, le hizo piezas, y consiguió un triunfo tan completo, que despues de dejar seis mil franceses tendidos en el campo, ganó cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, todo el bagage, toda la artillería, é hizo prisioneros á un gran número de caudillos y personas de distincion. El rey, que estaba en Flandes, pasó al campo cuatro dias despues de la victoria, y estrechando con todo esfuerzo el sitio de la plaza, despues de combatir por algunos dias sus muros, se apoderó de ella por asalto, pasando á cuchillo la mayor parte de su guarnicion. La misma suerte sufrieron las de Chatelet, Han y Noyon, y nada hubiera podido detenerle hasta París, que le esperaba lleno de consternacion y asombro, si por una conducta inexplicable no hubiera preferido una paz, que no podia ser permanente, á la seguridad de dejar abatido el orgullo de sus irreconciliables enemigos. Así es que aun Cárlos V, que en iguales circunstancias habia observado la misma conducta, cuando en su retiro recibió la noticia de estos sucesos con la relacion circunstanciada de la batalla, no pudo menos de preguntar, ¿sino estaba ya en París el rey su hijo? La casualidad de haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de san Lorenzo, 10 de Agosto de 1557, determinó á Felipe II á dedicar á este glorioso mártir español el suntuoso y celebrado templo que hizo construir en el Escorial, fundando tambien allí mismo un monaste-

1557.

rio del órden de san Gerónimo, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad, de su munificencia, de su buen gusto en las nobles artes, y del esmero con que las honraba y protegia. Duró su construccion diez y nueve años, habiendola empezado en 1563 el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluyendola en 1582 su discípulo el montañés Juan de Herrera.

En el año siguiente de 1558 se renovaron las hostilidades por una y otra parte con el mayor empeño; pero no fue menos gloriosa esta campaña que la anterior. Derrotados completamente los franceses en la batalla de Gravelinas hubieron de reconocer la superioridad de los aguerridos y veteranos tercios españoles, que sin duda merecian entonces el concepto de la mejor infantería de Europa, y pidieron la paz. Ajustóse en 1559, bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado, Felipe II, viudo en segundas nupcias de la reina de Inglaterra doña María, casó con madama Isabel, que por esto fue llamada *de la Paz*, hija de Enrique II de Francia.

Al retirarse el rey de los Países-Bajos dió las providencias que juzgó convenientes para contener en la obediencia así á los pueblos como á los señores flamencos, y confió el gobierno de esta parte de sus estados á su hermana doña Margarita, hija natural de Carlos V, duquesa de Parma, y princesa de extraordinarios talentos. El príncipe de Orange Guillelmo de Nassau, y los condes de Horn y de Egmond, que aspiraban igualmente á egercer el mismo cargo, ofendidos de este que llaman *desaire*, y resueltos á tomar una

memorable venganza, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita empezó á atajar los progresos de las nuevas opiniones de Lutero, que habiendo inficionado casi todas las provincias del Norte, fueron recibidas con entusiasmo en los Países-Bajos. La nobleza y la plebe se rebelaron, pretestando quejas sobre los tributos que les exigia el ministerio español y sobre el establecimiento del tribunal de la Inquisición. Pidieron que saliesen del país las tropas extranjeras so color de ser muy gravosas á la nación, y de que jamas se aquietarian los pueblos mientras no se las retirase. Les fue concedida esta demanda, y consiguieron por este medio dejar al gobierno desarmado. Insensiblemente fueron haciendo considerables progresos los tres principales caudillos de los malcontentos. Hasta cuatrocientos nobles del país firmaron una especie de confederación, por la cual se obligaron á mantenerse unidos y armados hasta conseguir se suprimiese la Inquisición, y se revocasen los decretos publicados contra los protestantes; y enarbolado ya el estandarte de la rebelion, hicieron público egercicio de la secta protestante; saquearon las iglesias; y con los socorros que recibieron de los hugonotes de Francia, se apoderaron de bastantes plazas.

La gobernadora, sin tropas para reprimirlos, pidió auxilio á Felipe II, quien no considerandó necesario acudir con su presencia y autoridad, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de Gante mucho menos temible que el de todos los Países-Bajos, se contentó con enviar un buen egercito al mando del duque de Al-

ba don Fernando Alvarez de Toledo, dándole absolutos poderes para sujetar á los malcontentos. Apenas entró en Flandes, un gran número de estos, especialmente artesanos y comerciantes, se refugiaron en Alemania y estados vecinos; y los demás tomaron en la apariencia el partido de la sumision, dando tiempo á que volviese el príncipe de Orange con los socorros que habia ido á implorar de los príncipes protestantes. El duque de Alba, cuyo genio era incapaz de contemplaciones, prendió inmediatamente á los condes de Egmond y de Horn, y los hizo degollar públicamente en la plaza de Brusélas: otros innumerables fueron enrodados, empalados, quemados ó ahorcados, segun la gravedad de los delitos de que eran convencidos: demostraciones demasiado severas, que lejos de intimidar á los rebeldes, como se habia creido, solo sirvieron de irritar mas los ánimos, y de agravar el mal haciéndole incurable. La política de Felipe II, grande ciertamente en la teórica, se vió en esta ocasion desmentida por la práctica; y aun cuando despues quiso aplicar remedios mas benignos, ó por mejor decir, se vió forzado á ello, los rebeldes, enconados hasta el último extremo, lo creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el monarca.

El príncipe de Orange, favorecido de las potencias del Norte, y mas que todo de la Inglaterra y de la Francia, se presentó en los Países-Bajos con un ejército de cincuenta y un mil hombres, que dividió en dos trozos, uno de quince mil que, acaudillado por su hermano Luis de Nassau, habia de invadir la Frisia, y otro de trein-

ta y seis mil, que él mismo habia de conducir por la parte de Brabante. El del duque se hallaba á la sazón considerablemente desmembrado por las gruesas guarniciones que habia tenido que poner en las plazas fuertes; pero con todo, el denodado general, aprovechando la oportunidad de atacar á sus enemigos divididos, tomó la resolución de marchar en diligencia contra Luis, y forzándole en su campo, pasó casi todas sus tropas á cuchillo, sin dejarle ni aun sombra de un solo regimiento. Revolvió despues hácia el Brabante muy á tiempo para recibir al de Orange; y sabiendo que este príncipe carecia de víveres y de dinero para mantener tan numeroso egército, se contentó con irle costeano por medio de algunos campos volantes, para ocuparle por todas partes las vituallas, molestandole tambien por la retaguardia, y arrojandose sobre ella al paso de los rios. En esta disposición se fueron paseando ambos egércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao; pero al fin del paseo se halló el príncipe de Orange sin egército, porque de sus soldados unos habian desertado por falta de víveres, y otros habian perecido al tiempo de buscarlos; de suerte que hubo de retirarse á Francia con solos trescientos hombres descalabrados, tristes despojos de los cincuenta y un mil con que habia entrado en Flandes. Cubierto de laureles el general español, regresó á Brusélas, continuando allí y en los demas pueblos su severidad, así contra los hereges como contra los rebeldes; y derrotando despues un nuevo egército con que el de Orange volvió á penetrar en Flandes, redujo todas las provincias rebeldes á la obediencia de España, á escepcion

de las de Holanda y Zelanda, en que dominaba el de Orange como príncipe soberano. Pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba de una escuadra y de dinero con que mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni lo uno ni lo otro, pidió su dimision, y la obtuvo fácilmente de la corte, desengañada ya de que su genio era el menos á propósito para aquella empresa en tan delicadas circunstancias.

Retirado el duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los estados de Flandes á don Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, y á don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, ambos insignes capitanes y de tan apacible genio y modales tan gratos, cuanto tenían de ásperos los de su antecesor. Los rebeldes al verse en parte acariciados y en parte consentidos, atribuyeron esta conducta á cobardía, y divirtiéndose á los gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuraron secretamente fortificarse con robustas alianzas. Conocieron finalmente los gobernadores que se les engañaba, y quisieron seguir las máximas del duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burlaron constantemente de su rigor como de su benignidad; y aunque perdieron algunas batallas, al cabo la principal parte de la Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erigiéndose en república libre, soberana é independiente. La severidad y la clemencia son dos medios muy eficaces en el gobierno de los hombres; pero de nada sirven,

y aun perjudican aplicados intempestivamente.

A don Juan de Austria sucedió Alejandro Farnesio, duque de Parma, é hijo de Margarita, cuando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos estados: pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya á la frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga, asombraron al mundo con los prodigios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó la Holanda. Asesinado de un pistoletazo en su misma casa el príncipe de Orange, autor de las inquietudes y el alma de la rebelion, y no pudiendo la nueva república conservarse por sí misma, solicitó, aunque inútilmente, un soberano capaz de defenderla; y sucesivamente se entregó al rey de Francia, á la reina de Inglaterra, al duque de Alençon, al archiduque Matías, y finalmente, al duque de Leycester, favorito de la reina Isabel; pero todos la abandonaron á sus propios recursos: de suerte, que á vista de situacion tan crítica y del esfuerzo y constancia con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, acometiendo las mas árduas empresas, es creíble que don Felipe hubiera conseguido reducir aquellos estados á la debida subordinacion, si no hubiese mirado su conservacion con la indiferencia mas indisculpable, y no se hubiese visto obligado á distraer sus fuerzas á otras expediciones.

Una de ellas fue la guerra contra los moriscos ó cristianos nuevos de la ciudad y reino de Granada. Por ciertas razones políticas se les prohibió, bajo severas penas, el uso de los trages morunos, baños artificiales y algunas prácticas supersticiosas

heredadas de sus padres los mahometanos; y se tomaron providencias para que se observasen con exactitud las leyes de la religion católica que acababan de abrazar, hablasen la lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades se hicieron demasiado duras y sensibles á aquella gente inquieta, como recién conquistada, y tenazmente adicta á las costumbres y usos de sus mayores, fortificados con la educacion; y por otra parte la tenacidad de Felipe II en no suavizar de modo alguno la severidad de la pragmática, la sirvieron de estímulo y aun de pretesto para confederarse con el mayor secreto y tomar las armas en 1568 sorprendiendo al gobierno desapercibido. Eligieron los moriscos por soberano á un hombre principal de entre ellos, llamado don Fernando de Valor, que desde entonces tomó el nombre de Mahomet Aben-Humeya, dandole título de rey de Granada y de Córdoba; y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entonces muy espuestos á perder aquel importante reino y ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra, quedaron sujetos los rebeldes, á pesar de la obstinada resistencia que opusieron, fiados en los socorros que se les enviaban de Africa y en la fragosidad de las Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos; y para quitarles la proporcion de hacer en lo sucesivo tan atrevidas y peligrosas tentativas, se les esparció por los pueblos de Castilla con bastante separacion unos de otros.

La guerra con el turco no dejó tambien de favorecer bastante á los esfuerzos de los rebeldes flamen-

cos. Hacia ya algunos años que el imperio otomano, orgulloso con su temible poder, no cesaba de insultar con la mayor insolencia á todas las potencias europeas, sin que ninguna de ellas hubiese emprendido seriamente el castigo de semejante osadía. En 1558 llegó á Menorca una escuadra turca; y echando á tierra una porcion de tropas, se apoderó por asalto de un pueblo llamado Ciudadela, causó bastantes daños en aquella isla, y se retiró con un rico botin. Las piraterías del arracz Dragut, gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gerbes, obligaron á juntar una mediana escuadra, con que emprender la conquista de dicha isla; pero se malogró esta jornada, así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los españoles, como porque acudiendo una escuadra turca ahuyentó á la castellana, que perdió la mayor parte de sus galeras y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazalquivir y Oran; si bien fueron rechazados de ambos presidios por el valor de sus guarniciones. El Peñon de los Velez de Gomera en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el Católico y recobrado por los musulmanes en tiempo de Carlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por dos grandes generales don Sancho Martinez de Leyva y el marqués de Santa Cruz don Alvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, emperador de los turcos, acometió á la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el rey don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Ultimamente, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entonces por los ve-

1571. necianos, ocupó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagosta. La república de Venecia hizo liga con el papa Pio V y con el rey de España para refrenar la arrogancia de los turcos; y aprestándose en 1571 una armada de mas de doscientos bageles, se confió el mando de ella al animoso y experimentado capitan don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, avistó á la escuadra enemiga, compuesta de trescientas naves, la atacó resueltamente; y despues de un reñido combate, eternamente glorioso á las armas católicas, quedó abatido el orgullo mahometano, pereciendo en la accion su general. Doscientas galeras otomanas fueron parte apresadas y parte echadas á pique; los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinte y cinco mil, y llegaron á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad. Las consecuencias de esta victoria hubieran sido aun mas importantes que la victoria misma, si don Juan de Austria en vez de retirarse á Mecina, hubiera sabido aprovecharse del terror de sus enemigos, y, ocupando el estrecho de Galípoli ó Helesponto, sorprendido á Constantinopla.

1573. Dos años despues, quando con el mayor calor se preparaba una espedicion nueva contra Tunez, los venecianos, indignamente vendidos á los turcos, abandonaron la liga con la mayor vileza y ajustaron la paz. Este imprevisto accidente no malogró sin embargo aquel adelantado proyecto; y á la frente de doscientas naves, y veinte y dos mil hombres de desembarco, se presentó don Juan de Austria en 1573 delante de la Goleta, de cuya fortaleza, igualmente que de la plaza, se apoderó sin

resistencia, habiendolas abandonado su guarnicion y habitantes. Puso el gobierno del reino en manos de Muley Hamet, hijo de Muley Hacem, con quien el emperador Cárlos V habia usado de igual generosidad; y dejando suficiente guarnicion en la ciudad de Biserta, que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Pero al año siguiente, mientras por su disposicion se estaba construyendo entre Tunez y la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, embistieron ambas plazas los beyes de Argel y de Trípoli, sostenidos por una formidable escuadra turca y cincuenta mil hombres de desembarco. A costa de mucha sangre, y despues de repetidos asaltos, se hicieron dueños de la Goleta, gloriosamente defendida por el esforzado capitan don Pedro Portocarrero; y solo pudieron ocupar á Tunez cuando arruinadas sus defensas, despues de un mes de continuo combate, se halló reducida la guarnicion á solos treinta animosos españoles, que aun así les disputaron á palmos el terreno.

La reunion de la corona de Portugal á la de Castilla, y la guerra á que dió ocasion la competencia de algunos que se creian con mejor derecho que el monarca español, fueron acontecimientos que contribuyeron igualmente infinito á distraer de los asuntos de Flandes la atencion de Felipe II. Muerto el rey don Sebastian en una desgraciada expedicion que hizo al Africa, y no habiendo dejado hijos, ocupó el solio portugues su tio el cardenal don Enrique, que falleció igualmente á los dos años. Estinguidas por este medio ambas líneas masculinas, se devolvió la sucesion de la corona á las hijas del rey don Manuel, antecesor del malo-

grado don Sebastian, que fueron Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz casada con el duque de Saboya. Por muerte de doña Isabel, que era la mayor, recayó sin disputa el cetro portugues en don Felipe; pero contra el justo derecho del monarca español, alegaban tambien los suyos el duque de Saboya, el de Parma y el de Braganza, casados con hijas de otro hijo de don Manuel, que murió antes de reinar, y don Antonio Prior de Ocrato, hijo ilegítimo del infante don Luis de Portugal. Este don Antonio era el competidor mas temible, porque tenia ganada la voluntad del pueblo, y conmovió el reino, el Brasil, la India, y aun á algunas potencias europeas, hasta que consiguió ceñirse la corona. Fue pues necesario que don Felipe recurriese á las armas para arrancarsela al usurpador, y defenderla contra los demas que se la disputaban; y espidiendo contra Lisboa una escuadra de cien velas al mando del marques de Santa Cruz don Alvaro de Bazan, envió contra la frontera un grueso ejército á las órdenes del duque de Alba, que dejado el gobierno de Flandes, se hallaba retirado en Uceda por disposicion del mismo rey.

La confianza con que el monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, solo puede compararse á la lealtad con que olvidando el duque sus particulares resentimientos, supo sacrificarse en obsequio de los intereses del rey su amo. Marchó derechamente á Lisboa este insigne capitán, rindiendo cuanto se le oponia en el camino: encontró al prior de Ocrato atrincherado con veinte y cinco mil parciales, á cuatro leguas de aquella capital; y no pudiendo empeñarle en una accion decisiva, le forzó en su mismo campo, le der-

rotó, y apenas le dió tiempo para guarecerse en Lisboa con los fugitivos, que abandonaron la artillería y los bagages. No creyéndose aun seguro don Antonio á la vista de tan terrible enemigo, abandonó la capital, y se refugió sucesivamente ya en Coimbra, ya en Oporto, ya en Viana del Miño; pero vencido y arrojado de todos estos puntos, se retiró á Inglaterra con la esperanza de encontrar algun auxilio. Rendida Lisboa, y ausente el prior de Ocrato, quedó en breve allanado todo el reino de Portugal, prestando, si bien no con mucha sinceridad, obediencia á don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió un perdon general á todos los que le habian deservido.

Don Antonio, sin embargo, con los socorros que le proporcionaron Isabel de Inglaterra, y despues en Francia la reina Catalina de Médicis, el duque de Alenzon y otros príncipes, que miraban con zelos el engrandecimiento y poder de la España, pudo equipar una escuadra de sesenta velas, tripulándola con seis mil ochocientos franceses, y marchó á la isla Tercera, que estaba á su devocion, con el objeto de fortificarse en ella, y emprender la recuperacion de Portugal cuando se hallase con poder suficiente. Pero se le frustraron sus designios, porque la escuadra española, mandada por el marques de Santa Cruz, saliendo al encuentro á la auxiliar, la desbarató completamente, echando á pique y apresando la mayor parte de los buques. El prior, que no se halló en la accion, apenas supo su derrota, volvió á Francia, dejando un gobernador en la isla y una buena guarnicion de ingleses, portugueses y franceses,

que despues tampoco supieron defenderla del marques de Santa Cruz.

Sin embargo, las escuadras navales de don Felipe no fueron siempre tan afortunadas, y en alguna ocasion recibieron sus fuerzas maritimas un golpe tan sensible, que con dificultad pudieron repararse de él en muchos años. Hacia largo tiempo que la reina Isabel de Inglaterra no cesaba de provocar su justo enojo, ya socorriendo y fomentando á los sublevados de Flandes, ya dando órden de que los corsarios ingleses persiguiesen y apresasen las embarcaciones españolas. Los establecimientos de la América septentrional se habian ya visto mas de una vez espuestos á las sangrientas incursiones de estos feroces piratas: la isla de Santo Domingo, Cartagena de Indias, la Florida, la Jamayca y otras varias colonias habian quedado asoladas por Francisco Drak, corsario bien célebre por sus crueldades y latrocinios. Ya era pues tiempo de que Felipe II pensase en vengar tantos insultos, volviendo por el honor de su nombre y de su pabellon. En el año de 1588 se equipó en Lisboa una soberbia armada, compuesta de ciento y treinta velas y de veinte mil hombres de desembarco, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares, mereció el nombre de la *Invencible*. Encargóse el mando de este fortísimo armamento al valeroso y hábil general marques de Santa Cruz, y por su muerte al duque de Medinasidonia; mas apenas hubo doblado el Cabo de Finisterre, sobrevinieron dos recios temporales, que fueron como los precursores de la suerte que se la preparaba. Aun no bien reparada la escuadra avistó las costas de Holanda, donde es-



La heroína gallega.

Tomado el puerto de la Coruña, saqueados los arrabales, y asaltada la plaza por el inglés Drake, este fué rechazado por los moradores de todas edades y sexos; distinguiéndose Mayor Fernandez de Pita, que sin acobardarse por ver muerte á su lado á su marido, acometi6 á un Alférez inglés, le arrebat6 la bandera, y le tendi6 á sus pies. No distingue de sexos aquel valor que es hijo del amor al Rey y á la patria.

perimentó otro tercero y mas fatal. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos adonde acogerse, fueron acometidos por las escuadras inglesa y holandesa, que aunque inferiores, no dejaron de aprovecharse del desorden y de la confusion en que puso á la española el furor de los elementos. Contra ellos y contra sus enemigos combatieron á un mismo tiempo con intrepidez los soldados de Felipe; pero no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total ruina de la armada y de la gente; y hubieron de regresar por el norte de Escocia, donde padecieron iguales infortunios, peleando con el hambre, con los vientos y con las enfermedades. El cortísimo número de vasos que pudieron resistir á tal conjunto de desgracias, entró en los puertos de España en tan lamentable estado, que nadie pudo menos de consternarse; y solo el rey don Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, sin hacer otra demostracion de sentimiento cuando recibió el aviso, que decir á sangre fria: "Yo no los envié á combatir con las tempestades, sino con los ingleses."

Orgullosa Isabel con esta especie de victoria, que debia únicamente á una feliz casualidad, espidió contra las costas de Galicia y Portugal una escuadra de setenta naves al mando del temible Drak, quien con efecto desembarcó en el puerto de la Coruña, saqueó los arrabales, y asaltó la plaza; pero fue rechazado por el paisanage con notable bizarría, disputándose la gloria del combate los muchachos y aun las mugeres, que tambien pelearon con el mayor denuedo. Una de estas, llamada Mayor Fernandez de Pita, despues de haber hecho prodigios de valor al lado de su marido, le-

jos de acobardarse al verle caer muerto de un bote de lanza, arremetió con la suya á un alferéz inglés que subia por la muralla, y arrancándole la bandera, le tendió á sus pies. Precisados los ingleses á ganar el mar con pérdida considerable, hicieron contra Lisboa igual tentativa, aunque tambien sin fruto; pero siete años despues, en el de 1596, volvieron con mayores fuerzas sobre Cádiz, la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos. Mandó Felipe II aprestar ochenta naves para volverles la visita; pero tambien esta escuadra esperimentó igual calamidad que la antecedente, siendo dos veces deshecha por los temporales que la acometieron en las costas de Galicia; de suerte, que á pesar de la diligencia y exorbitantes gastos con que el rey procuró tener su marina en un pie respetable, no pudo impedir que la inglesa saquease sus flotas y destruyese con incesantes correrías muchas de sus posesiones en Europa y América.

Pero en fin, si la fatalidad, casi inseparable de sus expediciones marítimas, no le permitió tomar una satisfaccion completa de los agravios de Isabel, su destreza política y sus egércitos hicieron conocer á la Francia que debia haber respetado mas á un enemigo tan poderoso por sus recursos, por sus fuerzas y por sus riquezas. Despedazada aquella nacion y víctima de las violentas conmociones que en tiempo de Enrique III suscitaron los enconados partidos de católicos y protestantes, el oro de Felipe, esparcido mañosamente y con secreto, mantuvo la division, y contribuyó quizá no poco á la formacion de aquella famosa liga Católica que en 1589 abortó al fanático asesino del infeliz En-

rique. Estinguida por muerte de este la línea de los Valois, se transfirieron los derechos á la corona en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre real y rey de la Navarra Baja; pero Enrique hacia pública profesion del calvinismo, y los coligados; ó por mejor decir su cabeza la casa de Guisa, que con el zelo por la religion enmascaraba sus ambiciosos proyectos, halló en esta circunstancia un pretesto para alejarle de un trono que ya consideraba como despojo suyo. Vióse pues el jóven monarca en la necesidad de hacer valer con las armas sus derechos; y despues de dos gloriosas victorias, marchó contra Paris al frente de un egército, sino muy numeroso, al menos bien disciplinado y aguerrido. Los coligados, cuyo gefe era entonces el duque de Mayenna, recurrieron á la proteccion de Felipe II, que constante en su sistema, y formando el proyecto de poner sobre el trono de Francia á su hija Isabel Clara, les proporcionó auxilios de tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por la de Langüedoc, por la de Picardía y por la del Delfinado. El duque de Parma Alejandro Farnesio abandonó de órden del rey el gobierno de los Países-Bajos para acudir al socorro de la liga, en ocasion en que era muy necesaria su presencia en aquellos estados. Enrique IV, precisado por el duque á levantar el sitio que tenia puesto á la ciudad de Paris, y poco despues el que puso á la de Ruan, procuró empeñar á Farnesio en una accion decisiva; pero este hábil general, que habia logrado su objeto, evitó prudentemente el combate, y se retiró á Flandes, dejando admirado á su enemigo de sus talentos militares. Por otra parte el du-

que de Saboya, sobrino de Felipe, intentó invadir el Delfinado y la Provenza; y si los generales de Enrique salvaron el Delfinado, no pudieron evitar que la Provenza le recibiese con los transportes de la mayor alegría. Por último, Enrique, deseando poner fin á una guerra civil tan desastrada, y para quitar á los confederados católicos todo pretesto de oponerse á su exaltacion al trono, abjuró el calvinismo; y reconciliado con la Iglesia, no pudieron sus vasallos negarse á reconocerle por su legítimo soberano. Entonces, resentido de la proteccion que España habia dispensado, y continuaba dispensando á la liga, sin embargo de verla en decadencia, declaró formalmente la guerra á Felipe II, y se apoderó de la plaza de Fera. El Archiduque Alberto, que por fallecimiento del duque de Parma habia sucedido en el gobierno de los Países-Bajos, conquistó á Calais y otros pueblos, y ocupó por sorpresa la ciudad de Amiens; pero Enrique IV marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió á pesar de haberla socorrido el archiduque.

Fueron tan varios y poco decisivos los sucesos de esta guerra, que Felipe II, cuyo espíritu se habia considerablemente debilitado por los años, el continuo trabajo del gabinete y sus dolencias habituales, llegó por fin á cansarse de espendir sumas enormes sin considerable utilidad. Persuadido por otra parte de que se aproximaba el término de sus dias, y de que habiendo de sucederle su hijo don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pendiente la enemistad con un competidor tan aguerrido como Enrique IV, concluyó

1598. la paz con este monarca en 1598.

A pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial á los setenta y un años de edad, y cuarenta y dos de reinado, en 13 de Setiembre del mismo año. En medio de que su genio demasiadamente severo infundia en sus vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias ó inadvertencias á que estan espuestos los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía española desmedros considerables: sus vastos talentos; su aplicacion infatigable al despacho de los negocios; su profundo conocimiento de los hombres; su heróica firmeza en medio de los infortunios; su liberalidad en premiar á los sabios; y en fin su piedad y zelo religioso hicieron bien sensible su pérdida. A su pródigo esmero en fundar establecimientos útiles, se debe la ereccion del archivo general de Simancas, la universidad y colegios de Douai, en Flandes, el aumento y dotacion de las escuelas de Lovayna; sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Se conserva tambien en las islas Filipinas, que recibieron este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su tiempo, como lo fueron igualmente el Nuevo Méjico y otras regiones en la América.

La triste suerte de su hijo el príncipe don Carlos, habido en su primera muger, ha dado motivo á discurrir bastante y con mucha variedad sobre las causas de su desgracia. La circunstancia de haberle estado prometida en matrimonio la princesa doña Isabel de Valois ó de la Paz que despues casó con el padre, ha servido á algunos de

fundamento para forjar una especie de novela, suponiendo en el príncipe una violenta pasión á su madrastra, y en el padre unos furiosos zelos que, haciéndole sofocar los sentimientos de la naturaleza, le determinaron á un horrible parricidio; pero temiendo, añaden, las consecuencias de la impresion que produciria en el reino atentado semejante, tuvo bastante destreza para deslumbrar á la multitud con noticias mañosamente esparcidas de que habia maquinado contra la vida de su padre; de que ideaba fomentar la insurreccion de los Países-Bajos; de que aborrecia al tribunal de la Inquisicion; y habiendo por este medio conseguido cargarle del odio y del desprecio general, procedió contra él como contra un verdadero delincuente, aprisionándole y sacrificándole á su furor por medio de un veneno. Otros aseguran que solamente la reprehensible conducta de don Carlos, su orgullo y su genio díscolo é irreducible, obligaron á don Felipe á asegurarse de su persona, no tanto por castigarle quanto por corregirle; y que habiendo el príncipe contraído desde entonces cierta especie de demencia, que le precipitó en mil extravagancias perniciosas á su salud, murió de resultas en 1568 á los siete meses de prision. Resulta por consiguiente que aunque todos convienen en el hecho, cada uno le explica segun su inclinacion y modo de aprender; y siendo hoy tan desconocidas como siempre las verdaderas y legítimas causas que precisaron á don Felipe á tan estraña resolucion, nos parece preferible dejarla oculta bajo el misterioso velo que se corrió sobre ella, por no esponernos á examinarla por medio de conjeturas odiosas, y acaso muy distantes de la verdad.

La prision del célebre secretario de estado Antonio Perez fue tambien uno de los sucesos cuya causa ha parecido algo problemática, y en que ciertamente es mas difícil defender á Felipe II del concepto que le dan sus enemigos. Nadie puede estrañar que un hombre grande incurra en debilidades; que se rinda á las gracias del bello sexo aquel que al parecer debia ser superior á todas las pasiones, y que sufra con impaciencia un competidor; pero nunca podrá justificarse que aspire á deshacerse de él por medios inicuos y propios únicamente de las almas viles. Felipe II, este hombre singular, cuya severidad y entereza llenaban de terror á todos sus vasallos, no pudo resistir al atractivo de doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli, que aunque privada de un ojo, era capaz con su talento de inspirar pasiones vehementes. Ella, á pesar de conocer cuan peligroso era dar rivales á Felipe, no pudo disimular el tierno cariño que la arrastraba hácia Antonio Perez, y labró incautamente su ruina. Estando Perez en el ministerio fue muy fácil suponerle delincuente. Se supuso que por disposicion suya vinieron de Aragon ciertos asesinos que sorprendiendo una noche á Juan de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, le pasaron á estocadas; y aunque hay bastantes fundamentos para creer que este asesinato se cometió de órden del rey, este hizo que recayese sobre Antonio Perez toda la odiosidad del crimen: le hizo prender, y hubiera acabado con su vida, si su muger doña Juana Coello no le hubiera facilitado la evasion. Refugiado en Aragon, su patria, pretendió valerse de sus fueros para defenderse en justicia de cualquier delito que se le imputase; pero como es-

to hubiera podido dejar al rey en descubierto, se apresuró este á impedir la publicacion de sucesos tan interesantes: acusó á Perez de calvinista, y le entregó á la Inquisicion. Es preciso confesar que no podia haber elegido mejor medio para deshacerse de él sin ruido; pero el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el secretario, se amotinó, rompió sus prisiones, y le proporcionó su fuga á Francia, donde vivió pobre, pero con la reputacion que merecian sus talentos. Furioso el rey porque se le hubiese huido la víctima de las manos, esgrimió toda su ira contra su muger é hijos, privándoles de los medios de subsistir; y esta animosidad y encono indican ciertamente un corazon apasionado y vengativo. Como quiera que sea, continuando despues con el mayor ardor la comocion de los aragoneses, se vió el rey en la necesidad de valerse de las armas para contenerlos, y de castigar rigurosamente á los autores del tumulto, empezando por don Juan de Lanuza, que á la sazón poseia la antigua y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas reales.

A pesar de haber sido casado cuatro veces Felipe II, y de haber logrado bastante numerosa sucesion, á su muerte no dejó mas hijo que Felipe III, habido en su último matrimonio con doña Ana de Austria. Este le sucedió por consiguiente; y sin que parezca temeraria exageracion, puede decirse que con dificultad podia este jóven monarca haber subido al trono en circunstancias mas críticas. La España, esta soberbia monarquía, que con tanta gloria habia figurado al principio del siglo

entre las demas potencias, é intimidado á la Europa con los vastos recursos de sus riquezas y de su poder, habia caminado con tal rapidez hácia su decadencia, que apenas conservaba ya vestigios de su antiguo esplendor. Sin dinero, sin poblacion, sin agricultura, sin comercio, sin industria. . . . este era el lamentable aspecto que presentaba la España cuando empezó á reinar Felipe III; y por desgracia este príncipe era demasiado débil, y de capacidad bastante limitada para aplicar á tantos males un remedio activo, eficaz y atinado. Naturalmente pacífico y benigno, abandonó, es verdad, las destructoras empresas que si coronaron de laureles á su padre y abuelo, costaron á la monarquía inmensos tesoros y arroyos de sangre; pero lejos de estirpar las demas causas de la decadencia de España, su indolencia genial contribuyó no poco á que tomasen considerable aumento. La pobreza del erario y los atrasos de la real hacienda, obligaron á discurrir medios de subvenir á las urgentes necesidades del estado; y las personas á quienes Felipe III habia abandonado las riendas del gobierno tuvieron tan poca prevision, que adoptaron precisamente los que por solo ocurrir al presente apuro perpetuaron la miseria general. A una nacion empobrecida ya con exorbitantes imposiciones, se la recargó de nuevo con tributos sobre los comestibles y artículos de primera necesidad, que fue lo mismo que condenarla á todos los horrores del hambre. Se duplicó el valor de la moneda de vellon, con lo cual subió tambien un doble el precio de los géneros, y se dió ocasion á que los estrangeros introdujesen en cambio de la plata enormes cantidades de moneda de cobre

fabricada por ellos. Por una consecuencia inmediata é inevitable, los campos, harto descuidados ya por falta de brazos, se convirtieron en eriales, quedaron desiertos los talleres, y fueron absolutamente abandonadas aquellas manufacturas que, aunque en cortísimo número y en situacion bien deplorable, habian podido salvarse de la ruina que las amenazaba; y como hay una íntima correspondencia y recíproca accion entre la agricultura, la industria y el comercio, en un pais en que al paso que se multiplicaban las trabas hasta lo infinito, escaseaban las producciones de la tierra y de la industria manufacturante, era preciso que el comercio quedase entorpecido y aun del todo aniquilado. De aquí habia de seguirse precisamente que como las riquezas corren siempre á buscar los paises en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del Nuevo Mundo sino como de paso para las naciones estrangeras, y no dejaban en ella sino los vicios, la esterilidad y la miseria. La escasez de poblacion, que fue haciéndose cada vez mas sensible, se acrecentó tambien con disposiciones acaso muy justas, oportunas y ventajosas en otras circunstancias, pero en las actuales muy intempestivas y perniciosas; y con esto se aumentó la dificultad de reparar ni aun lentamente las fuerzas á un cuerpo tan debilitado. No hay duda en que es poco lisonjera esta pintura; pero tal resulta de la historia; y examiuando políticamente el reinado de Felipe III se ofrecen á cada paso mil motivos de deplorar tan lamentable situacion.

Si las prendas que caracterizan á un buen rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas podrá hallarse príncipe alguno que haya escedido á

este monarca en el religioso zelo y caritativa liberalidad en fundar monasterios y otras obras pias; pero por desgracia carecia de todas las demas. Demasiado débil para sostener sobre sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer ministro el duque de Lerma, quien, insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente don Rodrigo Calderon, hombre obscuro y ambicioso, que de page del duque subió á la confianza del mismo rey. Con esto se dice que reinaron los favoritos; y como nada puede esperarse de esta clase de hombres, ocupados esclusivamente de su interes particular, se comprendé fácilmente que el espíritu de intriga sería el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaría absolutamente escluida de sus cálculos políticos. El duque de Uceda, hijo del primer ministro, jóven sagaz, muy fino, insinuante, y de un carácter propio para el trato de corte, fue colocado por su padre al lado del rey con el objeto de que pudiese, en caso de necesidad, sucederle en el favor; y le instruyó tan bien en el modo de sacar partido de la debilidad del monarca, que sus progresos fueron sin duda superiores á los deseos de su padre. Su sobrino el conde de Lemos, mas propio para los negocios, fue destinado al lado del príncipe heredero, para que subiendo sobre el horizonte con el nuevo sol, vivificase en el nuevo reinado con sus benignas influencias el crédito del tio. Y finalmente, por no descuidar lo mas importante, el ministro dió al rey un confesor, de quien se creia seguro.

Cerrados por este médio todos los caminos, parecia que el duque de Lerma debia reposar tran-

quilamente á la sombra del favor que consideraba perpetuamente asegurado en su familia; ¡pero cuán vanamente se lisonjean los hombres! El hijo llegó á sentirse de que su padre le destinase únicamente al papel de cortesano: el confesor advirtió que le sería mas ventajoso asegurar su plaza por medio del influjo de un ministro que le debiese á él su elevacion, que por la de un hombre de quien era hechura: solamente Lemos no quiso prestarse á la intriga de su primo contra su padre; pero aquellos supieron con sagacidad aprovecharse de la ocasion que les proporcionaban las conversaciones íntimas que solian tener con el rey, para hacer llegar á sus oídos las quejas del oprimido pueblo, y darle á conocer el deplorable estado de su reino. Desconceptuado el duque con Felipe, perdió inmediatamente su confianza, y no tardó mucho tiempo en recibir orden de retirarse del ministerio, y aun de la corte, con la sensible noticia de ver á su hijo ocupar su puesto, y al honrado Lemos comprendido en su desgracia y separado del príncipe. No se sabe hasta donde hubiera llegado la ingratitud del duque de Uceda respecto de su padre, si el duque de Lerma no hubiese puesto á cubierto su cabeza con un capelo, que pudo conseguir antes de su desgracia; pero el golpe que quizá le amenazaba, cayó sobre el secretario de estado don Rodrigo Calderon, entonces ya marques de Siete-Iglesias y conde de la Oliva, cuyas grandes riquezas, orgullo y altivez le habian proporcionado innumerables enemigos. Apenas quedó sin el apoyo del duque, empezaron á llover contra él las acusaciones, imputándole los crímenes mas atroces, como asesinatos calificados, cohechos, sobornos, usurpa-

ciones de la real hacienda y dilapidaciones del erario ; y aunque tuvo la fortuna de justificarse en la rigorosa causa que se le formó , y el rey por su parte le absolvió de otros doscientos cuarenta y cuatro cargos civiles que se le hacian , al mismo tiempo que del único homicidio en que no pudo desvanecer completamente los indicios , procuraron sus enemigos esparcir la voz de que así esta absolucion como la de los jueces que le juzgaron , se habian conseguido subrepticamente ; y haciendo revivir las acusaciones y la causa , lograron que Calderon fuese rigurosamente preso , interin se sustanciaba de nuevo , y que se le sujetase á la dolorosa prueba del tormento para que confesase los delitos que se le atribuian y negaba con la mayor constancia. Sin embargo , el proceso no llegó á terminarse hasta el reinado de Felipe IV , en que la fatalidad de Calderon le proporcionó tambien , como ya veremos , un poderoso enemigo en el conde-duque de Olivares.

Felipe III , ó porque á pesar de su incapacidad no pudiese menos de conocer así que subió al trono que en la situacion de las cosas la paz era el principal beneficio de que necesitaba la monarquía ; ó porque así se lo persuadiese su carácter naturalmente pacífico , procuró desde luego convenirse con la Inglaterra , como lo consiguió en 1604, 1604 despues de haber fallecido la reina Isabel ; y proponer á los holandeses una tregua , que aunque fuese algo costosa , suspendiese por lo menos los crecidos sacrificios de sangre y de dinero que se hacian continuamente sin alguna ventaja en la guerra de los Países-Bajos. Hacia tiempo que Mauricio de Nasau , hijo y sucesor del príncipe de Orange,

puesto á la frente de aquellos intrépidos republicanos, sostenia sus esfuerzos y la gloria de su casa. Los sitios, los combates, las conquistas se multiplicaban y sucedian con el mismo empeño que á los principios; pero ninguna empresa mas memorable que el sitio de Ostende, ya por su duracion, ya por las acciones sangrientas á que dió lugar. Al cabo de tres años y tres meses de asedio, esta plaza, creida hasta entonces inexpugnable, se rindió por fin á las armas españolas, mandadas por el archiduque Alberto y el marques de los Balbases Ambrosio Espinola; y aunque no puede disputarse á España la gloria de esta conquista, es preciso confesar que la fue sumamente costosa, ya por la gente que perdió, ya tambien porque ocupadas en este punto sus tropas, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no menos importantes, de que se fue apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres: cada dia se iba haciendo mas sensible la imposibilidad de mantener en aquellos paises egército bastante numeroso para conservar siquiera lo que en ellos habia quedado á la España, ya que no para recobrar lo perdido; y entre tanto los holandeses por medio de una economía, una frugalidad, actividad, esfuerzo é industria, dignos de admiracion, no solo se habian puesto en disposicion de mantener la independenciam de su pais y de hacerle cada vez mas floreciente, sino de acometer fuera de él las mayores empresas. Sus flotas habian ya despojado de las Molucas, en la India Oriental, á los portugueses, ó mas bien á la España, cuya provincia era entonces Portugal; y aplicados al lucroso co-



Expulsion de los moriscos.

Bien meditadas las opiniones á favor y contra la expulsion de los moriscos, la decretó en 1609 el Rey Felipe III, y acaso llegarían á 9000 personas las embarcadas en diversas veces; pero sin embargo de haber quedado desiertos varios pueblos de Valencia, esta provincia es hoy de las mas pobladas de España. Al cuerpo político, como al humano, conviene á veces debilitarle para robustecerle.

mercio y navegacion de ambas Indias ; consiguieron tal arrogancia y poder , que Felipe III no pudo concluir las treguas deseadas hasta el año de 1609 ; y bajo las gravosas condiciones de reconocer á Holanda por república independiente , y de concederla el libre tráfico en Asia y en América. De este modo de las diez y siete provincias que componian los Países-Bajos , quedaron desmembradas siete de la casa de Austria : las mas pobres á la verdad , pero cuya union formó con el tiempo una de las mas ricas y poderosas repúblicas. 1609.

Con la misma idea pacífica procuró también consolidar la paz establecida ya con Francia , por medio de dos recíprocos matrimonios , que se concertaron en el año de 1612 , el uno del príncipe heredero don Felipe con la princesa Isabel de Borbon , hija de Enrique IV , y el otro de su hija doña Ana de Austria con Luis XIII , hijo del mismo Enrique. Esta doña Ana fue madre de Luis XIV , ó el *Grande* , durante cuya menor edad gobernó el reino en calidad de regente , con tal prudencia , tino y valor en medio de las turbulencias que le agitaron , que hizo su nombre célebre en la Europa ; y en el dictamen de su hijo , que sin embargo de esta circunstancia era buen juez en la materia , mereció ser contada en el número de los mayores monarcas. 1612.

El mas memorable acontecimiento del reinado de Felipe III fue la espulsion de todos los moriscos que se hallaban establecidos en España : determinacion no menos aplaudida por unos que vituperada por otros , segun los diversos aspectos en que la han considerado. A la verdad , si únicamente se atiende á la obligacion , que nunca olvidó el

rey don Felipe, de conservar en toda su pureza la religion cristiana, á la adhesion que siempre conservaron los moriscos á ciertos ritos y supersticiosas prácticas de sus mayores, y á la necesidad de libertar á los dominios españoles de unos enemigos domésticos; muchas veces sublevados, y tenaces siempre en seguir tratos é inteligencias secretas con los mahometanos de Africa, y entonces tambien con los de Asia; no puede negarse á esta resolucion el carácter de justa; pero si por otra parte se considera la deplorable situacion en que se hallaba la España por falta de brazos; y aun de recursos para la agricultura, las fábricas y el comercio, no faltará quien piense que sin llegar al extremo de una total espulsion habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales á la religion y á la monarquía, sin privar á esta de mas de novecientos mil vasallos que habian de llevar consigo la industria, las riquezas y la abundancia. Sea como quiera, despues de un detenido examen de estos inconvenientes, convino don Felipe con la opinion de varios zelosos magistrados; y en 11 de Setiembre de 1609 fulminó el decreto de espulsion, que debia empezar por el reino de Valencia, permitiendo á los espatriados llevar consigo todos los bienes muebles que pudiesen conducir sobre sus personas. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes correspondientes para facilitar naves que les condujesen á Africa; se publicaron edictos en todos los pueblos del reino, en que habia moriscos establecidos, fijando las reglas que debian observar acerca de sus bienes los que hubiesen de salir; quiénes podian quedarse; con qué condiciones &c.; pero aquellos miserables, que

se veían arrancados del país que los vió nacer, y precisados á abandonar sus hogares, y los establecimientos que formaban sus riquezas, se abandonaron á la mas cruel desesperacion, y en los parages ásperos y fortificados, lejos de obedecer tomaron las armas y se pusieron en defensa. Las cumbres de los montes y los caminos se vieron al momento cubiertos de moriscos furiosos, corriendo á todas partes á pie, á caballo, con armas ó sin ellas para comunicar entre sí las noticias y acuerdos de los sublevados; pero finalmente, con aparentes señales de sumision, convinieron en embarcarse, y de esta primera vez salieron mas de cuarenta mil personas.

Se advirtió sin embargo, que casi todos eran mugeres, niños y viejos, y que por consiguiente quedaban los jóvenes en estado de llevar las armas: de suerte que llegó á temerse no hubiese sido su objeto poner en salvo sus familias, ocupando al mismo tiempo todas las naves que habian podido facilitarse para hacer alguna desesperada tentativa ínterin se preparaban otras, ó daban aquellas la vuelta. Con efecto, el suceso confirmó estos rezelos, y todas las precauciones que se tomaron no bastaron á impedir que en el valle de Ayora y sus contornos se pusiesen sobre las armas innumerables moriscos, y que acaudillados por un moro muy rico y bastante esperto, llamado *Furigi*, se abandonasen á las mayores violencias y crueldades. Por todas partes cundió inmediatamente la insurreccion: los moriscos que habitaban los pueblos de la marina eligieron por gefe á un molinero de Guadalest, por nombre *Millini*, recorrían las campiñas, las alquerías y las aldeas, saqueando, in-

cendiando, y asolando cuanto hallaban por delante; se apoderaron de varias fortalezas; y atrincherados de la escabrosidad de los inexpugnables montes del valle de Alahuar, desafiaban á las tropas de Felipe. No pudo pues evitarse el venir con ellos á las manos, sin embargo de las órdenes del rey á sus capitanes para que lo evitasen cuanto fuese posible; pero como los moriscos tenian mas ira que fuerzas, y se hallaban muy desprovistos de municiones, armas y comestibles, dieron por fin oidos á la suavidad con que se procuraba calmar sus impetus, como nacidos solo de un sentimiento natural, y poco á poco se fueron reduciendo al embarco; si bien no faltaron algunos tan desesperados, á quienes fue preciso arrojar á las naves con violencia, y otros que en traje de cristianos se refugiaron en Francia, ó se dispersaron por Cataluña y las Andalucías. Lo mas triste del suceso fue que aquellos miserables, transportados al Africa en el concepto de mahometanos, sufrieron la desgraciada suerte de caer en manos de los árabes, que considerándolos por su parte como cristianos, los fueron asesinando despues de despojarles de los infelices restos de sus antiguos bienes.

A pesar de la declarada propension de don Felipe á la paz, no dejó tambien de empeñarse en algunas expediciones militares. La corte de Roma, gravemente ofendida de la república de Venecia por la publicacion de ciertas leyes opuestas á la disciplina eclesiástica, y por su teson en sostenerlas contra todos los esfuerzos del Vaticano, pidió auxilio al rey de España, y este inmediatamente puso sobre las armas, con increíbles espensas, un respetable ejército de treinta mil hombres, á las

órdenes del conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de la Italia, y dejó compuestas sin efusion de sangre las diferencias entre Venecia y Roma. Igual auxilio proporcionó á la duquesa de Mantua, cuyos estados, y principalmente el ducado de Monferrato, habia invadido injustamente el duque de Saboya, obligando al agresor á pedir la paz, y á restituir lo conquistado; y habiendo Federico, elector Palatino, no solamente pretendido sino logrado, mediante el favor de los protestantes, las coronas de Hungría y de Bohemia, en perjuicio de Ferdinando II, socorrió tambien don Felipe á este con cuarenta y ocho mil hombres en varias ocasiones, contribuyendo mucho con tales auxilios á la victoria, que al fin quedó por los austriacos despues de una porfiada guerra de muchos años.

Por mar abatió repetidas veces la insolencia del turco, acreditando su conducta y valor varios ilustres caudillos, que en diversos encuentros destruyeron muchas galeras mahometanas y ganaron ricas presas. El célebre marques de Santa Cruz dismanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango y la de los Querquenes. Don Pedro Giron, duque de Osuna, se apoderó de Chircheli en las costas de Berbería; y por su disposicion el famoso capitán Francisco Ribera, con cinco galeones y poco mas de mil arcabuceros, destruyó completamente una escuadra de cincuenta y cinco galeras, echando cuatro á pique, inutilizando treinta y dos, y poniendo en fuga las restantes. Don Octavio de Aragon, caudillo de no menos esfuerzo, reportó en las aguas de Levante otra memorable victoria contra diez galeras enemigas,

apresando seis, pasando á cuchillo cuatrocientos mahometanos, y haciendo seiscientos prisioneros á la vista de una numerosa escuadra, que llena de terror rehusó venir á las manos con tan formidable enemigo. En 1610 adquirió el rey don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez; y cuatro años despues el brioso don Luis Fajardo se apoderó á viva fuerza del de Marmora, cerca de Tanger. Finalmente, sus armas reconquistaron las Molucas, y derrotaron cerca de Filipinas una escuadra holandesa, que se dirigia contra estas islas.

1621.

En 31 de Marzo de 1621, á la vuelta de un viage que hizo á Portugal, falleció Felipe III á los cuarenta y tres años de edad y veinte y tres de reinado, dejando la corona á su hijo Felipe IV, que á la sazón contaba diez y seis. Los primeros pasos del jóven monarca anunciaban ciertamente las mas bellas disposiciones, y prometian lisoujeras esperanzas de ver renacer el órden y la felicidad. Se puso en egecucion cierta consulta, dirigida á su difunto padre por el consejo de Castilla, proponiendo varios prudentes medios de reparar y fomentar la poblacion del reino, reformar ciertos abusos de la corte, y moderar los exorbitantes gastos que agotaban el erario; y aun cuando estos arbitrios no fuesen suficientes por sí solos para reparar el abatimiento del estado, como despues lo acreditó la esperiencia, se advirtieron por lo menos en el nuevo soberano apreciables deseos de aplicar con el mayor acierto un remedio á tan crecidos males. A poco tiempo todo mudó de aspecto, y el conde-duque de Olivares don Gaspar de Guzman, que antes de subir al tro-

no le habia servido de gentil-hombre, y adquirido sobre su corazon una extraordinaria influencia, llegó en breve á erigirse en dueño absoluto; le arrancó de las manos las riendas del gobierno, y adormeciendole en el seno de los placeres, aseguró por largo tiempo su dominacion. Incapaz de sufrir competidor, ni de partir la autoridad con nadie, desde luego removió del ministerio é hizo salir de la corte á su bienhechor el duque de Úceda: inmediatamente se vieron los principales puestos poblados de hechuras del nuevo ministro; y este parece que formó empeño de favorecer las quejas que podian desconceptuar á sus predecesores y hacer aborrecible su gobierno. Don Rodrigo Calderon fue una de las víctimas de esta política; pues habiendose activado la sustanciacion de su causa, y resultando convicto de un homicidio, fue sentenciado á la pena de muerte, que sufrió con tanto espíritu y resignacion, que escitó la compasion de los espectadores. Fue cosa bien notable, que sin embargo de que don Rodrigo se habia conciliado durante su prianza infinitos enemigos, sin tener la precaucion de ganarse un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente y sin necesidad de apremio.

Otra de las víctimas fue tambien don Pedro Giron, duque de Osuna, aquel virey de Nápoles que en el reinado anterior se habia distinguido tan señaladamente contra los turcos de Levante. Ya en los últimos tiempos de Felipe III habia procurado la envidia amancillar la gloria de sus triunfos con la calumnia de que aspiraba á ceñirse la corona de Nápoles; y aunque tan infame acusacion no tenia mas fundamento que el ascendiente que le habian

proporcionado sus victorias, bastó para llenar de desconfianza á aquel débil monarca, y que le hiciese regresar á España. Don Felipe III murió poco despues; pero los émulos de las gloriosas hazañas del duque, redoblaron en el nuevo reinado sus esfuerzos y manejaron con tal destreza la intriga, que sorprendido el jóven Felipe IV mandó prenderle en la fortaleza de la Alameda, pueblo del conde de Barajas. La variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales; los escritos publicados en favor del duque, y aun los esparcidos contra él, apenas han dejado á la posteridad la menor duda sobre su inocencia; pero como siempre es mayor la envidia cuando son grandes los merecimientos, el duque de Osuna, semejante á los Gonzalos de Córdoba, Hernandos Cortés, y otros varones insignes, aunque desgraciados, ni aun tuvo el consuelo de que se le permitiese usar del recurso que no se niega al mas delincuente, del derecho de vindicar en juicio su opinion ultrajada: y despues de tres años de prisiones, disgustos y continuo padecer, se postró á la violencia de una hidropesia, y murió con la amargura de ver la ingratitud con que se remuneraban sus servicios.

Finalmente, por una consecuencia del principio de deslucir lo que otros han hecho por realizar lo que uno mismo hace, el conde-duque de Olivares, que atendida la situacion de la España, parece debia haber procurado consolidar en lo posible el sistema pacífico adoptado por sus antecesores, y convertir únicamente su atencion á curar las heridas causadas por una viciosa política, desde luego se manifestó con disposiciones hostiles; y las potencias enemigas de la casa de Austria, la

Francia principalmente, que por esperiencia habian ya conocido no ser imposible contener los progresos de su engrandecimiento, no se descuidaron en admitir esta especie de desafio, suscitando á la España porfiadas y sangrientas guerras, ya por sí mismas, ya por medio de sus aliados. Sería tan molesto como ageno de nuestro propósito detenernos en referir menudamente todas las campañas que por entonces sostuvo la nacion en diversas provincias, dentro y fuera de sus estados; pues como á un mismo tiempo ó sucesivamente dieron penosa ocupacion á las armas españolas la Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de Africa y las dos Indias, la simple narracion de cada uno de los hechos de estas empresas militares ocuparia una multitud de páginas sin otro fruto que dejar fastidiados á los lectores. Nos reduciremos por lo mismo á hacer mencion únicamente de aquellos sucesos que basten para formar idea de cuan funestas han sido estas guerras para España, y hacer observar que ninguna de ellas proporcionó ni aun al vencedor ventajas capaces de consolarle de los males que le produjo.

Apenas puso el pie en el trono Felipe IV espiraron las treguas que su padre habia ajustado con Holanda, y se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfia y el encarnizamiento hasta el año de 1648, en que se concluyó la paz de Munster. La fortuna se declaró tan varia, que aunque los españoles alcanzaron victorias sumamente gloriosas, no menos las consiguieron tambien muy importantes los holandeses, así por tierra como por

mar. Si el duque de Alba don Fadrique de Toledo les derrotó una escuadra junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la fortuna de maltratar las españolas en los mares de Nueva España y el Perú y cerca de Calais, apresando tambien una rica flota portuguesa, procedente de China, en la ocasion en que se hallaba mas apurado el erario. Saquearon tambien la ciudad de Lima, recogiendo considerables despojos; tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la bahía de Todos Santos, de la ciudad de san Salvador, y de Fernambuco, en el Brasil; bien que el mismo don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones, de Guayaquil, Puerto-Rico, y algunos otros puntos. Por otra parte, si el marques Ambrosio Espínola rindió á Juiliers despues de cinco meses de bloqueo, se desquitaron tambien aquellos resueltos republicanos con la conquista de otras plazas y con la victoria que obtuviéron junto á Luxemburgo, subiendo desde entonces á tal grado su altivez y superioridad, que rehusaron por largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España.

En las demas provincias del Pais-Bajo se encendió igualmente la guerra con no menos calor. Felipe II, deseoso de calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un príncipe aleman, habia casado á su hija Isabel Clara con el archiduque Alberto, cediendola en dote los Países-Bajos, con la condicion de que volverian al dominio de España en defecto de herederos, ó en el de que estos abandonasen la religion católica. Aun quando los holandeses, todos en general, hubiesen tenido menos pasiones por su

libertad, el odio inestinguible que profesaban á los españoles, y el temor de volver á pasar bajo de su yugo, les hubieran hecho redoblar sus esfuerzos para impedirlo; y así es que habiendo con efecto muerto sin sucesion el archiduque en tiempo de Felipe IV, reiteraron sus pretensiones los señores flamencos; y negandose á reconocer por gobernadora en nombre de aquel monarca, como señor de aquellos estados, á la infanta archiduquesa viuda, intentaron formar en ellos una república á imitacion de la de Holanda. Espínola, encargado de sujetarlos, llegó á forzar al cabo de diez meses de asedio la importante plaza de Breda, y el cardenal infante don Fernando, hermano del rey, que despues de la archiduquesa gobernaba los Países-Bajos, les venció en algunas batallas, y principalmente en la de Nortlinguen; pero no dejaron tambien ellos de ocupar algunos pueblos, y de apoderarse de Mastrick, siendo tanta la variedad de fortunas, que no pocas plazas se perdieron y ganaron por tres ó cuatro veces. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de la Francia, manejada por el célebre cardenal de Richelieu, continuando el sistema de refrenar el poder de la casa de Austria, y principalmente porque esta diversion la era entonces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

Esta pequeña provincia, situada en el pais de los Grisones, entre el Tirol y la Lombardía, en el ardor de una sublevacion contra su gobierno habia pedido socorro á la España, poniendose bajo su proteccion; y como España no debia despreciar una casualidad favorable que la abria una fácil comunicacion con sus estados de Alemania é Italia, ocu-

pó la Valtelina, construyendo algunos fuertes para asegurar la posesion. Esto bastó para que se alarmasen algunas potencias italianas, enemigas de la España, como Venecia y el duque de Saboya, y para que la Francia, protegiendo sus demandas, insistiese en la evacuacion de la Valtelina y su restitution á los grisonos; pero finalmente, despues de varias contestaciones se habia convenido el gobierno español en secuestrar en manos del papa las plazas de aquella provincia, bajo cuyo concepto las mantenía Urbano VII cuando Richelieu subió á primer ministro de Luis XIII. Incapaz de condescender aquel intrépido político en un arbitrio medio, que suponía vergonzoso á la Francia, y perjudicial á sus intereses, desde luego se declaró contra el secuestro; y abandonando negociaciones lentas é infructuosas, de concierto con los venecianos y el duque de Saboya, envió contra la Valtelina un ejército, que desalojó á las guarniciones de Urbano; pero habiendo acudido España á su defensa, consiguió desalojar tambien al ejército combinado, y finalmente, despues de varias vicisitudes en que los españoles supieron mantener la gloria adquirida, se dió fin á estas disensiones por medio de un tratado que se celebró en 1626, dejando á los grisonos dueños de la Valtelina, bajo la garantía de España y Francia.

1626.

Esta potencia, ocupada por entonces en la porfiada guerra con que perseguía á los hugonotes, hubo de suspender por algun tiempo sus intrigas; y España, desembarazada de tan temible adversario, pudo con mas facilidad concentrar su atención á los asuntos de Holanda. Quizá hubiera sido conveniente fomentar aquella diversion en



El Elector de Tréveris.

Había provocado el Elector de Tréveris la indignación de Felipe IV prestando á la Francia servicios perjudiciales á la casa de Austria; y en desagravio de esta las tropas españolas invadieron el electorado, tomaron su capital, arrojaron de ella la guarnición francesa, prendieron al Elector, y le llevaron á Brusélas. Agraviar sin razon al poderoso es correr á ser víctima de su justa venganza.

Francia por los mismos medios con que ella habia fomentado la de los Países-Bajos; pero el conde-duque se contentó con enviar un aparente socorro de cuarenta velas en favor del egército católico que sitiaba á la Rochela, con prevenciones, segun se dice, de que no entrase en accion. Luis XIII se apoderó por fin de la Rochela despues de once meses de sitio; pero aun antes de concluirse esta guerra se suscitó otra en Italia sobre la sucesion del ducado de Mantua, en que volvieron á medir sus armas las dos potencias rivales.

Por muerte del señor de aquel estado en 1627, recayeron todos sus derechos en Cárlos Gonzaga duque de Nevers, príncipe sumamente afecto á la Francia, y por lo mismo sospechoso á Felipe IV, quien desde luego se propuso estorbarle la posesion. El emperador de Alemania y el duque de Saboya, que tenian tambien sus razones para disputarsela, reunieron sus fuerzas á las del monarca español; pero la Francia, tomando á su cargo la proteccion de su amigo, envió en su auxilio un respetable egército, que conducido por el mismo Luis XIII, forzó gloriosamente el paso de Suza, invadió los estados del duque de Saboya, obligó á los españoles á levantar el sitio de Casal, deshizo en dos batallas á los austriacos; y si no pudo impedir que el egército del emperador se apoderase de Mantua y la saquease, logró finalmente en 1631 asegurar su herencia al duque de Nevers, obligando á España á ceder del empeño por acudir con sus fuerzas á otra necesidad mas urgente.

El elector de Tréveris habia provocado su indignacion prestando á la Francia servicios muy

perjudiciales á la casa de Austria, que sin vergüenza no podia dejar impune esta conducta, ya por tomar satisfaccion de los agravios recibidos, ya por evitar que con el disimulo creciese su insolencia. Las tropas españolas invadieron las posesiones del electorado; se apoderaron de la capital, espeliendo á la guarnicion francesa, y prendieron al elector, que fue conducido á Brusélas. Demandó su libertad el rey de Francia; se le negó, y de aquí tomó pretesto Richelieu para declarar á España nueva guerra en 1635: guerra obstinada y sangrienta, que duró cerca de veinte y cinco años, y así acabó de consumir la poblacion y tesoros de España.

Unida Francia con Holanda, el ejército de ambas naciones ganó la famosa batalla de Aven en el pais de Lieja; pero aquí pararon todos sus progresos, porque las epidemias aniquilaron al frances; Holanda empezó á obrar con desaliento, temiendo no aspirase la Francia á engrandecerse á costa de su territorio; y finalmente, los flamencos subsistieron fieles á España porque eran respetados sus privilegios, como debieran haberlo sido antes de las turbulencias. Por otra parte los españoles, mandados por el marques de santa Cruz, ocuparon las islas de santa Margarita, san Honorato y otras enfrente de Tolon, y destruyeron á una escuadra francesa que, desembarcando en la playa de Valencia un crecido número de tropas, amenazaba á la ciudad; pero en cambio el duque de Rohan se hizo dueño de la Valtelina, arrojando á los austriacos que la ocupaban, y se mantuvo gloriosamente en ella con un puñado de gente.

Esta campaña fue seguida de otra mas funes-

ta para la nacion francesa. El cardenal infante, acompañado del duque de Lorena, penetró en Picardía con treinta mil hombres, pasó el Soma, se apoderó de Chapelle, Chatelet, Corbie, Noyon y otras principales plazas á vista del ejército de Richelieu, á quien despues hizo pedazos, é intimidó á París; pero no supo aprovecharse de estas ventajas, pues en vez de marchar directamente contra esta capital, sin darla tiempo de volver de su consternacion, repasó el Soma, y se restituyó á Flandes. Sin embargo, el de Lorena asoló la Borgoña: el almirante de Castilla penetró en Francia por san Juan de Luz, ocupando y saqueando los pueblos que encontraba al paso; y hubiera podido apoderarse de la Gascuña y la Guiena, si con su lentitud no hubiese dado lugar á que se fortificasen las plazas. Al mismo tiempo el marques de Leganés, arrojando á los franceses del Milanesado, hizo considerables estragos en los estados de Parma y Plasencia, cuyo soberano seguia el partido de la Francia: tomó á Niza de la Palla, á Villafranca y otras plazas, y se cubrió de gloria en el Piamonte, llegando despues á hacerse dueño de Bremen, Verceli, y de cuanto le impedia acercarse á las puertas de Turin.

Mas afortunados los franceses en el año siguiente de 1637 recobraron, aunque con bastante sangre, las islas de santa Margarita y san Honorato: conducidos por el general Schomber, obligaron á los españoles á levantar el sitio de Leucata, haciendo una carnicería horrible: se apoderaron igualmente de Landreci, Damvillers, Ivoi y la Chappelle, al mismo tiempo que los holandeses reconquistaron á Breda; y el cardenal infante, exhausto

de tropas y dinero, no hizo poco en recobrar á Ivoi, apoderarse de Roremunda, Vanloo y Maubege, desalojando á los franceses de todas las orillas del Mosa. En la raya de España sitiaron estos á Fuenterrabía con un ejército formidable, é interceptaron y quemaron doce bajeles que conducian víveres y municiones á la plaza; pero acudiendo á su socorro el almirante y el virey de Navarra, marques de los Velez, atacaron á los enemigos en sus mismas trincheras, los arrollaron, y la guarnicion de la plaza, haciendo al mismo tiempo una salida, completó la derrota. El príncipe de Condé, que mandaba en esta espedicion las tropas francesas, quiso despues reparar la pérdida y el desaire de su vencimiento, sitiando y tomando á Salsas en el Rosellon. Lo consiguió en efecto; pero no tardó la plaza en volver á poder de los españoles, acaudillados por el conde de santa Coloma y el marques de los Balbases. Sin embargo, en los Países-Bajos fueron tan rápidos y tan importantes los progresos de los franceses, que sucesivamente se apoderaron de Hesdin, Arras, Gravelingas, Courtrai, Dunquerque y otras plazas de menos consideracion.

Pero no nos detengamos en seguir las operaciones de una guerra tan obstinada en que todas las potencias se debilitaban, tanto con las victorias como con las derrotas. La paz, siempre apetecible, se hacia cada vez mas necesaria, sin que fuera posible dar un paso hácia ella, porque cada uno de los beligerantes deseaba esclusivamente sus ventajas particulares, poco compatibles con las de sus aliados y las de sus enemigos, y no se hallaba ninguno todavía en el extremo de sujetarse á condi-

ciones vergonzosas. Solian entablarse algunas negociaciones; pero al punto quedaban interrumpidas y desbaratadas por el artificio. El cardenal de Richelieu principalmente, que deseaba prolongar la guerra, eludia sagazmente cualquiera proposicion pacífica, y sabia suscitar ó fomentar en el seno mismo de las naciones enemigas, peligrosas turbulencias, que haciendo su situacion mas crítica, las distrajesen, ó debilitasen, ó las obligasen á comprar la paz á cualquier precio. La España, víctima de tan artificiosa política, vió encendida una funesta revolucion en Nápoles, otra en Sicilia, otra en Cataluña, que por poco la enagena esta industriosa provincia; y otra finalmente en Portugal, que con efecto la robó tan rico y poderoso reino.

Cataluña era, entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejasas de la duracion de la guerra, la que, como vecina á la raya de Francia, habia experimentado mayores incomodidades por el frecuente paso de las tropas, y por los desórdenes que cometian. Indispuestos por otra parte los ánimos á consecuencia de la violacion de algunos de sus privilegios, y del ningun fruto que habian producido sus reclamaciones á la corte, se hallaban los catalanes demasiado propensos á tomar un violento partido, cuando en 1640 la imprudente dureza del conde-duque de Olivares puso colmo á su indignacion. Durante la guerra del Rosellon el ejército castellano, que constaba de diez y ocho mil hombres, hubo de acantonarse en las fronteras de Francia para observar los movimientos del de Condé, que aun se mantenía en las inmediaciones de Carcasona, no solo amenazando, sino tambien haciendo correrías por el Rosellon y Catalu-

ña. No hallandose en disposicion el erario para sostener allí tan crecido número de tropas, recurrió al medio espedito, pero nada suave, de imponer á los pueblos del principado la carga de abastecer de cuanto necesitasen á los soldados alojados en ellos. Cataluña, que ni por ley ni por costumbre se creia obligada á mas que á surtir de ciertos artículos á las tropas cuando transitasen, reclamó este contrafuero y gravámen, que principalmente recaia sobre la clase mas necesitada del pueblo; y llegando el rey á dudar de su licitud, para aquietar su conciencia remitió el punto al exámen de una junta de teólogos y juristas, que no se detuvo en fallar que pues aquella tropa subsistia allí en defensa del principado, debia este mantenerla en un todo. En su consecuencia se espidieron nuevas órdenes al virey conde de santa Coloma, al gobernador y demas ministros reales, para que de grado ó por fuerza obligasen á los pueblos á la manutencion del ejército; y la soldadesca, á la sombra del decreto, empezó á cometer tales insultos, que irritado el paisanage tomó no pocas veces una sangrienta satisfaccion. Estas escenas se repetian frecuentemente; pero el furor de los catalanes creció sobremanera al ver encarceladas algunas personas de respeto por defender sus privilegios; é intimidados los ministros reales, sin duda hubieran suavizado el rigor de sus procedimientos, á no hallarse repetidamente estrechados por el ministerio, con órdenes, conminaciones y castigos, á no ceder en lo mas mínimo. Semejante conducta solo sirvió para empeorar las cosas, y extinguir hasta la esperanza de aplacar aquellos espíritus alterados.

Se dejaron ver en Barcelona varias cuadrillas

de labradores de los pueblos comarcanos armados, resueltos y precedidos de un crucifijo, apellidando la defensa y venganza de la religion atropellada por los soldados castellanos, que sacrilegamente saqueaban los templos; pero contentandose con forzar la cárcel pública y dar libertad á los presos, se retiraron luego de la ciudad, á persuasiones de algunos obispos y prelados respetables. Sin embargo esto no fue mas que un amago.

A pocos dias, y con pretesto de asistir á la festividad del *Corpus*, bajaron á Barcelona hasta quinientos segadores de la montaña, bien pertrechados de armas ocultas, y dispuestos, sin duda, para cualquier acontecimiento: pues apenas fue uno de ellos reconocido por un ministro, se pusieron todos los demas en defensa; empezaron á hacer fuego al palacio del virey; le incendiaron; y acometiendo á los ministros reales, ya en sus casas, ya en las calles, hicieron una carnicería horrible y saquearon sus habitaciones. Ni las persuasiones de los obispos, ni las del respetable clero eran bastantes á calmar aquella gente enfurecida; y cuando á fuerza de trabajos y con sumo peligro habian conseguido estraer de la ciudad algunas cuadrillas, los criados del marques de Villafranca, general de las galeras reales, viendo pasar por delante del palacio de su amo un peloton de sediciosos que iba á reunirse con los primeros, y creyendo que su objeto era incendiar y saquear la casa, hicieron fuego, aunque sin bala, para auventarlos. Esta imprudencia renovó la furia de los atumultuados, creciendo prodigiosamente su número; y con el rumor de que habian muerto á algunos de sus *consellers*, se puso en movimiento toda la

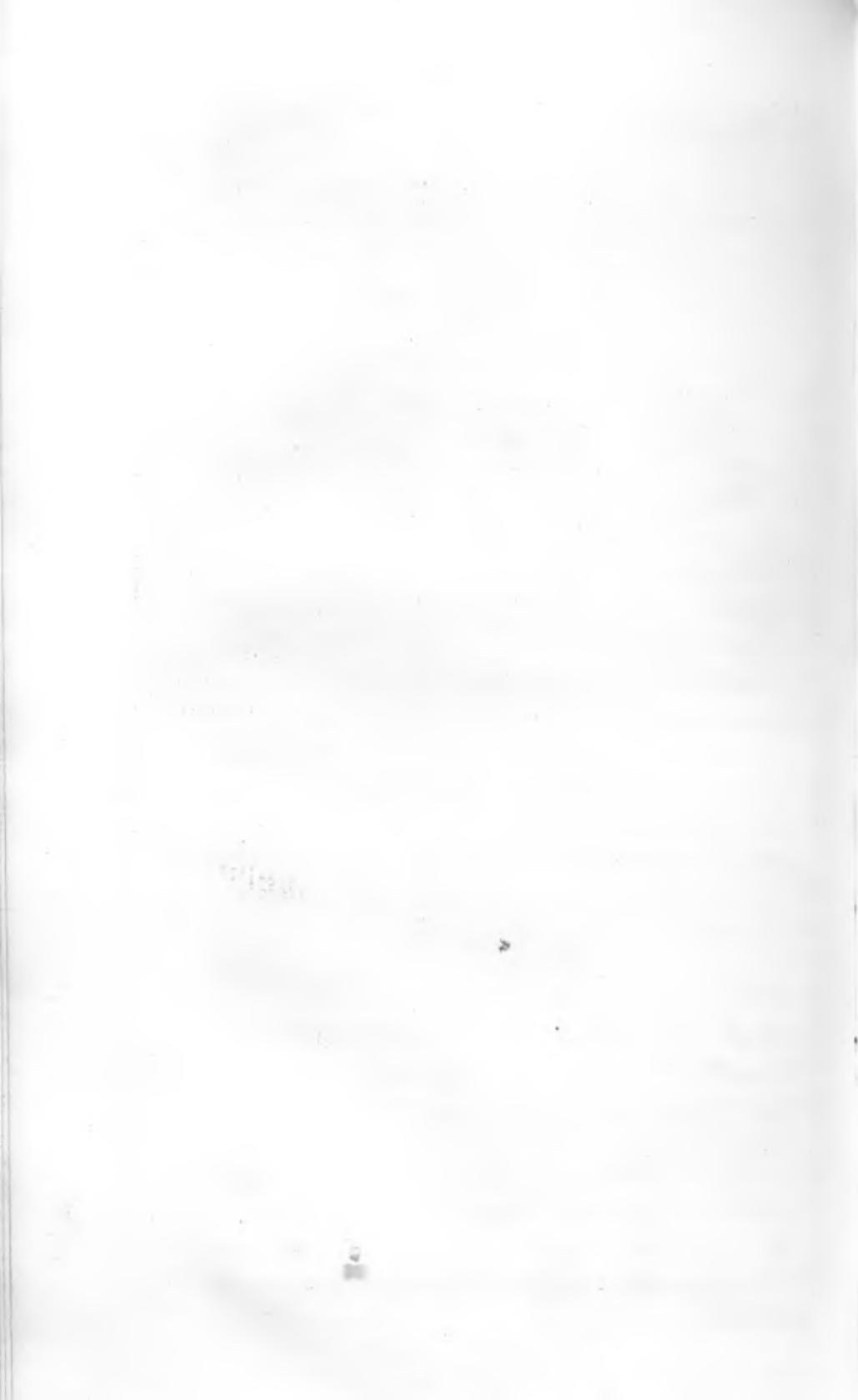
ciudad. El virey intimidado y sin saber qué partido tomar, pensó salvar su vida huyendo en una galera que acababa de llegar al puerto; pero los amotinados hicieron varias descargas sobre el esqui-fe que arrojaban de ella, y con la artillería del castillo de Monjui, de que se habian apoderado, la obligaron á largarse mar adentro. Entonces viendolos dispuestos á asaltar el arsenal, trató de ponerse en salvo con algunos caballeros y criados que le acompañaban, arrojandose al campo, y ganando la galera que se habia refugiado detras de la montaña de Monjui. Consiguió efectivamente lo primero; pero no permitiendole su corpulencia caminar con celeridad por entre aquellos riscos, hubo de quedarse muy zaguero con solo un criado que no quiso abandonarle; y el susto, la agitacion, el cansancio y la falta de alimento le ocasionaron un deliquio mortal. Rociando estaba con agua del mar el afligido sirviente el rostro de su amo, cuando sobre la cima de un ribazo se dejaron ver algunos sediciosos haciendo fuego; y queriendo aquel leal criado salvar la vida de su señor, aun á costa de la suya propia, se interpuso y recibió varias heridas; pero no pudo impedir que bajando aquellos hombres furiosos esgrimiesen toda su cólera en el desgraciado virey, pasandole á estocadas.

Entre tanto los que habian quedado en la ciudad saquearon el palacio de Villafranca, asesinando á varios de sus criados; egercitaron crueldades inauditas contra los oficiales reales; en una palabra, se abandonaron á todos los desórdenes de un populacho desenfrenado; y no hubiera podido conseguirse arrojarlos de la ciudad, si la voz mañosamente esparcida de que las tropas castellanas



El Virey asesinado.

Llegó á terminos la sedicion en Barcelona y sus inmediaciones en el año de 1640, que intimidado el Virey quiso huírse; pero en el camino de su fuga fué sorprendido por algunos de los sediciosos, que inutilizando los fieles esfuerzos de un criado suyo, le asesinaron. Que muera el hombre público defendiendo su autoridad, honra su memoria; pero que muera fugitivo, ni aun mirarse suele como desgracia.



estaba en el Rosellon oprimiendo algunos de sus pueblos, no les hubiese hecho tomar la determinacion de partir en su defensa. Sin embargo, al cabo de dos dias que se detuvieron por aquellos contornos, robando y asolando campiñas y alquerias, se retiraron á sus casas á gozar tranquilamente del fruto de sus latrocinios.

Este suceso, que en realidad no pasa de un movimiento popular, en que no tomaban parte sino cierto número de gentes, no habria tenido seguramente consecuencias si el conde-duque de Olivares se hubiera manejado con la circunspeccion que exigian las circunstancias; pero se obstinó en hacerse obedecer, y la sublevacion, que empezó por venganzas particulares de los insultos de unos soldados, se convirtió en formal rebelion de todo el principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el monarca. Desconfiados sin embargo los catalanes de poder sostenerse en el empeño sin el auxilio de un príncipe poderoso, despacharon embajadores á Luis XIII rey de Francia, para que reconociéndolos por vasallos, les dispensase su proteccion; y Richelieu, que no desperdiciaba ocasion de humillar á España, no solamente los recibió con agrado, sino que en nombre de su amo los colmó de las mas lisonjeras esperanzas. Pero como la lentitud con que se manejó esta negociacion diese lugar á que el nuevo virey marques de los Velez entrase en el principado á la frente de un lucido ejército, se vió Cataluña en la necesidad de librar en sus propias fuerzas la defensa, y tomó la resolucion de erigirse en república independiente.

El marques, despues de reducir con bastante trabajo un gran número de pueblos á la obediencia

cia de Felipe, se encaminó á Barcelona, centro y móvil de la rebelion; y convencidos entonces los catalanes de la dificultad de oponer una grande resistencia, acordaron disolver la naciente república, y reconocer conde de Barcelona al rey de Francia, con las condiciones, entre otras muchas, de respetar sus fueros y privilegios, de no imponerles nuevos tributos, y de no confiar el gobierno de las plazas sino á naturales del pais. Acuerdo semejante estinguió toda esperanza de reconciliacion; y el marques, desengañado de la inutilidad de las gestiones amistosas con que se habia lisonjeado de reducirlos, se creyó en el caso de valerse del rigor; pero no hallandose con fuerzas suficientes para emprender un dilatado sitio, intentó apoderarse por asalto de la fortaleza de Monjui para dominar desde ella á la ciudad. La accion fue de las mas vivas y sangrientas por ambas partes; pero al fin, despues de seis horas de obstinado combate, logró la guarnicion rechazar con grande pérdida al egército castellano, y obligó al marques á abandonar la empresa, retirandose á Tarragona.

Animados los insurgentes con este primer triunfo, y enrobustecidos con los auxilios que por mar y tierra se les enviaron de Francia, se creyeron superiores á todos los esfuerzos del gobierno español. Siguióse la guerra con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos, por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques reñidísimos; pero ninguna batalla campal y decisiva entre los dos egércitos. El mismo rey don Felipe marchó en persona al cerco de Lérida, y le concluyó felizmente, rindiendo la ciudad que los franceses intentaron recobrar, aunque en vano.

Perdieron tambien á Balaguer; y si ganaron á Rosas, plaza de grande importancia por facilitar la comunicacion entre el Rosellon y Cataluña, el egército castellano los desalojó de Tortosa, pasando despues á bloquear á Barcelona, que, á pesar de su porfiada resistencia, hubo de entregarse en 1652 á los valerosos caudillos marques de Mortara y don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, é igual así en esta circunstancia como en el nombre y en la profesion militar al otro don Juan, hijo de Cárlos V. Espelió de allí este general á los franceses; desbarató sus tropas cerca de Geroná, libertandola del sitio que sufría; y pacificada la provincia, que ya anteriormente habia dado muestras de sufrir con impaciencia el yugo de su nuevo conde, y deseaba restituirse á su antiguo señor, se concedió indulto á los sediciosos, castigando únicamente á los mas culpados. Sin embargo al año siguiente no faltaron algunos catalanes que promoviesen otra nueva insurreccion; y los franceses que los auxiliaban se hicieron dueños de Castelló, Rosas, Puigcerdá, Vich, Solsona y otras plazas; pero don Juan de Austria, con fuerzas inferiores, atajó oportunamente sus progresos, y por el tratado de los Pirineos, ajustado en 1659, se restituyeron á la corona de Castilla las pocas poblaciones que habian quedado á la Francia en Cataluña.

Como el mal ejemplo se propaga á la manera del pernicioso contagio, á la sublevacion de Cataluña se siguieron inmediatamente las de Nápoles y Sicilia, que no fueron menos peligrosas. Un calderero de Palermo, que de repente se erigió en gefe de tumulto, seguido de una multitud des-

enfrenada, se abandonó á las mayores atrocidades; y la Sicilia entera, á escepcion de Mecina, imitó los furores del populacho de Palermo. El mismo papel representó en Nápoles un pescador llamado Tomás Aniello; bajo sus órdenes fueron asesinados todos los dependientes de rentas reales, que eran el blanco de la ojeriza del pueblo; se ejecutaron infinitos latrocinios, y se cometieron violencias inauditas; pero él tambien fue víctima de la furia de los amotinados. Le sucedió un noble, que pereció igualmente; se eligió un tercer gefe, y habiendose adoptado su proyecto de establecer una república bajo la proteccion de la Francia, convidaron con su presidencia al duque de Guisa, que como descendiente de los antiguos reyes de Nápoles de la casa de Anjou, se creia con algunos derechos á este reino. El duque, ambicioso y precipitado, admitió sin reparar inconvenientes; partió al momento de Roma, donde se hallaba á la sazón, á través una escuadra española, y por entre mil peligros llegó casi solo á Nápoles, donde fue recibido con el mayor júbilo del pueblo, que le confirió al punto el título de *Dux*.

La Francia favorecia esta empresa, como era natural, y envió en auxilio del duque una poderosa escuadra; pero antes de mucho el virey duque de Arcos y don Juan de Austria, sostenidos por la nobleza napolitana, no solo aplacaron la sedicion, castigando rigurosamente á un gran número de rebeldes, sino que hicieron prisionero al de Guisa, que enviado á España permaneció custodiado en el alcázar de Segovia hasta que en 1652 obtuvo su libertad el príncipe de Condé. A pesar de todo, aquel pueblo, naturalmente sedicioso,

ofreció despues al mismo don Juan de Austria la corona de aquellos reinos; si bien él, guardando la debida fidelidad al rey su padre, no solo desechó la propuesta, sino que empleó todo su esmero en restablecer el orden y la tranquilidad.

Harto mas graves y sensibles para la monarquía española fueron las consecuencias de la sublevacion de Portugal, aunque las causas que motivaron ambos sucesos no se diferenciaron mucho. Hacia ya largo tiempo que los portugueses, fatigados de guerras tan prolijas, sentidos de las considerables pérdidas que habian sufrido con este motivo en la India oriental, y sobre todo transportados del odio á la dominacion castellana, que les caracterizó siempre, meditaban en secreto sacudir una dependencia que á su parecer les humillaba, cuando en 1640 una orden del conde-duque para que gran parte de la nobleza y crecido número de tropas nacionales marchasen contra Cataluña, acabó de indisponer los coràzones, y maduró la conspiracion que se habia tramado en Lisboa con impenetrable sigilo para colocar sobre el trono portugues al duque de Braganza, emparentado con los reyes de Portugal anteriores á los austriacos. El pueblo, fácilmente conmovido por los conjurados, tomó de repente las armas, asesinó al secretario Miguel de Vasconcelos, que manejaba despóticamente los negocios, arrojáudole por una ventana de palacio, desarmó las guardias de la vireyna duquesa viuda de Mantua, la aprisionó, y proclamó rey al duque con el nombre de Juan IV. Francia y Holanda, en fuerza de la alianza que con él trataron, le socorrieron inmediatamente; la insurreccion se propagó con rapidez por las ciudades, las

villas y las aldeas; las plazas casi indefensas abrieron sus puertas al nuevo soberano; los castellanos fueron arrojados ignominiosamente del reino; y entre tanto España, empeñada en sosegar las alteraciones de Cataluña, y en oponerse á las armas francesas agolpadas hácia los Pirineos, dió lugar á que la autoridad del duque fuese reconocida no solo en Portugal y los Algarbes, sino tambien en el Brasil y en la India.

Felipe IV, entregado esclusivamente á las costosas diversiones con que le tenia distraido el conde-duque y que absorbían los escasos recursos del erario, ignoraba todavía este suceso, cuando por toda Europa resonaba la noticia de tan considerable novedad; pero siendo finalmente necesario darle parte de ella, y no atreviéndose nadie "Señor, le dijo su privado Olivares, el duque de Braganza ha hecho la locura de coronarse rey de Portugal; pero ella le proporciona á V. M. una confiscacion de doce millones." "Pues bien, respondió sin alterarse el indolente monarca, que se ponga remedio;" y continuó sus diversiones. Sin embargo, este acontecimiento acabó de desconceputar al conde-duque, ya sobradamente desacreditado por su mala administracion, y cuyo carácter despótico é intolerante se señalaba como causa de todos los males que afligian al reino. Todo el mundo clamaba por su remocion; los grandes se retiraban de la corte; el pueblo triste y silencioso no daba ya aquellas señales de afecto acostumbradas cuando el rey aparecia en público; pero nadie osaba rasgar el velo que le ocultaba los desaciertos de su favorito. La reina rompió finalmente la valla, haciendo ver á su esposo que todas las desgracias de

la monarquía no tenían otro origen que la política romanésca de Olivares; su aya por otra parte, arrojándose á sus pies, le pintó la miseria de los pueblos con tan vivos colores, que ya no le fue posible resistir mucho tiempo á tales ruegos; pero sin resolución bastante para intimar al conde la separación, aguardó á que él, noticioso de la poderosa tempestad que se fraguaba contra su privanza, solicitase su retiro. A esto se redujo toda su desgracia; y á vista del afecto que sin embargo le conservó el monarca, no falta quien diga que sin duda hubiera sido restablecido en el ministerio, si en una memoria que publicó no hubiese chocado con la reina y otras personas, á quienes por lo mismo interesó en perpetuar su separación.

Mientras se hallaba España embarazada con las revoluciones de Cataluña y Portugal, fallecieron Richelieu y Luis XIII; y como la menor edad del nuevo soberano de Francia ofrecía al parecer una ocasión favorable de conseguir importantes victorias, los tercios españoles que militaban en los Países-Bajos penetraron en Champagna á las órdenes del conde de Fuentes, y sitiaron á Rocroi, esparciendo el terror por toda la comarca; pero acudiendo inmediatamente á la defensa el joven duque de Anguien, hijo del príncipe de Condé, los atacó, los hizo pedazos, y los obligó á regresar á Flandes. Sin embargo, las potencias beligerantes, cansadas de sostener tan prolija y dispendiosa guerra sin conocida ventaja, empezaban á abrir los ojos sobre sus verdaderos intereses. Ya se negociaba en Westfalia desde el año de 1644 para el ajuste de una paz general; pero como era preciso conciliar mil derechos ó pretensiones, guardar infini-

tos respetos, dejar á todas las potencias satisfechas, ó á lo menos reunir las en un solo sistema de pacificación, y esta era una empresa de las más difíciles; las negociaciones se hacían interminables. Entre tanto continuaban las hostilidades; los acontecimientos prósperos ó adversos de la guerra hacían continuamente variar de plan á los interesados; y la política falaz, introducida en Europa desde el siglo xv, ponía diestramente en movimiento todos sus resortes. Sin embargo, Felipe IV llegó finalmente en 1648 á concluir la paz con las Provincias Unidas, reconociendo su independencia, y abandonándolas todas sus conquistas; pues aunque esta república, según sus tratados, no debía entrar en composición sin contar con la Francia, á la cual tenía grandes obligaciones, en política el interés ó la necesidad actual merecen más atención que pasados servicios; y como la primera ley de todo estado es la propia conservación, todas las naciones se consideran libres de sus obligaciones desde el momento en que estas no se conforman con el bien del estado. La Holanda empezaba á temer á la Francia más que á la España: obtenía de esta cuanto podía desear: no quiso pues contribuir á un engrandecimiento excesivo de aquella.

En este tiempo llegaban ya á su término las operaciones del congreso de Westfalia, y á fines del mismo año se firmó en Munster el famoso tratado que fijó la suerte del Imperio Germánico, de la Francia, y de las demás potencias beligerantes; pero gravemente perjudicado en él Felipe IV, se negó á prestar su consentimiento; y á pesar de verse solo, y de hallarse la España en el mayor apuro, continuó con ardimiento la guerra contra

Francia. Las turbulencias que á la sazón agitaban este reino fueron tan favorables á las armas españolas, que se hicieron respetar en Italia, en Flandes, en el Rosellon y en Cataluña. El duque de Anguien, ya príncipe de Condé, aquel caudillo tan célebre por las insignes victorias que le granjearon el nombre de *Grande*, perseguido por la facción del cardenal Mazarini, sucesor de Richelieu, pasó al servicio de España; y uniendo sus talentos militares á los de don Juan de Austria, contribuyó no poco á abatir en tantas y tan señaladas ocasiones á los franceses, que los hubiera reducido á la mayor consternación, si á su pericia é intrepidez no se hubiera opuesto un digno competidor como el mariscal de Turena. En tales circunstancias pidió Mazarini la paz á Felipe IV, proponiendo el matrimonio de la infanta doña María Teresa con Luis XIV; y como don Felipe se hallaba sin descendencia masculina, desechó la propuesta, destinando su hija al archiduque Leopoldo; pero habiéndole nacido despues un hijo en ocasion en que sufrían sus armas considerables descalabros en Flandes y en Italia, no subsistiendo ya el fundamento de la repulsa, y haciendose la guerra cada vez mas insoportable, accedió á las proposiciones pacíficas con que aun se le brindaba por parte de la Francia; prometió la infanta al jóven Luis; y en 1659 se entablaron las negociaciones en la isleta de los Faysanes, que forma el rio Vidasoa en las fronteras de ambos reinos. En ellas apuró Mazarini todos los recursos de su destreza política; pero don Luis de Haro, sobrino y sucesor del conde-duque en el ministerio, y plenipotenciario autorizado para estas conferencias, conociendo que

se intentaba alucinarle, tomó el partido de oponer la lentitud que sugiere la desconfianza. Solo el ceremonial ocupó una infinidad de tiempo, como si se tratase de arreglar etiquetas y no de pacificar estados; pero por fin, á pesar de la sagacidad de Mazarini, despues de tres meses de sesiones pudo concluir el ministro español una paz que, aunque poco favorable á España, se aplaudió como una fortuna respecto del estado de las cosas. Este famoso tratado, conocido generalmente por *de los Pirineos*, á causa de que en él se señalaron estos montes como línea divisoria de los límites de ambas potencias, consta de ciento veinte y cuatro artículos, siendo de los mas principales la capitulacion matrimonial de la infanta, bajo la renuncia de los derechos que en cualquier tiempo pudiera tener á la corona de España. Renuncia que todos preveían sería infructuosa si llegaba el caso de la sucesion, y que efectivamente tuvo grandes consecuencias, como veremos luego. Los demas tienen por objeto determinar las plazas que en Flandes y demas Países-Bajos habian de quedar adjudicadas á la Francia, y cuales á España; ceder á aquella el Rosellon y demas dominios que esta poseia de la parte de allá de los Pirineos; asegurar á los catalanes el perdon de sus yerros, reintegrándoles en sus posesiones, empleos, honores y privilegios; privar á los portugueses de los auxilios que pudieran esperar del rey de Francia &c.

Hasta que Felipe IV se desembarazó completamente de todos sus enemigos no pudo emplear con vigor sus fuerzas en reducir á Portugal, tratándole como provincia rebelde. Ya en 1656 habia fallecido don Juan IV, y su viuda doña Lui-

sa de Guzman , señora de mucho talento , que durante la menor edad de su hijo Alfonso VI gobernaba el estado con tanta prudencia como acierto , al ver los preparativos de Castilla , creyó preferible negociar un partido honesto , á esponerse á las consecuencias inciertas y siempre fatales de una guerra. Inexorable Felipe IV hizo marchar nuevas tropas , bajo las órdenes de don Juan de Austria , á reforzar los tercios , que acaudillados por don Luis de Haro habian ya anteriormente penetrado en la provincia de Alentejo , y envió al duque de Osuna para que con dos mil y ochocientos hombres invadiese al mismo tiempo las fronteras por la parte de Ciudad-Rodrigo. Renováronse las hostilidades con ardor por una y otra parte ; pero los portugueses hicieron ver entonces que la desesperacion suple muchas veces con ventaja por el valor. Auxiliados por los enemigos de la España , incluso los franceses , á pesar de todos los pactos estipulados , supieron oponer tal resistencia , que inutilizaron todos los esfuerzos de las tropas castellanas. Despues de varios combates reñidísimos pudo conseguir don Juan de Austria apoderarse de Évora , Estremoz y otras plazas ; pero lejos de desalentar estos progresos á sus enemigos , estos le derrotaron cerca de la misma villa de Estremoz. Algo mas feliz el duque de Osuna logró con un puñado de gente desbaratar un cuerpo de doce mil hombres cerca de Valdelamula ; pero habiendo puesto despues sitio á Castel-Rodrigo , y reducido esta plaza á punto de capitular , hizo la guarnicion una salida inesperada , que forzando las líneas , dejó tendidos en el campo mas de mil y doscientos hombres.

En tan peligrosas circunstancias acabó de com-

pletar una intriga de corte la desgracia que perseguia á ambos egércitos. El crédito que á don Juan habian proporcionado sus hazañas en Cataluña, Flandes y aun en Portugal, se hacia cada vez mas sospechoso á la reina doña Mariana de Austria, que previendo el caso del fallecimiento del rey, le consideraba como un competidor temible en la regencia del reino durante la menor edad del príncipe heredero. Interesada por consiguiente en deprimir su concepto, y poco escrupulosa en la elección de los medios, se valió de toda su influencia en la corte para impedir se le suministrasen los auxilios indispensables de dinero, tropas, víveres y municiones, sin los cuales era imposible que no se viese en la necesidad de recibir la ley que le quisiese imponer el enemigo. Quejóse don Juan repetidas veces de la indiferencia con que se le abandonaba; pero sus quejas no llegaban á los oídos del rey, y viendo finalmente que no surtian efecto alguno, hizo dimision del mando, que recayó en el marques de Caracena, y se retiró á Consuegra en desgracia de su padre. El duque de Osuna por otra parte, sujeto á igual abandono, se vió en la precision de sostener sus tropas á costa del pais conquistado; y esta conducta, que nada tiene de particular atendidas las circunstancias, se desfiguró ante el rey con el mas feo colorido, y sirvió de pretexto para quitarle el mando de su pequeño egército. El duque sin embargo, superior á todo resentimiento, y únicamente atento á defender el honor y los intereses de su patria, se alistó entre las tropas por soldado raso, ofreciéndose á servir en esta clase mejor que de general; pero el marques de Caracena se resistió á admitirle á pre-

testo de no tener orden de la corte, y diciéndole, que pues era soldado obedeciese á su gefe, y se retirase. Obedeció en efecto, y aquella accion generosa no consiguió otro premio que una dura prision, y una multa de cien mil ducados.

No se descuidaron los portugueses en aprovechar tan favorable ocasion para dar un golpe decisivo: un egército hambriento, desnudo y mal armado era débil obstáculo á hombres acostumbrados á vencer, y que defendian su patria, libertad y bienes. Sin embargo, las tropas castellanas, atacadas junto á Villaviciosa, sostuvieron con el mayor denuedo un choque terrible y obstinado, en que si quedaron derrotadas, supieron vender bien cara la victoria, y solo cedieron el campo despues de haber perdido mas de cuatro mil hombres. A esta memorable batalla puede decirse que debe la casa de Braganza la soberanía de Portugal; pues mas imposibilitada desde entonces Castilla de hacer valer sus derechos, si continuó la guerra fue siempre con desventaja; y al fin se vió en la precision de reconocer la independencian de aquella provincia rebelde por los años de 1668, reinando ya Carlos II.

No era posible que Felipe IV se mostrase indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias que acumulándose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años antes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras enfermó gravemente, y falleció en 17 de Setiembre de 1665, dejando por sucesor al príncipe don Carlos, hijo de su segunda esposa y sobrina doña Ma-

riana de Austria ; pues los demas varones que tuvo de esta señora , y el príncipe don Baltasar Carlos, que nació de su primer matrimonio con doña Isabel de Borbon , habian muerto en su infancia ó en la flor de su edad.

Cuatro años escasos contaba á la sazón el nuevo soberano ; y de consiguiente fué preciso que su padre dejase encomendada su tutela y la regencia del reino hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fueron muy ominosas para España las menoredades de sus monarcas ; y si esta circunstancia sola ha ocasionado tantos males en tiempos menos calamitosos , cuando la nacion se hallaba constituida en la situacion mas deplorable , no debian esperarse mas felices resultados. La reina viuda quedó , por disposicion del rey difunto , encargada de la tutela de su hijo y del gobierno del reino , asistida de una junta compuesta del presidente de Castilla, de el vice-canciller ó presidente de Aragon , del arzobispo de Toledo , del inquisidor general , de un grande de España , y de un consejero de estado, sin hacerse mencion de don Juan de Austria , que por su calidad , prendas y opinion parece que entre los sugetos elegidos debia haber ocupado el primer lugar en la confianza de su padre. Esta especie de ingratitude no pudo menos de discontentar á la nacion , que le profesaba particular afecto ; y como todos consideraban á la reina como causa inmediata y principal de semejante injusticia , no era posible que despues sufriesen con paciencia , que entregada esclusivamente á la voluntad de su confesor el padre Everardo Nithard , jesuita aleman , sin esperiencia en el arte de gobernar , y con otras cir-

cunstancias que le hacian poco amable á los españoles, no solamente le fiase la direccion de su conciencia, sino la del reino, elevándole á consejero de Estado, á inquisidor general, y por consiguiénte á miembro de la junta, y reuniendo por último en solo él todas las facultades que, segun la intencion del rey difunto, debian residir en esta última, cuando por otra parte se advertian sus disposiciones de alejar á don Juan de Austria como único que podria hacer frente á sus desaciertos.

En efecto, era demasiado decidida la influencia de don Juan sobre la nacion entera, para no hacerse temible su presencia á cuantos aspirasen á un predominio absoluto. El padre Nithard le contemplaba como un obstáculo á su arbitrariedad; y por consiguiénte nada le importaba tanto como libertarse de este objeto incómodo. El gobierno de las posesiones españolas de Flandes, que á la sazón se hallaban en grave peligro amenazadas de la Francia, fue conferido á don Juan bajo el pretesto especioso de que nadie podria defenderlas como el héroe que en aquellos mismos países se habia cubierto de laureles; pero don Juan, penetrando el designio de sus enemigos, y previendo igual suerte á la que sufrió en Portugal, se negó constantemente á admitir un cargo en que no dudaba iba á ser sacrificada su reputacion. Esta repulsa se consideró como un insulto: se le desterró de la corte; y siendo ya entonces preciso recurrir á otros medios para deshacerse de él, no faltaron personas viles que se prestasen á la intriga mas infame, y que suponiéndose cómplices, señalasen á don Juan por cabeza de una conjuracion contra la vida del padre confesor. Inmediatamente se decre-

tó su prision, y un crecido número de soldados partió á Consuegra con orden de conducirle al alcázar de Toledo; pero avisado con tiempo pudo refugiarse en el reino de Aragon, y asegurándose en una fortaleza, desmintió públicamente la impostura con que se habia ultrajado su opinion, exigiendo en desagravio la remocion del padre Nithard, y protestando las consecuencias que de lo contrario pudiesen resultar.

No habiendo producido sus reclamaciones otro efecto que concederle permiso la reina para acercarse á la corte, y acelerar por este medio la reparacion de su honor, se puso en camino con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería; y con esta gente, en orden de batalla, se presentó á tres leguas de Madrid. Atemorizados los regentes, enviaron al nuncio pontificio para que le manifestase un breve del papa en que le exhortaba á transigir sus diferencias con la corte; y habiéndole pedido cuatro dias de término para expedir las órdenes convenientes á darle una completa satisfaccion, respondió el agraviado caballero: "Que pues la reina habia tenido mucho tiempo para deliberar, exigia por primera satisfaccion la separacion del padre Nithard dentro de dos dias, y su salida de España." En tales circunstancias ya no tuvo la reina arbitrio para resistirse: el riesgo de una guerra civil era inminente: el enemigo estaba á las puertas: su ascendiente era harto conocido: y á la menor resistencia se hubieran reunido bajo sus banderas el pueblo, el clero, la nobleza y la nacion entera. Deseando no obstante despedir á su amado confesor con el honor posible, espidió un decreto sumamente lisonjero á su

persona, enviándole á Roma en calidad de embajador extraordinario.

Dado este primer paso, solicitó don Juan la separacion del presidente de Castilla y de algun otro miembro de la junta, cuya escesiva deferencia habia dado ocasion al ensalzamiento del padre Nithard, y pidió el vireinato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el consejo de estado. Se le contestó en términos generales, que se le responderia luego que hubiese despedido á la tropa que le acompañaba; y rezelando que esto fuese un estratagema para desarmarle y dejarle burlado, se acuarteló en Guadalajara, permaneciendo á la defensiva para cualquier acontecimiento. La reina repitió sus órdenes para que entregase la caballería, bajo la pena de ser tratado como rebelde; pero se resistieron á abandonarle sus soldados, y la reina se vió precisada á entablar una capitulacion bastante favorable á don Juan, que fue admitida por este, con la protesta de que se hubiesen de cumplir las condiciones de ella antes de licenciar á su gente. La lentitud con que se procedia á su cumplimiento se le hizo sospechosa; y aun por España se esparció la voz de que se le engañaba, y de que al fin sería víctima de su escesiva confianza. Por todas partes se advertia una grande fermentacion: Granada tomó las armas en su defensa; Aragon y Cataluña enviaron en su auxilio doscientos miqueletes, ofreciéndole toda la gente que necesitase; de las demas provincias, cual acudia con nuevos refuerzos, cual se manifestaba dispuesta á armarse en masa si fuese necesario. En una palabra, la guerra civil parecia inevitable, porque don Juan no dejaba de insistir en que la

administracion del real patrimonio se confiase á manos fieles, que no permitiesen estraer las inmensas remesas de dinero á Alemania mientras España perecia, sus pueblos se hallaban agoviados de impuestos, y estaban mal surtidos los egércitos encargados de la defensa exterior; mas como eran tantos los interesados en que subsistiese el desorden, se ofrecian gravísimas contradicciones, y la reina por otra parte, siempre tenaz en su propósito, le respondia de un modo que prometia muy pocas esperanzas. Al fin fue forzoso que el nuncio se encargase nuevamente de mediar en el asunto, y manejó con tal destreza la negociacion, que redujo á don Juan á abandonar sus disposiciones hostiles, bajo la promesa de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Países-Bajos y de que se le nombraria, como se le nombró efectivamente, virey y vicario general de Aragon, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y de Cerdeña, estableciendo su residencia y corte en Zaragoza.

Por este medio quedaron reducidas las cosas á un estado aparente de tranquilidad, que duró muy poco tiempo; pues los desórdenes de la corte crecieron á lo sumo; las resoluciones del gobierno llevaban impreso el carácter de la arbitrariedad, y por todas partes no se oian sino quejas, que mas de una vez tuvieron peligrosas consecuencias. Ademas el padre Nithard fue reemplazado en la privanza de la reina por don Fernando de Valenzuela, que escluido de casa del duque del Infantado, donde sirvió de page, hizo tan rápida fortuna, que en breve se vió elevado al cargo de caballero mayor, condecorado con la dignidad de grande de España y dueño absoluto de la voluntad de la re-



D. Juan de Austria aplacado.

Obbligado á armarse D. Juan de Austria para asegurar su persona y vindicar su reputacion, temieron las resultas sus émulo, trataron de aplacarle; y valiéndose para ello del Nuncio pontificio, este se mangó con tal acierto, que dexando D. Juan las armas, recibió las satisfacciones que deseaba. Buscar mediadores á vista del peligro es prudencia; pero lo es mayor no exponerse á necesitarlos.



genta; circunstancias, que aunque no hubiesen estado acompañadas de otros excesos, era preciso que exasperasen los ánimos mas contenidos.

La primera nobleza del reino se creyó desairada, y empezaron á correr por la corte ciertos rumores que pusieron en cuidado á Valenzuela, quien procuró, aunque en vano, desvanecerlos con agasajos. Cumplió por fin el rey los quince años, y se mudó la escena. Don Juan de Austria fue llamado al ministerio; la reina desterrada á Toledo, y Valenzuela preso, desposeido de todos sus empleos, revocadas todas las mercedes que obtenia y conducido á las islas Filipinas.

El nuevo gobierno habria quizá podido restablecer el orden y la tranquilidad, si don Juan no hubiese fallecido á poco tiempo, y si por su muerte no hubiera quedado á la frente de los negocios del estado un soberano cuya débil complexion, pusilanimidad ó encogimiento no podian menos de influir en la constitucion general de la monarquía; pues faltando energía en el gobierno, y no usándose oportunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase la situacion de las cosas. La reina madre fue llamada á la corte; y aunque no se mezclase en los negocios, su presencia debia necesariamente renovar la desconfianza y el desabrimiento de los vasallos, que todo lo temian de una persona interesada en recobrar su influjo, y de un príncipe acostumbrado desde su infancia á una deferencia absoluta á los que le rodeaban ansiosos de mandar. Las providencias del gobierno no eran por otra parte las mas á propósito para tranquilizar los espíritus. Léjos de advertirse en ellas aquel genio reparador, capaz de cu-

rar las insondables llagas del estado, todas se resentian de la debilidad del principe, ó de la ignorancia de los que las dictaban. No solo continuaron en suma decadencia la agricultura y la industria, cuyo fomento era tan interesante á una nacion constituida en el extremo de la pobreza y del abatimiento, sino que en vez de alentar el comercio con oportunos reglamentos, apareció una porcion de pragmáticas, ya reduciendo el valor nominal de cierta clase de moneda, ya prohibiendo su curso, ya franqueándole con ciertas restricciones; de suerte que, resultando incierto el cambio por esta inconstancia, no pudieron menos de entorpecerse las negociaciones. Las urgencias del estado obligaron á vender las principales dignidades y empleos, como vireinatos, presidencias y gobiernos políticos y militares; y el dinero fue ya un título superior al del mérito. Hasta el valor y disciplina militar, últimos y preciosos restos del poder español, llegaron cuando no á degenerar, por lo menos á decaer; agravándose todos estos males con la falta de poblacion, de tropas y de caudales, que cada vez se fue haciendo mas sensible. Este es el cuadro que ofrece la historia del infeliz reinado de Carlos II.

1668. Cuando empezó á gobernar por sí este príncipe, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas del reino: pues ademas de haber sido preciso abandonar la empresa de reducir á Portugal, reconociendo en 1668 por su legítimo soberano á Alfonso VI, hijo y sucesor del duque de Braganza, habia sido muy desventajosa la guerra sostenida con Francia para reprimir la ambicion de Luis XIV. Aunque en el tra-

tado de los Pirineos se habia estipulado una renuncia absoluta de todos los derechos que la futura reina de Francia doña María Teresa pudiera tener á los estados de su padre, y se habia confirmado esta renuncia en su contrato matrimonial; Luis XIV se creyó no obstante autorizado para hacer revivir los derechos de su esposa, y asegurarse una parte de esta vasta sucesion. La corte de Versalles pretendia que muerto Felipe IV debia pertenecer el Brabante á doña María Teresa, como hija del primer matrimonio, en virtud de una costumbre con fuerza de ley establecida en los Países-Bajos, que preferia en las herencias paternas á los hijos del primer lecho, escluyendo á los del segundo, fuesen varones ó hembras. Este derecho se observaba con efecto en las sucesiones particulares; pero ¿obligaria tambien á los príncipes? ¿podria subsistir despues de una renuncia solemne? Gran materia para una disputa que solo habian de decidir las armas.

Los jurisconsultos y los teólogos consultados por ambas cortes defendieron las dos contradicciones; por una parte y otra se publicaron infinitos escritos en defensa de sus respectivos derechos; pero por desgracia se hallaba el rey de Francia demasiado orgulloso con su poder, y ansioso de conquistas y trofeos para permitir que nadie le usurpase la gloria de resolver esta cuestion. Sus excelentes y bien disciplinadas tropas; sus preparativos inmensos; un Turena por general, todo le prometia la victoria; y así se puso en marcha para una conquista infalible. Apenas se presentó cayeron en su poder Charleroy, Tournay, Furnes, Armentieres, Douay y otras plazas: Lila, bien fortifica-

da y con una valerosa guarnicion, no pudo sostener mas que nueve dias de sitio; y sin descansar de las fátigas de esta campaña, en el rigor del invierno, marchó á la conquista del Franco-Condado, provincia que dependia del gobierno de Flandes, ó mas bien que se gobernaba como una especie de república bajo la dominacion española. El príncipe de Condé habia propuesto el plan de la expedicion; el marques de Louvois, ministro de guerra, y émulo de Turena, le adoptó con ardor: algunas intrigas secretas facilitaron el éxito de las armas; no faltaron traidores; Condé se apoderó repentinamente de Besanzon y de Salins; el rey sometió á Dole en cuatro dias; y en tres semanas quedó subyugada toda la provincia.

Sin embargo, la prosperidad de Luis XIV llenaba de rezelos á las demas naciones: la Inglaterra principalmente temia las consecuencias, y la Holanda temblaba reconociéndose ya sin fronteras que pudiesen contener sus proyectos atrevidos. Estas dos potencias, reconciliadas apenas, se unieron con la Suecia por medio de un tratado, cuyo objeto era obligar á Luis á hacer la paz con España y á renunciar de nuevo los derechos de la reina su muger. Propúsosele por parte de la triple alianza que si restituia el Franco-Condado, se le dejaria en posesion de sus conquistas en Flandes en equivalente de las demas pretensiones. Luis, obligado á disimular su enojo por entonces, admitió las proposiciones, y firmó en 1668 la paz de Aquisgran; pero conservó su resentimiento hasta mejor ocasion.

Libre la España de tan peligrosa guerra, no por eso pudo verse mas tranquila, porque, prescin-

diendo de las interiores turbulencias que ocasionaron la privanza del padre Nithard y la persecucion de don Juan de Austria, no era posible que mirase con indiferencia el terrible azote que asolaba sus posesiones americanas. Unos piratas sin leyes, sin costumbres, sin religion; menospreciando la vida en cambio de la libertad; igualmente intrépidos y feroces, y conocidos con el nombre de *Flibustieres*, haciéndose fuertes en la isla de la Tortuga, inmediata á la de santo Domingo, atacaban con simples canoas, y se hacian dueños de bastimentos muy considerables. Nada era capaz de resistir á su desesperado furor; ningun pabellón se hallaba á cubierto de sus insultos; pero el odio mortal que principalmente habian jurado á los españoles, les hacia parecer mas que hombres, cuando se empleaban en su daño. Bajo la direccion de un inglés llamado Morgan, intentaron en 1669 1669. apoderarse de Porto-Belo, plaza fuerte, defendida por una buena guarnicion, y depositaria de inmensas riquezas. Ellos eran poco mas de seiscientos, y sin embargo tomaron por asalto la ciudadela, y pusieron en contribucion á la ciudad, que se libró del pillage por la suma de un millon de duros. Su osadía creció á un extremo inaudito; pero careciendo de principios de prudencia y de gobierno, y abandonándose á todos los excesos imaginables, debian al fin ser disipados cuando la España saliese del letargo en que yacia.

Aun no habian pasado cuatro años desde el tratado de Aquisgran, cuando esta nacion se vió de nuevo sumergida en otra guerra tan funesta como la anterior. Irritado Luis XIV de la triple alianza que habia suspendido el curso de sus rápi-

das conquistas , y no pudiendo perdonar á los holandeses esta falta de correspondencia á la generosidad con que les habia favorecido en algunas ocasiones , resolvió vengarse y conquistar. Con el designio de subyugar la Holanda tomó todas las medidas que hubiera exigido la empresa mas arrojada ; y sus preparativos de guerra , su profundo secreto y actividad vigorosa le aseguraban , al parecer , la egecucion. Una intriga bien dirigida separó á la Inglaterra y á la Suecia de los intereses de su aliada ; pero tampoco la fue á esta muy difícil hallar nuevos amigos en la España , temerosa por sus Países-Bajos , en el emperador de Alemania , resentido por la rebelion de la Hungría , pérfidamente escitada por la Francia , en el elector de Brandemburgo , y todos los príncipes del imperio ; y finalmente en la Dinamarca , para quienes era temible el engrandecimiento de aquella potencia. Parece á primera vista que la noticia sola de tan poderosa confederacion obligaria al rey de Francia á desistir del empeño ; pero lejos de acobardarse con este aparato , se dirigió inmediatamente con todas sus fuerzas y sus mas célebres capitanes contra aquel pequeño estado ; y atravesando victoriosamente el Rhin , en menos de tres meses cayeron en sus manos las provincias de Utrech , Overysseel y Güeldres , con mas de cuarenta plazas fuertes. Con igual felicidad se apoderó despues en los Países-Bajos de Mastrick , Lieja , Limburgo , Condé , Valenciennes , Cambray , Gante , Sant Omer , Iprés y Arras , volviendo á ocupar el Franco-Condado. Victorioso en la famosa batalla de Senef y en la de Mont-Cassel ; temido en todas partes ; pero abandonado por la Inglaterra , y sin poder prestar auxi-

lio á los suecos, despojados por el elector de Brandemburgo de todas sus posesiones alemanas, accedió por fin á las proposiciones de paz que le hicieron los coligados por medio de la Inglaterra; y en 1678 se concluyó un tratado en Nimega, en que, por el bien de la paz, hubo de sacrificar España al conquistador el Franco-Condado y casi todas las ciudades que habia ocupado en los Países-Bajos. 1678.

Durante esta guerra se sublevó la ciudad de Mecina, en el reino de Sicilia, ofreciéndose al rey de Francia, que con efecto fue reconocido en ella por soberano, y protegió á los sublevados enviándoles cuantos socorros necesitaron para mantener la insurreccion; pero aunque las tropas de los rebeldes, aliadas con las francesas, vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis XIV se apoderase de aquel pais; antes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su egército, y la ciudad se restituyó á la obediencia de su antiguo señor en el mismo año en que se ajustó la paz de Nimega.

¿ Pero cómo era posible que las potencias europeas permaneciesen mucho tiempo tranquilas espectadoras del engrandecimiento que habia adquirido la Francia por este tratado? En 1687, á instigacion de Guillelmo de Nassau, príncipe de Orange, se formó la célebre liga de Ausburgo, compuesta del emperador y príncipes de Alemania, y del rey de Suecia, con el objeto de destronar al de Inglaterra, por estrechamente unido con la Francia, colocando en su lugar al de Nassau, y embestir con todas las fuerzas reunidas á esta potencia hasta abatirla, y conseguir despojarla de todas sus 1687.

conquistas antiguas y modernas, y restituirlas á sus primeros poseedores. Como esto era muy interesante á España, no tuvo mucha dificultad en acceder al tratado, con la esperanza de recobrar los bellos países que la necesidad la habia obligado á ceder á Luis XIV, y temiendo por otra parte que el halagüeño cebo de las conquistas no excitase á aquel formidable guerrero á hacerse dueño del resto de los Países-Bajos. Sin embargo, el activo y belicoso Luis supo anticiparse á los aliados en el Rhin; y si no pudo impedir el despojo de su confederacion el rey Jacobo, por lo menos en sola una campaña hizo conocer á sus enemigos que no era tan fácil como se habian lisonjeado la egecucion de su proyecto. España precisada á hacer frente á sus armas victoriosas en diferentes puntos á un mismo tiempo, y con pocos arbitrios para detener el curso rápido de sus conquistas, manifestó, es verdad, que aun no se habian estinguido las virtudes militares de sus hijos; pero en ocho años consecutivos que sostuvo la guerra, casi puede decirse que solamente en las batallas de Campredó y de Valcourt la fue favorable la fortuna. En Flandes perdió desgraciadamente las de Fleurus, Leuzza y Steinkerque; en Cataluña las de Ter y de Barcelona; en Italia las de Stafarda y Marsailla; siguiéndose despues como precisas funestas consecuencias de estos infortunios la pérdida de Urgel, Belver, Rosas, Palamos, Gerona, Hostalric y Barcelona en Cataluña; la de Luxemburgo, Mans, Charleroy y Namur en los Países-Bajos; y la conquista y saqueo del puerto de Cartagena de Indias. Pero finalmente al cabo de tantos años de carnicería, viéndose los aliados tan distantes de poder

realizar sus ideas, empezaron á cansarse de una guerra que solo conducia á proporcionar nueva gloria y poder á la Francia. Luis XIV por otra parte, que tenia sus ideas sobre la sucesion de España, deseaba concluir la paz antes de la muerte de Carlos II, que anunciaban próxima las continuas enfermedades de este monarca, y por eso contentándose con la gloria de haber él solo frustrado los esfuerzos de la Europa confederada, hacia ya á España proposiciones pacíficas, ofreciéndose á restituirla todas ó la mayor parte de sus conquistas.

Hallándose en esta disposicion las potencias beligerantes, era consiguiente que viniesen á una negociacion. Entabláronla con efecto por medio de sus plenipotenciarios en el castillo de Riswik, y en 1697 se concluyó el célebre tratado, en que con sagaz política hizo la casa de Borbon el sacrificio de una porcion de paises empapados aun en la sangre de centenares de víctimas.

Penetró su designio el príncipe de Orange, rey ya de la Gran Bretaña; y como Carlos II, aunque casado dos veces, una con doña María Luisa de Borbon, primogénita del duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV, y otra con doña Mariana de Neoburg, hija del conde elector Palatino del Rhin, ni de uno ni de otro matrimonio habia logrado sucesion, siendo ya muy pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud, era tanto mas temible la posibilidad de que por su muerte pasasen á un príncipe frances todas las coronas de España. Esta circunstancia podria influir mucho en el decantado equilibrio de la Europa; y para que no se destruyese dispuso

1698. un proyecto de particion de aquella monarquía, que hizo firmar en el Haya en 1698 por los plenipotenciarios de las cortes interesadas en ella, adjudicando al hijo primogénito del elector de Baviera, heredero presuntivo del rey Católico, la corona de España, con las Indias y los Países-Bajos: á Luis, delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia y otros territorios en Italia, ademas de la provincia de Guipúzcoa; y el ducado de Milan á Carlos, archiduque de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo. La inopinada y prematura muerte del príncipe electoral de Baviera desconcertó todo el proyecto; pero inmediatamente se formó otra nueva division, señalando al archiduque los reinos de España é Indias, agregando la Lorena á los dominios adjudicados ya al delfin, y dándose en equivalente al duque de Lorena el estado de Milan.

Reclamó altamente contra este repartimiento el emperador, que pretendia la sucesion por entero. El rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, nada dijo, mostrando en lo exterior contentarse con una parte de la herencia, al mismo tiempo que secretamente estaba negociando en Madrid por el todo; pero el rey Católico, que por medio de sus embajadores habia protestado contra el primer concierto, no pudo sufrir sin indignacion que las cortes estrangeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reinos cuyo soberano aun vivia y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difiriese mucho tan importante diligencia. La grandeza, el confesor del rey y los ministros no cesaban de estrecharle á que cuanto antes nombrase

sucesor y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban ; pero incierto en la eleccion , hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fueron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el rey por esta causa , dió márgen á que los embajadores de Francia y Alemania , continuando sus esfuerzos para ganar parciales , dividiesen la corte , y á que cada uno de los partidos pusiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el rey , como descendiente de ella , y por el influjo de la reina , del almirante de Castilla , del marques de Melgar y del conde de Oropesa , que tenian esclavizada su voluntad en términos , que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti , que estaban por la casa de Borbon , procuraron dar cuerpo á esta voz supersticiosa , que no dejó de infundir cierta desconfianza en el ánimo del rey , cuyas dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores. Por otra parte el padre fray Froylan Diaz , su nuevo confesor , apoyaba de buena fe la ficcion , exorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman , cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle , y aumentaban su natural pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros , y el rey se vió precisado á condescender , perdiendo por este medio la casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entonces redoblaron sus esfuerzos los de la de Borbon ; y el monarca , agitado entre tanta diversidad de pareceres , resolvió

consultar tan grave negocio con el pontífice Inocencio XII, y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen, á pesar de algunos que le contradecian, fue que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, como nieto de doña María Teresa de Austria, hermana mayor del rey, y segun leyes del reino legítima heredera de la corona, con preferencia á doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el emperador Leopoldo, y fue abuela del difunto príncipe electoral de Baviera. Pretendia el emperador heredar los derechos de este, y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Cárlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer matrimonio con Luis XIV; pero replicaba Francia, que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España: inconveniente que cesaba habiendo dejado aquella señora dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia.

Convencido finalmente Cárlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus particulares inclinaciones, otorgó su testamento en Octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias, espiró en 1.^o de Noviembre siguiente, despues de haber encargado el gobierno del reino, durante la ausencia de aquel príncipe, á una junta compues-



Madrid proclama á Felipe V.

Sin haber enjugado Madrid sus lágrimas por la muerte de Carlos II, quiso ser el primero en dar el mas solemne testimonio de que reconocía el derecho de Felipe V al trono español proclamándole, y proporcionando á sus moradores este desahogo de su fidelidad, y del amor que le acreditaron luego constantemente. Quando no son los labios sino los corazones los que hablan, nunca se desmienten.

ta de la reina viuda, del arzobispo de Toledo, de los presidentes de los consejos de Castilla y Aragón, del inquisidor general, del conde de Frigiliana, como consejero de estado; de don Francisco Casimiro Pimentel, conde de Benavente, como grande de España, y del marques de Rivas don Antonio de Ubilla, como secretario de estado. Con su muerte se estinguió en España la línea austriaca que habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del décimooctavo.

Luego que aceptó Luis XIV el testamento de Carlos II, y fue declarado rey de España don Felipe su nieto, duque de Anjou, partió este á Madrid, adonde llegó en Febrero de 1701, siendo recibido y proclamado en esta corte con las mas plausibles muestras de amor y de respeto, ya por el derecho con que entraba á gobernar la monarquía, ya por las recomendables prendas que le adornaban, y las grandes esperanzas que á la edad de diez y siete años prometia su generosa índole, ayudada de una escelente educacion. Las gracias de su juventud, su agrado, su afabilidad y sus modales nobles y halagüeños, le ganaron en breve casi todos los corazones; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto rey, la posesion y los votos de España se reunian para asegurar á Felipe sobre el trono, fue necesario para su gloria que él tambien le asegurase con su valor.

Desde luego le reconocieron por soberano el papa Clemente XI, el rey de Inglaterra Guillermo III, Pedro II de Portugal, Federico IV de Dinamarca, la república de Holanda, el elector de

Baviera y otras potencias. Solo el emperador Leopoldo, insistiendo en sus pretensiones, determinó cometer á la decision de las armas los derechos que suponía tener al cetro español; y á favor de la desconfianza que inspiraba á la Europa el engrandecimiento de la casa de Borbon, no le fue difícil hacer tomar partido en sus querellas á algunas potencias, particularmente á aquellas que viendo frustrados sus proyectos de repartimiento de la monarquía española, eran lisonjeadas con la esperanza de lograr alguna porcion por este medio. Puede decirse que aun no se habia ceñido Felipe V la corona, cuando ya se unieron para despojarle de ella el emperador, la Inglaterra y la Holanda por medio de un solemne tratado, llamado de la *Grande Alianza*, concluido en el Haya con el especioso pretexto de restablecer el equilibrio entre las casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de la Europa.

Las operaciones de la liga empezaron por la invasion de la Lombardía y demás estados españoles en Italia. Las tropas imperiales, acaudilladas por el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de su tiempo, despues de haber conseguido algunas ventajas contra las tropas españolas y francesas, que cubrian á Carpi y Chiari bajo las órdenes del marques de los Balbases, y los mariscales de Catinat y Villeroy, sorprendieron á Cremona, haciendo prisionero á este último general; y aunque no lograron apoderarse de esta plaza por la valerosa defensa de la guarnicion, bloquearon á Mántua, que sin duda hubiera caido en sus manos, á no haberla socorrido oportunamente el duque de Vandoma. Ayudaba con ocho

mil hombres el duque de Saboya, que seguia entonces el partido de la casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien porque su hija doña María Luisa Gabriela, princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, acababa de contraer matrimonio con el rey don Felipe. Portugal se habia confederado igualmente con España y Francia; pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas, pues llevados uno y otro soberano de su particular interes, cierto ó aparente, no solo abandonaron despues á su aliado el rey Católico, sino que incorporandose en la liga, convirtieron contra él sus armas.

Felipe creyó necesaria su presencia en Italia, ya para animar á sus tropas, é impedir los progresos del príncipe Eugenio, ya para apaciguar los disturbios que supo movian en Nápoles los parciales de la casa de Austria; y dejando encargado el gobierno á la reina su esposa, ayudada de los consejos del cardenal Portocarrero, partió con la mayor celeridad. Apenas se dejó ver en aquella capital, quedaron estinguidas hasta las mas pequeñas chispas de la insurreccion. Los napolitanos no pudieron resistirse al júbilo de ver restablecida en aquel reino la casa de Anjou, ni á la admiracion que les causaba la generosidad de un príncipe que castigaba sus agravios perdonando y dispensando gracias. Inmediatamente pasó á Milan, y de allí á Santa Victoria para incorporarse con el ejército que al mando del duque de Vandoma acampaba en sus inmediaciones. Llegar, sorprender á un cuerpo de imperiales, derrotarle poniendole en fuga, y quedar dueño de todo el Modenés, fue obra de una sola accion. A esta felicidad se siguió la de

la batalla de Luzara contra el príncipe Eugenio, en que si bien cantaron ambas partes la victoria, lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de este nombre, apoderándose de todos los almacenes del enemigo, quedó dueño del campo, sin que nadie se atreviese á intentar desalojarle de aquella ventajosa posicion, ni impedirle la ocupacion de Guastala, plaza muy importante, que se vió obligada á capitular á los seis dias de trinchera abierta.

Pero mientras con una campaña tan gloriosa aseguraba don Felipe sus estados de Italia, se presentó delante de Cádiz una escuadra inglesa de ciento y cincuenta velas, que despues de haber procurado, aunque inútilmente, ganar á los habitantes con lisonjeras promesas, para que, reconociendo al archiduque Carlos de Austria, franqueasen á sus aliados la entrada en la península, desembarcó en el Puerto de Rota un crecido número de tropas, que se apoderó de él sin resistencia, saqueó el puerto de Santa María, y ya se disponia á asaltar la fortaleza de Matagorda, que defiende la entrada del de Cádiz, cuando acometido por una pequeña division que mandaba el marqués de Villadarias, se vió obligado á abandonar su proyeto, á refugiarse desordenadamente en Rota con gravísima pérdida, y por último á acogerse á las naves con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran número de parciales austriacos que ligeramente se habia figurado. Recobrando los españoles á Rota, ahorearon á su gobernador, mas como traidor que por cobarde; y la escuadra enemiga, renunciando tan difícil empresa, dió la vela á las costas de Galicia, donde se lisonjaba de

encontrar una rica flota que se esperaba de las Indias Occidentales. Con efecto la dió vista en las aguas de Vigo; y sin embargo de haberse aquella refugiado dentro de este puerto, la acometió con el mayor encarnizamiento, despreciando el fuego de la plaza y de los navíos españoles y franceses que la habian convoyado. Despues de una accion reñidísima y sangrienta por ambas partes, viendo los españoles inevitable su pérdida; pusieron en salvo la gente y algunas mercaderias, y para que los enemigos no se apoderasen de las restantes y de los caudales de la flota, la entregaron á las llamas. Pudieron, no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero, y se retiraron victoriosos con esta presa; la de siete bajeles de guerra, y otros de menor porte.

La noticia de esta desgracia, y la de la incorporacion del portugues en la liga por la esperanza de engrandecer sus dominios con cuanto en Galicia, Estremadura y América se conquistase á la corona de Castilla, obligaron á don Felipe á regresar á España, al mismo tiempo que el duque de Saboya, interesado é inconstante, abandonaba la causa de sus hijas la delfina y la reina de España, y se vendia al emperador, que le prometia el Montferrato, Alejandría, Valencia del Droma y otros dominios. Pero entre tanto el archiduque, que con nombre de Carlos III habia sido reconocido en Viena por rey de las Españas y de las Indias, llegó despues de varios contratiempos á Lisboa en 1704, con una poderosa escuadra de ingleses y holandeses, persuadiendose á que ápenas supiesen su arribo los castellanos, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. El éxi-

to, sin embargo, no correspondió á sus esperanzas; porque fieles á su rey, é indignados de que contra su voluntad se les quisiese someter á otro príncipe, lejos de dejarse preocupar de los manifiestos que esparcía el archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos y alentar á los que ya lo eran, desplegaron todo el zelo de un pueblo intrépido, animado por la desesperacion. Felipe V volvió á su capital, donde fue recibido con los mas vivos transportes de júbilo, procurando cada uno ser el primero en prodigarle auxilios para triunfar de su competidor y de todos sus enemigos. Al frente de sus tropas y de las francesas, que habia conducido en su socorro el mariscal duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, se dirigió contra el voluble portugues, que tan sórdidamente habia quebrantado sus palabras. Esta consideracion redoblaba los brios de sus soldados, animados por otra parte al ver la intrepidez con que el monarca compartia sus riesgos y fatigas; y la campaña se empezó con tanto ardor como felicidad. Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Peña-García, Idaña, Monte-Santo, Castel-blanco, Portalegre y otros pueblos, de los cuales solo pudieron recobrar despues á Monte-Santo. Por otra parte el marques de Villadarias, que mandaba otra division del ejército, penetró en aquel reino á sangre y fuego, se apoderó por asalto de Castel-da-vid, ocupó á Marvan, sometió todo el pais vecino, y puso en contribucion á las provincias mas interiores. Algunas pequeñas acciones, en que los portugueses hubieron de ceder la victoria á las tropas de Felipe, acabaron de hacer mas gloriosa esta

campana, que solo duró tres meses, á causa de los excesivos calores, que impidieron la continuacion de las hostilidades. Regresado á Madrid este monarca, quisieron aprovecharse de su ausencia el rey de Portugal y el archiduque para penetrar en Castilla por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero sus progresos fueron de ninguna importancia, y hubieron de retroceder vergonzosamente, no habiendose atrevido á medir sus armas con Berwick, que con fuerzas muy inferiores les salió al encuentro.

El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos, se acibaró no poco con la noticia de la sorpresa de Gibraltar. Los ochenta hombres que guarnecian esta plaza fuerte, pero desprovista de víveres, de municiones y de cuanto era necesario para hacer una vigorosa defensa, no era posible que resistiesen á toda una escuadra inglesa, que se presentó delante de su puerto, con resolucion de entrarla á viva fuerza; y fueron inútiles todas las tentativas del ejército de tierra con que los españoles procuraron recobrarla despues, por haber sido oportunamente socorrida con descalabro de los pocos navíos franceses que se atrevieron á oponerse á ello. Ocupada Gibraltar, intentaron los aliados hacerse dueños del Estrecho, y por consiguien- te de ambos mares, por medio de la conquista de Ceuta, sitiada por los moros muchos años habia; pero el marques de la Gironela, su gobernador, y la valerosa guarnicion que habian sabido defenderla tan gloriosamente contra los africanos, lejos de dar oidos á las seductoras esperanzas con que eran lisonjeados en nombre del archiduque, obligaron con su heróica resistencia á los enemigos á abandonar la empresa. Igualmente infructuosa fue la ten-

fativa que hicieron por entonces contra Cataluña. En la persuasión de que el gran número de parciales que tenia en este principado el archiduque, solo esperaban hallarse sostenidos para declararse, se dejaron ver con una escuadra en Barcelona, y aun desembarcaron en la playa hasta cuatro mil hombres; pero observando en aquellos naturales una grande irresolucion y temor, y que sus proposiciones amistosas eran desechadas con entereza por el virey don Francisco de Velasco, bombardearon la ciudad. Se descubrió sin embargo en tiempo, y logró desvanecerse, la secreta conjuracion de algunos malcontentos, y los enemigos hubieron de retirarse poco satisfechos. En las aguas de Málaga fueron atacados por una armada francesa, reforzada con algunas naves españolas; y aunque en el combate, que fue reñidísimo y sangriento, cumplieron unos y otros su deber, quedando indecisa la victoria, sus consecuencias fueron bastante favorables, pues se vieron aquellos precisados á abandonar el Mediterráneo.

A esto se reduce lo que en España y sus costas acaeció en el año de 1704. En Italia consiguió el ejército aleman incorporarse con el del duque de Saboya, á pesar del esfuerzo con que los franceses se opusieron á esta perjudicial reunion, desbaratando á los imperiales en algunos encuentros. El duque de Vandoma, derrotandolos tambien en Estradella y Castelново, y apoderandose á viva fuerza de Susa, Verceli, y otras plazas del Piamonte, los obligó á retirarse hácia el Trentino; pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna, reportando una memorable victoria en Hochstet ó Bleinheim.



Los prisioneros españoles.

Por la capitulacion de Valencia de Alcántara quedó prisionera su guarnicion, y fué enviada á Lisboa baxo la escolta de ciento y treinta caballos; pero en el camino los animosos españoles sorprendieron á sus negligentes conductores; y dexándoles atados, les tomaron los caballos, y en ellos regresaron á Extremadura. No hay situacion en que los valientes no deban ser temibles á sus enemigos.

La campaña del año siguiente fue para los portugueses mas ventajosa que la anterior; porque disminuido con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar el número de las tropas españolas que debian cubrir las fronteras y conservar lo conquistado dentro de Portugal, ni el marques de Bai, general flamenco, que mandaba el egército español, ni el mariscal de Tessé, que acaudillaba á los franceses auxiliares, pudieron resistir al marques das Minas, y á los generales Galloway y Fagel, que acaudillaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Así es que recobraron á Salvatierra, á Alburquerque, y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa de su gobernador marques de Villafuerte, que despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló viendose muy mal herido. La guarnicion que quedó prisionera, y fue enviada á Lisboa bajo la escolta de ciento y treinta caballos, aprovechandose en el camino de la negligencia de sus conductores, tuvo bastante resolucion para sorprenderlos, dejarlos todos atados, y regresar con sus caballos á Estremadura. Ultimamente, el egército de los aliados penetró hasta Badajoz, puso sitio á esta plaza, y sin duda se hubiera apoderado tambien de ella, á no haberla socorrido el mariscal de Tessé con la mayor diligencia.

El archiduque, en tanto que sus emisarios, ocultamente diseminados por casi todas las provincias del reino, disponian á su favor los ánimos de los naturales, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de sus aliados, se presentó delante de Alicante, donde fue recibido á cañonazos, sin permitirle echar á tierra ni un solo hombre. Pasó á

Denia, ciudad que le entregaron inmediatamente los sediciosos que la tenían sojuzgada; y desembarcando en ella á un valenciano llamado Basset, que por substraerse al rigor de las leyes se había pasado al servicio del emperador, y á otros cuatrocientos parciales bien armados, para que, ya con amenazas, ya con artificiosos agasajos, procurasen conmover los pueblos de aquel reino, siguió su rumbo para Barcelona, y ancló en su rada á la sazón en que reinaba la mas peligrosa division entre los habitantes de la ciudad. Unos, empeñados en sostener fiel y noblemente el juramento que habían prestado á don Felipe, ridiculizaban ocultamente con el apodo de *Botiflers* á los afectos á la dominacion austriaca. Estos por su parte se burlaban de aquellos dándoles el epíteto de *Maulets*, sin entrar ninguno de los dos partidos en el exámen de la justicia de cada uno. En lo exterior mostraban unos y otros bastante indiferencia, y aun se prestaban al auxilio del vírey contra los aliados; pero en secreto nada omitian los malcontentos que facilitase la entrada del archiduque; y siendo mayor su número que el de los leales, apenas se presentó aquel delante del puerto, se declararon por él abiertamente; hicieron venir á las puertas de Barcelona una multitud de foragidos, y bloquearon la ciudad por la parte de tierra, para que no la entrasen víveres ni socorro de ninguna especie. Otros se derramaron por la provincia á fin de sublevar los pueblos con exageradas ofertas; y la insurreccion se propagó de unos en otros con asombrosa celeridad. De este modo quedó reducida aquella capital á la situacion mas deplorable, sin armas, sin víveres, sin municiones, sin tropa suficiente para

refrenar á los traidores que abrigaba en su seno, y rechazar á los enemigos exteriores, y lo peor de todo, sin esperanza de mejorar de situacion. Si el virey pedia gente á la municipalidad, ó se le negaba, ó se escusaban á tomar las armas los que eran señalados, ó si las tomaban, las manejaban mal y hacian fuego sin bala para agotar las municiones infructuosamente. En estas circunstancias saltó á tierra con su gente el archiduque, resuelto á espugnar formalmente la ciudad; ocupó por sorpresa el castillo de Monjuí, y tomado un punto tan importante, se vió la plaza constituida en el mayor apuro. Se defendió sin embargo con vigor mientras la fue posible; pero arruinadas casi enteramente sus murallas por el fuego de los sitiadores, y sin fuerzas suficientes para resistir el asalto que la amenazaba, no pudo diferir mas tiempo la capitulacion. Igual suerte sufrió despues la ciudad de Tarragona. Las de Gerona, Lérida, Tortosa y la villa de Figueras se entregaron voluntariamente; pues estas importantes plazas, que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados egércitos, se hallaban á la sazón ocupadas por unas despreciables cuadrillas de bandidos sin disciplina militar, y dedicados al pillage y á la devastacion. En suma, quedó por el archiduque todo el principado, á escepcion de Cervera y Rosas, que se defendieron con leal esfuerzo; siendo digno de reparo que los mismos catalanes, que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra la de Austria reinante, se uniesen ahora con esta contra la de Borbon tambien reinante. Lo peor de todo fue que el incendio se comunicó rápida-

mente al reino de Aragon , prestando la obediencia al archiduque todos sus pueblos, á escepcion de Jaca , que se mantuvo leal; de aquí penetró en Valencia por la diligente solicitud de Basset y sus amigos , á cuya astucia solo supieron resistir las ciudades de Alicante y Peñíscola ; y ya se dejaban percibir algunas centellas en los pueblos de la Mancha fronterizos á este último reino. En una palabra , el mal se fue haciendo cada vez mas considerable , y el remedio mas urgente , pero mas dificultoso por las circunstancias ; pues desmembrada de Castilla la corona de Aragon , y pasando todas sus rentas á poder del archiduque , carecia don Felipe de aquellos fondos para acudir á la defensa de sus estados , invadidos á un mismo tiempo por sus enemigos en tantos puntos.

Sin embargo , despachó contra el reino de Valencia al conde de las Torres con un pequeño número de tropas ; y la resistencia que halló en sus naturales , le puso en la necesidad de tratarlos con todo el rigor de la guerra. Incendió á Paterna y á cuantos pueblos encontró al paso hasta San Mateo : los campos , las alquerías , los molinos , todo quedó en breve reducido á cenizas ; y las huellas del conde presentaban por todas partes las espantosas señales del estrago y la devastacion. Cuarte , lugar de trescientos vecinos , por no reducirse á la obediencia del rey , tomó el horrible partido de abrasarse con una gran parte de sus moradores. Villareal , lejos de intimidarse con tan funestos ejemplos , se negó absolutamente á todo partido ; y las consecuencias fueron tan lamentables como era de esperar , siendo entrada á viva fuerza la poblacion , entregada á las llamas , y sus habitantes pasados á

cuchillo sin distincion de edad ni sexo. Esto ciertamente mas bien era destruir á España, que á sus enemigos; mas por fortuna de la humanidad no siguieron por entonces adelante estas atrocidades, ya porque los pueblos se fueron manifestando mas dóciles, ya porque una gran parte de este egército hubo de pasar á reforzar al que pensaba el rey conducir en persona contra Cataluña.

La situacion de esta provincia no era tampoco mas feliz. Abandonada á la licencia desenfrenada de la soldadesca que habia recibido en su seno, apenas hay calamidad á que no se viese espuesta. Aseginatos, violencias, latrocinios, un completo desorden: tales fueron las consecuencias de su infidelidad. Sin embargo, el fanatismo de sus naturales era tan exaltado, que apenas vieron á don Felipe marchar á la frente de sus tercios contra la capital, retiraron á lo interior sus ganados; quemaron los víveres, sacrificando gustosamente sus haciendas, á trueque de hacer perecer de hambre á la tropa castellana; envenenaron las aguas del tránsito; en una palabra, no hay exceso á que no les precipitase su locura. A pesar de todo, en 3 de Abril de 1706, se presentó el rey delante de Barcelona, llevando consigo al mariscal de Tessé; la puso sitio; y la ocupacion del castillo de Monjuí, despues de una obstinada resistencia, redujo la ciudad á la mayor consternacion. Vivamente estrechados sus defensores por mar y tierra, amenazados del asalto, y sin esperanza de socorro, en vano hacian de noche algunas salidas y se precipitaban desesperados en el campo de los sitiadores, buscando la muerte ó la victoria. Rechazados constantemente y arruinadas por varias partes las de-

1706.

fensas de la plaza, se esperaba de día en día su rendicion, la prision del archiduque encerrado dentro de ella, y por este medio el término feliz de tantos males, cuando se avistó una escuadra inglesa, y hubo de retirarse la auxiliar francesa por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fue esta operacion para los rebeldes y sus aliados, que el egército real se vió en la precision de alzar el cerco, y de retirarse al Rosellon con no poca fatiga, incesantemente molestado por las partidas de miqueletes y paisanos, que socorrian los desfiladeros y quiebras del camino hasta la frontera de Francia. Desde allí volvió el rey á Madrid; y el archiduque, animado con tan feliz suceso, salió de Barcelona, penetró en Aragon, se apoderó de Zaragoza, casi indefensa, y recibió personalmente el vassallage que le prestaron todos los demas pueblos.

Pero no paró aquí la desgracia. Los portugueses, auxiliados por las tropas de Inglaterra y Holanda, se fueron internando en Castilla á favor de esta diversion; y dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se encaminaban sin oposicion á Madrid, rindiendo cuantos pueblos se les ofrecian al paso. El rey, previendo el riesgo que le amenazaba de ser sorprendido en esta villa por el egército portugues y el del archiduque, si acaso se adelantaba al mismo tiempo desde Aragon, trasladó la corte á Burgos, adonde pasó la reina con todos los tribunales, y el rey á Sopetran, donde se hallaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick. Con efecto, no tardaron los portugueses en llegar á Madrid, que se les entregó por no tener arbitrios para defenderse; y despues

de haber enviado un destacamento para rendir á Cuenca, cuyos habitantes solos se defendieron sin embargo con singular denuedo, dejaron aquella villa con alguna tropa al cuidado del conde de las Amayuelas, y partieron á incorporarse con el archiduque, que habia penetrado hasta Guadalajara. Merece particular mencion el vituperable medio con que manifestaron en esta ocasion su lealtad las meretrices madrileñas, entregandose voluntariamente á los soldados enemigos para emponzoñarles con la enfermedad mortífera, fruto del des-arreglo de sus costumbres. Las mas enfermas eran las mas fáciles, disimulando con perfumes y afeites su estado lamentable; y tuvieron la horrible satisfaccion de ver en breves dias poblados los hospitales de una multitud de soldados, que tardaban poco en pasar á cadáveres, y de disminuir por este medio el ejército coligado en mas de diez mil hombres.

La crítica situacion á qué se hallaban reducidos los intereses de Felipe V, llenaba de un mortal desaliento á sus tropas, y llegó á temerse que al fin le abandonasen todas ó la mayor parte. Esta contingencia era tanto mas probable cnanto empezó á advertirse en ellas no poca desercion; y no faltaron personas bastante pusilánimes que aconsejasen al rey que se refugiase á Francia ó á Méjico, estableciendo en esta capital la silla del imperio español; pero Felipe, superior á todas las desgracias que pudieran sobrevenirle, se negó á ello con heroica firmeza, protestando que defenderia su corona hasta perder la vida, y por ningun motivo abandonaria vasallos que le habian servido con tanta lealtad. Esta generosa constancia del so-

berano reanimó en tales términos el espíritu abatido de sus guerreros, que aunque pocos, ofrecieron derramar por él hasta la última gota de su sangre, esperando con impaciencia la hora de ser conducidos contra el poderoso enemigo que acampaba á cuatro leguas de distancia.

Por otra parte los aliados no supieron aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos egércitos reunidos; y su inaccion proporcionó á don Felipe rehacer sus escuadrones, recobrar á Madrid con solo un pequeño destacamento de caballería, que hizo prisionero el conde de las Amayuelas, y sin aventurar batalla decisiva, molestar y destruir al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías. El archiduque, fuese por esta razon, ó porque llegase á conocer la dificultad de sostenerse en un país que se le manifestaba tan contrario, retrocedió al reino de Valencia con todo el egército, cuya retaguardia padeció infinito por el ardor con que le persiguió por largo trecho la escelente caballería del rey. Así pudo este regresar á Madrid, restableciendo su corte en esta villa, que le recibió con general regocijo.

Entre tanto las tropas enemigas que habian quedado en el reino de Valencia, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del conde de Santa Cruz, que se pasó al servicio de los aliados, entregándoles dos galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros, pusieron á Alicante en la necesidad de rendirse, á pesar de la briosa defensa de sus moradores. Igual tentativa hicieron contra Murcia; pero su obispo don Luis de

Belluga, á la frente de los leales que habia armado y disciplinado á sus espensas, no solamente la defendió con denuedo, sino que despues de obligar á los enemigos á desistir de la empresa, los persiguió vigorosamente hasta quitarles á Orihuela, y rendir á Cartagena en cinco dias de sitio. Navarra defendió tambien con loable esfuerzo sus fronteras contra las irrupciones de los aragoneses rebeldes, distinguiendose muy particularmente en este glorioso empeño la bizarría del obispo de Calahorra. Los salmantinos resistieron igualmente una segunda invasion de los portugueses, obligandolos á retroceder con bastante pérdida. No menos firmes y leales se conservaron las islas Canarias, rechazando animosamente á una escuadra inglesa que se presentó delante de Tenerife, intimando la rendicion; pero no así la de Mallorca, que sublevándose contra el virey conde de Cerbellon; y algunas personas distinguidas, que intentaban defenderse con honor de otra escuadra enemiga, les obligó á capitular, facilitando por este medio la ocupacion de todas las demas Baleares.

Parecia sin embargo que las cosas empezaban á mudar de aspecto; y los mismos coligados confesaban ya *que aunque se confederase la Europa entera no era posible despojar al duque de Anjou de la corona de España*; pero esta corona se hallaba demasiado exhausta de recursos. Las desgracias que la habian perseguido al principio de este año de 1706 alcanzaron tambien á la Italia y á los Países-Bajos. En ellos ganaron los imperiales la célebre batalla de Ramillies, haciéndose dueños de Brusélas, Lovayna, Brujas, Gante, Ostende, en una palabra, de todos los dominios pertene-

cientes á España y Francia. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes cerca de Calcinato, forzando al príncipe Eugenio á retirarse al Trentino hasta recibir nuevos refuerzos; pero reemplazado aquel general por el duque de Orleans, en dos horas fueron desbaratados los franceses delante de Turin, quedando en poder del enemigo bagages, municiones, caja militar, todo el Piamonte, el Milanesado, y posteriormente el Modenés, el Mantuano, y aun el reino de Nápoles; sin que pudiesen España y Francia resarcir esta pérdida con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon. Con todo la fortuna, que á fines de este año habia empezado á mostrarse en España favorable á las armas de Felipe, conservó constantemente el mismo carácter en todo el siguiente de 1707, proporcionándolas triunfos importantísimos.

El egército de los confederados, que desde su retirada se hallaba acantonado en los pueblos de Castilla fronterizos á los reinos de Valencia y Murcia, con noticia de que Luis XIV enviaba en socorro de su nieto tres considerables refuerzos ó egércitos, que por distintos puntos debian penetrar en Castilla, Cataluña y Aragon, resolvió empeñar en una accion decisiva al español, que al mando de Berwick observaba á poca distancia y en buena situacion todos sus movimientos. En las llanuras, pues, de Almansa, villa del reino de Murcia en el confín de Valencia, se avistaron uno y otro; se embistieron denodadamente; y despues de un combate reñidísimo y sangriento, quedaron los españoles dueños del campo. Batallones enteros de portugueses, ingleses y holandeses se vieron precisados á rendir las armas; y ademas de perder, segun las relacio-

1707.
dia 25
de Abril.



Batalla de Almansa.

Provocado el ejército de Felipe V por el de los confederados á una batalla decisiva, la aceptó, y mandó con tal valor y pericia el Duque de Berwick en las llanuras de Almansa, que derrotados sus enemigos con pérdida de 180 hombres, de su artillería, municiones y víveres, obtuvo una de las mas interesantes victorias. Quando el orgulloso presume burlarse del prudente, entonces le engrandace cubriendose de oprobrio.



nes de aquel tiempo, cerca de diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; quedaron en poder del vencedor la artillería, las municiones, los bagages y un gran número de carros cargados de vituallas. Victoria importantísima á que sin duda debió Felipe V su corona, como lo reconoció el mismo soberano, erigiendo en el campo de batalla una pirámide, que aun se conserva para perpetua memoria de accion tan señalada.

Siguiéronse á tan próspero suceso la reduccion de Requena, la de Valencia, la de Alcira, la de Alcoy y la de Játiva, cuya obstinada resistencia irritó á los sitiadores en términos que entrándola á viva fuerza, la saquearon, la entregaron á las llamas y pasaron á cuchillo una gran parte de sus moradores. Allanado todo el reino de Valencia, continuó el ejército real sus progresos por el de Aragon, que en breve fue restituido á la obediencia de Felipe, y penetró en Cataluña, rindiendo en el año siguiente de 1708 las importantes plazas de Lérida, Tortosa, Puigcerdá, y toda la Cerdania. Al mismo tiempo perdieron tambien los portugueses á Moura, Serpa, Ciudad-Rodrigo, y despues la célebre batalla de Gudiña, cerca de Evora, por el valor y buena conducta del marques de Bai. En una palabra, se hallaban ya tan abatidos los confederados, que con cinco ó seis mil hombres, en que consistia todo el resto de sus fuerzas, no era posible resistiesen mucho tiempo á las victoriosas armas de Felipe; pero reforzados considerablemente al año siguiente de 1709, recobraron á Tortosa; volvieron á conquistar á Menorca; y sus triunfos en los Países-Bajos redujeron á la España á la situacion mas critica.

El príncipe Eugenio habia sabido aprovecharse de la desunion que reinaba entre los generales franceses; y atacándolos cerca de Oudenarde, los hizo pedazos, poniendo el ejército en fuga. Se apoderó de una porcion de plazas; y orgulloso con la memorable victoria de Malplaquet, parecia que nada podia detenerle hasta París. Douay, Bethune, Saint Venant, Aire, todas las barreras de la Francia iban cayendo sucesivamente en poder de los aliados. Luis XIV se vió en la precision de retirar de España sus tropas auxiliares para acudir á la defensa de sus dominios; y finalmente este terrible conquistador, que en 1672 habia subyugado enteramente á la Holanda y que rehusando á los vencidos condiciones tolerables, les habia inspirado el brio de la desesperacion, se halló ahora reducido á pedir á los mismos holandeses una paz humillante, persuadido á que no podria obtenerla de otro modo. Sin embargo, esta humillacion debia tener un término; y los holandeses se mostraron en esta ocasion tan orgullosos, que Luis XIV creyó indecoroso abatirse hasta el estremo de admitir condiciones aun mas duras é ignominiosas que las que habia propuesto. Se continuó la guerra; y Felipe V, á pesar de que mientras sus enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, advertia disminuirse los socorros de la Francia, se manifestó mas resuelto que nunca á no desamparar su trono. Tuvo el disgusto de que el papa Clemente XI, que siempre le habia sido favorable, se viese obligado por los imperiales, que inundaron sus estados, á reconocer por rey de España al archiduque y á dar paso á sus tropas para el reino de Napoles; y como este sufragio, indi-

ferente á primera vista , no podia menos de influir en la opinion de los pueblos que aborrecian á los hereges auxiliares de este príncipe , mandó el rey Católico salir de España al nuncio apostólico , y cerrar el tribunal de la Nunciatura.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia , á escepcion de haber ocupado á Balaguer el conde de Staremberg, general de grande reputacion , que habia conducido los refuerzos al egército aleman. Hubo , sí , algunas refriegas particulares , favorables por lo comun á las armas españolas ; y sin duda hubieran sido mayores sus progresos y los de las francesas , á no haber sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavenencias , que no cesaron hasta que partiendo en posta el mismo rey don Felipe á visitar su campo , consiguió restablecer en lo posible la buena armonía.

Pero como quiera que su presencia habia de influir notablemente en la suerte de sus armas , y se hallaban las cosas en una situacion tan crítica que no debian despreciarse aun las circunstancias mas indiferentes , apenas se abrió la campaña en el año siguiente de 1710 , volvió de nuevo á ponerse á la frente de sus tropas , acampadas á las orillas del Segre , á dos leguas de Lérida , y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. La rehusaron constantemente hasta que recibieron un refuerzo de tropa inglesa , que no pudo interceptarse ; pero entonces atacando ellos mismos cerca de Almenara al egército real , en que por desgracia se notaba aun la mas peligrosa desunion , aunque al principio fueron rechazados con el mayor denuevo y se vió el archiduque precisado á refugiarse á

1710.

Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos; y don Felipe tuvo que retirarse á Lérida con el resto de su ejército, sensiblemente disminuido y desalentado. No pudiendo sostenerse en este punto por la escasez de víveres, se replegó despues al reino de Aragon: maniobra que se graduó de fuga disimulada, aumentó la consternacion de su gente, y llenó de esperanzas al archiduque, que contemplándose vencedor, partió en su seguimiento. Staremberg, que consideraba á Felipe como vencido, queria circunscribirse á auyentarle á Castilla sin empeñarse en ninguna accion de consecuencia; pues de este modo aseguraba el recobro de Aragon y de Valencia, sin disminuir su ejército, que á la sazón se componia de veinte y dos mil hombres; y en efecto la esperiencia acreditó el acierto de esta prudente resolucion. La retaguardia del ejército real, atacada en Peñalba por un cuerpo de imperiales, rechazó con tal vigor al enemigo, que le hizo perder mas de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; pero al fin no pudo este evitar la batalla que le presentaron los españoles en las inmediaciones de Zaragoza, ya para desconcertar su plan, ya porque se consideró el único medio de atajar sus progresos. Por desgracia el éxito no correspondió al valor con que pelearon las tropas de Felipe; y arrolladas por el número superior de las enemigas, hubieron de cederlas el campo con gravísima pérdida. Quedó en poder de los vencedores la ciudad de Zaragoza; y persuadido el general alemán á que esta victoria pondria en consternacion á los castellanos, y á que si estos recibian al archiduque, como era al parecer inevitable, se decidiria el pleito á su favor; sin detenerse en sitiar

ni ocupar plazas, introdujo su ejército en Castilla, dirigiéndose triunfante á Madrid. Trasladó el rey su corte y tribunales á Valladolid; y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y constancia de sus vasallos, no hubo demostracion de zelo que el monarca no les debiese. Las provincias leales hicieron esfuerzos increíbles para sostenerle en el trono; la de Soria en particular estuvo manteniendo á sus expensas largo tiempo las miserables reliquias de su destrozado ejército; y finalmente, superando imposibles la lealtad de los pechos castellanos, se vió este ejército bien pronto restablecido en un pie, cuando no floreciente, al menos no despreciable.

Entre tanto los aliados, despues de asolar á Castilla la Nueva, entraron en la Corte con el archiduque, sin omitir ninguna de aquellas circunstancias que pudiesen dar á esta entrada cierto aire de importancia y de solemnidad; pero la soledad de las calles, el silencio de los vecinos y las puertas y las ventanas cerradas, dieron á entender sobradamente que si este príncipe poseia los edificios, don Felipe era dueño de los corazones de sus moradores; y así la entrada del nuevo soberano solo fue aplaudida de algunos niños y gente de la ínfima plebe, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos frecuentemente esparcidos conseguian reducir los ánimos á la dominacion austriaca; negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á la corte los víveres necesarios si la violencia no les precisaba á egecutarlo; y en los semblantes de todo el paisanage se advertian señales nada equívocas de la impaciencia con que sufría

la opresion. Por otra parte, mientras el egército aliado que acampaba á las puertas de la villa, entregado á la embriaguez, á la crápula y demas desórdenes inseparables de la ociosidad, se disminuia sensiblemente, perdiendo en los hospitales considerable número de soldados, ocupó Felipe V de improviso los puentes de Almaraz, Alcántara y del Arzobispo sobre el Tajo, interceptando por este medio la comunicacion con Portugal, y desconcertando los planes de Staremberg, el cual esperaba un refuerzo de portugueses que debia entrar por Estremadura.

Casi al mismo tiempo recibió el archiduque la noticia de que el duque de Noailles se disponia á entrar por el Rosellon en Cataluña á la frente de un crecido número de tropas francesas con el objeto de cortarle la retirada; y como este acontecimiento era bastante probable si llegaba á incorporarse con las guarniciones españolas que habia en aquella provincia, partió inmediatamente á Barcelona, con poca satisfaccion de la acogida que habia tenido en Castilla, y particularmente en Madrid. Su egército pasó á Toledo con la expectativa de que no dejarian los portugueses de romper por alguna parte las líneas españolas; pero desengañado finalmente Staremberg por la experiencia de cuan vanas eran sus esperanzas, abandonó aquella ciudad y se puso en camino para Aragon. Entonces volvió á Madrid don Felipe; y despues de haber experimentado la dulce satisfaccion de ser recibido en esta villa con el mayor entusiasmo de sus moradores, se reunió á sus tropas, que, siguiendo las huellas del enemigo, se hallaban acampadas en Guadalajara. La celeridad de las marchas del

el ejército aliado le obligaba á caminar dividido en dos trozos: uno de imperiales y portugueses á las órdenes de Staremborg, que precedia algunas leguas, y otro de ingleses al mando de su general Stanhop, con algunos holandeses, el cual se habia quedado atras, y hacia noche en Brihuega, villa situada á las orillas del Tajuña. El duque de Vandoma, que habia venido á mandar al lado de Felipe V, hizo avanzar un destacamento de tropas, que ocupando á Torija, cortasen la retirada á Stanhop y la comunicacion con Staremborg; y ejecutada felizmente esta maniobra por el valor y destreza del marqués de Valdecañas, se dió un vigoroso ataque á la villa en que habian procurado fortificarse los enemigos. El choque fue uno de los mas sangrientos de esta guerra; pues los ingleses opusieron una resistencia que no debia esperarse de hombres desprovistos de artillería y municiones, y fue preciso ganar á palmos el terreno; pero al fin los españoles arrostrando con el mayor ardimiento peligros y dificultades, lograron penetrar en la villa, y despues de una horrible carnicería obligaron á los ingleses á entregarse en número de cinco mil hombres, que con su general Stanhop y otros oficiales de graduacion quedaron prisioneros de guerra.

No persuadiéndose Staremborg que mas de seis mil hombres atrincherados dentro de una poblacion pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, retrocedió con sus tropas en socorro de Stanhop, y en el dia del ataque se hallaba ya á una jornada de Brihuega. El rey quiso, no obstante, ahorrarle la mitad del camino; y poniéndose en movimiento con sus tropas, le alcanzó en

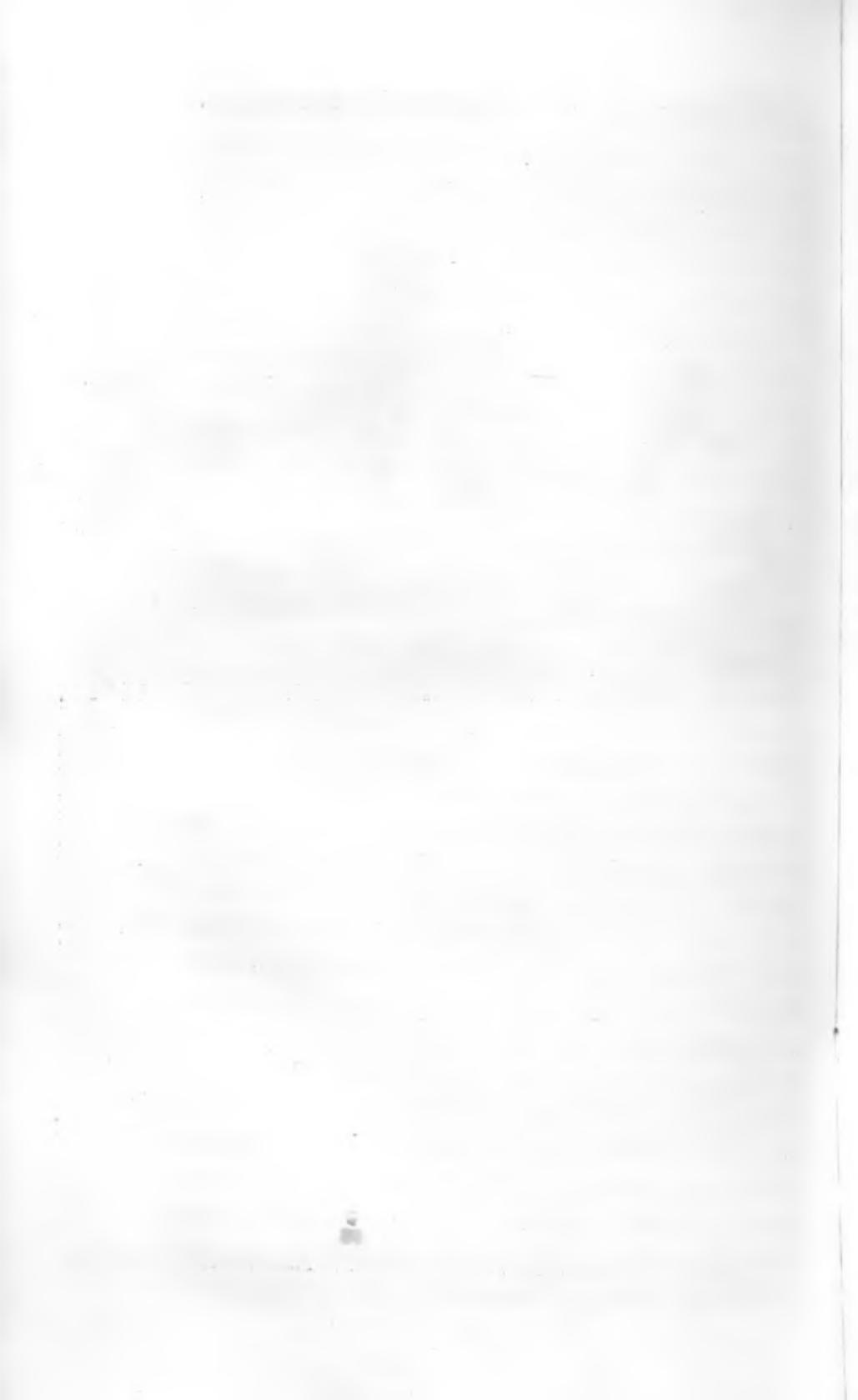
1710. las llanuras de Villaviciosa como á una legua de
 de Di- ¹⁰ aquella villa. Allí se empeñó una accion de las
 ciembre, mas vivas, en que unos y otros se disputaron con
 ardor la gloria del triunfo, é hicieron por largo
 tiempo indecisa la suerte de las armas; pero al fin,
 arrollados los coligados por el esfuerzo del marques
 de Valdecañas, que mandaba el ala derecha del
 egército castellano, y desordenado su centro por el
 intrépido don Feliciano Bracamonte, que despre-
 ciando las bayonetas enemigas se arrojó sobre él
 con un destacamento de caballería, Staremberg,
 que hasta entonces había hecho dudar del éxito de
 la jornada, se vió precisado á ceder el campo de
 batalla, dejando en él cuatro mil muertos, con
 pérdida de seis mil hombres entre heridos y pri-
 sioneros, salvando el resto á favor de las tinie-
 blas de la noche. Artillería, bagages, banderas,
 todos los trofeos que sirven para aumentar el lus-
 tre de una victoria, cayeron en manos del vence-
 dor; y estas dos acciones en que el rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de riguroso in-
 vierno, acreditó su bélico ardimiento, animando
 el de sus tropas, fueron sin duda las que le afir-
 maron sobre el trono, y dieron á sus armas tanta
 mayor gloria quanto mas señalado fue el valor
 con que pelearon sus enemigos.

El general aleman tomó el camino de Aragon con las miserables reliquias de su florido egército, publicando que acababa de conseguir una completa victoria y de sujetar á toda la Castilla; pero era difícil de conciliar lo que divulgaban los alemanes con la precipitacion y el desórden de su marcha. Aun era mas difícil de concebir cómo despues de haber conquistado á Castilla, la aban-



Batalla de Villaviciosa.

Venia Staremberg en socorro de Stanhop, derrotado ya en Brihuega por Felipe V; pero este, aunque no se habia desnudado en tres noches, salio á encontrarle; y le derrotó de tal modo cerca de Villaviciosa, que huyendo se dexó en el campo 4^o muertos, 6^o entre heridos y prisioneros, la artilleria, banderas y bagages. Rey que con tal fatiga defiende su corona merece descansar sobre laureles.



donaban con tanta generosidad al rey don Felipe; mas al fin no dejaron de producir su efecto aquellas gasconadas, pues en virtud de ellas les dejaron pasar libremente, que era todo lo que pretendian. Don Felipe, siguiendo los pasos del ejército fugitivo, se dirigió á Zaragoza; entró victorioso en la misma ciudad que poco antes le habia visto vencido; y arregló el sistema de los tribunales de Aragon, como ya anteriormente lo habia hecho con los de Valencia, conformandolos á las leyes de Castilla, y aboliendo en castigo de la rebellion de la provincia muchos privilegios que sus naturales habian gozado en los siglos precedentes. Staremborg, precisado á confinarse en Cataluña, y con muy reducidas fuerzas para comprometerse en una accion de consecuencia, hubo de permanecer tranquilo espectador de los progresos del duque de Noailles, que despues de apoderarse á viva fuerza de Gerona, penetró por las llanuras de Vich, Venasque y Valle de Aran, dejando subyugados todos estos pueblos; y aunque en Prados del Rey le fue algo favorable la fortuna al general aleman que defendia esta plaza, no pudo impedir á las tropas castellanas la conquista de la de Cardona y otras varias, quedando reducido el archiduque á la posesion de Tarragona y de Barcelona.

Desesperados los aliados de restablecerse en España, y mucho mas desconfiados de arrancar á don Felipe una corona que defendia con tanto valor y gloria, empezaron á disgustarse de la guerra; y la muerte del emperador José I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar la liga. No habiendo dejado descendencia masculina, fue llamado al trono su hermano el archiduque; y si

el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretexto para tomar las armas; si habian temido que la casa de Borbon establecida sobre el trono español hiciese inclinarse hácia su lado la balanza, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas, que en otro tiempo habian hecho tan formidable á la casa de Austria. Parecia indicada la necesidad de mudar de sistema y de poner fin á las calamidades de la Europa por medio de una paz que conciliase en lo posible los intereses de todas las naciones con su recíproca seguridad; y la Inglaterra, que habia llegado á convencerse de que se aniquilaba sin provecho, y de que sosteniendo el peso de la guerra, Holanda y Alemania eran las únicas potencias que reportaban las ventajas, fue la primera en tratar de una conciliacion. En vano se opusieron á estos pacíficos proyectos algunas intrigas de corte; en vano se presentó en Londres el príncipe Eugenio, con la esperanza de desconcertar los planes del ministerio inglés; y los holandeses, que temieron verse abandonados por la Inglaterra, hubieron de prestarse á concurrir á los preliminares que se negociaban en la corte de Versalles y sirvieron de basa al congreso que despues se abrió en Utrech para el ajuste definitivo.

1712. En 1712 empezaron las conferencias; y como á
 29 pesar del anhelo de la Inglaterra por la paz, nada
 de Enero. tenian de pacíficos los sentimientos de sus aliados, las negociaciones caminaron con una lentitud que hizo desconfiar del éxito. El emperador se oponia á toda desmembracion de la monarquía española; los holandeses, lejos de circunscribir sus pretensiones

á los límites que proponian en apariencia , negociaban con una mala fe , erizada de espinas , sin explicarse sobre el objeto de sus demandas , reservándose pedir segun las circunstancias , y exigiendo casi que la Francia y la España se entregasen á su discrecion. Por otra parte , la muerte del delfin , padre del rey don Felipe , acaecida en 1711 , la de su sucesor el duque de Borgoña , la de su muger , la de su hijo mayor el duque de Bretaña , casi consecutivas , y la que amenazaba á su sucesor el duque de Anjou , hacian bastante probable la reunion de la corona de Francia con la de España en la cabeza de don Felipe , hijo segundo del primer delfin : y esto era tambien un obstáculo á la breve pacificacion de la Europa. La Inglaterra propuso , sin embargo , á Felipe V como condicion esencial para la paz la alternativa de renunciar pura y simplemente sus derechos á la corona de Francia , transmitiéndolos en el duque de Berri su hermano menor ; ó ceder la España al duque de Saboya , cuyos estados con el Monferrato , Mantuano y el reino de Nápoles y Sicilia , le servirian por el pronto de indemnizacion , y podrian incorporarse con la corona de Francia en caso de que recayese en él ó en alguno de sus sucesores. Luis XIV preferia este último medio ; pero Felipe V , alegando lo que debia á su gloria y al zelo de sus vasallos , no quiso abandonar la España , y consintió en la renuncia propuesta , calmando las inquietudes de la Europa. Removido este obstáculo , cuando los aliados acababan de padecer una derrota en Landreci , perdiendo las plazas de Saint Amand , Douay , Quesnoy y Bouchain , mudaron los holandeses de tono y se vieron precisados á

1713. seguir los movimientos de la Inglaterra, á pesar de los esfuerzos de la corte de Viena. Finalmente, la paz se firmó en 1713 con arreglo á los preliminares concertados con Luis XIV, siendo sus principales condiciones que don Felipe sería reconocido legítimo soberano de España y sus Indias, sujeta la renuncia que ya hemos indicado; que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarían á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya; que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España pasarían al dominio de la casa de Austria, quedando bajo la custodia de los holandeses; y que la Inglaterra conservaría á Gibraltar y la isla de Menorca. Los portugueses fueron comprendidos tambien en la paz general; pero todas sus ventajas se redujeron á recobrar las plazas que habian perdido en sus fronteras, y á adquirir en propiedad la colonia del Sacramento que en tiempo de Cárlos II habian erigido á las orillas del rio de la Plata, pertenecientes á la corona de Castilla; bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondría. Solamente el emperador, que accediendo á este tratado hubiera ganado ciertas ventajas y terminado felizmente una guerra que tenia ensangrentada á la Europa hacia trece años, lejos de desistir de sus pretensiones á España, y lisonjeándose de conseguir su objeto aun sin el auxilio de los ingleses y holandeses, conservó sus disposiciones hostiles, hasta que finalmente se vió obligado á prometer la evacuacion de Cataluña, Mallorca é Ibiza, abandonando á los rebeldes á sus propias fuerzas.

Ya no restaba á don Felipe para quedar tran-

quilo poseedor de sus estados sino recobrar á Cataluña, que aunque reducida á sus propias fuerzas, subsistia cada vez mas obstinada en su rebelion. Inflexibles aquellos naturales á las paternales exhortaciones de don Felipe, que deseaba economizar la sangre de unos vasallos rebeldes que al fin eran sus hijos, se abandonaron á una especie de frenesí muy parecido á la desesperacion; y erigiéndose en república independiente, llevaron su locura hasta el extremo de mendigar el auxilio de la Puerta Otomana. Lejos de desmayar con la repulsa del divan, que no quiso empeñarse en tan temeraria empresa, acudieron al emperador de Alemania, pasando por las mayores humillaciones porque este soberano les recibiese bajo su proteccion; y favorecidos ocultamente por él mismo, se manifestaron resueltos á sostener su rebelion hasta derramar la última gota de su sangre. Ya entonces no era decoroso á don Felipe suspender por mas tiempo las medidas rigurosas que podria haber tomado desde luego. El egército castellano penetró á sangre y fuego en el Principado, reduciendo cuanto se le oponia al paso. Solsona, Manresa, Hostalric, Mataró cayeron en su poder; los demas pueblos del Principado se vieron muy en breve precisados á reconocer la autoridad de Felipe V, y Barcelona quedó bloqueada por mar y tierra. El mariscal de Berwick, que enviado por Luis XIV con quince mil franceses auxiliares habia tomado el mando del egército, empezó á combatirla con el mayor vigor; se interceptaron los socorros que procuraron introducir en la plaza los rebeldes de Mallorca; se adelantó vivamente la trinchera, y en breve se ocuparon las fortificaciones exteriores, á pesar de la por-

fiada resistencia de los rebeldes, que peleaban como desesperados, resueltos á vencer ó quedar sepultados bajo las ruinas de la ciudad. Los miqueletes, derramados en pelotones así por la campiña como por las gargantas y desfiladeros de los montes, inquietaban sin cesar á los sitiadores, les interceptaban los víveres, se unian para sorprender sus líneas, mataban inhumanamente á cuantos castellanos y franceses encontraban desviados, y causaban mas embarazo y fatiga en el campo que el sitio mismo; pero al fin, despues de muchos y reñidos ataques, y habiendo abierto suficiente brecha en la muralla, se dió un asalto general, que recibieron los sitiados con singular denuedo, manifestando una osadía é intrepidez, dignas del mayor elogio si ellas mismas no fuesen un nuevo delito. Arrojjados de la muralla se atrincheraron en las calles, pareciéndoles que siempre les quedaba sobrado terreno para morir con las armas en la mano, y prolongaron la resistencia hasta un extremo inaudito. Mil vidas costaba cada palmo de tierra; ni se daba, ni se pedia cuartel; todo era furor, confusion, carnicería; y la ciudad, entregada al pillage, á las llamas y á la devastacion, presentaba el aspecto mas horroroso y lamentable. Treinta horas duró una escena tan sangrienta; pero al fin, convencidos los rebeldes de la inutilidad de sus esfuerzos, é incapaces de sostener mas tiempo una lucha tan desventajosa, hubieron de rendirse á discrecion; y la humanidad del egército castellano, despues de la victoria, les hizo conocer desde luego la clemencia del príncipe contra quien habian empuñado las armas. A todos se concedió un indulto general; todos conservaron sus vidas y sus bie-

nes; aun los principales cabezas de aquellas funestas conmociones solo sufrieron el castigo de perder su libertad; y la pena mayor con que quiso don Felipe manifestar á aquella provincia su resentimiento, fue la abolicion de sus antiguos fueros y privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos. A la conquista de Barcelona se siguió al año siguiente de 1715 la reduccion de las islas de Mallorca, Ibiza y Formentera, que igualmente rebeldes, pero menos obstinadas, merecieron tambien ser comprendidas en la clemencia del rey. 1715.

Restablecido ya don Felipe V en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia, reparando quanto era posible los daños que las turbulencias y escesivos gastos de la guerra habian ocasionado; pero su escesiva deferencia á la princesa de los Ursinos, camarera de la reina, que habia llegado á hacerse árbitra de la voluntad de ambos esposos y á manejar despóticamente los negocios de la monarquía, hubiera sin duda malgrado tan bellas disposiciones, si un accidente imprevisto no hubiese desconcertado los planes de aquella muger astuta y ambiciosa. Murió la reina en 1714, y aunque habia dejado asegurada la sucesion del reino en sus dos hijos don Luis y don Fernando, la robusta edad de treinta y un años en que habia enviudado don Felipe, y su bien complexionada salud, indicaban, al parecer, la necesidad de un nuevo enlace, cuyas dulzuras le hiciesen mas soportable el peso del gobierno. Su abuelo Luis XIV le propuso, entre varias princesas muy recomendables, á doña Isabel Far-

nesio, heredera de Parma y de Plasencia, cuyo elevado espíritu y talento, cultivados con el estudio, la constituían una de las señoras mas distinguidas de su tiempo; y Alberoni, eclesiástico paracentino, que habiendo venido á España con el duque de Vandoma, quedó en ella en calidad de agente de su soberano el duque de Parma, y por este medio habia logrado introducirse en la corte, manejó con tal destreza la intriga, que la eleccion de don Felipe recayó sobre la Parmesana. Esta señora, informada, apenas puso el pie en España, de la preponderancia de la de los Ursinos, y de la necesidad de poner remedio á tal desorden, no pudo sufrir la imprudencia de la favorita, que saliendo al camino á recibirla se permitió la libertad de hacerla ciertos cargos muy fuera de propósito; y mandando la reina arrojarla de su presencia, dió las disposiciones convenientes para que en el momento fuese conducida fuera de sus dominios. Al punto mudaron de semblante las cosas; fueron removidos de sus empleos todos los favoritos de la de los Ursinos; Mr. Orri, venido de Francia con don Felipe para la administracion de las rentas reales, y cuyo desmedido zelo habia chocado con la moderacion española, fue depuesto de su cargo, y estrañado tambien: y Alberoni, elevandose con el favor de la reina sobre las ruinas de todos estos, se fue proporcionando poco á poco para el ministerio de estado, que al fin recayó en él. Este hombre, bastante capaz para restablecer el orden en la administracion en las rentas y en la milicia, y para restituir al estado toda la energia de que era susceptible, en vez de circunscribirse á tan útiles trabajos, quiso trastornar la Europa, y se labró

su propio precipicio. Arrebatar al emperador lo que el tratado de Utrech le concedia en Italia, y hacer pasar á Felipe V la regencia de Francia, que por muerte de Luis XIV egercia el duque de Orleans durante la menor edad de Luis XV, tales fueron los designios de Alberoni; y ciertamente á haberlos coronado un feliz éxito, se hubicra grangeado la reputacion de un Jimenez ó de un Richelieu. Recorramos la serie de estos acontecimientos, observando al mismo tiempo el modo con que la ambicion personal de un ministro dirige los negocios del estado.

Alberoni, que con ansia, aunque por medios indirectos, tenia hechas solicitudes á un capelo, ocultó con el mayor cuidado sus proyectos sobre la Italia, temeroso de disgustar al papa, el cual contaba con los auxilios de España para rechazar al turco, que amenazaba á sus estados. Espidió con efecto una escuadra, que auyentó de Corfú á la mahometana, y tomó á su cargo la composicion de las diferencias que mediaban entre esta corte y la de Roma sobre ásunto de la Nunciatura: de suerte que Clemente XI, seducido por tan bellas apariencias, se rindió á las instancias de sus negociadores, y en 1717 fue Alberoni revestido de la púrpura cardenalicia. Apenas vió este asegurado el objeto de sus deseos, se hizo á la vela una poderosa escuadra surta en Barcelona, cuyo armamento habia sobresaltado á las potencias garantes del tratado de Utrech. La espedicion, compuesta de poco mas de ocho mil hombres, aportó á la isla de Cerdeña; desembarcaron las tropas en el puerto de Capper, y en poco mas de un mes quedó don Felipe dueño de unos estados que habia cedido al empe-

rador únicamente por el bien de la paz y en el supuesto de que este cumpliría por su parte con el tratado, evacuando enteramente á Cataluña, sin favorecer directa ni indirectamente á los rebeldes de esta provincia. Pero estos pactos habian sido pérfidamente eludidos; las tropas imperiales no solo no evacuaron del todo á Cataluña, sino que una gran parte de ellas quedó, bajo el especioso concepto de reformadas, al servicio de los insurgentes; y el gobierno español, justamente quejoso, se hallaba suficientemente autorizado para intentar el recobro de lo que habia cedido sin fruto.

La rapidez y felicidad de ésta jornada alentó al ministro español para llevar á efecto la segunda parte de su plan. Habia sobrados fundamentos para creer que se trataba de la reunion de la Sicilia á los dominios de la casa de Austria, mediante cierta indemnizacion que se prometia al duque de Saboya en Lombardía. La corte de España se interesaba en impedir semejante incorporacion, como que ademas de aumentar la prepotencia de un enemigo suyo, destruia el equilibrio de fuerzas, bien ó mal establecido por el tratado de Utrech; y no hallandose el duque de Saboya en estado de resistir á las violencias de las potencias mediadoras en aquel concierto, ó por mejor decir, debiendo temerse todo de su excesiva deferencia, parecia indispensable que el gobierno español se encargase del empeño. En esta ocasion hizo conocer Alberoni á la Europa entera los prodigiosos recursos de esta monarquía. Cuando todos la creian abatida, aniquilada, incapaz de hacer el menor esfuerzo despues de una guerra tan larga y dispendiosa, quedaron sorprendidos de ver en sus puertos pre-

parada en menos de tres meses, y sin extraordinario gravámen de los pueblos, otra nueva espedicion de mas de treinta naves perfectamente tripuladas y equipadas. Tan formidable armamento, y el inviolable secreto con que ocultaba Alberoni sus designios, no podian menos de acrecentar los rezelos de las demas potencias; y cada una se creyó con derecho á exigir una declaracion formal y positiva sobre el verdadero objeto. Inglaterra y Holanda, poco satisfechas de las esplicaciones del ministerio español, se unieron con la Alemania para prevenir las consecuencias de la misteriosa política de aquel; pero ni tan poderosa coalicion, ni sus apresurados aprestos militares, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas, fueron bastantes á impedir que la escuadra preparada desembarcase en Sicilia treinta mil hombres, ni que estos se apoderasen de casi toda la isla en poco mas de dos meses. El suceso hubiera sido completo á no haber sido destruída la escuadra española por una inglesa, que la sorprendió delante de Siracusa; si el duque de Saboya, sin fuerzas para defender sus dominios, no hubiese accedido á la triple alianza; y si la Francia no se hubiera declarado tambien por ella contra los intereses de un nieto de Luis el Grande, que á tanta costa habia ella misma establecido sobre el trono de Cárlos V.

Pero la política del duque de Orleans era muy diferente de la de Luis XIV; y su conducta pareció desde luego tan sospechosa al gabinete español, que Alberoni concibió la idea de despojarle de la regencia, estendiendo sus miras á que recayese en don Felipe como pariente mas inmediato al príncipe reinante. El proyecto no podia menos

de lograr aceptación donde eran muchos los que sufrían con impaciencia el despotismo del duque. Con el mayor secreto se fraguó una conspiración, á cuya frente se vieron personas de las mas distinguidas por su clase y por su carácter; y los planes fueron con tal destreza combinados, que con dificultad hubiera podido traslucirse cosa alguna, á no haberse estraviado unos pliegos muy importantes que dirigia á Madrid el embajador de España príncipe de Celamare. Esta fatal casualidad hizo conocer al regente la intriga en toda su estension; fácilmente descubrió su autor, y tomó de aquí un pretexto para abrazar sin rebozo las intenciones de la liga, declarando á España la guerra.

Por fortuna no fue larga; pero tampoco feliz. Los franceses, bajo las órdenes del mariscal de Berwick, penetraron en Navarra, se apoderaron de Fuenterrabía, de San Sebastian, y aun se hubieran hecho dueños de toda la Navarra y Vizcaya, á no haber convertido sus armas contra Cataluña. Una escuadra española, destinada á hacer un desembarco en Escocia, fue dispersada y destruida por los vientos; pero los ingleses, mas afortunados, lograron saquear y destruir el puerto de Vigo. En Sicilia fueron deshechos los imperiales en repetidas ocasiones, y singularmente en la batalla de Francavila; pero ninguna de estas victorias fue bastante para impedir sus progresos y que en brevísimo tiempo recobrasen una gran parte de la isla. A vista de semejantes desgracias el cardinal Alberoni, estimado poco antes como un genio benéfico que habia sabido sacar á España del letargo en que yacia, é inspirarla nuevo vigor, me-





Felipe V renuncia la corona.

Quando, sossegadas las discordias políticas, y cuando el Príncipe D. Luis, parecía que Felipe V podía disfrutar ya de un trono que casi había conquistado, sorprendió al mundo cediendo la corona en el Príncipe para hacer vida retirada. Dexar esta corona quando intentaron arrebatarársela cubia en el despecho; pero defenderla, y cederla despues de asegurada, solo es de almas muy grandes.

reció únicamente el concepto de un maquinador imprudente. El rey empezó á disgustarse de su conducta; y dando oídos á las reclamaciones de las cortes, á quienes su política llenaba de rezelos, le retiró del ministerio, le desterró de sus dominios, y no trató sino de salir con el honor posible de tan apuradas circunstancias. Al momento empezaron las negociaciones para la paz. Felipe V accedió á la cuádruple alianza, y aceptó el tratado hecho en Lóndres en 1717 por las potencias beligerantes, en virtud del cual debia la corte de España restituir la Cerdeña y la Sicilia, convenir en el cambio de una por otra entre el emperador y el duque de Saboya, quedando asegurada al infante don Carlos, habido en el segundo matrimonio del rey don Felipe, la sucesion inmediata á los estados de Parma y de Toscana.

Por este medio se concluyó en 1720 esta guerra de dos años. En el siguiente se ajustó el casamiento del príncipe de Asturias don Luis con doña Isabel de Orleans, hija del duque regente; y en 1724 admiró á toda la Europa la inopinada resolución que tomó el rey don Felipe de renunciar la corona en el mismo don Luis, retirándose con su esposa y una reducida servidumbre al real sitio de San Ildefonso, donde habia construido un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Pero Luis I, cuyas bellas cualidades anunciaban un venturoso reinado, falleció de viruelas antes de cumplirse un año, y á los diez y siete de su edad; y Felipe V, estrechado por la reina, la nobleza y los tribunales, que en nombre de la nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas del gobierno, tuvo la generosidad de rendirse á sus instancias,

1720.

1724.

abandonando la tranquilidad de su apreciable retiro por las agitaciones de la corte, y las inquietudes inseparables del trono.

Entonces tuvieron fin las contestaciones que en medio de la paz, y desde el año de 1720, traian agitados á los gabinetes de la Europa. La corte de España, accediendo al tratado de Lóndres, no pudo menos de reclamar el gravámen que por él se pretendia imponer á los estados de Parma y de Toscana, haciéndolos feudatarios y dependientes del Imperio, que para esto alegaba sus antiguos derechos de la corona de Lombardía; y las potencias mediadoras en este concierto, á saber, la Inglaterra, la Francia y la Holanda, creyeron conveniente remitir la conciliacion de las respectivas pretensiones á un congreso, que en 1721 se convocó en Cambray. Jamas se vieron tantas intrigas, tantos zelos, ni tanta desconfianza. Parecia que los intereses de los particulares habian hecho mudar de aspecto aun á los intereses de todas las naciones. En vez de convenirse, se aumentaron las discordias y las contradicciones; y claramente se reconoció que las potencias solo aspiraban á engañarse reciprocamente. La corte de España, constante en pretender la exencion de toda feudalidad, y el emperador por otra parte igualmente constante en no ceder un punto de sus supuestos derechos, proporcionaban á los demas contratantes ocasion favorable de apurar todos los recursos de su artificiosa política para sacar de esta contienda un ventajoso partido. Por otra parte los intereses de la Gran Bretaña no eran conciliables con los de su soberano. Las utilidades de un comercio activo hacian desear á los negociantes ingleses la sínce-

ra correspondencia con los españoles; pero la conservacion del Hannóver, y la esperanza de conseguir la investidura de Brena y Werden, con que lisonjaba el emperador al rey Jorge I, le obligaban á guardar con él toda consideracion. Francia, como la menos interesada en esta negociacion, procedia con una lentitud que se hizo sospechosa; y el matrimonio de doña Isabel de Orleans con el príncipe don Luis aumentó los rezelos y la desconfianza de la Inglaterra y del Imperio, que veian con temor restablecerse entre las dos casas de Borbon la armonía que habia reinado en tiempo de Luis XIV y que haria preponderarse hácia esta parte la balanza del equilibrio. Poco satisfecha la España de las potencias mediadoras, hacia los mayores esfuerzos para entablar directamente con el duque de Parma y el de Toscana una convencion particular sin el concurso de los demas soberanos; y estaba ya nombrado para pasar á estas dos cortes el marques de Monteleon, cuando la inopinada muerte de Luis I suministró á los gabinetes motivo de nuevas combinaciones.

El infante don Carlos se habia acercado mas á la sucesion de España, y nada tenia de repugnante que algun dia pudiese la corona recaer en su cabeza, á pesar de hallarse precedido por su hermano mayor el príncipe don Fernando. Este acontecimiento sirvió á las cortes mediadoras de pretesto para subir el tono; y aun los españoles manifestaron alguna repugnancia á que se alejase del reino á un príncipe que fácilmente podria llegar á ser su soberano. Obraban por consiguiente los gabinetes de Viena y de Madrid con una política rezelosa, que sin lograr sus intenciones, los hacia in-

sensiblemente esclavos del que pretendia dar la ley; pero últimamente, sucediendo á las intrigas la reflexion, y conociendo la corte de España que sin la intervencion de la casa de Austria no era posible asegurar al infante la sucesion á que le llamaban los derechos de su madre, y á que le habia destinado la cuádruple alianza, resolvió dirigir á este efecto todas sus operaciones directamente y sin ninguna mediacion. Las cosas estaban tan fuera de su centro, que la corte de Madrid se puso en manos de la de Viena, su competidora, con cuyo objeto pasó secretamente á esta capital el baron de Riperdá.

Este era un holandés de bastante talento y actividad, que habiendo residido en España en calidad de embajador de los Estados generales, fue despojado de este carácter por haber abrazado la religion Católica Romana. El cardenal Alberoni le tomó bajo su proteccion, le admitió en su confianza, y las luces que habia manifestado en diversas ocasiones le hicieron parecer á propósito para desempeñar la importante comision de transigir las diferencias de las cortes de España y de Alemania. Bajo el pretesto de buscar buenos tegedores de paños, en cuyas manufacturas era sin duda muy inteligente, se presentó en Viena; y sin que ninguno de los ministros de las demas potencias pudiese traslucir cosa alguna del proyecto, concertó en 1725 con el príncipe Eugenio de Saboya un tratado de paz entre Felipe V y Carlos VI, que si bien tenia por basa al de Lóndres, le modificaba en algunos puntos. Riperdá, considerado á su vuelta como un genio benéfico y númen tutelar que habia sabido poner fin á una enemistad de veinte y cinco años,

fue colmado de honores, creado duque, grande de España, y habilitado para despachar como primer ministro todos los negocios de la guerra, de la marina y de la real hacienda. Su conocido talento para la direccion de las fábricas y manufacturas, le proporcionó igualmente la inspeccion de todos los ramos de la industria nacional; y los adelantamientos y mejoras, que se advirtieron desde luego, anunciaban como muy próxima la época en que la España redimiria la servil dependencia en que la tenían las fábricas extranjeras.

Es creible que se hubiera cumplido tan lisonjero pronóstico si Riperdá hubiese podido conservar por largo tiempo su privanza; pero el mismo favor que disfrutaba le grangeó infinitos y poderosos enemigos que supieron aprovechar las ocasiones de desconceptuarle con el rey y con la nacion. Por otra parte es preciso confesar que su capacidad no era proporcionada á una administracion tan vasta; y que poco instruido del carácter nacional, del de el gobierno, y de sus relaciones políticas, era preciso que incurriese en desaciertos que podrian ser de consecuencia. Fue pues separado de los negocios, retirado de la corte y conducido preso al alcázar de Segovia, donde, no ofreciendo su conducta materia para hacerle causa, permaneció algun tiempo, hasta que una jóven española le facilitó la evasion, Con ella pasó á Portugal, de allí á Inglaterra, y últimamente se retiró á Holanda, huyendo de la envidia que le perseguia por todas partes; pero ni aun aquí se consideró seguro, pues España le reclamaba como reo de Estado; y temiendo ser víctima de la política ó del interes, solicitó un asilo en Rusia. Entre tanto se le proporcio-

nó un establecimiento en Marruecos por medio del embajador residente en la Haya ; y viendo que en Europa se le negaba un miserable retiro , pasó á aquella regencia , donde despues de infinitas aventuras , dignas de una novela , murió en Tetuan, víctima de sus pesares y melancolía.

La novedad del secreto é imprevisto concierto de Viena , sorprendió á las cortes mediadoras ; y llegó á rezelarse que esta repentina conciliacion entre unas potencias por tanto tiempo enemigas , tenia por objeto algun proyecto de importancia contra la independenciam y seguridad de todas las demas. Francia é Inglaterra , para contrarrestar la estrecha union que empezaba á manifestarse entre los dos gabinetes , español y austriaco , hicieron en Hannóver un tratado de alianza defensiva con la Holanda y la Prusia. Casi á un mismo tiempo zarparon de los puertos de la Gran Bretaña tres escuadras con direccion al Báltico, á la América y á las costas de España. Los franceses cometieron la grosería de devolver á la infanta doña Mariana Victoria , hija de Felipe V , que habia pasado á París destinada á ser esposa del jóven Luis XV, con el pretexto de que aun era muy niña y de que no podia el reino esperar mucho tiempo un heredero entre innumerables contingencias ; y por via de represalias devolvió igualmente la corte de España á Madamoiselle de Beaujelois , hija del duque de Orleans , tratada de casar con el infante don Carlos. Los ingleses bloquearon á Portobelo , y los españoles emprendieron el sitio de Gibraltar. En una palabra , la Europa entera se veia amenazada de nuevas calamidades ; pero el pacífico carácter del cardenal de Fleuri , primer ministro de Luis XV,

suspendió la guerra cuando parecia mas inevitable; conservó la gloria de los españoles, haciendo que voluntariamente levantasen un sitio en que era de temer quedase obscurecida; y despues concilió los intereses respectivos por via de convenciones amistosas, manejandose de modo que poco á poco se disolviese la estrecha alianza entre Madrid y Viena, y que se renovase la desconfianza de la casa de Austria con el temor de perder sus estados de Italia si permitia la introduccion de tropas españolas en los ducados de Parma y de Toscana, como la España solicitaba desde mucho tiempo. Ultimamente, el tratado de Sevilla, ajustado por los años de 1729 entre la España, Francia é Inglaterra, acabó de estrechar mas las relaciones de estas potencias, y de aumentar el desabrimiento de la corte de Viena. Transcribiremos los principales artículos de que consta por su influencia en los acontecimientos posteriores.

1729.

Se permitia al rey Católico la introduccion de seis mil españoles de guarnicion en las plazas de Liorna, Porto Ferrayo, Parma y Plasencia, los cuales serian mantenidos á su costa, para seguridad de la inmediata sucesion del infante don Carlos en aquellos estados y poder resistir á cualquiera que intentase contradecirla.

Se obligaban las potencias contratantes á mediar con los actuales poseedores de dichos estados para que admitiesen las guarniciones sin repugnancia, conservando estos su dignidad y soberanía. Las tropas prestarian juramento de defender las personas de los mismos poseedores, sus bienes y súbditos, en cuanto no contrariase la sucesion del infante don Carlos, y de no mezclarse en cosa al-

guna del gobierno político, civil ó militar bajo de ninguna forma ni pretesto.

El rey Católico se obligaba á retirar de dichas plazas sus tropas, asegurada que fuese en su hijo la sucesion en aquellos estados.

Las potencias contratantes prometian mantener al infante en la sucesion referida, despues de lograda, y defenderle de cualesquiera insultos, contra cualesquiera potencias que intentasen inquietarle, declarandose garantes perpetuos del derecho, sucesion y posesion del mismo serenísimo señor infante y sus sucesores.

Se permitia lugar y tiempo para que los holandeses y demas potencias accediesen á este tratado, si lo estimasen de su interes.

Las Provincias Unidas accedieron sin dificultad; pero el emperador no solo se negó abiertamente, sino que para impedir la introduccion de los seis mil españoles en los estados de Parma y Toscana, hizo pasar á Italia mas de ochenta mil hombres, reforzó las guarniciones de sus plazas, é intimidó á la Europa con la actividad de sus preparativos. Las potencias aliadas, al ver sus disposiciones, procuraron tambien ponerse en estado de obligarle á admitir las capitulaciones del concierto de Sevilla; pero como unos y otros temian comprometerse en una nueva guerra sin esperanza de ventaja conocida, ninguno se atrevia á ser el agresor, y todos deseaban una composicion amigable. Por todas partes cruzaban correos con propuestas; se multiplicaban las memorias y justificaciones entre las cortes; pero ya estaba para espirar el término prescrito para la egecucion del tratado, y la paz de la Europa aun se mantenía en tan dudosa

situación. Probablemente aquel concierto hubiera sufrido la misma suerte que los que le habian precedido, sin llegar el caso de observarse, á no haber ocurrido en 1731 la muerte del duque de Parma Antonio Farnesio, último varon de su familia. No dejaba sucesion; pero suponiendo que quedaba en cinta su esposa la duquesa, nombró por heredero al póstumo, y en su defecto al infante don Carlos su sobrino segundo, hijo de la reina de España su sobrina tambien. El conde de Stampa, general austriaco, introdujo inmediatamente seis mil hombres en aquel estado, y tomó posesion de él en nombre de Carlos VI, declarando que le restituiria al infante, en caso de que no se verificase el preñado de la duquesa, ó naciese una hembra. Semejante invasion puso en consternacion á todos los pueblos de Italia, y particularmente á los de Toscana, que se consideraban espuestos á la misma suerte en el punto en que falleciese el gran duque Juan Gaston, dejandoles en tal incertidumbre. Los alemanes eran generalmente aborrecidos por las vejaciones que habian egercido en mucha parte de la Italia, durante la guerra que sostuvieron desde 1688 hasta 1697, y en la de la sucesion de España: pues exigian por fuerza víveres, dinero y forrages, gravando á los miserables pueblos y á los príncipes con exorbitantes imposiciones á la sombra de los antiguos títulos de feudalidad, y del supremo dominio de los Césares de Germania sobre la Italia. Pero al fin la preñez de la duquesa viuda se desvaneció, cual se rezelaba; y mediante un tratado, hecho en Viena á fines de Setiembre del mismo año, salió de Barcelona una escuadra española, combinada con otra

inglesa, que condujo la persona del infante á Liorna, le puso en posesion de su nueva herencia, y le hizo reconocer sucesor inmediato en el ducado de Toscana;

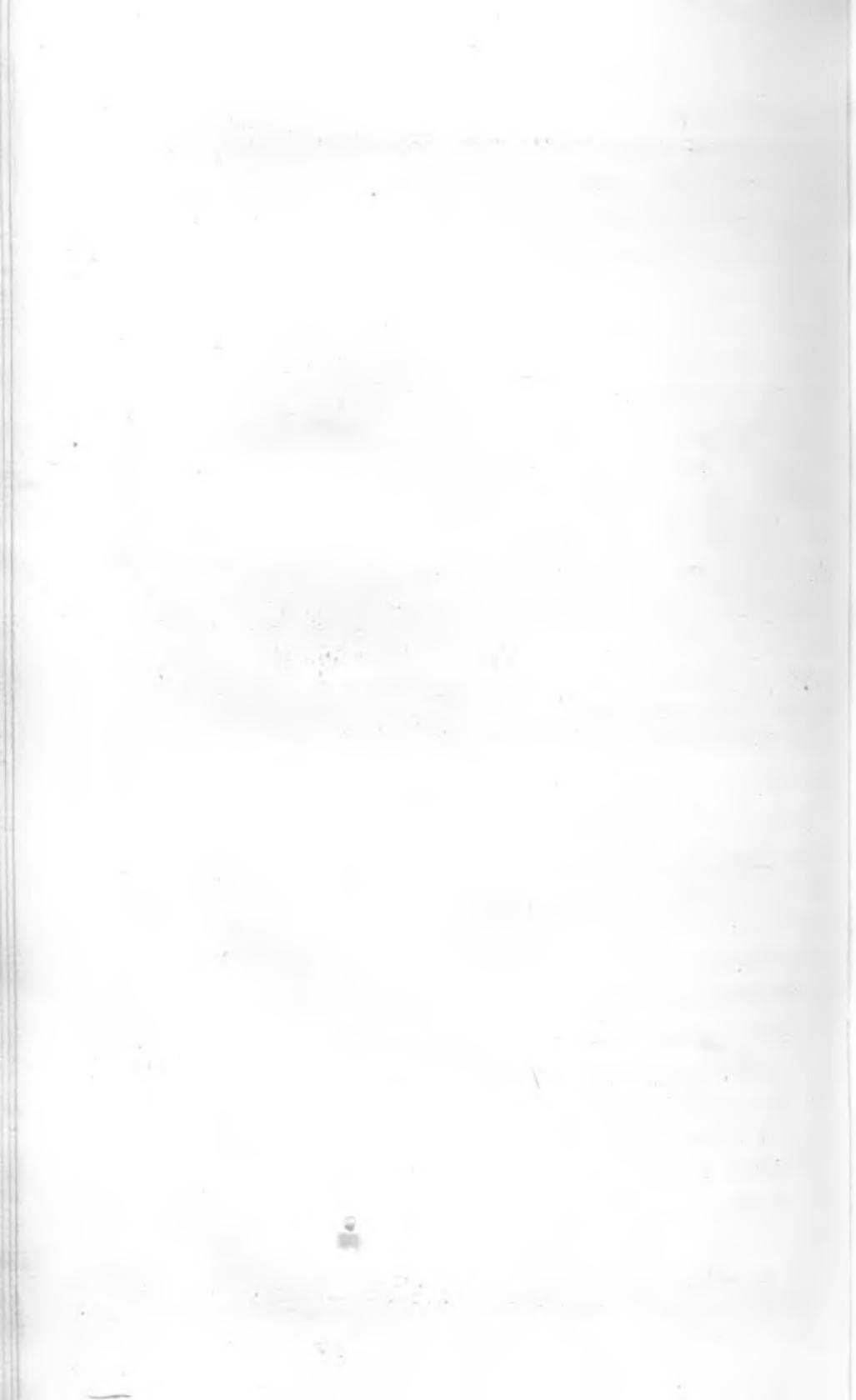
Las públicas demostraciones de júbilo con que en Parma y Florencia fue recibido el infante, causaron no pequeños disgustos é inquietudes al emperador; que casi estuvo para retractarse del concierto que acababa de firmar. Crecieron sobremañera sus rezelos con la noticia que empezó á estenderse por la Europa de que España aprestaba una escuadra formidable, cuyo objeto se ocultaba bajo un impenetrable secreto. Temió por sus estados italianos; y no dudando que contra ellos se dirigia el golpe, procuró prevenirle poniendolos en el mejor estado de defensa; pero la escuadra española, surta en Alicante con mas de cincuenta mil hombres de desembarco, estaba destinada á empresa mas gloriosa: al recobro de Oran, ocupado por los moros mientras las armas de don Felipe se empleaban en arrojar á los aliados de lo interior de sus dominios. Confió el rey la egecucion al duque de Montemar; y este valeroso general correspondió dignamente á tan honrosa confianza. Presentarse delante de Oran, desbaratar un ejército de africanos, y hacerse dueño de la plaza fue obra de solo tres dias.

Empezaba la Europa despues de tantas agitaciones y calamidades á repararse de las pasadas quiebras, gustando los saludables frutos de una paz tan deseada, cuando un acontecimiento inesperado volvió á encender la antorcha de la discordia. Federico Augusto II, rey de Polonia, destronado por Cárlos XII, y restablecido por Pedro



Recobro de Orán.

Confiada por Felipe V al célebre Duque de Montemar la ardua empresa del recobro de Orán, correspondió este experto y valeroso General tan completamente á las esperanzas del soberano, que presentarse delante de Orán, desbaratar un formidable ejército de africanos, y hacerse dueño de la plaza, fué obra todo de solos tres dias. La pericia del General es casi una anticipada seguridad de la victoria.



el Grande, murió en 1733. El trono vacante no solo escitaba la ambicion de los pretendientes, sino que tambien llamaba la atencion de los confinantes interesados en la quietud de sus estados; los polacos, siguiendo los movimientos de su turbulenta constitucion, se dividieron en facciones, bien que la mayor parte se declaró por su compatriota Estanislao Lentzinsk, que ya en 1704 se habia ceñido aquella corona con la desgracia de ser despojado de ella por la Rusia en 1709. Los rusos y los alemanes hicieron sin embargo al mismo tiempo que otro partido procediese á nueva eleccion; y el hijo del difunto Augusto, sobrino del emperador Cárlos VI, sostenido por un grueso cuerpo de sajones, prevaleció á su concurrente, Diez mil rusos bien disciplinados, descendiendo á la Silesia y fronteras de Polonia, abatieron los brios del desgraciado Estanislao y de aquella nobleza guerrera, pero sin disciplina, que un exceso de libertad hacia juguete de los acontecimientos. Augusto III triunfó como su padre; y Estanislao se vió sitiado en Dantzik, de donde tuvo la fortuna de salvarse por entre mil peligros. Una casualidad le habia hecho suegro del rey de Francia; y por muy amigo de la paz que fuese el cardenal de Fleuri, ministro de Luis XV, el honor del rey y el del estado le imponian en la opinion pública la obligacion de sostenerle sobre el trono. Encendióse pues de nuevo en 1733 una sangrienta guerra, en que tomó parte el rey don Felipe, declarandose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon, y manteniendose neutrales Inglaterra y Holanda.

No es de nuestra inspeccion referir los pro-

gresos de las armas francesas por el Rhin y por la Lombardía; mucho menos cuando victorias mas interesantes nos llaman la atencion. Pasaron á Italia treinta mil españoles bajo la conducta del duque de Montemar, y á las órdenes del infante don Carlos, duque de Parma, nombrado por su padre generalísimo de las tropas españolas; y este florido y animoso ejército se dirigió contra el reino de Nápoles, penetrando sin obstáculo hasta la misma capital, cuyos habitantes recibieron con el mas vivo entusiasmo al jóven vencedor. Su júbilo creció al extremo, cuando á pocos dias recibió el infante un decreto de su padre, por el que le cedia todos los derechos que pudiese tener la corona de España sobre el reino de las Dos-Sicilias, con la facultad de coronarse y de constituir monarquía independiente. Habia ya cerca de doscientos y treinta años que el estado napolitano se hallaba reducido á ser una provincia de potencia estrangera, y á estar á la merced de unos vireyes que se mudaban á menudo y que no pocas veces preferian sus propios intereses á los de una nacion cuyo idioma apenas entendian y que era forastera para ellos. De aquí provinieron tantas revoluciones acaecidas en el discurso de este tiempo, como tambien la decadencia de las ciencias, de las artes, de la cultura, del ingenio y del comercio.

Entre tanto se habian reunido siete mil alemanes en el territorio de Bari; y habiéndose divulgado que presto debian incorporarse á ellos seis mil croatas, creyó necesario Montemar desalojarlos antes que se verificase tan peligrosa reunion. Partió pues inmediatamente con quince mil hombres hácia aquel parage; halló á los enemigos

atrincherados en las inmediaciones de Bitonto, y atacándolos con singular denuedo, quedó dueño del campo despues de una breve resistencia, que costó á los imperiales mas de dos mil hombres. Banderas, tiendas, artillería, municiones, todo quedó en poder del vencedor; y los pocos alemanes que se libraron de la muerte quedaron prisioneros, ó tuvieron que salvarse huyendo. A esta señalada victoria se siguió inmediatamente la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua, únicas plazas que habian opuesto alguna resistencia, y que faltaba conquistar; y quedando por este medio allanado todo el reino de Nápoles, se emprendió sin demora la ocupacion de Sicilia. Una escuadra española, compuesta de cinco navíos de línea, otras tantas galeras, trescientas naves de transporte, varias balandras y otros buques menores, con veinte mil hombres de desembarco al mando del duque de Montemar, se presentó delante de Palermo, que hallándose indefensa, reconoció inmediatamente por su rey á don Carlos. El general español pasó despues á Mecina, cuyos habitantes siguieron el egemplo de los de Palermo; pues su gobernador habia retirado las guarniciones de todas las fortalezas de esta plaza con el fin de defender la ciudadela, que no se entregó hasta el año siguiente de 1735. Trapaná y Siracusa se rindieron pocos dias despues que esta ciudadela; de modo que en toda la isla apenas quedó ni un solo alemán.

1735.

Una revolucion tan repentina inquietó á la Inglaterra y á la Holanda, y empezaron á manifestar rezelos del engrandecimiento de la casa de Borbon. Jorge II insinuó á las cortes beligerantes que ya era tiempo de dejar las armas; se consti-

tuyó mediador en sus querellas; y corroborando sus instancias con un considerable armamento, declaró que si España y Francia rehusaban convenirse en un tratado de paz general, atacaría unido con la Holanda, en fuerza de sus empeños con la casa de Austria, sus establecimientos en ambas Indias. Del emperador no se dudaba que admitiría desde luego esta mediacion; pues despojado, estrechado por todas partes, y reducido al mayor apuro, era consiguiente que desease poner fin á una guerra que no le ofrecia sino pérdidas y desastres. Francia por su parte tambien se mostraba dispuesta á entrar en negociacion; pues la edad avanzada del pacífico Fleuri, y el vivo deseo de dejar en la nacion un monumento glorioso de su ministerio, adquiriéndola alguna posesion nueva, le estimulaban á aprovecharse en un concierto de la superioridad de las armas francesas, mas bien que á esponerlas á nuevos riesgos con una nacion tan fuerte como Inglaterra. Pero España se hallaba muy distante de dar oidos á ninguna proposicion ínterin no se la asegurase la posesion de todos los dominios austriacos en Italia. Ya tenia destinado un cuerpo de veinte mil hombres contra la Lombardía; y el duque de Montemar, animado con la rapidez y felicidad de sus conquistas, amenazaba llevar sus armas hasta las puertas de Viena. El talento y energía de la reina doña Isabel habian puesto á la nacion en estado de hacer nuevas tentativas; y el gabinete de Madrid se mantenía en la firme resolucion de arrojar totalmente al emperador de los términos de Italia. Con este designio se habia puesto en marcha el ejército español desde Nápoles, y pasando por los Estados eclesiásticos y

la Toscana, se unió con el combinado Galo-Sardo, que ocupaba á la sazón la Lombardía; pero mientras se empleaban estos guerreros en la toma de Mantua, empezaron las negociaciones entre las cortes de Viena y de Versalles, y en 3 de Octubre del mismo año de 1735 se concluyó un tratado, á que hubo de acceder la de Madrid por no quedarse aislada y espuesta al resentimiento de todos. En él se concertó que Estanislao había de renunciar por segunda vez el trono de Polonia, aunque conservando el título y prerogativas de rey, indemnizándole con los ducados de Bar y de Lorena, que despues de sus dias deberian reunirse á la corona de Francia. Que en cambio se cederia la Toscana al duque de Lorena; pero que esta cesion no surtiria sus efectos hasta despues de la muerte del gran duque Juan Gaston, último vástago de la casa de Médicis. Que el reino de Nápoles y el de las Dos-Sicilias quedarian para don Carlos, con la obligacion de renunciar sus derechos á Toscana y Parma; cuyo último estado con el ducado de Plasencia pasarian á la casa de Austria, la cual podria incorporarlos á sus dominios en la Lombardía. Y por último, que al rey de Cerdeña se le adjudicarian los territorios del Tesino, y los feudos de la Lonhga, del Novarés, del Tortonés, ó del Vigevanasco, á su eleccion.

Así se concluyó esta guerra de dos años con grave sentimiento de Parma y de Toscana, que se veian privadas de un príncipe cuyas bellas cualidades prometian las esperanzas más lisonjeras, para caer bajo un gobierno que no les anunciaba sino miseria y esclavitud.

Felipe V parecia un príncipe destinado á vivir

en continua lucha, pues aun estaban sin cangear las condiciones del tratado anterior cuando se vió forzado á tomar de nuevo las armas. La Inglaterra, esa potencia cuya política ha sido constantemente abrogarse el imperio del mar, estender un comercio inmenso, y arruinar ó debilitar el de las demas naciones, provocó el resentimiento del gobierno español, que, vuelto ya de su letargo, no podia mirar con indiferencia el descaro con que á la sombra de ciertos tratados de comercio egercian los ingleses en los puertos de la América el mas considerable contrabando. Se quejó la corte de España, pero en vano; se multiplicaron los guardacostas para cortar los progresos del desórden; se apresaron con efecto algunos buques, en lo cual se excederian quizá los límites de la moderacion y de la justicia, inconveniente casi inevitable en semejantes circunstancias; pero de aquí empezaron á agriarse las contestaciones entre uno y otro gabinete. Felipe V fue sin embargo bastante generoso para ofrecer á la Gran Bretaña, por un tratado concluido en el Pardo, la indemnizacion de noventa y cinco mil libras esterlinas por los daños que pudiese haber sufrido injustamente; pero aun así no fue posible contener el orgullo que transportaba á los ingleses; y la querrela, que habia tenido principio del apresamiento de un barco, se estendió luego á otros objetos de mayor importancia. Empezó á disputarse sobre los límites de la Florida y de la Carolina; los ingleses levantaron el grito; cometieron hostilidades; y como ellas imposibilitaban á Felipe V para satisfacer la suma prometida, tomaron de aquí un pretesto para declarar la guerra en 1739.



El Inglés humillado.

En las costas de Provenza se avistó en el año de 1745 una esquadra española de 12 navíos con otra inglesa de 45; y trabado con fuerzas tan desiguales el combate, aunque la victoria quedó indecisa, quando dexó las aguas la esquadra inglesa vio humillado el orgullo de sus marinos con la necesidad de retirarse muy maltratados. Rara vez aprovecha la fuerza al albanero quando lidia con el pundonoroso.

Cuanto mas se examina la naturaleza del comercio , que deberia unir las naciones entre sí , y que no florece sino á la sombra de la paz , menos puede comprenderse esta manía de encender , por un objeto de comercio , guerras dispendiosas , cuyas ventajas nunca pueden compensar las pérdidas que ocasionan. Nadie puede estrañar que sobre el particular ocurran algunas disputas ; pero que en lugar de terminar amigablemente estas diferencias , sean para las naciones un motivo de recurrir á las armas , parece cosa muy difícil de conciliar con los principios de la razon , de la humanidad y de la política. En esta guerra el almirante Vernon invadió con un poderoso armamento las costas americanas ; se hizo dueño de Porto-belo , y arrasó sus fortalezas. Creyó serle igualmente fácil apoderarse de Cartagena de Indias ; pero las tropas españolas acaudilladas por su gobernador don Sebastian de Esloba , rechazaron sus ataques con singular denuedo y le obligaron á abandonar la empresa. Igual suerte sufrió en la isla de Cuba , donde tuvo que reembarcarse precipitadamente con pérdida considerable. No esperimentó mejor fortuna otra escuadra inglesa que se presentó delante de la Guayra y de Puerto-Cabello en la provincia de Venezuela , de donde hubo de retirarse bien escarmentada ; y en una batalla naval , que en 1744 se dió en las costas de Provenza , solos doce navíos españoles humillaron la arrogancia de la Gran Bretaña , haciendo frente á cuarenta y cinco ingleses , que hubieron de retirarse muy maltratados dejando indecisa la victoria.

Durante esta guerra que casi toda fue marítima , empezó otra por tierra en Italia contra los

1740. imperiales. Murió en 1740 el emperador de Alemania Carlos VI, último varón de la casa de Austria, dejando por heredera á su hija María Teresa, gran duquesa de Toscana, que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio, y fue reconocida reina de Hungría; pero al momento aparecieron dos competidores, que poniendo en combustion la Europa, redujeron á aquella princesa á la situacion mas crítica. El elector de Baviera pretendia la sucesion en virtud del testamento de Fernando I y en representacion de su cuarta abuela, instituida en defecto de varones de la casa de Austria. La pretendia tambien el rey de Polonia, elector de Sajonia, alegando los derechos de su muger, hija mayor del emperador José, hermano de Carlos VI. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del elector de Baviera; el rey de Cerdeña se declaró por la reina de Hungría; y aunque Felipe V aspiraba tambien al todo de la herencia por descendiente de la reina doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, é hija del emperador Maximiliano II, el temor con que verian las potencias europeas á una rama de la casa de Borbon pretender toda la herencia de la de Austria, le obligó á modificar sus pretensiones, limitándose á las provincias que María Teresa poseía en Lombardía, y á establecer en ellas al infante don Felipe, hijo segundo de su segundo matrimonio, así como lo habia hecho en Nápoles con el infante don Carlos.

1741. A fines del año de 1741 partieron á Italia bajo las órdenes del célebre duque de Montemar quince mil hombres, los cuales se incorporaron en Orbitelo con igual número de auxiliares, que pro-

porcionó el rey de Nápoles; pero precisado aquel digno general á seguir unos planes mal concertados y peligrosos, no pudo impedir que los austrosardos ocupasen los ducados de Módena y Reggio, cuando á haber tenido libertad para obrar, en una sola campaña, y quizá sin disparar un fusil, hubiera podido apoderarse de toda la Lombardia. Su prudente conducta, que mereció el elogio aun de los mismos enemigos que estaba acostumbrado á vencer, se interpretó siniestramente; y desfigurada por la envidia con los mas feos coloridos, sirvió de pretesto para desgraciarle con la corte, y quitarle el mando del ejército. Tampoco fue mas afortunado el infante don Felipe; pues debiendo penetrar en Italia por la Saboya, que habia abandonado el rey de Cerdeña por cubrir otros puntos mas importantes, tuvo que contentarse con pasar el invierno en la capital de aquel ducado. El rey don Carlos se mantenía neutral; pues no habia creído que enviando un cuerpo de tropas auxiliares al ejército de su padre, se le habia de considerar como potencia beligerante; pero los ingleses, á la sazón en guerra con la España, y declarados por la reina de Hungría, se presentaron con una escuadra delante de Nápoles, y amenazaron de bombardear esta capital si el rey no prometia retirar sus tropas del ejército español. Una hora de término se le concedió para deliberar; y no hallándose don Carlos en estado de defensa, se vió precisado á tolerar este insulto, y á firmar la promesa de retirar sus tropas. Tal es la superioridad inherente al imperio de los mares.

En 1743, el conde de Gages, sucesor de Montemar, en cumplimiento de las órdenes de la corte

de España, pasó tranquilamente el Tanaro con ánimo de atacar á los austro-sardos, llamar por este lado la atencion del rey de Cerdeña, y facilitar la entrada en el Piamonte al infante don Felipe. Noticiosos los enemigos de este movimiento, le esperaron á pie firme en las inmediaciones del lugar de Campo-Santo; y allí se dió una sangrienta batalla, que costó muchos guerreros á los dos egércitos, los cuales ambos se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que los españoles volvieron á Bolonia con las compañías disminuidas y sin oficiales, con carros llenos de heridos, y los equipages desordenados, funestos testimonios del sangriento combate. Conociendo Gages que con las débiles fuerzas á que habia quedado reducido su egército, ya por esta accion, ya por la retirada de las tropas napolitanas, ya por la desercion, ya finalmente por las dolencias, no estaba seguro cerca de un enemigo que, por el contrario, se enrobustecia diariamente con considerables refuerzos, anduvo casi todo un año retirándose, haciendo alto, marchando y combatiendo por el Boloñés, Ferrarés y Marca de Ancona, hasta que estrechado por el general Lobkowitz á la frente de treinta mil hombres, hubo de refugiarse en el reino de Nápoles, manifestando á don Cárlos los motivos que le habian precisado á violar la neutralidad de sus dominios. El compromiso era de los mas fuertes para este soberano, y dudó por algun tiempo del partido que deberia tomar; pero últimamente, convencido por los movimientos del egército austriaco, de que las intenciones de María Teresa eran apoderarse igualmente de las Dos-Sicilias, pensó sin dilacion en prevenirlas, y resolvió pasar en

persona á auxiliar al ejército español , reuniendo el suyo para la comun defensa.

Incorporadas las tropas napolitanas con las españolas , y deseando don Carlos libertar á sus pueblos de las calamidades de la guerra , se introdujo en los Estados pontificios con ánimo de esperar al enemigo en ellos , é impedirle la entrada en el reino, que al parecer proyectaba. A este fin recogió toda su gente hácia Veletri , estableciendo su cuartel general en aquella ciudad , situada sobre una eminencia á seis leguas de Roma , estendiéndose por aquellos contornos y el monte de los Capuchinos. Lobkowitz se dirigió tambien hácia este punto con resolucion de desalojar al príncipe ; pero reconociendo su ventajosa situacion no se atrevió á embestirle en sus mismas trincheras , y tuvo que contentarse con acampar á la vista , quedando separados ambos ejércitos por un valle profundo. Las escaramuzas eran frecuentes , pero nada decisivas ; si bien para don Carlos no dejaba de ser ventajoso contener al enemigo , y conservar , á pesar de sus esfuerzos , la comunicacion con los países que tenia á sus espaldas. Así permanecieron por algun tiempo , cuando de improviso Lobkowitz , sugerido por el general Brown , determinó efectuar en Veletri la misma sorpresa que en Cremona habia egecutado el príncipe Eugenio por los años de 1702 ; y no hay duda que á haber correspondido el éxito , hubiera concluido gloriosamente la campaña y aun la guerra , quedando dueño del reino de Nápoles y de su soberano. Al amanecer del dia 11 de Agosto de 1744 acometieron la ciudad por diferentes puntos seis mil austriacos , conducidos por el mismo Brown ; fueron muertas las descuidadas

centinelas , pasados á cuchillo cuantos intentaban defenderse , y los que no se salvaban por la fuga caian en poder del vencedor. Todo era consternacion , todo terror : solo un momento faltaba para decidir de la suerte ; las tropas alemanas inundaban las calles y las plazas , é iban ya á asaltar la morada del príncipe don Cárlos , cuando este , apenas despierto y mal vestido , tuvo la fortuna de ponerse en salvo por entre los arcabuces enemigos , y refugiarse con el duque de Módena en el monte de los Capuchinos. Perdido este golpe , todo lo demas era de menos importancia ; y por otra parte los austriacos , en vez de perseguir á los fugitivos , se entregaron al pillage tan prematuramente , que volviendo en sí los españoles y napolitanos , dieron sobre ellos con singular denuedo , sembraron las calles de cadáveres , arrojaron á los agresores , y recuperaron la ciudad. Entre tanto Lobkowitz asaltó con nueve mil hombres los atrincheramientos del monte de los Capuchinos ; pero la gente estaba ya sobre las armas , y todas sus ventajas se redujeron á ocupar algunos puestos. El fuego de los españoles fue tan vivo y tan bien dirigido , que cuantos alemanes abanzaban , rodaban muertos hasta el fondo del valle , en términos que , después de una porfiada lucha , se vió obligado Lobkowitz á retirarse abandonando los puestos ocupados. Concluida la escena , cada una de las partes ensalzaba desmesuradamente las pérdidas de la otra ; pero los mas convienen en que los austriacos perdieron dos mil hombres , y el ejército combinado cuatro mil , con once banderas , muchos bagages , utensilios y caballos. La gloria fue igual ; porque si no puede negarse á los austriacos el ho-

nor de haberse aventurado á una de las mas árdudas y memorables hazañas, es preciso conceder tambien á los españoles y napolitanos el de haber sabido defenderse con el denuedo y bizarría correspondientes á tan apurado lance.

Sin embargo las cosas no por eso mudaron de semblante. Ambos egércitos permanecieron, por espacio de mas de dos meses, observándose recíprocamente; pero sin intentar accion de consecuencia, hasta que convencido Lobkowitz de la imposibilidad de penetrar en el reino de Nápoles, como vanamente se habia lisonjeadó, levantó el campo; y enviando á Liorna los enfermos con dos crecidos cuerpos de tropas, tomó aceleradamente el camino de Roma. El rey de Nápoles, que con tanta constancia habia sufrido tantas incomodidades, léjos de ceder á sus enemigos el lauro, se puso en seguimiento suyo con diez y ocho mil hombres; y aunque se le huyeron de las manos, consiguió ahuyentarlos de los Estados pontificios.

Entre tanto el infante don Felipe, á quien el rey de Cerdeña habia arrojado de la Saboya, sostenido por un egército francés á las órdenes del principe de Contí, pasó el Var, rio que divide la Italia de la Francia; sometió el condado de Niza; y forzando los fuertes y terribles atrincheramientos que en los Alpes se oponian á sus progresos, franqueó el paso de Villafranca, considerado como una de las mejores barreras del Piamonte, y se introdujo hasta Montalban por entre mil peligros. Allí asaltando con singular denuedo unas fortificaciones situadas sobre una escarpada roca, consiguió desalojar al rey de Cerdeña, que detras de este puesto animaba con su presencia á las tropas;

se apoderó despues de Castel-Delfin ; penetró hasta Dumont en el valle de Stura ; se hizo dueño de esta fortaleza respetable por su situacion , y bien defendida por el arte ; desembarazó las llanuras del Piamonte , y puso sitio á Coni.

Tan rápidos progresos por entre obstáculos casi insuperables , y tantos sucesos brillantes , inspiraban una engañosa confianza , que se aumentó con una victoria. La guarnicion de Coni , haciendo una salida , atacó á los sitiadores dentro de sus mismas trincheras ; y aunque la acertada combinacion de sus planes la aseguraba al parecer la victoria , halló una resistencia que no habia podido figurarse , y se vió en la precision de refugiarse apresuradamente en la plaza , dejando mas de cinco mil hombres en el campo. A pesar de todo , los rigores de la estacion (era por el mes de Octubre) las inundaciones y las dificultades , que hacen tan peligrosa la guerra de Italia cuando se tiene por enemigo al señor de los Alpes , obligaron al ejército combinado á levantar el sitio y á repasar los montes.

Si pudo semejante contratiempo malograr las ventajas de tan gloriosa campaña , no por eso fueron menos rápidos los progresos de la siguiente de 1745. Génova , que hasta entonces habia observado una escrupulosa neutralidad , precisada á abandonarla por conservar su independenciam política y la integridad de su territorio , hizo un tratado con la España ; y las tropas que mandaba el infante , sostenidas por diez mil genoveses , hallaron el paso franco por los estados de esta república para penetrar en Lombardía. El conde de Gages , con órden de la corte de Madrid , despues

de haber perseguido á los austriacos hasta Módena, pasó el Apenino; se introdujo tambien en el estado de Génova; y cerca de Alejandria de la Palla se incorporó con el egército del infante, que ascendia entonces á cerca de noventa mil hombres. Con tan respetables fuerzas rompió don Felipe por el Tortonés, que en breve quedó reducido á su obediencia. Por otra parte, un destacamento de diez mil españoles, entrando en Plasencia sin oposicion, rindió la fortaleza; pasó á Parma, y con la misma felicidad se hizo dueño de esta plaza. Las guarniciones austriacas quedaban prisioneras, ó se ponian en fuga sin aguardar á los vencedores; y los naturales de aquellos ducados, viéndose restituidos á la casa de Farnesio, se entregaban al mas vivo placer. El rey de Cerdeña, fortificado sobre el Tanaro junto á Bisignano, intentó disputar el paso al egército combinado, y se trabó una accion muy sangrienta; pero al fin fueron forzados los atrincheramientos y perseguidos los enemigos hasta Casal y Pavia. Estas dos plazas, la de Valencia, la ciudad de Asti y el Monferrato cayeron en poder de don Felipe, quien despues de arrojar á los austro-sardos de casi toda la Lombardía, entró en Milan sin resistencia. Era la tercera vez que esta ciudad habia mudado de dueño en el corto espacio de nueve años.

Por desgracia en la campaña siguiente de 1746 1746. la reina de Hungría, habiendo hallado medio de desembarazarse de los enemigos que habian tenido ocupadas sus fuerzas por la parte de Alemania, hizo refluir á Italia un considerable número de tropas aguerridas, y ocasionó una nueva revolucion de sucesos. Su primer golpe fue la sorpresa de

Asti, en la cual quedaron prisioneros cerca de seis mil franceses; y el ejército combinado, que por cubrir una estension de terreno desproporcionado á sus fuerzas, se encontraba sumamente enflaquecido, no pudo resistir al torrente impetuoso de enemigos, que inundaron toda la Lombardia. Fue preciso evacuar aceleradamente á Milan, Casal, Parma, Guastala, y cuanto en la campaña anterior habia conquistado don Felipe con tan crecidos gastos y tanta efusion de sangre, todo cayó en poder de los vencedores, poniendo el colmo á los infortunios la desgraciada batalla de Plasencia. Los austriacos mandados por el príncipe de Lichtenstein tuvieron la osadía de sitiarse al infante, que con las reliquias de sus tropas se habia hecho fuerte en aquella plaza; y como para salir de esta apurada situacion era preciso abrirse paso con la espada, se trabó una sangrienta batalla, en que quedaron dueños del campo los austriacos, perdiendo el ejército combinado muy cerca de nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Ya entonces no quedó otro recurso que una retirada pronta, cuyas disposiciones se dieron; pero estaba tan declarada ya la suerte, que aun la retirada costó una segunda batalla. Cerca del rio Tidona atacaron vivamente los austro-sardos al ejército de las tres coronas, y consiguieron una de las mas ruidosas y completas victorias.

En medio de estos desastres recibió el infante la inesperada y dolorosa nueva de la muerte de su padre don Felipe V. Un accidente apoplético acabó sus dias casi repentinamente en los brazos de la reina su esposa en 11 de Julio de 1746, á los sesenta y dos años de edad, dejando penetrada á la

nacion del mas vivo sentimiento. Era á la verdad un príncipe bien digno del amor de sus vasallos. Siempre se le encontró dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todos ramos. Restableció la disciplina militar; creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Carlos II la potencia que mas la necesita; reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no menos conducentes á la utilidad que al lustre de la monarquía. La real Biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de la nobleza, la Academia de la Historia, y la Española, cuyo instituto es la conservacion del puro language castellano, son otros tantos insignes monumentos de su piedad, providencia y liberalidad verdaderamente regia.

Entró inmediatamente á sucederle su hijo primogénito don Fernando VI, que desde 1729 se hallaba casado con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil. Este soberano, naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, se dedicó desde luego á proporcionar á sus pueblos tan importante beneficio; si bien no pudo conseguirlo hasta el año de 1748, 1748. en que por el tratado de Aquisgran ó Aix-la-Chapelle se completó la grande obra de la pacificacion general.

Entre tanto el marqués de la Mina, nombrado sucesor en el mando al conde de Gages, conociendo que el egército del infante no podia subsistir en Italia sin evidente riesgo de perderse todo, le fue poco á poco retirando al Genovesado, al Condado de Niza y á la Provenza, sin

poder evitar que la república de Génova, que como ya hemos visto, se habia manifestado aliada de la casa de Borbon, quedase al descubierto. El rey de Cerdeña se hizo inmediatamente dueño de todas sus riberas de poniente; los austriacos se acercaban apresuradamente á las murallas de la capital; y sus habitantes consternados se vieron en la necesidad de implorar la clemencia de los vencedores, sometiéndose á las condiciones mas duras. Orgullosos aquellos por su situacion, abusaron con demasiado rigor del derecho de la victoria; y el pueblo oprimido y tratado como esclavo, entró en furor, tomó las armas, y con los bríos que infunde la desesperacion, se hizo temible en pocos dias á los mismos opresores que le despreciaban. El marques de Botta-Adorno, general de los austriacos, que hubiera podido sofocar la rebelion desde sus principios, dió lugar con su inaccion á que un príncipe Doria, poniéndose á la frente de aquella multitud enfurecida, diese con intrepidez sobre su gente, la desbaratase, haciendo mas de cuatro mil prisioneros, y la obligase á pasar rápidamente el puerto de la Bochetta.

Este inesperado acontecimiento influyó no poco en la invasion de la Provenza, en donde ocuparon los austro-sardos mas de cuarenta leguas de pais, y en donde los españoles y franceses, unidos por el peligro comun, y reforzados con varios socorros, mostraron con denuedo el rostro á los invasores, y los precisaron á repasar el Var contra su voluntad y con bastante pérdida. Los austriacos entonces se arrojaron de nuevo sobre Génova, mandados por el general Scherlemburg, que tenia orden de su soberana para restablecer á

toda costa el honor de las armas imperiales. El rey don Carlos, que creyó ser decoro suyo sostener á aquella república moribunda, la socorrió inmediatamente con hombres, víveres, municiones y dinero; y tanto el desesperado valor de los genoveses, como la fuerte situacion de aquella capital, inespugnable mas por naturaleza que por arte, obligaron á los austriacos á levantar el sitio, y á retirarse al Piamonte.

Llegó por fin el tiempo en que las potencias europeas, cansadas de una guerra en que despues de tantas vicisitudes, con increíble efusion de sangre y de inmensos tesoros, se veian cada vez mas distantes de su objeto, trataron de poner fin á unas hostilidades que arruinaban á los pueblos sin utilidad conocida. Ocupado el trono imperial por el gran duque de Toscana, esposo de María Teresa, y siendo por la misma razon mas difícil privar á esta princesa de la herencia paterna, parecia que las potencias debian abandonar unas pretensiones irrealizables, y contentarse con aquellas ventajas que pudiesen reportar de una amistosa transaccion. Así, pues, á principios del año de 1748 se convocó un congreso en Aquisgran, en que, despues de varias contestaciones, quedó reconocida emperatriz de Alemania la reina de Ungría, recobrando el ducado de Milan; se cedieron al infante don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala, con la cláusula de reversion á dicha princesa en caso de que algun dia recayese en él la corona de Nápoles, por pasar don Carlos á la de España; y se concertaron con la Inglaterra ciertas diferencias que se habian suscitado sobre varios puntos de comercio.

Apenas empezó la España á descansar de las agitaciones y calamidades de la guerra antecedente, convirtió el pacífico monarca toda su atención á restablecer el comercio, á aumentar la marina y estender la navegación; á fomentar las manufacturas, á emprender la construcción de algunos caminos públicos y canales; y en suma á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico: tareas propiamente dignas de un soberano, que no perdía de vista la felicidad de sus pueblos, y que hacen mas honor á su reinado que al de otros príncipes muy celebrados sus brillantes conquistas y gloriosas expediciones. Los franceses é ingleses volvieron á encender la guerra en 1756; pero constante don Fernando en su saludable sistema, se abstuvo prudentemente de tomar en ella parte, empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio.

1753.

Débase á este benéfico monarca el concordato, obtenido en 1753 de la corte de Roma, que terminando las antiguas altercaciones sobre el patronato real, le dejó perpetuamente anejo á la corona; y desde entonces quedó asegurado al rey el derecho de presentar para las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España; á escepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la santa Sede. Se le debe tambien el establecimiento de la real academia de san Fernando, destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes pintura, escultura y arquitectura, como tambien la del grabado; pues aunque desde el año de 1744 habia ya aprobado su augusto padre don Felipe V una junta preparatoria, no se erigió en formal academia hasta ocho

años despues, enviándose á Roma algunos discípulos de ella para adiestrarse, así como á Paris algunos jóvenes pensionados por el real erario para perfeccionarse en el grabado de láminas y sellos, y en la delincacion de mapas geográficos. La salud pública le debe el establecimiento de un jardin botánico ó de plantas medicinales para la enseñanza de la juventud dedicada á tan interesante estudio; y por último, no omitiendo su zelo, verdaderamente paternal, medio alguno de fomentar la instruccion de sus vasallos, hizo viajar fuera de España, á sus espensas, sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones, que adquiriesen nuevas luces, y se hiciesen por este medio mas útiles á la patria.

Tales eran las ocupaciones de tan digno monarca, cuando de resultas de la pena que le causó la pérdida de la reina su esposa, que falleció en 27 de Agosto de 1758, le sobrevino una larga y penosa enfermedad de que murió en 10 de Agosto de 1759 sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos, que le habian considerado siempre como un númen tutelar destinado á hacer la felicidad de España, solo pudieron enjugarse con el consuelo de que habia de sucederle un hermano igualmente benéfico y amable, que en Nápoles habia ya sabido acreditarse verdaderamente digno del cetro.

Carlos III convencido por el escrupuloso examen de varios médicos y ministros de su corte de la absoluta incapacidad de su hijo primogénito el infante don Felipe, que afligido desde la infancia de continuos insultos de epilepsia, se hallaba sumergido en la mas lamentable estupidez, cedió con pública solemnidad la corona de las Dos Sici-

lias á su hijo tercero don Fernando, en quien por consiguiente se habian traspasado los derechos de segundo; y ciñéndole la misma espada que habia recibido del rey don Felipe al subir á aquel trono, le dijo estas notables palabras: "Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo y mi padre. Este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos."

Hizose á la vela de Nápoles para España la escuadra que conducia al nuevo soberano con la reina su esposa doña María Amalia Walburg, al príncipe de Asturias don Carlos Antonio, bajo cuyo feliz dominio vivimos en el dia, y á la demas familia real, quienes desembarcaron felizmente en el puerto de Barcelona, entre los alegres y festivos aplausos de los moradores de esta populosa ciudad. En ella apenas se detuvo el rey mas tiempo que el necesario para hacer como el primer ensayo de su clemencia, de su bondad y de su beneficencia, confirmando á aquellos naturales una gran parte de los privilegios que habian gozado antes de la rebelion de 1640, y de las guerras de sucesion. Continuó su viage por Zaragoza á Madrid, y las públicas demostraciones de gozo y de ternura con que fue recibido en la corte, acreditaron bien las justas esperanzas que habian fundado sus nuevos vasallos en la sabia administracion y admirable conducta del monarca.

En efecto, luego que empezó á dirigir los negocios políticos, hizo comprender cuan vivamente deseaba desterrar la perniciosa languidez que, casi sin poder evitarlo, se habia difundido durante la dilatada enfermedad de su difunto hermano. Dejó



El Monarca benéfico.

Después de perdonar Carlos III quanto debian á su Real erario por empréstitos recibidos en 106 años los labradores de Castilla la nueva, Murcia y Andalucía, para que acrecentasen sus sementeras les proveyó de granos que hizo conducir de países extranjeros á sus expensas. Se atraxo así las bendiciones del pueblo agradecido, y en ellas recibió aquella corona reservada solo para monarcas dignos.

en sus respectivos cargos á todos los antiguos empleados que no desmerecian su confianza ; y para consolidar mejor la de sus vasallos , mandó publicar un decreto arreglando el modo con que queria se pagasen las deudas de Felipe V su padre , y consecutivamente una nueva declaracion sobre el pago de las de la corona , que debia servir de norma para liquidar enteramente las de Cárlos I, Felipes II, III y IV, y de Cárlos II, las cuales ascendian á sumas inmensas , que en gran parte absorvian las mejores rentas. Una economía sabia y bien arreglada es tan útil á los estados como á las familias. Varias tierras las mas pingües y feraces yacian incultas á consecuencia de la dura calamidad de unos años demasiado escasos , que habian privado á los labradores , particularmente de Andalucía , Murcia y Castilla la Nueva , hasta de lo necesario para sembrar ; pero el próvido y magnánimo Cárlos , persuadido de que la agricultura es la fuente de la verdadera riqueza de los pueblos , no solo perdonó á aquellos colonos la considerable suma con que debian satisfacer al real erario los empréstitos de granos y dinero que habian recibido desde el año de 1648 hasta el de 1754 , sino que á sus espensas hizo conducir de paises estrangeros gran cantidad de granos , que distribuyó con generosa mano , para que pudiesen continuar y acrecentar sus sementeras. Convirtió despues sus cuidados al fomento de la marina , que habia encontrado en un pie bastante floreciente ; y la nacion aplaudia las justas disposiciones de su monarca , constantemente atento á restituir á la España aquel poder é influencia que habia tenido en los tiempos mas floridos.

Entre tanto la guerra suscitada en 1756 continuaba con furor increíble de la una á la otra estremidad del orbe. Los ingleses y franceses se combatian desesperadamente en el vasto espacio de los mares; pero habian conseguido los primeros tal superioridad sobre estos, que la marina francesa se hallaba casi aniquilada por repetidos descalabros y multiplicadas desgracias; y ademas del Canadá, Cabo Breton y la Martinica, casi todos los establecimientos del rey Cristianísimo en América estaban para caer en manos de los afortunados bretones. Esta nacion, altiva y orgullosa con sus victorias, parecia haber olvidado toda moderacion, y amenazaba tambien á los establecimientos españoles, pretendiendo disponer despóticamente del comercio de los vasallos del rey Católico. Ya las naves españolas habian sufrido repetidas veces la vejacion de ser detenidas, registradas, y en ocasiones despojadas por aquellos atrevidos isleños con un pretexto ú otro; y don Carlos, sin embargo de que hubiera deseado conservar la neutralidad que habia observado religiosamente, se vió en la precision de tomar las armas para vengar los insultos hechos á su pabellon, reprimir la insolencia de aquellos agresores, y poner á cubierto sus dominios de América de la ambicion de una potencia que no habia tenido reparo en atropellar los mas sagrados derechos de las naciones. A consecuencia en 1761 se firmó en Madrid un tratado de amistad y union, llamado *pacto de familia*, que tenia por objeto una recíproca defensa entre la Francia y la España; en el año siguiente se declaró formalmente la guerra á la Inglaterra; se espidieron las órdenes correspondientes para hacer salir al mar con la bre-

vedad posible todas las fuerzas navales ; se fortificaron los puertos mas importantes de la península; y últimamente , para quitar á los ingleses el abrigo de los de Portugal , sobre cuyo gobierno egercia el gabinete de Lóndres una influencia ilimitada , se le convidó á entrar en la liga , bajo el supuesto de que se le trataria como enemigo á no acceder á ello.

Sin embargo nada pudo obligar al rey de Portugal á que abandonase los intereses de su aliada la Gran Bretaña, aunque procuró deslumbrar al gabinete de Madrid con frívolos pretextos ; pero finalmente, convencido Carlos III de cuan infructuosos eran sus amistosos oficios, ordenó á sus tropas que invadiesen aquel reino. Los españoles penetraron libremente hasta Miranda, ciudad de la frontera, que cayó inmediatamente en su poder; de aquí se avanzaron á la provincia de Tras-os-Montes, cuyos naturales, habiendose sujetado primero y sublevándose despues, fueron tratados con el mayor rigor ; pero cuando á vista del odio inveterado de los portugueses á los castellanos debia esperarse alguna accion ruidosa , se redujo casi toda la campaña á pequeñas escaramuzas con suceso vario. No obstante , la corte de Lisboa, persuadida de su inferioridad, pidió auxilio á la Inglaterra , que inmediatamente la proporcionó diez mil hombres al mando del conde de la Lippa Buklemburgo, guerrero formado en la escuela del gran Federico II. Este experimentado general, que era sin duda muy capaz para reparar las quiebras padecidas y volver por el honor de las armas portuguesas, pretendió interceptar los víveres al ejército español, y lo consiguió en parte ; pero

no pudo impedir que el marques de Sarria, general de las tropas, derrotase completamente un destacamento de cinco mil hombres, apostados ventajosamente en Villafior, haciendose despues dueño de la ciudad de Mancorvo, y luego de la importante plaza de Almeyda, que franqueaba el camino á lo interior del reino, y hasta la misma capital.

Pero como los sucesos de una guerra participan necesariamente de la inconstancia de la suerte que los preside, en medio del júbilo de la corte de Madrid por tan singulares ventajas, se recibió la infausta noticia de que los ingleses con una poderosa armada, bajo la direccion del almirante Pokok, habian invadido la isla de Cuba, y ocupado á viva fuerza su capital la Habana, considerada como la llave de las Indias españolas. Cuando se declaró el rompimiento entre Lóndres y Madrid, los ingleses que le habian provocado, se encontraban ya apercebidos para obrar desde luego con toda actividad; y por el contrario las providencias de don Cárlos, ó por la distancia llegaban tarde á los paises de la América, ó se egecutaban con lentitud, quizá por no considerarse tan próximo el peligro. El gobernador de aquella plaza don Juan de Prado se defendió, no obstante, con singular intrepidez por espacio de veinte y nueve dias; pero al cabo se vó precisado á capitular, cediendo al almirante enemigo, ademas de los ricos tesoros que se conservaban en ella esperando una ocasion favorable de remitirlos á España, nueve bageles de línea de setenta cañones y tres fragatas: pérdida inmensa é irreparable en tan críticas circunstancias. A esta desgracia se siguió pocos me-

ses despues la conquista por los mismos ingleses de la riquísima ciudad de Manila, del fuerte de Cavite, y seguidamente de todas las islas Filipinas; y ademas cayó en su poder un galeon que habia salido de Acapulco cargado de efectos y dinero, cuyo valor ascendia á tres millones de pesos fuertes. En medio de la afliccion que no podian menos de causarle estos desastres, descubrió el monarca español toda la grandeza de su alma: pues lejos de suspender los designios que habia formado, se dispuso á proseguir con mas vigor la guerra, para resarcir por tierra las pérdidas dolorosas acaecidas en el mar; y el amor que en tan apuradas circunstancias le manifestaron sus vasallos, le infundió nuevos alientos y dulcificó en gran parte las amarguras que padecia su corazon.

Si los atrevidos comandantes británicos amenazaban desembarcar en las costas de la península y dejarlas arrasadas, tambien la nobleza de Granada, las de Murcia, Valencia, Cataluña y la isla de Mallorca, inflamadas del mas vivo entusiasmo, dirigieron al trono representaciones enérgicas, en que brillaba el fuego de la nacion española, pidiendo á su soberano las confiase la defensa de sus respectivos paises, y tomando á su cargo acreditar á los ingleses que aun no se habia estinguido en los pechos de sus naturales aquel espíritu que les habia sido tan fatal en otros tiempos. Aceptó el rey con singular complacencia este rasgo de patriotismo y de lealtad; pero por fortuna no se vió en la necesidad de aprovecharse de él, habiendose concluido improvisamente la paz entre las cortes Borbónicas y la Gran Bretaña á fines de 1762. El duque de Choiseul y el de Bedford se

habian unido para convencer á los gabinetes respectivos de Versalles y Saint James de que la guerra entre las potencias mas poderosas solo servia para enriquecer á las pequeñas, mientras aquellas se arruinaban mutuamente. Conyino gusto don Cárlos en las proposiciones hechas, pues como escribia á su plenipotenciario el marques de Grimaldi, *mas queria ceder de su decoro, que ver padecer á sus pueblos; y no seria menos honrado, siendo padre tierno de sus hijos.* En fuerza de este tratado la Francia y la Gran Bretaña se restituyeron recíprocamente gran parte de sus conquistas, y España recobró cuanto habia perdido en la isla de Cuba, con la plaza de la Habana en el mismo estado en que se hallaba; pero hubo de ceder la Florida á la Gran Bretaña bajo ciertas y determinadas condiciones, y restituir al rey de Portugal todas las plazas y demas ocupado en esta guerra.

Constantemente desvelado don Cárlos por la prosperidad de sus vasallos, creyó no poder jamas hacer mejor uso de la paz, que convirtiendo esclusivamente su atencion hácia los planes que tenia ideados para propagar en sus reinos la agricultura, la industria y el comercio. No dejó de ocasionarle amargura la mala inteligencia de algunas gentes mal aconsejadas, que cuando su soberano se ocupaba solo en hacer sus delicias y procurarles una dicha permanente, intentaron perturbar el sosiego público; pero conociendo Cárlos III que en un padre de sus pueblos la dulzura sola basta para reducir los ánimos á su deber, y siguiendo su carácter naturalmente manso y apacible, se mostró á sus vasallos y quedó restablecido el orden

y la tranquilidad. Sin embargo, este acontecimiento pudo influir no poco en la espulsion de todos los religiosos de la compañía llamada de Jesus, que se verificó en el año siguiente de 1767.

1767.

La actividad, el zelo y sabias disposiciones de tan digno monarca no podian menos de tener una ventajosa trascendencia en las clases subalternas del estado: todas se disputaban el honor y la gloria de coadyuvar á sus benéficas intenciones; se erigieron varios establecimientos públicos, que harán perpetuamente honor á su reinado, y entre ellos se distinguió la real sociedad Vascongada, cuyos individuos quisieron decorarse con el apreciable titulo de *Amigos del pais*, y cuyo instituto tiene por objeto el fomento de la economía rural, de la industria, de las artes y de la poblacion, sirviendo de egemplo y modelo este cuerpo patriótico á la erecion de otros muchos, algunos de los cuales sobresalen en la utilidad pública de sus tareas. Un vastísimo espacio de terreno fértil, situado cerca de las montañas llamadas *Sierra Morena*, despoblado, casi inculto desde el tiempo de los reyes austriacos, y que solo servia de abrigo á fofragidos y animales feroces, se vió muy en breve transformado en apacible morada de hombres honrados y laboriosos, atraidos de países estrangeros por la munificencia del rey, para que poblándole de nuevo, le hiciesen al mismo tiempo fecundo con ventaja comun; estendiendo su generosidad hasta proveer á estas gentes de habitaciones, ganados, capitales, víveres y otros auxilios, que jamas les faltaron hasta que pudieron vivir cómodamente con el fruto de su aplicacion y trabajo.

Otro de los cuidados que ocuparon la aten-

cion de este infatigable monarca fue el arreglo de la moneda, que tanto influye en el comercio, y en el mayor ó menor precio de las mercaderías. Las monedas tanto de oro como de plata que circulaban por los dominios de España, se hallaban sumamente desgastadas con el uso de un crecido número de años, y por consecuencia disminuido su justo peso y valor intrínseco. En tiempo de Carlos II se había introducido otra moneda de inferior calidad, de cuyas resultas, escarmentados los pueblos, miraban con desconfianza cualquiera novedad en esta materia, y esto ocasionaba todos los dias graves inconvenientes; pero sin embargo, conociendo Carlos III la importancia de mantener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se llevase al erario real, y se cambiase por la nueva acuñada para este efecto de mas ley, hermosura y comodidad. Esto no podia hacerse sin que el príncipe perdiese de sus intereses; pero lejos de detenerse por esta consideracion, quiso con liberalidad propiamente real, que todos los gastos del cuño cediesen en perjuicio de sus mismas casas de moneda.

No por dedicarse con tanta intension Carlos III á promover las artes de la paz, dejó de estender su vigilancia al fomento de las de la guerra, como tan importantes para asegurar á la monarquía su independenciam y seguridad. Mejoró la milicia, acostumbrandola á la nueva táctica, adoptada en sus tropas por las potencias europeas sobre el pie de las de Prusia, que pasaban por las mejores de todas. Aumentó sus fuerzas navales, haciendo construir en los arsenales de América un gran número de navíos de línea, y logró la satis-

facción de ver su marina en el pie mas floreciente que jamas habia tenido hasta entonces, ya por el número de buques, ya por lo bien equipados. Se pusieron tambien las plazas en el mejor estado de defensa, tanto con respecto á las fortificaciones, como á las guarniciones, artillería y demas aprestos militares; y en una palabra, Cárlos III, sin abandonar su sistema de economizar cuanto fuese posible la sangre y las facultades de sus vasallos, procuró ponerles á cubierto de qualquiera agresion imprevista.

Tuvo la felicidad de conservarse en paz hasta el año de 1773, en que el emperador de Marruecos, violando pérfidamente los tratados que tenia concertados con España, embistió con un poderoso ejército la importante plaza de Melilla, situada en las costas africanas. Los conocimientos que en esta espugnacion manifestaron los marroquíes, persuadieron á que algun europeo dirigia sus operaciones; y aun se esparcieron rumores de que los ingleses habian soplado el fuego de esta guerra, con el fin de que precisado don Cárlos á atender á los negocios del Africa, no pudiese convertir su atencion á los de América, ni diese auxilio á las colonias británicas de la parte septentrional de aquel nuevo mundo, que habian tomado las armas por sacudir el yugo de su metrópoli. Sin embargo, el comandante de la plaza don Juan Sherloch, se defendió con singular denuedo, y rechazó varonilmente los asaltos de los africanos. Igual suerte experimentaron en el sitio de la célebre fortaleza marítima llamada el *Peñon de los Velez*, defendida por don Florencio Moreno. Después de cuatro meses empleados inútilmente, y con

1773

gran pérdida de gente y artillería, desesperados y confusos los moros, hubieron de desistir del empeño y retirarse á sus hogares con mucha gloria para las armas españolas.

Con este motivo pensó entonces el gabinete español en abatir la insolencia de los argelinos, que orgullosos infestaban con sus piraterías el Mediterráneo, y en especial las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. La empresa era de las mas arriesgadas, y en vano habia sido intentada varias veces; porque Argel, situada en la costa de un mar casi siempre borrascoso, y resguardada de este modo por la naturaleza misma, ofrece por esta parte dificultades casi insuperables; y por la de tierra, ademas de ser arriesgadísimo el desembarco, es casi inevitable el peligro de ver perecer de sed á las tropas por la suma escasez de agua. Ademas, los comerciantes marseleses, holandeses é ingleses, surtian continuamente á los argelinos de armas y de municiones, con el objeto de hacerlos cada vez mas temibles y obligar á los comerciantes de las demas potencias á valerse de sus bastimentos esclusivamente para el transporte de sus géneros y mercaderías. Sin embargo, resuelta la jornada, empezaron á verse en las provincias y puertos de la península desusados aprestos militares; se reclutaron, se alistaron, y se pusieron en movimiento las mas floridas tropas; se equiparon perfectamente de cuanto era necesario naves de guerra, fragatas y otros buques menores; y con extraordinaria celeridad quedó preparada una escuadra de casi cuatrocientas velas, sin contar un crecido número de naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas, que se incorporaron posterior-

mente. Presentóse este formidable armamento á la vista de Argel, despues de haber luchado largo tiempo contra las tempestades, contra los vientos y contra las corrientes; pero mal podian esperarse resultados favorables de una espedicion, en que los generales encargados de ella se hallaban discordes sobre el modo de egecutarla. Los enemigos de la España, por otra parte, habiendo penetrado muy desde luego el objeto, suministraron previamente á los argelinos cuanto necesitaban para fortalecerse y hacer una defensa vigorosa; y así, aunque las tropas intentaron el desembarco sobre la playa, apenas pusieron el pie en tierra, se vieron precisadas á retroceder con bastante confusion. Ocho horas duró, sin embargo, el sangriento combate, sin que los españoles, espuestos al terrible y bien dirigido fuego de los moros, pudiesen adelantarse un palmo de terreno; hasta que por fin el general, no queriendo ver sacrificado inútilmente aquel ejército valeroso, dispuso su reembarco que se egecutó con bastante riesgo y pérdida; pues toda retirada hecha con precipitacion, y en presencia de un enemigo vencedor, ha de costar precisamente mucha sangre. Quedaron en el campo cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos: la escuadra dió vuelta á España con tan infausta nueva; y fue preciso reservar la egecucion de la empresa para ocasion mas oportuna; pero entre tanto Carlos III, superior á este contratiempo, dispuso que una fuerte armada de navíos de línea, fragatas y jabeques continuasen cruzando á lo largo de las costas de Berbería para impedir la salida de aquellos puertos á sus corsarios, y atacar y echar á pique á cuantos quisiesen entrar en

ellos , persiguiéndolos con ardor por todas partes si tenian la osadía de presentarse.

Pocos años despues se encendió la famosa guerra entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la propension que el rey Cristianísimo Luis XVI habia manifestado á favorecer la insurreccion de las Colonias americanas; y el gabinete de Versailles apuró todos los recursos de su politica para inducir á Carlos III á que tomase parte en ella en virtud del pacto de familia , persuadiéndole á que habia llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nacion altiva , que se habia abrogado el dominio de los mares. No era el monarca español el menos interesado en que esto se verificase , y por otra parte deseaba con ansia una ocasion de arrancar del poder de aquellos fieros insulares los puertos de Gibraltar y Mahon , perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesion de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion uniéndose con Francia , que aunque potencia poderosa , no se hallaba en disposicion de sostener á un mismo tiempo , y con igual actividad y vigor , la guerra marítima y la continental que agitaba á la Alemania y en que habia tomado partido. Sin embargo, la conducta de la Gran Bretaña acabó de decidirle. Los ingleses , prevaliéndose de la superioridad que egercian sobre los mares , y á pretesto de que en los puertos españoles se habia dado acogida á los buques mercantiles y de guerra que navegaban con la nunca vista bandera americana , se atrevieron á insultar al pabellon español , ya visitando y saqueando las naves de esta potencia , ya atacándolas en plena paz , y ya interceptando la correspondencia ultramarina. Sus escuadras amenaza-

por su gran comercio de peletería. El éxito feliz de esta primera tentativa, le animó para nuevas empresas, y pensó en despojar á los ingleses de los dos fuertes de Mobilla y Panzacola. El primero hizo poquísima resistencia, y capituló muy desde luego; y aunque el segundo se defendió por algun tiempo, al cabo la guarnicion no tuvo otro recurso que entregarse prisionera de guerra. Desde el principio de esta hasta el dia de la rendicion habian gastado los ingleses mas de diez mil libras esterlinas en las fortificaciones de esta plaza; se valuaron en mas de un millon y medio de pesos fuertes las obras construidas desde que la tenian en su poder; y se encontraron ademas en ella ciento ochenta y nueve piezas de artillería, con muchas municiones y víveres. De este modo volvió Panzacola á poder de la España, como habia estado antes de cederse á la Ingláterra por el tratado de 1762, y con ella todo el vasto continente de la Florida occidental, que está al levante del rio Misisipí; pero como en la guerra se vé muy pocas veces un bien que no venga seguido de una desventura, los ingleses lograron por su parte apoderarse del fuerte de San Juan, que les abria el camino para la nueva Granada; aunque por su distancia de los establecimientos británicos les era mas embarazoso que útil.

Al mismo tiempo don Roberto de Rivas, gobernador interino de la provincia de Yucatan, atacó los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras, en donde se les habia concedido por un artículo del último tratado la libertad de cortar palo de tinte, edificando para abrigo de los que se empleasen en esta fatiga solamente chozas, pero de ningun modo

ban insolentemente á los dominios de la corona en América; en algunos puntos habian llegado á las vias de hecho; y la pérdida política del gabinete de Saint-James habia tenido la poca delicadeza de sublevar algunas naciones indias, pacíficas habitadoras de la Luisiana. Tantos, tan repetidos agravios, y de tal entidad, exigian una satisfaccion; y don Carlos se vió en la precision de abandonar sus disposiciones pacíficas por vindicar el honor de su corona, el decoro de su propia dignidad personal, y dispensar á sus vasallos la proteccion que reclamaban justamente.

Por desgracia las primeras operaciones de esta guerra no fueron muy lisonjeras para España; pues los ingleses, con fuerzas inferiores, y sin entrar en acción, no solo burlaron los esfuerzos de toda una escuadra de mas de cincuenta y dos navíos franceses y españoles, que pretendia enseñorearse del canal de la Mancha é interceptar su comercio; sino que aprovechando los vientos que suelen reinar en aquellas aguas procelosas, introdujeron á su vista, y sin poderlo impedir, dos ricos y numerosos convoyes procedentes de las Antillas. En América hubo bastante variedad en los sucesos, aunque por lo general fueron mas felices. Don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, á la frente de dos mil valientes guerreros, cuerpo respetable en aquella parte del mundo, señaló las armas de su soberano, tomando á los ingleses los fuertes de Misilimakinak, Panmure y el Baton-rouge, de suma importancia y difícil acceso por su situacion; reuniendo por este medio á los dominios españoles un pais de cuatrocientas y treinta leguas sobre el Misisipi, muy fértil y rico

fortines; bien que los ingleses, saliendo de la Jamayca á las órdenes de los comandantes Dalrrimble y Lutrel, marcharon apresuradamente contra los españoles; y mientras se ocupaban estos en aquellas conquistas, se apoderaron de la plaza de San Fernando de Omoa, que es la llave de la bahía de Honduras, y cuyo puerto sirve de escala en tiempo de guerra á las naves de registro que conducen desde Goatemala los tesoros de la América española. Esta pérdida fué de mucha consecuencia por las circunstancias que la acompañaron; pues además de que el punto era muy importante, sus fortificaciones habian costado sumas inmensas al erario; y aunque los ingleses solamente hallaron ocho mil pesos fuertes en la caja militar, se regularon en tres millones los que contendrian las naves de registro que apresaron en el puerto, sin contar el valor de las producciones de la América, ni doscientos y cincuenta quintales de plata labrada que habia sido conducida de Europa. Por fortuna Rivas, apenas supo tan infausta nueva, partió á marchas forzadas á arrancar de las manos de aquellos orgullosos enemigos tan interesante presa; y se pasaron pocos meses, hasta que los ingleses, viéndose sin arbitrios para prolongar la resistencia, hubieron de evacuar el fuerte, que los españoles ocuparon inmediatamente.

Bien conocian las dos cortes aliadas que era de suma importancia hacer la guerra con el mayor vigor en América, donde era posible estender sus conquistas, y arrojar finalmente á los ingleses del golfo megicano, en que se habian mantenido tantos años; pero Carlos III no podia tampoco perder de vista el recobro de unas plazas tan importantes

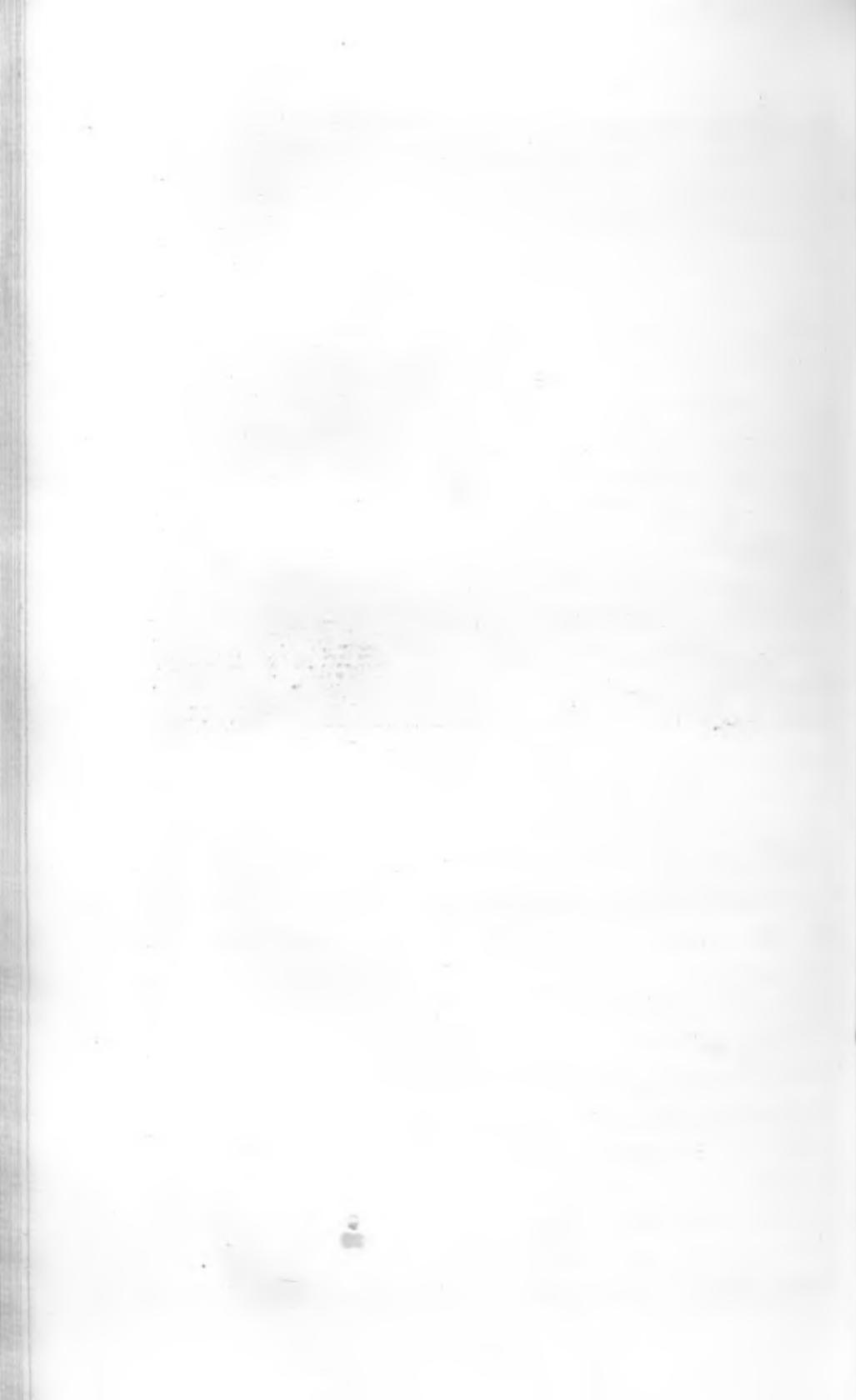
como Gibraltar y Mahon. La expedicion destinada contra esta última, á las órdenes del duque de Crillon, ocupó desde luego toda la isla de Menorca, á escepcion del fuerte de San Felipe, al cual se puso inmediatamente sitio, cuidando de asegurar todas las calas ó senos del mar por donde su gobernador Murray hubiera podido recibir refuerzos. Seria molesto describir menudamente todos los acontecimientos de este asedio; la intrepidez de los agresores y defensores; la pericia de los ingenieros; y sobre todo la direccion de los gefes principales. Baste decir que despues de una porfiada y vigorosa resistencia de mas de ocho meses, en que sitiadores y sitiados dieron señaladas pruebas de su valor, se vió la plaza en la necesidad de rendirse, como lo egecutó en 4 de Febrero de 1782, quedando el general enemigo prisionero de guerra con toda la guarnicion. De este modo volvió Menorca al dominio español reinando Cárlos III, despues de haber estado separada de él por espacio de setenta y cuatro años. Los isleños conservaron sus propiedades y privilegios; y fueron convidados á disfrutar de la bondad del soberano hasta aquellos que estaban armados con bandera enemiga para hacer el corso.

Conquistado Puerto-Mahon, pasaron las fuerzas combinadas españolas y francesas á estrechar mas á Gibraltar, bloqueada hacia casi dos años. El valeroso comandante don Antonio Barceló se habia dedicado desde luego á impedir la entrada á los socorros que por el mar podian recibir los sitiados, apresando é interceptando todos sus convoyes; pero los que conozcan la situacion de Gibraltar, de su bahía y de las corrientes de aquel estre-



Recobro de Menorca.

Arribar el ejército de Carlos III á Menorca, y recobrar la isla fué todo uno; y aunque el asedio de S. Felipe sufrió mas de ocho meses un sitio, en que los españoles merecieron de nuevo la admiracion que les han tributado siempre ambos mundos, se rindió por fin, quedando prisionera la guarnición inglesa con su Governador. La pericia, el valor y la constancia no conocen fortificaciones que les resistan.



cho, sujeto á tanta variedad de vientos, no se admirarán de que los sitiados recibiesen de tiempo en tiempo auxilios, ya de los argelinos, ya de otras naciones neutrales. Todo esto ocasionaba frecuentes y singulares encuentros, en los cuales mostraron los españoles su acostumbrada bizarría; pero aunque apresaban algunas naves pequeñas que entraban y salían del puerto, no alcanzaba toda su vigilancia á estorbar que se introdujesen algunos refrescos. El gabinete inglés habia formado empeño en la conservacion de Gibraltar; y conociendo que necesariamente padecería suma escasez de municiones y de víveres, confió al almirante Rodney la atrevida y peligrosa empresa de socorrer la plaza á todo trance. Los españoles, para cerrar la entrada á los socorros, habian formado un campamento en San Roque, que la cercaba por la parte de tierra, y la abrasaba con el fuego de sus baterías; y por la parte del mar don Antonio Barceló en el Mediterráneo, y don Juan de Lángara en el Océano, interceptaban todos los bastimentos que se presentaban; pero, á pesar de todo, el intrépido inglés, arrollando la escuadra de Lángara, que á pesar de la inferioridad de sus fuerzas se batió con singular denuedo, penetró en Gibraltar con ciento y ocho transportes cargados de tropas, víveres y municiones, de los cuales gran parte pertenecian á un convoy español que habia apresado en el camino.

Desconcertados por este medio los planes de los sitiadores, y reanimados los brios de la guarnicion, las potencias aliadas se hallaron cada vez mas distantes de su objeto. Redoblaron sus esfuerzos, los sitiados redoblaron igualmente su constan-

cia, y el sitio de esta plaza se hizo uno de los mas memorables que nos describen las historias antiguas y modernas. En efecto, quizá ninguna de las muchas célebres fortalezas rendidas al valor de diferentes naciones presentó jamas á sus sitiadores tantas dificultades. Al cabo de un gran número de meses de fuego continuo habian sufrido algun daño uno ú otro edificio de la poblacion; pero las fortificaciones, invencibles por la naturaleza, é insuperables por su difícil acceso, no habian padecido la mas mínima lesion. La escuadrilla ligera, mandada por Barceló, hizo todo lo posible para bloquear la plaza por la parte del mar; pero, á pesar de su diligencia, jamas pudo conseguir cerrar perfectamente todas las entradas á los refuerzos y auxilios procedentes del Africa y de las costas de Italia. Por otra parte el gobernador Eliot era un oficial muy activo, infatigable, lleno de sangre fria, y al mismo tiempo de un valor heróico, admirable ecónomo, escelente ingeniero, fecundo en espedientes, y poseia ademas el arte de hacerse amar de todos sus subalternos. Un hombre de estas cualidades casi siempre es invencible. Creyeron los españoles mudar de fortuna, mudando de director en la empresa, no porque su gefe don Martin Alvarez dejase de ser un militar de mucho mérito, y no hubiese hecho hasta entonces su deber en el mando, sino porque se pensó que el conquistador de Menorca infundiria mayor confianza en las tropas.

Pasó con efecto el duque de Crillon al campo de San Roque con un crecido número de tropas, y empezó desde luego á tomar las medidas mas vigorosas para estrechar el bloqueo. Las baterías reforzadas con numerosa artillería vomitaron un fue-

go tan infernal, que parecia imposible pudiesen resistirle mucho tiempo los sitiados; pero en realidad la plaza sufría muy poco daño, porque puntualmente en la parte por donde la batían era mayor la elevación del peñon sobre que está situada. Un oficial francés, llamado Mr. d'Arson, concibió el proyecto de construir unas baterías flotantes para combatir diametralmente el nuevo muelle, que está de la parte del mar, y que á pesar de sus obras parecia uno de los parages mas débiles; y abierta brecha, dar entónces el asalto mas sangriento. Agradó la idea, fue abrazada casi generalmente por todos, y con infinitos y exorbitantes gastos, y un trabajo continuo de muchos millares de brazos, se construyeron estas máquinas destructoras, que con efecto se hallaron ágiles, prontas y con resistencia al cañon como una nave de setenta. En toda Europa no se hablaba de otra cosa que del terrible asalto que amenazaba á la plaza; se hacian considerables apuestas sobre la posibilidad de su espugnacion; y era ciertamente admirable ver á los hombres disputar sobre este objeto, y llegar hasta á tratarse indecentemente, segun las pasiones ridiculas y el fanatismo de que estaban agitados.

El dia 13 de Setiembre de 1782 fue el escogido para la atrevida empresa. Al tiempo que la artillería de la línea hacia sobre la plaza un fuego de los mas terribles, salieron las baterías con un viento fuerte, y con heróica intrepidez se situaron algunas á trescientas toesas de las fortificaciones enemigas. Su vivo y bien ordenado fuego empezó desde luego á anunciar un éxito feliz; y de un instante á otro se esperaba ya ver abierta una espa-

ciosa brecha , cuando las baterías de la plaza , fulminando contra ellas una multitud de balas rojas de grueso calibre , dejaron en breve tiempo reducido á cenizas todo aquel armamento , que habia absorbido sumas tan inmensas. Para colmo de los infortunios , desde aquel dia aciago reinaron unos temporales tan borrascosos , que en la noche del 10 de Octubre quedó destruido todo el campamento á la violencia de una horrible tempestad , que se llevó la mayor parte de las tiendas y puso á la escuadra combinada en el conflicto de estrellarse contra la costa , ó de chocar los navíos unos con otros. Precisamente fue esta la ocasion que eligió el almirante inglés Howe para socorrer á la plaza de hombres y de víveres , y aprovechándose despues de un viento fuerte de Levante , volvió á pasar el estrecho á los tres dias con igual felicidad , sin que pudiesen empeñarle en una accion decisiva las escuadras combinadas , que á favor del mismo viento le fueron dando caza con treinta y dos bagales de los mas veleros. Parecia la gran Bretaña un plantel inagotable de grandes marinos , todos valientes , todos consumados en el arte de la guerra , y capaces todos de desempeñar las comisiones mas árduas. Socorridos los sitiados tan oportunamente , se consideraron ya superiores á todos los esfuerzos del egército combinado ; y este , finalmente , convencido despues de tantas fatigas y trabajos del ningun fruto de sus tentativas , levantó el sitio , que fue el décimotercero que habia sufrido esta plaza construida en tiempo de los moros.

A pesar de todas estas ventajas , la nacion inglesa estaba muy distante de poder considerarse vencedora. Sus almirantes habían reportado algu-

nos triunfos; pero su comercio se hallaba entorpecido; su deuda habia crecido horriblemente; y recargados los pueblos con enormes impuestos clamaban por la paz. Mudóse en tales circunstancias su ministerio; el impetuoso y sanguinario lord Pitt fue reemplazado por el sabio y moderado marques de Ronchingham; se cambió por consiguiente todo el sistema del gabinete británico; y las potencias aliadas, que igualmente deseaban poner fin á una contienda tan porfiada y ruidosa, no pudieron menos de ver con complacencia las pacíficas disposiciones del nuevo ministro, ni de dar oídos á sus proposiciones amistosas. Al fin, se firmó la paz en 20 de Enero de 1783, recobrando por ella España la isla de Menorca y la Florida, y restituyéndose mutuamente las potencias beligerantes las demas conquistas hechas durante la guerra.

1783.

Concluida la paz con los ingleses, quiso Carlos III proporcionar á sus vasallos el mismo beneficio con respecto á los argelinos, que continuaban infestando con sus piraterías las costas meridionales, apresando toda especie de embarcaciones menores. A este efecto habia anticipado ya algunos oficios con la sublime Puerta, que le dió buenas esperanzas; pero habia pasado ya el tiempo en que aquella regencia africana respetaba las órdenes de Constantinopla; y las negociaciones fueron tan infructuosas como era consiguiente. Por tanto, viéndose el rey con una marina respetable, y con valientes y experimentados comandantes, resolvió bombardear aquella ciudad, asilo infame de tantos viles y perniciosos piratas, haciendo en ella un escarmiento memorable. Don Antonio Barceló, que

1784. tanto se habia distinguido en el bloqueo de Gibraltar, se presentó delante de aquel puerto con un poderoso armamento, que sin duda hubiera reducido á cenizas toda la poblacion, á no hallarse la estacion tan adelantada, y á haber sido posible permanecer mas tiempo en aquellas aguas. Volvió sin embargo al año siguiente de 1784 con fuerzas superiores, habiéndose reunido á las naves españolas algunas portuguesas y maltesas en calidad de auxiliares; pero por desgracia, el éxito fue el mismo que el de las anteriores tentativas; pues aunque los argelinos padecieron algun daño, su resistencia fue igualmente vigorosa, y aun mas obstinada, habiendo echado al mar una multitud de lanchas, que incomodaron notablemente á los españoles. Dijose generalmente que se habian reconocido muchos oficiales provenzales, disfrazados con el traje africano y mezclados con los argelinos, cuidar de la defensa; pero lo que no tiene duda es, que así los ingleses como los holandeses, habian cuidado de abastecer copiosamente á los moros de armas, de municiones y de cuanto consideraron oportuno para malograr el proyecto de la España. ¡Tanto pueden la envidia y emulacion, sostenidas por la codicia de un sórdido interes! En fin, no hubo otro arbitrio que el de renunciar á la empresa; pero como quiera que sea, visitas tan incómodas y peligrosas estrechaban á los argelinos á tomar un partido, y muchos de ellos se manifestaban ya propensos á convenirse con un monarca, que si no habia sido feliz en dos ó tres expediciones, podia serlo á la cuarta, quinta ó á la sesta, y entonces era inevitable su ruina. La Puerta Otomana insistia en su mediacion; medió tambien el

rey de Marruecos; y por último, después de varias altercaciones, se firmó la paz con aquella re-
gencia en el año de 1786.

1786.

En medio de estas agitaciones, capaces sin duda de paralizar todo el sistema de administración pública, recibió la España nuevas pruebas del infatigable zelo de su soberano, por restituir la monarquía á aquel grado de esplendor con que habia sido admirada en otros tiempos. Su vigilancia se estendia á todos los ramos; los mas pequeños desórdenes llamaban su atención; todo lo reparaba, todo lo prevenia; y ayudado de su sabio y circunspecto ministro el conde de Floridablanca, emanaban diariamente las providencias mas saludables y oportunas para hacer la felicidad de sus pueblos. A su beneficencia se debió el ventajoso proyecto de construir un canal en el reino de Murcia, para facilitar el riego y cultivo de las incultas campiñas de Lorca; convidando á las naciones estrangeras á concurrir á los gastos con sus fondos, bajo las seguridades y correspondencia inalterable de frutos que en ninguna otra parte hallarian tan fácilmente. Suya es tambien aquella obra admirable, y que hace gloriosa la época de su reinado, la construcción del canal real de Aragon, que ademas de haber ocupado á millares los brazos de los indigentes, fertiliza los campos desde las inmediaciones de Zaragoza hasta el puerto de Miraflores en el monte Torrero, entra en el Ebro, y facilita por este medio la navegacion al Mediterráneo. La erección del banco nacional de san Carlos; la de la compañía de Filipinas; el tratado de comercio con la Puerta Otomana para facilitar á sus vasallos el tráfico de Levante, todo es obra de su desvelo pa-

ternal. La legislación muy proporcionada sin duda á las costumbres y espíritu de los tiempos en que tuvo origen, se resentia notablemente de la diversidad de las circunstancias. Era absolutamente necesaria una reforma. El célebre conde de Campomanes, fiscal entonces del consejo de Castilla, y bien conocido por sus escritos, propuso la redacción de un nuevo código que formase un todo uniforme, compilando las leyes españolas mas análogas al estado actual del reino; y Carlos III, convencido de la utilidad de la empresa, cometió á varios jurisconsultos célebres el importante y delicado encargo de realizarla.

Un monarca tan digno de ocupar el solio de los Alfonsos y de las Isabeles, debiera haber vivido eternamente; pero se cumplieron sus dias, y los fervientes votos de sus vasallos no pudieron libertarle de la forzosa pension impuesta por la naturaleza á todos los mortales. La dolorosa pérdida de un hijo, á quien amaba con singular ternura, del infante don Gabriel, que no pudo sobrevivir á su esposa doña María Victoria de Portugal, fue el golpe precursor del que amenazaba á la preciosa vida de su padre, y que habia de cubrir en breves dias á la España de luto y de tristeza. A una serie tan lúgubre de desastres, acaecidos en menos de un mes, se conmovió estraordinariamente la sensibilidad de Carlos III, cuyo corazon no pudo menos de sufrir todos los rigores de la mas cruel amargura. Hasta entonces habia gozado de una salud robusta, mediante el egercicio de la caza, al cual, acostumbrado desde la adolescencia, debia sin duda la salud constante que habia disfrutado. Pero á principios de Diciembre

de 1788 le sorprendió una fiebre inflamatoria, que degenerando en pulmonía, le arrebató á sus pueblos al amanecer del dia catorce del mismo mes á los setenta y tres años de su edad. Era de un carácter que parecia serio y grave á primera vista, á manera de la nacion de quien habia recibido las primeras semillas de su educacion; pero dulce al mismo tiempo, sensible y compasivo sin perjuicio de la justicia. Generoso y amante de las letras, animó y protegió á los literatos con premios extraordinarios; y escrupuloso observador de su palabra, reglaba sus acciones por la máxima de que *si la buena fe estoviesse desterrada del mundo, deberia hallarse en los palacios de los soberanos*. Su muerte fue llorada como merecian sus virtudes; y su pérdida hubiera sido irreparable, á no haber dejado un digno imitador de ellas en su augusto hijo y sucesor don Carlos IV y en su amada esposa y prima doña María Luisa de Borbon, cuya historia debemos reservar al tiempo en que sin riesgo de que puedan imputarse á la adulacion los tributos de gratitud que la nacion les debió, otra mas digna pluma merezca presentarla á la admiracion de la Europa.

PORTUGAL (*).

Años
de J. C.
1139.

El reino de Portugal, desmembracion del de España, es una parte de esta península; y como los demas reinos en que estuvo antiguamente dividida, se fue estendiendo y aumentando á costa de los moros, que la habian invadido y ocupaban. Portugal ha tenido reyes prudentes, guerreros, descosos de gloria, que siempre han trabajado con la mayor aplicacion por hacer poderoso un reino tan pequeño, y lo han conseguido. Se erigió Portugal en monarquía en 1139, pues antes era solo un condado. Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, viendo sus fronteras infestadas por los moros, pidió socorros á Felipe I, rey de Francia, por los años de 1087; y entraron en España muchos caballeros franceses. Rechazados los moros, concedió Alfonso dominios de vasta estension á la parte del mediodia de Galicia, á Enrique, uno de estos aventureros, permitiendo que restableciese las ciudades antiguas, fundase otras nuevas, y estendiese sus límites, á costa de los moros, siempre que se le presentase la ocasion. Selló estas conquistas con el casamiento de doña Teresa, su hija natural, dandola por esposa al nuevo conde. Ganó Enrique diez y siete batallas á los moros, y gobernó con tanta felicidad como prudencia. De su viuda empezó á decirse que tenia cierta amistad sospechosa con un señor de su corte, y los demas, por el honor de la corona, empeñaron á Alfonso En-

(*) Desde aquí continúa la traduccion hecha por el P. D. Francisco Vazquez.



Primer Rey de Portugal.

Derrotados en 1139 los moros por el Conde de Portugal D. Alfonso Enriquez, quedó tan gozoso y prendado su ejército del valor y pericia de este caudillo, que en el primer entusiasmo de la victoria, y en aquel mismo campo de batalla le proclamaron Rey los soldados, dando principio así á la monarquía portuguesa. Quando sin intrigas dan las coronas los hombres, solo es al que arrebató sus corazones.



riquez, su hijo, para que se apoderase de la autoridad. Sobre esto hubo una batalla entre madre é hijo; la ganó Alfonso, y puso á su madre en un castillo. En 1139 consiguió él mismo una victoria señalada contra los moros; y proclamandole sus vasallos rey en el mismo campo de batalla, desde aquel dia se cuenta la fundacion del reino de Portugal por este suceso memorable.

1139.

Alfonso I, que se vió proclamado en un momento de entusiasmo y alegría, quiso que le reconociesen con mas reflexion. Para esto convocó los estados generales. Llegó á ser costumbre que en estas juntas propusiese el rey; deliberasen los prelados y los grandes, y el pueblo aprobase. Se presentó, pues, Alfonso, sentado en un trono, pero sin insignias de rey; y levantándose un diputado, preguntó: "¿Si en virtud de la proclamacion del ejército y de la bula del papa que la confirmaban, querian los estados por su rey á Alfonso Enriquez?" y todos consintieron con aclamación. Preguntó mas: "¿Si el derecho de reinar se declaraba solo para su persona, ó si le habian de suceder sus hijos?" y admitieron los hijos á suceder. Alfonso entonces, dando en una ó dos proposiciones las gracias, dijo: "pues soy rey, hagamos leyes que establezcan la tranquilidad en el reino." A la verdad esta es la primera obligacion de un rey, y desde luego la cumplió don Alfonso. Se determinó: "Que si el rey no tuviese hijos varones, le sucediese el hermano solamente por su vida; pero que los hijos de este necesitasen de nueva eleccion. Que las infantas, en defecto de varon, tuviesen derecho al trono; pero con la obligacion de casarse con señor portugues, el cual

1140.

no llevaría corona, y daría la derecha á la reina." No se habló de bastardos; pero estos han heredado despues.

"Que serian reconocidos por nobles los hijos de aquellos que cayendo por desgracia en las cadenas de los infieles no hubiesen renunciado á la fe; y aquellos á quienes quitase la vida ó hiciese prisioneros un rey enemigo, ó un hijo suyo, como tambien los que ganasen un estandarte real. Que por el contrario fuesen degradados los cobardes, traidores, perjuros, ladrones, los que desertasen á los moros y los blasfemos, los que hiriesen con lanza ó espada á una muger, ú ocultasen al rey la verdad. Que fuesen condenados al fuego los dos cómplices adúlteros; pero que si el marido perdonase á su muger, tambien quedase perdonado el cómplice. Que el homicidio se castigase con la muerte del mismo modo que la violacion de una doncella noble, la cual ademas haria suyos todos los bienes del culpado. Si la agraviada no fuese noble, tendria el violador obligacion á casarse con ella, sin atencion á su calidad." Estas son las principales leyes de Alfonso, que nos dan alguna idea de las costumbres de aquel tiempo.

1136.

El reinado de Alfonso I fue largo y glorioso, y su hijo don Sancho I no degeneró de las virtudes de su padre. Sucedieron en tiempo de estos dos príncipes felices casualidades en las guerras contra los moros; por egeemplo, los cruzados, arrojados á sus costas por un mal temporal, les ayudaron á ganar contra los infieles victorias de que no se hubieran lisonjeado sin este socorro que envió la

1212.

Providencia. Tuvo Alfonso II, hijo de don Sancho, ciertas desavenencias con sus hermanos. Su padre,

desconfiando del amor fraternal, habia señalado á sus hijas mayorazgos, que al nuevo rey parecieron escesivos, y quiso despojarlas de ellos ó disminuirlos. Reclamaron las princesas al papa, y este interpuso su autoridad. Siempre se observará que en Portugal se respetaba mucho la autoridad de los pontífices, y así bastaba un entredicho para poner al reino en desolacion. Con el motivo de haber caido este anatema sobre Alfonso II por quejas entre él y el clero, dejó en 1225 el trono mal asegurado á don Sancho II su hijo.

En los veinte y tres años que este monarca reinó estuvo luchando, con fuerzas desiguales, contra el clero; porque le faltaba la destreza y valor con que los príncipes deben manejarse en medio de las facciones. Tenia un hermano que poseia estos talentos, y que por desgracia los empleó contra él. Sublevó á los grandes, y los persuadió á que su hermano era incapaz de gobernar; pero los historiadores dicen, que lo cierto era que los grandes, llenos de soberbia y orgullo, necesitaban de un gobierno severo y fuerte. A la verdad, don Sancho, moderado y benigno, no era á propósito para domar el espíritu de independenciam que desplegaban con audacia. Es cierto que uno de sus predecesores habia hecho el reino de Portugal tributario de la Santa Sede; y aunque este tributo jamas se pagó con la mayor exactitud, al fin daba algun derecho á los pontífices. Inocencio IV, viendo que don Sancho no se reducía con docilidad, no le depuso; pero dió la administracion del reino á su hermano Alfonso. 1225.

Se retiró don Sancho II á la corte del rey de Castilla, y despues de algunas tentativas inútiles

1248. para recobrar su autoridad, murió en Toledo año de 1248. Le han representado en un sepulcro con una paloma en una mano y en la otra un libro, símbolos de su candor y de su afición á las letras. No abandonaron todos á este desgraciado príncipe, pues un gobernador de Coimbra, llamado Freyras, permaneció tan constantemente fiel á don Sancho, que jamas quiso entregar la ciudad á Alfonso, como este lo exigia, en calidad de regente del reino, que fue el título que tomó mientras vivió su hermano. Así que llegó la noticia de la muerte de don Sancho, la hizo pasar Alfonso á Freyras, mandando que abriese las puertas. No quiso el gobernador, rezelando que le armaban algun lazo; y el nuevo rey le ofreció el permiso para que fuese á Toledo á asegurarse por sí mismo del hecho. Partió pues; hizo que abriesen el sepulcro de su señor; depositó en él las llaves, y de vuelta reconoció por soberano suyo al regente.

Una de las primeras acciones de Alfonso III fue premiar la fidelidad de Freyras. Cuando se vió rey miró con desden á los que le habian servido contra su hermano. Fue su reinado una perpetua alternativa de paz y de guerra con la corte de Roma. Se vió en los grillos del entredicho por causa del matrimonio que celebró con una princesa parienta suya en grado prohibido. Aunque le amenazaron con absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad, léjos de intimidarse, apartó de sí este rayo. De su conducta pudiera formarse una instruccion de política para aquellos tiempos delicados, en que los soberanos hacian mérito de su destreza en librarse de la escomunion eclesiástica. El arte de este rey consistia en prometer mucho, cum-

plir poco, y recibir y tratar á los legados del papa con magnificencia, sin ceder en cosa que fuese de importancia. Era Alfonso un monarca activo, vigilante y justo; pero que no podia estender su reino, porque la naturaleza parece haberle señalado los límites con el mar y las montañas; mas le enriqueció, le hermoseó y le fortificó. Tuvo este príncipe consejeros y nunca privados.

Dionis, ó Dionisio, hijo de Alfonso, por cuya muerte entró á reinar en 1279, fue el padre de los labradores y el protector del comercio, y para merecer este segundo título, cuidó mucho de mantener su marina en buen estado. Era su madre imperiosa; pero él mas quiso romper que dejarse dominar. Tuvo algunas diferencias con su hermano y con el clero; pero todo se arregló por esta parte. No sucedió lo mismo respecto de la reina madre, la cual conservo siempre su resentimiento, y sublevó contra el rey al príncipe Alfonso su nieto. Hasta tres veces tuvo Dionis la paciencia de hacer las paces con este imprudente jóven; y por último con su mansedumbre y condescendencia le ganó en tanto grado la voluntad, que Alfonso en los últimos años de su abuelo le consoló de sus extravíos y falta de sumision. Todavía dura en Portugal el común proverbio, que dice: *Generoso como el rey Dionis.* 1279.

Alfonso IV, que por muerte de don Dionis entró á reinar en 1324, manifestaba mucho respeto á la memoria y á las instituciones de su abuelo; pero estaba muy léjos de sujetarse en su conducta á la misma exactitud y severidad. Procedia muy á la ligera en las obligaciones de monarca. Volviendo un dia de caza con la cabeza llena de 1324.

aventuras venatorias, entró en el consejo, y engolfado con mucho calor en estos objetos, empezó á divertir á los consejeros; pero levantandose uno de ellos dijo: "No nos hemos congregado aquí para oír á V. M. hablar de esas hazañas. Si quiere tratar de las necesidades de sus pueblos, encontrará en nosotros unos vasallos sumisos y obedientes; sino, señor....." Salió el rey muy encendido el rostro con la cólera; pero entró de allí á poco mas sosegado, y dijo al consejero: "Conozco la justicia con que me has reconvenido; espero que en adelante no tratarás con Alfonso el Cazador, sino con don Alfonso el rey de Portugal." Así lo prometió y cumplió su palabra.

Perdieron su gracia todos los que le habian ayudado en la sublevacion contra su abuelo; pero acostumbrado á dejarse engañar por malos consejeros cuando era príncipe, no pudo guardarse de ellos siendo rey. Tenia un hijo llamado don Pedro, que ya se habia distinguido con pruebas muy señaladas de valor; y doña Constanza su esposa, de quien tenia muchos hijos, habia hallado en él un marido amable, y deseoso de agradarla. No obstante, sospechaba esta señora que tenia afecto á doña Ines de Castro, hija de un caballero castellano refugiado en la corte de Portugal. Murió Constanza; y como sin embargo de su sospecha habia hecho mucho bien á Ines, lloró esta con sinceridad su muerte. Las demostraciones de su dolor conmovieron el corazon del príncipe, y dieron nueva fuerza á su inclinacion, la cual se esplicó muy presto con todos los extremos de una pasion violenta. No se sabe que doña Ines condescendiese antes del matrimonio, pues don Pedro siempre aseguró que se habia ca-

sado secretamente con ella; y á la buena memoria de doña Ines se debe la justicia de creer que habia precedido el matrimonio á todo comercio con el príncipe, aunque don Pedro no le publicase, tanto por respeto á su padre, que no hubiera llevado á bien esta alianza, cuanto por otras razones políticas.

Los cortesanos envidiosos del favor que don Pedro dispensaba á los castellanos, compatriotas de doña Ines y de la fortuna de sus hermanos, á quienes colmaba de gracias, hicieron presente al rey que convenia volviere á casar su hijo con alguna princesa vecina que pudiese traer al reino utilidad; pero que no se podria verificar este himeneo mientras el príncipe conservase su afecto á doña Ines; y que segun la conducta del príncipe, solamente la muerte del objeto de su pasion romperia sus cadenas.

Bien conocian los pérfidos que el monarca era ardiente, precipitado, pronto para tomar una resolucion, y ejecutarla. No pudo verificarse esta intriga sin que el príncipe llegase á sospecharla; y temblando por el objeto de su amor, le habia llevado al convento de santa Clara de Coimbra, como á un asilo seguro. Alfonso, á quien siempre tenian inquieto con el temor de que el ascendiente de doña Ines, ya muchas veces madre, sería funesto para don Fernando, hijo de la primera muger de don Pedro, fue á Coimbra escoltado de sus pérfidos consejeros. Doña Ines, que supo la repentina llegada del rey, se presentó á sus órdenes; y viendo cierta tristeza en los ojos del rey, se arrojó á sus pies con sus hijos. Se enterneció el abuelo, suspendió su intencion, y se retiró; pero reconviéndole sus crueles cortesanos con la falta de valor y por-

que preferia la vida de una muger á sus vasallos y al estado. "Ea pues, les dijo, id vosotros á la egecucion." Fueron volando, y mataron á puñaladas á la infeliz doña Ines.

Es imposible pintar el furor y desesperacion de don Pedro. Juntó soldados, y comunicándoles su misma rabia, se arrojaba como un loco sobre todo cuanto encontraba, llevando á fuego y sangre las mas bellas provincias. La reina madre y el arzobispo de Braga, le representaron la inhumanidad con que hacia que los pueblos, que presto serian sus vasallos, pagasen la pena de la injusticia de su padre, con lo cual don Pedro se sosegó, dejó las armas, y volvió á la casa de su padre. Hizo Alfonso cuanto pudo por sanar aquel corazon herido, pero no consiguió mas que un disimulo, que le duró toda la vida.

Bien rezelaba don Alfonso este disimulo; y así á los asesinos de doña Ines les dió grandes sumas de dinero, y el consejo de que fueran á vivir en otra parte, por lo cual se retiraron á Castilla. Don Pedro, fiel á su dolor, habiendo subido al trono en 1357, tuvo el consuelo de hacer á doña Ines las exequias reales. Juntó los estados, juró que se habia casado con ella, alegó testigos, é hizo declarar solemnemente los hijos por legítimos. Obtuvo del rey de Castilla, que era entonces don Pedro *el Cruel*, que le entregase dos de los culpados, pues se huyó el tercero. Don Pedro se vengó mas como amante, que como rey, y así tuvo el cruel placer de asistir al suplicio de aquellos reos, y de insultarlos en los últimos momentos de su vida.

Llamaron á este príncipe *el Justiciero* porque era severo é inflexible. No conocia mas que el de-



Muerte de D.^a Inés de Castro.

Viendo remiso al Rey D. Alfonso IV de Portugal en quitar la vida á D.^a Inés de Castro, los pérfidos que le habian sugerido tan sangrienta resolución como único recurso contra el amor del Príncipe D. Pedro, nada omitieron hasta arrancarle permiso de executarla ellos; y mataron á puñaladas á la infeliz amante. Quando el odio es autor de los consejos convierte facilmente al consejero en verdugo.



recho, y siempre tuvo los ojos y los oídos cerrados para las mediaciones. En una palabra, era de aquel carácter que se teme, y cuyo rigor se censura; pero que al fin se respeta, y es el más propio para gobernar, especialmente si le acompañan la afabilidad, el discernimiento y la exactitud en la aplicación de las leyes.

Un eclesiástico, en un movimiento de cólera, había quitado la vida á un albañil; y el rey dejó que le hiciesen el proceso sin mezclarse en cosa alguna. Los jueces, en consecuencia de los privilegios del clero, se contentaron con suspenderlo por un año de las funciones de su estado. Hizo don Pedro que secretamente insinuasen al hijo del albañil que quitase la vida al matador de su padre; así lo hizo; le prendieron y le condenaron á muerte; pero como era preciso que el rey firmase la sentencia, preguntó cuando se la presentaron, cuál era la profesión del reo, y respondiéndole que era albañil. "Está muy bien, replicó: Yo le condeno á que no trabaje por un año en su oficio." Un noble maltrató gravemente en el rostro á un alguacil, que le llevaba una orden, y le mesó la barba. "Corregidor, dijo el rey al juez, á mí me han dado una bofetada, y me han arrancado la barba." Este apóstrofe fue la sentencia de muerte de aquel noble. No guardaba atenciones particulares, ni hacía escepcion de personas, y decía: "Hagamos la justicia como nos la han de hacer cuando han de revelarse y descubrirse los secretos de los corazones." Se presentaba muchas veces en este terrible tribunal cuando iba con frecuencia al monasterio de Alcobaza, en donde había hecho construir su sepulcro; y puesto delante de aquel fúnebre monu-

mento se ocupaba con religioso recogimiento en profundas reflexiones sobre la cuenta que habia de dar al supremo Juez; y así le aplicaron lo que los romanos dijeron á Tito, esto es, *que ó nunca habia de haber nacido, ó nunca debiera morir.*

1367. Fernando su hijo, que le sucedió en 1367, era el mas propio para que siempre se sintiese la muerte de su padre. Tenia de inconstante é inconsiguiente, cuanto su padre habia tenido de prudente y medurado. Se abandonaba á las primeras inspiraciones, y no premeditaba accion alguna, ni preveia las consecuencias. Imaginaba que no podian acabarse los tesoros que le habia dejado don Pedro, y derramando pródigamente las riquezas, halló muy presto el fin con grande admiracion suya. Debia casarse con doña Leonor, princesa de Aragon, y por motivos bien impropios volvió su corazon hacia doña Leonor, infanta de Castilla. Ya estaban arregladas las capitulaciones, cuando vió á doña Leonor Tellez, muger de don Juan de Acuña; y esta tercera Leonor le hizo olvidar las otras dos.

Quiso servirse de doña María Tellez para seducir á doña Leonor su hermana; pero ella despreció comision tan indecorosa. La propuso el rey que se casaria con doña Leonor; pero la hermana le hizo presente que Leonor tenia ya esposo, y que él estaba prometido á otra. Lejos de contenerse por estas dificultades, retiró la palabra dada á doña Leonor de Castilla, pagando una fuerte recompensa; y emprendió la disolucion del matrimonio de don Juan de Acuña, con el pretesto de que estaba contraido sin dispensacion de cierto parentesco. El marido, viendo que era inútil la resistencia, se prestó á todo; la esposa lo deseaba, y declarado

nulo el matrimonio, colocó Fernando á su dama en el trono.

No podia haber tenido peor eleccion, porque doña Leonor Tellez era cruel, envidiosa, intrigante, y el primer ensayo de estos vicios fue contra doña María su hermana. Habiendo enviudado esta señora, inspiró una viva pasion á don Juan, hijo de doña Ines de Castro, y hermano del rey. La reina no tenia mas que una hija llamada doña Beatriz, y viendo á los portugueses inclinados á don Juan, temia que muerto su marido, que era enfermizo, diesen la corona al príncipe en perjuicio de su hija. Ver á su hermana en el trono que ocupaba, era para ella una idea de desesperacion; y así habló á don Juan, dándole á entender que si no estuviera casado, destinaba para él su hija con el cetro de Portugal. “¿Y por quién, añadió, os privais de esta corona? por una infiel que os hace traicion.” En un caso como este, ¿cómo es posible no creer á una hermana? Salió furioso don Juan del aposento; y sin mas informacion quitó la vida á su esposa, y se retiró á Castilla. La reina aparentó alguna pesadumbre; pero consolándose muy presto, pidió ella misma á su marido, y consiguió que volviese su cuñado. Entre tanto, ya don Juan conoció que le habian engañado, así en la supuesta infidelidad de su esposa, como en la esperanza del trono, que su cuñada la habia ofrecido. Advirtió la reina que su delito estaba conocido, y temiendo la venganza del príncipe, pretendió hacerle asesinar; pero descubriendo él la trama, se retiró de nuevo á Castilla.

Conservaba la reina grande imperio sobre su esposo, le gobernaba á su voluntad, y en cuanto

á su propia conducta le tenia tan ciego, que solo él no veia claro. Toda la corte, y aun el pueblo, sabian la violenta pasion de la reina á don Juan Fernandez de Andeyro, jóven caballero castellano. No ocultaba ella sus sentimientos, ó á su pesar se descubrian las pruebas; y las que públicamente mostró, ofendieron tanto el pundonor de los portugueses, que mientras la reina pasó á Castilla para casar á su hija doña Beatriz con aquel monarca, revelaron á don Fernando lo que el marido sabe ordinariamente el último. Sin duda temia á su muger; pues llevó al sepulcro sus sospechas ó la evidencia sin castigarla, y aun la nombró regente entre tanto que su hija doña Beatriz volvia de Castilla. De don Fernando se dijo, que era un hombre mediano con entendimiento, y un rey débil con valor.

Fue Beatriz generalmente reconocida; pero durante la proclamacion se levantaron algunas voces en favor de don Juan de Castro, á quien su cuñada habia hecho arrestar en Castilla luego que murió su esposo, temiendo que se opusiese á los derechos de su hija. Otras voces, en menor número y no tan fuertes, pronunciaron el nombre de don Juan, gran maestre de Avis, hermano natural del rey difunto. La reina, rezelosa de este principio de favor, pretendió alejarle de la capital, dándole empleo en la frontera. Partió, pues; pero volvió cuando menos le esperaban. Estaba la reina á la mesa con Andeyro su favorito; le hizo don Juan desde la puerta la seña de que queria hablarle, y al punto que entró en otra pieza le pasaron con un puñal. Envió la reina á preguntar si tambien ella debia prepararse á la muerte, y la

respondieron que no tenia que temer.

Fingió el gran maestre deseos de reconciliarse con ella; dió por mal hecho cuanto se habia executado por la necesidad de sosegar al pueblo irritado contra su favorito; alegó sus excusas; pero la reina las recibió con frialdad, y dejó á Lisboa.

Apenas la reina abandonó el timon, cuando el gran maestre, viendolo todo en confusion por falta de gobierno, hizo el papel ordinario de aparentar que queria retirarse con el fin de que le detuviesen. Aun no estaba muy distante la reina, y se trató de casarla con el maestre, para que como esposos tomasen el gobierno en comun; pero no habiendo agradado este arbitrio á uno ni á otro, el pueblo de Lisboa cortó la diferencia, proclamando protector y regente del reino al gran maestre.

El rey de Castilla ayudó á don Juan de Avís, mas de lo que hubiera querido con la imprudencia de titularse rey de Portugal, título que debiera haber dejado para sola su esposa. Este paso intempestivo desagradó á los portugueses. Levantó el castellano al mismo tiempo un ejército, y con esto tuvo el regente bastante razon para levantar otro. Se halló el dinero en los cofres de los partidarios de la reina madre y de su hija, cuyos bienes fueron confiscados. Tomó el regente la plata de la Iglesia, prometiendo restituirla, y generalmente se condujo con mucha habilidad para con todos. *Soberbio con sus enemigos, modesto con sus amigos.* Tenia por consejero á Paez su canciller, hombre astuto y envejecido en los asuntos. De este aprendió aquella máxima, propia para tales casos, que puso en práctica: *Da lo que no es tuyo, y promete lo que no tienes.* Era el ejército de Cas-

tilla tan considerable, que lo mas que hizo el regente fue inquietarle en su marcha, y así avanzó hasta Lisboa, como que todo pendia de la suerte de la capital. Sufrió esta ciudad el hambre y las calamidades de la guerra sin tratar de rendirse; y cuando se hallaba ya en el mayor extremo, entró en el campo de los castellanos una enfermedad epidémica, que los obligó á retirarse. No sin dolor se vieron precisados á alejarse la reina, su hija y su yerno, y así se dice que exclamó la reina arrebatada de cólera: "Ciudad ingrata, ciudad pérfida, ojalá te vea yo algun dia arruinada y devorada de las llamas."

1385.

Este regreso puso á don Juan de Avis en el estado que deseaba. Juntó los estados del reino en Coimbra; se decidió en ellos por primer punto que Portugal no podia estar sin un rey; por segundo, que Beatriz y su esposo el rey de Castilla, por haber intentado apoderarse de la corona con mano armada, se habian hecho indignos del trono; se deliberó en tercer lugar, si convenia reservar el cetro para don Juan de Castro, que se hallaba arrestado en Castilla; y el gran maestre manifestó, que aunque eran tan penosas las funciones de la regencia, si los estados conviniesen, estaba pronto á esperar hasta que el rey se viese en libertad, y que él sería el primero que gritaria *viva don Juan*. Bien se conoció que todo esto era un modo de hacerse rogar, pues desde luego se dió por sentado que el reino, en aquellas circunstancias, no podia continuar sin rey. Eligieron, pues todos á una voz rey al gran maestre de Avis, hijo natural de don Pedro *el Justiciero*, en perjuicio, no solo de don Juan de Castro, hijo tambien de don Pedro, ha-

bido en doña Ines de Castro, cuyo matrimonio no carecia de dificultades, sino de la reina de Castilla, hija y suresora legitima del rey don Fernando.

Impusieron al nuevo monarca, entre otras condiciones, una que tal vez sugeriria él mismo, ó que á lo menos no le desagradaria, y fue: "Que no admitiera en su consejo á los que fuesen hechuras de la reina doña Leonor, ni los emplease en los cargos de la corona, ni en las plazas administrativas de Lisboa." Tambien se hicieron en estos estados algunas leyes de policia.

A pesar de la exclusion formal de los dos esposos reyes de Castilla, no se consideraban estos sin recurso. La misma doña Leonor escitó á su yerno á que hiciese un nuevo esfuerzo; pero fue perfectamente rebatido, y desde aquel punto empezó don Juan á reinar sin contradiccion. Tuvo la fortuna de poseer por largo tiempo el trono, y de este modo le dejó bien asegurado en su familia. Tenian los portugueses antiguas alianzas con los ingleses, y las confirmó don Juan casandose con la hija del duque de Alencastre. Con sus honrados procederes mitigó el odio, habitual hasta entonces, entre portugueses y castellanos; y de este modo tuvo tiempo para trabajar en hacer felices á sus vasallos. Como habia sido hombre particular, conservó siempre la familiaridad y cortesanía. Halló don Juan el reino muy empeñado, y practicó constantemente esta máxima: *Un príncipe sin dinero debe pagar con atenciones.* No interrumpió la paz sino con una espedicion al Africa, en donde tomó á Ceuta, fortaleza que tuvo por necesaria para poner freno á los moros y dificultarles el embarco; y falleció en 1433.

Queriendo imitarle don Duarte, su hijo y sucesor, puso sitio á Tanger, dando la comision á su hermano don Fernando; pero esta expedicion fue desgraciada, porque el rey de Fez embistió á los portugueses en su campo, y los redujo á obtener como gracia el permiso para embarcarse, prometiendo la restitucion de Ceuta; y como esta no podia verificarse sin el consentimiento del rey, se ofreció don Fernando á quedarse en rehenes mientras el egército portugues llegaba á su pais.

Hubo grandes debates en el consejo para resolver sobre si se habia de sacrificar á Ceuta, que era el mas illustre monumento del rey difunto, ó á don Fernando, hijo de aquel monarca. Aun quando hubiera sido otro inferior personage, parece que no habia razon para detenerse en ratificar su tratado y romper sus cadenas; pero no pensó así el consejo, y permaneció don Fernando en Africa hasta que murió cautivo; porque los moros se obstinaron en negarse á cangearle con otro objeto. A don Duarte le arrebató en 1453 una peste, que asoló á Portugal. Era aficionado á las ciencias; compuso un libro intitulado *el Buen Consejero*, y otro sobre *el Arte de domar y manejar caballos*, que dedicó á su muger.

1435.

A esta princesa dió la regencia del reino, y la tutela de su hijo Alonso V; pero no habiendo sido esta disposicion á gusto de los grandes, solamente dejarou á la madre la educacion de su hijo, y confiaron el gobierno del reino á don Pedro, tio del rey. La reina cometió el error de retirarse á Castilla, creyendo que la seguirian muchas gentes; pero como la abandonaron, estuvo gastando en vanos esfuerzos, para suscitar enemi-

gos al regente, el dinero que habia llevado consigo. Cuando este se acabó, suplicó humildemente á don Pedro la permitiera volver á Portugal con la condicion de vivir allí como él quisiese; pero murió antes de recibir la respuesta, y tal vez se sirvió la envidia de esto mismo para agriar el corazon del jóven monarca Alonso V contra su tio.

El regente no omitió cuidado alguno para que su pupilo se hiciese digno del trono. Le inculcaba las reglas de un escelente gobierno, y se las demostraba con su egemplo, hasta que por último creyó poner el sello á sus servicios, dando á su sobrino la mano de doña Isabel su hija, que era hermosa, de talento y virtud. Mucho tuvo que sufrir esta princesa por las desavenencias entre su padre y su esposo, cuando este tomó á su cargo los negocios. Los envidiosos de don Pedro adquirieron tal ascendiente sobre el corazon del rey, y este hizo á su tio tales desaires, que pidió el retiro; y habiendosele concedido, todavía no contentos con esto sus enemigos, le representaron como un rebelde, y empeñaron al rey en atormentarle. Se prohibió todo trato con él, y se le mandó rendir las armas; y pasando á la corte para justificarse, hizo su yerno que le acometiesen, y en la misma defensa le alcanzó una flecha y murió. Todas las diligencias en el registro de sus papeles, para hallar contra él algunos cargos, pararon en descubrir varios proyectos para el servicio del rey y bien del estado: por lo que se le reintegró en su buena fama, despues de haberle muerto y deshonorado su memoria.

A lo que parece era Alonso V de espíritu ligero y caballeresco; y así formó varias empresas

contra el Africa , que le salieron bien , y consiguió el nombre de *Africano* ; aunque es preciso confesar que estas expediciones tenían mas de brillantes que de útiles. Su misma ligereza le empeñó en una guerra ruinosa con Castilla ; y la mala disposición de sus proyectos le llevó á Francia con quinientos caballeros y dos mil lanzas , para pedir á Luis XI que le ayudase en esta guerra de Castilla ; pero el reflexivo Luis hizo el aprecio que debía de un rey que dejaba como un aventurero su reino para ir á buscar tan lejos el socorro , teniendo en su casa tantos negocios que manejar , y le tuvo entretenido con buenas palabras.

Avergonzado de haber dado un paso tan mal combinado , y picado de ver que se hacia de él tan poco caso , abandonó á los nobles y soldados , y tomando consigo dos pages , dos criados y un capellan , partió á Jerusalem. Escribió á Portugal que no le verian mas ; mandó que su hijo don Juan se ciñese la corona ; y el príncipe , sin esperar á que le repitiese el precepto , se decoró con el título de *Rey*. Paseándose este algunos dias despues en la ribera del mar , vió que se acercaba un navío , del cual desembarcaba un hombre muy apresurado , y que era su padre. El hijo se sorprendió por un instante ; pero recobrado , se arrojó con amor y respeto á los brazos de su padre. Siguióse entre los dos una contienda de recíproca deferencia ; y queriendo contentarse el padre con el título de rey de los Algarbes , respondió don Juan : “ No , señor : no puede haber dos reyes en Portugal ; y pues vos estais aquí , no es razon que haya otro ; ” y así se dejó Alonso persuadir. Debió á Luis XI la interrupción del viage á Jerusalem ; porque pasmado este



Regreso de Alfonso V.

Partió Alfonso V dexando prevenido que no le verían mas, y se cñiese la corona su hijo D. Juan. Lo hizo este; pero paseándose un dia vió con gran sorpresa desembarcar á su padre. Se abrazaron; y habiendo querido reducirse Alfonso á solo ser Rey de los Algarbes, le dixo D. Juan: No puede haber dos reyes en Portugal, y estando vos aqui no es razon que haya otro. Sometiéndose al padre se honra el buen hijo.



príncipe de semejante desacierto, le hizo buscar, y le aconsejó amigablemente que se abreviase esta locura lo mas que fuese posible. Volvió Alonso á renunciar la corona; y murió en 1481 cuando iba á encerrarse en un convento.

Subió don Juan II al trono con cierta madurez en sus reflexiones, y un plan bien formado. Fue muy severo con los grandes, demasiado acostumbrados á la independenciam. Mandó degollar al duque de Braganza, marido de la hermana de la reina, que segun un abuso que habia pasado á costumbre, se puso bajo la proteccion de los reyes de Aragon y de Castilla. Ya el rey le tenia avisado, pero no hizo caso; y el egemplar de su castigo sirvió de freno á los otros. Sin embargo, el jóven duque de Visco, hermano de la reina, se puso á la cabeza de una conspiracion; y habiendole hecho venir el rey á su presencia, le preguntó: "¿Qué harias tú con un hombre que te quisiese quitar la vida?" Respondió Visco: "Le mataria con mi propia mano." "Muere, pues, le dijo el rey, dándole una puñalada; pues te has dado la sentencia." A los cómplices los ahorcaron, ó los arrojaron en los pozos. ¿Qué habia que hacer contra un monarca de esta resolucion? Todos se sometieron, y su reinado fue muy tranquilo.

Los historiadores han recogido algunas acciones y palabras suyas, que no merecen sepultarse en el olvido. Habia un juez que solo era accesible á los que le regalaban, y por otra parte era hombre de capacidad; y á este le dijo el rey con tono severo: "Cuidado, porque sé que teneis las manos abiertas y las puertas cerradas." Estas pocas palabras bastaron para corregirle. Un hombre que le

habia servido á su gusto en los fervores de su juventud, le llevó un papel, firmado de su mano, en que le habia prometido hacerle duque. El monarca le leyó con gravedad, le rasgó y dijo al portador: "Yo me olvidaré de que firmé tal papel;" y volviéndose á los asistentes, dijo: "Los que corrompen á los príncipes jóvenes, y por servirles de instrumento á sus placeres les sacan promesas que no deben cumplirse, han de estimar como favor el no ser castigados."

En su tiempo fue descubierto el reino de Congo; y quejandose los navegantes de que los naturales no habian querido enseñarles las minas, respondió don Juan: "No os informeis ya mas sobre este punto; tratadlos bien, comerciad con equidad, llevadles lo que ellos deseen, y lograréis el producto de las minas sin el trabajo de cavarlas." Conocia este príncipe cuánto importaba la exactitud de los soberános en la conservacion de las costumbres. Era en esto muy escrupuloso; y diciéndole un dia, que cierta formalidad á que se sujetaba, era una bagatela, respondió: "Sea enhorabuena bagatela; pero mi ejemplo siempre es de mucha consecuencia." Viendose sin hijos legítimos quiso dejar la corona á un hijo natural llamado Jorge, que habia criado con esta intencion; pero habiéndole advertido que aquella eleccion podria causar alborotos en el reino, murió en 1495, habiendo sacrificado sus deseos á la tranquilidad de sus vasallos.

1495.

A don Manuel, que le sucedió, le llamaron el *Afortunado*; por tres razones. La primera, porque llegó al trono desde léjos, pues era un biznieto de Alonso V. La segunda, porque le salia bien casi todo cuanto emprendia. La tercera felicidad, y lá

mayor, era verse tan amado y estimado de todos, y que tuviesen tal idea de su capacidad, que cuando se le desgraciaba alguna empresa la calificaban de imposible. Don Juan habia abatido á la nobleza, y don Manuel volvió á elevarla. Por su bondad protegió á los judíos, maltratados de sus vasallos; pero no pudiendo estos hacer nuevas vejaciones á aquella infeliz nacion, pidieron al rey que los estrañase de Portugal. En esto solo experimentó don Manuel contradiccion de parte de su pueblo.

No tuvo mas guerras que las que quiso, y fueron las de Africa. En estas sus aciertos habituales compensaron con ventajas algunos ligeros reveses que sufrió. Vivió muy bien con sus vecinos, presidiendo la buena fe en sus tratados y la fortaleza en la egecucion. Ningun rey desplegó tanta magnificencia; y la debió á los descubrimientos que se habian hecho en tiempo de sus predecesores, y que aumentandose con su proteccion, hicieron su reino el centro del comercio del universo. Gustaba de dar á los estrangeros grande idea de su poder con soberbias embajadas. Bastaba contemplar la suntuosidad de los edificios públicos, de colegios, iglesias, palacios y hospitales que se construian, y ver las armadas numerosas que salian de sus puertos, la opulencia de los grandes, el bien estar del pueblo, la satisfaccion pintada en sus rostros, la alegría esparcida en las ciudades y por las campiñas, para que sus vasallos concibiesen la mas alta opinion del monarca; autor de todos estos bienes. En su reinado y en los de sus predecesores hubo pestes, y no se sabe por qué era tan frecuente entonces esta plaga, que ya no se conoce en

Portugal. No se acercó á sus costas el hambre, aunque asolaba á los africanos, á quienes el compasivo Manuel estendió sus manos benéficas. Por una manía que se ha notado en otros reyes de Portugal, pensó este príncipe en bajar de la cumbre de la grandeza, y renunciar; pero advirtió que solo la sospecha de este proyecto hacia tomar á su hijo modales imperiosos, y que la tropa de cortesanos se volvía hácia el sol naciente; por lo cual mantuvo prudente ó apretó en su mano el cetro que estaba pronto á dejar. Por una rara fortuna abjuró el hijo sin repugnancia las esperanzas que le habian hecho concebir, y continuó como antes en causar la felicidad de su padre. Respecto de los demas hijos, pudo llamarse igualmente dichoso; por lo cual nada omitia para complacerles, poniendo su satisfaccion en prevenir sus deseos. Era padre tierno y esposo agradable, pasaba con dulce franqueza en lo interior de su familia todo el tiempo que podia robar á los negocios. Siempre se vió don Manuel bien servido de sus ministros; y ademas de la duracion de los consejos, á los que no faltaba, todo tiempo le parecia bueno para conversar con ellos. Algunas veces le sucedia encontrarlos en el palacio, tomarlos de la mano y llevarlos á su gabinete, diciendo: "Venid, que estamos solos, ¿no teneis algo que decirme?" Se divertia con ellos en la caza, y jugaba á la pelota, y despues les decia: "Ya estamos cansados de jugar; descansemos con los negocios."

Todos dicen que si tuvo algunos defectos, consistieron en el exceso de algunas virtudes; por ejemplo, la demasiada confianza, que le espuso á ser en-

gañado, porque lleno de candor, pensaba que todos eran como él; y la demasiada familiaridad con sus criados, aunque no se ve que por esto le faltasen al respeto. Se vestia de luto por los hombres de mérito que morian en su servicio; gustaba de música, de jardines y de sabios; él mismo cultivaba las ciencias, y pasaba por el mas hábil geógrafo de su tiempo. Desde que empuñó el cetro hasta su muerte, siempre fue don Manuel padre de su pueblo, justo sin severidad, compasivo sin flaqueza y pio sin afectacion. Por último rasgo de su retrato, dicen que desterró de su reino la pobreza y la tristeza. Una fiebre epidémica, que degeneró en una enfermedad mortal, le arrebató á los cincuenta y tres años, en el de 1521, cuando de su temperamento, buena constitucion y vida muy arreglada, podian sus vasallos prometerse todavía una larga felicidad.

1521.

Pero no la perdieron en el reinado de su hijo don Juan III; porque este príncipe copió gran parte de las bellas prendas de su padre, y sobre todo, su discernimiento en la eleccion de ministros, entre los cuales parece haber gozado de su confianza con preferencia cierto don Antonio, de quien por el pasage siguiente se juzgará si la merecia. El señor de Asambuja, de una de las mas antiguas casas del reino, por los contratiempos y los gastos que habia hecho en el real servicio, se hallaba reducido á poner en venta sus tierras. "Estas, dijo el rey á don Antonio, están cerca de las tuyas, y las pudieras comprar." "Mejor haria V. M., respondió el ministro, en poner al dueño en estado de conservarlas; pues él y sus mayores se han arruinado por los servicios que han hecho á la coro-

na." Siguió el rey el consejo , y evitó con su generosidad la ruina de aquella ilustre familia. Tuvo este príncipe el dolor de ver que la muerte estendió su guadaña sobre su familia , segando indistintamente los jóvenes y los viejos de ambos sexos. El fue casi el último á quien derribó ; y falleciendo en 1557 , no dejó mas que un hijo de tres años , llamado don Sebastian , destinado á ser por su imprudencia causa de las desgracias de sus pueblos.

Muy tempestuosa fue la regencia hasta que llegó don Sebastian á la edad competente. Pasó por un abandono forzado la entrega que hizo de este niño su abuela á su tío el cardenal Enrique. Los ayos que este le dió , le propusieron como virtudes regias la religion y el valor ; pero no el valor prudente y reflexivo , sino aquel que consiste en la temeridad de correr en busca de los mayores riesgos. Lo mismo sucedió en punto de religion ; no le inspiraron lo que penetra el ánimo del discípulo con las verdades del cristianismo , y sobre tan sólidos principios forma las costumbres , sino un fogoso fanatismo que precipita á destruir ó arruinar todo lo que no sea conforme á sus opiniones. Desde la infancia dió pruebas don Sebastian de que le abrasaba el deseo de manifestar su intrepidez y el odio implacable al mahometismo. Por este fatal entusiasmo pasó al Africa contra los moros á pesar de las mas eficaces súplicas de todas las personas prudentes de la corte , y de las persuasiones de los príncipes estrangeros que se interesaban en su suerte.

Jamas hubo príncipe en el mundo á quien mas advirtiesen de los peligros de su empresa ; pero tam-

poco hubo hombre que hiciese menos caso de los consejos. Hasta la reina y don Enrique unieron sus esfuerzos, auxiliando los ruegos de los particulares para separarle de un proyecto tan contrario á sus verdaderos intereses, y nada conveniente en el estado en que se hallaba el reino. La reina murió de pena viendo la obstinacion de su nieto, y don Enrique se retiró á su obispado. Los señores de juicio ya maduro por la edad y esperiencia, no fueron mas al consejo. Le escribieron sus embajadores de parte de los príncipes de sus respectivas cortes: Felipe II, rey de España, su pariente muy cercano, le pidió encarecidamente que no espusiera su persona; pero nada bastó para contenerle. El duque de Mascareñas, tan célebre por sus hazañas en la India, le suplicó lo mismo que todos; y el rey, para debilitar el efecto que en el público pudiera hacer el parecer de un hombre tan estimado, convocó varios á una junta para que con motivo del consejo de Mascareñas, dijese que con los años se disminuye el valor, y que es muy regular que un hombre valiente se haga tímido en sus últimos años. De este modo juntó la decision y el insulto.

El mismo rey de Fez, contra quien dirigia sus armas el rey don Sebastian, le hizo tales representaciones, que mas bien que temor ó política, manifestaba una especie de compasion de ver un jóven tan precipitado; y como el rey de Portugal tomaba por pretesto de la guerra poner en el trono de Fez y de Marruecos á Muley Mahamet, á quien Muley Moluh, su tio, habia despojado de sus estados, le escribió el tio, y probó que su sobrino era un hombre perdido y cruel tirano que no mere-

cia su proteccion. Mas hizo el africano; suplicó al rey Católico, con quien tenia buena correspondencia, que apoyase sus reflexiones; y para que estas fuesen mas eficaces añadia diez mil fanegas de tierra de labor sobre el territorio que los portugueses tenían al rededor de sus fortalezas; "y no porque yo tema, decia, el fin de esta guerra, sino por evitar la efusion de sangre."

Con un egército de cien mil hombres poco debia temer Moluh, anciano guerrero, á un egército de quince mil hombres, que se dirigia á sus costas, aunque llevaba doce piezas de cañon, artillería formidable en aquellos tiempos. Así que llegaron los portugueses, conoció por la esperiencia el africano, á vista de las erradas maniobras de los gefes, cuan poco temibles eran aquellos soldados, aunque valientes. Lo que él sentia era el parecerle que no tendria suficiente tiempo para derrotarlos, porque le acometió una violenta calentura, y se sentia morir. Con todo, desde que los dos egércitos se formaron en batalla, uno enfrente del otro, estuvo dando sus órdenes llevado en una litera.

Quando ya iban á llegar á las manos hizo que le pusiesen en un caballo para ver por sí mismo si estaban bien egecutadas sus disposiciones, y se volvió á su litera. Al primer choque llevó la infantería portuguesa alguna ventaja. Moluh, olvidado por un momento de su debilidad, salió de la litera, montó en un caballo y quiso dar sobre el enemigo con sable en mano. Le contuvieron sus guardias; pero este fue su último esfuerzo pues con él se le acabó el aliento y cayó desmayado en sus brazos. Volvieron á ponerle en la litera, y espiró, poniendo el dedo en la boca para encargar

que no se publicase su muerte. Se mantuvo de pie, á un lado de la litera, un renegado llamado Amet Tabá, y de cuando en cuando abria un poco la cortina como para recibir las órdenes del rey. Continuó en darlas su hermano Muley Hamet, y consiguió una completa victoria. Habia recibido don Sebastian un balazo en el hombro; pero no siendo muy peligrosa la herida, prosiguió peleando, y le mataron dos caballos. A su lado perecieron muchos señores.

De la suerte de este monarca no se habla de un solo modo. La primera relacion dice que, rodeandole los moros, le quitaron la espada y las demas armas, y se aseguraron de su persona; pero que suscitandose contienda entre los que le habian preso, se abrió camino uno de sus generales por entre la tropa, que iba á llegar á las manos, y para quitar disputas le dió un golpe con el sable, que bajandole hasta la ceja del ojo derecho, le echó á tierra, y que los otros acabaron con él. Que al dia siguiente conoció un ayuda de cámara el cuerpo de su rey, por orden del rey moro, que le envió adonde habia pasado la escena, y que asimismo le conocieron otros portugueses por indicios verosímiles, pues todos convinieron en que tenia la cabeza muy desfigurada. Pasaron aquel cadáver de Ceuta á Portugal, y le enterraron. Otra relacion, que es de Luis Brito, señor portugues, dice, que retirandose este de la pelea con su estandarte arrollado al cuerpo, y encontrandole el rey, le dijo: *Ten firme ese estandarte, y muramos sobre él*; que dió el príncipe sobre los moros, y le prendieron; que Brito se le quitó de las manos; pero que á él tambien lo hicieron prisionero con su

estandardete; y que cuando le llevaban alcanzó á ver al rey, á quien ya no perseguian. Don Luis de Limia depuso haber visto al rey, que iba caminando hácia el rio, y que aquella fue la última vez que se le vió.

Todas estas circunstancias son bien particulares; porque á cosa de veinte años despues, se presentó en Venecia un hombre que decia ser el rey don Sebastian, y daba noticia de lo que le habia sucedido, de cómo habia salido de entre los que estaban muertos; y que despues de haber andado errante en Africa por algun tiempo, habia vuelto á Portugal, y aun á su propio palacio, en el cual de vergüenza no se habia atrevido á declararse y darse á conocer. Tenia aquel hombre el porte, estatura, gesto y voz de don Sebastian; mostraba las cicatrices de las heridas, cuyo número decia ser veinte y cinco, y entre otras la del hombro y la ceja. Hubo muchos portugueses que le reconocieron. Nombró el senado sus comisionados para que le examinasen, y se quedaron admirados de oir lo que les contó de negociaciones secretas que habia habido entre él y la república, y no se atrevieron á declararle por impostor, movidos de su satisfaccion, de la invariable firmeza de sus respuestas, de su modestia, piedad, y de la paciencia que manifestaba en su desgracia. Pidió el embajador de España su espulsion, y el senado no tuvo valor para negarse.

Se retiró aquel hombre á Florencia. Le mandó el gran duque prender, y se le entregó al conde de Lemos, virey de Nápoles, para que le enviase al rey de España, que ya estaba en posesion del reino de Portugal. A la pregunta que le hizo

el virey ¿quién eres tú? respondió: bien pudieras conocerme, pues te encargaron por dos veces la embajada á mi corte; y le contó circunstancias, que solo pudiera saberlas el que en aquel tiempo hubiese sido rey. Dejó tambien admiradas á dos princesas, parientas de don Sebastian, que tuvieron la curiosidad de preguntarle.

Despues de la muerte del conde de Lemos le dieron tormento, y siempre se mantuvo firme. Para sosegar la opinion pública, que se iba declarando en su favor, le pasearon sobre un asno por las calles de Nápoles, precedido de un pregonero, el cual iba diciendo: que era un impostor aquel que se decia el rey don Sebastian de Portugal, y siempre que el pregonero añadia *que era un calabres*, gritaba él en voz mas alta: *eso es falso*. Le restituyeron á la carcel, en donde estuvo por algun tiempo en el reino de Nápoles; le trasladaron á Castilla, le encerraron en un castillo retirado, y despues no se ha hablado mas de él.

En Portugal se consideró á don Sebastian como muerto; y su tio el cardenal Enrique tomó la corona á la edad de sesenta y siete años, en el de 1578. El primer deseo de los portugueses fue que se casase, con el fin de dejar herederos directos, y prevenir las guerras civiles que les amenazaban. Por razones poderosas se negó en Roma esta pretension; pero desde el punto en que el infeliz Enrique subió al trono, no oyó hablar de otra cosa sino de quien debia sucederle. Los dos pretendientes que se declararon fueron Felipe II, rey de España, y la duquesa de Braganza. A esta deseaba Enrique, y temia al rey de España. No podia ver al prior de Ocrato, su sobrino, cuyo derecho

1580.

sería el mas seguro si hubiera podido probar que era legitimo. Entre tanto, don Enrique murió indeciso, y sin haber nombrado sucesor en 1580. Creyó que habia proveido suficientemente á la tranquilidad del reino, nombrando cinco personages, que fuesen depositarios de la suprema autoridad despues de su muerte, y durante el interregno. Ante estos habia de litigarse el grande asunto de la sucesion; pero estaba decidido antes que él muriese.

Tres de los cinco regentes se hallaban interesados por Felipe II, rey de España, que tenia á su favor otro voto mas decisivo, y era un ejército considerable, mandado por el duque de Alva, que se acercó á la frontera de Portugal y le faltaba mucho á este reino para oponerle suficiente resistencia. Avanzó, pues, con buen orden y disciplina, y no halló en el camino mas que al prior de Ocrato, que se habia hecho nombrar rey por el populacho de Lisboa. Sus tropas, compuestas de gente colecticia, mal armada y mal mandada, se dispersaron al primer choque. El príncipe anduvo errante por el reino por el espacio de un año, aunque se habia puesto precio á su cabeza; y por último se huyó, y murió en Francia. Felipe II no quiso ir á Portugal hasta que todo estuvo sosegado, para que no pareciese que tomaba la corona por derecho de conquista. De los cinco regentes le habian proclamado por decision comun tres, que estaban interesados, y los otros dos por fuerza ó por persuasion; de suerte, que no faltó ninguna de las formalidades legales antes de tomar posesion, ni al tiempo de tomarla. Solo faltó la circunstancia que mas lisonjea á un buen rey, esto es, los deseos y la alegría de los pueblos.

Mucho tardaron los portugueses en acomodarse al dominio de los castellanos, ó por mejor decir, siempre le repugnaron. Al principio procuró Felipe II amansarlos con caricias; despues los trató con severidad. Sus gobernadores mortificaron á los pueblos con la sobrecarga de los impuestos y con el modo de cobrarlos. No se couservaron ni se repararon las fortalezas; y las tropas portuguesas estaban mal pagadas. La marina nó se ocupaba en la defensa de las costas, ni en la proteccion de las posesiones africanas y asiáticas, que era su destino natural, sino que la unieron á la famosa armada llamada la *Invencible*, y así pereció casi toda en la desastrada expedicion de Felipe II contra Inglaterra. De resultas invadieron los holandeses las mas bellas colonias portuguesas en la dilatada guerra que sostuvieron por substraerse del dominio español; por lo que todo el reino se vió en la mas horrible miseria. Los políticos menos advertidos suponian que los españoles aspiraban á hacer provincia de España aquel reino, y que querian valerse para esto de la pobreza y desnudez.

Al fin se esplicó la soberbia portuguesa creyéndose oprimida; pero despues de sesenta años de sufrimiento en los reinados de los Felipes II, III y IV, necesitaba algun lazo que reuniese á los señores malcontentos. Leyendo estaban los unos en los ojos de los otros sus secretos deseos; pero no se atrevian á comunicarse sus ideas. Ya un hombre, en el reinado de Felipe IV, concibió el proyecto de romper el hielo y acabar con aquella incertidumbre y falta de resolucion. Este fue Juan Pinto Riveyro, mayordomo del duque de Braganza, el cual, por descendiente de la familia real,

1580.
1598.
1621.

aunque bastardo, tenia derecho á la corona, y por esto le observaban los españoles mas que á otro alguno. Supo Pinto engañar á las espías y abocar juntos á los señores mas útiles para su proyecto, sin comprometer ni esponer á su amo, que parecia ignorar, y acaso realmente ignoró, lo que se tramaba.

El carácter del duque de Braganza era el mas acomodado á las circunstancias. Era dulce, modesto, sin esterioridades de ambicion; y así los españoles no tuvieron motivo para sospechar, aunque sabian que era de la sangre real. Gozaba tal reputacion de hombre moderado, que los señores coligados dudaban si querria sacrificar su tranquilidad al resplandor de la corona; y aunque consultaron á Pinto, este no se atrevió, ó aparentó que no se atrevia, á afirmarlo; pero presentó á su amo el diputado de aquellos señores para que ellos juzgasen por sí mismos del concepto que deberian formar sobre este punto. Por aquel mismo tiempo estaba llamado á Madrid el duque de Braganza por razones tan frívolas que no podía dudarse que en ellas se ocultaba el designio de retenerle. Consultó en esta perplejidad á la duquesa su esposa, y esta le respondió: "En Madrid os está esperando la muerte. Puedé ser que tambien la halleis en Lisboa; pero allá morireis como un miserable encarcelado, y aquí, si os vencen, caereis cubierto de gloria y como rey. Esto es lo peor que puede sucederos; pero contemos con el favor del pueblo y con la proteccion divina." Ya estaban tomadas todas las medidas; y solo se esperaba el consentimiento del príncipe para obrar. Lo mismo fue darle, que ponerse todo en movimiento. Muchos de los principales habitantes de Lisboa estaban ganados,

o se habian ofrecido á la seduccion ; y con el pretesto de que habia cesado el comercio , despidieron los fabricantes á sus oficiales , para que con el hambre y la miseria se determinasen mas facilmente á sublevarse. Se juntaron los conjurados ; ya estaban señalados los ataques , y determinados los puestos. Unos á pie , otros á caballo , y otros en litera , fueron por diferentes caminos , para no dar que sospechar en el palacio que habitaban la vireina y el secretario de estado Vasconcelos , que tenia toda la autoridad. Viendo Pinto que , poco mas ó menos , ya estaban juntos todos los conjurados , dió la señal con un pistoletazo. Acometieron todos por diferentes puertas ; arrollaron la guardia ; subieron á la habitación de Vasconcelos ; le mataron , y arrojaron su cadáver por la ventana ; hicieron firmar á la vireina la orden dirigida al gobernador de que rindiese la ciudadela ó castillo , y él obedeció. Estaba el duque de Braganza en la ribera opuesta del Tajo esperando el suceso ; y así que recibió las buenas noticias , se entró en una barca , atravesó el rio , y fue recibido con muchas aclamaciones del pueblo ; que de todos los cuarteles de la ciudad habia acudido en tropel á la ribera. A las ocho de la mañana habia dado Pinto la señal del rompimiento , y al mediodia ya las tiendas estaban abiertas y todo corriente y sosegado.

Hizo el ministro español , conde-duque de Olivares , todos sus esfuerzos con las intrigas y las armas para reconquistar su poder en Portugal. Muchas veces el duque de Braganza , ya nuevo rey con el nombre de don Juan IV , se vió acometido de conjurados ; y se libró de aquellas sordas tentativas

Tramó el conde-duque de Olivares con tal destreza sus intrigas, que los mejores ministros de don Juan IV se hicieron sospechosos y pagaron con su cabeza las sospechas inspiradas á su soberano. Se reconoció despues la inocencia: pero los motivos de desconfianza, que sin cesar renovaban con habilidad los emisarios españoles, tuvieron por largo tiempo al rey en una enfadosa perplejidad en medio de su corte.

Los portugueses, aunque casi del todo desnudos por las precauciones que de antemano habia tomado el consejo de España, resistieron á los primeros esfuerzos. Iban los paisanos alternativamente al campo, y se volvian á sus chozas, peleaban un dia, y al siguiente trabajaban. Los fue disciplinando y haciendo á la guerra don Juan, con el auxilio de oficiales estrangeros que llamó de todas partes. Los animó con pequeñas acciones, cuyo buen éxito ya estaba preparado; les infundió valor; y aun llegaron á batallas decisivas, que el rey ganó. Sus embajadores, que antes solamente eran tolerados en las cortes estrangeras, se presentaron entonces en ellas con esplendor, á pesar de los sordos ataques, las amenazas públicas y el dinero pródigamente repartido, con otros medios de que se valian los ministros españoles para retirar á los portugueses de las cortes de su residencia. De esta suerte, cuando murió don Juan IV en 1656, ya era reconocido rey de Portugal universalmente.

No mudó de costumbres con la elevacion, antes bien desplegó virtudes que se hubieran quedado ocultas en un particular. Le llamaron el *Afortunado*, y pudieran haberle dado el nombre de bueno y benéfico. Como perdiese en la caza algun tiem-

po de mas, un dia que salia de Lisboa á este egercicio, se le presentó el magistrado civil, le hizo una profunda reverencia, y tomando el caballo por la brida, le volvió al palacio sin hablar palabra. Entró el rey en él sin despegar sus labios; y esta muda reconvencion tuvo su efecto, porque el rey se contuvo mas en su pasion por la caza.

Pasó el cetro de las manos de don Juan á las de don Alonso VI su hijo, bajo la tutela de la reina su madre. Con el motivo de las enfermedades de su juventud, le toleraron defectos que degeneraron en vicios. Tenia un hermano llamado don Pedro, cuya educacion, mas bien entendida, tuvo efecto mas feliz; y aun dicen que la madre tenia mas afecto á este hijo menor. Los que esperaban aprovecharse de la desavenencia que pensaban establecer entre los dos hermanos, no dejaron de advertir al mayor esta preferencia, de que concibió envidia, y por ella se apartó de su madre. Habia esta señora gobernado con aplauso general, durante la menor edad de Alonso; y juzgando por sus estrayíos, que indicaban un espíritu herido, que no se hallaba en estado de gobernar el timon de los negocios, quiso ella continuar; pero la separaron los favoritos. Se ignora si inspiró al hijo menor el deseo de destronar al mayor; si le indicó por qué medios, y si le trazó el camino por donde habia de llegar á sus fines. Lo cierto es que murió antes del suceso; y aunque á la hora de la muerte exhortó á los hijos á la concordia, los dejó en la misma desavenencia.

Acababa de concluirse el matrimonio del rey con una francesa, madama de Aumales, princesa de Nemurs, que se aventuró al casamiento, aun-

que corrian voces de qué Alonso era impotente. Escriben que la primera mirada de la reina, cuando llegó, fue menos favorable al rey que á su hermano, y que este la entendió. Lo cierto es que siempre estuvieron perfectamente acordes en todo cuanto pasó acerca del monarca.

Ya la reina madre habia ensayado lo que podia hacerse contra este, separando de su vista dos favoritos de los mas queridos, que fueron enviados á vivir en el Brasil sin autoridad alguna. Por mas que nos representen los historiadores á este rey como un hombre brutal, precipitado, y aun feroz, se contentó entonces con quejarse, y no se ve que se vengase de semejante insulto. Ya, pues, se advirtió que para con él bastaba el atreverse, y se le atrevieron, Procuró don Pedro ganar al pueblo de Lisboa, y sobre todo al clero, con una grande afectacion de piedad; y al mismo tiempo mostraba mucha atencion con su hermano, y una aparente lástima de sus extravagancias é inconstancias, que en voz baja se graduaban de locura.

Este estado supuesto de demencia servia de pretexto para quitarle unas veces con gusto, otras por fuerza, ya un ministro, ya otro, segun los observaban mas ó menos capaces de sostenerle: de suerte, que este príncipe desgraciado se hallaba sin consejo, y colocado espresamente en las circunstancias mas dificiles y espinosas. Muchas veces se le vió suspirar por este desamparo; y cuando estaba mas abandonado, consumió la reina la desesperacion del infeliz Alonso, retirándose á un convento, y escribiéndole una carta llena de reconvencciones sobre la conducta insoportable que habia observado con ella; diciendole por último, que bien



Prision de Alfonso VI.

A fuerza de intrigas logró el Infante D. Pedro de Portugal desacreditar á su hermano el Rey D. Alfonso VI, suponiéndole demente, hasta facilitar que el Consejo decidiese que debía renunciar la corona en D. Pedro, quien para frustrar la resistencia del Rey á esta renuncia le arrestó en su quarto, y se abrogó la regencia del Reyno. ¿Quándo el que aspira á un trono reconocerá digno al que le ocupa?

sabia que ella nó era su muger. No esperaron á que se resfriase este primer ataque. Se juntó el consejo, y decidió que por el bien del reino debia Alonso renunciar la corona y resignarla en don Pedro. Tomada esta resolucion, se reunieron los consejeros del estado, y la presentaron al rey. No queria este conformarse; pero don Pedro fue á palacio, é hizo arrestar á su hermano en su cuarto. Un hombre prevenido para esto le persuadió que se resignase y le pondrian en libertad. Dió, pues, su consentimiento; pero queriendo hacerle firmar tambien la nulidad de su matrimonio, pidió que se consultase con doctores; y el resultado de su consulta fue que tambien firmase este artículo. Al punto declararon á don Pedro, no por rey, porque esta proclamacion parecia demasiado precipitada, sino por regente del reino.

No tenia don Pedro mas que veinte y un años cuando le dieron la regencia, y por ser tan jóven no se creyó que hubiese imaginado ni dirigido la revolucion. Aunque la reina apenas tenia mas edad, el talento temprano ó precoz que se conoce en las mugeres para la intriga, hace probable la opinion que por entonces se esparció de que era el alma de esta. No pareció que don Alonso sintió estas catástrofes, hasta que á la noche se vió solo; y entonces suplicó á su hermano que le enviase á Juan, el guarda de sus perros, para que le hiciese compañía. Bien fuese que la amargura del dolor ó el delirio de la desesperacion le dictase esta humilde súplica, conmovió tanto á don Pedro, que le hizo derramar muchas lágrimas, sin duda por la reflexion sobre la infeliz suerte de su hermano. Esta sensibilidad acredita su buen corazon; pero á la reina no la mereció un suspiro.

Confirmaron los estados en don Pedro la regencia, y fue uno de sus primeros cuidados restablecer desde luego la policía, que Alfonso había absolutamente destruido con su mal ejemplo: pues iba de noche por las calles golpeando á los que pasaban, y aun dicen que hirió á algunos de ellos, por lo que no debe estrañarse que desagradase á una francesa galante y delicada. Esta, viendose libre de su rústico esposo, se aplicó á procurar el sugeto que habia sido blanco de sus deseos para no descender del trono, y ocuparle con marido de su gusto.

La dificultad consistia en salvar las apariencias, y persuadir al público que el casamiento con don Pedro era negocio de la razon de estado y no del amor. ¡Qué de ojos piensan engañar los amantes! ¿pero á quién engañan? La princesa de Nemurs solamente hablaba en su convento de que se anulase el matrimonio, para que, pagandosela su dote, pudiese retirarse á Francia. Se declaró nullo el casamiento, y concurrió para ello Alfonso, reconociendo por verdad lo que la reina habia dicho. Puesta en libertad, podia desde luego partir; pero los estados la suplicaron que se quedase, declarando que ni querian, ni podian pagarla el dote, y que el medio único de sosegarlos sería que tuviese á bien casarse con don Pedro. Al oír esta proposicion, supondria un novelista en la princesa cierto aire de empacho y de reserva, coloreando sus mejillas con el carmin del pudor; pero solo se sabe que guardó un modesto silencio.

Fueron los diputados de los estados á ver al príncipe, y le representaron este casamiento como necesario para la tranquilidad del reino. El regen-

te, desde luego que oyó proponer lo que tanto deseaba, no se detuvo y dió su consentimiento, con la condicion de que lograrse *el sí* de la princesa. Volvieron los diputados, y la señora condescendió. Pocos matrimonios se han tratado tan diplomáticamente; y este se celebró con grande pompa. Tuvo don Alonso la noticia en su prision por el ruido de la artillería; y aunque al principio se alteró algun tanto, recobrando al punto sus espíritus, dijo que tenia lástima á su hermano, y que bien presto se veria tan cansado de la francesa como él se habia visto. Por odioso que hubiese sido para la princesa aquel marido, debe creerse que si ella supo su reflexion, no la seria indiferente.

Don Pedro, por no tener siempre á la vista un objeto que debia serle incómodo, envió á su hermano á las islas Terceras, como un pais agradable, en donde estaria asegurado y podria satisfacer su aficion á la caza. Se esparció la noticia de que trataban de deshacerse de él en llegando allá, y á fuerza de murmuraciones le hicieron sacar de aquellas islas. Sus amigos, pensando favorablemente, le hicieron muy mal servicio, porque le quitaron el gusto de gozar de la grande estension del pais que le habian concedido; y se vió despues encerrado en el castillo de Cintra cerca de Lisboa, en donde murió á los quince años de prision. Cuando le atacó la última enfermedad, dijo: "Yo voy á morir; pero la reina muy presto me seguirá, para dar cuenta en el terrible tribunal de los males que me ha hecho."

Con efecto le sobrevivió poco; y solo por algunos meses vió gozar á su segundo esposo del título de rey, porque á ella siempre la dieron el de rei-

na, aunque le tuvo por el primer matrimonio, y anulado este, debiera haberse quedado sin aquellos honores que por él tenia. Siempre conservó don Pedro mucha estimacion á esta reina, y grande confianza en el trato de los negocios. Volvió á casarse, y tambien hizo feliz á la segunda muger, porque sus amores ocultos fueron de una clase tan obscura, que no pudieron dar zelos. Este príncipe pasa, con razon, en la historia por un profundo político, y solo se le nota, como defecto, que no decidiese por sí mismo con satisfaccion. Eran sus ministros mas señores que él; por lo que un embajador de Inglaterra escribió chistosamente á la reina Ana: "En el consejo no tenemos mas que un amigo, que es el rey, y aun este no es de los que mas suponen."

1706.

Don Juan V, que le sucedió en 1706, no tuvo que hacer mas que seguir el plan de política que su padre don Pedro le dejó trazado para mantener una justa balanza entre la casa de Francia y la de Austria, que se disputaban la corona de España, y hacerse buscar de una y otra, apoyandose en la Inglaterra, aunque sin ser esclavo de los ingleses. Esto lo consiguió perfectamente, como tambien hacer papel entre las potencias mas respetables de la Europa: distincion de que cuidó siempre con el mayor zelo. Fue dichoso en su familia, y habiendo fallecido en 1750, dejó una numerosa posteridad.

1750.

1755.

Le sucedió su hijo don José; y en 1755 tuvo la grande pesadumbre de ver arruinada en gran parte su capital por un horrible temblor de tierra, en el cual perecieron como treinta mil almas en Lisboa. A esta desgracia sucedió inmedia-

tamente una terrible conspiracion en que estuvo para perder la vida. Le hirieron con armas de fuego en su misma carroza, y fue una especie de milagro que se librase de las manos de los asesinos. Fueron castigados los reos, que eran de lo principal de la nobleza; y en este suceso tuvo principio en Portugal el descrédito de los jesuitas y su estrañamiento de aquel reino. Parece que en esta conspiracion, que puso la vida del rey José en el mayor peligro, concurrieron motivos políticos, religiosos, y de galantería; pero dejemos á la posteridad que aclare este punto. Una historia como la de Portugal, tan fecunda en sucesos estraordinarios, que han hecho pasar el cetro tantas veces de una familia á otra, merece finalizarse por una conspiracion. Don José no dejó mas que hijas; pero María Francisca, la mayor, habiendo casado con su tio, hermano del rey, subió por muerte de su padre al trono con su marido en 1777. Aun despues de haber enviudado le ocupó todavía, y por los achaques que la sobrevinieron confió la regencia del reino á su hijo don Juan, príncipe del Brasil, casado con la infanta de España doña Carlota, los cuales tuvieron una numerosa sucesion en que ha continuado la de aquella corona.

1777.

AMÉRICA.

En 1492 Cristóbal Colon, genovés, que estaba sirviendo á los reyes de Castilla y de Aragon, Isabel y Fernando, descubrió el hemisferio occidental del Globo, que se llama *Indias Occidentales*, porque se creyó que fuese parte de la region de Asia, conocida con el nombre general de *Indias*.

Años
de J. C.
1492.

Américo Vespucio, florentin, visitó estos países despues de Colon, y fue el primero que dió una relacion pública de ellos; y como la dió en su nombre, se acostumbraron á decir la relacion, el viaje, las tierras de Américo, y por último llamaron á todo el país *América*. Tambien le llaman el *Nuevo-Mundo*, porque á la verdad cuanto allí se ve es nuevo para el que va de las otras tres partes de la tierra. Los habitantes, por la mayor parte, no tienen barbas; los cuadrúpedos de la misma especie que los nuestros son mas pequeños, y allí degeneran los que se llevan de acá; hasta los animales feroces, y aun los leones, no son allí tan atrevidos. Lo contrario sucede en los insectos y reptiles venenosos, que allí son muy grandes.

Desde el *Condor*, que es el ave de mayor tamaño, la mas fuerte y la mas atrevida, hasta el pájaro mosca, que es la mas pequeña, todos brillan con la mas rica variedad de colores; las mismas conchas, pintadas por la naturaleza, despiden un resplandor, que no se cansa el hombre de admirar. Aquella vasta estension contiene en sí todos los climas: sus montañas son las mas altas del mundo: sus rios los mas grandes, y se navegan agua arriba por centenares de leguas. Por último, parece que la naturaleza se complació en esconder sus tesoros en el centro de aquel vasto continente, segun las minas de oro y plata, y las piedras preciosas que se encuentran; y en derramar por su superficie el azúcar, el cacao, la cochinilla, el indigo, el tabaco, las plantas saludables, y las mas deliciosas frutas.

Es mas que verisímil que los antiguos tuvieron conocimiento del *Nuevo-Mundo*, y por lo me-

nos es cierto que sospecharon su existencia. Se convenció de ella Colon, con la fuerza de su ingenio, con las noticias que fue recogiendo y con sus profundas reflexiones sobre que la tierra debia ser de figura redonda; pero el persuadir esto á los demas le costó mucho trabajo, y tuvo mil contradicciones para conseguir que los reyes Católicos Isabel y Fernando le diesen los auxilios necesarios para ir á hacer los descubrimientos que meditaba. En su navegacion esperiméntó las desazones y los peligros que debia esperar un hombre que iba á ciegas, por decirlo así, y llevaba consigo una gente, á la cual solo con vagas esperanzas podia inspirar confianza en su conducta; y así, los que componian la tripulacion, y aun la tropa de sus navíos, unas veces obedientes y otras indómitos, eran para él un motivo perpetuo de inquietudes; porque un error de ruta los desesperaba, y despues los alentaba de nuevo la vista de alguna tierra. Ya entre estas agitaciones abordó á la primera de las islas Lucayas, y la llamó San Salvador, dando á entender con este nombre, que la miraba como á un Salvador, de que ya tenia grande necesidad. Allí tomaron refrescos; visitaron algunas islas adyacentes, y en la que Colon llamó *Española* edificó un fuerte, dejó guarnicion en él, y se volvió á España con oro y con algunos naturales del pais, irrecusables testigos de la existencia de aquel Nuevo-Mundo, y de las ventajas que de él podian sacarse.

Estas esperanzas lisonjearon á la corte; dieron á Colon el título de *Almirante*, y una escuadra cuya fuerza daba á entender la confianza que empezaba á nacer en los corazones. Pero cuando lle-

1493. *g*ó á la colonia en 1493, la halló destruida; porque los indios habian acabado con los españoles, oprimiendolos la multitud. Las circunstancias y los motivos los supo Colon por un cacique ó régulo, cuya amistad se habia granjeado en su primer viage. Restableció el fuerte, puso en él otra guarnicion mas numerosa al mando de su hermano Bartolomé; y despues de haber reconocido muchas islas, y haberse asegurado con bien fundadas conjeturas de que mas allá habia un continente ó tierra firme, volvió á llevar nuevas esperanzas á España, en donde le tuvieron entretenido hasta el año 1498. Cuando llegó de nuevo á la isla Española, halló la colonia en malísimo estado, porque se habia introducido en ella la disension, y habian precisado á Bartolomé á que hiciese la guerra á los naturales. Colon reconcilió á los españoles entre sí y con los antiguos habitantes, y puso los fundamentos de una ciudad, que se llamó *Santo Domingo*, por haber sentado en domingo la primera piedra; pero con el tiempo toda la isla se ha levantado con este nombre. Despues que Colon lo puso todo en paz, ó por lo menos se persuadió á que todo estaba sosegado, se preparó al descubrimiento del continente, que era el objeto principal de sus deseos.

En los cinco años que le tuvieron en España detenido y ocupado en solicitar los medios de continuar su empresa, habian tomado ya el mismo empeño otros navegantes, tentados por el buen éxito de los pensamientos de Colon. El comercio de Sevilla habia enviado á Alonso de Ojeda, y este llevaba por compañeros á Juan de Cosa, vizcaino, y á Américo Vespucio, florentin, dos sugetos ins-

truidos en la cosmografía, y aun el último había navegado con Colon. Bajo la dirección de estos dos hombres descubrió Ojeda el continente, en donde se desembarcaron en 1499; pero ya Colon le había costeadado. Empezó Alonso Nuño, uno de sus oficiales, á comerciar allí con un navío particular por su cuenta y la de un compañero en 1500; y en el mismo año Pinzon, oficial suyo tambien, pasó la línea, y descubrió el Brasil; bien que los portugueses dicen que ellos abordaron allí al mismo tiempo, siendo su gefe Alvarez Cabral.

Mientras los otros se aprovechaban para sus descubrimientos de las luces de Colon, no se atrevia este á abandonar la ciudad de Santo Domingo, en donde la poca subordinacion de los principales españoles, y aun los que mas le debian, le causaban innumerables mortificaciones. Hizo pasar sus quejas á España; pero los regalos que había enviado á la corte, le habían producido mas envidiosos que amigos; porque los que no habían recibido presente alguno, llevaban á mal su olvido ó su negligencia, y aquellos á quienes había gratificado, creian haber recibido muy corta expresion. Publicaban por todas partes que ya había juntado riquezas inmensas; que así él como sus hermanos defraudaban los derechos del rey y se portaban como tiranos con los españoles de la colonia. Esparcidas generalmente estas noticias, se envió á Santo Domingo un comisionado llamado Francisco Bobadilla con órdenes soberanas.

Llegó Bobadilla á Santo Domingo, y habiendo manifestado la autoridad de gobernador general, de que se hallaba revestido por la corte, hizo que todos dejasen las armas; que pusiesen en sus manz

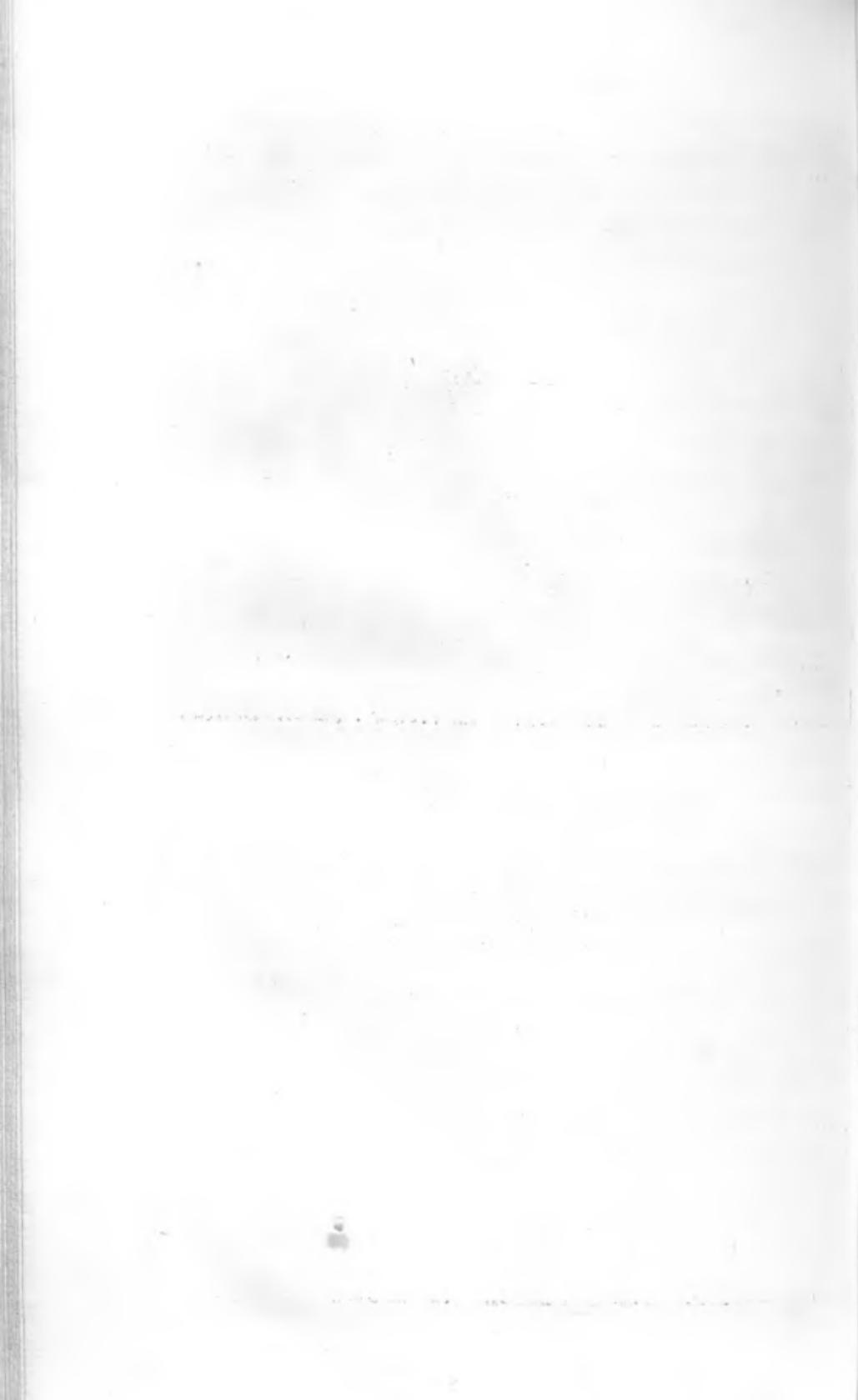
las provisiones y municiones de los almacenes reales: oyó con parcialidad las quejas contra el almirante; le tomó sus efectos; cargó de prisiones á él y á sus hermanos, y los envió á España; pero el comandante del navio procedió de muy distinto modo que el gobernador general; pues trató á sus prisioneros con mucha benignidad, y ofreció á Colon quitarle los grillos, á lo que él replicó con generosa indignacion: "No: pues que llevo estos grillos por orden de los reyes, yo obedeceré á este mandato como á todos los que he recibido de ellos. Su voluntad me tiene despojado de mi libertad, y solo su voluntad me la puede restituir." Cuando el rey y la reina supieron su llegada, se indignaron mucho porque le habian tratado tan mal; mandaron ponerle en libertad inmediatamente; le admitieron en su presencia; le escucharon con toda bondad, y le consolaron. En cuanto á la súplica que hacia de que, no obstante su mucha edad, se le confiase todavía otra espedicion, le prometieron complacerle luego que volviese á dar cuenta del estado de las cosas el nuevo comisionado que enviaban á Santo Domingo.

Viendo que las noticias todas eran favorables al almirante, le dieron una escuadra; y volviendo á Santo Domingo, en 1502, tuvo el consuelo de ver que embarcaron y trajeron á España á Bobadilla y á los otros enemigos suyos. Se puso despues á recorrer y reconocer las costas de Tierra-firme; puso en ella los cimientos de un fuerte; y aunque á la verdad le abandonó, este ensayo asegura á Colon la gloria de haber sido el primero que descubrió el continente, y su superioridad sobre los otros navegantes, que no hicieron mas que



Obediencia de Colon.

Priso Colon por el Comisionado Real Francisco de Bobadilla, y remitido á España con grillos, como tambien sus hermanos: el Comandante del navio que los conducia ofreció á Colon quitarle los grillos; pero lejos él de permitirlo le dixo: No: la voluntad de mis Reyes me tiene sin libertad; y así solo su voluntad puede restituirmela. El buen vasallo ni en la opresion desmiente su obediencia y respeto.



imitarle. No hubo contratiempo que no experimentase el almirante en este último viage; porque sus navíos dieron al traves en la costa de la Jamaica; se sublevaron las tripulaciones, y él se vió muy á riesgo de acabar sus días entre los salvages; pero con su prudencia, valor y constancia, triunfó de todas las dificultades. De vuelta á Santo Domingo no halló mas que indiferencia en los colonos, que le debian todo quanto eran; y queriendo quejarse al rey Fernando, fueron escuchadas con grande frialdad las quejas de un anciano cuyos servicios podian ser útiles sin su persona. Causado, pues, de la ingratitud de los hombres, se retiró á Valladolid, en donde murió año de 1506; pero después de su muerte se le dispensaron todos los honores que le habian negado durante su vida. 1506.

Lo primero que advirtieron los navegantes, y mas que todos Colon, fue que los habitantes de sus descubrimientos no tenian la menor idea de los mismos objetos que se presentaban á su vista; pues creian que los navíos eran monstruos marinos, y que los soldados de á caballo eran una especie de centauros y una misma pieza con su caballo. Miraban con sorpresa la barba de los españoles, sus armas y sus vestidos, como sucede á los niños; recibian con mucha alegría los presentes de poco valor, como cuentas de vidrio, cadenitas, espejitos, y daban por esto los pendientes y sortijas de oro, las perlas y la pedrería que tenian. Iban siguiendo hasta el mar á los generosos repartidores de aquellas bagatelas, y se echaban á nado para que les dieran mas; pero si para librarse de su importunidad, ó por otro motivo, disparaban un fusil, huian espantados como una bandada de pájaros. Su mayor

miedo era cuando oían el estampido del cañon; se echaban á tierra, y si alguno herido de la bala se arrastraba ensangrentado ó caía inmoble, les parecían dioses unos hombres tan poderosos, que manejan el rayo, y despedían la muerte.

Sus usos y costumbres eran materia digna de observacion. Halló Colon en la isla de Santo Domingo gobierno establecido, en el que habia un rey ó cacique muy respetado de sus vasallos. Estos eran blancos, civilizados, de mediana talla y de fuerte constitucion; tenían la nariz ancha, la frente lisa y levantada. Colon creyó con fundamento que el cacique, que fue el primero á quien vió, tenía otros que dependían de él. Segun la relacion que hizo á los reyes Isabel y Fernando, tenían habitaciones de piedra, ó de madera pintada; imágenes que llamaban Cemís, á las cuales miraban como dioses tutelares y las hacían sacrificios, siendo el rey el sacerdote principal. Cuando este moría hacían secar su cadáver al fuego para preservarle de la corrupcion, y en la caverna en donde le depositaban, enterraban con él sus armas, sus víveres, y la muger que mas habia querido; pues todas se disputaban este honor. Ahogaban con un cordel á los enfermos que no acertaban á curar.

Cuando un médico estaba curando á un cacique, tenía obligacion de observar en sí mismo el régimen que prescribía al enfermo. Cuando este moría iban los parientes á preguntar al cadáver la causa de su muerte; y aun dicen que por medio de ciertas fórmulas de conjuro respondía el muerto, y que si habia sido por culpa del médico, le mutilaban y le mataban. Mal pais para médicos, en donde tenían que vivir como enfermos, y en don-

de los muertos hablaban. Generalmente hallaron por todas partes los descubridores de aquellas islas y costas salvages, escelentes nadadores, y hábiles en manejar el remo. Sus canoas ordinariamente eran de una sola pieza, ó un grande tronco ahuecado; sus mugeres hilaban y tegian el algodón; los hombres todos tenian mazas, sables de madera muy dura, con que majaban y rompián los huesos y hacían algunas veces heridas mas peligrosas que las de una espada cortante. Eran muy diestros en servirse del arco, y muy certeros. Entre ellos era muy comun la execrable costumbre de envenenar las flechas, y se preciaban de saber graduar tan á su arbitrio el veneno, que podían hacer que el herido muriese en el dia, ó despues de muchos.

La América está dividida en dos grandes continentes que se comunican por una lengua de tierra bastante estrecha, llamada el *istmo de Panamá*, que es el que separa el mar del Sur; del mar del Norte. Por este istmo abordaron Colon y los que le siguieron; y despues de haber recorrido las costas, se entraron tierra adentro atraídos del cebo del oro, que hallaban mas abundante cuanto mas se adelantaban. Iban estos aventureros revolviendo la tierra, por decirlo así, en muchas divisiones; y así se separaban, volvian á juntarse, y algunas veces se suplantaban unos á otros en sus respectivos establecimientos. El motivo de su desunion era algunas veces el deseo del oro, y modo de repartirle. En una de aquellas disensiones, que pasaba en presencia de los indios, se llegó un cacique jóven á Balboa, que era uno de los gefes de aquellos aventureros, y le dijo: "No me parece que

el oro es de tanta importancia que deba enemistarse entre sí á los cristianos; pero si vosotros le apreciáis tanto, yo os mostraré una provincia en donde halleis cuanto queráis, y no dista de aquí mas que siete dias de camino, que hay hasta el Océano del Sur: allí tienen los habitantes vasos casi tan grandes como los vuestros, beben y comen en oro.”

Un mar en donde se podia abrir nuevo comercio; unas gentes que bebían y comían en oro, ¡qué motivos tan fuertes para la emulacion de Balboa! Inspiró, pues, á sus compañeros el nuevo ardor que se iba apagando con motivo de algunas pérdidas. Se pusieron en marcha por entre mil especies de dificultades; montañas que trepar, frio glacial en las cumbres, calor sofocante en las llanuras, rios y torrentes que atravesar, incertidumbre del camino, ignorancia absoluta de tantas naciones desconocidas: nada les acobardó; y dóciles á las órdenes de su gefe, que en esta empresa mostró la mayor prudencia y fortaleza, llegaron por último á la ribera del mar del Sur, en donde Balboa plantó una cruz, y tomó posesion en nombre de Fernando, rey de España. Mientras las tropas descansaban de sus fatigas, destacó á su teniente Francisco Pizarro para que fuese á visitar la costa y los países vecinos; pero antes entró él en una canoa que halló en la orilla, y tomó á sus compañeros por testigos de que él era el primer europeo que habia bogado en el mar del Sur.

Con efecto se le debe tener por fundador de la colonia del Darien, en la cual hasta las mismas desgracias han sido útiles para adelantar los descubrimientos. Con la fama de que aquellas gentes

comian y bebían en oro, acudieron allí los españoles. Las intrigas hicieron quitar el mando á Balboa, y el gobernador que enviaron de España, envidioso de su mérito, despues de muchas vejaciones, mandó cortarle la cabeza. Lo que faltaba era que fuesen allí abundantes las riquezas que se habian prometido, y así la mayor parte de los españoles se dispersaron á buscarlas. Algunos fueron á llevar á Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, sus conjeturas sobre un país en que no habian hecho mas que recorrer las costas, volviendo al mar del Norte; pero dijeron que habian visto lo suficiente para poder asegurar que era una tierra habitada por un pueblo civilizado, muy rico en oro, y con el que seria posible hacer un comercio ventajoso.

Diego Velazquez se abrasaba en deseos de salir de la dependencia del almirante Diego Colon, gobernador general, y que como tal dominaba al gobernador de Cuba. Este se lisonjeaba con que formando un establecimiento en Tierra-firme, adquiriria un derecho libre de la sujecion del comandante de las islas, y aun por esto favoreció las correrías sobre el continente. Cuando por las relaciones que le trajeron juzgó que seguramente era practicable la empresa, buscó un hombre de intrepidez y prudencia; pero sobre todo de grande sumision á sus órdenes, y con disposicion para ser reconocido á su bienhechor. Creyó Diego Velazquez que todas estas prendas las habia hallado en Hernan Cortés. Hizo en él el nombramiento; y en pocos dias dispuso el nuevo comandante todos sus preparativos, y partió.

MÉJICO.

Era Hernan Cortés natural de Medellín, pueblo de la Estremadura; y aunque su padre le destinó á la Jurisprudencia, y le dió la educacion para esta carrera, el gusto del hijo le llamaba á las armas. Estando para partir á aprender la milicia en Italia, bajo el mando del célebre Gonzalo de Córdoba, no pudo embarcarse por haber dado una caída queriendo subir á una ventana. Le curaron, y tomó partido para la isla Española, adonde iban muchos caballeros como él á buscar fortuna. No pasaba de diez y nueve años; era de hermoso tallo, de agradable figura, de genio amable, y tenia mucho talento y discrecion. Entró á ser secretario de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, y se hizo estimar generalmente por sus buenas prendas. Se quiso casar con él una señora de distincion; pero oponiéndose Diego Velazquez, le tuvo por algun tiempo preso, aunque al fin consintió en el matrimonio, le llenó de beneficios, le hizo alcalde de Santiago, empleo en que le sirvieron sus primeros estudios, y que desempeñaba con aplauso universal cuando fue nombrado comandante de la expedicion al continente á la edad de treinta y tres años, en Noviembre de 1518.

1518. No bien habia partido, cuando Diego Velazquez se arrepintió de su eleccion; porque los envidiosos hicieron creer al gobernador que nunca le perdonaria su secretario haberlo tenido preso; que era hombre ambicioso, amigo de la independencia, y que ya se le habian oido algunas palabras, que daban á entender sus proyectos de insubor-

dinacion. Diego Velazquez con estas sospechas envió por dos veces orden de arrestarle, primero en la isla de la Trinidad, y despues en la Havana, en donde juntaba sus tropas; pero en una y otra se libró Cortés de la mala voluntad de Diego Velazquez por el afecto y estimacion del egército, que se declaró altamente á su favor. Sus fuerzas, quando pasó revista en la costa de Cozumel, que era el punto de reunion, consistian en quinientos y ocho soldados, ciento y nueve entre marineros y artesanos, y diez y seis caballeros; en todo seiscientos treinta y tres hombres.

Con esta tropa, que mas merecia el nombre de escolta que de egército, avanzó Cortés contra un imperio poderoso, cabeza de otros muchos, y en el cual, por las primeras muestras que vió, reconoció que reinaban las artes, la policia, un gobierno arreglado, y que podia levantar innumerables egércitos. Decir que Cortés tuvo desde luego la intencion de arruinar aquel imperio, ó de apoderarse de él, sería atribuirle ideas gigantescas.

Lo cierto es que viéndose á la frente de una tropa aguerrida y determinada, tan arrastrada del deseo de gloria como del de adquirir riquezas; asegurado de la estimacion de sus soldados, y de su amistad y confianza, se resolvió á entregarse á la fortuna, sin limitar sus favores con escesiva circunspeccion, ni abusar de ellos con demasiada audacia. Este conjunto de prudencia y de valor es el que se hace mas notable en el carácter de tan grande hombre.

La primera ocasion de importancia que se le ofreció de medirse con los indios fue en la isla de Tabasco, en la cual halló contra sí un egército de

mas de cuarenta mil hombres; y aunque pudiera haber despreciado aquella isla tan bien defendida, y pasar al continente, quiso que sus soldados advirtiesen que el buen éxito debía ser fruto de la reputacion; que sin duda los habitantes de Tierra-firme esperaban con inquietud ver lo que sucedia con los isleños; y que si los españoles evitaban pelear con ellos, se alentarían los del continente á defender sus costas con tenacidad; cuando por el contrario si hacian frente y vencian, y entre los gritos de la victoria, avanzaban cubiertos de la sangre, aun caliente, de sus enemigos, el terror que les precederia, podria abrirles camino fácil á brillantes y útiles conquistas. Oido este razonamiento, resolvieron dar la batalla. Se precipitaban los indios con la seguridad que inspira el grande número, y hubo lances en que solo el peso de la masa de enemigos podia oprimir á los españoles, que se hallaban imposibilitados de poder cargar sus armas, y de usar de sus espadas; pero la artillería, colocada ventajosamente, y la repentina irrupcion de los caballos por aquellos batallones de gente desnuda, y aturdida con esta novedad, muy presto introdujeron el desórden.

Fue horrible la carnicería; todo el que resistió perdió la vida; pero despues de la victoria trató Cortés á los prisioneros con humanidad, y envió á presentar al cacique proposiciones de paz, que fueron recibidas con mucho placer. Se hicieron reciprocos presentes, y entre otros envió el cacique al general veinte esclavas, diestras en hacer el pan de maiz, lo cual fue muy útil para el ejército. Una de ellas se aficionó á los españoles, aprendió fácilmente su idioma, y les sirvió de

mucho en calidad de intérprete; recibió el bautismo, y la pusieron por nombre Marina. Siempre Cortés proponía como objeto de su empresa la propagación de la fe Católica; y como era tan exacto en cumplir las obligaciones de cristiano, inspiraba el mismo deseo á sus soldados. Se celebraba el oficio divino en el campo con toda pompa, y admitía de buena gana á los indios para que, viendo la magestad de las ceremonias, recibiesen las semillas de la conversión.

Sucedió como lo había previsto cuando entró á pelear con los de Tabasco; porque en lugar de tropas, dispuestas á rechazarle del continente, solo halló negociadores de paz, helados de terror. Pilpatoc y Teutile, el primero de los cuales era gobernador, y el segundo comandante general de la provincia adonde se dirigía, enviaron á preguntarle; con qué intención se acercaba su armada á la costa? y le ofrecían de parte de Motezuma, emperador de Mégico, los auxilios necesarios para continuar su viage; pero no hicieron movimiento alguno para impedir el desembarco. Saltó, pues, en tierra con mucha tranquilidad; se fortificó; dijo que venía con intenciones pacíficas; y pidió una conferencia con los gobernadores. Se presentaron estos con una comitiva muy brillante; los recibió Cortés rodeado de sus oficiales y soldados; y después de las primeras cortesías, les manifestó, por medio del intérprete, que antes de esponer el motivo de su viage, quería cumplir con las obligaciones de su religión y encomendar al gran Dios de los Dioses el buen éxito de su empresa. Colocaron en la capilla á los dos señores, que todo lo devoraban con la vista, llenos de admiración.

Despues de este preliminar se siguió la comida sazónada con todo el gusto imaginable. Cuando se trató de dar respuesta , se revistió Cortés de un aire serio , y tomando un tono firme , dijo: "Yo he venido en nombre de don Cárlos de Austria (pues reinaba ya Cárlos V) monarca del oriente, á tratar con el grande emperador Motezuma sobre asuntos que esencialmente interesan , no solamente á su persona y su imperio , sino tambien al bien estar de sus vasallos. Para cumplir con las órdenes de mi señor, es preciso absolutamente que me admita el emperador á su presencia ; y espero que en esta audiencia se guarden conmigo las atenciones y respeto que son debidos á la grandeza del rey mi señor." Al oír estas palabras mudaron de color los gobernadores , y aparecieron muy contristados. Pidieron que antes de dar respuesta se trajese el regalo destinado para el general , esperando sin duda que su hermosura y grandeza les permitiria una réplica mas satisfactoria. La que hicieron no podia ser mas discreta , pues dijeron: "Que tenían orden de tratar con toda atencion á los extranjeros que se presentaban en las costas: que ellos se conformaban gustosos en cumplir con él esta voluntad de su soberano; pero que le exhortaban á que continuase su viage despues de haber descansado;" y añadieron: "No os disimularemos, que siendo muy difícil hablar al emperador, esperamos que estimareis nuestra franqueza. Nosotros no os queremos engañar, y por eso os hacemos esta advertencia antes que hayais perdido el tiempo, y visto por esperiencia la dificultad de vuestro designio."

"Los soberanos, replicó Cortés, jamas niegan

la audiencia á los embajadores de otros príncipes, ni sus ministros pueden, sin espresa órden, oponerse á la que es tan razonable. Vuestra obligacion es hacer saber á Motezuma mi llegada." Les dijo que le enviasen un correo, y que él esperaria la respuesta. "Mas yo insisto, añadió, en que informéis al emperador, que estoy determinado á que me admita en su presencia, y á no salir del pais con el desaire de una negativa." Advirtieron los españoles que, durante la audiencia, estaban algunos artistas indios pintando los navíos, el campo, los trages y los caballos. Cortés, para que animasen sus pinturas, hizo desplegar las velas, puso en forma de batalla sus soldados, montó á caballo con sus oficiales, hizo jugar los arcabuces y los cañones, y dió el espectáculo de un combate fugido, que pasmó mucho á los gobernadores. Sumamente apurados los pintores para representar tantas cosas nuevas, se observó que para suplir por la espresion, escribian ciertos caractéres debajo de las figuras, y despues de haber pintado el fuego saliendo de los cañones, para dar á entender el efecto de la esplosion, pintaban como temblando los objetos que habia al rededor. Llevadas á la corte de Motezuma estas pinturas, que eran la escritura de los megicanos, inspiraron mas deseos de retirar los extranjeros que de recibirlos.

Entre tanto que los españoles esperaban la respuesta, les proveyeron los gobernadores con abundancia y generosidad de víveres y refrescos. Ya llegó la respuesta con un magnífico regalo, para que la oyesen favorablemente. Cuando los gobernadores le manifestaron á los españoles, pasmados de ver tanta riqueza, dijeron al general:

“Que le suplicaban aceptase aquellas bagatelas en prueba de la amistad que queria conservar su emperador con el rey de España ; pero que no le parecia conveniente , ni aun posible por las circunstancias , concederle la gracia de ir á Méjico.” Para esto alegaron las dificultades de los caminos , los peligros por parte de las naciones salvages , y todas cuantas razones pudieron imaginar. Los oyó Cortés con frialdad , y les dijo : “No es mi intencion faltar al respeto que debo á Motezuma , antes bien desearia poder obedecerle ; pero no me es posible partir sin deshorrar á mi señor. No debe llevar á mal vuestro emperador que yo insista en mi súplica con la fortaleza que merece la reputacion de una corona honrada y respetada de los mayores soberanos del mundo.” Como vió el gobernador que se acaloraba sobre este artículo , temiendo que llegase al rompimiento , prometió enviar un nuevo correo. Con esto se retiró , y los españoles se pusieron á examinar mas despacio el presente del emperador. No solamente admiraron las piezas maestras del arte , sino mucho mas la materia, el oro , la plata , las perlas , la pedrería de toda especie , y en pasmosa cantidad. ¡ Qué de riquezas ! esclamaban todos á una voz , ¡ qué de tesoros debe haber en una capital que da de sí tantas maravillas ! ¡ qué botin tan rico se pudiera sacar de ella !

Mientras estaban como estáticos y admirados , y se abrasaban en deseos que Cortés procuraba reprimir , estaba Motezuma deliberando tristemente sobre el apuro en que le ponía la obstinacion de aquel estrangero. No estaba bien querido este príncipe : pues aunque era de la familia real , habia conseguido el imperio por astucia ; circunstancia

que precisándole á usar de severidad , habia llenado de descontentos la corte y las provincias. No le intimidaba la guerra, pues desde que habia subido al trono , siempre la habia hecho con felicidad ; pero el tener que pelear con hombres cargados de hierro , á quienes consideraba invulnerables , con unos monstruos medio hombres y medio caballos , y contra los truenos , que vomitaban la muerte , le parecia una empresa muy aventurada y temeraria. No obstante , habiendo pesado todas las circunstancias , envió el último regalo á Cortés , con orden de que saliese de sus estados.

Respondió el general á Teutile , que era el que le comunicaba la orden : “ Uno de los principales objetos de mi embajada es establecer aquí la religion cristiana , estirpando la idolatría , y entender la verdadera fé , como el único camino de la eterna felicidad ; y habiendo venido de un pais tan distante por asuntos en que interesan mi religion y mi conciencia , no puedo menos de continuar mis esfuerzos para que se me oiga .” Al oír estas palabras temblaba de cólera el megitano , y en tono valiente dijo : “ Hasta ahora os ha tratado el grande Motezuma con dulzura , y ha cumplido con todas las leyes sagradas de la hospitalidad ; pero si le obligais á emplear su poder , os vereis arrepentidos de esa porfía ; ” y se retiró sin despedirse. Cortés , viendo que se marchaba , dijo en tono burlon á sus soldados : *Pues amenazan , sin duda tienen miedo.* Desde este momento cesaron de llegar al campo los víveres y otros regalos , y esta privacion causó varias murmuraciones.

Un oficial , llamado Diego de Ordaz , protegido de Diego Velazquez , y á quien este goberna-

dor quiso emplear en lugar de Cortés, fomentó el descontento. Hablaba mal de la inflexibilidad del general, y decía: "Que hubiera sido mas conveniente acomodarse á lo que queria Motezuma, y conseguir una buena composicion; que era contra toda regla de prudencia y de juicio que tan pocas tropas como ellos eran, desafiassen á un grande imperio; y que si no querian desistir de la empresa, era lo mas acertado regresar á Cuba y volver segunda vez con fuerzas mas proporcionadas." Se ofreció á ir á hacer la propuesta al general; todos los malcontentos le dieron la comision; y él la desempeñó con una libertad y aun grosería capaces de irritar, asegurando: *que él espresaba los deseos de todo el egército.* Le escuchó Cortés sin hacer el menor movimiento, y ordenó, sin replicar una palabra, que estuviese el egército pronto á embarcarse el dia siguiente para Cuba.

Divulgada esta resolucion se amotinaron los aventureros, viéndose en visperas de frustrarse sus esperanzas. Eran muchos los caballeros pobres que se habian alistado en sus banderas para buscar fortuna; los emisarios que esparció Cortés entre ellos durante la noche, agriaron mas su descontento; y así decidieron: "Que no se reembarcarian; y que si el general no tenia valor para ejecutar los planes que habia formado, ellos nombrarian otro."

Fueron al amanecer con gran tumulto á esponer esta resolucion; y Cortés, aparentando mucha sorpresa, dijo: "Que si él habia tomado aquel partido, era por haberle asegurado que así lo deseaba todo el egército; que le habian engañado; que los veia con gran satisfaccion tan lle-

nos del deseo de gloria que debe animar á todo español; que asegurado de su valor iba á continuar su primer plan con nuevo ardor; y que tenia por cierto que los llevaria por el camino de la victoria y de la fortuna, que merecia su esfuerzo. Esta declaracion fue recibida con aclamaciones y gritos de contento.

Por fortuna llegaron al mismo tiempo embajadores del cacique de Cempoala, enemigo declarado de Motezuma, cuyo dominio no queria reconocer. Dijeron estos que iban á conocer y admirar á los valientes cuyas hazañas contra los de Tabasco habian esparcido su fama por todo el pais; pero el objeto principal de su embajada era empeñar á Cortés en una liga contra el emperador. Si el español hubiera dudado del buen éxito de su empresa debiera persuadirle la posibilidad de la victoria el conocer que habia division y disensiones; pero le pareció que, antes de pasar adelante, era buena política dar á su autoridad formalidades respetables, conciliándose por este medio una fuerza inespugnable á todos los esfuerzos de la malevolencia.

Durante las dilaciones de las respuestas de Motezuma, se ocupó en asegurar abrigo á sus naves y fundar una colonia, precaucion necesaria en caso de algun revés de la fortuna. Dicen que eligió mal sitio; pero ya se hallaba allí, y hubiera sido preciso pasar muchos trabajos para trasladarse á otra parte. A la ciudad que fundó la llamó *Veracruz*, porque abordó á aquella costa un viernes santo. Así que la colonia tomó consistencia, estableció en ella una especie de concejo, compuesto de alcaldes, regidores, procuradores y oficiales que juzgó necesarios, y los recibió juramento de

que harian justicia con imparcialidad. Se presentó Cortés á este concejo con respetuoso continente, propio para dar realce á la autoridad del tribunal, é hizo presente á los magistrados la necesidad de nombrar un general, confesando la ilegalidad de su empleo, por cuanto Diego Velazquez habia revocado su comision; y que así les tocaba á ellos providenciar, pues representaban al rey. "Desde este punto, añadió, resigno en vuestras manos la autoridad que he tenido, y os entrego el título, en virtud del cual la he egercido, para que nombreis al que os parezca mas digno. Yo por mi parte tomaré sin violencia una lanza en la misma mano que tenia el baston de comandante, y obraré como soldado con el mismo gusto que lo he hecho en el puesto importante de general. Porque si en el egercicio de las armas se aprende á mandar obedeciendo, se ofrecen muchas ocasiones en que es preciso haber mandado para conocer la necesidad de obedecer." Dicho esto puso su despacho sobre la mesa, entregó á los alcaldes su baston de comandante y se retiró.

No tardaron mucho en llamarle: pues como le eran adictos los miembros de aquel concejo, todos á una voz le eligieron, y le despacharon una comision en nombre del rey. Se comunicó despues el acto de eleccion á los soldados para saber si les agradaba, y todos se conformaron. No se atrevieron los partidarios de Diego Velazquez á declararse públicamente, contentándose con acusarle en secreto; pero no puede negarse que la accion fue de un político diestro. Desde entonces ya no anduvo con disimulo ni atenciones como antes con los murmuradores; y mandó poner presos á Diego



Política de Cortés.

Después de haber fundado Cortés la ciudad de Veracruz, y establecido en ella concejo, propuso á sus magistrados que pues representaban al Rey, nombrasen General; y entregándoles su baston, y la patente que tenía por Diego Velazquez, se retiró; pero bien pronto eligieron unánimes á nombre del Rey al mismo Cortés, y le volvieron el baston. Legítimar el mando es asegurar la obediencia.



de Ordaz, Pedro Escudero, y un jóven llamado Juan Velazquez de Leon; bien que despues los restituyó la libertad por recomendacion de sus amigos. Con solo este acto de severidad estorbó Cortés toda rebelion para en adelante, y ganó con su clemencia el corazon de los amotinados, los cuales jamas le abandonaron, y antes bien se mostraron los mas valientes del egército y sus mas fieles amigos.

Lo que nos resta que contar solo es, por decirlo así, la historia de dos hombres, Cortés y Motezuma. Este, soberano de un imperio vasto y opulento, en el cual se cultivaban las artes, gobernado por leyes fijas, y defendido con tan numerosos egércitos, que aunque perecieran cien mil hombres, no padeceria alteracion en sus fuerzas. Cortés, gefe de quinientos ó seiscientos aventureros, que no podia perder un solo hombre de sus escasas tropas sin que fuese un golpe mortal para todo el cuerpo; rodeado de traiciones, y perpetuamente espuesto á verse oprimido por naciones bárbaras, cuya aparente benevolencia, como hija del miedo, debia serle siempre sospechosa.

¿Y qué es lo que tenian estos dos hombres que tratar entre sí? Nada, ó por lo menos tan poco, que el uno se veia precisado á tomar por pretesto el deseo de ver al otro; y este no acertaba á evitar la visita sino con el débil efugio de que no lo permitian las circunstancias. Si Motezuma hubiera manifestado la verdad, habria dicho: Yo me hallo en la mayor perplejidad; porque vuestra venida tiene sobresaltados todos los espíritus: nos ha traído á la memoria antiguas profecías que tienen sobresaltados á mí y á mis pueblos; parece

que veo en vosotros los conquistadores que, segun una antigua prediccion, habian de venir del Oriente, y destruir el imperio de Méjico; yo no puedo abandonar mi religion; los ministros de ella son poderosos; y si no os contentais con las riquezas que os he enviado, me veré precisado á defenderme, con la triste perspectiva de defenderme tal vez en vano.

Esta era la disposicion de Motezuma cuando Cortés, dueño absoluto de sus operaciones por su nuevo nombramiento de general, y por el afecto de sus tropas, se hallaba en medio de provincias menos fieles que atemorizadas, bajo el yugo del emperador de Méjico. Se quejaban de los impuestos enormes con que los oprimian, y de que Motezuma les arrestaba sus mugeres y sus hijas para sus placeres, y sus jóvenes para sacrificarlos á sus dioses. Estando Cortés en una de las ciudades descontentas, vió llegar seis exactores en soberbios palanquines, llevados en hombros de indios. Iban ricamente vestidos, cargados de joyas de oro y de preciosa pedrería; y los acompañaba gran número de oficiales y criados, que refrescaban el aire al rededor de sus personas con abanicos de pluma. Desde lo alto de aquella especie de trono volvia desdeñosas miradas hácia la multitud servil, cuya substancia iban á devorar. Temblaban todos los habitantes; pero Cortés les inspiró valor, y prometió sostenerlos. Arrestaron, pues, á los comisionados; y el pueblo, que en todo es estremado, queria quitarles la vida con una muerte ignominiosa; pero los tomó bajo su proteccion el general español, pudo libertar dos de ellos en secreto, y enviándolos á Motezuma, les dijo: "Asegurad al em-

perador que haré lo posible para librar á los otros, y para convencer á los revoltosos de que han caido en una grande culpa, negando la obediencia á las sagradas disposiciones de su señor; que yo por mi parte no deseo mas que la paz, y poder dar pruebas de mi respeto al emperador, á sus ministros y á sus oficiales." Despues de esta protestacion empenó al pueblo á que se adelantase á dar pasos de sumision y obediencia; hizo que los cuatro prisioneros prometiesen que se abstendrian por lo menos de recoger víctimas humanas para los sacrificios. Los comisionados, que se vieron libres, fueron á ser al pie del trono los intercesores del pueblo; todo se arregló por la discrecion de Cortés, y todos le quedaron obligados. Este arte de conciliar las voluntades era su principal talento; y no solo lo empleaba útilmente con los particulares, sino con las naciones enteras; pues si las hallaba enemigas, las reconciliaba, y se grangeaba la amistad de los dos pueblos. Cuando hallaba gentes capaces de magnanimidad ó de entusiasmo, contaba por seguro el ganarlas con procedimientos francos y generosos, por mas preocupadas que antes estuviesen contra él.

Tales fueron los pueblos de Tlascala. Esta soberbia república, siempre en guerra con Motezuma, por mas esfuerzos que este hacia para sujetarla, aunque gustaba de ver al español marchar contra su enemigo, no pudo advertir sin repugnancia que el general español, pidiendo paso por su territorio, se preparaba á abrirle por fuerza si se le negaban. Le opusieron los tlascaltecas fuertes egércitos; y vencidos en tres consecutivas batallas, y todavía mas vencidos de la moderacion del ven-

cedor , despues de haberlos derrotado , se hicieron sus inviolables amigos, y le mostraron un zelo y un afecto que le fue muy útil y no desmintieron jamas. Veian con admiracion y pasmo que en aquellas batallas, por grande que fuese la superioridad del enemigo , para millares de muertos de parte de los indios , era mucho si los españoles perdian uno ó dos hombres y tenian diez ó doce heridos. Pues ¿ en dónde caian todas aquellas flechas? En el primer encuentro contra los tlascaltecas mataron estos una yegua, la cortaron la cabeza , y la llevaron en triunfo. Este trofeo sirvió para alentarlos á aventurarse á nuevos combates , y mucho mas luego que la muerte de un soldado les dió tambien á conocer que los españoles no eran invulnerables ni inmortales, segun la opinion que se habia esparcido entre ellos.

Dejando Cortés á Tlascála , recibió en las fronteras una nueva embajada de Motezuma , cargada tambien de oro y de pedrería , que le dijo en términos muy comedidos: *Tomad , y retiraos*. Lo tomó y pasó adelante. Como tenian previsto que acaso lo haria así , llevaban los embajadores orden de decirle que si , á pesar de todo , estaba resuelto á ir á Méjico, tambien el emperador estaba dispuesto á recibirle. Habia para ir allá dos caminos: el uno mas largo, pero hermoso y fácil; el otro mas corto , pero atravesado de rios , erizado de rocas , y muy á propósito para armarle emboscadas. Los mexicanos pusieron mil estorbos en la entrada del primer camino para que Cortés no le eligiese, y limpiaron bien la entrada del segundo, que iba á parar á unas horribles gargantas, en donde tenian escondidas tropas, de que Cortés seguramente

no se hubiera desembarazado; pero le advirtieron del lazo que le armaban, y llegando á la entrada de los dos caminos, preguntó á los embajadores cuál de ellos debía tomar: le respondieron que aquel que habian allanado para no fatigar tanto sus tropas. "Poco conoceis á mis españoles, dijo el diestro general: por lo mismo que es mas difícil el camino que habeis cerrado, ese elegirán precisamente, porque siempre corren con preferencia adonde saben que puede haber peligro." Pasmados los embajadores, partieron convencidos de que alguna divinidad inspiraba á Cortés, y fueron á llevar á Motezuma la noticia de su próxima llegada.

Habia aumentado este príncipe todos los sacrificios, redoblado los conjuros, y consultado á todos los adivinos. Estos, arreglándose por las victorias de los españoles, de que eran testigos, respondieron que se les habia aparecido el demonio, y les habia asegurado que no habia resistencia contra aquellos extranjeros; porque los dioses habian abandonado á los megicanos. "Y bien ¿qué haremos, exclamó el infeliz monarca, si nos abandonan nuestros dioses? ¡Vengan esos extranjeros! ¡Caigan sobre nosotros los cielos! pues lo mismo nos serviria defendernos que huir."

¡Cuánto puede el desaliento en un espíritu intimidado! No era Motezuma medroso de suyo, ni fácil de aturdirse; pues mas de una vez habia dado á la frente de sus egércitos pruebas de un valor sosegado ó ardiente, segun pedian las ocasiones. Su consejo admiraba su penetracion y su prudencia; se hallaba en su capital en medio de un pueblo acostumbrado á obedecerle, y no habia cosa mas fácil que impedir la entrada á un puñado de

extrangeros. La ciudad estaba situada entre dos lagos, y para llegar á ella no habia mas que dos calzadas estrechas; aquella por donde habian de llegar los españoles tenia dos leguas de largo, y estaba cortada con aberturas, que daban comunicacion de un lago á otro, y así era fácil, mientras aquellos extrangeros se hallaban detenidos por las cortaduras, atravesarlos con las flechas arrojadas de las canoas que surcaban ambos lagos. Si á pesar de esto avanzasen, se hallarian al fin de la calzada con unas puertas bien cerradas, y con buenos terraplenes. Si penetraban, sin embargo, en la ciudad, la encontrarian toda atravesada de canales, y haciendo salir las aguas del lago por las esclusas, podian inundarla. Las piedras arrojadas desde los tejados, y los muebles de las casas por las ventanas, serian suficientes para oprimirlos. La menor resistencia hubiera hecho imposible que llegase un solo español al palacio. No parece sino que habia tomado Motezuma el partido de pasar por todo, ó de procurar ganarlos con la benignidad, las atenciones y las condescendencias; reservando para despues el medio de salir de ellos. Si Cortés no supo esta resolucion, no cabe en la admiracion su intrepidez.

En todo fue feliz: salió el emperador al encuentro á los españoles con la afabilidad de un amigo; tomó para su seguridad todas las precauciones necesarias; los alojó en un cuartel, fácil de fortificar, en donde habia un palacio para Cortés y sus oficiales. Se les permitió que fuesen por todas partes y á todas horas; y se dió orden á los habitantes de que nada hiciesen que pudiese desagradarles. Desde este momento manifestó Mote-

zuma á Cortés una suma confianza, y tal, que puede decirse que descendió del trono en que estaba sentado con altivez, en presencia de sus vasallos, y que con gran asombro de estos se abatió hasta igualarse con el gefe de los estrangeros.

En la primera conversacion franqueó su corazon familiarmente á Cortés sobre sus opiniones, tanto respecto de los estrangeros, como respecto á sí mismo, y sobre el fin que habia de tener aquella especie de drama que ambos representaban. "Desde luego, le dijo, conocí que los españoles no son mas inmortales que mis vasallos; y que el rayo de que se sirven es un descubrimiento de las ciencias. Lo mismo sucede respecto de lo que os habrán dicho de mí, esto es, que soy inmortal, igual á los dioses; que la fortuna me colma de sus favores; que las paredes y techos de mi palacion son de oro; y que la tierra se hunde con el peso de mis tesoros. Tambien os habrán dicho que soy cruel, tirano, opresor, injusto, é incapaz de perdonar. Todo esto es falso;" y descubriendo la cicatriz de una herida que habia recibido en el brazo, dijo: "Esta es buena prueba de que soy mortal. Mis riquezas, á la verdad, son grandes; pero las han exagerado la fama y la adulacion. Lo mismo sucede con mis defectos. Suspended el juicio, y vereis que la opresion y la crueldad son muchas veces medios necesarios para gobernar. De vosotros me han dicho que erais malos, vengativos, codiciosos, soberbios y esclavos de vuestras pasiones. Lo que yo creo es que sois de la misma especie que los demas hombres, aunque os distinguen algunas diferencias, que provienen de la del clima. Sois corteses y afables, alentados y religio-

sos ; y como verdaderos soldados arrostrais las dificultades. Vuestra generosidad , que tengo experimentada , me prueba que no sois codiciosos. En una palabra: sois hombres como nosotros , aunque con prendas superiores.” Se esplicó en los mismos términos , respecto de los caballos , de los cuales el susto y el terror le habian hecho un elogio exagerado. “Yo pienso , dijo , que son una especie de ciervos dóciles , con el grado de inteligencia á que pueden llegar las bestias.”

Llegando al objeto y fin del viage de Cortés , y en lo que habia de terminar , habló así: “No ignorais que el gran príncipe á quien obedecéis descende de nuestro antiguo Quezalcoal , señor de las siete cavernas de los nabatlaces , y legitimo soberano de aquellas siete naciones que fundaron el imperio de Méjico. Por una antigua tradicion , que miramos como infalible , sabemos que partió de este pais para ir á sujetar las regiones del Oriente , prometiendole que con el tiempo vendrian sus descendientes á darnos leyes y reformar nuestro gobierno. Todas vuestras acciones vienen bien con esta profecía ; el príncipe del Oriente que os ha enviado manifiesta por vuestras hazañas la grandeza de su agente ilustre ; y así estoy determinado á someterme á él , y os lo advierto para que me digais francamente si teneis alguna otra cosa que ordenarme.”

Esto era poner en el mayor apuro á Cortés , el cual , sin duda , no sabia de sí mismo adonde queria llegar. Respondió , sin embargo , con gran destreza á cada artículo , pagando con otros cumplimientos el del emperador sobre el carácter de los españoles ; confesando que las armas de fuego que

los indios tenían por rayos, eran una invención del arte; y probando por lo mismo la superioridad del ingenio de sus compatriotas. En cuanto á los caballos: "No son, dijo, una especie de ciervos, sino animales de naturaleza mas generosa, que gustan de la guerra, que en ella se enfurecen, y que parece ambicionan entrar con el ginete á la parte de la gloria." Despues se valió políticamente de la tradicion absurda, que tan creida tenia el emperador; se detuvo un poco acerca del homenaje; pero hablando de la cruel y bárbara religion de los megicanos, dijo: "Que el principal objeto de la comision que le habia dado su rey era la destruccion de aquella piedad, y el establecimiento de la religion cristiana, de la que hizo una breve descripcion; y concluyó ofreciendo una alianza inalterable con su monarca."

Motezuma respondió: "Acepto muy reconocido la amistad que me proponéis del descendiente del gran Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos; los vuestros están bien en vuestra tierra, y los nuestros en la mia; dejémoslos gozar de lo que les pertenece sin inquietarlos. Por ahora, prosiguió, mirando afable á todos los españoles, descansad, pues estais en vuestra propia casa, y seréis servidos con todas las atenciones debidas á vuestro valor y al gran príncipe que os envia."

Se veia Cortés en Mégico, segun todos creian, en el complemento de sus deseos; pero bien puede discurrirse que se hallaba sin saber que hacer. ¿Qué resolucion podria tomar con un monarca afable, cortés y generoso? ¿Le habia de destronar, tasar su rescate, y robar al pueblo? Pero ni el rey ni el pueblo daban motivo para la menor queja.

Estaba reducido Cortés á ir á visitar al emperador en su palacio, á recibirle en su casa, á hacer con sus oficiales el simple papel de cortesano, y á asistir á las fiestas, pues Motezuma no le permitia faltar á ellas. Mientras vivian en esta inaccion, recibió Cortés cartas de la Veracruz, en que le participaban que Qualpopoca, general megicano, habia acometido á la colonia, y esta habia perdido ocho hombres. Este atrevimiento pasmó al general español: se informó, y le aseguraron que habian enviado al emperador una cabeza, y que la habia examinado con aire de satisfaccion. Aquella cabeza, segun la descripcion que hacian, le pareció que seria de uno de los ocho que habian echado de menos en el ataque de la Veracruz. Parecia, pues, que el emperador estaba de acuerdo con Qualpopoca, y que este habia obrado con órden suya. A cada instante podian repetir ataques contra los españoles; y lo que en semejantes circunstancias debia hacerse, fue la materia que se trató en un consejo secreto entre el general y sus oficiales.

Es preciso, decia uno, que nos retiremos secretamente; otro queria que se pidiese pasaporte para poder llevar sus riquezas; otro que no se moviesen hasta la segura ocasion de retirarse, pero que entre tanto se guardase el mayor secreto sobre la noticia de la Veracruz. "Nada de eso, dijo Cortés: ¿Cómo nos hemos de retirar secretamente cuando nos vemos acometidos? ¿Cómo hemos de pedir pasaporte los que con las armas en la mano nos hemos abierto camino hasta la capital? ¿Qué pensarían los indios de esta flaqueza? ¿No darían sobre nosotros por todos lados, al salir, y en el

camino? Mi parecer es, que debemos permanecer aquí: pero no paliando ni disimulando, sino ejecutando alguna grande accion, que pasmando á los indios, nos restituya la estimacion y veneracion que hemos perdido con este último suceso. El único medio que me ocurre es asegurarnos de la persona del emperador, y traerle prisionero á nuestro cuartel." Esta proposicion dejó al consejo como petrificado. ¡Un puñado de hombres arrestar á un poderoso monarca, y hacerle prisionero en medio de su corte y su capital! ¡qué proyecto! ¡qué resolucion! No obstante, despues de reflexionada con madurez, no pareció tan estraña, y encargaron á Cortés la ejecucion.

Entró, pues, como solia, en el palacio del emperador con sus capitanes; se estaban paseando en patrullas treinta soldados escogidos; llegó al emperador, y se quejó de la traicion de Qualpopoca. Mudó el príncipe de color; y dijo el general: "Yo no creo que V. M. tenga parte en esta horrible conjuracion; pero es preciso que me dé una prueba de su inocencia para borrar la impresion que no puede menos de hacer semejante calumnia; y esta prueba ha de ser venir voluntariamente sin ruido ni escándalo á vivir en nuestro cuartel, permaneciendo en él hasta que se vea claramente que V. M. no ha intervenido en tan horrible perfidia." Un rayo no hubiera dejado mas sorprendido al monarca. Con mucho trabajo oyó hasta el fin lo que Cortés añadió para suavizar y justificar su proceder. "No, dijo el emperador, no están acostumbrados los príncipes de mi sangre á entregarse ellos mismos prisioneros; y cuando yo tuviera la flaqueza de consentir en eso, olvidado de lo que me

debo á mí mismo, no sufrirían mis vasallos que semejante afrenta se hiciese á su soberano.” “¡Vuestros vasallos! replicó Cortés: No obligue V. M. á los españoles á que se olviden del respeto que le deben; pues á nosotros no nos detienen los obstáculos que vuestros vasallos pudieran oponernos.”

Propuso el emperador todos los expedientes que le pareció debían satisfacer á los españoles, como entregarles á Qualpopocá y sus oficiales para que los castigasen, y dar sus propios hijos en prenda de su palabra; pero Cortés permaneció inflexible. Iba tomando ya calor la disputa, y empezaban los oficiales españoles á temer que la tardanza les fuese funesta, cuando acercándose Juan Velazquez de Leon, jóven valiente é impetuoso, dijo: “¿Para qué son tantas palabras? Que se deje llevar, ó le paso el corazon.” Estaba presente la intérprete doña Marina, y la preguntó Moctezuma con inquietud, qué era lo que acababa de decir aquel arrebatado jóven. Esta, instruida de antemano, respondió como en confianza: “Que sabia muy bien las intenciones de los españoles, que conocía su carácter, y que si el emperador se iba con ellos, le tratarían con todo el respeto debido á un grande príncipe; pero que si resistía, resultarían funestas consecuencias.” Esta artificiosa confianza de doña Marina le determinó. Mandó, pues, preparar sus equipages, llamó á sus ministros, y les dijo: “Voy á pasar algunos días en el cuartel de los españoles; publicad que lo hago voluntariamente por el interes de mi corona, y para beneficio del imperio.” Dicho esto se puso en medio de los españoles. La pesadumbre y el dolor se veían pintados en los rostros de todos; se vió á algunos





El castigo sin exemplo.

Para castigar Cortés á Motezuma por su disimulo, á lo menos en la traycion de Qualpopoca, no solo se atrevió á llevarle y tenerle preso entre los Españoles, sino que hizo ponerle grillos mientras se executaba el suplicio del reo; y acaso solo así hubiera podido salvar Cortés su ejército en aquellas circunstancias: pues algunas que parecen temeridades suelen ser el único recurso de la prudencia.

particulares derramar lágrimas; á otros exhalar grandes suspiros; pero ninguno hizo el menor esfuerzo para librar á su príncipe. Decia este, con aire de alegría, que iba á divertirse con sus amigos los estrangeros. Habia concurrido la multitud á la entrada del cuartel; pero mandó á sus guardias que la dispersasen, y publicó que cualquiera que ocasionase alboroto, sería castigado con la muerte. Búsqüeseme un suceso semejante en toda la historia.

Pero no acaban todavía los motivos de asombro. Llegó el desgraciado Qualpopoca, le hicieron su proceso, y le condenaron á ser quemado vivo. En el mismo instante del suplicio entró Cortés en el cuarto del emperador con un soldado, que llevaba unos grillos, y acercandose al monarca con aire severo, le dijo: " Sois acusado de ser el primer autor del delito, y espiareis vuestra culpa con una mortificación personal." Y sin esperar respuesta, mandó ponerle los grillos, y salió de la estancia. Los cortesanos de Motezuma, mas aturridos y sobrecogidos de horror que él mismo, se arrojaban á sus pies, los bañaban con sus lágrimas, y sosteniendo los grillos, procuraban con respetuosa ternura aliviarle el peso. El emperador, pasado el primer momento de sorpresa, volvió de nuevo á su ordinaria magnanimidad, y se resolvió á morir como héroe. Hecha la egecucion del castigo de Qualpopoca entró Cortés, y dijo: " Ya están castigados los traidores. V. M. queda justificado con su condescendencia, y se halla libre." Dicho esto, él mismo le quitó los grillos, y se postró á sus rodillas. Le abrazó el emperador, y pareció que el gozo que mostraba ofendia al honor que se ha-

bia adquirido con la entereza que habia manifestado. Le propuso Cortés que se volviese á su palacio, pues habia cesado la causa de su detencion; pero ya de antemano doña Marina, como mas inclinada al español que al megicano, le habia sugerido la respuesta; y contestó, que mas queria permanecer en el cuartel, porque padeceria su reputacion si llegaba á saberse que habia estado prisionero.

Fuese resignacion ó disimulo, parecia que acostumbrado á su prision, se hallaba en ella contento. Procedieron los españoles con tal destreza en su conducta, que no solo á sus vasallos, pero aun á él mismo hacian creer que gozaba de entera libertad. No se hacia novedad en su método de vida: iban los ministros á celebrar consejo, segun la costumbre, y los cortesanos tenian la misma entrada. De él dimanaban las órdenes y las gracias; salia, se paseaba por la ciudad, iba al templo, ya solo, ó ya acompañado de Cortés, quien, sin embargo, tenia buen cuidado de exigirle la palabra de volver fielmente al cuartel; pero todos dirian que volvia por inclinacion, segun el gusto que recibia con la compañía y conversacion de sus carceleros. El político Cortés se aprovechaba con habilidad de su confianza, y así consiguió que fuesen algunos de sus oficiales á visitar las minas. Mandó Motezuma hacer un mapa de su reino, y se le dió al general; nada le ocultó acerca de sus rentas, fuerzas, policía, gobierno, y todo aquello cuya noticia podia serle útil.

Por modo de curiosidad ó diversion iba siempre Cortés á su fin. Habia advertido lo difícil que le hubiera sido penetrar en la ciudad, si mientras un

cuerpo de tropas le hubiese detenido en la calzada, le hubieran acometido los indios por el flanco desde el lago en sus canoas; y así le importaba hacerse dueño del lago. Se aprovechó, pues, de un juego, que se celebró á su vista, en que se disputaron la velocidad las canoas; y haciendo justicia á la de aquellos pequeños barcos, dijo: que los suyos, si los tuviera, los escederian sin remos. *¡Sin remos!* Esta especie de desafio le pareció admirable á Motezuma, y quiso ver la experiencia. Cortés, siguiendo el ejemplo de otros conquistadores arrojados, y no queriendo dejar á sus soldados mas recurso que la victoria, habia con su consentimiento hecho taladrar sus naves, pero habiendo conservado las velas, jarcias y otros pertrechos, pidió licencia para hacerlos venir.

Entre tanto se cortaron árboles, se labraron, y el mismo Motezuma mandó que sus vasallos ayudasen á los españoles, para disfrutar cuanto antes de un desafio tan desigual, como era el de unos barcos sin remos, contra otros llenos de remeros. Llegaron los pertrechos, y á poco tiempo se vieron magestuosamente en aquel lago dos bergantines bien equipados. ¿Y qué es lo que pueden hacer estas enormes masas, decian los indios unos á otros, respecto de nuestras ligeras canoas? Sin embargo, doblaron los remeros. Dada la señal, se desplegaron las velas, hinchándolas un viento fresco; y á la manera de las alas de los grandes pájaros, volaron con tal rapidez, que no pudieron igualarles todos los esfuerzos de los remeros. El pueblo ignorante decia á gritos que era un prodigio; pero los mas inteligentes miraban aquellas naves como una invencion soberbia, que acreditaba el ingenio de los

españoles, de quienes por ella concibieron todavía mayor estimación.

Un paso que aventuró Cortés estuvo para privarle en un instante de todo el fruto de su habilidad. Habia conseguido de Motezuma que no se volviese á servir en su mesa carne humana; pero pretendió que hiciese cesar los sacrificios, y esta pretension hizo temblar al emperador. Advirtió al general que podrían seguirse funestas consecuencias; y con efecto murmuraban los sacerdotes, que eran muy poderosos, y ya el pueblo empezaba á conmoverse. Reprimió Cortés su zelo á tiempo, para que no se declarase una rebelion; pero como quedaron las preocupaciones, estas dieron muchos partidarios á Guatimocin, sobrino del emperador. Este emprendió librar á su tio de las manos de los estrangeros; y tal vez lo hubiera conseguido, si el mismo Motezuma no se hubiera opuesto á sus esfuerzos. Fue llamado á la corte, y depuesto este príncipe jóven, que era cacique de una ciudad importante: y habiendose dado á otro la investidura de sus estados, se cuidó de hacerle entender que debia su elevacion á la recomendacion de Cortés. No obstante, hizo el tio serias reflexiones sobre esta empresa del sobrino. En el fondo no podia desaprobarla, y no dudaba que aunque errado este golpe presto se seguirian otros muchos; pues conocia que mientras estuviese él á disposicion de los estrangeros, debia prepararse á nuevas rebeliones. Por otra parte, ¿qué intencion era la de los españoles? ¿Por qué se estaban allí? ¿qué es lo que tenian que pedirle? Resolvió, pues, que se acabase la vergonzosa comedia de un monarca prisionero en manos del embajador de un príncipe estraño, y obligado

aun á manifestarse contento. Llamó á Cortés, y le dijo que habia resuelto declararse públicamente vasallo del rey de España, como sucesor de Quezalcoal, y por esta circunstancia señor propietario de Méjico; que juntaria los caciques y la nobleza del imperio para que fuesen testigos de su declaracion; que este reconocimiento sería apoyado de una contribucion voluntaria de cada cacique en testimonio de su consentimiento; y que él por su parte habia juntado joyas y pedrería de valor inestimable para cumplir con su obligacion.

Fueron convocados los caciques y los grandes; y presentandose Motezuma en la asamblea con aquel aire de magestad que por mucho tiempo habia olvidado, dió á la consideracion de vasallo que se imponia, y con la que cargaba á su imperio, un motivo que disminuía la vergüenza, diciendo: "Que no era mas que una restitution que se hacia al gran Quezalcoal en la persona de sus descendientes, y un acto justo y religioso que le habian ordenado los mismos dioses." Hubo en la junta algun murmullo, y un movimiento de trepidacion; por lo que creyó Cortés que debia tomar la palabra, y asegurar que el ánimo del rey de España no era quitar la corona al emperador, ni hacer mutacion en el gobierno; sino solamente reclamar su derecho de sucesion para en el caso de que aquel falleciese. Con esta condicion hicieron el juramento, y dispusieron una acta, que pusieron en manos de Cortés, con el presente ó tributo del emperador y los de los caciques, uno y otro de precio inestimable.

¿Quién sabe si Cortés esperaba la resolucion que resultó de la junta? Aceptados los regalos se

revistió Motezuma de fortaleza y dijo á los españoles: "Ahora ya podeis disponeros á partir, pues nada tenéis aquí que os detenga. Habeis cumplido con el objeto de vuestra embajada; los mexicanos llevan á mal tan larga estancia; sospechan que tenéis proyectos mas peligrosos que los que habeis declarado; y mi autoridad no sería capaz de teneros por largo tiempo al abrigo de su resentimiento, si llegaran á realizarse sus sospechas. Los dioses, añadió oportunamente, están irritados de ver que yo favorezco á sus enemigos; ya me han negado la lluvia, y me amenazan con destruir mis cosechas y aniquilar mi pueblo con la peste. Pedidme cuanto queráis, que yo os lo concederé, porque os estimo; pero partid. Este sacrificio exigen de mí los dioses y mi pueblo."

Dicen que Cortés, admirado de la resolución con que el monarca le despedía, estuvo tentado á responderle en el mismo tono; pero se contuvo, y dijo: "Sí; ya he cumplido con mi comisión, y voy con la diligencia posible á prepararme para volver á España; y aun venia á pedir os permiso para construir embarcaciones en que llevar mis soldados, porque están destruidas aquellas en que vinimos, y no se pueden reparar para un viage tan largo." Alegre Motezuma de no oír la negativa que estaba teniendo, dijo: que podían tomar el tiempo que les pareciese, pues su intención no era apresurarlos; y al momento dió las órdenes para cortar prontamente los árboles, y hacer cuanto fuese necesario.

Cortés, aunque en el exterior apresuraba mucho la obra, tenia dada al constructor la orden de fabricar con la lentitud posible. No se perciben las

ventajas que Cortés se propondría en esta tardanza; pero sin duda contaba con gobernarse según los acacimientos. Mientras vivía en esta expectativa, le enviaron á decir de Veracruz, que á lo lejos se veían diez y ocho velas. "Ahora, dijo Motezuma, instruido de la aparición de aquella armada: ya no necesitáis de preparativos, pues tenéis los navíos que llegan á mis costas, y en ellos os podreis embarcar." La segunda carta de Veracruz anunciaba que aquellos navíos traían ochocientos españoles enviados por Diego Velazquez, gobernador de Cuba, para quitar el mando á Cortés. En la tercera carta le escribían que habia habido una acción bajo las murallas de Veracruz, de que habian querido apoderarse los recién desembarcados; y aun le enviaban ocho prisioneros hechos en la refriega.

Juzgue cada uno en qué perplejidad se hallaría Cortés. Le era preciso ocultar sus inquietudes, y disimular con los megicanos y con los españoles. A Motezuma le dijo: "Ha llegado segundo embajador del rey de España para apoyar mis negociaciones, y viene acompañado, según costumbre, de un ejército; pero pienso reducirle á que se vuelva, y para esto iré yo en persona." A sus tropas las decía: "A la verdad debo estar agradecido á Diego Velazquez, por haberme enviado tan á tiempo un refuerzo tan considerable; pues no dudo que haré otros tantos compañeros cuantos son los que han venido á acometernos." Cuando supo que llegaban los prisioneros, salió á recibirlos; les hizo quitar las prisiones; los abrazó amigablemente, en particular al licenciado Juan Ruiz de Guevara, que era el mas distinguido, diciendo: "Que le era muy sensible que el gobernador de Veracruz hubiese tra-

tado así á un hombre de su calidad y de su mérito, y que le daría sobre esto una reprension. En cuanto á lo demas se alegraba mucho de que hubiese confiado la espedicion á Panfilo de Narvaez, su antiguo é íntimo amigo, á quien esperaba hallar bien dispuesto, y que fácilmente se compondrian entre sí." Cuidó de que los prisioneros recibiesen de los soldados buena acogida, y les dió parte de los regalos de Motezuma. Cuantos llegaban á hablarles, no tenian otra conversacion sino la de los aciertos de Cortés, de su capacidad, del gran crédito que tenia entre los megicanos, y de sus amorosas atenciones con los españoles.

Instruidos así los prisioneros, sin darles á entender la intencion del general, creyó este que no podia valerse de mejores negociadores que ellos, y principalmente el licenciado Guevara; pero era Narvaez de genio tenaz y altivo; pensaba que no podria Cortés resistir á las tropas que él tenia, como que eran dobles de las suyas; y así no quiso tratar de negociacion. Le envió Cortés, aunque inútilmente, á fray Bartolomé de Olmedo, su capellan, hombre de mucho mérito; pero fue mal recibido de Narvaez, el cual encarceló al licenciado Guevara porque en sus proposiciones siempre añadia elogios de Cortés, y esto atormentaba los oidos del envidioso rival.

El general, al mismo tiempo que negociaba, no se descuidaba en tomar sus precauciones; y conociendo la imprudencia que sería esperar á Panfilo de Narvaez en la capital, y que viesen los megicanos un combate entre los españoles, fue á ver al emperador, y le dijo: "Que podia temerse que el nuevo embajador español causase alborotos, por-

que viniendo como teniente de un gobernador distante, no podia saber las últimas instrucciones de la corte de España;" y añadió: "Bastará que yo le muestre mis patentes; y así voy á llevarselas en persona con una parte de mis tropas, porque reze-lo que el nuevo egército, mal disciplinado, haga algun daño á vuestros vasallos, y cause alguna pesadumbre á V. M."

La parte de las tropas que decia era cuasi todo su egército, porque no dejó mas que ochenta hombres al mando de Pedro de Alvarado, oficial muy querido de Motezuma. Tuvo la advertencia de pedir para reforzarle dos mil hombres de Tlascala, soldados indios, pero que hacian alarde de que los llamasen en socorro de los españoles, y de que, por decirlo así, los adoptasen de este modo. Durante la marcha se renovaron las instancias con Narvaez, pero siempre inútilmente; porque este general estaba continuamente enfurecido, así contra los enviados de Cortés, á quienes trataba de espías y seductores, como contra sus soldados, que se dejaban engañar, y contra sus oficiales, que abiertamente abrazaban el partido de Cortés. Ayllon, miembro del consejo supremo de Santo Domingo, que habia ido en la expedicion en calidad de mediador, llegó á prohibir á Narvaez, pena de la vida, que avanzase contra Cortés; y Narvaez, poniendose mas furioso, hizo aprisionar al mediador. Le despachó Cortés á Juan Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador de Cuba, y no le recibió mejor que á los otros. Pero esta conducta impetuosa y mal reflexionada le perjudicaba mucho en su egército. Ademas se las habia con un general experimentado é infatigable, que dobló sus mar-

chas, le sorprendió en medio de una tempestad, le derrotó completamente, y le hizo prisionero. Los soldados vencidos, como se hallaban tan bien dispuestos, no necesitaron de ser vivamente solicitados para incorporarse con los vencedores; y así por un incidente que debía perder á Cortés, se halló este con una armada de once navíos y siete bergantines, y un ejército de mil hombres de infantería y ciento de caballería, sin contar la guarnicion de Veracruz.

Esta espedicion fue obra de pocos dias; pero fue suficiente tiempo para que se verificasen algunas novedades en Méjico, á pesar de Motezuma, que constantemente habia permanecido, segun su promesa, en el cuartel de los españoles. Los indios, queriendo sin duda aprovecharse del corto número de los estrangeros para librar á su emperador, habian tomado las armas y dado muchos asaltos. Otros señalan diverso principio á esta novedad; pero sea el motivo el que quisiere, ella se hizo muy seria. Fue incendiado uno de los bergantines del lago, se rompieron los puentes, y dejaron desiertas las calles. Reinaba un silencio, que no se interrumpió hasta que Motezuma fue hasta las puertas de la ciudad á dar la enhorabuena al vencedor. Este, viendose con tanta fuerza y agraviado, olvidó sus atenciones ordinarias con el emperador; y aun dicen que le volvió la espalda, siendo así que no tenia culpa en lo que habia pasado; pues antes bien habia espuesto su persona en defensa de sus huéspedes; y con la sombra de autoridad real que conservaba contuvo á los indios para no sacrificar á su furor los españoles.

Si los indios se hubieran unido, irritados co-

mo estaban , pudieran haber impedido á Cortés la entrada en la ciudad ; pero meditaban el gran golpe de esperar á que estuviesen reunidos los españoles para destruirlos á todos de una vez. Dicen que Cortés , aunque reprendió á Pedro de Alvarado porque no habia sabido mantener la paz con los indios , no sintió mucho la sublevacion , porque esta le proporcionaba la ocasion tan apetecida de emplear las armas en apoyo de sus miras , para llegar á un suceso decisivo. Bien presto se le ofreció un lance que no esperaba. Los megicanos , que habian tomado secretamente sus medidas , dieron con furor sobre el cuartel de los españoles ; y aunque rechazados muchas veces , volvian de nuevo á la carga , y siempre con un ímpetu que parecia desesperacion. Quiso Motezuma interponer su mediacion y su autoridad , y para ello se presentó en una ventana ; pero una piedra , no se sabe si dirigida contra él , ó arrojada sin objeto determinado , le hirió en la cabeza , y murió á los dos dias.

Si no habian respetado á los españoles cuando vivia este príncipe , perdida esta salvaguardia anduvieron los indios con menos contemplaciones ; y así los estrechaban de noche y de dia , y en sus mismas derrotas aprendieron á dar con mas prudencia sus ataques. Los españoles , embestidos por todos lados y amenazados de morir de hambre , se vieron en la precision de abandonar tan bella conquista. Las joyas , las riquezas , los tesoros , siendo ya un peso peligroso , hacian penosa y arriesgada la retirada ; porque se arrojaban á los españoles millares de indios , y al paso que estos perecian al filo de la espada , ó precipitados en el lago , se presentaban otros. Nunca se habia hallado Cortés

en peligro mas urgente: y muchas veces se vió precisado á cumplir con las obligaciones de soldado y de general á un mismo tiempo; pero las desempeñó con un valor que animaba al de sus tropas.

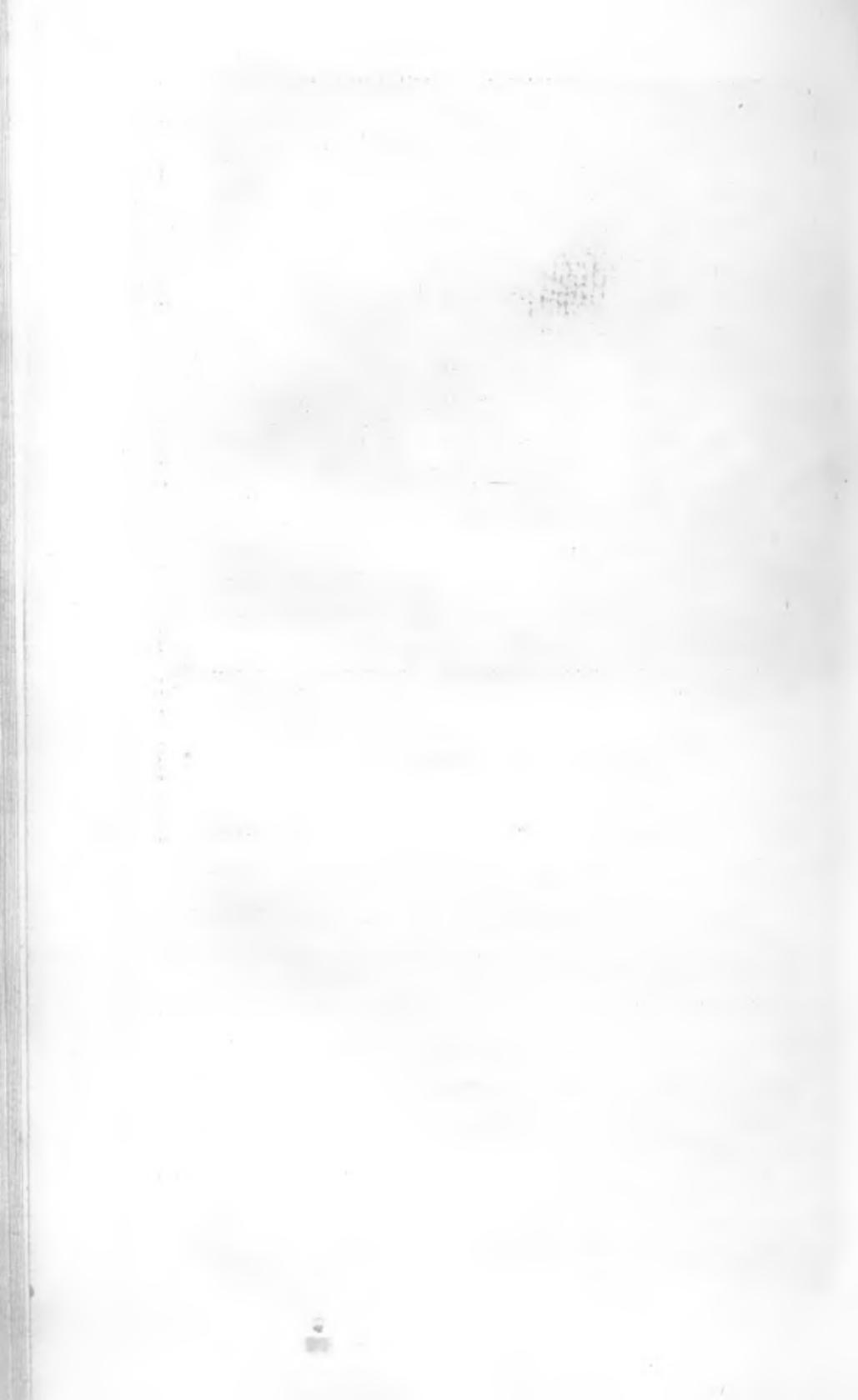
Le esperaba la última prueba, cuando salió de las calzadas al valle de Otumba, en donde se habian juntado para acabar con su ejército todas las fuerzas de Méjico. Al ver aquella multitud, exclamó Cortés: "¡Compañeros, aquí es preciso morir ó vencer! No temais, que Dios peleará por nosotros." Viendo que balanceaba la victoria, se puso á la frente de su caballería, acometió á galope al centro del enemigo, y se abrió camino hasta el estandarte real, cuya suerte, segun la opinion de los megicanos, debia decidir de la de todo el ejército. Penetró hasta donde estaba el que le llevaba, le derribó de un lanzada, y le quitó el estandarte. Inmediatamente cayeron de ánimo los indios, arrojaron las armas y se entregaron á la fuga. Fue horrible la carnicería, pues de doscientos mil hombres quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla. Los españoles no eran mas que seiscientos y cincuenta, y solamente perdieron diez y seis.

Despues de la batalla entraron en la tierra de Tlascala á descansar de sus fatigas; y cuando llegaron estaba la república armando gente para enviarle socorro; porque fieles á su alianza, se habian negado á la de Quitlabaca, sucesor de Motezuma, que ponía por condicion que se separasen de los españoles. No hubo honras que no hiciesen á Cortés: cayó este general enfermo en su ciudad, y manifestaron que sentian tanto como sus soldados el riesgo en que le veian, y se alegraron como ellos de su convalecencia. Aunque Cortés tuvo precision



Batalla de Otumba.

Salió difícilmente de las calzadas Cortés, y encontró reunidas en el valle de Otumba todas las fuerzas de México para destruirle; pero acordándose oportunamente de lo que acaso oyó antes sin cuidado, penetró hasta el estandarte imperial, mató al que le llevaba, se le quitó; y entonces consternado el ejército mexicano se entregó á la fuga. Victorias hay que se deben mas que al valor al entendimiento.



de dejar á Méjico, no renunció á su conquista; pero las circunstancias le obligaron á mudar el plan de la guerra. Ya no tenia en su poder al débil Motezuma, que por temor á las turbulencias, y con la esperanza de salir de su apuro sin efusion de sangre, cedia á cuanto el español le inspiraba; pero como sus mismos vasallos habian castigado al desgraciado emperador por sus condescendencias, tomó Cortés por pretesto de la empresa que meditaba la obligacion de vengar la muerte de su amigo Motezuma, vasallo del rey de España. Mientras descansaba en Tlascala se ocupó en los preparativos del sitio; y para no verse destruido, aunque vencedor, á fuerza de pequeñas pérdidas, le pareció que contra una multitud debia oponer otra multitud.

El gobierno tiránico de Motezuma y el orgullo de los megicanos, que, viéndose sujetos al yugo, se complacian en imponérsele á otros, habia irritado contra ellos á la mayor parte de sus vecinos. Juntó Cortés todos estos odios, y les dió como una vida y una alma comun que los animase; y todas aquellas naciones se apresuraron á ofrecerle su contingente contra aquella ciudad soberbia. Nada le costaba vestir estas tropas, porque este gasto entre los indios le hace la naturaleza: nada le costaba el sustento, porque cada soldado le llevaba consigo. Dicen que llegaba á cien mil hombres el ejército que llevó contra Méjico; los de Tlascala eran los mejores, pero los otros no carecian de mérito; y á todos los tenia aguerridos mas ó menos, segun su disposicion para la disciplina militar. Los peligros que habia experimentado, volviendo por las calzadas del lago, le suscitaron la idea de abrir camino

por el lago mismo, y con esta intencion mandó construir piraguas, ó canoas grandes, superiores á las de los mexicanos, y treinta bergantines que las auxiliasen, para lo cual le suministró todo lo necesario la escuadra de Narvaez.

Todos estos preparativos necesitaba contra el enemigo á quien se proponia combatir. A Quitlabaca, que no hizo mas que aparecer sobre el trono, habia sucedido Guatimocin, aquel mismo cacique, sobrino de Motezuma, á quien Cortés hizo privar de su dignidad por haber emprendido libertar á su tio de la prision. Aunque jóven era célebre ya por su mérito militar; y por otra parte se reconocian en él muchas prendas, sin la mezcla de los vicios, compañeros ordinarios del poder absoluto. Subiendo en tan críticas circunstancias á un trono mal asegurado, creyó deber apoyarle en el afecto del pueblo, que sus predecesores habian despreciado demasidamente. Disminuyó los impuestos; administraba por sí mismo la justicia; los grandes, libres ya de los serviles homenajes que rendian á su señor, y admitidos á su trato familiar, no pensaban ya en desquitarse de sus humillaciones con los pequeños. Animaba Guatimocin á los soldados con las honras y los premios; y empleaba todo su tiempo en los negocios del imperio.

Al sistema de Cortés, que era sublevar contra Méjico las naciones vecinas, opuso Guatimocin el de armar á sus tributarios y aliados para tener al enemigo distante de su capital; pero siempre fueron derrotados estos auxiliares, sin poder impedir que abanzase Cortés, quien se apoderó de todas las ciudades que habia al rededor del lago, y á las cuales iban á terminar las calzadas; se hi-

zo dueño de las calzadas mismas; y con las grandes canoas y bergantines empezó á dominar como absoluto dueño, en aquel pequeño mar. De este modo, Méjico, en donde todos los hombres eran ya soldados, y todas las mugeres guerreras, y que por esta cuenta contenia mas de trescientos mil combatientes, se vió bloqueado por ochocientos y setenta hombres, que no tenian mas que ocho cañones: pues los indios, mas que para pelear, sirvieron para guardar las ciudades y las calzadas.

Las circunstancias de este sitio dan la mas grande idea de la habilidad de Cortés, de su facilidad en hallar recursos, de su serenidad en los peligros y del valor de sus tropas. Tambien merece apreciarse la intrepidez de los megicanos, su paciencia en los trabajos y entre los horrores del hambre, y su tierno amor al soberano; pero ni la mas porfiada defensa pudo impedir que penetrase Cortés hasta el centro de la ciudad. Mientras duraron los ataques se habian hecho proposiciones de paz, y el emperador no estaba distante de admitirla; pero los sacerdotes de los ídolos las inutilizaron; porque veian que si se verificaba la composicion, resultaria seguramente el trastorno de su religion y su autoridad; y esto era suficiente motivo para que se opusiesen á todo acomodamiento. Inspiraron, pues, su obstinacion al pueblo, y aun al consejo; cedió el emperador á la pluralidad de votos y á las seguridades que le daban los supersticiosos sacerdotes de que con el sacrificio de algunos españoles prisioneros se aplacarían sus dioses y la victoria seguiria las banderas de los indios. Sin embargo, los cortesanos y los ministros del emperador, confiando poco en tan bellas promesas, le

instaban á que se pusiese en seguridad ; pero él respondió que nunca abandonaria á su pueblo.

No obstante , cuando los españoles se hicieron dueños de una parte de la ciudad , y estaban ya en la plaza mayor , tomó Guatimocin el partido de huirse , con ánimo de ponerse fuera de la ciudad á la frente de un egército y volver á defender ó conquistar su capital. Para proporcionarle la egecucion de este proyecto y cubrir su retirada , formaron los megicanos una grande armada de todas las canoas que les habian quedado , y fueron á atacar á los españoles. En lo mas fuerte del combate advirtió un capitan llamado Gonzalo de Sandoval que diez piraguas destacadas del cuerpo de la escuadra huian á fuerza de remo , y enviando á García de Holguin para que con su bergantin las persiguiese , este las alcanzó y saltó á la principal. Se descubrió el emperador y se rindió prisionero, sin manifestar inquietud ni pesadumbre sino por la emperatriz su esposa , que le acompañaba.

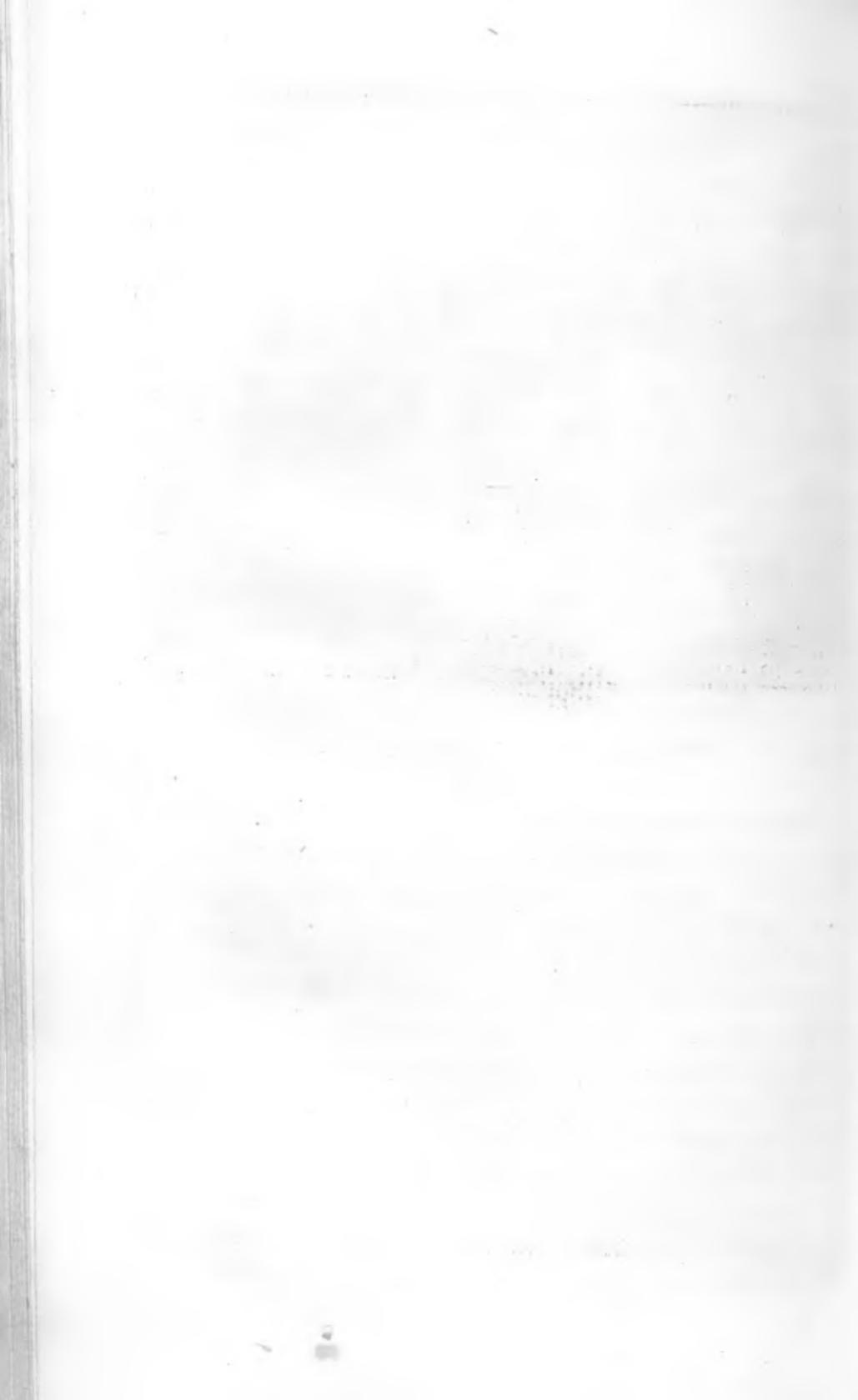
Hizo el príncipe cautivo una seña , y toda su armada se detuvo , cayéndoseles á los combatientes las armas de las manos ; y aun muchos las arrojaron al agua en seña de sumision. Los nobles , hechos prisioneros en las otras barcas , pedian , de un modo que causaba compasion , que los llevasen adonde estaba el emperador para morir á sus pies. En la ciudad fue igual la consternacion , todos se sometieron , y pudo Cortés en un instante considerarse como emperador de Méjico. Guatimocin fue presentado al vencedor , y llegó á hablarle con una nobleza y con un aire mas firme que lo que parece podia permitir su desgracia.

Se sentó delante de Cortés , estando este de



Prision de Guatimocin.

Encargado Garcia de Holquin de perseguir las diez piraguas mexicanas que huían á todo remo, las alcanzó; y saltando desde su bergantin en la principal, halló á Guatimocin, que descubriéndose, se rindió prisionero sin manifestar inquietud ni pesadumbre sino por la Emperatriz, su esposa, que le acompañaba. Nada conmueve tanto al buen esposo como las justas aflicciones de una digna consorte.



pie, y levantándose de repente puso su mano sobre el puño de la espada del general, y le dijo: "¿Qué te detiene para quitarme la vida? Los prisioneros de mi clase siempre causan al vencedor inquietudes; y así, pues no he tenido la fortuna de sacrificar mi vida defendiendo á mi pueblo, dame la satisfaccion de recibir la muerte por tu mano." Sosegó Cortés su conmocion, le prometió tratarle favorablemente, y le dejó ver, aunque distante, la posibilidad de ser restablecido en su trono.

Despues de los primeros cuidados para asegurar la conquista, pensó el general en apoderarse de los tesoros del imperio. Preguntó al emperador en dónde estaban estos tesoros que se suponian sepultados por Motezuma; y sin embargo de no haberse hallado ninguno oculto, ni tener Guatimocin noticia de semejante depósito, como se habia esparcido generalmente la opinion de que le habia, despues de haber preguntado Cortés al emperador, preguntó á su ministro principal, y no confesando éste, le hizo dar tormento en presencia de su señor, al cual miraba el infeliz tristemente y parecia jurarle una fidelidad y afecto inviolable. Lo mismo se ejecutó con Guatimocin á presencia de la emperatriz, jóven y de amable figura, en quien se admiraban las gracias, la afabilidad y dulzura. Las lágrimas y sollozos que la arrancó este espectáculo enternecieron á Cortés, y así mandó retirar los instrumentos del suplicio. Despues llevó Cortés consigo á este príncipe á diferentes expediciones militares; hizo Guatimocin varios esfuerzos por salir del cautiverio; tuvo Cortés por traicion una de estas tentativas, y mandó quitarle la vida.

Despues de asear la ciudad convirtiendo los

templos en iglesias, y de establecer magistrados, disponiendo todo con el órden posible, fue el general volando á nuevas conquistas. En diferentes expediciones, no solo sujetó todo lo que componia el imperio de Méjico, sino que la fama de sus hazañas le hizo tributarias y aliadas otras provincias. Apenas puede dudarse que, con la reputacion que se habia adquirido, pudiera haber ceñido su frente con la diadema imperial, procurando ganar á los indios con gracias, y repartiendo entre los principales españoles las dignidades y la autoridad; pero siempre miró como justa obligacion depender de la corona de Castilla. Cárlos V, que la ceñia á la sazón, le dió el título de Capitan general y Gobernador de Nueva-España; pero cuando menos lo esperaba, vió llegar tesoreros, inspectores, contralores, y un tropel de oficiales y jueces, que iban á reemplazar á los que Cortés habia nombrado.

Mientras estaba Cortés en una expedicion distante, se esparció una falsa noticia de su muerte, ó por casualidad ó de propósito; y los tales oficiales le vendieron todos sus bienes, y los repartieron entre sí como si fueran sus herederos. Volvió él, los castigó, y les hizo restituir cuanto le habian tomado. Las quejas que dirigió á España sobre su poca subordinacion, y las reclamaciones de los acusados, dieron motivo á que se nombrase un virey que no fuese Cortés, á quien no dejaron mas que el mando de las tropas; pero como el nuevo virey no queria igual, y Cortés no podia sufrir superior, volvió á España, adonde ya habia hecho un viage para que se le hiciese justicia. Siempre le recibian con atenciones y distincion particular; pero reconoció, no obstante, que no pensaban én darle una

autoridad de que temían abusase. Hizo cuanto pudo por desterrar estas sospechas ; siguió como buen cortesano al emperador en su expedición de Argel, en la cual se distinguió como solia ; le mataron el caballo que montaba , y en una batalla que se dió en Africa perdió dos esmeraldas, inestimables despojos de América. Persuadido á que todas sus condescendencias no le servirían para que se le confiase el poder y el lugar que merecía , se retiró á un pueblo inmediato á Sevilla, y allí murió en el año de 1554 , á los sesenta y tres de su edad.

Los megicanos no tienen sobre su origen mas que tradiciones orales , que iban pasando de boca en boca. Su principio , segun estas tradiciones, se halla en lo que para nosotros es el principio del siglo décimo. Dicen que partieron siete tribus, una despues de otra , de siete cavernas, cuya situacion no fijan ; que fueron arrojando de aquella tierra á unos salvages desnudos, por la mayor parte gigantes , y muy crueles, que poblaban las llanuras , y se mantenian de frutas y raices ; que los rechazaron á las montañas, en donde todavía viven sus descendientes ; que llegando aquellas tribus á las riberas del lago, edificaron en ellas sus poblaciones ; y que la última de las siete tribus que las cavernas vomitaron fue la de los megicanos, que anduvo por ochenta años errante antes de hallar en donde establecerse ; que la habia prometido su dios Vitziliputzli un pais abundante en alimentos, oro, plata y pedrería, y que reinaria sobre todas las otras tribus. En la seguridad de ver cumplida esta profecía, se puso en marcha este pueblo, llevando la imágen de su dios en una caja cerrada y en hombros de sacerdotes ; los movimientos de la multitud

se arreglaban siempre por los oráculos de los que tenían por ministros de la divinidad, y estos les señalaban el camino que se debía tomar, no atreviéndose el pueblo á sentar ni levantar el campo sin su licencia; y si desobedecía, recibia el castigo de una mano invisible. En donde los sacerdotes se detenian levantaban un altar, colocaban el ídolo en él, y allí daba sus oráculos y respuestas, que los sacerdotes interpretaban á su modo; y durante esta larga peregrinacion fueron dando forma al culto religioso y arreglo á la sociedad civil. Cuando llegaron los megicanos al lago, ya las otras tribus ocupaban las orillas; pero les cedieron por gracia una isla pequeña con la carga de un tributo. Edificaron allí una ciudad, y la llamaron de su propio nombre *Mégico*: colocaron en el medio el ídolo, y le erigieron un templo. Fue insensiblemente creciendo esta poblacion por las isletas adyacentes, que fueron agregando por medio de calzadas; y así se formó una ciudad, que atravesada de infinitos canales, era tan singular como magnífica.

Reducida la nacion á tan pequeño espacio, y multiplicándose cada dia, se vió precisada á enviar fuera colonias; y de aquí nacieron las guerras por sostener á sus emigrantes contra aquellos que les hacian resistencia. Empezaron también las disensiones en la ciudad, y estas diferentes causas determinaron á los megicanos á abjurar el gobierno sacerdotal, y sujetarse á un rey. Los ricos y los gefes todos aspiraban á esta dignidad; pero para quitar toda envidia, convinieron en tomarle de una nacion vecina, y encargaron su colocacion en el trono á un anciano. Este, al ponerle en pose-

sion, le hizo un discurso patético é instructivo sobre las obligaciones de un rey: costumbre que se conservó siempre, y no consistia en una simple fórmula.

Este primer rey no fue conquistador, y se contentó con defender á los megicanos contra los de las riberas, envidiosos de su prosperidad. En cuarenta años que reinó hermoseó la ciudad y perfeccionó las leyes. Dejó este buen príncipe numerosa familia, y no quiso elegir sucesor; pero los megicanos reconocidos colocaron en el trono á uno de sus hijos, príncipe, que con la mas diestra política tomó por esposa á la hija de un rey vecino, el mas implacable y peligroso enemigo de los megicanos, esperando, como realmente sucedió, que así daría la paz á sus vasallos.

El tercer rey fue tambien pacífico; el cuarto guerrero y conquistador. Este subyugó las naciones vecinas; hizo ver á la suya los inconvenientes de la eleccion popular; persuadió á los megicanos que pusiesen el derecho de elegir soberano en seis electores, dos de ellos reyes vecinos tributarios, y cuatro príncipes de la sangre. Su sucesor, Motezuma I, estendió la costumbre bárbara de sacrificar los prisioneros que hacian en la guerra; pero ya existia esta costumbre, pues se ve que en la fundacion de Mégico sacrificaron al hijo de una maga; y ya entonces frotaban tambien su ídolo con sangre humana. Este quinto rey tenia una corte magnífica, se aplicó al gobierno, estableció tribunales de justicia, creó censores, cuyo cargo era velar sobre las costumbres de sus vasallos; y tambien hizo erigir á su dios Vitziliputzli un templo, que admiró á los españoles.

El octavo rey, llamado Antzal, es famoso por su clemencia, sus beneficios y su humanidad. Renunció á la gloria de las conquistas, tan apetecida de sus predecesores; y empleó sus tesoros en aumentar y hermohear la capital, en hacer que floreciese la industria, y en que fuesen felices sus pueblos. Por estar los megicanos entre dos lagos, uno salado, y otro cenagoso y salobre, reducidos á beber agua de pozos, impregnada de sus malas cualidades, tenian que ir á buscar agua potable mas allá de los lagos; y Antzal llevó por conductos el agua de las fuentes distantes. Barrenó montañas, terraplenó valles, ocultó acueductos en los lados de las calzadas, y consiguió que los habitantes viesén correr dentro de la ciudad, con grande admiracion suya, rios de aguas saludables. Este rey fue el antecesor de Motezuma II, nono y último emperador de Méjico, no contando á Guatimocin, que no hizo mas que ceñir una diadema sangrienta y pasar desde el trono á las cadenas, y de estas á la muerte.

El año de los megicanos constaba como el nuestro de meses y de semanas, y al fin sobran cuatro dias, que podemos llamar intercalares, y debian emplearse únicamente en regocijos. Cesaban todos los trabajos; habia interrupcion en el comercio; estaban suspensos los tribunales de justicia; parecia que olvidaban hasta la religion, y no pensaban mas que en los placeres. El principio de su año era el primer dia de la primavera; pero mejor tal vez hubiera empezado el año en otoño, que es la estacion de la cosecha y de los frutos; pues empezar á gozar es principiar á vivir.

Tenian los megicanos por tradicion que al fin

de cada cincuenta y dos años de su era, corría peligro el mundo de ser destruido, y al anochecer del último dia de cada cincuenta y un años se despedían del sol con lágrimas y sollozos; se abrazaban como que ya no habian de verse mas, y se encerraban tristemente en sus casas hasta el siguiente dia en que, pasmados de verse vivos, y de que nada se habia mudado, esplicaban los transportes de su contento cantando himnos, dándose la enhorabuena de haber empezado un nuevo período y de que todavía podrian vivir sin miedo cincuenta y dos años.

En la religion y ritos megicanos entraban muchos egercicios laudables, y al mismo tiempo crueldades absurdas é indecencias que no dejan de pasmar en un pueblo civilizado. Reconocian un Dios criador, conservador y bienhechor; pero no tenia la lengua megicana términos para espresar aquel gran dueño de todas las cosas, aunque levantando los ojos al cielo con grande veneracion, daban á entender que creían en la existencia de esta divinidad. Sin embargo de que reconocian la omnipotencia de este Dios, no acababan de formar idea de que estuviese en todas partes, y así creían que para gobernar el universo tenia á su disposicion divinidades subalternas encargadas de este cuidado. Despues de este Dios supremo y de sus adjuntos, honraban particularmente al sol, á la luna, á la estrella de la mañana, y al mar. El ídolo de Vitziliputzli era el mayor dios visible, y este tenia á su cargo la prosperidad del imperio. Despues de él seguía Tescatilputza, que presidia á las espiaçiones; y le representaban con dardos en la mano para significar que castigaba á los ma-

los. Su trono estaba incrustado de cráneos y huesos humanos, emblema de su autoridad sobre el hambre y la peste.

En algunos parages tenian un idolo vivo, el cual era un prisionero, á quien ponian el nombre del dios á cuyo culto habian de sacrificarle. Por un año entero era adorado, le adornaban con preciosas joyas, y le sustentaban con las ofrendas mas regaladas. Le hacian echar su bendicion á los niños y á los enfermos; pero pasado el término le sacrificaban. Clavar el que llamaban cuchillo sagrado en el corazón de la víctima, arrancar este de entre las entrañas palpitantes, ofrecerle humeando la sangre, y esprimirla sobre el infeliz, era privilegio honorífico del gran sacerdote, ó del que le substituia. El colegio de los sacerdotes tenia grande influencia en los asuntos políticos, como que dirigia á los pueblos y á los soberanos; estimacion que compraban á costa de una vida austera, y de muchas privaciones. El cargo de sacerdotes de Vitziliputzli era hereditario en ciertas familias; pero en los templos de otros dioses se llegaba al sacerdocio por eleccion ó por la educacion, destinando á algunos desde la infancia.

Para el matrimonio habia un rito ó ceremonia pública. Preguntaba el sacerdote á los futuros esposos sobre su inclinacion; y haciéndoles una exhortacion, anudaba una punta del velo de la muger con el vestido del hombre. Atados así con este emblema de union, iban seguidos del sacerdote á visitar el fuego doméstico, y le adoraban postrados, como que habia de ser testigo de su felicidad; y despues se sentaban para recibir igual porcion de alimento. Habia depósitos pú-

blicos para recibir y conservar las estipulaciones ó condiciones del casamiento. El divorcio pendia de la voluntad de los dos esposos; pero una vez divorciados, no podian volver á unirse, pena de la vida; y así, por poco afecto que conservasen á una persona á quien habian querido bien, el verse imposibilitados para volver á encender el fuego del amor una vez apagado, no les dejaba precipitarse al ímpetu de la cólera, ni á los antojos del capricho. Sin embargo, cuando esto sucedia, se llevaba el padre los hijos, y la madre las hijas. La mala conducta de la muger imprimia una vergonzosa mancha en el marido.

Llevaban á los recién nacidos al templo, y con gran solemnidad los ponian sobre el altar; hacia el sacerdote un discurso sobre las miserias de la vida, sacaba unas gotas de sangre de la parte mas secreta del niño, y luego le sumergia en el agua diciendo algunas palabras. En la mano del varon ponian una espada ó algun instrumento mecánico segun la profesion del padre. Con las niñas no habia distincion alguna; porque á todas, de cualquier calidad que fuesen, las daban una rueca y un huso.

En ciertas épocas los sacerdotes hacian figuritas de una especie de pasta, y daban á comer pedacitos de ellas. Los sacrificios humanos llegaron á un exceso increíble. ¿Quién podrá creer que en solo un dia se rociaron los altares con la sangre de veinte mil victimas? Los funerales de un rey ofrecian el mas terrible espectáculo; porque todos los de su casa debian morir con él, so pena de ingratitud, que entre los megicanos era el mayor delito. Entre los grandes se enterraba la mu-

ger con su esposo: construian magníficos mausoleos, y ponian en las sepulturas oro, plata, joyas y provisiones para el otro mundo, lo cual es una prueba de que tenian por lo menos alguna idea de la inmortalidad del alma.

Al emperador no le coronaban hasta haber hecho alguna hazaña militar. Le ungia el gran sacerdote con una especie de bálsamo compuesto de varias drogas que tenian por preservativas contra los sortilegios y las enfermedades. Le rociaban con la que llamaban agua sagrada; y el primer sacerdote le ponía en los hombros un manto pintado de huesos y calaveras, para traerle á la memoria que habia de morir algun dia. Juraba mantener la religion y las leyes de sus mayores y conservar al pueblo sus derechos y privilegios. Prometia que todos los dias saldria el sol, que caeria la lluvia cuando fuese necesaria, y que durante su reinado no habria pestes, hambres, ni inundaciones; queriendo decir en esto que se portaria de modo que no atraeria jamas sobre sus vasallos inocentes estas venganzas del cielo.

Los honores que tributaban al rey eran una especie de adoracion. Tenia el monarca, entre un gran número de concubinas, dos singularmente distinguidas, á quienes daban el nombre de reinas. Sus rentas eran inmensas, porque cada uno tenia que darle la tercera parte de sus bienes ó de su industria, y esto se cobraba con rigor. Los soldados eran mas favorecidos que los otros vasallos y llevaban divisas de honor y distinciones militares. Habia un órden de caballeria, en el cual solo eran admitidos los grandes, y esto despues de haberlo merecido con acciones brillantes. La divisa era una

cinta encarnada con que se ataban el cabello, y de esta pendian bellotas, cuyo número se iba aumentando con cada hazaña que lo mereciese. Este era el remedio mas seguro de avivar continuamente la emulacion.

El modo de administrar justicia era sumario; y como no sabian escribir duraban poco los pleitos, y los castigos eran severos para proporcionar el escarmiento. El consejo del príncipe velaba con la mayor atencion sobre los magistrados, y no omitia medios algunos de procurar la buena educacion de los niños. Para los plebeyos habia escuelas públicas; para los jóvenes nobles colegios ó seminarios. Los maestros eran muy respetados, y algunas veces los llamaban al ministerio, como hombres que tenían mas luces que otros.

Los discípulos eran instruidos en la primera clase acerca de las reglas del calendario, y les enseñaban los cánticos en honor de los hombres grandes, y los que servian para las alabanzas de sus dioses. En la segunda clase se les enseñaba la moral; y entonces, estudiando los maestros el carácter de los niños, les inculcaban la necesidad de ser dóciles, humildes y modestos, y la de portarse bien. Hasta haberles formado el espíritu y el corazón no pasaban á la tercera clase, en la cual se aplicaban á los ejercicios del cuerpo, como correr, luchar y nadar. Los ejercitaban en el manejo de la espada, en disparar las flechas, en saltar grandes espacios, en dar carreras largas, en llevar pesadas cargas, sufrir el hambre, la sed, y hacerse fuertes contra el rigor de las estaciones.

Los jóvenes nobles, educados ya en estos ejercicios, eran enviados al ejército á ensayarse duran-

te una campaña , y les hacian llevar su equipage como á los soldados, no solo para endurecerlos con el trabajo , sino tambien para mortificar su vanidad , y acostumbrarlos á la subordinacion y obediencia. Pero concluida esta campaña podian libremente retirarse , y tomar otro medio de vivir que fuese mas de su gusto. A pesar de tan bellas instituciones el imperio de Méjico quedó arruinado en cuatro años , y al presente le gobierna un virey español.

Este pais es el verdadero tesoro de los españoles , que le llaman la *Nueva España* , y su cofre fuerte , porque allí encuentran lana , algodón , azúcar , seda , cochinilla , cacao , plumas , miel , bálsamos , palo de tintes , sal , sebo , tabaco , gengibre , plantas odoríferas y medicinales , ambar , perlas , piedras preciosas , oro y plata.

Al presente se ve la Nueva España habitada de un pueblo mixto , compuesto de indios , españoles , otros europeos , y aun de negros. Los descendientes de españoles sin mezcla se llaman *criollos* ; los de conjuncion española y americana *mestizos* ; á la segunda generacion *tercerones* ; á la tercera *cuarterones* ; los descendientes de europea y negro son *mulatos* ; y la última de estas clases es la que resulta de india y negro. Los verdaderos mejicanos son altos , bien formados , activos , dóciles y vivos ; su tez de color bazo , sus ojos grandes y centelleantes , el rostro redondo , y las facciones regulares. Las mugeres participan de todos estos dotes , con ventaja en las calidades agradables. Los dos sexos cuidan mucho de su cabellera , dejandola colgar á discrecion del viento. En pais tan dilatado no pueden faltar estravagancias ; y así hay pueblos que tienen

por mucha gracia una nariz aplastada, y hacen cuanto pueden por dársela á sus niños; otros les oprimen la cabeza para que se les forme la frente en figura piramidal; otros, como sus mayores, todavía se desfiguran con pinturas el rostro; pero en el resto del cuerpo van perdiendo esta manía, á proporcion que se van habituando á los vestidos.

En ninguna parte varían tanto los trages, aunque generalmente conservan hombres y mugeres el gusto por sortijas y joyas. El carácter primitivo de los megicanos, su genio y su natural inclinacion, se hallan en aquellos indios que han conservado en los montes la libertad. Allí se encuentran hombres valientes, generosos, humanos, y de arregladas costumbres. Sus ocupaciones son la caza, la pesca y la agricultura; pero no siembran ni plantan mas que las cosas necesarias para la vida. Parece que atormentados y afligidos con la memoria de lo que fueron, se desdeñan de cuidar de lo agradable y regalado, por contenerse en lo que puramente es preciso.

El pais de México le tienen repartido los españoles en tres audiencias ó tribunales bajo la autoridad del virey, que habita en la capital, ciudad la mas regular del universo, cuyas calles son derechas y en tal disposicion, que se dilata por toda ella la vista. No tiene castillos ni murallas, porque de uno y otro sirve el lago. Se va á la ciudad por cinco hermosas calzadas, y cada una de estas sale de un pueblo construido en la ribera. Ademas de esto, está rodeado el lago de lugares, que desde el centro de la ciudad ofrecen una perspectiva que encanta; y cubierto de canoas y gondolas en todos tiempos, es como un verdadero y

hermoso cuadro movable. Nada falta para la utilidad y decoracion de esta capital, en la cual hay grandes hospitales, soberbios palacios, magníficas iglesias. El espectáculo de las tiendas, ricamente provistas, ofrece á la vista una especie de feria continua.

EL PERÚ.

Si en algun tiempo se ha burlado la fortuna de los designios de los hombres, fue en las catástrofes de los primeros conquistadores del Perú. Francisco Pizarro, oficial subalterno que habia sido del célebre Vasco Nuñez de Balboa, fundador de la colonia del Darien, Diego de Almagro y Fernando de Luque, resolvieron emprender tan árdua conquista; y asociandose para ello, quedó á cargo de Luque, poseedor que era ya de la isla de Tabago, la suministracion de fondos; al de Pizarro la direccion de la conquista, y al de Almagro la provision de víveres y pertrechos. Obtuvieron los correspondientes despachos del gobernador del Darien Pedro Arias de Avila; y equipando un navío con ciento y catorce hombres, se hizo á la vela de Panamá Francisco Pizarro con rumbo al Sur en 14 de Noviembre de 1525. Habia de seguirle luego, y le siguió con efecto, Diego de Almagro; pero tardó mucho en hallarle; y despues de varios trabajos que padecieron, y superaron juntos con un valor y constancia que admiran, se separaron con el objeto de descubrir mas paises á un mismo tiempo. No se alejaron sin embargo mucho; porque la necesidad de socorrerse los volvia á juntar de cuando en cuando; aunque ya se descubria en ellos co-

Años
de J. C.
1525.

mo vicio dominante el deseo de mandar. De Fernando de Luque apenas se habla en adelante: suerte comun de los ricos capitalistas que ponen su dinero á intereses en las empresas árduas.

En tres años no hicieron Pizarro ni Almagro establecimiento alguno; pero lograron asegurarse de que era posible el buen éxito de sus proyectos. Por ver sus fondos casi del todo consumidos, resolvió Pizarro ir á presentar su plan á la corte de España para que le dieran socorros; y aunque fue bien recibido, no volvió mas que con el titulo de marques, y el de capitán y gobernador general de todos los países que los españoles llegasen á sujetar en aquellas tierras. Reclutó algunos aventureros, y entre estos á sus cuatro hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, y Francisco Martin de Alcántara, que lo era uterino, todos tan emprendedores y valientes como él. Almagro, que entre tanto hacia sus reclutas en Panamá, sintió mucho que Pizarro hubiese conseguido toda la autoridad; pero este le tranquilizó nombrandole teniente suyo. Partieron, pues, con tres navíos, en que iban doscientos hombres y como setenta caballos. A esto se reducía todo el ejército.

Se quedó Almagro con la pequeña armada, y se avanzó Pizarro tierra adentro. La primera operacion de sus soldados, ó aventureros que habia recogido, de los cuales, á la verdad, no era enteramente dueño, fue el saqueo de una ciudad, cuyo cacique se ocultó; pero le descubrieron, le llevaron al comandante, y este, aunque en vano, procuró persuadirle que los españoles no habian faltado á las leyes del buen hospedage. En una ocasion los soldados hicieron pedazos, por sola diver-

sion, algunas esmeraldas, cuyo precio no conocian; Envió Pizarro muestras del botin que habia conseguido á Diego de Almagro, el cual fue con este cebo á reclutar en Panamá y en sus cercanías, porque el pequeño egército debia precisamente aumentarse; pues Pizarro en sus correrías se habia informado bien; y sabia cuanta resistencia le esperaba.

A la sazón se hallaba el imperio del Perú en una guerra civil; y los dos príncipes rivales, que aspiraban al trono, no pensaron en ocupar su gente contra un puñado de estrangeros que habian llegado á sus costas. Los gefes de esta guerra eran Huascar y Atahualpa: el primero, hijo legítimo del difunto emperador, estaba en posesion de la corona; y el segundo, que era un bastardo, aspiraba á quitársela. Tres victorias decidieron á favor de Atahualpa, quien hizo prisionero á Huascar; y con estas ventajas se halló el vencedor en estado de ocupar su atención contra los estrangeros. Al principio no dieron gran cuidado á aquel emperador, porque, ¿qué podian hacer doscientos hombres? Pero ya aquellos pocos estrangeros habian derrotado un grande egército que los caciques tributarios les habian opuesto.

Tengamos presente que Cortés debió en parte sus victorias á la opinion en que estaban los megicanos de que Quezalcoal, fundador de su imperio, habia ido á sujetar muchas regiones hácia el oriente; de que sus sucesores habian de enviar con el tiempo á Méjico unos guerreros encargados de dar allí leyes, y reformar el gobierno; de que tuvieron á Cortés por un enviado del príncipe del oriente; y de que creyeron sería inútil querer resistirle. ¡Notable singularidad! Reinaba en el Perú otra

opinion casi semejante; á saber: que los españoles, á quienes por las armas que llevaban, reconocieron por dueños de los truenos y los rayos, venian á ser hermanos de los peruanos, descendientes como ellos del sol; y que Pizarro, su gefe, descendia mas particularmente de aquel astro; que era Inca, hijo del supremo Virachoca, y por lo mismo pariente cercano del Inca Atahualpa; y tenian por castigos enviados por el gran Virachoca las violencias de los españoles, diciendo que era preciso someterse á su autoridad, y bajar la cabeza al cetro de Pachacamac, esto es, del emperador supremo que enviaba á Pizarro.

No se sabe si Pizarro tenia ya noticia de esta preocupacion, que le era tan favorable, cuando envió la primera embajada á Atahualpa; pues siendo comandante de solos sesenta hombres, envió á decir al general de cien mil soldados: "Yo soy vasallo del mayor monarca del mundo; este me envia á sacaros á vos y á vuestro pueblo de la práctica de una religion impía y abominable. Espero que me recibireis con toda bondad, y en tal caso podreis contar con mi fidelidad en serviros; pero si pretendiereis hacerme daño, prefiriendo la guerra á la paz, presto vercis que los españoles son tan terribles para sus enemigos, como útiles para sus aliados."

La respuesta del Inca fue muy sumisa y correspondiente á los principios de su preocupacion. Fernando de Soto, oficial jóven y de agradable figura, fue acompañando al enviado que llevó al emperador esta especie de desafio general; y Atahualpa exclamó al verle: "¡Aquí teneis la verdadera figura, porte y vestido de nuestro dios Vira-

choca, como la describió exactamente nuestro antepasado el Inca Virachoca!" Dijo despues que por estar persuadido de que todo lo que habia de suceder lo habia ordenado de antemano el gran Virachoca, aunque habia sabido las victorias de los españoles, no habia tomado medidas algunas contra ellos, y se sujetaria á hacer cuanto le pidiesen; pero que imploraba su clemencia para con sus vasallos, sus mugeres y sus amigos. Estrañó parece este language en un hombre que en el momento mismo tenia á sus órdenes cien mil combatientes. Estos estaban colocados en escalones retrógrados hácia el centro de su reino: disposicion que hace creible que el Inca habia permitido que avanzasen los españoles tan adentro en sus estados, con el fin de rodearlos por todas partes y destruirlos. Los autores convienen en que no se puede dar mucho crédito á estos recíprocos discursos por razon de que así los peruanos como los españoles tenian malos intérpretes, que con dificultad se entendian aun para las necesidades de la vida.

Se cuenta entre las cosas á cuya egecucion se aventuraron los españoles, el discurso, que supongo falso, y se imputa á un religioso llamado Fr. Vicente de Valverde. Dicen, pues, que avanzó hasta donde estaba el emperador, y que le habló del emperador Cárlos V, del papa, de la Santísima Trinidad, de la divinidad de Jesucristo, y de su admirable vida y muerte; y que respondió Atahualpa: ¿y quién es el que enseña todo esto? Este libro, respondió Fr. Vicente, presentándole el Evangelio. Le tomó el emperador, le aplicó al oido, y como nada oia decir, le arrojó al suelo. Tambien cuentan que dijo: " Vosotros creéis que Jesucristo



Sumision de Atahualpa.

Tal era el credito que Atahualpa daba á la tradicion de que los Españoles eran descendientes del Sol, y dueños de los truenos y los rayos, que al proponerle con arrogancia y amenazas el embajador de Pizarro su amistad, contestó mui sumiso, y manifestó á su corte que en aquellos hombres reconocia todas las señas de su dios Virachoca. Hasta qué punto esclavizan las preocupaciones á los sentidos!

es Dios, y que murió; pues yo adoro al sol y á la luna, que son inmortales. No debo tributo á príncipe alguno, ni quiero ser vasallo sino de los dioses; y sería locura dejar la doctrina de mis antepasados mientras no me demostreis que es falsa." Volvióse el religioso á sus filas: tocaron á cargar sobre el enemigo; y Pizarro, persuadido á que todo pendía de la suerte del Inca, acometió á la frente de quince coraceros á las tropas que rodeaban el palanquin de Atahualpa; y no halló mas resistencia que la que podían hacer cuerpos desnudos á cuerpos armados de hierro. El primero que penetró fue un soldado llamado Miguel Astete, á quien siguieron los otros; y echando por tierra á los que llevaban el palanquin, hicieron prisionero al emperador. Apenas se divulgó esta desgracia en el ejército peruano, se dispersó todo; los españoles no tuvieron que hacer sino matar; y en un instante se hallaron ellos únicos vivientes en aquel campo de batalla.

Lograron un botín inmenso; porque confiados los peruanos en su grande número, habian ido á la batalla adornados como para una grande fiesta. Ofreció el emperador por su rescate tanto oro como podia cõtener la pieza en que le habian encerrado, hasta la altura adonde llegó con su brazo. Aceptaron la proposicion, y recogieron sus órdenes para ir á todos los templos del imperio, y juntar suma tan considerable; y no fiándose los españoles de otros en este punto, lograron la ocasion de conocer el pais. Supo Atahualpa en su prision que su hermano Huascar, á quien él tenia preso, hacia ofertas á Pizarro para que le pusiese en libertad; y envió orden de quitarle la vida, co-

mo se ejecutó; pero no tardó él mucho en experimentar la misma desgracia.

Aunque el oro llegaba á montones, no parecía suficiente. Los vencedores no pudieron menos de dar á Diego de Almagro su parte, aunque llegó despues de la victoria con ciento cincuenta hombres y cincuenta caballos. Hubo entre los soldados antiguos y los recién llegados diferencias sobre la reparticion, y entre los gefes disputas bastante acaloradas; pero el interes comun los redujo á la composicion, y convinieron en que para librar á sus soldados de los males inseparables de la ociosidad, esto es, de los vicios, y especialmente de la pasion al juego, á que se entregaban con furor, convenia continuar cuanto antes sus conquistas. El emperador prisionero era, sin embargo, un obstáculo; pues como recibido ya el rescate, debian ponerle en libertad y ningun derecho les quedaba entonces al imperio. Dícen que pedia el infeliz con instancias que cumpliesen sus promesas; que él por su parte no se opondria á los intereses de los españoles, se reconoceria vasallo de Carlos V, y le pagaria tributo anual.

Pizarro y Almagro establecieron un tribunal, en el cual presentaron seis capítulos de acusacion contra el Inca. Estos fueron: que siendo bastardo se habia apoderado de la corona, quitando la vida á su hermano y soberano; que habia dado sus órdenes para su suplicio estando prisionero; que habia autorizado y mandado sacrificios humanos; que habia suscitado injustas guerras y sido causa de la muerte de muchos hombres; y por último, que estando ya los españoles en el Perú, habia procurado sublevar á los indios. Le condenaron á muer-

te, y á ser quemado vivo; aunque por haber querido recibir el bautismo no le dieron este castigo, sino el de ahogarle con un cordel. Todos estos excesos los desaprobaron los demas españoles en términos que faltó muy poco para que hubiese un tumulto en que hubiesen muerto á los perpetradores; pero estos, que tenian mas poder, los aplacaron, dejándoles multiplicar protestas y reclamaciones con que acudir á la humanidad y justificacion del emperador Cárlos V. Apenas supieron los peruanos la muerte de Atahualpa, proclamaron á Manco-Capac, hermano de Huascar.

La fama, que todo lo exagera con sus cien bocas, publicó en Europa que en Quito, en el Cuzco y en Lima, ciudades principales de Chile y del Perú, habia imponderable cantidad de oro; y esta opinion llevó allá muchos aventureros, unos que querian hacer la guerra por su cuenta; y otros que se juntaron con los primeros conquistadores, ó vendieron muy caras las tropas que llevaban á Pizarro y Almagro, que las incorporaron con las suyas. Estos dos hombres eran siempre los gefes de la empresa, y por sus órdenes iban los destacamentos españoles saqueando las provincias.

Concibió Manco-Capac el proyecto de verse con los españoles, y pedirles la paz con las condiciones que quisiesen. "Si verdaderamente son hijos del sol, dijo á su Consejo, como lo fueron nuestros mayores, cuyo principio siempre fue la verdad, corresponderán sus acciones á sus palabras, y cumplirán las que me dicen. No puedo persuadirme á que quieran quitarme mi legítimo derecho. Iré á buscarlos con aparato de paz; en lugar de armas llevémosles regalos, y estos servirán, ó

para ganar el afecto de esos hombres, ó para aplacar la ira de los dioses irritados. Si dado este paso no me vuelven los españoles el imperio, conoceremos que se ha cumplido la profecía de mi padre el Inca; que nuestro imperio ha pasado á los extranjeros; que se ha aniquilado nuestro gobierno político, y que se ha abolido nuestra religion. Si el gran Pacachamac lo quiere así ¿qué nos queda que hacer sino someternos?

Se conformó el Consejo con los deseos del buen emperador; y fue Manco-Capac á ver á Pizarro, el cual hizo con él un tratado acomodado á las circunstancias: es decir, que le concedió condiciones ventajosas; porque supo que muchos generales indios levantaban tropas que pudieran oprimirle; pero cuando ya los hubo desarmado con esta negociacion, volvió al primer plan de su conducta, que consistia en construir fortalezas, tomar ciudades, y formar colonias de europeos para apoderarse insensiblemente del imperio; y así se vió precisado el monarca, aunque contra su voluntad, á recurrir á las armas. La suerte, siempre contraria, le hizo tomar una resolucion definitiva. Juntó sus vasallos, y en un discurso lleno de ternura paternal, les dió las gracias por el zelo que habian mostrado, y les dijo que no queria mantenerse en el trono á costa de su sangre y felicidad.

A esto añadió: "La profecía del Inca, mi padre, se ve cumplida. Una nacion estrangera me ha precipitado de mi trono, ha abolido nuestras leyes y profanado nuestra religion. Si yo me hubiera convencido de esto antes de tomar las armas, me habria sometido al decreto del cielo; porque es preciso confesar que, dejando aparte la justicia,

todas las circunstancias de la profecía convienen á los españoles ; pues traen estos en sus manos el rayo de los dioses , y de este modo prueban que los protege el Todopoderoso. Ellos con un puñado de hombres destruyen egércitos innumerables ; viven sin alimentos , y se presentan en los combates con un vigor siempre nuevo , de lo cual es preciso inferir que la mano de Pacachamac los sostiene , y que al mismo tiempo que á ellos les da fuerzas , derrama en nuestros espíritus el abatimiento y el temor.

» Sujetémonos , pues. Este es el único medio de evitar otras mayores calamidades. Me retiraré á las montañas de los Andes , y mi mayor consuelo será saber que bajo de esos nuevos dueños gozais del sosiego y de la felicidad. En mi triste soledad, la dicha de mis vasallos será mi única ocupacion. Os suplico que os sujeteis á los españoles , obediéndolos en el modo posible para que os traten bien ; y espero de vosotros un suspiro y una lágrima cuando os acordeis del desgraciado príncipe, que siempre quiso y amó á su pueblo.” Este discurso prueba de nuevo la opinion general , esparcida entre los del Perú , de que habia llegado el momento de la destruccion de su imperio. Tambien parece haber sido una maldición ó una imprecacion contra los que iban á oprimir su pueblo ; y el primero que esperimentó los efectos de la maldicion fue Diego de Almagro.

Siempre habia estado este con los Pizarros en competencia abierta , ú observando disimuladamente mala correspondencia con ellos. Gonzalo y Fernando Pizarro , hermanos del gobernador Francisco , se hallaban en el Cuzco sitiados de los indios,

cuando acudió Almagro como para socorrerlos ; pero todos suponen que su intencion era quitar á los Pizarros la posesion de la ciudad , y tomarla para sí ; y aun añaden que ofreció á Manco-Capac , que estaba á la frente del ejército sitiador , hacer con él alianza contra los Pizarros y ayudarle á sostenerse en el trono , si este príncipe ponía el Cuzco en sus manos. Respondió el emperador : “Yo he tomado las armas para recobrar mis derechos , y dar á mi pueblo la libertad ; no para proteger las intenciones de un enemigo contra otro.” Por mas que le representó su Consejo que el mejor medio para restablecer su autoridad sería ir debilitando á los españoles , suscitando entre ellos la discordia , se mantuvo en sus principios de buena fe , que apenas conocen algunos políticos , y replicó : “El honor no permite que un Inca finja ó disimule ; mas quiero perder mi imperio , y pasar el resto de mi vida en el destierro y la obscuridad , que mantener la dignidad de emperador por medio de la falacia y la traicion.” El efecto de esta resolucion fue que los indios , cansados y desalentados con las continuas ventajas de los sitiados sobre ellos , tuvieron que retirarse , y Manco-Capac renunció , como hemos visto.

Entró Almagro en lugar de los peruanos á seguir las operaciones del sitio ; juntó la mañana con la fuerza ; ganó á los soldados de Pizarro , los cuales le recibieron en la ciudad , é hizo á sus rivales prisioneros. Tambien venció á un destacamento que Francisco Pizarro enviaba en socorro de sus hermanos , y puso preso á Alonso de Alvarado su capitán. Soberbio con estas felicidades , no quiso al principio admitir las proposiciones bastante jus-

tas, que le hizo el marques Francisco Pizarro; bien que despues consintió en la suspension de hostilidades, y en que enviasen unos y otros en un mismo navío sus diputados á España, para que allí se arreglasen sus pretensiones. La principal era la posesion de la capital, que cada uno decia ser de su departamento. En virtud de este tratado se restituyó á Fernando Pizarro la libertad, porque Gonzalo ya se habia puesto en salvo.

Apenas se vió libre Fernando, en lugar de esperar los efectos de la diputacion enviada á España, volvió con nuevas tropas contra Diego de Almagro; y este, en vez de salirle al encuentro y acometerle antes que sus tropas estuviesen reunidas, lo que le hubiera sido fácil y ventajoso, se mantuvo solamente á la defensiva, para que no se dijese que prevenia al juicio que debia ser pronunciado en España. Con estas dilaciones dió tiempo á Fernando para aumentar su ejército, y cuando ya Almagro no podia evitar la batalla, halló á su enemigo mas fuerte que lo que esperaba. Estaba ademas de esto enfermo, y sus soldados cansados con el largo camino. Rodrigo Orgoñoz y Pedro de Lerma, sus dos primeros oficiales, aunque hábiles, egecutaron mal sus órdenes, y se arrojaron imprudentemente contra el principal batallon enemigo. Cayó Orgoñoz herido, y se empezó la derrota. En vano quiso Almagro, llevado en una especie de angarillas, oponerse á los que huian, pues estos le arrastraron consigo. Entraron las tropas de Pizarro en el Cuzco persiguiéndole, y le hicieron prisionero.

Teniéndole Fernando en sus manos, creyó que debia cortar sin piedad todas las cabezas de aque-

lla hidra de disensiones , que renacian á cada paso, y á ninguno perdonó. Fueron asesinados Orgoñoz y Lerma , soldados viejos , que habian servido desde el principio de la espedicion contra el Perú , y cuantos fueron creidos confidentes , ó simplemente afectos de Almagro. Al gefe juzgó Fernando que era muy del caso hacerle el proceso con toda formalidad. Le acusaron de haberse apoderado del Cuzco con la fuerza , por lo que habia sido causa de que se derramase sangre española; de haber querido hacer liga secreta con Manco-Capac; de haberse introducido en la jurisdiccion de Pizarro , y presentado dos batallas á sus compatriotas.

Por estas maldades fue condenado á muerte el anciano general. Apeló al emperador; imploró del modo mas penetrante la clemencia de Fernando; le hizo presente que siendo él su prisionero , le habia salvado la vida; que él habia sido el primer asociado de Francisco Pizarro en la espedicion del Perú , y causa de su buen éxito; que estaba ya viejo y enfermo; y que así le dejase vivir con sosiego como un particular el resto de una vida pasada en una larga serie de trabajos , penas y desgracias. Fue Fernando inflexible; y dicen que tenia orden del marques Francisco , su hermano , para deshacerse de Almagro , por ser el único que les podia estorbar para mandar absolutamente en el Perú. A Diego de Almagro le dieron garrote en la cárcel , y despues le cortaron públicamente la cabeza en un cadahalso. Así pereció por orden de su compañero uno de los dos primeros conquistadores del Perú , á los setenta y cinco años de su edad. Los indios sintieron su pérdida , como que era el único recurso que les quedaba contra los Pizarros.

Por mas que estos pasaron la segur de la venganza por las cabezas de cuantos partidarios de Almagro pudieron descubrir , quedaron todavía muchos que habian jurado un odio implacable á los verdugos de su amigo. Creyó el marques Pizarro que la muerte de su rival era una accion tan ruidosa que tenia necesidad de ser justificada en España; y envió á su hermano Fernando egecutor de esta atrocidad. Se cree que cometió el nuevo delito de procurar dar veneno á Diego de Alvarado, tutor del hijo de Almagro , que partió igualmente para defender la causa de su pupilo. A este jóven le tenia el marques encarcelado , y le habia confiscado los bienes. No obstante que Fernando distribuyó en España muchos regalos , le pusieron en el castillo de la Mota de Medina , donde estuvo veinte y tres años.

Acerca del marques Pizarro , dicen unos , que tentó todos los medios de la suavidad para disolver la faccion de Almagro; que ofreció á las principales cabezas los empleos de mas lucro y las plazas de mas honor , si querian hacerle el sacrificio del odio con que le miraban ; y que viendo que inútilmente los llenaba de esperanzas , resolvió destruir á los que querian vengar la muerte de Almagro. Otros dicen , que desde luego se declaró enemigo irreconciliable de aquellos en quienes sospechaba su inclinacion á su rival ; que procuró reducirlos á la mayor miseria ; y que no contento con verlos en estado tan deplorable, tomó todas sus medidas para que no viniesen á representar sus quejas á España; pero la necesidad , madre de la desesperacion , puso á algunos el puñal en la mano contra su perseguidor , y á pesar de las precauciones que

tomó, le sorprendieron en la ciudad de Lima, fundacion suya, y silla de su prosperidad. En su mismo palacio le acometieron los conjurados: se defendió con vigor; á cuatro de ellos les quitó las vidas, é hirió á otros muchos; pero al fin cayó muerto al hierro de los asesinos, á los sesenta y un años de edad.

Era el marques Francisco Pizarro afable y generoso, á lo menos antes que la fortuna le hiciese soberbio. La corona de España le debe sus principales establecimientos en la América meridional. Allí edificó las mas florecientes ciudades, ó construyó al estilo de la Europa las que habia. Se aplicó incansablemente á fundar colonias, y á enriquecer el Perú con los efectos de la industria, y manufacturas de Europa. Es reprehensible en haber pensado introducir la servidumbre personal, haciendo infelices á los indios. Distribuyó á los colonos españoles las tierras de los indígenas, haciéndolos de este modo esclavos de sus propios bienes y obligándolos á trabajar para utilidad de sus nuevos dueños. Cuando Pizarro pidió la confirmacion de esta ley opresiva, le respondió Cárlos V: "Antes de confirmarla quiero informarme en particular de los usos y costumbres del pais; y quiero saber si lo que me pides es conforme á justicia." La respuesta no puede ser mas prudente al parecer; pero sepan los que gobiernan, que en punto á leyes tiránicas, el no despreciarlas desde el punto en que llegan á su noticia, es confirmarlas.

Los conjurados, muerto el marques Pizarro, incurrieron en la misma falta en que este habia caido despues de la muerte de Almagro. No solo se apoderaron de la autoridad y de las riquezas, sino



Pizarro asesinado.

La injusticia, dureza y opresion con que el Marques D. Francisco Pizarro trataba á muchos de sus compañeros de conquista dió motivo á que algunos resolviesen su muerte; y sorprendiéndole en su quarto, por mas que se defendió con valor matando é hiriendo á varios, los restantes lograren acabarle. Si hay ingrato que clava el puñal en su bienhechor, ; quantos puñales deve el opresor temer siempre!



quisieron obligar á todos á que aprobasen su accion y las medidas que en consecuencia de ella habian tomado; y los que no se prestaron á sus miras, fueron maltratados, despojados, desterrados, y algunos perdieron la vida. A este tiempo llegó el licenciado Cristobal Vaca de Castro, enviado en calidad de gobernador, si ya habia muerto Pizarro, ó como comisionado para tomar conocimiento sobre las diferencias entre el marques y Almagro, y sobre las circunstancias de la muerte de este último. Cuando llegó se intimidaron los partidarios de Almagro el *Jóven*, porque habian nombrado al hijo de su amigo por gobernador en lugar de Pizarro. Pero ya se habia introducido en ellos la discordia, y se armaban mutuamente asechanzas. El jóven Diego de Almagro con dificultad pudo librarse de una empresa contra su vida intentada por un tal Alvarado, que habia sido su mas afecto partidario; pero este, cogido en su propio lazo, pasó por la suerte que destinaba á su amigo.

Grandes ventajas sacó Vaca de Castro de esta desunion. Cuando el jóven Diego de Almagro supo los poderes que Vaca llevaba, se redujo á pedir el gobierno del Cuzco, suponiendo que habia pertenecido á su padre; pero lo que á él le parecia moderacion, no lo miró como tal el enviado de España, sin embargo de que la peticion se apoyaba con un egército. Puso Vaca de Castro este punto en negociacion: dilató la respuesta definitiva: se acercó al imprudente jóven: le ganó sus tropas; y en una accion en que Almagro mostró una valentía y habilidad dignas de su padre, advirtió que le hacian traicion, porque la artillería no disparaba mas que con pólvora, y tuvo precision de huir. Bien

podiera haberse puesto en salvo, como lo hizo el Inca Manco-Capac, que por último habia bajado de sus montañas para aprovecharse de las diferencias y disension de los españoles; pero quiso ir al Cuzco á recoger sus tesoros. Los magistrados que él habia puesto le prendieron, y le entregaron á Vaca de Castro con la esperanza de merecer su favor; y Vaca de Castro le hizo cortar la cabeza á la edad de veinte años, cuando ya se habia distinguido en la guerra y en el consejo.

Gonzalo Pizarro acababa de llegar de una expedicion infeliz, que habia durado dos años; y aunque reducido al estado mas triste con las miserables reliquias de las tropas que le habian acompañado, como solo su nombre y los partidarios de su familia podian dar mucho que hacer al gobernador, fue este á visitarle, y parte por fuerza, y parte por persuasion, le hizo retirarse á sus tierras sin distincion ni autoridad. Entonces ya pudo Vaca de Castro entregarse á las ocupaciones benéficas que ilustran su administracion. Se aplicó pues á desterrar los desórdenes, á reformar los abusos, y á hacer establecimientos útiles, cuyo beneficio experimentaron los indios y los españoles.

En cuanto á la policia, la justicia, la distribucion de las tierras y la reparticion de los impuestos, procuró que su gobierno fuese en lo posible semejante al de los Incas, del cual se informó con gran cuidado. Por su disposicion se erigieron escuelas públicas en las ciudades, á las que sin violencia eran llamados los indios para recibir lecciones de moral, é instruirse en el cristianismo. La mayor parte de los caciques volvieron á entrar en la posesion de sus bienes, y aun les concedió una

especie de jurisdiccion en utilidad de sus antiguos vasallos. Proveyó á la seguridad y comodidad de los caminos; contuvo la libertad de los soldados, y los alentó á abrazar el matrimonio y el trabajo. Se atrevió tambien á averiguar la conducta de los oficiales del rey, que habian hecho fortunas prodigiosas con el robo y lo opresion; y digo se atrevió, porque era necesario valor para acometer á semejantes concusionarios. El apoyo que estos dieron á los malcontentos, que nunca faltan, hizo que la corte de España determinase enviar un virey llamado Blasco Nuñez Vela. Este fue lleno de preocupaciones contra el gobernador, y le pareció que habia procedido con demasiada moderacion en sus reformas; y lo que Vaca de Castro habia tolerado sobre costumbres poco favorables á los peruanos, lo miró el virey como usurpaciones y vejaciones, que debian destruirse de un golpe. Tal era la servidumbre personal de los pobres indios, y otros usos tan lucrativos para los conquistadores, como penosos y ruinosos para el pueblo conquistado.

Lo que consiguió fue que aquellos oficiales y magistrados que habian apoyado las quejas contra Vaca de Castro, interesados en sostener la servidumbre de los indios, que les era muy ventajosa, se convirtieron en enemigos mortales del virey. Por mas que el gobernador le hizo presente el riesgo que corria haciendose odioso á los españoles; que era conveniente ir haciendo poco á poco las reformas, y de modo que se fuesen sin sentir acostumbrando á seguirlas, pensó Nuñez Vela que aquellas representaciones de Vaca de Castro eran murmuraciones que anunciaban disposiciones á la

rebelion; y así le arrestó, y le envió preso á España en un navío.

Gonzalo Pizarro, á quien Vaca de Castro habia contenido con su prudencia, sabiendo en su retiro la conducta poco acertada del virey, ofreció bajo mano á los malcontentos sostenerlos contra él. Aunque no ignoraba Nuñez Vela la tempestad que se iba formando, este hombre tenaz siguió con mas ardor el plan de hacer observar su reglamento, cuya parte mas esencial era quitar la servidumbre de los indios. Los magistrados se levantaron contra él; y Pizarro, que fomentaba á los malcontentos, se armó lo bastante para hacerse temer. Manco-Capac, atento siempre á aprovecharse de las disensiones, ofreció su auxilio al virey, y este no le rehusó. Su alianza dió ocasion á Gonzalo Pizarro para publicar que peleaba en favor de España contra sus enemigos naturales. Mataron por casualidad á Manco-Capac; y Nuñez Vela, privado de este recurso, y abandonado de casi todos los españoles, irritados de su conducta, fue arrojado por Gonzalo Pizarro á las estremidades del Perú, y muerto en una batalla.

No hay duda que si Pizarro olvidando la fidelidad debida al monarca hubiera pensado en aprovecharse de esta ocasion, pudiera haberse puesto la corona en la cabeza; porque la mayor parte de los españoles, ó se habian declarado abiertamente contra el virey, ó habian procurado malograr sus operaciones haciendo que le faltase el dinero, oponiendose á las cobranzas de los impuestos, y favoreciendo los proyectos de Pizarro; por lo cual todos debian temer el castigo, y por consiguiente estaban interesados en ponerse á cubierto con la autoridad

que le confiriesen ; pero no pasaron de darle el título de Gobernador general , y él se contentó con esto.

Así se hallaba Gonzalo Pizarro condecorado, 1546. cuando llegó un hombre sin ruido ni pretensiones, llamado Pedro de la Gasca , simple licenciado , y con el título modesto de Presidente de la audiencia de Lima. No era guerrero, ni tenaz en sus resoluciones ; y él mismo decía : “ Yo traigo el encargo de hacer saber á Pizarro una órden del emperador ; si no quiere obedecer , me vuelvo á España inmediatamente ; porque no tengo intencion ni talento para precisarle con las armas á que obedezca.”

Envió á Pizarro una carta del emperador Carlos V, en la que el monarca español se lastimaba de que se hubiese visto en la necesidad de oponerse al rigor inflexible del virey ; que estaba persuadido á que lo habia hecho por amor al bien público , y le pedia que ayudase al presidente con sus consejos y su crédito. Gasca acompañó esta carta con otra suya , toda , por decirlo así , confitada con miel y azúcar , sin embargo de que al fin llevaba su puntita de amargura : “ No habeis visto , le decía hablando de Carlos V, su corte ni sus egércitos , y tal vez habeis formado falsa idea de su poder ; pero sabed que el gran turco , que venia marchando contra él á la frente de trescientos mil hombres , llegando á la vista del campo imperial , se retiró precipitadamente sobrecogido de temor , sin atreverse á dar la batalla.” Estas palabras llamaron la atencion de Pizarro , y vió en ellas una amenaza implícita que le hacia sospechosa la dulzura de Gasca. Desde el Cuzco , en donde estaba , en-

vió á Lima orden de preparar un navío, embarcar en él al presidente, y hacerle repasar á España. Pero el diestro licenciado Gasca habia trabajado tanto en poco tiempo, que ya estaban ganadas las embarcaciones, sin que lo hubiese trascendido el gobernador. Quiso hacer que saliese del Cuzco el que habia llevado las cartas de Gasca, porque descubrió que disimuladamente reanimaba las esperanzas de los partidarios del virey difunto, á quienes llamaban realistas; pero los magistrados, á quienes el presidente habia prometido perdon y premio, le estaban enteramente adictos, y protegieron á Gasca. No vió Pizarro otro partido que tomar sino el dejar por sí mismo la ciudad, y ponerse á la frente de sus tropas.

El humilde licenciado, que decia no tener intencion ni talento para obligarle con las armas, empezó á perseguirle. Es verdad que no sabia pelear, pero sabia dirigir bien á los que peleaban. Sin embargo, en el primer encuentro ganaron la batalla los de Pizarro contra los realistas, y no quiso Gasca esponerse á segundo combate; pero sentó su campo delante del de Pizarro, y en pocos dias fue trayendo la gente de su ejército, hasta que viendo Pizarro que se iban pasando todos á las banderas del presidente, tomó el partido desesperado de presentarse en persona en los puestos abanzados y rendir la espada.

Prendieron á casi todos sus oficiales, entre otros á Francisco de Carvajal, maestro de campo de Pizarro, y los condenaron á muerte como traidores al rey y á la patria. Llegó Gonzalo Pizarro al lugar del suplicio y habló al tropel del pueblo que le rodeaba, diciendo: "No ignorais los servicios

que ha hecho mi familia. Mis hermanos y yo somos los conquistadores del Perú; muchos de vosotros no poseéis mas bienes que los que el marques y yo os hemos dado; muchos tambien me deben obligaciones pecuniarias, y otras que no quiero especificar; pero yo muero pobre y desnudo; pues aun el vestido que tengo no es mio, sino del ejecutor, como precio del servicio sangriento que va á hacerme." Se encomendó á las oraciones de los circunstantes; puso su cabeza sobre el tajo, y se la cortaron de un golpe. La dificultad de Gasca estuvo despues en como premiaria á los que le habian servido; porque ninguno estaba contento. Dispuso pues los negocios en el mejor órden que pudo; pidió sucesor, y salió, sin aparato ni ruido, como habia entrado en el Perú.

Ya llegó un virey llamado don Antonio de Mendoza; y por haber muerto de enfermedad á poco tiempo de su arribo, todo cayó en confusion. Se vió el Perú sujeto á una especie de gobierno que mas bien podia llamarse anarquía militar. Los soldados erigieron gefes y los asesinaron unos despues de otros; debiendo advertirse que casi todos ellos eran de los primeros conquistadores. Se apoderó la soldadesca de las minas del Potosí; robó la caja real; nombraba jueces, y los destituia á su voluntad. Entre los que hicieron figura en el trono y en el cadahalso, se cuentan Pedro de Hinojosa, que aspiraba al poder de los Pizarros: Sebastian de Castilla, que casi á su pesar se vió entronizado por sus asesinos, y degollado en espacion de su delito contra Hinojosa: Vasco Godinez, vengador del uno y del otro, y condenado por los magistrados que le habian lla-

mado en su socorro contra los sublevados; y últimamente, Francisco Hernandez Giron, hábil general, que por largo tiempo sostuvo su rebelion; pero que al fin sufrió la suerte de los otros, castigado con la espada de la justicia. De este, dice el piadoso historiador Garcilaso, que tomó las campanas de los templos para hacer cañones, y que nunca le sirvió aquella artillería; "pues Dios no quiso que sirviese para destruccion del género humano el metal consagrado á las iglesias."

A don Antonio de Mendoza le sucedió en calidad de virey el marques de Cañete don Andres Hurtado de Mendoza, cuyo gobierno fue constante y feliz, favoreciendole las circunstancias de estar todos cansados ya de alborotos y dispuestos á la obediencia. Contribuyeron tambien para restituir la paz, desconcertando á los intrigantes, algunas medidas severas que desde luego tomó el nuevo virey. Apostó guardia en todos los caminos que iban á las ciudades grandes, con orden de que examinasen á los pasajeros y reconociesen sus papeles. Tenian los españoles que llevar pasaporte si querian ir de una ciudad y de una provincia á otra, con lo que esterminó los vagamundos. Prohibió que llevasen armas, y depositó en los almacenes y arsenales los cañones, los mosquetes y la municion; y nadie podia sacarlos sin permiso del virey. En una palabra, tomó todas las precauciones posibles para extinguir hasta la menor chispa de sublevacion, y para impedir que se suscitasen nuevos alborotos.

1557.

El Inca Manco-Capac habia dejado en los Andes un nieto llamado Sayri-Capac, á quien los peruanos miraban como su legítimo soberano; y el



Sayri Capac.

Viendo Sayri Capac la imposibilidad de recobrar el trono renunciado por su abuelo, se reduxo á aceptar del Virey una pension; pero al solemnizar el tratado tomó una punta del tapete con franja de oro que cubria la mesa, y exclamó con dolor: No ha mucho que ésta mesa y franja eran mias; pero hoy los Españoles quieren que me contente con un hilo. ¡Quanto aprecian los hombres la sombra sola de derecho á un trono!

virey , para asegurar de todos modos la paz , determinó sacarle de sus montañas , hacerle aceptar una pension , y que fuese á vivir entre los españoles. Mucho trabajo le costó al virey conseguirlo ; y el dia en que se solemnizó este tratado , tomó por una punta el tapete de terciopelo que cubria la mesa , guarnecido de una rica franja , y dijo : “ No ha mucho tiempo que esta mesa y esta franja eran mias ; pero hoy quieren los españoles que yo me contente con un hilo .” No vivió Sayri-Capac mucho tiempo ; pero sospechar del marques de Cañete que tuviese parte en su muerte , le haria muy poco honor. Habia en las montañas otro hermano de Sayri-Capac , llamado Tupac-Amaru , á quien don Francisco de Toledo , virey entonces , quiso atraer ; pero él dijo que estaba contento en su asilo. Intentaron que le dejase por fuerza ; y el príncipe no hacia sino irse retirando mas lejos á lo interior de los Andes. Al fin , reflexionando que no podia estar oculto por largo tiempo , se puso en manos de los conquistadores , y le hicieron causa de haber robado á los mercaderes que pasaban por aquellos desiertos , y de haber tramado una liga con sus caciques para arruinar el gobierno español. El apeló de la sentencia al emperador y al gran Pachacamac ; pero no obstante le quitaron la vida , por mas que indios y españoles intercedieron en su favor.

De este modo se estinguió la familia imperial , y cesaron los alborotos del Perú. El virey don Francisco de Toledo fue llamado á España , y reprendido severamente por el mismo rey Felipe II. Quiso justificarse , suponiendo que merecia premio por haber librado á su nacion de toda inquietud , esterminando las reliquias de la casa imperial. Le

mandó el rey que se retirase, y le dijo: "Yo te elegí para ayudar á los infelices indios en su desgracia, no para ser el verdugo de los reyes." Dicho esto mandó encerrarle en una casa, en la que murió de pesadumbre.

Anteriormente no habia sido el Perú mas que un bosque y un vasto desierto: los habitantes una especie de brutos, sin religion ni gobierno, y destituidos de todas las artes necesarias á la sociedad: no sabian sembrar, recoger la cosecha, edificar, ni teger telas. Vivian en las cuevas de las rocas y los montes, manteniendose de yerbas y raices, ó de la caza y la carne humana: no tenian mas vestido que las hojas y cortezas de los árboles, ó las pieles de los animales. En una palabra, eran enteramente salvages. Las mugeres todas eran comunes, y á la manera de los brutos daban satisfaccion á sus deseos con el primer objeto que encontraban. Este es el retrato que hace Garcilaso de la Vega, siguiendo la relacion de los antepasados de su muger, que era de la casta de los Incas; y continuándole, segun estos se esplicaban, dice: "El sol, que es nuestro padre, se compadeció de la miseria de aquellas gentes, y las envió un hijo suyo y una hija, que instruyeron al pueblo acerca de su divinidad y del modo de darle la adoracion, y para formarle leyes y preceptos con que en adelante obrasen como criaturas dotadas de razon."

Despues de este primer milagro acaecieron otros, como se supone siempre en el origen de las naciones. Estos dos hijos, hermanos al mismo tiempo y esposos, recorrieron el mundo, instruyendose cada uno por su parte, y volvieron á reunirse en el Cuzco, haciendole capital de su imperio; y

cuando su padre el sol los estableció en él, les dijo: "Ya habeis enseñado á esos bárbaros á fabricar casas, á vivir en sociedad, á sembrar, á plantar árboles, á cultivar las plantas, pastorear ganados, y á servirse de ellos como personas civilizadas que deben hacer uso de su razon y de sus facultades. Ahora es de vuestra obligacion hacer que reinen la justicia, la piedad, la benignidad y la clemencia. Portaos con vuestros vasallos como los padres con sus amados hijos. Seguid el egemplo de vuestro padre el sol, que derrama sus beneficios por todo el universo, le da la luz y el calor, hace que prevalezcan los granos y crezcan los árboles, que se multipliquen los ganados, y refresca las tierras con el rocío que levanta y deja caer luego: que todos los dias, siguiendo su carrera, visita el mundo para descubrir lo que en él hay defectuoso, y remediarlo."

El buen Inca, padre de la muger de Garcilaso, que contaba todo esto á su yerno, hablaba despues como estático de los beneficios que sus mayores, descendientes del sol, en número de trece emperadores, derramaron sin cesar sobre los peruanos y las demás naciones comarcanas. "Jamás, añadió, tomaron aquellos príncipes las armas sino en utilidad de los pueblos; no obstante los subyugaban, los atraian á su reino, y de este modo se formaron un imperio tan vasto." Pero únicamente pretendian civilizarlos, instruirlos, é inculcar en ellos los principios de religion y de moral para que gozasen de la felicidad que experimentaban sus vasallos; mas por desgracia aquellas felices conversiones se compraron á costa de mucha sangre y de la desolacion que la guerra lleva con-

sigo á los pueblos vencidos; y así los habitantes de un pais, á quienes Yuparqui queria instruir, le dijeron: "Nosotros estamos acá contentos con nuestros dioses: estos han concedido á nuestros mayores el goce de la independenciam, y no tenemos motivo para mudar de esta especie de religion por otra fantástica con que el Inca sorprende la simplicidad de sus vecinos, y usurpa sobre ellos una autoridad tiránica." Otras naciones, situadas en un clima abrasado, queriendo este mismo principe persuadir las al culto del sol, le dijeron claramente que no querian reconocer al sol por Dios ni por su rey; "porque á nosotros, añadieron, la única divinidad que nos conviene es el mar, cuyas aguas nos refrescan y nos proveen de pescado para nuestro sustento; y quisieramos estar mas distantes del sol, cuyos rayos solamente nos sirven para hacernos padecer." A pesar de cuanto dijeron, los subyugó, y fue convirtiendo los unos y los otros.

Es preciso confesar que en cuanto es posible formar juicio por los pocos conocimientos que conservamos, el paganismo no presenta una religion tan sabia y con menos fanatismo que la de los peruanos. Su moral era benigna é insinuante: no se ve que tuviese prácticas violentas: su culto se dirigia al sol; y sus principales sacerdotisas, como eran doncellas jóvenes que se criaban en los templos, hacian agradables los ritos y ceremonias. Todo en las fiestas respiraba alegría, cánticos, danzas, elegantes adornos, ofrendas de flores y de inciensos en unos soberbios edificios revestidos de oro, y resplandecientes con la pedrería.

No tenian los peruanos mas escritura que los quipos, que eran como unas banderillas de diferen-

tes colores, por lo cual no han podido dejarnos claras descripciones de sus augustas solemnidades; y lo poco que sabemos se debe á la memoria del buen Inca, suegro de Garcilaso, que no podia acordarse de sus fiestas, ni de la gloria de sus mayores, sin experimentar un penetrante sentimiento. "Contengo mi llanto, dijo al concluir; pero si mis ojos no vierten lágrimas, no por eso está menos enternecido mi corazon con el dolor que le causan las calamidades de nuestro imperio y las desgracias de nuestros Incas." A la verdad, causa pena ver que una nacion tan poderosa no levantara ya mas que una cabeza humillada entre los escombros de su grandeza.

Los dos grandes imperios de Méjico y del Perú son sin duda las mas bellas joyas de la corona americana del rey de España; pero no son las únicas que la componen: pues ademas de muchas islas, si no posee toda la *California*, todo el *nuevo Méjico*, la *Florida*, y aun el *antiguo Méjico*, llamado la *Nueva España*, están sujetos á su imperio inmensos paises de todas estas regiones. La opinion de que las posesiones españolas en la América no son las mas bellas y mejores, es á un mismo tiempo falsa y verdadera, porque los territorios son tan varios como los climas. En algunos no se ven sino dilatadas llanuras, campos fértiles, abundantes pastos y praderas regadas de claros arroyuelos. Otros por el contrario no ofrecen á la vista sino áridos desiertos, lagos pantanosos, ásperas y escarpadas montañas, bosques inmensos tan antiguos como el mundo: en una palabra, se ve á la naturaleza en el estado mas rústico y selvático.

Aquí se abrasan con el calor del sol, allí se

huelan de frio; hasta los terrenos mas favorecidos están espuestos á plagas que debieran alejar de ellos al género humano. Tales son los frecuentes terremotos que afligen al Perú y á Chile, dos provincias limítrofes. Es verdad que hay señales diversas que los anuncian; porque se oye circular un ruido sordo en las concavidades de la tierra, brama el aire, y parece que vibra; los perros dan lúgubres ahullidos; las mulas y los caballos abren las patas y se quedan inmóviles; las aves vuelan como á pausas, y se las ve dar contra las paredes y estrellarse contra las rocas y los árboles como aturdidas; y entonces los hombres buscan su seguridad en la fuga; pero tal vez en vano, porque igualmente encuentran en el campo como en la ciudad (1) su sepulcro.

CALIFORNIA.

La California es una grande península, que hácia el Norte se junta con el Continente por una tierra poco conocida: la rodea el mar Pacifico que entre ella y el Nuevo Méjico forma el golfo que se llama el lago de California, ó el mar Bermejo. En el lago hay muchas islas, y lo poco que se sabe de lo interior de la California son noticias que nos dieron los jesuitas, que formaron en ella habitaciones, y nos dijeron que los que la habitan no son absolutamente salvages, antes bien tienen principios

(1) No puede menos de haber aquí ponderacion si se habla de lo que al presente sucede, cuando tomadas las providencias pasan infinitos años sin que nos vengan noticias de semejantes estragos sucedidos en Chile ni en el Perú.

de moral, y algunas opiniones con cierta analogía hácia el cristianismo, y una idea vaga de la Trinidad y de la Encarnacion, que no se sabe de donde la tomaron, pero que facilita su conversion á la religion cristiana; mas como esta no ha hecho grandes progresos, puede conjeturarse que los misioneros se lisonjaban con estas ideas como hombres fervorosos, que suelen dar á veces por existente lo que desean.

La lengua es la misma entre los salvages y la gente civilizada de la California. No conocen la escritura, ni cosa que supla por ella, como las pinturas de Méjico y los quipos del Perú. Los californios son bien formados, y apénas se ve uno que sea deformé. Tienen los defectos generales de los indios, que consisten en la insensibilidad, la indolencia y la pereza. Les parece permitido todo lo que les hace al caso. Allí no hay tributos; pero hay muchos mágicos sagrados, que son un equivalente á los impuestos. No tienen un soberano general; pero cada territorio tiene su gefe, que les dice adonde han de ir á pescar, á arrancar raices, á recoger los frutos; y que en caso de necesidad, se pone á su frente para hacer la guerra. Este gefe se elige á pluralidad de votos. Se distinguen entre ellos unos nobles que llaman *rencherías*, los cuales todos son entre sí parientes, á quienes tributan algun honor, pero ninguna autoridad.

Las habitaciones de los californios son tan pequeñas, que no pueden tenderse á la larga en ellas: los mas esmerados en comodidades las cubren con cañas, pero los demas las dejan descubiertas. Andan desnudos, á no ser que se cuenten por vestido las figuras que se graban sobre la piel; bien que las

mugeres se cubren algo mas que los hombres. Las ceremonias de su culto son tan ridículas, que no merecen ser referidas, y consisten en danzas hasta que se caen cansados, en gritos de locos, que para ellos son unos conciertos, en el humo del tabaco que se arrojan á las narices, y en ídolos deformes, representados haciendo gestos y de figura monstruosa como los de Méjico.

NUEVO MÉJICO.

El Nuevo Méjico está entre la Luisiana, el antiguo Méjico, y el lago de California. El terreno es fértil, rico en minas y madera de construccion. Los rios son muchos, pero los navegables no son mas que dos. Los naturales son afables, generosos, pacíficos; pero no se debe irritarlos, porque tienen valor, manejan la lanza, y se sirven del arco con mucha destreza. Van vestidos, edifican casas de piedra, y cultivan sus campos.

Cada tribu tiene su soberano; y por no juntarse todos en cuerpo de nacion, ha sido mas fácil subyugarlos. Los españoles no los hallaron distantes de abrazar la religion cristiana; pero rezelaban que, con pretesto de religion, los despojasen de la libertad, la cual estiman tanto, que cuando les han querido tocar en ella, han manifestado el mayor furor. Por lo demas, abandonan sns costas á los estrangeros, los cuales edificaron la ciudad de Santa Fe, centro de sus establecimientos. Como el pais es sano y agradable, deja la España que se pasen á él todos los años cierto número de familias pobres: conducta, á la verdad, muy prudente; porque, sobre ser un recurso para los necesitados de

la Europa, es el medio de ir comunicando sin violencia las artes, la religion, las ventajas del gobierno y las de la vida social.

FLORIDA.

La Florida está entre el golfo de Méjico, las montañas de los Apalaches, la Luisiana y el rio grande de Misisipi. La dieron este nombre, ó porque la descubrieron el dia de Pascua florida, ó porque ordinariamente alegra á los ojos la variedad de sus flores, que lisonjean el olfato con su perfume: ventajas que anuncian abundante germinación y grande fecundidad. En este hermoso pais habitan unos hombres y unas mugeres que no le afean, porque los hombres son robustos, bien proporcionados, un poco morenos, atrevidos, y constantes en sus empresas; en las mugeres no es fácil decidir qué es lo que mas admira en ellas, si la hermosura, el valor, ó la fidelidad á sus esposos. Entre ellas no es la desnudez vana ni vergonzosa. Dicen los españoles que los de la Florida engañan en el comercio, pero los que los acusan saben desquitarse.

Los de la Florida adoran al sol y á la luna como divinidades supremas; y tienen otras subalternas, de las cuales hacen ídolos. No les parece mal la religion cristiana, sino los vicios de algunos de los que la profesan. Sus poblaciones estan divididas en tribus, y tienen gefes llamados *parausquis*, los cuales son los únicos que pueden casarse con dos mugeres. Tienen allí grande imperio los hechiceros, los médicos y los sacerdotes de sus ídolos, los cuales afectan un aire muy grave, van vestidos de

grandes capas de pieles, son taciturnos y están reducidos á una vida austera. Los españoles tienen á la Florida en una especie de sujecion, con dos fuertes guarnecidos de artillería y bien guardados.

OTROS ESTADOS ESPAÑOLES.

La Nueva Castilla, la Nueva Granada, y otros muchos países, en una inmensa estension de terreno de la América meridional, llevan en estos nombres, por decirlo así, la librea española que les vistieron sus conquistadores. No se conoce el centro, porque puede decirse que los jesuitas fueron los únicos que penetraron mas adelante en ellos, y que sin verter sangre ganaron mas imperio sobre los naturales, que todos los soldados españoles. En el centro de estos países se encuentran bosques habitados de grande número de indios, que se refugiaron allí huyendo de los europeos. Algunos antiguos peruanos llevaron allá sus ritos y costumbres. Sus padres salian de los palacios; pero ellos salen ahora de las cavernas cuando el sol empieza á iluminar el mundo para saludarle con cánticos, y ofrecerle incienso. Viven como hermanos, acordándose tristemente del estado de sus mayores; respetan á los ancianos; se dan la enhorabuena cuando alguno nace; se alegran en los casamientos, y lloran en los funerales.

La Nueva Castilla es como el lazo de las otras posesiones españolas meridionales, que no corresponden al Perú. En ellas no es el aire sano ni agradable, porque reina allí un calor sofocante y una funesta humedad; pero hay mucho oro. Están los naturales muy distantes de una perfecta suje-

cion, y tal vez no la tendrán jamas; porque son valerosos y constantes, y cuando se ven estrechados, se retiran á las fortalezas inexpugnables que les ha dispuesto la naturaleza. Los puertos de la Nueva Castilla están en el mar del Norte; pero pudieran comunicarse por el Darien con el mar del Sur; y supuesto que las costas de estos mares tienen ciudades españolas, indicaremos las principales.

Portobelo es muy mal sano, y tanto que los animales que transportan allá, se enflaquecen á pesar de los pastos. Es el punto de reunion de los galeones; y de *Panamá*, ciudad bien fortificada, y residencia de un gobernador, se llevan los tesoros de que han de cargarse. *Cartagena*, centro de un gran comercio, tiene buenas fortificaciones, y muchos habitantes ricos; en su puerto tocan los galeones. *Santa Marta*, situada sobre el rio grande, ha caido mucho de su opulencia desde que no entran los galeones en este rio. *Hacha*, *Venezuela*, *Maracaybo*, *Cumaná*, ciudades de lo interior, con otras muchas que no nombramos, solo pueden llamarse ciudades respecto de otras poblaciones de aquel país, y por tener algunas fortificaciones, pues las hay tan pequeñas que no pasan de cien casas.

Quito puede ser que sea la ciudad que está en el parage mas alto del mundo; allí se respira el mejor aire, y envian á ella los enfermos para que recobren su salud. Ademas de esta ventaja tiene la fecundidad; pues se goza en ella de una perpetua primavera, ó de un otoño sin interrupcion, que vale mas. Al lado del boton que va creciendo brilla en el mismo árbol la flor que se va abriendo,

y la que ya se marchita y cae para dejar su lugar al fruto. En la misma llanura empieza el trigo á levantarse, mas adelante ya tiene espigas, y mas léjos ya está maduro y llamando al segador. *Cuzco*, la antigua capital del Perú, no ha degenerado de su esplendor; pero *Lima*, que es su émula y la nueva capital, sobre no ser menos magnífica, la escede en el comercio, que con motivo de la vecindad del mar es muy activo. En esta ciudad reside el virey, y las cercanías de Lima son muy deliciosas. Lo contrario sucede en el *Potosí*; no hay aspecto mas triste, porque es una montaña árida, estéril y áspera, en donde no se hallan frutas, yerbas ni plantas; pero encierra en su seno las minas mas ricas del universo, y se tienen por inagotables.

EL PARAGUAY.

Entre las posesiones españolas y portuguesas está el Paraguay, pais inmenso, que antes se hallaba cubierto de bosques, pero que la cultura luego hizo fértil. En aquellas selvas tan antiguas como el mundo, andaban errantes con los tigres, osos y leones, y vivian como bestias, familias que solamente se encontraban para destruirse; pero los jesuitas se atrevieron á penetrar hasta sus guaridas; y á costa de cuidados, trabajos y peligros de toda especie, reunieron como unas cincuenta familias, á las que, con la religion, comunicaron el gusto de las virtudes sociales. Los miembros de estas familias llegaron á ser una especie de misioneros, que llamaron á otras á experimentar el nuevo género de vida, ponderando sus dulzuras y uti-

lidades: de suerte, que ya en el estado floreciente de esta mision, vivian sujetas á aquellos padres mas de cuarenta mil familias.

Se les censuraba aquella dominacion esclusiva; que sus indios no conocian otra autoridad que la suya; que los tenian secuestrados de los españoles y de los portugueses con tanto cuidado como guarda un zeloso á su muger, y un avariento su tesoro; y se hacia reparable que les hubiesen enseñado las evoluciones militares, á hacer la pólvora, á fundir cañones, y á ponerse en un estado respetable de defensa. Aquellos indios eran laboriosos, buenos padres, esposos fieles con hijos dóciles, arreglados en sus costumbres, iguales en la riqueza, sin pobreza ni lujo, socorridos en sus enfermedades, alegres, contentos y felices; pero sobre todo muy afectos al sacerdote, que llamaban el padre por escelencia, sin conocer otro gefe. A los pueblos los llamaban *doctrinas*; y un historiador dice, que allí se hacia todo como en una familia; pues se cultivaban los campos en comun, se depositaba el producto en almacenes, y se distribuia á proporcion de las necesidades. Todos los dias por la mañana y al anocheecer llamaba el sacerdote á los muchachos á toque de campana á rezar, y ninguno podia faltar á oir misa; por cuyo medio no podia el padre menos de saber los enfermos que habia para llevarles socorros y consuelos. Siempre tenia abierta, para los que le iban á consultar, su casa, que era muy grande, porque en ella se tenian todas las juntas. "Los matrimonios, dice este autor, se celebran en domingo para autorizarlos mas, y en la exhortacion hace memoria el padre de cuanto ha pasado en la semana; alaba, repre-

de, impone tambien penitencias, y reconcilia públicamente á los que por algunos prontos impensados estaban separados entre sí; y de este modo reina la paz, la pureza de las costumbres, y amor verdaderamente fraternal.”

BRASIL.

El Brasil, que confina con el Paraguay, aunque es la posesion única que tienen los portugueses en la América, equivale á otras muchas por su fertilidad, riquezas y estension. Cuando llegaron á él los portugueses estaban los naturales divididos y en guerra declarada; y esto facilitó el buen éxito de su empresa á los estrangeros. Dicen que los del Brasil eran antropófagos, ó que comian carne humana; pero esta horrorosa propiedad no está bien probada, y debe sernos agradable no creerla sino cuando es imposible dudarla. El autor que refiere esta atrocidad dice tambien que hay endemoniados que tienen conversacion con el diablo, que él los vió y los oyó, y que aquellos pueblos no tienen gobierno alguno, siendo así que reconoce en ellos reyes, generales y caciques; que no tienen policia alguna, sin embargo de que tienen leyes, y entre otras la del Talion; que no conocen religion, siendo así que concede sacerdotes y la creencia de premios y castigos despues de la muerte; que no tienen idea de que el alma sobreviva al cuerpo, y al mismo tiempo dice que en las sepulturas ponen provisiones para el viage. Estas contradicciones me hacen creer que, ó los del Brasil son poco conocidos, ó que han atribuido á lo

general de tan dilatada nacion las opiniones que son particulares de algunos territorios.

Estos pueblos son de hombres de buena talla, con bellas facciones, tienen el cabello largo y negro, y la tez de color de cobre; y siendo así que están colocados en la misma latitud que los negros que viven en la otra costa del Océano atlántico, son enteramente diferentes en el color, figura y costumbres. Los brasilerenses son infatigables en la carrera, caminan de dia y de noche sin detenerse para sorprender al enemigo á doscientas leguas de distancia; pero, á la verdad, debe admirarnos mucho que puedan aborrecerse desde tan lejos. De este pais sacan los portugueses el palo de tinte, añil, ambar, resina, bálsamos, índigo, tabaco, jaspe, oro, diamantes, hermosas conchas, cristal, esmeraldas, y azúcar en grande abundancia. No se olvidan los golosos de sus deliciosas confituras, ni las damas de las plumas, porque son las mas hermosas del mundo.

En un parage, rodeado de bosques y montañas inaccesibles, existe una una república llamada San Pablo por el nombre de la ciudad, que está en el centro; y se compone de españoles, portugueses, criollos y negros que, por la mayor parte, tienen contra sí la presuncion de ser fugitivos del castigo. Despues de haber vivido por largo tiempo sin órden y sin leyes, han conocido ya la necesidad de algun gobierno, y este es puramente democrático. Aunque se tienen por independientes de Portugal, pagan, sin embargo, un ligero tributo. Apenas pasan de cuatro mil, y su capital es muy aseada y de buenos edificios; pero no permiten estos republicanos que ninguno entre en su tierra, ni le dejan sa-

lir de ella; y así no se sabe lo que allí pasa, sino por los negros que algunas veces se les huyen. Nos quieren persuadir que cerca del Brasil hay una república de amazonas, y que el grande rio que la rodea ha tomado de ellas este nombre. De estas guerreras se ha hablado en Asia y en Africa; tambien se habla de ellas en la América; pero tanto se encuentran en una parte del mundo como en otra.

LA GUAYANA.

Los holandeses pensaron en apoderarse del Brasil; y rechazados por los portugueses, se establecieron á un lado, en la Guayana. A fuerza de trabajo han hecho habitable aquel terreno bajo y pantanoso. Lo mas difícil fue abrir avenidas por entre los bosques para dar paso á las corrientes del aire. Su capital es *Surinam*, de que dependen algunas islas fecundizadas con la industria.

Tambien los franceses han puesto el pie en la Guayana, y han colocado el pueblo principal de sus establecimientos en la *Cayena*, isla formada por el rio de este nombre en su embocadura, y tiene como doce leguas de bojeo, y muchos lugares bien poblados. Aquí se han dado con buen efecto al cultivo del café y á las cañas de azúcar. Así los franceses como los holandeses tienen la perspectiva de un establecimiento inmenso en *Tierra-firme* siempre que quieran internarse en aquellas selvas; y avanzando por una y otra parte los colonos de la Guayana y los habitantes del Paraguay, podrian con el tiempo darse la mano.

POSESIONES INGLESAS Y FRANCESAS.

Las posesiones inglesas y francesas en la América han pasado tan á menudo de una mano á otra, que deben ser comprendidas bajo una denominacion comun. Se estienden estas posesiones por toda la costa del mar, desde poco mas acá del rio Misisipi, hasta poco mas allá del rio San Lorenzo. En este espacio están la *Virginia*, la *Nueva Escocia*, la *Nueva Inglaterra*, el *Canadá* y muchas islas grandes. Entrandose tierra adentro, contienen mas ó menos á los europeos las naciones salvages; y segun se hallan con mas ó menos fuerzas, se retiran ó acercan. A diferencia de los bárbaros, de quienes hemos hablado, á estos no es la ganancia ni el deseo de robar lo que los induce á arrojarse sobre los establecimientos europeos, sino casi siempre la venganza, y una especie de rabia contra las nuevas poblaciones, mirandolas como usurpadoras de sus antiguos dominios. Esta misma rabia ha tomado fuerzas, y ha llegado á ser un medio de destruccion por la mala política de ingleses y franceses, los cuales, siempre en sus querellas, han buscado la alianza de los salvages unos contra otros, les han provisto de armas, los han enseñado á manejarlas, y algunas veces se han puesto á la frente de sangrientas expediciones, sabiendo que el fin habia de ser la matanza de los prisioneros despues de muchos tormentos que estremecen á la naturaleza.

Algunos de los aventureros que han ido á las riberas de estos salvages á probar fortuna, como solo buscaban refugio contra la necesidad, y asilo

contra las persecuciones y alborotos de su patria, se han dedicado por necesidad al cultivo de las tierras; y así han hecho en poco tiempo florecientes aquellas colonias.

VIRGINIA.

La primera parte de la dilatada ribera que los ingleses ocuparon se llamó *Virginia*, para lisonjear á la reina Isabel, que á fuerza de mostrarse muy zelosa en conservar la reputacion de virginidad, ha conseguido hacer dudosa la suya. Abordaron allí en 1611, y los habitantes dieron á entender mucha sorpresa, pero ninguna intencion de hostilidad. Los hallaron cubiertos de medio cuerpo abajo con pieles de animales, y armados de flechas, de una especie de picas de madera endurecida al fuego, con su escudo en el brazo, y un género de coraza de mimbres. Reconocen un rey y castas nobles. Ambos sexos se pintaban la cara y el cuerpo, se adornaban con collares de conchas, de perlas, de patitas de pájaros, segun los medios y fantasía de cada uno. Hombres y mugeres eran de hermosa talla, y de facciones regulares, aunque un poco morenos. Las mugeres iban mas cubiertas que los hombres; las doncellas mas adornadas que las casadas, y mas cuidadosas de llevar el cabello graciosamente trenzado. Las casadas se le cortaban por delante, y se ponian una especie de rosario en forma de corona. Los ancianos y los sacerdotes iban vestidos de pieles mas finas, y cuidaban mucho de llevar arrastrando la cola del animal como divisa de distincion.

Ademas de los sacerdotes, cuyas funciones aun

no están bien conocidas, tenían hechiceros y adivinos, que era entre ellos gente de gran crédito. Así los hombres como las mugeres tenían grabados en la espalda unos caracteres que indicaban el tiempo y lugar de su nacimiento, su familia, sus dignidades y á qué príncipe pertenecían. La divisa de la soberanía eran cuatro flechas. No ha podido saberse la significacion de otros caracteres por haber en ellos mucha variedad. Como no conocían el hierro, suplían la falta de este metal con piedras, que ellos hacían muy cortantes, y por medio de conchas que aguzaban.

Al ver la sencillez de sus instrumentos, admiran las obras que hacían con ellos: derribaban los árboles mas gruesos, se servían del fuego para ahuecarlos y hacer canoas, y sabían manejarle con tanta destreza, que asaban la carne en parrillas de madera sin echarlas á perder. También entendían de alfarería, y sin torno alguno formaban las mugeres con su mano los jarros con mucha gracia. Sus guisados, en los cuales mezclaban raíces y pescados con la carne, hubieran sabido bien á los europeos, si no estuvieran acostumbrados á la sal y á las especias. Eran hábiles y diestros pescadores con caña, con flecha y cestos; cada uno adelantaba sobre las invenciones de los otros; y en este punto la misma emulacion producía mucha variedad. Los virginios eran generalmente sobrios, y por esto vivían largo tiempo.

Hoy practican lo mismo que hacían cuando los descubrieron. Su grande diversion es reunirse hombres y mugeres al rededor de una grande hoguera, para aullar canciones y hacer un ruido espantoso meneando unas calabazas llenas de gui-

jarritos; y esta fiesta se verifica principalmente á la vuelta de una expedicion feliz. Tambien celebran otra cuyo origen no se sabe. Al tiempo señalado acuden todos de muy lejos: los hombres se colocan al rededor del círculo que forman las mugeres: estas tienen en medio á las tres doncellas mas hermosas agarradas de las manos, en la actitud que los antiguos daban á las Gracias, y marcan con los pies el compas que regla la danza general; pero nunca estas juntas se acaban sin un convite.

Sus casas consisten en estacas clavadas en el suelo, y cubiertas con esteras: detras tienen los huertos, y todo de ordinario está cercado con una empalizada. Este conjunto forma las aldeas y aun lugares, que por lo grandes podian llamarse ciudades. Siempre hay en el medio una cabaña mas alta, y cubierta de estera mas fina, que sirve de templo; pero la idea que han formado de la divinidad, se limita á la que tienen de sus ídolos, los cuales son de madera, y tan horribles, que parece los hacen á propósito para infundir miedo. Solo en los funerales se advierten con distincion los egercicios de los sacerdotes, porque estos son los que guardan los muertos, y oran continuamente por ellos. Sus habitaciones son los sepuleros, los cuales consisten en unos poyos de nueve ó diez pies de alto, y en ellos están tendidos los cadáveres descargados de la carne, pero tan esactamente cubiertos con la piel, que apenas se advierte que los han disecado. El cultivo principal es el del tabaco y el maiz, y cada uno tiene su campo separado. Entre ellos no está en uso la poligamia, y el sitio destinado á los matrimonios es lugar sagrado.

Me he dilatado un poco sobre las costumbres

de estos salvages, por ser todas las de aquellas naciones septentrionales las mismas poco mas ó menos; y al paso que hable de ellas notaré la diferencia. Lo que diremos de la Virginia, debe mirarse como una cosa comun á todos los establecimientos ingleses, salva la distincion ocasionada por circunstancias particulares. Los ingleses llegaron, como hemos dicho, á aquellos paises distantes, huyendo de los alborotos de las guerras civiles del tiempo de Cárlos I: dejaron su patria para no volver á ella, y con resolucion de buscar otra nueva en que fijarse para siempre. Su primera ocupacion fue la sustentadora agricultura; y por esto les dieron el nombre de plantadores, que hoy tienen, y que indica los primeros propietarios de aquellas colonias. Los salvages, á quienes fueron retirando insensiblemente estos nuevos huéspedes, cedieron el lugar, mas no sin defender algunas veces sus antiguas propiedades. No hallando los colonos auxilio para sus trabajos en los habitantes que huian, hicieron llevar negros; y con el subsidio de sus brazos sacaron de su cultivo un sobrante que enviaban á la metrópoli, con la que, por los lazos de parentesco y amistad, conservaron correspondencias; y de este modo se estableció un comercio lucrativo, menos brillante, pero mas seguro, que el del oro, como que la subsistencia importa mas que el lujo. Al principio se formaron sus leyes estos colonos; pero sobreviniendo la disension por la diferencia de sentimientos, fueron á buscarlos en su asilo los alborotos de que habian huido. Unos se quedaron afectos á la autoridad real, por mas que parecia haberse abatido con la cabeza de Cárlos I: otros se declararon por la república, y por Crom-

wel su protector. Estas disensiones, juntas con los ataques de los naturales ; que no las ignoraban y se aprovecharon de ellas , pusieron muchas veces en gran riesgo á la colonia. Peleaban todos con furor : ni los salvages ni los ingleses daban cuartel; y aunque estos eran los mas fuertes por la calidad de las armas y la destreza militar , perdian mucho en la asolacion de sus campos , que eran su mayor riqueza. Pretendieron pues con las mas vivas diligencias hacer treguas , siendo siempre la principal condicion que los salvages se retirarian mas allá ; y de este modo sacaban ventajas de la misma guerra.

Viendo el rey de Inglaterra que la colonia era ya alhaja importante, la nombró gobernador; y como era plaza lucrativa , la solicitaron los primeros señores , y hallaron el medio de sacar su ganancia sin trabajo , quedándose ellos en la corte, y enviando un teniente. Se quejaron los colonos, y se les respondió: "Que conociesen su interes; pues era mucho mejor para ellos tener al lado del rey y de los ministros un protector permanente, y mucho mas cuando tenian en caso de urgente necesidad un teniente que le supliese." Tuvieron que pasar por estas razones ; pero se advierte que casi desde el origen hubo siempre en Virginia una semilla de descontento contra la Inglaterra , y un motivo de division entre la madre y la hija.

NUEVA INGLATERRA.

La Nueva Inglaterra , que está mas al Norte que la Virginia , la frecuentaron los ingleses antes que á esta. Pintar los progresos de su estableci-

miento, su aumento, su odio contra los salvages, y las variedades de su gobierno, sería repetir lo que hemos dicho de la Virginia; y así solo advertiremos, que las discusiones en punto de religion han sido mas vivas y animadas que entre los virginios. Se retiraron allá muchos puritanos despues de la muerte de Cromwel; y con sus ideas de mayor perfeccion, llegaron á la intolerancia. Empezó entre ellos mismos la division. La eficacia de la gracia, la fuerza de los méritos, punto y materia que cuanto mas trataban menos sabian conciliar, acaloró los espíritus, y sobre todo las cabezas de las mugeres. Arrastraron estas á sus maridos, y se juntó una especie de senado. Los que no se contentaron con su decision, se retiraron á Rhode-Island: la poblaron, la cultivaron, y establecieron un comercio considerable. De este modo una de las mas bellas partes de las colonias inglesas se hizo floreciente á costa de las disensiones en materia de religion, entre los mismos que están separados de la Iglesia.

Los ingleses, que tanto murmuran de la Inquisicion, que en ninguna parte es cruel, atiendan á lo que ha pasado en la Nueva Inglaterra, y verán que entre ellos han sido mas sanguinarios los errores que la defensa de la verdad entre los católicos. No vemos que haya habido razones políticas para proscribir de la nueva Inglaterra á los cuakeros, como pudieran haber sido intereses de comercio, y el temor de que se les atravesase un negociante mas industrioso, ú otros motivos semejantes. No hubo mas que un odio verdadero de la falsa teología; y así en la ley publicada sobre este punto se verá la causa con que les hicieron

padecer la mas sangrienta persecucion. Dice pues: "A todo cuakero, á quien por primera vez, despues de haberle desterrado, se vea en la Nueva Inglaterra, se le condenará á cortarle una oreja y ponerle en la casa de correccion, aplicándole á duros y penosos trabajos hasta que se le pueda embarcar á su costa. La segunda vez se le cortará la otra oreja, y se le encerrará igualmente. Si es muger será cruelmente azotada y enviada á la casa de correccion. La tercera vez á hombres y á mugeres se les pasará la lengua con un hierro ardiendo, y se les encerrará hasta que se les embarque á su costa."

No me pasma que los fanáticos sean al mismo tiempo crédulos; lo que admira es que los mismos fanáticos hayan creido en hechiceros. Pero entre los perseguidores vemos un gobernador, unos ministros puritanos y unos magistrados, á cuya vista se daban los tormentos mas erueles, para que las infelices mugeres confesasen que habian hechizado á otras. Sobre la deposicion *de los espíritus* mandaron ahorcar á muchos; y hubo juez que cansado de presidir estas sangrientas egecuciones, no queriendo continuar en su ministerio, fue acusado como cómplice, y se vió en la precision de salvarse huyendo. Acusaron á un hermano seyo de que habia atravesado por el aire á caballo en su perro para ir á la brujería: ya le tenian condenado, y le costó mucho evitar la muerte; pero quitaron la vida á su perro. Pasariamos en silencio las noticias de tan bárbara demencia, sino importára que hallen los hombres en la historia eemplares que les inspiren horror á la persecucion. Sepan pues que fueron acusadas casi doscientas personas; que de



El perro brujo.

Tanta llegó á ser y tan grosera la superstición de los puritanos en la nueva Inglaterra, que acusado un hombre de que habia atravesado por el ayre montado en su perro, fue condenado á muerte; y aunque le costó mucho evitarla, se executó la pena en su perro. Muchos y grandes necios se conocen entre las gentes sin letras; pero ninguno de estos lo es tanto, tan perjudicial y ridículo como los falsos teólogos.



estas encarcelaron á ciento cincuenta; que condenaron á muerte á veinte y ocho, y que en veinte se verificó la egecucion.

MARILAND.

El país de Mariland, vecino de la Virginia, siempre ha estado bastante tranquilo. La colonia de Nueva Yorck, en que se hallan Long-Island y otras muchas islas, ha dado que hacer á la metrópoli para su gobierno, y fue necesario mudar y renovar sus privilegios. La Nueva Jersey fue en su origen el refugio de todos los disidentes, tanto católicos como cuaqueros. En ella está la famosa ciudad de *Boston*. Por último, la Nueva Escocia, ó la Acadia, pasó de los franceses á los ingleses, que en el día la poseen, y por ella han avanzado al Canadá. No debe admirarse que esta bella provincia, espuesta á sus invasiones, y sin mas auxilios que los que iban de Francia, haya caido en manos de los ingleses, los cuales reparaban fácilmente sus pérdidas, y proveían con abundancia á las necesidades de sus egércitos, por tener tan cerca el recurso de sus colonias.

TERRANOVA.

La isla de Terranova, que, por decirlo así, domina al rio de San Lorenzo, disputada entre franceses é ingleses, pertenece por último á estos. Entra este rio en el mar por una embocadura de treinta leguas, en la que halla otras muchas islas, que tambien han sido disputadas por ambas naciones europeas; pero las fortalezas que edificaron los

franceses, y entre otras la de Luisburgo, han caído sucesivamente en manos de los ingleses. Terranova es mas importante por su situacion que por sus producciones. Está cubierta de bosques, y tiene como trescientas leguas de bogeno. Es estremado allí el calor en el verano, é insoportable el frio en el invierno. Sus naturales son pequeños, pero de mucho nervio: la estraordinaria anchura de sus caras sorprende á primera vista: no se les ve un pelo de barba; son astutos y traidores, y nunca piensan restituir lo que han robado; bien que esto no es propiedad particular de solos los habitantes de Terranova.

El gran Banco, que se puede llamar el imperio del *bacallao*, dista poco de la isla; y podrá tener trescientas leguas de largo sobre ciento de ancho. Viene á ser una montaña debajo del agua, cuyas cimas son desiguales. Es increíble la multitud de bacallaos que allí se pescan. Cuando estos pescados se van acercando á esta especie de punto de reunion, se carga el aire de una niebla tan fria y densa, que apenas le puede penetrar el sol; y al mismo tiempo la isla de Terranova, que está inmediata, goza de un cielo sereno y puro. Este fenómeno es una dificultad para los naturalistas. De esta pesca, beneficio de la Providencia, participan ingleses, franceses y holandeses, aunque á veces procuran prohibirse mutuamente su disfrute.

CANADÁ.

El Canadá fue llamado la Nueva Francia; pero ya no pertenece á Francia. Aquí se descubre otro estado de cosas. No formaron esta colonia los plan-

tadores. Los franceses, subiendo por el rio San Lorenzo, hallaron unos salvages cubiertos de pieles finas, que trocaban gustosos por las bagatelas de los aventureros; y estos avanzando siempre hácia lo interior de las tierras, de donde les traian tan preciosas pieles, procuraron elegir lugares de descanso y de refugio, de los cuales partian para ir mas léjos, y adonde se retiraban cuando eran perseguidos. A esta precaucion deben su origen las ciudades de Quebec y de Mont-Real, que están en la ribera del rio grande, y las poblaciones colocadas en la orilla de otros rios mas pequeños.

La actividad de los franceses no les permitia esperar siempre en esta ciudad el producto de la caza de los salvages; y así tomaron por diversion ir á las fatigas y peligros de los cazadores, con cuyo motivo hicieron descubrimientos muy distantes. No les fue posible mezclarse en los egercicios de los naturales del pais sin tomar interes en sus guerras; y los canadienses deseaban singularmente la alianza de estos estrangeros por sus armas de fuego; pues la naciones que podian llevar en sus filas algunos arcabuceros contaban por segura la victoria.

Los nombres de los principales pueblos conocidos que habitan aquellos vastos paises, cubiertos de bosques, cortados por muchos rios, ó inundados de grandes lagos, son estos: *Algonquinos, Iroqueses, Hurones, Natches, Esquimales, é Ilineses*. Todos estos son diligentes, ágiles é infatigables como buenos cazadores. Tienen el oido tan fino, la vista tan perspicaz, y el olfato, segun dicen, tan vivo, que aplicando á las narices la yerba que han pisado, dirán de qué nacion es el que ha pasado por allí. Estas ventajas les sirven de mucho

en las guerras de unos contra otros; porque todas las hacen por sorpresa, y su fin principal es hacer prisioneros. La conducta que observan con ellos presenta contrariedades difíciles de conciliar, porque los acarician y los atormentan, los adoptan y los matan. La relacion de esto nos ha venido de un testigo ocular.

A un gefe iroqués le hicieron prisionero los hurones, y estos en su junta convinieron en presentársele á un antiguo gefe de su nacion para que reemplazase á un sobrino que habia perdido en la guerra, ó dispusiese de él á su voluntad. Luego que cautivaron al iroqués le golpearon, le hirieron, le quemaron, y le cortaron dos dedos. El gefe de los hurones viéndole en aquel estado, le dijo: "Sobrino, no puedes imaginar el gozo que he sentido por saber que quieres reemplazar gustoso al sobrino que he perdido. Ya te tengo dispuesta una estera en mi cabaña; y para mí sería grande satisfaccion vivir contigo en paz el resto de mis dias; pero el estado en que te veo me precisa á mudar de resolucion. Los males que padeces deben hacerte insoportable la vida, y creo que te haré un gran servicio en abreviar su duracion. Valor, querido sobrino, disponte para hacernos ver que eres hombre, y que sabes sufrir toda especie de tormento." Despues de esta arenga revistieron al prisionero de los mas bellos vestidos, y le sirvieron los mas delicados manjares: le cuidaba mucho la hermana del sobrino á quien iba á reemplazar: le dieron por compañera una doncella jóven y hermosa, y le pasearon con gran pompa por las aldeas. Cuando volvieron á traerle, el tio anciano le puso su misma pipa en la boca, y con bondad paternal

le enjugaba el sudor que humedecía su rostro.

Llegó el día de la última ceremonia: dió el tío una gran comida, hizo el sobrino los honores, y al fin se levantó y dijo á los concurrentes: "Hermanos, aquí estoy pronto á morir, divertios al rededor de mí; pero creed que yo no temo la muerte ni los tormentos que me quereis dar." Entonó una cancion, y acompañandole todos los guerreros, le llevaron á la *cabaña de la sangre*. Allí volvió á empezar su cancion de muerte. Le ataron á un poste, le cercaron los jóvenes encargados del suplicio, exhortandoles un gefe á portarse bien, y á llevar despacio los tormentos para que fuesen mas largos y mas crueles. A su presencia dieron destino á todos sus miembros: á tal lugar un brazo, á tal otro, y á tal la cabeza. El lo oia con gran frescura. Empezó la egecucion, encendieron hogueras al rededor de su persona, le aplicaron hierros encendidos en los parages mas sensibles, le desgarraron, le hicieron tajadas, y él todo lo sufrió sin mostrar señales de dolor, hablando de los asuntos de su nacion, como lo haria en su casa y en medio de su familia.

Empezaron estas barbaridades al anochecer, y se prolongaron por toda la noche, pues tienen por cosa importante que el sol ilumine su muerte, y así que se ve el sol le dan el golpe mortal. Le cortaron los miembros para llevarlos á sus destinos, y echaron en una caldera el tronco del cuerpo para hacer un convite. En todas estas naciones es punto de honor y una especie de religion ostentar aquella insensibilidad incomprendible, y un desdeñoso desprecio, no solo de la muerte, sino tambien de los tormentos mas horribles. Para aque-

llos salvages nada es la ganancia respectõ de la fama. Proponia un gobernador frances á un gefe de los hurones el rescate de los prisioneros iroqueses que habian hecho; y él respondió con altivez: "Yo soy guerrero, y no mercader. No dejé yo mi cabaña para traficar, sino para pelear; si tienes deseo de esos prisioneros, llévatelos, pues yo bien sé en donde puedo tomar otros, ó morir." Esta alternativa se funda en que cuando salen de sus cabañas para alguna expedicion, no pueden, so pena de pasar por cobardes, volver á ella sin llevar prisioneros.

Aquellos pueblos hacen sus tratados con toda la solemnidad de que son capaces. Esta es la descripcion que nos hacen de las ceremonias de una paz jurada entre los algonquinos, los hurones, los iroqueses y otras naciones á presencia de un gobernador frances, que hacia de mediador. En medio de la asamblea habia un espacio señalado con una cuerda, el cual era el lugar destinado á la accion de los oradores. Estaban sentados los diputados de las naciones guardando respetuoso silencio. Entró el orador iroqués cargado de tantos collares como artículos se contenian en el tratado, y dirigiendo sus palabras al gobernador, á quien por honor, y por una especie de adopcion, dió el nombre de algun hombre insigne de su nacion, le habló en estos términos: "Ovonthio, abre tus oidos á mi voz. Todos los iroqueses hablan por mi boca; mi corazon no alimenta sentimientos malos, y mis intenciones son puras. Queremos olvidar las canciones de guerra para cantar solamente cánticos de alegría." Despues de este principio sublime en su simplicidad, entonó una cancion, que continuó el





El Iroqués.

En el congreso de paz entre varias naciones del Canadá presidia un frances. Lo era tambien un prisionero de los que el representante iroqués devolvía; y este, poniendo al presidente un collar, le dixo: Este da la libertad á tu súbdito; y luego con dulzura le afecó el mal trato dado por él á sus Iroqueses. ¡Qué humillacion para el europeo, verse justamente reconvenido de dureza por uno de los que llamamos salvages!

coro de sus compatriotas. Entre tanto se paseaba con viveza el orador en el circo; se paraba de repente, miraba fijamente al sol, daba una patada, se retorcia los brazos, y hacia diferentes contorsiones, que debian ser relativas á los sentimientos que la cancion espresaba.

Entre los prisioneros que los iroqueses restituian habia un frances; y el orador, tomando un collar, se le echó al cuello al gobernador, y le dijo: "Padre mio, este collar da la libertad á tu súbdito." Despues le hizo una reconvencion amistosa sobre que, enviando á su patria ciertos prisioneros iroqueses, no habia cuidado de su seguridad, y habian corrido riesgo en el camino. "Yo, dijo, no me he portado así con este que te entrego, antes bien le dije: Sobrino, ven conmigo; pues quiero llevarte á tu familia, aun con peligro de la vida." Habia ido colocando los demas collares en la cuerda que formaba el recinto, como emblemas cada uno de los artículos del tratado. Uno indicaba la libertad de la pesca y caza; otro prescribia las precauciones que habian de tomarse para visitarse sin riesgo; otro anunciaba las fiestas que se celebrarían en regocijo de la alianza; otros anunciaban la voluntad de restituirse recíprocamente todos los prisioneros, el deseo de verlos llegar, y el recibimiento amigable que tendrían. Algunas veces no esplicaban los artículos con palabras, sino con unos ademanes muy espresivos.

La caza es la principal ocupacion de los salvages del Canadá. Persiguen á unos animales para sustentarse con su carne; á otros por las pieles finas, y tal vez por ambas utilidades. El *Elan* es una especie de ciervo mucho mas corpulento que los

nuestros, de carne muy sana y delicada; su piel es fuerte, ligera y de abrigo. Este se vuelve contra el cazador que le ha herido, y es un animal de los mas vivos que se conocen. Tiene por enemigo al *Carcajú*, el mas perezoso y lento de los cuadrúpedos, que para cogerle le está acechando subido en los árboles de los bosques, y dejándose caer sobre el Elan como una pesada mole, le asegura con todas cuatro patas montado sobre el espinazo, y por mas esfuerzos que haga el Elan, le devora el *Carcajú*. Los ciervos ordinarios y búfalos son muy comunes. Las pieles de lobos, martas, armiños, ratas del bosque, ratas de olor y ardillas son muy estimadas. Tambien hay un animalito que, cuando le persiguen, suelta una agua que infesta el aire por un cuarto de legua en circunferencia. (1)

El animal mas curioso de esta parte del mundo es el *Castor*. Es del tamaño de un perro grande; su figura por delante es de cuadrúpedo, por detras casi de pescado. Se advierten en él una propension decidida á la sociedad, inclinaciones pacíficas, apetitos moderados, horror á la carne y á la sangre, y el arte de construir obras cuya hermosura, grandeza y solidez suponen un instinto, que pareceria inteligencia si tuvieran la industria de variar. Los castores, á veces en número de trescientos, suelen reunirse para construir sus habitaciones de invierno al fin de Julio. Si hallan aguas mansas como las de un estanque, que siempre conserva su nivel, se establecen en la orilla. Sino encuentran mas que aguas corrientes, construyen una calzada para sostenerlas á la misma altura, con desaguaderos que ellos disponen, y forman un es-

(1) El Hediondo.

tanque. Se han visto calzadas de cien pies de largo sobre diez ó doce de grueso en la basa.

Hecha esta obra pública, á que todos concurren, se dividen los castores en compañías para edificar las habitaciones particulares, que son unas casitas construidas sobre estacas á la orilla del estanque, algunas veces de dos ó tres altos, desde cinco hasta ocho pies de altura; y tienen dos salidas, una hácia tierra para salir á buscar ramas de árboles, cuya corteza es su alimento, y otra hácia el lago para echarse fuera al menor susto. Tambien tienen mas arriba del agua una ventana para dar luz á lo interior, todo bien revestido, impenetrable al agua, y con el mayor aseo. Los instrumentos con que el castor derriba gruesos árboles, y los dispone para su destino, son dos dientes muy duros con que corta y sierra, y las uñas muy fuertes de sus patas, dispuestas en forma de manos, que le sirven para dirigir aquellos árboles de modo que caigan en el agua. Su cola aplastada, oval, y cubierta de escama, que tendrá un pie de largo, una pulgada de grueso, y cinco ó seis de ancho, le sirve para acarrear sobre el agua la mezcla desleida, y es el único instrumento con que la bate y consolida. Tambien le sirve de timon, y nada vigorosamente con el auxilio de las membranas que tiene en las patas de atras. De la misma agua hace suficiente apoyo para retener contra la corriente los árboles que arroja en ella para sus fábricas.

Concluyen los castores sus trabajos á fines de Setiembre, y pasan el invierno con su familia multiplicándose. Los machos dejæn las hembras por la primavera; van de cuando en cuando á ver lo que

pasa en la cabaña; pero no hacen mansion en ella. Ellos son los que hacen y preparan las provisiones de maderos para el invierno, y las madres se quedan dando de mamar y criando sus cachorrillos; y en estando estos ya fuertes, llevan la familia á tomar el aire, la regalan con peces, cangrejos y cortezas frescas. Vuelve la sociedad á juntarse en otoño, si no hay que hacer en su establecimiento mas que algunos reparos; pero si alguna inundacion, ó cualquiera otra desgracia, ha hecho considerable daño en el dique y las cabañas, se juntan antes.

Cuando los salvages no necesitaban las pieles del castor mas que para sí, se contentaban con los que cogian cazando en el bosque; pero desde que son objeto del comercio y del lujo, acometen á toda la sociedad entera, rompen los diques para llegar mas fácilmente á las cabañas, y destruyen las poblaciones. Estos pacíficos colonos se han retirado mas al Norte por librarse de tales violencias; pero aun allí los persiguen los cazadores. Ya viene á ser rara la especie, y es de temer que muy presto falte absolutamente.

Por ciento y cincuenta años se han hecho franceses é ingleses funesta guerra en el Canadá; y han tenido la desgracia de hallar allí dos naciones tan enemigas entre sí como ellos. Estas son los hurones y los iroqueses, sin contar con otros pueblos menos numerosos, cuya enemistad han avivado ellos mismos, multiplicando de este modo la matanza.

La importancia de la colonia del Canadá cuenta su data desde 1668. La Francia, que hasta entonces la habia despreciado, pensó en hacerla floreciente, y envió allá nobles de pocos bienes, dán-

doles tierras con el título de señoríos: de suerte que, con mediana industria, llegaron á poder vivir como caballeros. Los soldados se hicieron plantadores y colonos; los oficiales fueron grandes propietarios; y desde luego el ardor frances dió nuevo aspecto á la colonia. Se entregaron con emulacion á la industria y al trabajo; pero duró poco esta actividad, porque los franceses, desde que pudieron subsistir honradamente, no trabajaron mas; y entonces adquirieron las colonias inglesas una superioridad conocida.

De las dos colonias nos ha dejado un frances esta comparacion. "En la Nueva Inglaterra y otras posesiones inglesas se ve una opulencia de que no hacen uso los que las poseen. En la Nueva Francia se percibe una verdadera pobreza, pero oculta con un aire de grandes conveniencias. El plantador inglés junta riquezas, pero privándose de todo gasto inútil. El frances del Canadá goza con desahogo de cuanto ha adquirido, y tal vez hace ostentacion de lo que no tiene. El primero trabaja para su posteridad; y esta es en la que menos piensa el segundo, abandonándola á la pobreza y desamparo en que él se ha visto, y dejándola el cuidado de pasar como pueda." Debe desearse que de la mezcla de la parsimonia inglesa y del descuido frances se forme en el Canadá un carácter nacional igualmente distante de ambos extremos. Se cedió el Canadá á la Inglaterra por el tratado de París en 1763, habiendo costado á la Francia, en nueve años de guerra, ciento veinte y dos millones quinientas y noventa mil libras.

LA LUISIANA.

Si los franceses pudieran figurarse los trabajos que pasaron sus mayores, y cuanta sangre ha costado adquirir algunos rincones de tierra en la Luisiana y mantenerse en ellos, se alegrarian de la resolucion que ha tomado la Francia de abandonar tan desgraciada colonia. Desde 1560 en que entraron, no ha habido dia en que no hayan peleado con los salvages mas crueles, con los españoles, y los ingleses envidiosos de esta posesion. Lo mismo ha sucedido con una parte de la Florida, adquirida con no menos sangre y trabajos; pero ya han abandonado la Florida á los ingleses, y la Luisiana á los españoles.

El objeto de los franceses, cuando fortificaron estas colonias, era enclavar las posesiones inglesas entre los grandes lagos que están á la parte opuesta, y los dos rios Misisipi y San Lorenzo. Tambien podian proporcionarse una especie de dominacion sobre el golfo de Méjico por la Luisiana y la Florida; y siendo limitrofes de los ingleses y los españoles, tener entre estos la balanza; pero estos motivos políticos, buenos para la América, han tenido que ceder á otros que preponderan en Europa. Han cedido los franceses estas dos colonias, cuando su valor y paciencia tenian ya subyugados á los antiguos habitantes; y cuando (pase por elogio ó reprehension) casi los habian destruido á todos, y entre otros á los natchets, que son los mas bárbaros, y por cuyas costumbres puede juzgarse de las de las otras naciones.

Hay apariencias de que los pueblos de aquel

vasto país, que se cree estenderse por el Norte hasta el Asia, sino por tierras contiguas, á lo menos por islas, todos tienen el mismo origen. Sus idiomas, aunque diferentes, se semejan mucho entre sí; sus costumbres no varían sino en cosas de poca importancia: la crueldad con los prisioneros es la misma, porque á todos los atormentan y los comen. Por lo general son bien formados, y sus mugeres paren con tanta facilidad que no se meten en la cama hasta haber ido por sí mismas á lavar sus niños en el rio, aunque muchas veces sea preciso romper el hielo. La almohada en que descansa la cabeza del niño en la cuna no levanta mas que el colchon; y así la cabeza, como que descansa por igual, se queda aplastada y no redonda. Le atan para que no se caiga; pero siempre le dejan libres el pecho y el vientre. Nacen blancos; pero las frecuentes unturas, en las cuales entra mucho el encarnado, los ponen de color de cobre. Tienen por indispensable el untarse para hacerse ágiles, y endurecer la piel contra la picadura de los mosquitos.

Padre y madre cada uno cria su sexo; y es su autoridad tan respetada, que el título mas honorífico que pueden dar es el de *padre*; mas en esto no son pródigos, y por consiguiente, cuando llaman padre á alguno, le conceden en esto la mas segura salvaguardia. Todos los dias se bañan, aun en el tiempo de mayor frio; y las doncellas nadan como los muchachos. El trabajo del gobierno de la casa carga sobre las mugeres, porque los hombres se ocupan en la caza, en la pesca, en cultivar y edificar; para todo esto se unen entre sí, y lo toman por diversion. Los niños de ambos sexos se van

acostumbrando desde la mas tierna edad á llevar cargas, cuyo peso se les va aumentando á proporcion que van creciendo; y de este modo, en la fuerza de la edad llevan algunas veces tanto peso que pasma.

Los ancianos son los depositarios de la tradicion; pero no la comunican á los jóvenes: y aun entre los hombres hechos solo admiten al conocimiento *de las antiguas palabras* á los que se han distinguido por su juicio y prudencia. Ellos tienen idea de un ser supremo, al que llaman *el grande espíritu*; el cual tiene á su disposicion otros espíritus, siempre prontos para egecutar sus órdenes. Dicen que el aire está lleno de otros espíritus perniciosos, y así los invocan aquellos pueblos para no ser objeto de su malevolencia; les hacen ofrendas, y se imponen en su honor largos ayunos, en cuyo tiempo se retiran de sus mugeres. Muchos de ellos no tienen ídolos en sus templos; pero mantienen vivo el fuego con ciertos ritos y ceremonias que dan á entender que le miran como sagrado. Allí todo hombre es sacerdote y médico.

No se repara en la familiaridad de los dos sexos, como las solteras no tengan hijos, y así son muy hábiles en procurar el aborto. Ganan el dote con su galantería; pero una vez casadas, cesan los amores inconstantes y entra la fidelidad. La poligamia y el divorcio son muy raros. Las cabezas de familia son como los ministros del casamiento, y la ceremonia con que se celebra tiene una sencillez que enternece.

La familia de la futura esposa la lleva con silencio á la cabaña del joven, y ya encuentra ordenada delante de la puerta á la familia de este,

la cual la recibe con aclamaciones á que ella corresponde. El anciano de la familia de la doncella es introducido en la cabaña , donde encuentra al anciano de la familia del jóven, el cual dice al que entra : ¿Con que estás acá? y el otro responde : sí: pues siéntate , replica el primero ; y luego se quedan en silencio como quien medita lo que va á hacer. Se levantan despues , y dicen á los dos jóvenes: Acercaos acá; y les hacen un discurso sobre las mutuas obligaciones del matrimonio. Traen los regalos , y dice el mozo á la doncella : ¿Quieres recibirme por tu esposo? y ella responde : con todo mi corazon ; ámame tanto como yo te amo, que yo no amaré á otro hombre jamas. La hace el mozo su presente diciendo: Yo te amo y te tomo por muger ; aquí está lo que doy para comprarte. Entonces él se pone sobre la oreja izquierda una pluma de ave y una ramita de encina , para significar que está dispuesto á recorrer los bosques con la rapidez de un pájaro , para proveer de caza á su muger y á sus hijos. En la mano derecha tiene un arco y flechas en señal del empeño en que está de defenderla. La muchacha tiene en una mano una rama de laurel , y en otra una espiga de maiz que su misma madre la presenta. El laurel significa que será siempre afable y aseada ; y el maiz que tendrá cuidado de preparar la comida para su marido. La presenta el jóven la mano derecha diciendo : Yo soy tu marido ; y ella responde : yo soy tu muger. El jóven y los parientes de su nueva esposa se dan la mano , y lo mismo hace la novia con los parientes de su marido en señal de la union de las dos familias. A presencia de todos los concurrentes , cuyo aspecto da un aire respetable y au-

gusto, muestra á su muger la cama, y la dice: Mira nuestra cama, mantenla en buen estado, y cuidado con no profanarla jamas. El resto de aquel dia se pasa en convites, danzas y regocijos. Allí, por lo general, tratan á las mugeres con amor y atencion, como que tienen voto en la sociedad.

Los salvages están repartidos en tribus; pero los nombres solo de los que se conocen desde los Estados europeos hasta el Norte, caminando hácia las fuentes de los grandes rios, ocuparian una lista larguísima. No es fácil, ó por mejor decir, es imposible particularizar las costumbres de aquellas gentes, porque en cada una hay de bueno y de malo; hay singularidades y estravagancias. Unas tienen reyes electivos, otras hereditarios ó simples gefes, que á un mismo tiempo tienen á su cargo la guerra y la policia. Aun las mugeres no están escluidas en algunas partes de estos empleos. Con poca diferencia se halla esta mezcla entre los natches, que es una de las naciones mas poderosas entre las de la Luisiana y la Florida.

El gefe principal, dicen los que han vivido con ellos, se llama *Sol*, como entre los hurones y otros muchos; y no es el hijo del antecesor, sino el de la parienta mas cercana, á la cual llaman la *Muger gefe*; y aunque esta no se mezcla en el gobierno, no dejan de tributarla grandes honores. Esta y el gefe tienen derecho de vida y de muerte; y cuando los súbditos se llegan á ellos ó se retiran, tienen que saludarlos por tres veces con una especie de aullido, y no pueden volverles las espaldas. Debe presentárseles lo mejor de la caza, de la pesca y del botin. Al salir el sol se llega el gefe hasta la puerta de la cabaña, y así que le ven, se pos-

tran y aullan respetuosamente tres veces; le presentan una pipa, envia al sol las tres primeras fumadas, y con otras tantas perfuma el Norte, el Poniente y el Mediodia. No conoce mas que al sol, y supone que de él trae su origen.

Cuando mueren el principal gefe ó la muger gefe, todos sus criados tienen que seguirlos al sepulcro, y lo miran como grande honor. No queda privado de este mismo el marido de la muger gefe; porque es costumbre que su hijo mayor le ahogue con un cordel. Hacen de cuanto hay en la cabaña una especie de trono, sobre el cual ponen los cadáveres de los dos esposos, y la primera ofrenda es la de doce niños, que su padre y su madre deben ahogar por su mano. Se sigue una procesion fúnebre; pero que afecta gozo y alegría. Van en medio catorce personas de ambos sexos, sacrificadas á la muerte; pero deben aparentar contento. Cada una lleva un cordel al cuello, y los dos cabos van en manos de dos hombres cada uno á su lado. Mientras colocan los dos cadáveres en la sepultura se van desnudando las víctimas. Entonan los parientes una cancion, y á esta señal son ahogadas todas á un mismo tiempo, y echándolas en el hoyo, le llenan al punto de tierra.

Entre los natches á nadie sino al gefe principal se permite la poligamia. Las doncellas de familias nobles, que se llaman *hijas del Sol*, no se casan sino con hombres del pueblo; pero bien cara pagan estos infelices la honra que les hacen; porque si ellos son infieles pueden quitarles ellas la vida, y contra ellas no hay el mismo derecho, pues toman cuantos amantes quieren sin que pueda quejarse el esposo. Este observa en su presen-

cia un respetuoso continente, y jamas come con ella; reduciéndose todo el privilegio que logra con esta alianza, á estar exento del trabajo, y tener sobre los criados alguna autoridad.

Se estremece el alma cuando piensa en los terribles tormentos que estas naciones, por costumbre general, hacen sufrir á sus prisioneros de guerra. La insensibilidad que muestran las infelices víctimas de esta ferocidad, admira tanto, que algunos han llegado á imaginar que los salvages de estos paises tienen los sentidos mas obtusos, padecen menos, y en una palabra, que no sienten el dolor que los europeos; pero no se percibe causa para que sus nervios y el principio de la sensacion sea en ellos menos irritable. Lo mas puesto en razon es que la fuerza del egemplo y de la preocupacion no les permite quejarse; porque se deshonorarian si se les escapara un suspiro, y esta deshonra redundaria en la de su nacion. Esto basta para que tengan la fuerza de mandar á sus sentidos exteriores, y de arreglar sus espresiones. Ello es un fanatismo; pero no hay opinion que, en llegando á este punto, no consiga que todo se haga y que todo se sufra.

Cuando los españoles y los franceses se disputaban en la Florida el derecho del primer ocupante, un capitan frances, llamado Rivaldo, pidió á los españoles una conferencia. Se acercó un soldado solo al pequeño destacamento frances, sacó de las filas á Rivaldo, y le dijo con grande gravedad: "¿Obedecen los soldados franceses exactamente las órdenes de sus comandantes? Sin duda, respondió Rivaldo; y replicó el español: pues no te admires de que yo obedezca á la orden de mi general." Y

al mismo tiempo le atraviesa con un puñal el corazón. Al punto se vió rodeada toda la escolta , que se componia de protestantes ; ahorcaron los españoles á todos los soldados , y pusieron esta inscripcion: *No como franceses , sino como hereges y enemigos de Dios.* No vengó Cárlos IX. esta atrocidad ; pero sabiendo el suceso un caballero gascon , llamado Dagoargués , sin embargo de ser católico , juró vengar á sus compatriotas. Vendió toda su hacienda ; hizo un pequeño armamento compuesto de soldados valientes ; llegó á la Florida , acometió á los españoles , les tomó el fuerte , y los hizo ahorcar á todos , poniendo este rótulo : *No como españoles , sino como traidores y homicidas.* Semejante epitafio , proclamado á la frente de los egércitos , valdria para la seguridad de los prisioneros tanto como un cartel de cange.

CAROLINA , GEORGIA , PENSILVANIA.

La Carolina y la Georgia tomaron el nombre del rey Cárlos y del rey Jorge. La Pensilvania le tomó de Guillermo Pen , su primer propietario. Estas tres provincias , que vienen á ser cuatro , porque la Carolina se divide en dos , están en el clima mas feliz , enriquecidas con todos los bienes de la naturaleza ; y aunque son las últimas que han habitado los europeos , se han poblado prodigiosamente en un instante , por la afluencia de los estrangeros de todo culto , secta y religion , que en ellas han sido recibidos , como son franceses , alemanes , holandeses , suecos , dinamarqueses , ingleses é irlandeses.

Guillermo Pen era de buena familia; fue almirante de Inglaterra en tiempo de Cromwel; y despues igualmente estimado y empleado reinando Cárlos II. Consiguió de la corona grandes posesiones en los confines de las Carolinas, y todavía las aumentó con las que adquirió de nuevo, pagándolas á los indios. Allí recibió á cuantos le pidieron tierras. Este anciano almirante era de la secta de los *independientes*; crió á su hijo en los mismos principios, y de este modo le dispuso á adoptar la secta de los cuakeros, que son los hombres mas independientes y mas tolerantes. Viéndose dueño de la herencia de su padre, franqueó como él el pais á todos los no conformistas. Los cuakeros, que se hacian fastidiosos por su obstinacion en tutear á todo el mundo, en no saludar á nadie, y en no vestir como los otros, acudieron en tropel, y se hallaron muy gustosos en un pais en donde cada uno podia libremente obrar, hablar y rezar como quisiera. Así ellos como los otros hallaron tan favorable el suelo de aquel pais, y prosperaron tanto, que la colonia que habia empezado en 1618 con dos mil personas que llevó Guillermo Pen, tenia ya trescientas mil en 1748. La capital es *Filadelfia*, una de las ciudades mas regulares del mundo, cortada en ángulos rectos, y colocada en la orilla del rio Delaware, que lleva los navíos de cuatrocientas toneladas hasta el pic de una calzada magnífica.

El deseo de libertad llevó tambien á Pensilvania unos sectarios, que se llaman *los Hermanos Moravos*, por haberse formado su secta en la Moravia, y que perseguidos allí, se habian refugiado en grande número á la Inglaterra, en donde no

los miraban con mejores ojos que á los cuakeros. Pasaron algunos á la América; y hallando los pensilvanos en ellos mucha conformidad con sus principios, los recibieron gustosos; por lo que sucesivamente fueron pasando como uos mil y quinientos; y algunos de ellos se hacian trizas, por decirlo así, con el fin de hacer una vida mas perfecta.

A diez ó doce leguas de Filadelfia vivia un ermitaño alemán, que habia puesto su ermita en el sitio tal vez mas delicioso de la naturaleza, entre dos montañas, una de las cuales le abrigaba contra el Norte, y en la orilla de un hermoso rio, con dos vistas muy agradables. Descubrieron los moravos aquel retiro; y encantados de ver la vida sencilla que hacia su compatriota, de su amor al trabajo, con que se socorria en todas sus necesidades, y de su devota conversacion, se resolvieron á vivir con él y á imitarle.

Al rededor de la celda del ermitaño se fue formando una ciudad llamada Efrata. Todos los ejercicios, así los del trabajo como de religion, se hacen allí como en un claustro. Los habitantes llevan las utilidades de su industria al tesoro comun, y de este se proveen de lo necesario para el público y para el particular. Las mugeres solamente en la iglesia, y cuando se delibera sobre asuntos públicos, se ven con los hombres. Cada uno tiene su casa, su piececita para meditar y recibir lo que ellos llaman inspiraciones del espíritu. A estos ermitaños los llaman Dunkaros, tal vez por el nombre de su fundador. A los jóvenes que se casan les dan ciertas yugadas de tierra con todo lo necesario para ponerse en su casa. Estos neófitos no

se apartan de Efrata sino lo menos que pueden, y envían á esta ciudad los hijos para que allí reciban su educacion.

Su trage consiste en una ropa larga de sarga blanca para el invierno, de lienzo blanco para el verano, con una capucha pegada á la túnica, la cual llevan ceñida con un cingulo de la misma tela; debajo llevan una camisa de lienzo grueso. Los hombres se visten calzones largos, las mugeres van con enaguas, y esta es toda la diferencia. Los dunkaros se mantienen de solos vegetales, porque dicen que el comer carne no conviene á un perfecto cristiano. Esta sobriedad los tiene muy flacos. Lo poco que cuidan de sí mismos, y el dejarse crecer los cabellos y la barba sin aseo alguno, les á da primera vista un aire asqueroso; pero el que conoce su hombría de bien pronto se reconcilia con su figura. Duermen sobre una tarima, y no gastan mas almohada que un saquito de lana.

Este pueblo ascético tiene en un mismo recinto lo que es indispensable para las necesidades de la vida, esto es, molinos de harina y aceite, fábrica de papel, y aun imprenta; y todo lo hacen por sí mismos. Las mugeres escriben bien, y algunas pintan y decoran agradablemente sus habitaciones. Tienen su iglesia con el mayor aseo; y aun hay entre ellos hombres que no dejan de tener conocimientos en las ciencias. Administran el bautismo por inmersion, y solamente á los adultos; pero ¿de qué les sirve si no creen que el pecado original ha pasado á la posteridad de Adan, y tratan de absurdo este artículo de nuestra fe? Estos hombres reprenden la violencia aun cuando la dicta la defensa natural. Segun ellos, vale mas dejarse en-

ganar y despojar, que tener pleitos, y observan exactamente los sábados.

Así los hombres como las mugeres predicán en la iglesia sin mas preparacion que levantarse y hablar. El asunto de sus sermones es regularmente la práctica de la caridad, de la humildad, de la templanza y de otras virtudes cristianas. Niegan la eternidad de las penas de la otra vida, y dicen: que las hay sin duda, pero que son de duracion limitada para los que no quieren creer en Jesucristo; y para que todos puedan participar de la felicidad eterna, dicen tambien que las almas de los cristianos muertos están ocupadas en convertir las almas de los infieles, que no tuvieron proporcion para conocer el Evangelio. Los dunkaros, dejando aparte la falsedad de sus dogmas, admiran con la vida piadosa, con la paz, concordia y afecto recíproco; y todos pueden fácilmente ser testigos de sus virtudes, porque egercen la hospitalidad con una cortesanía que no tiene igual, y su regla les prohibe recibir por ello paga alguna.

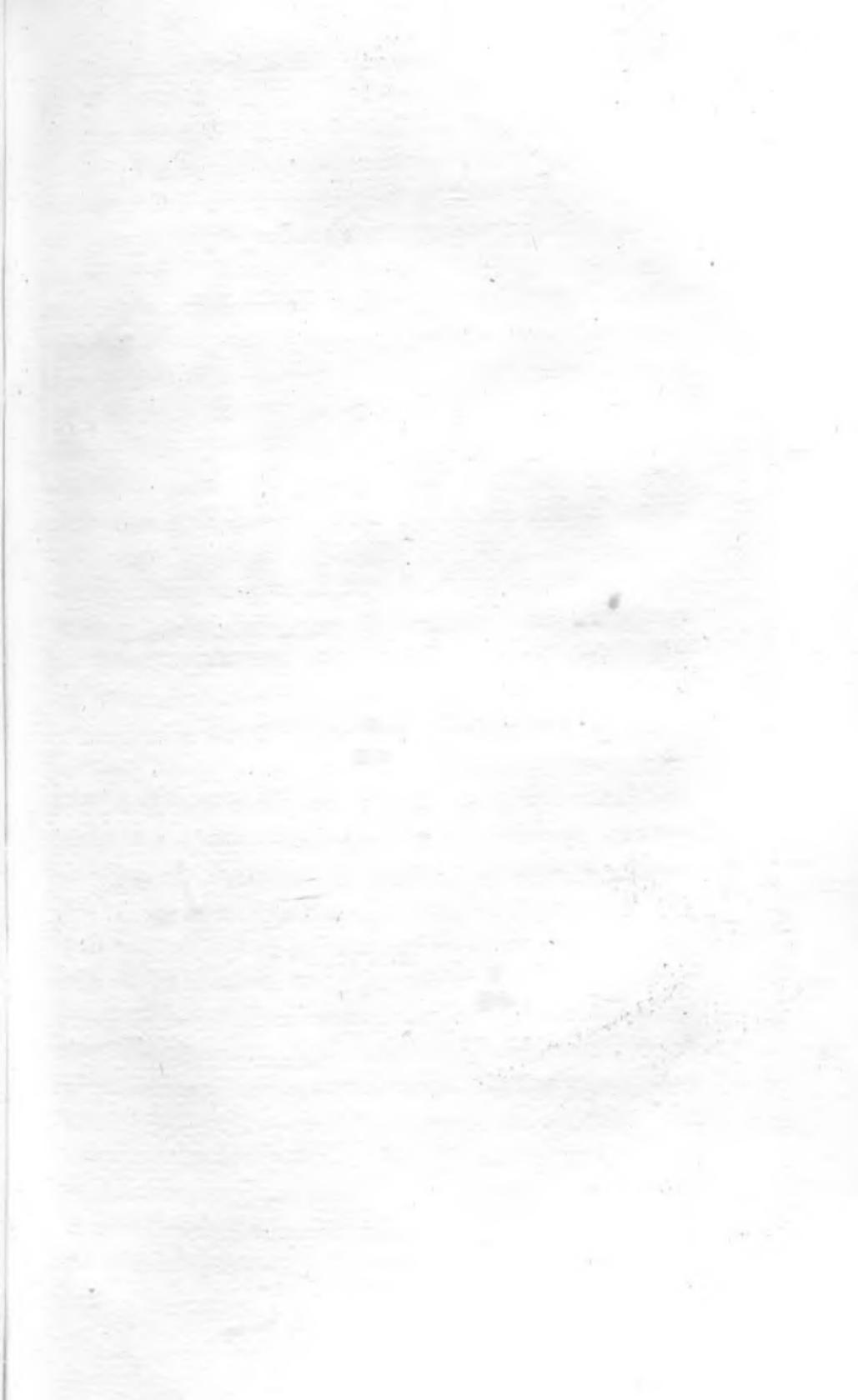
ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Trece paises son los que forman los Estados-Unidos. *Nueva-Hamphire, Massachussetsbay, Rhode-Island, Concecicut, Nueva-Yorck, Nueva-Jersey, Pensilvania, Delaware, Mariland, Virginia, Carolina Septentrional, Carolina Meridional y Georgia.* Sabemos ya que estas provincias fueron poblándose de hombres de todos reinos y de toda especie de religion. Tambien debió preverse que no estando unidas á su metrópoli con el lazo del afecto, segun fuesen creciendo en riquezas y habitan-

tes, como que ya entonces no necesitarian de su socorro, habian de venir á parar en estar prontas para separarse y hacerse independientes.

En la Nueva Inglaterra nada se ha verificado de lo que regularmente ha causado las revoluciones en el mundo antiguo, porque allí nadie ultrajaba la religion ni las leyes. Allí no se vió derramar en los cadahalsos la sangre de los ciudadanos; nadie, como en una corte corrompida, insultaba las costumbres; ni se habian ridiculizado los modales, los usos, ni otros objetos favoritos del pueblo. El poder arbitrario no habia arrancado al habitador del seno de su familia ni de la sociedad de sus amigos para dar con él en el horror de un calabozo. No se habia invertido el orden público, ni cambiado los principios de administracion; y siempre eran los mismos los del gobierno. Todo, en fin, se reducía á saber si la metrópoli tenia ó no derecho para gravar con algun impuesto directo ó indirecto á las colonias.

Esta cuestion, que ya se habia ventilado privadamente, cuando en diferentes ocasiones habia usado de este derecho la Inglaterra, se controvertió mas abiertamente y con mas calor en 1764, con la ocasion del acta llamada *del Sello*, que prohibia que se admitiese en los tribunales título que no estuviese escrito en el papel sellado, que se venderia á beneficio del fisco. Apenas se publicó esta acta, cuando las provincias inglesas del Norte de las Américas mostraron su indignacion contra esta servidumbre fiscal, y de unánime consentimiento renunciaron al uso de cuanto las proveia la metrópoli mientras esta no retirase el bill opresor. Las mugeres fueron las primeras que se sujetaron á no





Los Anglo-americanos.

Obstinado el Ministerio inglés en que sus colonias americanas pagasen cierto impuesto sobre el té, renunciaron ellas al uso de esta yerba; y negándose en Bóston los negociantes á recibirla, quemaron también quanta les habia quedado; principiando así la guerra que para siempre arrancó del dominio inglés aquellas provincias. No sacrificar algo á tiempo suele ser medio para perderlo todo.

gastar géneros de Inglaterra, é hicieron el sacrificio de cuanto las servia para sus adornos; y así el lino, la lana y el algodón groseramente trabajado se compraban al precio que antes costaban las telas y estofas mas finas. Los hombres, por su parte, dejaron el arado, la vara de medir y la pluma para aplicarse en los talleres á aquellos ramos de industria, propios para la guerra, que tenian por inevitable si el bill no se revocase.

En 1767, á los dos años de movimientos y negociaciones, revocó la Inglaterra el acta del papel sellado; pero reemplazandole con impuestos sobre otros diferentes objetos, y principalmente sobre el te, que los americanos sacaban de solo la metrópoli, sin el cual creia que no podian pasar. A solicitud de los americanos se consiguió tambien quitar en 1770 las imposiciones, cuyo producto no habia podido la Inglaterra percibir; pero esta se obstinó en dejar el impuesto sobre el te, y continuaron los colonos en eludirle, hasta que en 1773 mandó el ministerio de Inglaterra que absolutamente se cobrase.

Para no obedecer, renunció solemnemente todo el nuevo-mundo ingles al uso de esta yerba; no quisieron recibirla los negociantes á quienes iba dirigida; se declaró enemigo de la patria á cualquiera que osase venderla; fueron notados de malos patriotas los que la conservaban en sus almacenes, y quemaron cuanto te les habia quedado, siendo así que hasta entonces habia sido su mayor delicia. El te que habia enviado Inglaterra se valuaba en cinco ó seis millones; pero no desembarcaron una sola caja. *Boston* fue el teatro principal de esta sublevacion, y sus habitantes destruyeron

en 1774, en el mismo puerto, tres cargamentos de te que llegaban de Europa.

Las primeras descargas de su resentimiento las dirigió el gabinete de san James contra esta ciudad, y salió del parlamento un bill prohibiendo que se desembarcase en Boston cosa alguna, ni tampoco se sacase. Habia creído el ministro que se apresurarian las provincias á aprovecharse de la desgracia de Boston para establecer su comercio sobre la ruina de esta ciudad, y que de este modo se destruiria por sí misma la coligacion que habian formado entre sí; pero sucedió todo lo contrario. Las otras colonias se declararon abiertamente por la parte oprimida. Empezó la contienda por un encuentro entre las tropas reales y algunas milicias, que se iban juntando cerca de Boston en 1775; y la sangre inglesa, derramada tantas veces en Europa por mano de los ingleses, regó tambien los campos de América declarada la guerra civil.

Los ingleses se descuidaron en dar desde luego un gran golpe con que hubieran disipado la liga. No tenian mas contrarios que labradores, mercaderes y jurisconsultos, egercitados todos en las artes de la paz, y que eran llevados á la guerra por unos gefes tan poco versados como ellos en la ciencia de los combates; pero dieron tiempo á aquellos nuevos soldados para que se hiciesen aguerridos. Tuvieron los americanos la fortuna de hallar y de poner á su frente un hombre prudente y sagaz, que supo aprovecharse de los recursos de la localidad, un Wasington, que viendose con tropas, que necesitaba asegurar, mas se atrincheró que peleó; y mientras presentaba al enemigo fortificaciones respetables, y este creia que iba á defenderlas, él

levantaba otras mas atras, á las que se retiraba despues de una ligera defensa, cuando veia dudoso el buen éxito. De este modo iba cansando á las tropas inglesas con largas marchas, y gastandolas con pequeños combates, los cuales siempre venian á ser ventajosos para él, aun cuando perdia; porque él reclutaba fácilmente, al paso que para el enemigo todo era ruina casi irreparable.

Al mismo tiempo que los Estados-Unidos sostenian con el hierro su independencia, la proclamaron á la faz de todo el universo en 4 de Julio de 1776, con proposiciones muy semejantes á las que parece copiaron luego los franceses en los principios de su revolucion, ponderando por menor los agravios del gobierno ingles; el cual pudiera haber conocido que el rompimiento era irremediable, y mucho mas cuando vió que á los que tenia por rebeldes los ayudaba y los habia reconocido en 1778 por independientes y soberanos una nacion tan poderosa como la Francia. Ya entonces se fijó la victoria bajo las banderas republicanas; y hasta dos egércitos ingleses se vieron precisados á rendir las armas.

Se hicieron la guerra con una ferocidad que infama y deshonra á los que tuvieron la culpa; pues amontonando unos sobre otros á los prisioneros americanos en el navío el Jersey en la rada de Nueva-York, arrojaron al mar hasta once mil en tres años. Los mismos ingleses, despues de una derrota, dejaron encerrados en un corral á los prisioneros sin alimento alguno, y perecieron allí muchos de frio y hambre. Tambien se dice que contra las reglas de la guerra, procuraron hacer sus armas mas perniciosas y mortales. Por último,

siempre se leerá con indignacion esta cláusula de la carta de un general al ministro ingles: "Tengo la satisfaccion de participaros que en la ciudad de Esopas no he dejado piedra sobre piedra."

La venganza que tomaron de los ingleses los americanos fue salir con su intento. Ya han consolidado aquellas provincias la recíproca alianza; y formado una república federativa, en la que, conservando cada colonia lo que ha querido de su primer gobierno interior, concurre al bien general, enviando dos diputados al consejo soberano, que siempre está junto, y se llama *el Congreso*. Este decide de la paz y de la guerra, arregla la hacienda, y sanciona las leyes de interes general despues que cada provincia ha prestado su consentimiento.

Los Estados-Unidos han abrazado una constitucion cuyos principios son tomados de las mejores fuentes antiguas y modernas. Algunos publicistas la tienen por un modelo de sabiduría y prudencia, á pesar de que se advierten algunos defectos que dejan en ella la señal de la flaqueza humana. "De este modo, dice un autor, aquel mundo, que nuestra imaginacion ni aun buscaba tres siglos hace, que cayó en nuestras manos con todas las señales de una tierna organizacion, y como en la infancia de la especie humana, se enriqueció de repente con la esperiencia del antiguo mundo, envejecido en todas las revoluciones de la barbarie y de la civilizacion; y ahora nos ofrece el contraste de una sociedad perfecta en un suelo todavía rústico y selvático." Ya la Inglaterra reconoció la independencia de los Estados-Unidos en 1782, habiendose concluido la revolucion con una guerra de siete años.

BAHIA DE HUDSON.

La *bahía de Hudson* es un gran golfo del mar del Norte, al septentrion de la América y hácia el Polo ártico. La recorrió Hudson, piloto ingles, en el año de 1607, buscando por allí paso desde el mar del Norte al mar del Sur. Por cualquiera parte que se estienda la vista por aquellas riberas, no percibe mas que tierras que se niegan al cultivo, rocas escarpadas que se levantan hasta las nubes, separadas por despeñaderos profundos, y estériles valles donde jamas penetra el sol, y que se hacen inaccesibles por las nieves y los hielos. Allí se hielan los lagos hasta doce pies de profundidad; allí acarrea el mar témpanos de hielo de mil y quinientos y de mil y ochocientos pies de espesor, que del fondo de los golfos arrancan los vientos con su violencia. Las tempestades son frecuentes; y aquellos enormes pedazos de hielo, que andan á discrecion de las olas de aquel Océano, ponen á los navíos en el mayor peligro. Allí no están las aguas líquidas ni libres sino desde el mes de Junio hasta fines de Setiembre; porque entonces ya se va aumentando el invierno por grados hasta el mes de Mayo. En Diciembre no se ve el sol sobre el horizonte mas que cinco horas de las veinte y cuatro.

Aunque las paredes de las casas, construidas por los europeos para alojamiento de los que se quedan de un año para otro, son muy gruesas y las ventanas estrechas y guarnecidas de contraventanas; por mas que se encienden grandes hogueras y se procura calentarlas con calentadores cer-

rados, para que el calor se reconcentre cuando ya no quedan mas que las ascuas encendidas; con todo eso las paredes, las camas y los muebles se cubren de hielo producido por el vapor del resuello y la transpiracion, y algunas veces hay que quitar cada dia hasta tres pulgadas de espesor. Se alumbran en las noches largas con balas de veinte y cuatro hechas aseua al fuego, y colgadas, porque todos los licores se hielan. Los que se atreven al aire exterior, á pesar de que llevan dobles y triples pieles, no solo sobre el cuerpo, sino sobre las manos y la cara, apenas pueden salir sin esponerse á perder los dedos, la punta de la nariz, de las orejas, y aun mas; y cuando vuelven al calor de las casas, lo menos que les sucede es levantárseles la piel del rostro.

Con todo eso se aventuran los ingleses á tan horrible clima, atraidos por las pieles que allí se hallan muy hermosas, en grande cantidad y al mejor precio posible. Hay una compañía que hace este comercio habitualmente. Esta oculta con mucho cuidado sus ganancias; pero un hombre enviado por el gobierno supone haberlas descubierto, y cuenta los muchos fraudes con que engañan á los infelices salvages, concluyendo con decir: "En varias ocasiones he visto preciarse de equidad á los agentes de la compañía y llevar la delicadeza de su conciencia hasta el extremo de contentarse con un mil por ciento de utilidades."

Los salvages cazadores de los últimos confines del Canadá y de los Estados-Unidos, hacen largos viages para traer las pieles al fuerte de Nelson, situado en la bahía; porque saben que allí siempre se hallarán compradores. Los naturales de aquellos

climas helados son de tan pequeña talla, que no pasa su estatura de cuatro pies, como si estuvieran arrugados con el frio. Se acuestan todos revueltos para entrar en calor, y se mantienen con pescado ó con la carne de los animales que matan. Van amontonando estos alimentos sin precaucion alguna; porque el mismo frio los conserva. Allí se hace con felicidad la pesca de la ballena y las de otros peces que suministran aceite.

LAS BERMUDAS.

Las islas *Bermudas*, situadas en frente de la Carolina, pero á doscientas leguas de la costa, forman un archipiélago en la estension de treinta á cuarenta leguas. Su clima es benigno. Allí la tierra rinde dos cosechas al año, y produce hasta treinta especies de frutos. La mas grande de estas islas, que será de cuatro ó cinco leguas, fue llamada Bermuda por el nombre del español que la descubrió. En la isla de san Jorge, menor que las Bermudas, está la hermosa ciudad llamada como la isla. En ella se honran las ciencias, y aun hay una biblioteca pública; y las demas islas se precian en este punto de cierta emulacion.

Los ingleses llegaron á estas islas con motivo de un naufragio, y repararon sus navios con los hermosos cedros que allí crecen. Cuando partieron se quedaron tres marineros en la isla de san Jorge; y dos de ellos pretendieron cada uno ser el soberano de la isla. Sin duda se hubieran degollado, si el otro no les hubiese puesto en paz y estorbado con su mediacion la guerra civil. Hallaron en la costa un pedazo de ambar que pesaba ochenta

ta libras, sin otros menores que fueron juntando; creyeron que habian hecho su fortuna; y abandonando la soberanía, fueron á la Virginia á vender su tesoro. La relacion que hicieron de su reino movió á los ingleses; estos se establecieron allí, y hoy las habitan como unos diez á doce mil de ellos.

LAS LUCAYAS.

Las *Lucayas*, situadas en frente de la punta de la Florida, no estan tan pobladas; y si contáramos todas las rocas é islotes de aquel archipiélago, halláramos por lo menos hasta doscientas. Estas islas fueron el primer descubrimiento de Cristobal Colon; y los españoles se llevaron consigo á los habitantes para la pesca de las perlas y para las minas de santo Domingo. Son muy á propósito para retiro de los piratas, y habian llegado á ser la guarida de ciertos ingleses malvados, que siempre suspiraban por la guerra, para tener ocasion de robar á los amigos y á los enemigos. El rey Jorge I los desalojó de allí en 1719; y han ocupado su lugar unos habitantes pacíficos, que hacen un pequeño comercio. La principal isla es la *Providencia*, con una ciudad del mismo nombre; la mas grande es *Bahama*, cuyo estrecho, sembrado de escollos, es conocido por el riesgo de su navegacion. Los españoles ocupan parte de estas islas, y las otras han quedado á sus primitivos habitantes.

LAS ANTILLAS.

Las *Antillas*, así llamadas porque se encuentran antes de abordar al continente de la América,

forman un arco cuya cuerda se estiende desde las bocas del rio *Orinoco* hasta la *Florida*, y se dividen en grandes y pequeñas. Las grandes son : *santo Domingo*, *Cuba*, *la Jamaica*, y *Puerto-Rico*. Las pequeñas son muchas, y el clima es el mismo en todas, húmedo y mal sano, como generalmente lo es debajo de la zona tórrida. En los primeros años son el sepulcro de la mitad de los europeos que quieren habituarse al clima. Las Antillas producen cuanto se quiere, á escepcion del trigo; y en ellas se coge principalmente azúcar, añil, tabaco, cacao, cochinilla, café y manioco, raiz de que se hace el pan llamado *cazabe*, que era el antiguo alimento de los naturales. En ellas se halla el oro, la plata, cobre, hierro, cristal de roca, antimonio, azufre y canteras de mármol. Tambien son famosas estas islas por sus licores.

Los primeros que ocuparon las pequeñas Antillas fueron los españoles; no tanto por la utilidad que podian sacar de ellas, quanto por impedir las de las demas naciones. Despues los arrojaron de allí los franceses y los ingleses, que empezaron á disputárselas mutuamente, hasta que cansados de hacerse daño, las repartieron en 1660 por un tratado, en virtud del cual se quedó la Francia con la *Guadalupe*, la *Martinica*, la *Granada*, y otras propiedades menos importantes; y los ingleses con la *Barbada*, *Nieves*, *Antigua*, *Monserato*; pero *san Cristobal* pertenecia en comun á las dos Potencias, conviniendo ellas entre sí en encerrar á los Caribes ó naturales en la *Dominica* ó en *san Vicente*. Tambien los holandeses tomaron su parte á costa de los españoles; y puede decirse generalmente que no ha habido pais que

haya pasado tantas veces de una mano á otra como las Antillas; pues son como las ciudades del centro de un reino cuando le han tomado las fronteras. En llegando las armadas enemigas á hacerse dueñas del mar, se ven tarde ó temprano precisadas á rendirse.

CARIBES.

Los *caribes* son los naturales de las islas Antillas; y suponiendo que estas sean las cumbres de los altos montes que en otro tiempo estaban contiguos á la Tierra-Firme, y se desprendieron de esta sumergiéndose todo el país llano, no es difícil adivinar el origen de los habitantes; pues debieron venir de la América septentrional ó de la meridional, y es probable que todos descenden de una misma nacion. Generalmente son de mediana talla, pero rehechos y nerviosos. Tienen la pierna gruesa y bien formada, sus cabellos son negros y lacios, sus ojos grandes y algo prominentes, su mirar estúpido y asustado, sus dientes blancos y bien colocados, la fisonomía triste, el olor fuerte y desagradable. No tienen pelo en todo su cuerpo, ó por naturaleza, ó porque se le arrancan. Aplican á la frente del recién nacido una plancha, y se la atan fuertemente por detras, dejándole así hasta que el cráneo se aplaste de tal modo, que sin levantar la cabeza vean perpendicularmente lo que hay sobre ella. "A hombres y mugeres, dice un autor, se les puede pintar como á los amores; desnudos, con flechas, con una aljaba al hombro y arco en la mano. No habia mas que mudar la venda, poniéndoles sobre los ojos la que llevan en

la cintura: con este equipage listo y desembarazado se presentan en nuestras islas. Si llevan cierto velo es por complacer á los europeos; pues ellos entre si se tienen por suficiente vestidos con solo el color encarnado ó jugo de rocou, desleído en aceite de pescado, con que se frotan todo el cuerpo. Las mugeres se presentan sin rubor á la vista de los hombres sin velo alguno; y los hombres desean poco lo que no procuran ocultarles."

Para ellos el amor es como el hambre y la sed, porque en satisfaciéndose no manifiestan mas afición que cuando dos han comido y bebido juntos; pero aunque no se les advierte el sentimiento que nosotros llamamos amor, cuidan los hombres de sus mugeres, si bien solamente como nosotros de una propiedad. En la misma familia toman muchas mugeres; y si es posible se casan con las hermanas, las tias, las primas, creyendo que así se acomodarán mejor las unas al genio de las otras. La muger así que ha parido vuelve á su trabajo. El hombre se acuesta en su hamaca, y se está allí un mes recibiendo de amigos y parientes las enhorabuenas de haber procurado al mundo un nuevo ser.

Un caribe pasa su vida sentado ó echado, durmiendo ó fumando, sin cuidado alguno de lo que ha de suceder en el instante siguiente; es capaz de vender su hamaca cuando se levanta, sin pensar en que la necesitará por la noche. La misma indiferencia se le observa en todo lo demás. Bien puede cualquiera ponerse á la mesa á su lado cuando come, porque jamas convida ni despide; y él se vale del mismo privilegio con los otros. Es un verdadero niño; con la misma viveza que desca

las cosas se cansa de ellas : pasa los días enteros en estarse mirando una chuchería , en desmontar un fusil , si le viene á la mano , y en volverle á montar ; pero como no tiene habilidad para poner cada pieza en su lugar , se enoja , arroja al suelo el arma , y la rompe.

Estos pueblos envenenan las flechas , pero solo las que emplean contra los hombres. En la moneda no conocen otro valor que el número ; quiero decir que dejarán una pieza de oro por diez piezas de cobre puestas á su lado. Es difícil formar idea de su religion ó definirla ; pero , á lo que puede juzgarse , reconocen un principio bueno y otro malo ; hacen sus ofrendas al dios maléfico , porque le tienen miedo , y al benéfico ninguna. Sus sacerdotes , llamados *boyos* , son al mismo tiempo médicos. Se convierten muy gustosos , y reciben muchas veces el bautismo porque los regalen. No hay hombre mas vengativo que un caribe ; pues aunque hayan pasado muchos años desde una ofensa , cuando ya el ofensor la cree olvidada , si el ofendido sorprende á su enemigo , le hiende la cabeza de un hachazo , huye y se oculta , hasta que algun pariente del muerto le halla y hace con él lo mismo.

La antropofagia ó la costumbre de comer carne humana , aunque no es comun , no está absolutamente desterrada entre ellos. Su lengua natural es un idioma de suave pronunciacion ; no es gutural como lo es por lo comun la de los salvages ; y los dos sexos tienen espresiones diferentes para significar las mismas cosas. Tambien los ancianos tienen palabras que no se usan entre los jóvenes ; y aun para los consejos de la nacion hay una len-

gua particular, de la cual nada entienden las mugeres. No quieren aprender ningun idioma extranjero; y no pueden oír que se les hable en inglés, bien sea que les disguste el silbido, ó bien porque aborrecen á la nacion: mucho mejor se acomodan al frances. Unos negros que abordaron á san Vicente por naufragio ó por otro motivo, son en esta isla una segunda nacion que se conforma poco con la primera. Los llaman caribes negros; pero cuando la isla corre peligro, se reúnen por el interes comun.

Es necesario que todos los parientes de un caribe que acaba de morir, vean al difunto para asegurarse de que su muerte fue natural; si alguno deja de ser llamado á esta inspeccion, no bastan para persuadirle los testimonios de todos los otros; y juzgando que ellos han contribuido á quitarle la vida, creerá que tiene obligacion de matar á alguno para vengar al muerto. Los guerreros peinan sus negros vigotes, y cada vez que matan ó dejan indefenso á un enemigo hacen que el comandante ponga en su maza una señal que llaman *boukton*; y cuando se trata de elegir gefe, sale por lo comun electo aquel cuya maza tiene mas bouktones.

Estas son las costumbres de aquellos pueblos, que en la actualidad se hallan casi todos reunidos en la *Dominica* y *san Vicente*; y hoy se halla reducida á cinco ó seis mil personas la multitud que habia cuando los españoles descubrieron estas islas.

ANTILLAS INFLESAS.

La *Jamaica* tiene casi cincuenta leguas de lar-

go y diez de ancho (*) Es prolongada, aunque se recoge por las dos estremidades. En los parages cultivables tiene un terreno excelente; y la atraviesa en su longitud una cadena de montañas irregulares. Está cubierta de hermosos árboles, regados por manantiales limpios, que caen formando cascadas; pero las aguas tienen un gusto de cobre, que es desagradable. También hay allí aguas termales ó calientes, y el clima es mal sano. En esta isla se detuvo Colon por el mal tiempo; le faltaron los víveres; le proveyeron de ellos los salvages; pero despues se los negaron temiendo que les entrase á ellos el hambre. Colon habia previsto por sus conocimientos astronómicos un eclipse de luna; y juntando á los caribes, les dijo en tono de inspiracion: "Para castigaros de la dureza con que nos dejais perecer, va el Dios que adoro á affigiros con los mas terribles azotes. Esta noche vereis ponerse la luna de color de sangre, despues se obscurecerá, y os negará la luz; pero esto será solo prelude de vuestras desgracias si os obstinais en no querernos dar víveres." Con efecto, se eclipsó la luna; y asustados aquellos bárbaros, acudieron con provisiones en abundancia. Los españoles y los ingleses que les sucedieron han acabado con los antiguos habitantes de la Jamaica. Los ingleses, llevando á esta pequeña isla el furor de los partidos y facciones que les atormentaban en la Gran Bretaña, han ensangrentado muchas veces esta tierra, de suyo benéfica y de buen hospedage.

(*) Las leguas, como cuenta este autor, son de veinte al grado, siendo así que las españolas son de diez y siete y media en cada grado.



El terror de los jamaycos

Negaron víveres á Colon los jamaycos; y él, que tenía previsto un eclipse de luna, les dijo: Mi Dios va á castigaros; esta noche la luna os negará su luz, y esto será solo preludio de vuestros males si os obstinais en no abastecernos. Se verifico el eclipse, y aterrorizados aquellos naturales acudieron con abundantes provisiones. ¡Quantos temores vanos se ahorraria el hombre si ignorase menos!



La Jamayca debió sus primeras riquezas á su comercio con el continente español; y por su situacion es la primera que se aprovecha de las ventajas del corso cuando los europeos estan en guerra. Allí está floreciente el cultivo de la azúcar. Es una isla bien fortificada y gobernada con buenas leyes. Los habitantes de la Jamayca han probado algunas veces á esterminar los negros fugitivos que viven retirados en los montes; mas viendo que sus esfuerzos eran inútiles, han tenido que tratar con ellos, y los dejan libres con la condicion de que no admitan otros en sus poblaciones; y para que observen esta condicion han convenido en dar cierta cantidad por cada esclavo que se retire con ellos si vuelven á entregarle. El número de los negros que hay en esta isla escede en la mitad mas al de los blancos, por lo que están estos como si tuvieran cerca de un volcan, que siempre está amenazando esplosion; pues solo son contenidos por el rigor de las leyes.

Todavía es peor en la *Barbada*, pues en ella se cuentan cincuenta mil negros para seis mil blancos en el espacio de menos de veinte leguas de circunferencia. El suelo, por su poca profundidad, parece que ya está gastado, y solo se sostiene con el beneficio de la *alga marina*, que las olas arrojan sobre la costa. El azúcar de esta isla es de aquel que llaman hucco ó de poca consistencia; pero las maderas son muy buenas y abundantes. Hay en esta isla un rio pequeño que se cubre de un licor que arde como el aceyte, y en sus rocas hay cabernas que pueden abrigar hasta trescientos hombres. Por largo tiempo ha sido la *Barbada*, respecto de las otras Antillas, como el mercado de los negros;

pero en el día cada una se provee de ellos. No tiene mas que radas mal seguras, y así no hacen allí mansion las armadas. Es fecunda en iguamas, especie de raices que suplen por el pan y son el único alimento de los esclavos. Viven los blancos en continuo recelo de estos; por lo que siempre mantienen en pie una fuerza armada de infantería y de caballería.

La descripcion que puede darse idea de los huracanes, que son el azote que aflige casi todos los años á las Antillas, es la siguiente: "Sopló un terrible viento. No pudieron resistirle puertas ni ventanas; y el hinchado torbellino levantaba los pisos y se llevaba los techos. Quedaron por tierra las casas, arrasadas las fortificaciones, los plantíos arruinados, desarraigados los árboles; y para complemento de la desgracia volvió con furor el mar, y llevando á tierra los navíos, quedaron estos tan derrotados, que cuando sobrevino la calma ofreció un espectáculo de tanta desolacion como habia sido terrible el miedo."

De *San Vicente* y la *Dominica* hemos dicho que las abandonaron á los caribes; pero esto se entiende solo en cuanto á la habitacion y al cultivo; porque la soberanía se la abrogan los ingleses. Los caribes negros y los rojos, tienen carbetas ó lugares en lo interior, y siempre viven pobremente con el miedo de que les sobrevenga la última opresion. *San Vicente* tiene veinte leguas de bogeno; la *Dominica* casi lo mismo; la *Anguila*, así llamada por su figura, y la *Barbuda*, tendrán como diez leguas.

San Cristobal, que será como de veinte y cinco leguas, tiene de particular en su historia haber si-

do como la cuna de las colonias inglesas y francesas en aquellos parages. Llegaron en el mismo dia, y firmaron un tratado de perpetua alianza, que despues no observaron. En ninguna parte se gozan las delicias de la vida campestre como en la isla de san Cristóbal, en donde la llanura está cubierta de habitaciones aseadas, cómodas, con buenos caminos, y rodeadas de alamedas naturales. Los bosquecillos y fuentes hacen el pais muy pintoresco. Los plantadores ingleses, comunicándose poco entre sí, viven cada uno en su habitacion como soberanos: "Si los franceses, dice un autor que no los lisonjea, no hubieran dejado una poblacion en donde se conservan sus costumbres, no se conoceria en san Cristóbal aquel espíritu de sociedad que produce mas inquietudes que placeres, que se alimenta de la galantería y remata en la licencia; empieza por los placeres de la mesa, y acaba en las quimeras del juego." Pero si las costumbres de un pueblo se hubieran de pintar por lo que tienen de vicioso, pudiera un escritor francés representar con un colorido poco favorable el ceño reconcentrado de los ingleses de san Cristóbal.

Nieves y *Monferrato* no tienen mas que cinco leguas cada una; pero *Antigua* y la *Granada* tendrán mas de veinte, y á esta última la acompañan como una docena de islas pequeñas, llamadas *los granadinos*, cuya circunferencia será de cuatro á cinco leguas. Cuando los franceses se apoderaron de la *Granada*, la ocupaban unos caribes, que se defendieron con valor; pero al fin los arinconaron en una roca escarpada; y así hombres como mugeres eligieron precipitarse antes que rendirse. Los franceses llamaron aquella roca *la as-*

pereza de los salteadores: nombre que todavía conserva.

En la historia de la *Granada* se halla un rasgo muy notable de justicia popular. Habian enviado de Francia un gobernador codicioso y violento. Cansados de sus vejaciones los colonos ricos, se retiraron á otras islas. Aquellos que por la imposibilidad de hallar asilos tuvieron la precision de quedarse, arrestaron al tirano, y formaron un tribunal para juzgarle. El presidente, que se llamaba Arcángeli, sabia escribir; un herrador le hizo la sumaria, y en lugar de firmar ponía por sello una herradura. Al rededor de esta escribía Arcángeli, que hacia tambien oficio de escribano, *sello del señor de la Brie, Consejero Relator*. Juzgaron al gobernador; le ahorcaron; y hecha la justicia se dispersaron los jueces. Se supo esto en Francia, pero no se habló mas en el asunto.

ANTILLAS FRANCESAS.

Tábago es de una figura oblonga. La dan diez leguas de largo sobre cuatro de ancho. Esta isla no está espuesta á los huracanes desoladores de las otras, y tal vez deberá esta fortuna á su proximidad al Continente. Está muy bien regada; y el cultivo, que antes producía mucha azúcar, se ha convertido en el del algodón.

Santa Lucía, tiene veinte y cinco leguas de bogeno, y un puerto escelente. Es muy fértil; pero poco sana. Los franceses la abandonaron, volvieron á tomarla, la abandonaron de nuevo, y todavía entraron otra vez en ella. Por todas partes la rodea un camino, y por muchas la atraviesan



Justicia popular.

Insoportables para los colonos de la Granada la codicia y violencias de un Governador que les envió la Francia, se ausentaron los ricos; pero los restantes, arrestando al Governador, erigieron de propia autoridad un tribunal: uno de sus ministros, que no sabia escribir, hizo la sumaria, y la selló con una herradura, le sentenciaron y ahorcaron. Donde menos lo teme, halla el malvado jueces y verdugo.



otros. Tiene su defensa en una buena fortaleza. Hay mucha tierra que cultivar con ventajas; pero sin embargo apenas se puebla. La variedad de planes formados sobre si esta isla se ha de destinar al cultivo ó á los pastos, ó sobre si ha de hacerse la depósito y escala para ciertas mercaderías, es tal vez la causa de que no se hayan fijado en ella tantos como debieran habitarla.

La *Martinica* podrá tener sesenta leguas de bogueo. Lo interior está lleno de montecillos, cuyos intervalos forman grandes valles repartidos en prados y tierras propias para toda especie de cultivo. Da mucho café, tiene muchos árboles, y la riega una multitud de arroyos y rios. Su clima solamente es nocivo para los europeos desarreglados. Esta isla, que antes no tenia mas que algunas carbetas ó poblaciones de caribes, se ve en menos de cien años adornada de muchas villas opulentas. Tiene una buena ciudadela llamada el *Fuerte Real*; y todos los puertos pequeños y las calas que la rodean tienen buenas defensas. Es en las Antillas el centro del comercio frances, y residen en ella la autoridad civil y la militar.

A la *Guadalupe*, que tiene mas de veinte leguas de bogueo, la divide un pequeño brazo de mar, que se llama *el rio salado*, y que es navegable para canoas y otros barcos. Sobre varias montañas amontonadas se levantan como sobre un trono la *azufretera*, que arroja durante el dia un humo denso, é ilumina la noche con centelleantes llamas. Los primeros colonos se estendieron por esta isla como en la *Martinica* á costa de los caribes, que al fin tuvieron que abandonarla; pero por mucho tiempo estuvieron volviendo á su patria desde las

islas vecinas, inquietando á los usurpadores; y hasta que los europeos los hicieron dejar la vecindad de la Guadalupe, no pudieron entregarse con tranquilidad á su cultivo y comercio.

Aquellas islas, adonde los caribes se habían retirado, y de donde despues los arrojaron, se llaman *los Santos*. No son mas que dos; pero están en tal disposicion, que con un islote que hay entre ellas, forman un puerto muy bueno. La *De-seada*, de cuatro leguas de largo y dos de ancho, no tiene agua dulce: da un poco de azúcar y de algodon; pero así como las islas de los Santos, es importante en los tiempos de guerra; porque son el refugio de los corsarios que cruzan contra las embarcaciones inglesas. *Maria Galanta* es redonda, y tendrá quince leguas de bogeno, con unas riberas muy escarpadas. *San Martin* no tiene mas que siete leguas; pero la hacen apreciable sus salinas. *San Bartolomé* comprende once leguas: no tiene puerto ni fuentes, y rara vez llueve en ella. Son sus habitantes reconocidos por tan pobres, que hasta los corsarios enemigos pagan fielmente los víveres que toman allí. Se nota por una grande singularidad que aquí los dueños de la tierra trabajan en ella como sus esclavos.

Santo Domingo, que antes estaba repartida entre los franceses y los españoles, tendrá seiscientas leguas de circuito, dando la vuelta por todos los cabos. Ya hemos dicho que en esta isla hallaron los españoles á los caribes; que dejaron en ella una colonia, y que los habitantes quitaron la vida a todos los españoles. Cuando estos volvieron tomaron la justa venganza de perseguirlos con perros y con fusiles. Eran tan simples que se ar-

rodillaban á los perros, y les suplicaban que no les hiciesen daño.

Cuando ya los tesoros de Méjico y del Perú hicieron que se mirasen con menos estimacion los que se hallaron en Santo Domingo, el deseo de las riquezas mudó de objeto en esta isla; y los *bucanieres*, cazadores infatigables, hicieron abordar allí nuevos tesoros con la venta de los cueros de los bueyes silvestres de que proveian á la Europa. Tambien sirvió Santo Domingo de asilo, y casi de cuna, á los *flibustieres*, que se distinguieron en su piratería con tantas temeridades brillantes. Por último, se estableció en esta isla la cultura; y ocupaba igualmente á las dos naciones, con mas ó menos utilidad, segun la naturaleza de las tierras y la actividad de los colonos. Antes que los españoles cediesen esta isla á los franceses por el último tratado de paz, tenian las dos naciones ciudades, puertos, rios y bosques, y las separaba una cadena de montes cortada con torrentes y pantanos impracticables. Parecia que la naturaleza habia dispuesto los límites de modo que fuese imposible traspasarlos.

ANTILLAS ESPAÑOLAS.

Cuba puede tener trescientas leguas de bogo, y está á la entrada del golfo de Méjico. En esta isla se habia retirado un cacique llamado Hatuey, que, huyendo de Santo Domingo, se habia refugiado en ella con otros infelices caribes. Llegó Velazquez, hizo prisionero al cacique, y esterminó á los habitantes, ó los aplicó á los trabajos de las minas. El puerto de la *Habana* está muy bien forti-

ficado, y puede contener mil embarcaciones.

Puerto-Rico era una isla cubierta de bosques. En ella se cria el mancenillero, cuyo jugo lácteo es un veneno de los mas sutiles y mata inmediatamente que se hace la herida si no se la aplica sal en el momento. En *Puerto-Rico* se desengañaron los indios de que los españoles no eran inmortales. Uno de sus caciques, visitado por Salcedo, oficial de Colon, le recibió con mucha pompa, dió un gran convite, y cuando partió le hizo acompañar para honrarle con una escolta de veinte salvages instruidos de sus órdenes.

Llegaron estos á la orilla de un rio, y suplicaron al español que les concediese la honra de que le pasasen al otro lado en hombros. Salcedo se prestó gustoso á sus deseos; y llegando al parage mas profundo, dieron los indios un tropezon, cayó el español en el agua, y los que le llevaban le tuvieron allí el tiempo que les pareció necesario para que se ahogase bien. Le sacaron despues á tierra; y en la incertidumbre de si habia perdido la vida, se estuvieron tres dias al rededor del cadáver sin cesar de pedirle perdon de su poca habilidad. Solamente la putrefaccion persuadió al cacique y á sus vasallos que los españoles eran tan mortales como los demas hombres. Con esta noticia se defendieron con mas esperanza que otros; pero al fin fueron esterminados. *Las Vírgenes, Anegada, Sombrero, Chiloe, la Trinidad, la Margarita Blanca y las dos Tortugas*, todas son islas pequeñas que pertenecen á los españoles; pero de tan poca importancia que no merecen nombrarse.

ANTILLAS HOLANDESAS.

Curazao es una roca de diez leguas de largo y cinco de ancho, en la cual apenas se encuentra tierra; pero tiene un puerto excelente. En ella son los holandeses, digámoslo así, mercaderes por menor, y han hecho un almacén de toda suerte de géneros, mercería, estofas, especería, y obras de hierro y acero para el uso de la costa. *San Eustaquio*, que no tiene dos leguas de largo ni una de ancho, viene á ser como una tienda, y tiene en el medio una gran profundidad ó boca, resto de algun volcan. Es una especie de sumidero, en donde el agua jamas para, siendo así que viene á caer en él toda la que la lluvia vierte en la isla. No puede saberse cómo pudieron los holandeses juntar en esta especie de tesorería hasta treinta y siete millones en que se valuó el botín que hizo el almirante Rodney en la última guerra. El secreto le tienen los holandeses; porque no dejan á ninguno entrar allí, *Saba*, que tiene cuatro leguas de circuito, es una roca solo accesible por un lado, y por este han levantado los holandeses muchas murallas, construidas con piedras secas y sin cal, para poder fácilmente dejarlas caer todas, ó parte de ellas, sobre los que quieran escalar aquella fortaleza natural. La parte superior de la roca está cultivada, y produce mucho algodón. En esta isla hilan las mugeres, y hacen punto de media muy superior. Se dice que son las mas hermosas y frescas de las Antillas.

ANTILLAS DINAMARQUESAS.

Santa Cruz tiene diez y ocho leguas de largo y cuatro de ancho. La de *Santo Tomas* es una isla de cuatro ó cinco leguas de bogeno. La de los *Cangrejos* ocho ó diez; y la de *San Juan* poco menos. No vertieron sangre los dinamarqueses para poseer estas islas; porque ó las compraron á los europeos que las tenían en su poder, ó se establecieron en las que hallaron abandonadas. Cuando los franceses abordaron á *Santa Cruz*, hallaron una isla llana cubierta de árboles viejos que no permitian al viento barrer el aire infestado de las lagunas. Los franceses con su viveza no se tomaron el trabajo de cortar los árboles, sino que les pusieron fuego, y estuvieron desde el mar observando los progresos del incendio, que les produjo fecundas cenizas; mas no debió durar mucho esta fertilidad; porque no hallando las cenizas tierras vegetales con que poderse amalgamar, no adquirieron la suficiente consistencia para contener los jugos nutricios. Estas cuatro islas, á escepcion de la corta cantidad de azúcar que sacan los dinamarqueses, no les sirven mas que para desplegar algunas veces su pabellon en estos mares.

TIERRAS AUSTRALES.

Hemos hecho la pintura de las cuatro partes del mundo. Todavía se busca la quinta, y hay apariencias de que existe entre la punta de la *Africa*, las *Islas célebes* y la *América*. Hasta ahora no se han hallado mas que islas; pero apenas podemos

persuadirnos á que una estension tan vasta de mar esté sin continente. La multitud de islas que allí se han descubierto pueden mirarse como fragmentos de un *nuevo mundo* que tal vez sea mas considerable que la mayor de las cuatro partes del antiguo. Hay tambien algunas de estas islas, tales como la *Nueva Holanda*, cuyas costas ha sido largo tiempo preciso reconocer para asegurarse de que no son un nuevo continente; y tambien se ignora si la *Nueva Zelanda* está separada de otras tierras, ó contigua á ellas. Pero aunque no se hiciesen otros descubrimientos que los que ya se han hecho, pudiera decirse que estas islas, por su contigüidad y grande distancia de las cuatro partes que conocemos, forman una quinta parte, cuya existencia ya se sabe y solo se trata de asegurarnos de su estension. Las dan el nombre de *Tierras Australes*.

Las producciones que se han hallado en las costas, los bosques, el verdor de las campiñas, los animales que en ellas retozan, los pescados que pueblan el mar y los rios, y los frutos que sus habitantes llevan á los navíos, nos hacen juzgar que esta parte del mundo no es menos favorecida de la naturaleza que las otras. Aquí juega como en ellas con los individuos; porque se encuentran castas favorecidas y castas desgraciadas: se ven hombres altos, fuertes, musculosos, de fisonomía agradable y hermoso cabello; y hay otros pequeños, que tienen lana en vez de cabellos, con cara de negros, y en efecto lo son: otros hay de color de cobre; y una tercera casta, que tiene mas de encarnado que de moreno. Cuando se les ve á estos limpios de los colores con que se tiñen, y sin las figuras

estravagantes que pintan sobre su piel, puede juzgarse que nacen blancos y que pierden el color de la naturaleza con el uso ordinario de pintarse. En cuanto á los usos y costumbres, lo que hasta ahora ha podido descubrirse no es mas extraordinario que lo que se sabe de los otros salvages, á escepcion de que hasta ahora no se han advertido en ellos aquellas crueldades de que se estremece la naturaleza, y que se ven entre los africanos, americanos y algunos asiáticos. Escogemos en las relaciones de los viageros algunos rasgos que sean como un tanteo del gran cuadro que puedan concluir despues los que logren los futuros descubrimientos.

La incertidumbre de las disposiciones que veian en los extranjeros, y la de las intenciones que podrian tener, han puesto algunas veces en desconfianza á los naturales y les han hecho agresores; pero con algunos tiros de fusil, y cuando mas con algun cañonazo, se veian los europeos muy presto dueños de la ribera, y con el buen modo amansaban despues á los salvages. Schouten experimentó estas mudanzas en el *cabo de Hornos*. Despues de haber espantado con sus armas de fuego aquellos tímidos aduares, vió que se alentaban con sus demostraciones pacíficas, y le llevaron cocos, raices, cerdos, y que los trocaban con ansia por hierro. Al parecer carecen absolutamente de este metal, y así le buscan con toda diligencia.

Vió sus cabañas bien colocadas en la ribera, cubiertas con hojas, y como de doce pies de alto, sin mas muebles que una cama de yerbas secas, una caña de pescar y una maza. El aspecto del palacio del rey no manifiesta mas magnificencia.



Los salvages asombrados.

A instancia del monarca del Cabo de Hornos mandó el holandés Scheuten disparar un cañon de artilleria; pero al oír el rey, sus mugeres y cortesanos el estampido huyeron con la mayor precipitacion á los bosques. Solo el ruido de aquella arma desconocida horrorizó á los bárbaros; y presumen de sabios los que á vista de quan funesta ha sido para la humanidad su invencion celebran sus estragos.



Mostró S. M. á los holandeses amistad y un respeto acompañado de temor. El y sus cortesanos pusieron á los estrangeros en la cabeza sus gorros adornados de magníficas plumas, y desearon ver descargar un cañon. Le dispusieron para esto una estera á la orilla del mar, en la que se sentó gravemente con sus mugeres y sus cortesanos; pero así que dispararon el cañonazo, el rey y toda su corte huyeron á los bosques con la mayor ligereza.

Los hombres son altos y fuertes, de un color que tira á pajizo: tienen el cabello negro y largo: unos le encrespan y le rizan, otros con mucho cuidado procuran tenerle lacio y aplastado, y otros por último le levantan y le llevan como media vara de alto sobre la cabeza con algunas horquillas á que le atan. A esto se reduce la operacion mas difícil de su tocador; pues van absolutamente desnudos, á escepcion de un ligero ceñidor de hojas. Las mugeres, de las cuales se dice que son muy feas, no van mas bien cubiertas, ni mejor adornadas. Allí no se advierte industria ni religion; todos sus instrumentos son toscos y mal hechos: viven de lo que encuentran como las bestias, sin sementeras ni cosechas; todo está abandonado á la naturaleza y á la casualidad. No conocen absolutamente la modestia, y usan de sus mugeres sin reserva en sus juntas, y aun en presencia del rey, no obstante que le tienen gran respeto. Schouten los acusa de ladrones; porque si podian, arrancaban los clavos del navío y se arrojaban al mar para llevar la presa, y aun uno de ellos cogió un sable; pero es preciso observar que, supuesto su modo de vivir, no tienen la

menor idea de lo que es propiedad, y por consiguiente no debemos formar de su accion el concepto que tenemos del hurto. No obstante, fuese por tener nocion de lo que es justicia, ó fuese por temer á los estrangeros, al que tomó el sable le precisaron sus compatriotas á restituirle, y le impusieron un castigo.

El mismo Schouten hace de los habitantes que halló en la *Nueva Guinea* un retrato que no les favorece, ni en lo físico ni en lo moral. Los llama *papous*, que quiere decir negros: "Su ridiculo modo de adornarse, junto con su fealdad natural, los hace objetos desagradables á la vista. Cada uno tiene su ridiculez particular; y toda su estructura es tan estraña, que solo puede igualarla su raro capricho. En nada se parecen á los demas hombres, ni en sus facciones, ni en sus miembros, ni en su estatura. Llevan por gargantilla una sarta de dientes de cerdo: se barrenan la nariz y las orejas para ponerse anillos, de los cuales van colgando las inestimables joyas de dientes de cerdo. Su cabello es corto y rizado; su fisonomía insignificante y muerta; el contorno de sus caras y la desproporcion de ellas todo es á propósito para inspirar disgusto. Las mugeres no son mas agradables que los hombres, y las ha tocado por desgracia una figura que no es menos chocante. Edifican sus cabañas sobre estacas á ocho ó nueve pies del suelo, lo cual denota que este es húmedo y mal sano." Esta descripcion tiene el defecto de que mas bien nos da á conocer lo que sintió el viagero que la cosa en sí misma.

Roggeven, otro holandés, nos da mejor idea de los habitantes de las islas de *Paques*, ó las *Pascuas*,

A este holandés se llegó un salvaje, que no tuvo dificultad en pasar de su barco al navío. Le dieron un pedazo de tela, cuentas de vidrio, clavos, y fue un regalo que le encantó. Era el salvaje alto, bien formado, robusto, vivo, activo y de figura alegre. Le repugnaba el olor del vino; pero los guisados le parecieron bien. Le vistieron; pero no le gustó aquel equipage embarazoso, y le dejó prontamente. Sintió gran placer en oír la música, y tanto, que se retiró del navío con disgusto. Volvió al siguiente día con muchas barcas de sus compatriotas cargadas de provisiones frescas, y entre otras, de truchas. Por la mañana habian visto los holandeses desde sus navíos esparcirse los naturales por la ribera y ofrecer incienso á sus ídolos. Advirtieron que en las canoas venia un hombre blanco, y que llevaba en las orejas unos pendientes de tamaño extraordinario. Su continente era grave, y parecia que estaba en meditacion; por lo que conjeturaron que debía ser uno de sus sacerdotes.

En una ocasion, á tiempo que estaban los salvages y los europeos en el desahogo de la confianza que entre ellos reinaba, un fusil, que por casualidad se disparó, mató, dice el diario, á uno de aquellos infelices; y para dispersar á los habitantes que se iban juntando en tropas, al primer fusilazo se siguió una descarga que puso en fuga toda la nacion. Hallaron entre los muertos á aquel que fue el primero que recibió á los holandeses con afecto tan cordial. Se oían en el bosque gritos y ahullidos horribles; pero viendo los salvages que no los perseguian, volvieron á su carácter dulce y benéfico. Los hombres y los niños se presentaron con ramos de palma en señal

de paz, y ofrecieron varias frutas, sobre todo excelentes higos, raíces, patatas, cañas de azúcar y aves vivas, que según pareció, criaban en sus casas. Ofrecieron hasta sus mugeres, y no omitieron cosa alguna de cuanto pudiera dar á aquellos estrangeros testimonio de su sumision. Movidos los holandeses de ver aquellas señales de profunda humildad, se dignaron de tratar á aquellos infelices con alguna bondad; y les dieron juguetes de niños, y algunas otras bagatelas como en espacion de la sangre que habian derramado. La mansion que allí hizo Roggeven le proporcionó los medios de conocer sus costumbres.

Las islas de Paques (*de las Pascuas*) adonde abordó, solo le parecieron provistas de aves que domestican los habitantes; pero por las señas conjeturó que otros criaban cuadrúpedos. Dice que cuecen los alimentos en loza fina muy bien hecha; que cada familia ó cada tribu vive en lugar distinto; que las casas son de cuarenta á sesenta pies de largo y ocho de ancho, bien cubiertas de hojas de palma, con pocos muebles, pero suficientes para que se vea que no les falta industria; que estofas blancas y encarnadas que ellos mismos fabrican, les sirven para abrigarse por la noche, y para librarse de día de los ardores del sol; que la estofa es suave y lisa; que cercan sus plantíos con empalizadas; y que estan bien cubiertos y repartidos con simetría.

Los hombres son derechos y bien formados, ágiles en extremo, y ligeros en la carrera. Por lo general son morenos, pero hay algunos negros y hay otros rubios y casi blancos. Hay castas tan encarnadas como si estuvieran tostadas al sol; y otras

hay de mezcla de diferentes colores. Su piel está cubierta de figuras de cerdos, cabras y serpientes, que dan á entender un talento proporcionado para la imitacion. Las mugeres se pintan las megillas con un bermellon mas hermoso que cuantos se conocen en la Europa. Llevan un sombrerito de junco muy gracioso, y se ajustan los vestidos con bastante elegancia. A esto se agrega que con los holandeses eran mas que atractivas, y aun les brindaban con sus favores.

Roggeven no halló entre estos isleños otras armas que unos bastones gruesos y cortos, y aun los tuvo por simples insignias de autoridad. Cuando se ven acometidos, se refugian á sus dioses é imploran su proteccion con devocion fervorosa y patética. Las estatuas de sus divinidades son de piedra, y representan figuras humanas con coronas y grandes orejas; pero tan exactamente proporcionadas, y tan bien acabadas, que se pasmaron los holandeses de su talento para la escultura. Conjeturaron que algunos de ellos, á quienes veian mas á menudo adorar á los ídolos, que se cortaban el cabello, y llevaban bolas blancas en las orejas, y un gorro guarnecido de plumas blancas y negras, serian sus sacerdotes. Por otra parte no se veia apariencia de gobierno, de reyes, ni de otros superiores, sino mucho respeto á los ancianos. Estos llevan sombreros ó gorros con franja, y aquellos bastones, que los holandeses tuvieron por insignias de la autoridad.

La idea de una divinidad, la bondad, suavidad y afable trato, generosidad y respeto á los padres: esto es lo que han hallado los europeos en aquellos paises en donde han impreso sus sangrien-

tos vestigios. Pero dejando aparte las funestas consecuencias que nuestros descubrimientos han acarreado á aquellos pueblos, á los cuales hemos llevado mas vicios que virtudes, y mas males verdaderos, frutos de nuestra corrupcion de costumbres, que ventajas les hemos procurado con nuestra industria y nuestras artes; debe la historia tributar homenaje á aquellos ingeniosos hombres que han concebido tan grandes proyectos, y cuya intrépida actividad, venciendo todos los obstáculos, nos han conquistado otro nuevo mundo.

NAVEGANTES.

El primero de todos va *Cristobal Colon* con la gloria que la invencion merece sobre lo que es imitacion. Los envidiosos han procurado despojarle del honor del descubrimiento, diciendo que era una cosa tan fácil que no habia en ella gran mérito. Bien sabido es que cansado Colon de oir esto, estando en un convite público, hizo que le llevasen un huevo, y dijo á los convidados: “¿Quién de vosotros se atreverá á hacer que este huevo se tenga derecho por la punta?” Confesaron todos que les parecia cosa imposible: y Colon entonces dió en la mesa un golpe con la punta del huevo; y como así se ensanchó la basa, se tuvo derecho: “Vaya, que la invencion es rara, exclamaron; eso yo tambien lo haria.” “No lo dudo, respondió Colon; pero nadie lo pensó hasta que lo habeis visto. De este modo pues descubrí yo las Indias. Primero fue preciso concebir el proyecto de uavegar por aquellos parages, y yo le concebí. Ahora que ya lo puse en egecucion, el piloto mas miserable podrá ha-



El navío la Victoria.

Descubierto con asombro del mundo por Magallanes el paso al mar del Sur por el estrecho que conserva y honra su nombre, al navío la Victoria en que regresó á España le colocaron por honor en Sevilla fuera del agua, como testimonio de una de las mas atrevidas y útiles expediciones. Todos admiramos en estos menumentos el mérito que nos recuerdan; pero ;quan poco nos aprovechamos de exemplos tan ilustres!

llar el camino tan bien como yo. Señores, hay millares de cosas que, cuando están hechas, parecen fáciles, pero antes parecian imposibles. Pudíeráis tener presentes las burlas que me fue forzoso sufrir antes de poner en egecucion mi proyecto. Entonces se me decia que era un sueño, una quimera; y al oiros ahora es una idea que le podia ocurrir á cualquiera." Hasta la sepultura le estuvo persiguiendo la envidia; pero él quiso enterar consigo los grillos que le habian puesto, dando á entender con esto, al parecer, que la persecucion que siempre experimentan los hombres grandes, no debe desalentarlos.

Magallanes, Davis, Le Mayre, cuando abrieron paso al mar del Sur por los estrechos que conservan sus nombres, enseñaron el camino para los viages al rededor del mundo que han hecho despues famosos á muchos navegantes. El de Magallanes fue el que se descubrió primero en 1519. Al navío llamado la *Victoria*, que volvió por el Cabo de Buena-Esperanza á España, de donde habia salido, le colocaron en Sevilla fuera del mar, como un monumento de la espedicion mas atrevida tal vez, que cuantas habian hecho los hombres. Semejante honor, con corta diferencia, se le concedió al navío inglés de Francisco Drake, dejándole envejecer cerca del puerto de Detfork, con una inscripcion honorifica en el árbol mayor.

Drake, que fue el segundo que dió á todo el mundo vuelta, empezó su profesion de marino desde la infancia, como debe el que á ella se destina; y á la edad de diez y ocho años era ya dueño de una pequeña barca que, movido de su mérito, le dejó al morir el que la poseia, y que le quitaron

durante la guerra contra los españoles. Por esta pérdida nacieron en su corazón vivos deseos de vengarse. Se alistó en una irrupción contra Méjico: esta no tuvo buen éxito, pero no le acobardó la desgracia; y en otras dos expediciones que dirigió por sí mismo adquirió tanta reputación, que unos mercaderes le confiaron dos navíos que él cargó con algunas tropas, y con ellas tomó y saqueó una ciudad opulenta del reino de Méjico. Repartió fielmente con sus compañeros, tripulación, y con los que le habían comisionado, el rico botín que allí hizo; y con lo que á él le tocó contribuyó al armamento de cinco navíos destinados al mar del Sur, adonde todavía no habían penetrado los ingleses.

Partió Drake en 1577, y no hay ejercicio en un navío, hasta el de cirujano, que él no pudiese desempeñar. Se nota que estando para pasar la línea sangró con su propia mano á todos sus marineros. Su viage al rededor del mundo fue un efecto de las circunstancias. Despues de haber causado á los españoles infinitas pérdidas en el mar del Sur, adonde habia penetrado por el *estrecho de Magallanes*, tuvo aviso de que le esperaban á la vuelta con fuerzas muy superiores á las suyas; pero como hombre, á quien no abandonan los recursos, no se asustó con la idea de tener que atravesar el grande mar pacífico. Reconoció las Indias Orientales; tocó en el Cabo de Buena-Esperanza, y volvió á su patria con los tesoros, que no debia menos al atrevimiento de su genio que á su valor. Demasiado acostumbrado á que todo le saliese bien, murió en 1595 en el puerto de *Porto-Bello* de pena de no ser en esta nueva expedición tan feliz como solia.

El viage de *Tomas Candish* en 1586 fue todo militar. Ya Candish se habia enriquecido con el pillage de las costas del Perú cuando apresó en alta mar el galeon de Acapulco, que puso el colmo á su fortuna. Habiendo pasado como Drake el estrecho de Magallanes, tocó como él en las grandes Indias, y llevó tesoros inmensos á Inglaterra. La notable semejanza entre estos dos navegantes, consiste en que tambien Candish murió de pesadumbre por los contratiempos que tuvo en un viage al Brasil en 1591.

Con estos dos viages de los ingleses se picaron de emulacion los holandeses, y emprendieron otro igual en 1598, bajo la direccion de *Van-Noot*, cuya capacidad se habia dado á conocer en otras ocasiones. Para esta espedicion se fijaron las leyes de la disciplina, que todavía reina en los navios holandeses. Esperimentó Van-Noot en el estrecho de Magallanes dificultades que prolongaron su viage; pero suministraron mas conocimientos que los que se tenian de este paso. Sus victorias contra los españoles cubrieron los gastos de la compañía, pero á él no le enriquecieron.

En 1614 empezó *Spilberg* otro viage mas feliz, pues derrotó la flota real del Perú. Desde su regreso, que fue en 1617, cuenta la compañía holandesa la data de los principios de su riqueza y poder; y uno y otro pudo conocerse en el grande armamento que hizo en 1623 al mando de *Pedro el Hermitaño* su primer almirante. Pasó este por el estrecho de Le Mayre, y murió antes que los holandeses cometiesen en la rada del Callao la barbaridad de ahorcar á los prisioneros españoles porque no tenian con que mantenerlos, habiendo po-

dido ponerlos en tierra. En esta expedicion manifestaron una animosidad y furor atroces.

El ingles *Guillermo Dampier* hizo sus primeros ensayos marítimos á los diez y siete años de edad en el de 1669, y el mar no le fue muy favorable. Por no tener hacienda igual á su nacimiento tomó una ocupacion lucrativa en la Jamayca, pues fue á cortar palo de campeche; y haciendo conocimiento en aquellos mares con los flibustieres, se alistó con ellos. En compañía de estos hizo sus expediciones, que empezaron por el estrecho de Le Mayre en 1682, y acabaron en 1691. Dampier, cuyo viage es muy curioso, por las observaciones de toda especie, cuenta la historia de un marinero, á quien habian dejado en la isla de *Juan Fernandez*, el cual habiéndosele acabado la pólvora y las balas, sin mas instrumentos que los que hizo de una piedra dura, serró el cañon de su fusil en pequeñas piezas, y con ellos hizo anzuelos, arpones y garfios. Para este fue la necesidad madre de la industria. (*)

Uno de los viages, tal vez mas famosos por mas cercanos á nuestros tiempos, es el que el capitán *Anson*, ingles, empezó en 1740. Los aciertos militares le dieron mucha fama; pero en quanto á la utilidad de los descubrimientos, es muy inferior á los dos siguientes, cuyo objeto y motivo han sido muy distintos.

En 1766 envió Luis XV á Mr. de *Bougainville* con dos navíos á hacer nuevos descubrimientos, y á enriquecer la geografia con conocimientos útiles á la humanidad. Este navegante animoso,

(*) De aquí se sacó la historia ó novela de *Robinson*.



Recurso de la necesidad .

Un marinero á quien dexaron olvidado en una isla, despues que en cazar para su alimento gastó la pólvora y municiones que le habian quedado, se sirvió de una piedra para serrar en pedazos el cañon de su fusil, y hacer de ellos arpones, garfios y anzuelos para la caza y pesca. Si quanto útil se ha inventado se debe á las necesidades, ¿por qué se extraña que no sean los mas ingeniosos los que tienen pocas?



activo é inteligente, se aplicó con particularidad á fijar exactamente la posicion de los lugares, á confirmar las observaciones de los antiguos marinos, ó corregir sus errores, á trazar la disposicion de las costas, á descubrir fielmente las señales para su reconocimiento, á indicar las corrientes, los fondos, bajos y escollos, las variaciones de las mareas y de los vientos, y cuanto puede ser favorable ó contrario á la navegacion en unos mares hasta entonces casi desconocidos. Duró su viage al rededor del mundo dos años y cuatro meses.

El *capitan Cook* salió de *Plimouth* en 1768 con las mismas intenciones; pero con muchos mas auxilios. Hablando *Mr. de Bougainville* de este viage en su prólogo, parece que se olvida de sí mismo, y dice: "Este viage me parece que entre los modernos de esta especie es en el que mas descubrimientos se han hecho en todos géneros." Con efecto, se han enriquecido mucho la historia natural y la botánica con las noticias de los hombres instruidos en estas ciencias, que el *capitan Cook* llevaba á bordo, y eran muchos mas que los de *Bougainville*. Este viage duró tres años.

Estos dos grandes hombres, navegando en los mismos parages y en los mismos tiempos, é igualmente aplicados é infatigables, parece que cada uno era censor del otro: de suerte, que pueden tenerse por indubitables los hechos y las observaciones en que conforman.

Los nuevos navegantes son por otra parte muy diferentes de sus antecesores, porque en vez de subjugar los pueblos que descubren, y de arrancar los tesoros que ocultan sus paises, se aplican por la mayor parte á serles útiles, y procurarles su feli-

cidad con los auxilios que muchas veces van dejando en los lugares adonde abordan. Pueden ver hoy los habitantes en muchos parages los ganados de Europa paciendo en sus prados, las aves domésticas familiarizarse al rededor de sus cabañas, y las ricas cosechas cubrir sus llanuras que antes estaban incultas, reemplazando nuestra industria, ó perfeccionando entre ellos la rústica y salvage naturaleza. Ojalá que estas ventajas no se mezclen con los vicios y con los males que les hagan suspirar por su ignorancia. Nosotros los habitantes del mundo civilizado, raza inquieta y turbulenta despues de 1806 años, hacemos lo posible, á pesar de la santidad de la religion, por realizar la observacion de Horacio, y cumplir la profecía que le inspiraba el conocimiento de la historia, cuyo resúmen está en los cuatro versos siguientes:

*Damnosa quid nan imminuit dies ?
Ætas parentum, peior avis, tulit
Nos dequiores mox daturos
Progeniem vitiosioreñ.*

Horat. Carm. lib. III. Od. VI.

INDICE

DE LAS MATERIAS DEL TOMO NOVENO.

REYES DE ARAGON.	pág.	3
<i>Sancho el Mayor.</i>		<i>id.</i>
<i>Ramiro I.</i>		<i>id.</i>
<i>Sancho Ramirez.</i>		4
<i>Pedro I.</i>		<i>id.</i>
<i>Alfonso I, el Batallador.</i>		5
<i>Ramiro II, el Monje.</i>		7
<i>Petronila y Ramon, conde de Barcelona.</i>		<i>id.</i>
<i>Alfonso II.</i>		9
<i>Pedro II, el Católico.</i>		10
<i>Jayme I, el Conquistador.</i>		11
<i>Pedro III.</i>		18
<i>Alfonso III, el Liberal.</i>		23
<i>Jayme II.</i>		25
<i>Alfonso IV.</i>		26
<i>Pedro IV, el Ceremonioso.</i>		29
<i>Juan I.</i>		32
<i>Martin.</i>		33
<i>Interregno.</i>		34
<i>Fernando I.</i>		35
<i>Alfonso V.</i>		36
<i>Juan II.</i>		39
<i>Fernando II y V de Castilla.</i>		44
<i>Guerra de Granada.</i>		46
<i>Sitio de esta ciudad.</i>		48
<i>Su conquista.</i>		51
<i>Espulsion de los moros.</i>		52
<i>Espulsion de los judíos.</i>		<i>id.</i>

<i>Descubrimiento del Nuevo Mundo.</i>	56
<i>Juana y Felipe I, el Hermoso.</i>	62
<i>Fernando el Católico segunda vez.</i>	68
REYES DE NAVARRA.	69
<i>Origen de esta monarquía.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho Iñigo Arista.</i>	71
<i>García Sanchez Iñiguez.</i>	72
<i>Sancho Garcés Abarca.</i>	<i>id.</i>
<i>García Sanchez II, el Trémulo.</i>	73
<i>Sancho II, el Mayor.</i>	74
<i>García III.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho III.</i>	75
<i>Desmembracion de la Navarra.</i>	76
<i>Restablecimiento de esta monarquía.</i>	<i>id.</i>
<i>García Ramirez.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho V.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho VI, el Sabio.</i>	<i>id.</i>
<i>Sancho VII, el Fuerte.</i>	<i>id.</i>
<i>Teobaldo I.</i>	77
<i>Teobaldo II.</i>	78
<i>Enrique.</i>	<i>id.</i>
<i>Juana I.</i>	79
<i>Luis Hutin.</i>	80
<i>Felipe el Largo.</i>	<i>id.</i>
<i>Juana II.</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos el Malo.</i>	<i>id.</i>
<i>Cárlos el Noble.</i>	81
<i>Blanca y Juan I, II de Aragon.</i>	<i>id.</i>
<i>Persecucion del príncipe don Cárlos de Viana.</i>	82
<i>Leonor.</i>	89
<i>Francisco Febo.</i>	<i>id.</i>
<i>Catalina y Juan de Labrit.</i>	<i>id.</i>
<i>Conquista de Navarra por don Fernando el Católico.</i>	92

<i>Cárlos I y V de Alemania.</i>	517
<i>Comunidades de Castilla.</i>	98
<i>Batalla de Pavía.</i>	103
<i>Liga Clementina.</i>	112
<i>Toma de Roma.</i>	114
<i>Abdicacion de Cárlos I, y su retiro al monasterio de Yuste.</i>	115
<i>Felipe II.</i>	124
<i>Batalla de San Quintín.</i>	127
<i>Revolucion de Flandes.</i>	129
<i>Subelevacion de los moriscos de Granada.</i>	130
<i>Guerra con los turcos.</i>	135
<i>Batalla de Lepanto.</i>	136
<i>Reunion de la corona de Portugal á la de Castilla.</i>	138
<i>La armada invencible.</i>	139
<i>Felipe III.</i>	142
<i>Reconoce á la república de Holanda.</i>	150
<i>Espulsion de los moriscos.</i>	157
<i>Felipe IV.</i>	<i>id.</i>
<i>Revolucion de Cataluña.</i>	162
<i>Subelevacion de Nápoles y Sicilia.</i>	173
<i>Rebelion de Portugal.</i>	179
<i>Tratado de Westphalia.</i>	181
<i>Tratado de los Pirineos.</i>	182
<i>Guerra con Portugal.</i>	185
<i>Batalla de Villaviciosa.</i>	186
<i>Cárlos II.</i>	189
<i>Inquietudes durante su menor edad.</i>	<i>id.</i>
<i>Paz de Aquisgran.</i>	190
<i>Flibustieres.</i>	198
<i>Liga de Ausburgo.</i>	199
<i>Tratado de Riswik.</i>	201
<i>Felipe V.</i>	203
	206

<i>La Grande Alianza.</i>	208
<i>Principio de la guerra sobre la sucesion en la corona de España.</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Luzara.</i>	210
<i>Combate naval en las aguas de Vigo.</i>	211
<i>Llegada á España del archiduque Cárlos.</i>	<i>id.</i>
<i>Sorpresa de Gibraltar.</i>	213
<i>Discordia entre los barceloneses.</i>	216
<i>Batalla de Almansa.</i>	224
<i>De Almenara.</i>	227
<i>De Zaragoza.</i>	228
<i>Entrada del Archiduque en Madrid.</i>	229
<i>Batalla de Brihuega.</i>	231
<i>Paz de Utrech.</i>	234
<i>Reduccion de Cataluña ; obstinacion de los barceloneses.</i>	237
<i>Doña Isabel Farnesio.</i>	239
<i>Alberoni.</i>	240
<i>Sorpresa de Cerdeña.</i>	241
<i>Espedicion contra Sicilia.</i>	243
<i>Nueva coalicion.</i>	244
<i>Tratado de Lóndres.</i>	245
<i>Abdica Felipe V la corona en su hijo Luis I.</i>	<i>id.</i>
<i>Muere este jóven monarca , y vuelve á tomar el padre las riendas del gobierno.</i>	<i>id.</i>
<i>Congreso de Cambray</i>	246
<i>Baron de Riperdá.</i>	248
<i>Concierto de Viena.</i>	<i>id.</i>
<i>Resentimiento de las demas Potencias beligerantes.</i>	250
<i>Tratado de Sevilla.</i>	251
<i>Conquista de Oran.</i>	254
<i>Cae Nápoles en poder del infante don Cárlos, duque de Parma , quien se ciñe la corona</i>	

	519
<i>de este reino.</i>	256
<i>Batalla de Bitonto.</i>	257
<i>Ocupacion de la Sicilia.</i>	<i>id.</i>
<i>Paz del año de 1735.</i>	259
<i>Nueva guerra con Inglaterra.</i>	260
<i>Renuévanse las inquietudes de la Europa con motivo de la sucesion en el trono imperial de Alemania.</i>	262
<i>Batalla de Campo Santo.</i>	264
<i>Sorpresa de Veletri.</i>	265
<i>Progresos del infante don Felipe en Italia.</i>	267
<i>Muerte de Felipe V.</i>	270
<i>Fernando VI.</i>	271
<i>Paz de Aquisgran.</i>	273
<i>Cárlos III.</i>	275
<i>Pacto de familia.</i>	278
<i>Irrupcion en Portugal.</i>	279
<i>Pérdida de la Havana.</i>	280
<i>Ocupacion de las islas Filipinas.</i>	281
<i>Paz del año de 1762.</i>	<i>id.</i>
<i>Poblacion de Sierra morena.</i>	283
<i>Espedicion contra Argel.</i>	286
<i>Provoca la Inglaterra nuevamente la guerra.</i>	288
<i>Conquista de Menorca.</i>	292
<i>Sitio de Gibraltar.</i>	<i>id.</i>
<i>Paz del año de 1783.</i>	297
<i>Bombardeos de Argel.</i>	298
<i>Beneficencia de Cárlos III.</i>	299
<i>Su muerte.</i>	300
PORTUGAL. <i>Entre el Océano atlántico, Galicia, Leon y Estremadura.</i>	302
<i>Origen de esta monarquía.</i>	<i>id.</i>
<i>Alfonso I.</i>	303
<i>Sancho I.</i>	304

<i>Alfonso II.</i>	304
<i>Sancho II.</i>	305
<i>Lealtad de Freyras, gobernador de Coimbra.</i>	306
<i>Alfonso III.</i>	<i>id.</i>
<i>Dionis.</i>	307
<i>Alfonso IV.</i>	<i>id.</i>
<i>Amores del infante don Pedro con doña Ines de Castro.</i>	308
<i>Don Pedro.</i>	310
<i>Fernando.</i>	312
<i>Beatriz.</i>	314
<i>Rebelion de Portugal.</i>	315
<i>Ciñese la corona el maestre de Avis con nombre de Juan I.</i>	316
<i>Don Duarte.</i>	318
<i>Alfonso V.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan II.</i>	321
<i>Don Manuel, el Afortunado.</i>	322
<i>Juan III.</i>	325
<i>Don Sebastian.</i>	326
<i>Desgraciada expedicion al Africa.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Enrique.</i>	331
<i>Felipe I de Portugal, y II de Castilla.</i>	332
<i>Rebelion de Portugal en el reinado de Felipe IV de Castilla.</i>	333
<i>El duque de Braganza se ciñe la corona con el nombre de Juan IV.</i>	335
<i>Alfonso VI.</i>	337
<i>Se ve obligado á renunciar la corona; y su hermano don Pedro es encargado de la re-gencia del reino.</i>	339
<i>Don Pedro II.</i>	341
<i>Don Juan V.</i>	342
<i>Don José.</i>	<i>id.</i>

<i>Conjuracion contra su vida, y espulsion de los Jesuitas.</i>	343
<i>Doña María Francisca.</i>	<i>id.</i>
<i>AMÉRICA. Entre los círculos polares Arctico y el Antártico, los mares del Norte y del Sur.</i>	<i>id.</i>
<i>Breve descripcion de esta parte del globo.</i>	344
<i>Cristóbal Colon.</i>	345
<i>Descubre las Lucayas.</i>	<i>id.</i>
<i>Forma un establecimiento en la isla Española.</i>	<i>id.</i>
<i>Es calumniado y conducido preso á España.</i>	347
<i>Aclarada su inocencia emprende nuevos descubrimientos en la Tierra-firme.</i>	348
<i>Sencillez de los americanos.</i>	349
<i>Sus usos y costumbres.</i>	350
<i>Descubrimientos de Vasco Nuñez de Balboa.</i>	352
<i>MÉGICO.</i>	354
<i>Hernan Cortés.</i>	<i>id.</i>
<i>Batalla de Tabasco.</i>	355
<i>Esfuerzos de Motezuma, emperador de Mégico, por alejar de su imperio á los españoles.</i>	360
<i>Destreza de Hernan Cortés para apaciguar una sublevacion de sus soldados.</i>	362
<i>Fundacion de Veracruz.</i>	363
<i>Politica de Hernan Cortés para consolidar su autoridad.</i>	364
<i>Tlascaltecas.</i>	367
<i>Llegada de Hernan Cortés á Mégico.</i>	370
<i>Opiniones de los megicanos acerca de los españoles.</i>	371
<i>Prision de Motezuma.</i>	375

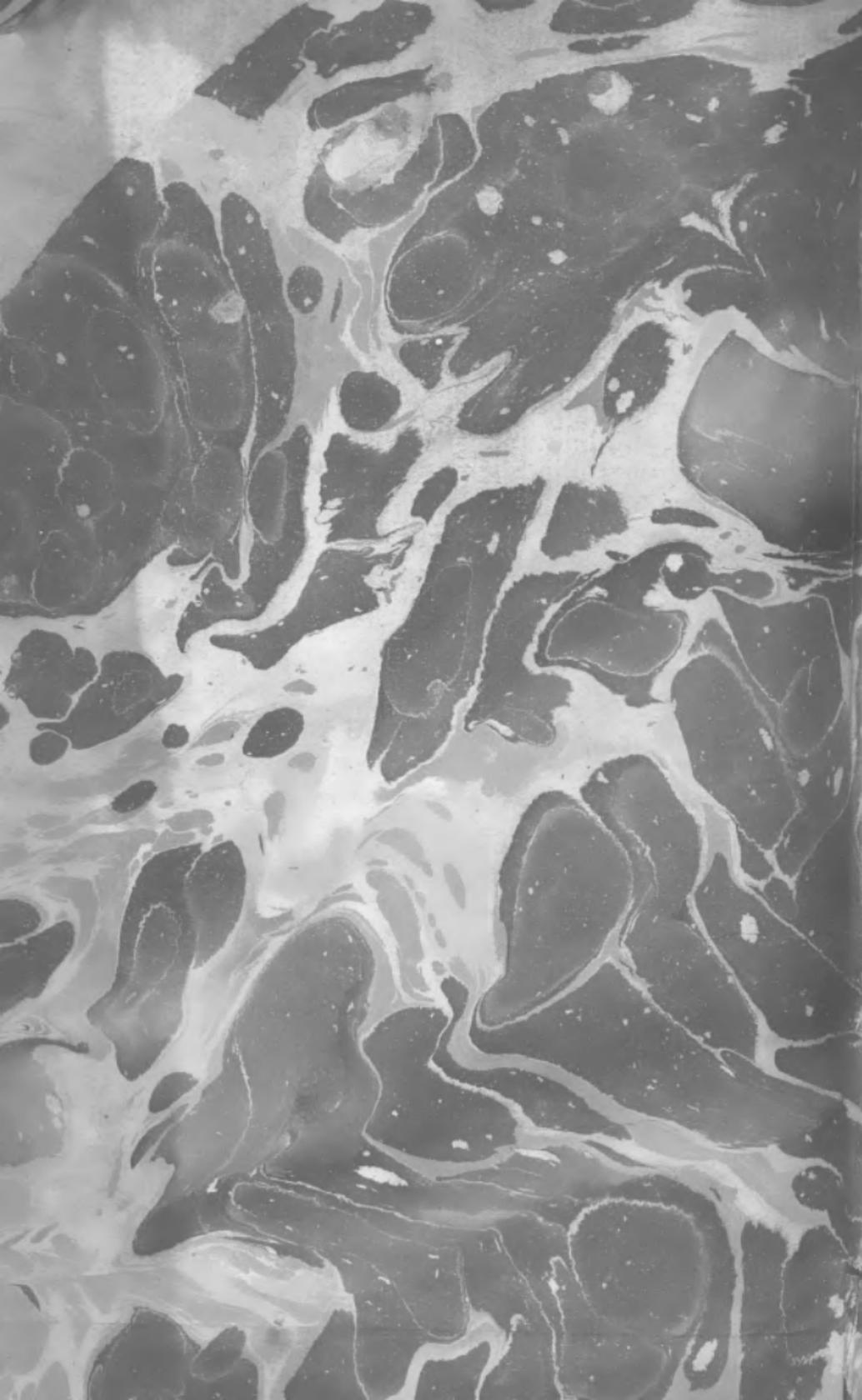
<i>Cárlos V reconocido sucesor de Motézuma . . .</i>	381
<i>Pánfilo de Narvaez</i>	384
<i>Es derrotado y hecho prisionero por Cortés. . .</i>	386
<i>Sublevacion de los megicanos contra los espa- ñoles</i>	387
<i>Muerte de Motezuma.</i>	<i>id.</i>
<i>Retirada de Cortés.</i>	<i>id.</i>
<i>Memorable batalla de Otumba</i>	388
<i>Quitlahaca sucesor de Motezuma</i>	<i>id.</i>
<i>Guatimocin.</i>	390
<i>Bloqueo de Méjico.</i>	391
<i>Prision de Guatimocin, y rendicion de la ciudad.</i>	392
<i>Tradiciones de los Megicanos acerca de su origen</i>	395
<i>Año megicano</i>	398
<i>Supersticion de los megicanos</i>	399
<i>Su religion y ritos</i>	<i>id.</i>
<i>Vitziliputzli</i>	<i>id.</i>
<i>Tescatilputza</i>	<i>id.</i>
<i>Matrimonios</i>	400
<i>Iniciacion de los recién nacidos</i>	401
<i>Sacrificios humanos</i>	<i>id.</i>
<i>Coronacion de los emperadores</i>	402
<i>Orden de caballería</i>	<i>id.</i>
<i>Administracion de justicia</i>	403
<i>Educacion de los megicanos</i>	<i>id.</i>
EL PERÚ	406
<i>Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fer- nando de Luque se asocian para emprender su conquista</i>	<i>id.</i>
<i>Disensiones intestinas de los peruanos</i>	408
<i>Huascar y Atahualpa</i>	<i>id.</i>
<i>Tradicion de los peruanos</i>	<i>id.</i>

	523
<i>Prision de Atahualpa</i>	411
<i>Muerte de Huascar</i>	<i>id.</i>
<i>Atahualpa , acusado de varios delitos , es con-</i> <i>denado á muerte</i>	412
<i>Manco-Capac</i>	413
<i>Disensiones entre Pizarro y Almagro : sitio</i> <i>del Cuzco</i>	415
<i>Cae Almagro en poder de Hernando Pizarro .</i>	417
<i>Es condenado á muerte</i>	418
<i>Asesinato de Francisco Pizarro</i>	420
<i>Cristobal Vaca de Castro</i>	421
<i>Almagro , el J6ven</i>	<i>id.</i>
<i>Su muerte</i>	422
<i>Blasco Nuñez Vela , primer virey</i>	423
<i>Gonzalo Pizarro</i>	424
<i>Pedro la Gasca</i>	425
<i>Muerte de Gonzalo Pizarro</i>	426
<i>Don Antonio de Mendoza , segundo virey . .</i>	427
<i>Pedro de Hinojosa</i>	<i>id.</i>
<i>Sebastian de Castilla</i>	<i>id.</i>
<i>Vasco Godinez</i>	<i>id.</i>
<i>Don Andres Hurtado de Mendoza , marques de</i> <i>Cañete , tercer virey</i>	428
<i>Sayri Capac</i>	<i>id.</i>
<i>Tupac Amaru</i>	429
<i>Origen del imperio del Perú , segun el Inca</i> <i>Garcilaso de la Vega</i>	430
<i>Quipos , escritura de los peruanos</i>	432
<i>California</i>	434
<i>Nuevo Méjico</i>	436
<i>Florida</i>	437
<i>Otros estados españoles</i>	438
<i>Paraguay</i>	440
<i>Brasil</i>	442

<i>Guayana</i>	444
<i>Posesiones francesas é inglesas</i>	445
<i>Virginia</i>	446
<i>Nueva Inglaterra</i>	450
<i>Mariland &c.</i>	453
<i>Terra-Nova</i>	<i>id.</i>
<i>Canadá</i>	454
<i>Luisiana</i>	464
<i>Carolina, Georgia y Pensilvania</i>	471
<i>Estados-Unidos</i>	475
<i>Bahía de Hudson</i>	481
<i>Bermudas</i>	483
<i>Lucayas</i>	484
<i>Antillas</i>	<i>id.</i>
<i>Caribes</i>	486
<i>Antillas inglesas</i>	489
<i>Antillas francesas</i>	494
<i>Antillas españolas</i>	497
<i>Antillas holandesas</i>	499
<i>Antillas dinamarquesas</i>	500
<i>Tierras australes</i>	<i>id.</i>
<i>Navegantes</i>	508











ANQUETIL

HIST. UNIVERSAL:



AH 1504